

*El
Libertador*



El Libertador

Una adaptación de
El Deseado de todas las gentes
en lenguaje contemporáneo.

Elena G. de White



Asociación
Casa Editora
Sudamericana

Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG
Florida Oeste, Buenos Aires, Rep. Argentina.

El Libertador
Elena G. de White

Título del original: *Humble Hero*, Pacific Press Publishing Association, Boise, ID, E.U.A., 2009.

Dirección: Eduardo Kahl Fichtenberg
Traducción: Carolina Ramos, Walter E. Steger, Eduardo Kahl Fichtenberg
Diseño del interior: ACES
Diseño de tapa: Marisa Ferreira, Levi Gruber
Ilustraciones: Thiago Lobo, Vandir Dorta Jr.

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Printed in Argentina

Primera edición
Primera reimpresión
MMXVII – 7M

Es propiedad. © Pacific Press Publ. Assn. (2009).
© ACES (2016).
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-701-583-6

White, Elena G. de
El Libertador / Elena G. de White / Dirigido por Eduardo Kahl Fichtenberg /
Ilustrado por Thiago Lobo ; Vandir Dorta Jr. — 1ª ed., 1ª reimp. — Florida : Asociación
Casa Editora Sudamericana, 2017.
416 p. ; il. ; 20 x 14 cm.

Traducción de: Eduardo Kahl Fichtenberg, Carolina Ramos, Walter E. Steger.

ISBN 978-987-701-583-6

1. Biografía. I. Kahl Fichtenberg, Eduardo, dir. II. Lobo, Thiago, ilus. III. Kahl
Fichtenberg, Eduardo, trad. IV. Título.
CDD 230

Se terminó de imprimir el 29 de noviembre de 2017 en talleres propios (Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

-110317-PL

Índice

Prólogo.....	9
1. Cristo antes de venir a la Tierra.....	11
2. El pueblo que debía recibirlo	16
3. El pecado de Adán y Eva, y “el tiempo establecido”	19
4. Nacido en un establo.....	23
5. José y María dedican a Jesús	26
6. “Vimos su estrella”	30
7. La niñez de Jesús.....	34
8. El viaje para la Pascua	38
9. Problemas desde que era niño	42
10. La voz en el desierto.....	47
11. El bautismo de Jesús	53
12. La tentación en el desierto	57
13. La victoria	61
14. “Hemos encontrado al Mesías”	64
15. Jesús asiste a una fiesta de bodas.....	71
16. Cristo confronta en el Templo a la corrupción	76
17. Nicodemo visita de noche a Jesús	83
18. “Él debe tener cada vez más importancia y yo, menos”	89
19. Jesús y la mujer que tuvo cinco maridos.....	92
20. “A menos que vean señales milagrosas y maravillas...”	98
21. Betesda y el Sanedrín.....	101
22. Encarcelamiento y muerte de Juan.....	108
23. Cómo Daniel identificó a Jesús como el Mesías	114
24. “No es más que el hijo del carpintero”	117
25. El llamado a orillas del mar.....	121
26. Días ocupados y felices en Capernaum.....	125
27. El primer leproso sanado por Cristo	131
28. Mateo: De cobrador de impuestos a apóstol	137
29. Jesús rescata el sábado	143
30. Cristo ordena a doce apóstoles	148
31. El Sermón del Monte	152
32. Un oficial del ejército pide ayuda por su siervo	160
33. Cómo trataba Jesús los problemas familiares.....	163

34. Su yugo es fácil de llevar y la carga que nos da es liviana.....	167
35. Jesús calma la tormenta.....	170
36. El toque de fe trae sanidad.....	175
37. Los primeros evangelistas.....	178
38. Cristo y los Doce se toman un descanso	183
39. “Denles ustedes de comer”	186
40. Una noche sobre el lago.....	190
41. La crisis en Galilea.....	194
42. Cristo predice un gran cambio de raíz	201
43. Cristo derriba barreras raciales.....	204
44. La verdadera señal.....	207
45. Presagios de la cruz	211
46. La transfiguración	217
47. Una batalla contra los espíritus de Satanás	220
48. ¿Quién es el mayor?	223
49. “¡Todo el que tenga sed puede venir!”	229
50. Entre trampas	233
51. “La luz que lleva a la vida”	238
52. El divino Pastor.....	245
53. El último viaje desde Galilea.....	248
54. El buen samaritano	253
55. Sin manifestación exterior	256
56. El amor de Jesús por los niños.....	259
57. Al joven rico le faltaba una cosa.....	262
58. La resurrección de Lázaro	265
59. Sacerdotes y príncipes siguen conspirando	271
60. ¿Cuál es la posición más importante?	274
61. El hombre pequeño que llegó a ser importante	277
62. María unge a Jesús.....	280
63. Jesús es aclamado Rey de Israel.....	287
64. Un pueblo condenado.....	292
65. Cristo purifica de nuevo el templo	296
66. Cristo confunde a sus enemigos	303
67. La última visita de Jesús al Templo	308
68. Cuando los griegos quisieron ver a Jesús.....	314
69. Señales de la segunda venida de Cristo	318
70. Cristo se identifica con los pobres y los que sufren.....	324
71. Un Siervo de siervos	327
72. La institución de la Santa Cena	332
73. “No se angustien”	337

74. La tremenda lucha en Getsemaní.....	345
75. El juicio ilegal de Jesús	350
76. Cómo Judas perdió su vida.....	358
77. El juicio de Cristo ante el gobernador romano	362
78. Jesús muere en el Calvario	372
79. Cómo la muerte de Cristo derrotó a Satanás	380
80. Jesús descansa en la tumba de José	385
81. “El Señor ha resucitado”	391
82. “Mujer, ¿por qué lloras?”	394
83. De camino a Emaús.....	397
84. Aparece Cristo resucitado	400
85. De nuevo a orillas del mar	404
86. “Vayan y hagan discípulos de todas las naciones”	408
87. La entrada triunfal de Cristo al cielo	413

Prólogo

El Libertador es la historia de un rescate heroico. Nos cuenta cómo una persona altruista –Jesucristo– lo arriesgó todo para venir a la Tierra y reconquistar este planeta en rebelión. Él no podría haberlo hecho permaneciendo en la seguridad y las comodidades del cielo, donde, por ser Dios, recibía adoración. Tuvo que dejar todo atrás, y nacer en este mundo como un bebé, en una familia que tenía que esforzarse para ganarse el pan de cada día. Durante casi toda su vida, el mundo no lo recibió, ni siquiera lo comprendió. Las personas se le oponían, tramaban matarlo, y al final lo golpearon, le escupieron y lo crucificaron. Pero no pudieron apartarlo de su propósito. Murió como un vencedor, y resucitó para completar su rescate para todos los que acudan a Dios por medio de él. No hay trama más importante en toda la historia del mundo, o aun del universo.

Este libro es una adaptación de *Él es la salida* (1991), una edición condensada del clásico de Elena de White, *El Deseado de todas las gentes*. El libro condensado contenía todos los capítulos de la versión completa, y utilizaba únicamente las palabras de Elena de White, pero con un texto reducido.

La presente adaptación avanza un paso más, al utilizar algunas palabras, expresiones y estructura oracional más familiares para los lecto-

res del siglo XXI. De vez en cuando, reincorpora alguna oración o frase eliminados en la condensación original. A menos que se indique lo contrario, el texto bíblico utilizado en esta edición pertenece a la *Nueva traducción viviente*.^{*} Es nuestro deseo que los lectores que se acercan por primera vez a los escritos de Elena de White disfruten de esta adaptación, y que esta los incentive a leer otros libros de su autoría.

El Libertador presenta la inspiradora y transformadora historia de Jesucristo, el único que puede satisfacer los anhelos más profundos de todo corazón. No obstante, este libro no tiene como propósito presentar una armonía de los Evangelios o disponer los acontecimientos importantes y las maravillosas lecciones de la vida de Cristo en un orden estrictamente cronológico. Más bien, el propósito de este libro es presentar el amor de Dios tal como se revela en su Hijo; mostrar la divina belleza de la vida de Cristo.

En las próximas páginas, la autora descubre ante el lector grandes tesoros de la vida de Jesús. Enfoques y puntos de vista nuevos iluminan muchos pasajes bíblicos conocidos. Este libro presenta a Jesucristo como la plenitud de Dios, el Salvador de infinita misericordia, el Sustituto del pecador, el Sol de Justicia, el Sumo Sacerdote fiel, el persuasivo Ejemplo

para la humanidad, el Sanador de toda enfermedad y dolencia humana, el Amigo tierno y compasivo, el Príncipe de Paz, el Rey que viene, el foco de atención, y el cumplimiento de los deseos y las esperanzas de todas las gentes en todas las edades.

La serie *El gran conflicto* se compone de cinco formidables libros.

El presente es la condensación y la adaptación del tercero de ellos. Que muchos más lectores puedan acercarse a Dios por medio de estos libros y su presentación de temas bíblicos, es la esperanza y la oración de

*Los fideicomisarios del
Patrimonio White.*

Abreviaturas

**Nota del editor:* Además de la versión *Nueva traducción viviente*, en esta obra se utilizan también las siguientes:

DHH: *Dios habla hoy*.

LBLA: *La Biblia de las Américas*.

LPH: *La Palabra (Hispanoamérica)*.

NVI: *Nueva versión internacional*.

RVA: *Reina-Valera actualizada (2015)*.

RVC: *Reina-Valera contemporánea*.

RVR 1960/1977: *Reina-Valera revisada*, ediciones de 1960 o 1977.

Capítulo 1

Cristo antes de venir a la Tierra

Desde los días de la eternidad, el Señor Jesucristo era uno con el Padre; era la imagen de Dios, expresión de su gloria. Jesús vino a este mundo oscurecido con el fin de mostrar esa gloria y revelar la luz del amor de Dios. Isaías profetizó de él: “Lo llamarán Emanuel, que significa ‘Dios está con nosotros’” (Mat. 1:23; ver Isa. 7:14).

Jesús era “la Palabra de Dios”: el pensamiento de Dios hecho audible. Dios no dio esta revelación solamente para sus hijos nacidos en la tierra. Nuestro pequeño mundo es el libro de texto del universo. Tanto los redimidos como los seres no caídos hallarán en la cruz de Cristo su ciencia y su canto. Todos verán que la gloria que resplandece en el rostro de Jesús es la gloria del amor abnegado. Verán que la ley del amor que renuncia a sí mismo es la ley de vida para el cielo y la tierra. El amor que “no exige que las cosas se hagan a su manera” emana del corazón de Dios, y se puede ver en Jesús, el humilde y tierno de corazón.

En el principio, Cristo puso los cimientos de la tierra. Fue su mano la que colgó los mundos en el espacio y modeló las flores del campo. Él lle-

nó la tierra con belleza y el aire con cantos (ver Sal. 65:6; 95:5). Sobre todas las cosas escribió el mensaje del amor del Padre.

Ahora el pecado ha estropeado la obra perfecta de Dios; sin embargo, esa escritura permanece. Con la excepción del corazón humano egoísta, no hay nada que viva para sí. Cada árbol, arbusto y hoja emite oxígeno, sin el cual ni el hombre ni los animales podrían vivir; y el hombre y el animal, a su vez, cuidan la vida del árbol, el arbusto y la hoja. El océano recibe los ríos de todo continente, pero recibe para dar. Los vapores que ascienden de él caen en forma de lluvias para regar la tierra, para que esta produzca y florezca. Para los ángeles de gloria, dar es una alegría. Ellos traen a este oscuro mundo luz desde lo alto, y obran sobre el espíritu humano para poner a los perdidos en comunión con Cristo.

Pero más allá de todas las representaciones menores, contemplamos a Dios en Jesús. Vemos que la gloria de Dios consiste en *dar*. “No tengo ninguna intención de glorificarme a mí mismo”, dijo Cristo, “sino al que me envió” (Juan 8:50; 7:18).

Cristo recibió todas las cosas de Dios, pero tomó para dar. A través del Hijo, la vida del Padre fluye hacia todos. A través del Hijo, vuelve como una marea de amor a la gran Fuente de todo, en forma de servicio alegre. Así, a través de Cristo, se completa el círculo de bendición.

¡Esta ley fue quebrantada en el cielo!

El pecado se originó con el egoísmo. Lucifer, el querubín cubridor, deseó ser el primero en el cielo. Quiso distanciar a los seres celestiales de su Creador y recibir el homenaje él mismo. Acusó al amante Creador de poseer sus propias características malignas, e hizo que los ángeles dudaran de la palabra de Dios y desconfiaran de su bondad. Satanás los indujo a considerarlo como severo e implacable. Así engañó a los ángeles. Del mismo modo engañó a los seres humanos, y la noche de sufrimiento envolvió este mundo.

La tierra quedó a oscuras por causa de una falsa interpretación de Dios. Con el fin de que el mundo pudiera ser traído de nuevo a Dios, debía romperse el poder engañoso de Satanás. Dios no podía hacerlo por la fuerza. Él desea solo el servicio de amor, y el amor no puede ganarse por la fuerza o la autoridad. Solo el amor puede generar más amor. Conocer a Dios es amarlo. Debemos ver su carácter en contraste con el carácter de Satanás. Había un solo Ser que podía realizar esta obra. Únicamente aquel que conocía la altura y la profundidad del amor de Dios podía darlo a conocer.

El plan de nuestra redención no fue un plan formulado después de la caída de Adán. Fue un “designio secreto, el cual estuvo oculto desde antes que el mundo existiera” (Rom. 16:25). Fue una manifestación de los principios que desde la eternidad habían sido el fundamento del Trono de Dios. Dios previó que el pecado podría existir, e hizo provisión para enfrentar esta terrible emergencia. Se comprometió a dar a su Hijo unigénito “para que todo aquel que cree en él no muera, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Lucifer había dicho: “¡Levantaré mi trono por encima de las estrellas de Dios! [...] Seré semejante al Altísimo”. Pero Cristo, “aunque era Dios, [...] renunció a sus privilegios divinos, adoptó la humilde posición de un esclavo y nació como un ser humano” (Isa. 14:13, 14, NVI; Fil. 2:6, 7).

Un sacrificio voluntario

Jesús podría haberse quedado en la gloria del cielo. Pero prefirió bajar del Trono del universo para traer vida a los que perecían.

Hace más de dos mil años, se oyó en el cielo una voz que decía:

“Me preparaste un cuerpo. [...] ‘Aquí me tienes –como el libro dice de mí–. He venido, oh Dios, a hacer tu voluntad’”. Hebreos 10:5-7, NVI.

Cristo estaba por visitar nuestro mundo y hacerse de carne y sangre. Si hubiese aparecido con la gloria que tenía antes de que existiese el mundo, no podríamos haber sopor-

tado la luz de su presencia. Para que pudiésemos contemplarla y no ser destruidos, él ocultó su gloria y veló su divinidad con humanidad.

Símbolos e ilustraciones habían representado este gran propósito. La zarza ardiente, en la cual Cristo se apareció a Moisés, revelaba a Dios. En esta humilde arbusto, aparentemente sin atractivos, se encontraba el Dios infinito. Él ocultó su gloria para que Moisés pudiese mirarla y vivir. De forma similar, en la columna de nube durante el día y la columna de fuego durante la noche, la gloria de Dios estaba velada, con el fin de que los hombres mortales pudiesen contemplarla. Así Cristo debió venir “como un ser humano”. Era Dios hecho carne, pero su gloria estaba velada, con el fin de que pudiera acercarse a hombres y mujeres afligidos y tentados.

Durante la larga peregrinación de Israel en el desierto, el Santuario estuvo con ellos como símbolo de la presencia de Dios (ver Éxo. 25:8). Del mismo modo, Cristo armó su tienda al lado de nuestras tiendas con la intención de que nos familiaricemos con su vida y carácter divinos. “La Palabra se hizo hombre y vino a vivir entre nosotros. Estaba lleno de amor inagotable y de fidelidad. Y hemos visto su gloria, la gloria del único Hijo del Padre” (Juan 1:14).

Porque Jesús vino a vivir con nosotros, cada hijo e hija de Adán puede comprender que nuestro Creador es el amigo de los pecadores. En toda atracción divina de la vida del Salvador sobre la tierra, vemos a “Dios [que] está con nosotros”.

Satanás pinta a la Ley de amor de Dios como una ley egoísta. Declara que es imposible que obedezcamos sus preceptos. Él acusa al Creador por la caída de Adán y de Eva, nuestros primeros padres, y lleva a la humanidad a considerar que Dios es el autor del pecado, el sufrimiento y la muerte. Jesús debía desenmascarar ese engaño. Siendo uno de nosotros, debía dar un ejemplo de obediencia. Por eso tomó sobre sí nuestra naturaleza y pasó por las experiencias que nosotros pasamos. “Era necesario que en todo sentido él se hiciera semejante a nosotros, sus hermanos” (Heb. 2:17). Si tuviésemos que soportar algo que Jesús no soportó, Satanás tomaría ese detalle y diría que el poder de Dios no nos es suficiente. Por tanto, Jesús “enfrentó todas y cada una de las pruebas que enfrentamos nosotros” (Heb. 4:15). Soportó toda prueba que podríamos enfrentar, y no ejerció en su favor poder alguno que no se nos haya ofrecido generosamente. Como todo ser humano, hizo frente a la tentación y venció con la fuerza que Dios le daba. Dejó en claro cuál es el carácter de la Ley de Dios, y su vida es una prueba de que nosotros también podemos obedecer la Ley de Dios.

Por medio de su humanidad, Cristo tocó a la humanidad; por medio de su divinidad se aferró al trono de Dios. Como Hijo del hombre nos dio un ejemplo de obediencia; como Hijo de Dios nos imparte poder para obedecer. Nos dice: “Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra” (Mat. 28:18). “Dios está con nosotros” es la garantía de que seremos salvados del pecado, la seguri-

dad de que tendremos el poder para obedecer la Ley del cielo.

Cristo reveló que su carácter es el extremo opuesto del carácter de Satanás. “Cuando apareció en forma de hombre se humilló a sí mismo en obediencia a Dios y murió en una cruz como morían los criminales” (Fil. 2:7, 8). Cristo tomó la forma de un siervo y ofreció el sacrificio; él mismo fue el sacerdote, él mismo fue la víctima sacrificada. “Él fue [...] aplastado por nuestros pecados; fue golpeado para que nosotros estuviéramos en paz” (Isa. 53:5).

Fue tratado como nosotros merecemos

Cristo fue tratado como nosotros merecemos, para que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Fue condenado por causa de nuestros pecados, en los que no había participado, con el fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por medio de su justicia, en la cual no habíamos participado. Él sufrió la muerte que era nuestra, para que pudiésemos recibir la vida que era suya. “Gracias a sus heridas fuimos sanados” (Isa. 53:5, NVI).

Satanás estaba determinado a lograr una eterna separación entre Dios y los hombres; pero, al tomar nuestra naturaleza, el Salvador se unió con la humanidad por medio de un vínculo que nunca se romperá. “Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo” (Juan 3:16). Lo dio no solo para morir como nuestro Sacrificio; lo dio para que llegase a ser uno más de la familia humana, y retuviese para siempre su naturaleza humana.

“Pues *nos* es nacido un niño, un hijo se *nos* es dado; el gobierno descansará sobre sus hombros”. Dios adoptó la naturaleza humana en la persona de su Hijo, y la ha llevado al más alto cielo. El “Hijo del hombre” será llamado “Consejero Maravilloso, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz”. (Isa. 9:6, énfasis añadido). El que es “santo y no tiene culpa ni mancha de pecado”, no se avergüenza de llamarnos hermanos y hermanas (Heb. 7:26; 2:11). El cielo está dentro de un cuerpo humano, y el Amor infinito abraza a toda la humanidad.

La exaltación de los redimidos será un testimonio eterno de la misericordia de Dios. “En los tiempos futuros”, Dios nos pondrá “como ejemplos de la increíble riqueza de la gracia y la bondad que nos tuvo, como se ve en todo lo que ha hecho por nosotros, que estamos unidos a Cristo Jesús”, “para mostrar la amplia variedad de su sabiduría a todos los gobernantes y autoridades invisibles que están en los lugares celestiales” (Efe. 2:7; 3:10).

A través de la obra de Cristo, el gobierno de Dios queda justificado. El Omnipotente se da a conocer como el Dios de amor. Cristo refutó las acusaciones de Satanás y desenmascaró su carácter. El pecado nunca podrá entrar nuevamente en el universo. A través de las edades eternas, todos estarán seguros contra la apostasía. Por medio del amor que se sacrifica a sí mismo, Jesús unió tierra y cielo con el Creador por medio de vínculos irrompibles.

Allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. La tierra, el

mismo territorio que Satanás reclama como suyo, será honrada por encima de todos los demás mundos en el universo. Aquí, donde el Rey de gloria vivió, sufrió y murió, aquí es donde Dios vivirá con la humanidad, “Dios mismo estará con ellos

como su Dios” (Apoc. 21:3, NVI). A través de las edades sin fin, los redimidos lo alabarán por este don tan maravilloso que no puede describirse con palabras: Emanuel, “Dios está con nosotros”.

Capítulo 2

El pueblo que debía recibirlo

Por más de mil años el pueblo judío había esperado la venida del Salvador. Y sin embargo, cuando vino, no lo conocieron. No vieron en él hermosura que lo hiciera deseable a sus ojos (ver Isa. 53:2). “Vino a los de su propio pueblo, y hasta ellos lo rechazaron” (Juan 1:11).

Dios había elegido a Israel para preservar los símbolos y las profecías que señalaban al Salvador, para que fuesen como manantiales de salvación para el mundo. El pueblo hebreo entre las naciones debía revelar a Dios a los hombres. Al llamar a Abraham, el Señor le había dicho: “Todas las familias de la tierra serán bendecidas por medio de ti” (Gén. 12:3). El Señor declaró, por medio de Isaías: “Mi templo será llamado casa de oración para todas las naciones” (Isa. 56:7).

Pero los israelitas pusieron sus esperanzas en la grandeza mundanal y siguieron las costumbres de los paganos. No cambiaron cuando Dios les mandó advertencias por medio de sus profetas. No cambiaron cuando sufrieron el castigo de la conquista y la opresión pagana. A cada reforma le seguía una apostasía más profunda.

Si Israel hubiese sido fiel a Dios, él los habría elevado “muy por enci-

ma de todas las otras naciones que creó”, con “alabanza, honra y fama”. Les aseguró: “Cuando esas naciones se enteren de todos estos decretos, exclamarán: ‘¡Qué sabio y prudente es el pueblo de esa gran nación!’” (Deut. 26:19; 4:6).

Pero a causa de su infidelidad, Dios solo pudo realizar sus planes a través de continua adversidad y humillación. Fueron llevados en cautiverio a Babilonia y dispersados por tierras de paganos. Mientras se lamentaban por el santo templo que había quedado desolado, hicieron resplandecer el conocimiento de Dios entre las naciones. Los sistemas paganos de sacrificios eran una distorsión del sistema que Dios había señalado; y muchos aprendieron de los hebreos el significado de los sacrificios como Dios los había planeado, y con fe aceptaron la promesa de un Redentor.

Muchos de los exiliados perdieron la vida por negarse a violar el sábado y observar fiestas paganas. Al levantarse los idólatras para aplastar la verdad, el Señor puso a sus siervos cara a cara con reyes y gobernantes, con el fin de que estos y sus pueblos pudiesen recibir luz. Los más grandes reyes fueron inducidos a proclamar que el Dios a quien adoraban los

cautivos hebreos era supremo sobre todos.

Durante los siglos que siguieron a la cautividad en Babilonia, los israelitas fueron curados de la adoración a las imágenes, y se convencieron de que su prosperidad dependía de su obediencia a la ley de Dios. Pero la obediencia de muchos del pueblo era por un motivo egoísta. Servían a Dios como medio para alcanzar la grandeza nacional. No llegaron a ser la luz del mundo, sino que se aislaron con el fin de escapar de la tentación. Dios había restringido que se asociaran con los idólatras para impedir que adoptaran prácticas paganas. Pero malinterpretaron esa instrucción. La usaron para construir un muro de separación entre Israel y las demás naciones. El pueblo de Israel, de hecho, estaba celoso ¡de que el Señor mostrara misericordia a los gentiles!

Cómo se distorsionaron los servicios del Santuario

Después de regresar de Babilonia, por todo el país se erigieron sinagogas, en las cuales los sacerdotes y escribas explicaban la ley. Había escuelas que sostenían que enseñaban los principios de la justicia. Pero durante el cautiverio, muchos del pueblo habían adquirido ideas paganas, y las fueron incorporando a su ceremonial religioso.

Cristo mismo había instituido esos rituales. Todo el servicio ritual era un símbolo de él, y estaba lleno de vitalidad y belleza espiritual. Pero el pueblo israelita perdió la vida espiritual de

sus ceremonias y confió en los sacrificios y los ritos en sí mismos, en vez de confiar en aquel a quien estos señalaban. Con el fin de suplir lo que habían perdido, los sacerdotes y los rabinos agregaron muchos requerimientos de su invención. Cuanto más rígidos se volvían, tanto menos del amor de Dios mostraban.

Los que trataban de observar los rigurosos y agobiantes preceptos rabínicos, no podían hallar descanso de una conciencia intranquila. Así Satanás obraba para desanimar al pueblo, para rebajar su concepto del carácter de Dios y para dejar en ridículo la fe de Israel. Esperaba demostrar lo que había sostenido cuando se rebeló en el cielo: nadie puede obedecer los requerimientos de Dios. Él declaraba que incluso Israel no guardaba la Ley.

A la espera de un falso mesías

El pueblo de Israel no tenía un verdadero concepto de la misión del Mesías. No buscaban ser salvados del pecado, sino ser liberados de los romanos. Esperaban que el Mesías exaltara a Israel al dominio universal. Así se fue preparando el camino para que rechazaran al Salvador.

En el tiempo cuando Cristo nació, la nación estaba irritada bajo el gobierno de sus amos extranjeros y atormentada por divisiones internas. Los romanos nombraban o removían al sumo sacerdote, y a menudo personas corruptas llegaban a ese cargo por medio de sobornos y aun homicidios. Así, el sacerdocio se volvió cada vez más corrupto. El pueblo estaba sujeto

a exigencias despiadadas, y también a los costosos impuestos de los romanos. El descontento, la codicia, la violencia, la desconfianza y la apatía espiritual estaban socavando el corazón de la nación. El pueblo, en sus

tinieblas y opresiones, anhelaban que alguien le devolviera el reino a Israel. Habían estudiado las profecías, pero sin percepción espiritual. Interpretaban las profecías de acuerdo con sus deseos egoístas.

Capítulo 3

El pecado de Adán y Eva, y “el tiempo establecido”

Cuando Adán y Eva oyeron por primera vez la promesa de la venida del Salvador, esperaban que se cumpliera muy pronto. Le dieron la bienvenida a su hijo primogénito, esperando que fuese el Libertador. Pero los que recibieron primero la promesa murieron sin verla cumplida. La promesa fue repetida por medio de los patriarcas y los profetas, manteniendo viva la esperanza de su llegada. Y sin embargo, no vino. La profecía de Daniel revelaba el tiempo de su advenimiento, pero no todos interpretaban correctamente el mensaje. Transcurrió un siglo tras otro. Naciones ocuparon y oprimieron a Israel, y muchos se inclinaban a exclamar: “El tiempo pasa y las profecías quedan en nada” (Eze. 12:22).

Pero como las estrellas que cruzan los cielos en su órbita señalada, los planes de Dios no tienen prisa ni pausa. En el concilio celestial se había determinado la hora en que Cris-

to debía venir. Cuando el gran reloj del tiempo marcó esa hora, Jesús nació en Belén.

“Cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo” (Gál. 4:4). El mundo estaba listo para la llegada del Libertador. Las naciones estaban unidas bajo un mismo gobierno. Había una lengua internacional muy difundida. De todos los países, los judíos de la diáspora, dispersos por el mundo, viajaban a Jerusalén para asistir a las fiestas anuales. Al volver a los países en donde vivían, podrían difundir por el mundo la noticia de la llegada del Mesías.

Los sistemas paganos estaban perdiendo su poder sobre la gente. Las personas deseaban con vehemencia una religión que pudiese satisfacer el corazón. Los que buscaban la luz anhelaban conocer al Dios vivo, anhelaban tener alguna seguridad de que había vida más allá de la tumba.

Muchos anhelaban un Libertador

La fe del pueblo de Israel se había empañado, y la esperanza casi había dejado de iluminar el futuro. Para las muchedumbres, la muerte era un terrible misterio; mas allá de la tumba, todo era incierto y oscuridad. En “la tierra donde la muerte arroja su sombra”, las personas vivían su lamento sin consuelo. Esperaban con ansias la llegada del Libertador, cuando se aclararía el misterio de lo futuro.

Fuera de la nación judía, hubo personas que buscaban la verdad, y a estas Dios les impartió el Espíritu de Inspiración. Sus palabras proféticas habían encendido esperanzas en el corazón de millares de no judíos, los “gentiles”.

Desde hacía varios siglos las Escrituras estaban traducidas al griego, idioma extensamente difundido por todo el Imperio Romano. Los judíos se hallaban dispersos por todas partes; y, hasta cierto punto, los gentiles también esperaban la venida del Mesías. Entre quienes los judíos llamaban “paganos”, había personas que entendían mejor que los maestros de Israel las profecías bíblicas concernientes a la venida del Mesías.

Algunos de quienes esperaban su venida como libertador del pecado se esforzaban por estudiar el misterio del sistema orgánico hebreo. Pero el pueblo de Israel estaba resuelto a mantenerse separado de las otras naciones, y no estaba dispuestos a compartir el conocimiento que poseían acerca de los servicios simbólicos. El verdadero Intérprete, Aquel a quien todos los símbolos representaban, debía venir y explicar

su significado. Dios debía enseñar a la humanidad en su propio lenguaje. Cristo debía venir para pronunciar palabras que pudieran comprender claramente y separar la verdad de la cizaña que había anulado su poder.

Entre los judíos, quedaban creyentes firmes que habían preservado el conocimiento de Dios. Fortalecían su fe recordando la promesa dada por medio de Moisés: “El Señor, Dios de ustedes, les levantará un Profeta como yo de entre su propio pueblo. Escuchen con atención todo lo que él les diga” (Mat. 3:22). Leían que el Señor iba a ungir a Uno “para llevar buenas noticias a los pobres”, “para consolar a los de corazón quebrantado y a proclamar que los cautivos serán liberados” y a declarar “que ha llegado el tiempo del favor del Señor” (Isa. 61:1, 2). Él establecería “justicia en toda la tierra”, y “las tierras lejanas más allá del mar” esperarían sus instrucciones (Isa. 42:4). Las naciones gentiles vendrían a su luz, y reyes poderosos para ver su resplandor (ver Isa. 60:3).

Las palabras del moribundo Jacob los llenaban de esperanza: “El cetro no se apartará de Judá, ni la vara de mando de sus descendientes, hasta que venga aquel a quien le pertenece” (Gén. 49:10). El poder decreciente de Israel anunciaba que se acercaba la llegada del Mesías. Estaba muy difundida la expectativa de un príncipe poderoso que establecería su reino en Israel y se presentaría ante las naciones como un libertador.

Satanás casi logra su objetivo

“El tiempo establecido” había llegado. La humanidad, cada vez más

degradada por los siglos de pecado, necesitaba la venida del Redentor. Satanás había estado obrando para ahondar y hacer insalvable el abismo entre el cielo y la tierra. Había envale-tonado a las personas en el pecado. Se proponía agotar la paciencia de Dios, con el fin de que abandonase al mundo al control de Satanás.

La batalla de Satanás por la supremacía parecía haber tenido un éxito casi completo. Es cierto que en toda generación, aun entre los paganos, hubo personas por medio de quienes Cristo obraba para elevar a la gente de su pecado. Pero estos reformadores fueron odiados. Muchos sufrieron una muerte violenta. La oscura sombra que Satanás había echado sobre el mundo se volvía cada vez más densa.

El mayor triunfo de Satanás fue pervertir la fe de Israel. Los paganos habían perdido el conocimiento de Dios y se habían ido corrompiendo cada vez más. Así también había sucedido con Israel. El principio de que podemos salvarnos por nuestras obras era el fundamento de toda religión pagana, y ahora había llegado a ser el principio de la religión judía.

El pueblo de Israel estaba defraudando al mundo al mostrar una falsificación del evangelio. Se habían negado a entregarse a Dios para la salvación del mundo, y llegaron a ser agentes de Satanás para su destrucción. El pueblo a quien Dios había llamado para ser columna y base de la verdad hacía la obra que Satanás deseaba que hiciese, seguía una conducta que representaba falsamente el carácter de Dios y hacía que el mundo lo considerase un tirano. Los sacerdotes

que servían en el Templo habían perdido de vista el significado del servicio que cumplían. Eran como actores de una obra de teatro. Los ritos que Dios mismo había ordenado pasaron a ser lo que les cegaba la mente y endurecía el corazón. Dios ya no podía hacer cosa alguna por la humanidad por medio de ellos.

Dios se compadece del mundo perdido

Habían sido puestos en operación todos los medios para depravar el alma de los hombres. El Hijo de Dios miró al mundo con compasión, y vio cómo los hombres y las mujeres habían llegado a ser víctimas de la crueldad satánica. Aturdidos y engañados, avanzaban en lóbrega procesión hacia la muerte en la cual no hay esperanza de vida, hacia la noche que no ha de tener mañana.

Los cuerpos de los seres humanos habían llegado a ser habitación de demonios. Seres sobrenaturales movían los sentidos, los nervios y los órganos de las personas para complacer las más bajas pasiones. La estampa de los demonios estaba grabada en los rostros humanos. ¡Qué espectáculo contempló el Redentor del mundo!

El pecado había llegado a ser una ciencia, y el vicio una parte de la religión. La rebelión y la hostilidad contra el Cielo eran muy violentas. Los mundos que no habían caído miraban expectantes para ver a Dios acabar con los habitantes de la tierra. Y si Dios hubiese hecho eso, Satanás estaba listo para llevar a cabo su plan de ganarse el apoyo de los

seres celestiales. Él había declarado que los principios del gobierno divino hacen imposible el perdón. Si el mundo hubiera sido destruido, habría echado la culpa sobre Dios y extendido su rebelión a los mundos superiores.

Pero en vez de destruir al mundo, Dios envió a su Hijo para salvarlo. Proporcionó un modo de rescatarlo. “Cuando se cumplió el tiempo esta-

blecido”, Dios derramó sobre el mundo tal efusión de gracia sanadora, que no se interrumpiría hasta que se cumpliera el plan de salvación. Jesús vino para restaurar en nosotros la imagen de nuestro Hacedor, para expulsar a los demonios que habían dominado la voluntad, para levantarnos del polvo y rehacer el carácter estropeado, para que vuelva a ser a semejanza de su carácter divino.

Capítulo 4

Nacido en un establo

Este capítulo se basa en Lucas 2:1 al 20.

El Rey de gloria se rebajó a tomar la humanidad. Ocultó su gloria y rehuyó toda ostentación externa. Jesús no quería que ninguna atracción terrenal convocara a las personas a su alrededor. Únicamente la belleza de la verdad celestial debía atraer a quienes lo siguiesen. Él deseaba que lo aceptasen por lo que la Palabra de Dios decía acerca de él.

Los ángeles miraban para ver cómo el pueblo de Dios iba a recibir a su Hijo, revestido con forma humana. Los ángeles fueron a la tierra donde había brillado la luz de la profecía. Fueron sin ser vistos a Jerusalén y se acercaron a los ministros de la casa de Dios.

Un ángel ya había anunciado la proximidad de la venida de Cristo al sacerdote Zacarías, cuando este servía ante el altar. Ya había nacido Juan el Bautista, el precursor de Jesús, y las noticias de su nacimiento y del significado de su misión se habían dispersado por todas partes. Sin embargo, Jerusalén no se estaba preparando para dar la bienvenida a su Redentor. Dios había llamado a la nación judía para comunicar al mundo que Cristo debía nacer del linaje de David; aun así, no sabían que su venida era inminente.

En el Templo, los sacrificios de la mañana y de la tarde señalaban al Cordero de Dios; sin embargo, ni aun allí se hacían los preparativos para recibirlo. Los sacerdotes y los maestros repetían sus rezos sin sentido y ejecutaban los ritos del culto, pero no estaban preparados para la llegada del Mesías. La misma indiferencia se difundió por toda la tierra de Israel. Corazones egoístas y absortos con cosas del mundo eran indiferentes al gozo que conmovía a todo el cielo. Solo unos pocos anhelaban ver al Invisible.

Ángeles acompañaron a José y a María en su viaje de Nazaret a la ciudad de David. El edicto de la Roma Imperial con la orden de censar a los pueblos de su enorme territorio alcanzó las colinas de Galilea. Augusto César fue usado por Dios para llevar a la madre de Jesús a Belén. Ella era descendiente de David; y el Hijo de David debía nacer en la ciudad de David. Dijo el profeta: "De ti, Belén Efrata [...] saldrá el que gobernará a Israel; sus orígenes se remontan hasta la antigüedad, hasta tiempos inmemoriales" (Miq. 5:2, NVI).

Pero José y María no fueron reconocidos ni honrados en la ciudad de este linaje real. Cansados y sin ho-

gar, caminaron por la estrecha calle hasta la otra punta de la ciudad, buscando en vano un lugar donde pasar la noche. Ya no quedaba ningún lugar en la posada. Por fin hallaron refugio en un tosco edificio donde dormían los animales, y allí nació el Redentor del mundo.

La noticia llenó el cielo de alegría. Seres santos del mundo de luz se sintieron atraídos hacia la tierra. Sobre las colinas de Belén se reunieron innumerables ángeles, a la espera de la señal que les indicase declarar la feliz noticia al mundo. Los líderes de Israel podrían haber compartido la alegría de anunciar el nacimiento de Jesús, pero fueron pasados por alto. Los esplendentes rayos del Trono de Dios brillarán para los que busquen la luz y la acepten con alegría (ver Isa. 44:3; Sal. 112:4).

Solo les importó a unos cuidadores de ovejas

En los mismísimos campos donde el joven David había cuidado sus rebaños, pastores que velaban por la noche conversaban del Salvador prometido y oraban por su venida. Y “apareció entre ellos un ángel del Señor”. “El ángel los tranquilizó [:] ‘No tengan miedo –dijo–. Les traigo buenas noticias que darán gran alegría a toda la gente. ¡El Salvador –sí, el Mesías, el Señor– ha nacido hoy en Belén, la ciudad de David!

Al oír esas palabras, la mente de los atentos pastores se llenó con sueños de gloria. ¡El Libertador había llegado! Ellos asociaban su llegada con el poder, la exaltación y el triunfo. Pero el ángel los preparó para que

pudieran reconocer a su Salvador en la pobreza y humillación. “Encontrarán a un niño envuelto en tiras de tela, acostado en un pesebre”.

El mensajero celestial había calmado sus temores. Les había dicho cómo hallar a Jesús. Les había dado tiempo para acostumbrarse al resplandor divino. Luego, toda la planicie se iluminó por el resplandor de los ángeles de Dios. La tierra enmudeció, y el cielo se inclinó para escuchar el canto:

*“Gloria a Dios en el cielo más alto
y paz en la tierra para aquellos en
quienes Dios se complace”.*

¡Ojalá la familia humana pudiera reconocer hoy ese canto! La canción de los ángeles irá ampliando sus ecos hasta el fin del tiempo, y repercutirá hasta los últimos confines de la tierra.

Al desaparecer los ángeles, las sombras de la noche volvieron a invadir las colinas de Belén. Pero en la memoria de los pastores quedó la escena más resplandeciente que hayan contemplado los ojos humanos. “Los pastores se dijeron unos a otros: ‘¡Vayamos a Belén! Veamos esto que ha sucedido y que el Señor nos anunció’. Fueron de prisa a la aldea, y encontraron a María y a José. Y allí estaba el niño, acostado en el pesebre”.

Con gran alegría salieron, y le contaron a todos los que encontraban sobre las cosas que habían visto y oído. “Todos los que escucharon el relato de los pastores quedaron asombrados”.

El cielo y la tierra no están más alejados hoy que cuando los pasto-

res oyeron el canto de los ángeles. Los ángeles de los atrios celestiales acompañarán a personas de ocupaciones comunes de la vida que van adonde Dios los guía.

En la historia de Belén está escondida la profundidad de “las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios” (Rom. 11:33, NVI). Nos asombra el sacrificio realizado por el Salvador al cambiar el Trono del cielo por el pesebre. El orgullo humano es reprendido en su presencia.

Sin embargo, aquello no fue ¡sino el comienzo de su maravillosa humillación voluntaria! Ya habría sido una humillación casi infinita para el Hijo de Dios tomar la naturaleza humana aun cuando Adán poseía la inocencia del Edén. Pero Jesús aceptó la humanidad cuando ya llevaba cuatro mil años de debilitamiento por el pecado. Como cualquier otro hijo de Adán, aceptó los efectos de la ley de la herencia. Podemos ver esos efectos en la historia de sus antepasados terrenales. Él vino con esa he-

rencia para pasar por las tentaciones que pasamos nosotros y para darnos el ejemplo de una vida sin pecado.

Satanás odiaba a Cristo. Lo odió por haberse comprometido a rescatar pecadores. Sin embargo, al mundo donde Satanás pretendía dominar Dios permitió que viniera su Hijo como niño impotente, sujeto a la debilidad humana, para arrostrar los peligros de la vida como cualquier otra persona, para pelear la batalla como la debe pelear cada hijo de la familia humana, aun a riesgo de sufrir la derrota y perderse eternamente.

Al ver el rostro de sus hijitos, el corazón de los padres humanos se conmueve y tiembla al pensar en los peligros de la vida. Anhelan protegerlo de las tentaciones y los conflictos. Pero Dios entregó a su Hijo único para que enfrentase un conflicto más recio con un riesgo mucho más grande.

“En esto consiste el amor verdadero”. ¡Maravíllense, oh cielos! ¡Asómbrate, oh tierra!

Capítulo 5

José y María dedican a Jesús

Este capítulo se basa en Lucas 2:21 al 38.

Como cuarenta días después del nacimiento de Jesús, José y María lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor y ofrecer un sacrificio. Como nuestro Sustituto, Jesús debía cumplir la ley en todo detalle. Como una señal de su obediencia a la Ley, ya había sido circuncidado.

Como ofrenda por la madre, la ley exigía un cordero como ofrenda quemada, y una paloma o una tórtola como ofrenda por el pecado. Estas ofrendas debían ser sin defecto, porque representaban a Cristo. Él era el “cordero sin mancha y sin defecto” (1 Ped. 1:19, NVI). Él era un ejemplo de lo que Dios quería que fuese la humanidad mediante la obediencia a sus leyes.

La dedicación de los primogénitos se remontaba a los primeros tiempos. Dios había prometido dar al Primogénito del cielo para salvar al pecador. Toda familia debía reconocer este don del Cielo consagrando al primer hijo varón. Debía ser dedicado al sacerdocio, como un representante de Cristo entre nosotros.

¡Cuánto significado tenía, pues, la presentación de Cristo en el Templo! Pero el sacerdote no vio más allá de las apariencias externas. Día tras día, llevaba a cabo la ceremonia de presentación de los bebés, casi sin prestar atención a padres o niños, a menos que notase algún indicio de riqueza o de alta posición social. José y María eran pobres, y el sacerdote solo vio a un hombre y a una mujer galileos vestidos con las ropas más humildes.

El sacerdote tomó al niño en sus brazos y lo sostuvo delante del altar. Después de devolverlo a su madre, inscribió el nombre “Jesús” en el rollo. No sospechó, al tener al bebé en sus brazos, que se trataba de la Majestad del Cielo, el Rey de gloria, Aquel que era el fundamento de todo el sistema judaico.

Ese bebé era el que se había presentado a Moisés como el gran YO SOY. Era el que había guiado a Israel en la columna de nube y de fuego. Era el Deseado de todas las gentes, la Raíz y la Descendencia de David, la brillante Estrella de la Mañana

(Apoc. 22:16, NVI). Ese bebé impotente era la esperanza de la humanidad caída. Él pagaría el rescate por los pecados del mundo entero.

Aunque el sacerdote no vio ni sintió nada inusual, esa ocasión no pasó sin algún reconocimiento a Cristo. “Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón [...] El Espíritu Santo estaba sobre él y le había revelado que no moriría sin antes ver al Mesías del Señor”.

El venerable Simeón reconoció a Jesús

Al entrar Simeón en el Templo, tuvo la profunda impresión de que el niño presentado al Señor era a quien tanto había deseado ver. Para el sacerdote asombrado, él parecía como un hombre arrobado en santo éxtasis. Tomó al niño en sus brazos, en tanto que un gozo que nunca antes sintiera inundaba su alma. Mientras elevaba al Niño Salvador hacia el cielo, dijo:

“Señor Soberano, permite ahora que tu siervo muera en paz, como prometiste. He visto tu salvación, la que preparaste para toda la gente. Él es una luz para revelar a Dios a las naciones, ¡y es la gloria de tu pueblo Israel!”

Mientras José y María permanecían allí, admirados por las palabras de Simeón, él le dijo a María: “Este niño está destinado a provocar la caída de muchos en Israel, pero también será la alegría de muchos otros. Fue enviado como una señal de Dios, pero muchos se le opon-

drán. Como resultado, saldrán a la luz los pensamientos más profundos de muchos corazones, y una espada atravesará tu propia alma”.

Ana, una profetisa, también vino y confirmó el testimonio de Simeón. Su rostro se iluminó con la gloria de Dios, y expresó su sentido agradecimiento por haber podido contemplar a Cristo el Señor.

Estos humildes adoradores habían estudiado las profecías. Pero aunque los príncipes y los sacerdotes también habían tenido las preciosas profecías, no andaban en el camino del Señor y sus ojos no estaban abiertos para contemplar la Luz de vida.

Así sucede aún hoy. Todo el cielo observa con atención eventos que pasan inadvertidos y sin reconocimiento por parte de los líderes religiosos. Las personas reconocen a Cristo en la historia, pero no tienen mayor interés que hace dos mil años para recibir a Cristo en el pobre y doliente que suplica ayuda, en la causa justa que implica pobreza y desprecio.

María miró al niño que tenía en sus brazos, y recordó las palabras de los pastores de Belén, y se llenó de alegre esperanza. Las palabras de Simeón trajeron a su mente el mensaje profético de Isaías:

“El pueblo que camina en oscuridad verá una gran luz. Para aquellos que viven en una tierra de densa oscuridad, brillará una luz. [...] Pues nos ha nacido un niño, un hijo se nos ha dado; el gobierno descansará sobre sus hombros, y será llamado: Consejero Maravilloso, Dios Poderoso, Padre eterno, Príncipe de Paz”.

Isaías 9:2-6.

La angustia que debía sufrir la madre de Cristo

Sin embargo, María no entendió la misión de Cristo. En su profecía, Simeón lo había denominado la Luz que iluminaría a los gentiles, y los ángeles habían anunciado el nacimiento de Cristo como nuevas de gozo para todos los pueblos. Dios deseaba que lo contemplasen como el Redentor del mundo. Pero debían transcurrir muchos años antes de que la madre misma de Jesús lo comprendiese.

María no veía el bautismo de sufrimiento que era necesario para lograr el reinado del Mesías en el trono de David. En las palabras de Simeón a María, “una espada atravesará tu propia alma”, Dios, con tierna misericordia, ofreció a la madre de Jesús un adelanto de la angustia que por él ya había empezado a sufrir.

Simeón había dicho: “Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel” (NVI). Los que desean volver a levantarse primero deben caer. Debemos caer sobre la Roca y ser quebrantados, antes de que Cristo pueda levantarnos. El yo debe ser destronado. En los tiempos de Jesús, el pueblo judío no quería aceptar la honra que se alcanza a través de la humillación. Es por esto que no quisieron recibir a su Redentor.

“Como resultado, saldrán a la luz los pensamientos más profundos de muchos corazones”. A la luz de la vida del Salvador se puede ver el corazón de todos, desde el Creador hasta el príncipe de las tinieblas.

Satanás había presentado a Dios como un ser egoísta. Pero el don de Cristo testifica que aunque el odio que Dios siente por el pecado es tan fuerte como la muerte, su amor hacia el pecador es más fuerte que la muerte. Habiendo comenzado nuestra redención, no escatimará nada que sea necesario para terminar su obra. Habiendo reunido las riquezas del universo, lo entrega todo en las manos de Cristo y dice: “Usa estas cosas para convencer a la raza humana de que no hay mayor amor que el mío. Amándome hallarán su mayor felicidad”.

Cómo cada uno se juzgará a sí mismo

En la cruz del Calvario, el amor y el egoísmo se encontraron frente a frente. Cristo había vivido tan solo para consolar y bendecir, y al darle muerte, Satanás manifestó su odio contra Dios. El propósito verdadero de su rebelión era destronar a Dios y destruir a Jesús, a través de quien Dios manifestaba su amor.

La vida y la muerte de Cristo también revela los pensamientos de hombres y mujeres. La vida de Jesús llamaba a todos a entregarse a sí mismos y participar en sus sufrimientos. Todos los que escuchaban la voz del Espíritu Santo eran atraídos a él. Los adoradores de sí mismos pertenecían al reino de Satanás. Así, cada uno pronuncia juicio sobre sí mismo.

En el día del juicio final se presentará la cruz, y toda mente entenderá su verdadero significado. Los pecadores quedarán condenados ante la visión del Calvario, con su Víctima

misteriosa. Todos verán lo que fue su elección. Toda duda de este gran conflicto entre Cristo y Satanás quedará entonces aclarada. Dios quedará libre de toda culpa por la existencia o la continuación del mal. Se demostrará que no había defecto en el gobierno de Dios, ni causa de des-

contento. Tanto los leales como los rebeldes se unirán para declarar:

“Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de las naciones. [...] Tus obras de justicia han sido reveladas”.

Apocalipsis 15:3, 4.

Capítulo 6

“Vimos su estrella”

Este capítulo se basa en Mateo 2.

“Jesús nació en Belén de Judea durante el reinado de Herodes. Por ese tiempo, algunos sabios de países del oriente llegaron a Jerusalén y preguntaron: ‘¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Vimos su estrella mientras salía y hemos venido a adorarlo’”.

Los sabios del Oriente pertenecían a una clase rica y educada. Entre ellos, había hombres rectos que estudiaban las indicaciones de Dios en la naturaleza y eran honrados por su integridad y sabiduría. Los sabios que vinieron a Jesús eran hombres de este carácter.

Al estudiar los cielos tachonados de estrellas, estos hombres devotos y educados vieron la gloria del Creador. Buscando un conocimiento más claro, se dirigieron a las Escrituras hebreas. En su propia tierra tenían escritos proféticos que predecían la llegada de un maestro divino. Las profecías de Balaam se habían transmitido por tradición de siglo en siglo. Pero en el Antiguo Testamento los sabios descubrieron con gozo que su venida se acercaba. Todo el mundo iba a ser llenado con el conocimiento de la gloria del Señor.

Los sabios habían visto una luz misteriosa en los cielos la noche en

que la gloria de Dios inundó las colinas de Belén. Apareció una estrella luminosa que estuvo por un tiempo en el cielo, un fenómeno que excitó un agudo interés. Esa estrella era una compañía de ángeles resplandecientes, pero los sabios lo ignoraban. Sin embargo, tenían la impresión de que la estrella era de especial importancia para ellos.

¿Podría haber sido enviada esta extraña estrella como anunciadora del Prometido? (ver Núm. 24:17). Los magos habían recibido con gratitud la luz de la verdad que el cielo había enviado. Ahora esa luz se derramaba sobre ellos en rayos más brillantes. Dios les indicó en sueños que fueran en busca del Príncipe recién nacido.

En ese país de Oriente abundaban las cosas preciosas, y los magos no salieron con las manos vacías. Llevaron los más ricos dones de su tierra como ofrenda a ese Ser en quien todas las familias de la tierra serían benditas.

Viaje a la luz de las estrellas

Tenían que viajar de noche para poder ver la estrella; pero en cada

descanso estudiaban las profecías. En ellos se afirmaba la convicción de que Dios los estaba guiando. El viaje, aunque largo, fue para ellos muy feliz.

Cuando llegaron a la tierra de Israel, ya con Jerusalén a la vista, la estrella se detuvo sobre el Templo. Con entusiasmo aceleraron el paso, esperando confiados que el nacimiento del Mesías fuese el alegre tema central de toda conversación. Pero, para su gran asombro, descubrieron que sus preguntas no provocaban expresiones de alegría, sino más bien de sorpresa y temor, incluso con cierto aire de desprecio.

Los sacerdotes se jactaban de su religión y devoción, mientras denunciaban a los griegos y los romanos como pecadores. Los sabios no adoraban ídolos, y a la vista de Dios ocupaban una posición mucho más elevada que quienes profesaban adorarlo; y sin embargo, el pueblo judío los consideraba paganos. Sus preguntas llenas de interés no le causó ninguna simpatía.

Se despiertan los celos de Herodes

La extraña misión de los sabios creó tal agitación entre la población de Jerusalén que llegó hasta el palacio del rey Herodes. El astuto monarca quedó perturbado por la idea de tener un posible rival. Por ser de sangre edomita y no del pueblo de Israel, era odiado por el pueblo. La única seguridad que le quedaba era mantener el favor de Roma. Pero este nuevo Príncipe tenía un derecho superior: había nacido para el Reino.

Herodes sospechó que los sacerdotes estuviesen maquinando con los extranjeros para fomentar un levantamiento popular que lo destronase. Así que, tomó la determinación de desbaratar sus planes con la mayor sagacidad. Reuniendo a los sacerdotes, los interrogó acerca del lugar en que había de nacer el Mesías.

Esta investigación por parte de un rey ilegítimo, hecha a petición de unos extranjeros, hirió el orgullo de los maestros judíos. La indiferencia con que buscaron en los rollos de la profecía enfureció al tirano celoso. Pensó que estaban tratando de ocultarle algo que sabían. Con una autoridad que no se atrevieron a desobedecer, les ordenó que investigasen con precisión y le declarasen el lugar de nacimiento de su esperado Rey. “En Belén de Judea –le dijeron–, porque eso es lo que escribió el profeta:

‘Y tú, oh Belén, en la tierra de Judá, no eres la menor entre las ciudades reinantes de Judá, porque de ti saldrá un gobernante que será el pastor de mi pueblo Israel’.

Entonces Herodes invitó a los sabios a una entrevista privada. Dentro de su corazón rugía la ira y el temor, pero intentó mostrarse sereno y simuló que recibía con gozo la noticia del nacimiento de Cristo. Insistió a sus visitantes: “Busquen al niño con esmero. Cuando lo encuentren, vuelvan y díganme dónde está para que yo también vaya y lo adore”.

Los sacerdotes no eran tan ignorantes como fingían. El informe de

la visita de los ángeles a los pastores había sido llevado a Jerusalén, pero los rabinos consideraron que no merecía recibir atención. Ellos mismos podrían haber estado listos para conducir a los sabios al lugar donde nació Jesús; pero en vez de ello, los sabios vinieron a llamarles la atención al nacimiento del Mesías.

Si los informes traídos por los pastores y los sabios fuesen aceptados, eso desmentiría la pretensión de los sacerdotes de ser voceros de la verdad de Dios. Esos orgullosos maestros eruditos no querían rebajarse a recibir instrucciones de quienes llamaban paganos. No podía ser, razonaban, que Dios los hubiera pasado por alto, para comunicarse con pastores ignorantes y con gentiles paganos. Ni siquiera fueron a Belén para ver si esas cosas eran ciertas. E indujeron al pueblo a considerar el interés en Jesús como tan solo un entusiasmo fanático. Así es como los sacerdotes y los rabinos empezaron a rechazar a Cristo. Su orgullo y terquedad fueron en aumento, hasta transformarse en odio arraigado contra el Salvador.

Al caer las sombras de la noche, los sabios salieron solos de Jerusalén. Pero, para gran alegría suya, volvieron a ver la estrella, y ella los encaminó hacia Belén. Desilusionados por la indiferencia de los líderes del pueblo judío, dejaron Jerusalén con menos confianza que cuando entraron en la ciudad.

Sin una guardia real

En Belén no encontraron ninguna guardia real para proteger al recién

nacido Rey. Ninguno de los hombres honrados por el mundo estaba allí. Jesús se hallaba acostado en un pesebre; sus padres eran sus únicos guardianes. ¿Podía ser ese niño el personaje de quien se había escrito que había de “restaurar a las tribus de Jacob”; que sería “luz para las naciones” y “salvación hasta los confines de la tierra”? (Isa. 49:6, NVI).

“Entraron en la casa y vieron al niño con su madre, María, y se inclinaron y lo adoraron”. Luego sacaron sus presentes: “oro, incienso y mirra”. ¡Qué fe la suya!

Los sabios no habían detectado lo que Herodes tramaba, y se estaban preparando para volver a Jerusalén y contarle de su éxito. Pero en un sueño recibieron un mensaje con la indicación de no comunicarse más con él. Evitando Jerusalén, emprendieron el viaje de regreso a su país por otro camino.

José también recibió un sueño, con la advertencia de huir a Egipto con María y el niño. José obedeció sin demoras, partiendo de noche, por mayor seguridad.

Las indagaciones de los sabios en Jerusalén, el interés que generaron en la población, y aun los celos de Herodes atrajeron la atención de los sacerdotes y los rabinos, y dirigieron la atención de las personas a las profecías concernientes al Mesías y al gran acontecimiento que acababa de suceder.

Satanás estaba resuelto a privar al mundo de la luz divina, y empleó su mayor astucia para destruir al Salvador. Pero el que nunca duerme ni se adormece preparó un refugio para María y el niño Jesús en una tierra

pagana. Y mediante los regalos de los sabios de un país pagano, el Señor suplió los medios para el viaje a Egipto y la estadía en una tierra extranjera.

La nefasta masacre ordenada por Herodes

Herodes esperaba impacientemente en Jerusalén el regreso de los sabios. A medida que pasaba el tiempo y ellos no aparecían, se despertaron sus sospechas. ¿Se habían dado cuenta los rabinos de lo que tramaba? ¿Lo habían evitado a propósito los magos? La sola idea de ello lo enfureció. Por medio de la fuerza, les daría una lección con este niño rey.

Herodes envió soldados a Belén con la orden de matar a todos los niños menores de dos años. Los tranquilos hogares de la ciudad de David presenciaron escenas que seis siglos antes habían sido presentadas al profeta:

“En Ramá se oyó una voz, llanto y gran lamento. Raquel llora por sus hijos, se niega a que la consuelen, porque están muertos”.

El pueblo de Israel había traído esa calamidad sobre sí mismo por haber rechazado al Espíritu Santo, su único escudo. Habían buscado profecías que pudiesen interpretar de manera que los exaltaran y mostrasen cómo Dios despreciaba a las otras naciones. Se jactaban orgulloosamente de que el Mesías vendría

como Rey y aplastaría a los paganos en su ira. De este modo, habían suscitado el odio de sus gobernantes. Por medio de la forma en que presentaban erróneamente la misión de Cristo, Satanás se había propuesto lograr la destrucción del Salvador. Pero en vez de ello, eso se volvió sobre sus cabezas.

Poco después de la matanza de los inocentes niños, Herodes sufrió una muerte horrible. José todavía estaba en Egipto, y ahora un ángel le indicó que regresara a Israel. Considerando a Jesús como heredero del Trono de David, José deseaba establecer su hogar en Belén. Pero al saber que Arquelao había sido coronado rey en Judea en reemplazo de su padre, temió que el hijo llevase a cabo las intenciones malvadas de su padre.

Dios dirigió a José a un lugar seguro, Nazaret, donde había vivido antes. Durante casi treinta años, Jesús vivió allí, “y así se cumplió lo que los profetas habían dicho: ‘Lo llamarán nazareno’”. Galilea tenía mayor proporción de habitantes extranjeros que Judea, y por eso había menos interés en asuntos relacionados especialmente con los judíos.

Así fue recibido el Salvador cuando vino a la Tierra. Dios no podía confiar su amado Hijo a los seres humanos, ¡ni aun mientras llevaba a cabo su obra de salvarlos! Comisionó a ángeles para que acompañasen a Jesús y lo protegieran hasta que cumpliera su misión y muriera a manos de quienes había venido a salvar.

Capítulo 7

La niñez de Jesús

Este capítulo se basa en Lucas 2:39 y 40.

Jesús pasó su niñez y juventud en una aldea de montaña. Pasó por alto las mansiones de los ricos y los centros educativos más famosos, para vivir en la despreciada Nazaret.

“Allí el niño crecía sano y fuerte. Estaba lleno de sabiduría, y el favor de Dios estaba sobre él”. En el resplandor del rostro de su Padre, Jesús “crecía en sabiduría y en estatura, y en el favor de Dios y de toda la gente” (Luc. 2:52). Su mente era vivaz y aguda, con una reflexión y sabiduría que superaban a sus años. Las facultades de su intelecto y de su cuerpo se desarrollaban gradualmente, en armonía con las leyes de la niñez.

Durante su infancia, Jesús manifestó una disposición amable, una paciencia que nada podía perturbar y una veracidad que nunca sacrificaba la integridad. En los principios era firme como una roca, pero su vida revelaba la gracia de una cortesía desinteresada.

La madre de Jesús observaba el desarrollo de sus facultades, y trataba de estimular esa mente brillante y receptiva. Mediante el Espíritu Santo, recibió sabiduría para cooperar con el Cielo en el desarrollo de este niño que no tenía otro Padre que Dios.

En los días de Cristo, la instrucción religiosa había llegado a ser

formalista. La tradición había suplantado en gran medida a las Escrituras. Llenaban las mentes de los estudiantes con asuntos inútiles, que la escuela superior del Cielo no podía reconocer. Los alumnos no encontraban horas de quietud para estar con Dios y oír su voz hablándoles al corazón. Se apartaron de la Fuente de la sabiduría. Lo que se consideraba como educación “superior” era el mayor obstáculo para el desarrollo verdadero de la juventud. Su mente se paralizaba y estrechaba.

El niño Jesús no recibió instrucción en las escuelas de las sinagogas. De su madre y de los rollos de los profetas aprendió las cosas celestiales. Al pasar de la niñez a la juventud, no buscó asistir a las escuelas de los rabinos. No necesitaba la instrucción que podía obtenerse de tales fuentes. Su conocimiento profundo de las Escrituras nos demuestran con qué diligencia estudió la Palabra de Dios cuando era muchacho.

La naturaleza complementaba a la Biblia

Delante de él se extendía la gran biblioteca de las obras creadas de Dios. Él había creado todas las co-

sas, y ahora estudiaba las lecciones que su propia mano había escrito en la tierra, el mar y el cielo. Adquirió mucho conocimiento científico de la naturaleza: de las plantas, los animales y los hombres. Las parábolas mediante las cuales más le gustaba enseñar lecciones de verdad demuestran cómo había obtenido enseñanzas espirituales de la naturaleza y de las cosas que lo rodeaban en la vida diaria.

Mientras Jesús trataba de comprender la razón de las cosas, seres celestiales lo ayudaban. Desde el primer destello de inteligencia estuvo creciendo constantemente en gracia espiritual y conocimiento de la verdad.

Todo niño puede aprender como Jesús. Mientras tratemos de familiarizarnos con nuestro Padre celestial, los ángeles se nos acercarán, nuestra mente se fortalecerá, nuestro carácter se elevará y refinará. Llegaremos a ser más semejantes a nuestro Salvador. Y cuando contemplamos la hermosura y grandiosidad de la naturaleza, nuestros corazones se elevan a Dios. El espíritu se llena de asombro, el alma se vigoriza, al ponerse en contacto con el Infinito mediante sus obras. La comunión con Dios por medio de la oración desarrolla las facultades mentales y morales.

Cuando Jesús era niño, pensaba y hablaba como niño; pero ningún rastro de pecado manchó la imagen de Dios en él. Sin embargo, no estuvo exento de tentaciones. La gente de Nazaret era célebre por su maldad (ver Juan 1:46). Jesús tenía que estar constantemente

en guardia con el fin de preservar su pureza. Estuvo sujeto a todos los conflictos que nosotros tenemos que enfrentar, para sernos un ejemplo en la niñez, la juventud y la edad adulta.

Desde sus primeros años, Jesús fue guardado por ángeles celestiales; sin embargo, su vida fue una larga lucha contra los poderes de las tinieblas. El príncipe de las tinieblas probó todo medio posible para entrapar a Jesús en las tentaciones.

Jesús estuvo familiarizado con la pobreza, la abnegación y las privaciones. Esa experiencia fue una protección para él. No tenía tiempo ocioso que preparase el camino para tener amistad con personas de mala influencia. Nada –ni la ganancia ni el placer, ni los aplausos ni las críticas– podía inducirlo a consentir en realizar un acto pecaminoso. Cristo, el único ser que vivió sin pecar en esta Tierra, vivió entre los perversos habitantes de Nazaret durante casi treinta años. Ese hecho es una reprensión para los que creen que dependen del lugar, la fortuna o la prosperidad para vivir una vida intachable.

Como carpintero, Cristo dignificó el trabajo

Jesús había sido el Comandante del cielo, y los ángeles se habían deleitado en obedecer su palabra. Ahora era un siervo voluntario, un hijo amante y obediente. Con sus propias manos trabajó en la carpintería, con José. No empleó su poder divino para disminuir sus cargas ni aliviar su trabajo.

Jesús empleó sus facultades físicas con cuidado para cuidar su salud, para poder lograr el mejor trabajo.

No quería ser deficiente ni siquiera en el manejo de las herramientas. Fue perfecto como obrero, como lo fue en carácter. Con su ejemplo nos enseñó a cumplir nuestro trabajo con exactitud y esmero, y que el trabajo es honorable. Dios nos dio el trabajo como una bendición, y solo el trabajador diligente halla la gloria verdadera y el gozo de la vida. La aprobación de Dios descansa sobre los niños y los jóvenes que asumen su parte en los deberes de la familia y comparten las cargas de sus padres y sus madres.

Jesús fue un trabajador diligente y constante. Aspiraba a mucho, por tanto, intentaba mucho. Él dijo: “Me es necesario hacer las obras del que me envió, mientras dura el día; la noche viene, cuando nadie puede trabajar” (Juan 9:4, RVR). Jesús no rehuyó las obligaciones y las responsabilidades, como lo hacen muchos que profesan ser sus seguidores. Como tratan de eludir esta disciplina, muchos son débiles y faltos de eficiencia, débiles y casi inútiles cuando enfrentan dificultades. Debemos desarrollar la actitud positiva y la fuerza de carácter que manifestó Cristo, con la misma disciplina que él soportó. Y a nosotros se nos ofrece la gracia que recibió él.

Nuestro Salvador compartió la suerte de los pobres. Los que tienen un verdadero concepto de la vida de Jesús nunca sentirán que el rico deba ser honrado por encima del pobre digno.

Un cantor alegre

A menudo, Jesús expresaba su alegría cantando Salmos e himnos celestiales. A menudo, los moradores de Nazaret oían su voz que se elevaba en alabanza y canto. Cuando sus compañeros se quejaban por el cansancio, la dulce melodía que brotaba de sus labios los alegraba.

Durante esos años de reclusión en Nazaret, su vida se derramó en torrentes de compasión y ternura. Los ancianos, los tristes, los apesadumbrados por el pecado, los niños que jugaban, los animalitos de las arboledas, los animales de carga; todos eran más felices a causa de su presencia. Aquel cuya palabra sostenía los mundos podía agacharse para socorrer a un pájaro herido. No había nada tan insignificante que no mereciese su atención o sus servicios.

Así creció Jesús en sabiduría y estatura, en el favor de Dios y de toda la gente. Se mostró capaz de comprender a todos y tener empatía con ellos. Una atmósfera de esperanza y valor lo rodeaba, y hacía de él una bendición en todo hogar. A menudo, los sábados se le pedía que leyese la lección de los profetas, y el corazón de los oyentes se conmovía al ver nueva luz en las palabras del Texto sagrado.

Sin embargo, durante todos los años que vivió en Nazaret, no ostentó tener poder milagroso ni asumió títulos. Su vida tranquila y sencilla nos enseña una lección importante: cuanto más libre de estimulación artificial esté la vida del niño y cuanto más esté en armonía

con la naturaleza, más favorable será para el vigor físico y mental y para la fortaleza espiritual.

Jesús es nuestro ejemplo. Su vida familiar es el modelo para todos los niños y los jóvenes. El Salvador aceptó ser pobre para enseñarnos cuán íntimamente podemos andar con Dios nosotros, los de suerte humilde. Empezó su obra consagrando el humilde oficio del artesano que trabaja para ganarse el pan de cada día.

Estaba haciendo el servicio de Dios tanto cuando trabajaba en el banco del carpintero como cuando hacía milagros para la muchedumbre. Todo joven que siga en su humilde hogar el ejemplo de fidelidad y obediencia de Cristo, puede aferrarse a estas palabras dichas por el Padre: “Miren a mi siervo, al que yo fortalezco; él es mi elegido, quien me complace” (Isa. 42:1).

Capítulo 8

El viaje para la Pascua

Este capítulo se basa en Lucas 2:41 al 51.

Entre los judíos, el año doce era la línea divisoria entre la niñez y la juventud. De acuerdo con esa costumbre, cuando tuvo la edad requerida, Jesús viajó para la Pascua a Jerusalén con José y María.

El viaje desde Galilea ocupaba varios días, y los viajeros formaban grandes grupos para obtener compañía y protección. Las mujeres y los ancianos iban montados sobre bueyes o burros, en los empinados y escabrosos senderos. Los hombres fuertes y los jóvenes viajaban a pie. Todo el país estaba iluminado por las flores y alegrado por el canto de los pájaros. A lo largo de todo el camino, los padres y las madres relataban a sus hijos las maravillas que Dios había hecho en favor de su pueblo en los siglos pasados, y se entretenían durante el viaje con cantos y música.

La observancia de la Pascua empezó con el nacimiento de la nación hebrea. La última noche de su esclavitud en Egipto, Dios indicó a los hebreos que reuniesen a sus familias en sus hogares. Habiendo rociado los marcos de sus puertas con la sangre del cordero que habían sacrificado, debían comer el cordero, asado, con pan sin levadura y hierbas amargas. “Es la Pascua del Se-

ñor” (Éxo. 12:11). A la medianoche, todos los primogénitos de los egipcios fueron muertos. Los hebreos salieron de Egipto como una nación independiente. De generación en generación, debían repetir la historia de esa liberación maravillosa.

La Pascua iba seguida de los siete días de panes sin levadura. Todas las ceremonias de la fiesta eran símbolos de la obra de Cristo. El cordero sacrificado, el pan sin levadura, la gavilla de las primicias; todo representaba al Salvador. Pero para la mayoría del pueblo que vivía en los días de Cristo, esta fiesta había pasado a ser mero formalismo. Pero ¡cuánto significado tenía para el Hijo de Dios!

Por primera vez en su vida, el niño Jesús vio el Templo. Vio a los sacerdotes, vestidos de blanco al cumplir su solemne ministerio, y la sangran-te víctima sobre el altar del sacrificio. Presenció los impactantes ritos del servicio pascual. Cada día que pasaba veía más claramente su significado. Todo acto parecía estar conectado con su propia vida. Se despertaron nuevos impulsos en él. Silencioso y absorto en sus pensamientos, parecía estar analizando un complejo problema. El misterio de su misión se estaba revelando al Salvador.

Arrobado en la contemplación de esas escenas, permaneció en los atrios del Templo cuando terminaron los servicios pascuales. Cuando los adoradores salieron de Jerusalén, él fue dejado atrás.

En esta visita a Jerusalén, los padres de Jesús deseaban ponerlo en relación con los grandes maestros de Israel. Esperaban que fuera impresionado por la erudición de los rabinos y que comenzara a prestar más atención a sus requerimientos. Pero en el Templo Dios mismo había instruido a Jesús, y él enseguida empezó a compartir lo que había recibido.

Una dependencia del Templo había llegado a ser una escuela religiosa. Hacia allí se dirigió el niño Jesús, y se sentó a los pies de los sabios rabinos. Como quien buscaba sabiduría, interrogaba a esos maestros acerca de las profecías y de los acontecimientos que estaban sucediendo, que señalaban la venida del Mesías.

Sus preguntas sugirieron verdades profundas que habían quedado oscurecidas hacía mucho tiempo, aunque eran vitales para la salvación. Al paso que cada pregunta revelaba cuán estrecha y superficial era la sabiduría de los sabios, les hacía ver la verdad desde un nuevo punto de vista. Los rabinos hablaban de la admirable exaltación que la venida del Mesías proporcionaría a la nación judía; pero Jesús presentó la profecía de Isaías, y les preguntó qué significaban esos textos que señalaban los sufrimientos y la muerte del Cordero de Dios (ver Isa. 53).

Los maestros de la ley le dirigieron preguntas, y quedaron asombrados al oír sus respuestas. Con la

humildad de un niño, les dio a las palabras de la Biblia una profundidad de significado que los sabios no habían imaginado. De haber seguido los trazos de la verdad que él les señalaba, habrían realizado una reforma en la religión de su tiempo, y al iniciar Jesús su ministerio, muchos habrían estado preparados para recibirlo.

Los rabinos vieron que este reflexivo niño galileo tenía un futuro muy prometedor. Querían encargarse de su educación. Una mente tan original –pensaban ellos– debía ser moldeada por ellos.

Las palabras de Jesús habían conmovido su corazón como nunca lo había sido por palabras de labios humanos. Dios estaba tratando de dar luz a esos líderes. Si les hubiese parecido que Jesús estaba tratando de enseñarles, se habrían negado a escucharlo. Pero ellos imaginaban que le estaban enseñando, o por lo menos probando su conocimiento de las Escrituras. La modestia y gracia juvenil de Jesús desarmó sus prejuicios. Sus mentes se abrieron a la Palabra de Dios, y el Espíritu Santo habló a su corazón.

Llegaron a ver que su expectativa respecto del Mesías no estaba sustentada en las profecías, pero no querían admitir que habían interpretado mal las Escrituras que pretendían enseñar.

La preocupación de sus padres

Mientras tanto, al salir de Jerusalén, José y María habían perdido de vista a Jesús. El placer de viajar con amigos absorbió su atención, y

no notaron que Jesús no estaba con ellos sino hasta que llegó la noche. Solo entonces echaron de menos la mano servicial de su hijo. Suponiendo que estaría con el grupo, no habían estado preocupados. Pero ahora se despertaron sus temores. Estremeciéndose, recordaron cómo Herodes había tratado de destruirlo en su infancia. Su corazón se llenó de sombríos presentimientos.

Tuvieron que volver a Jerusalén y comenzar a buscarlo. Al día siguiente, en el Templo, escucharon una voz familiar. No podían confundirla, tan seria y ferviente, y sin embargo tan melodiosa. En la escuela de los rabinos encontraron a Jesús.

Cuando estuvo otra vez reunido con ellos, la madre le dijo, con palabras que implicaban un reproche: “Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? [...] ¡Mira que tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados!”

“¿Por qué me buscaban?”, les contestó Jesús. “¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?” (NVI). Como no parecían comprender sus palabras, él señaló hacia arriba. En su rostro había una luz. La divinidad fulguraba a través de la humanidad. Habían escuchado lo que sucedía entre él y los rabinos, y se habían asombrado de sus preguntas y respuestas.

Jesús estaba empeñado en la obra que había venido a hacer en el mundo; pero José y María habían descuidado la suya. Dios les había conferido mucha honra, al confiarles a su Hijo. Pero durante un día entero habían perdido de vista al que no debían haber olvidado un momento, y

al quedar aliviada su angustia, no se habían condenado a sí mismos, sino que le habían echado la culpa a él.

Era natural que los padres de Jesús lo considerasen como su propio hijo. En muchos aspectos su vida era igual a la de otros niños, y era difícil comprender que era el Hijo de Dios. El suave reproche que sus palabras implicaban estaba destinado a impresionarlos con el carácter sagrado de la misión que se les había confiado.

En la respuesta a su madre, Jesús demostró por primera vez que comprendía su relación con Dios. María no entendió sus palabras; pero sabía que había negado ser hijo de José y se había declarado Hijo de Dios.

Jesús volvió a casa con sus padres terrenales, y los ayudó en su vida de trabajo. Durante 18 años reconoció el vínculo que lo unía a la familia de Nazaret. Cumplió los deberes de hijo, hermano, amigo y ciudadano.

Jesús deseaba volver tranquilamente de Jerusalén, con los que conocían el secreto de su vida. Mediante el servicio pascual, Dios estaba tratando de recordarle a su pueblo la obra admirable que él realizara al librarlos de Egipto. Él deseaba que viesan en esto una promesa de la liberación del pecado. La sangre de Cristo habría de salvarlos. Dios deseaba llevarlos a estudiar con oración acerca de la misión de Cristo. Pero, con demasiada frecuencia, cuando las muchedumbres abandonaban Jerusalén, la excitación del viaje y la interacción social absorbían su atención, y se olvidaban del servicio que habían presenciado. El Salvador no sentía atracción por esas compañías.

¡No olvides a Jesús!

Cuando volvían de Jerusalén, Jesús esperaba dirigir la atención de José y María a las profecías referentes a un Salvador sufriente. En el Calvario, trató de aliviar la aflicción de su madre. En estos momentos también pensaba en ella. María habría de presenciar su última agonía, y Jesús deseaba que ella comprendiese su misión, con el fin de que pudiese soportar cuando la espada atravesara su alma. ¡Pero cuánto mejor habría soportado la angustia de su muerte si hubiese comprendido las Escrituras hacia las cuales trataba ahora de dirigir sus pensamientos!

Por la negligencia de un día, José y María perdieron al Salvador; pero hallarlo les costó tres días de ansiosa búsqueda. Así también es con nosotros. Por causa de conversaciones vanas o por descuidar la oración, podemos perder en un día la presencia del Salvador, y puede tomarnos muchos días poder hallarlo y recobrar la paz que habíamos perdido.

Debemos tener cuidado de no olvidar a Jesús ni dejarnos llevar por

la vida sin darnos cuenta de que no está con nosotros. Cuando nos dejamos absorber por las cosas del mundo, nos separamos de Jesús y de los ángeles celestiales. Estos seres santos no pueden permanecer donde no se desea la presencia del Salvador ni se nota su ausencia.

Muchos asisten a los cultos religiosos, y se sienten renovados por la Palabra de Dios; pero por descuidar la meditación y la oración, pierden la bendición recibida. Al separarse de Jesús, se han privado de la luz de su presencia.

Sería bueno que cada día dedicásemos una hora de reflexión contemplando la vida de Cristo. Debíamos tomarla punto por punto, y dejar que la imaginación comprenda cada escena, especialmente las escenas finales. Si hacemos esto, nuestra confianza en él será más constante, se reavivará nuestro amor, y seremos llenos de su Espíritu. Contemplando la belleza de su carácter, seremos “más y más parecidos a él a medida que somos transformados a su gloriosa imagen” (2 Cor. 3:18).

Problemas desde que era niño

Bajo la autoridad de los maestros de sinagoga, los niños judíos recibían instrucción sobre los incontables reglamentos que debía observar un israelita ortodoxo. Pero Jesús no se interesó en esos asuntos. Desde la niñez actuó independientemente de las leyes rabínicas. Estudiaba la Biblia de forma constante, y la frase “Esto es lo que dice el señor” siempre estaba en sus labios.

Vio que las personas se apartaban de la Palabra de Dios e insistían en observar ritos que no tenían valor alguno. No hallaban paz en sus servicios religiosos vacíos de fe. No conocían la libertad de espíritu que se obtiene al servir a Dios de todo corazón. Si bien Jesús no podía aprobar la mezcla de requerimientos humanos con instrucciones divinas, tampoco atacaba las enseñanzas o las prácticas de los maestros que poseían gran educación. Cuando lo criticaban por sus propios hábitos sencillos, presentaba la Palabra de Dios en justificación de su conducta.

Jesús procuraba agradar a aquellos con quienes trataba. Porque era tan amable y modesto, los escribas y los ancianos suponían que lo podrían influenciar fácilmente con sus

enseñanzas. Pero él les pedía ver su respaldo en la Santa Escritura. Estaba dispuesto a escuchar cada palabra que sale de la boca de Dios, pero no podía obedecer invenciones humanas. Jesús parecía conocer las Escrituras de principio a fin, y las presentaba con su verdadero significado. Los rabinos sostenían que explicar las Escrituras era su responsabilidad, y que a él le tocaba aceptar esa interpretación.

Sabían que en la Biblia no podían encontrar autorización para sus tradiciones. Sin embargo, se molestaban porque no obedecía sus preceptos. No pudiendo convencerlo, buscaron a José y a María y les señalaron su actitud disidente. Esto le significó reprimendas y reprobación.

A muy temprana edad Jesús comenzó a obrar por su cuenta en la formación de su carácter. Ni siquiera el amor por sus padres podía apartarlo de la obediencia a la Palabra de Dios. Pero la influencia de los rabinos hacía amarga su vida. Tuvo que aprender la dura lección del silencio y la tolerancia paciente.

Sus hermanos, como se llamaba a los hijos de José, se ponían del lado

de los rabinos. Tenían a la instrucción humana en más alta estima que la Palabra de Dios, y condenaban como terquedad la estricta obediencia de Jesús a la Ley de Dios. Sin embargo, los asombraba el conocimiento que manifestaba al contestar a los rabinos, y no podían dejar de ver que él los instruía a ellos. Reconocían que su educación era de un carácter superior a la de ellos, pero no percibían que él tenía acceso a una Fuente de conocimientos que ellos desconocían.

Jesús respetaba a todos por igual

Cristo halló la religión rodeada de altas murallas de separación, como si fuese un asunto demasiado sagrado para la vida diaria. Jesús derribó esos muros. En vez de aislarse como ermitaño en una cueva para mostrar su carácter celestial, se puso a trabajar fervientemente por la humanidad. Enseñó que la religión no está destinada solamente a horas y lugares fijos. Eso reprendía a los fariseos. Demostraba que su ensimismada devoción al interés personal distaba mucho de ser la religión verdadera. Esto los irritaba, por lo que procuraron ajustarlo a los reglamentos de ellos.

Jesús tenía poco dinero que dar, pero con frecuencia se privaba de alimento con el fin de aliviar a quienes estaban más necesitados que él. Cuando sus hermanos hablaban duramente a personas pobres y degradadas, Jesús les dirigía palabras de aliento a esas misma personas. A los que lo necesitaban, les daba un vaso de agua fresca y ponía discreta-

mente su propia comida en manos de ellos.

Todo esto desagradaba a sus hermanos. Ellos eran mayores que Jesús, y les parecía que él debía obedecer sus órdenes. Lo acusaban de creerse superior a ellos y de ponerse por encima de los maestros, sacerdotes y príncipes. Con frecuencia trataban de intimidarlo; pero él seguía adelante, haciendo de las Escrituras su guía.

Problemas con su familia

Los hermanos de Jesús sentían celos de él, y manifestaban incredulidad y desprecio decididos. No podían comprender su conducta. Su vida presentaba grandes contradicciones. Era el divino Hijo de Dios y, sin embargo, un niño indefenso. Era el Creador, y la tierra le pertenecía; sin embargo, la pobreza marcó su experiencia de vida. No aspiraba a tener grandeza mundanal, y aun en la posición más humilde estaba conforme. Eso airaba a sus hermanos. No podían explicar su constante serenidad bajo las pruebas y las privaciones.

Los hermanos de Jesús no lo comprendían porque no era como ellos. Al estar mirando a los demás, se habían apartado de Dios, y no tenían poder divino en su vida. Las formas religiosas que observaban no podían transformar el carácter. El ejemplo de Jesús era para ellos una continua irritación. Él odiaba el pecado y no podía presenciar un acto malo sin sentir un dolor que le era imposible ocultar. Por cuanto la vida de Jesús condenaba lo malo, les

personas se le oponían y hablaban con desprecio de su abnegación e integridad. Llamaban cobardía a su tolerancia y bondad.

Entre las amarguras que caen en suerte a la humanidad, no hubo ninguna que no le tocara a Cristo. Había quienes hacían comentarios crueles sobre él y su nacimiento. Aun en su niñez tuvo que hacer frente a miradas de desprecio y rumores malvados. Si hubiese reaccionado con una palabra o mirada impaciente, aun con un solo acto malo, no habría podido ser un ejemplo perfecto. Así habría fracasado en llevar a cabo el plan de nuestra salvación. Si hubiese admitido siquiera que podía haber una excusa para el pecado, Satanás habría triunfado y el mundo se habría perdido. Con frecuencia lo llamaban cobarde por negarse a unirse a sus hermanos en algún acto prohibido; pero su respuesta era: “Las Escrituras dicen: ‘El temor del Señor es la verdadera sabiduría; apartarse del mal es el verdadero entendimiento’ ” (Job 28:28).

Algunas personas se sentían en paz en su presencia, pero muchos lo evitaban porque su vida impecable los reprendía. Sus amiguitos disfrutaban de su presencia, pero los impacientaba sus determinación a hacer lo correcto, y lo llamaban cerrado de mente e inflexible. Jesús contestaba: “Las Escrituras dicen: ‘¿Cómo puede un joven mantenerse puro? Obedeciendo tu palabra. [...] He guardado tu palabra en mi corazón, para no pecar contra ti’ ” (Sal. 119:9, 11).

Con frecuencia se le preguntaba: “¿Por qué insistes en ser tan diferente de todos nosotros?” Él contestaba:

“Las Escrituras dicen: ‘Felices son los que obedecen sus leyes. [...] No negocian con el mal y andan solo en los caminos del Señor’ ” (Sal. 119:2, 3).

Cuando le preguntaban por qué no participaba en las diversiones de la juventud de Nazaret, decía: “Las Escrituras dicen: ‘Me deleitaré en tus decretos y no olvidaré tu palabra’ ” (Sal. 119:16).

Jesús no discutía por sus derechos. No tomaba represalias cuando lo maltrataban, sino que soportaba pacientemente los insultos. Repetidas veces se le preguntaba: “¿Por qué te sometes a tantos desprecios, inclusive de parte de tus hermanos?” Respondía: “Las Escrituras dicen:

Hijo mío, nunca olvides las cosas que te he enseñado; guarda mis mandatos en tu corazón. [...] ¡Nunca permitas que la lealtad ni la bondad te abandonen! Átalas alrededor de tu cuello como un recordatorio. Escríbelas en lo profundo de tu corazón. Entonces tendrás tanto el favor de Dios como el de la gente, y lograrás una buena reputación.

Proverbios 3:1-4.

Por qué tenía que ser diferente

La conducta de Jesús fue un misterio para sus padres. Parecía ser alguien apartado. Cuando estaba a solas con la naturaleza y con Dios tenía momentos de felicidad. Con frecuencia, la madrugada lo encontraba en algún lugar apartado, meditando, estudiando las Escrituras u orando. De esas horas de quietud volvía a su casa para continuar con sus deberes.

María creía que el santo niño nacido de ella era el Mesías; sin embargo, no se atrevía a expresar su fe. Durante toda la vida terrenal de Jesús, ella compartió sus sufrimientos. Veía con pesar las pruebas que tenía que enfrentar en su niñez y juventud. Cuando defendía lo que ella sabía que era correcto en la conducta de Jesús, ella misma se veía en dificultades. Consideraba que las relaciones del hogar y el cuidado maternal sobre sus hijos eran de vital importancia en la formación del carácter. Los hijos y las hijas de José sabían esto, y apelando a esta preocupación de María trataban de corregir las prácticas de Jesús de acuerdo con su propia norma.

María con frecuencia le hacía reclamos a Jesús, y lo instaba a conformarse a las costumbres de los rabinos. Pero ni siquiera ella podía persuadirlo a cambiar sus hábitos de contemplar las obras de Dios y tratar de aliviar a quienes sufrían. Cuando los sacerdotes y los maestros pedían la ayuda de María para controlar a Jesús, ella se sentía muy afligida; pero su corazón quedaba en paz cuando él presentaba las declaraciones de la Biblia que sostenían sus prácticas.

A veces vacilaba entre Jesús y sus hermanos, quienes no creían que fuera el enviado de Dios; pero tenía abundantes pruebas de que tenía un carácter divino. Su vida obraba como levadura entre los elementos de la sociedad. Sin tener defecto alguno, andaba entre personas desconsideradas, groseras y descorteses, entre cobradores de impuestos deshonestos, derrochadores irresponsables,

samaritanos injustos, soldados paganos, campesinos rudos y la multitud mixta. Pronunciaba palabras de ánimo a personas cansadas, pero obligadas a llevar cargas pesadas. Les repetía las lecciones que había aprendido de la naturaleza acerca del amor y la bondad de Dios.

Enseñaba a todos a considerarse bendecidos con talentos preciosos. Por su propio ejemplo enseñó que debemos apreciar todo momento de tiempo como un tesoro y que debemos emplearlo con propósitos santos. No pasaba por alto a ningún ser humano como indigno, sino que procuraba infundir esperanza a los más toscos y menos prometedores, asegurándoles que podrían desarrollar un carácter que dejase en claro ante todos que eran hijos de Dios. Con frecuencia se encontraba con quienes no tenían fuerza para escapar de la trampa de Satanás. A tales personas –desanimadas, enfermas, tentadas y caídas– Jesús dirigía palabras de la más tierna compasión.

A otros encontraba que estaban batallando mano a mano contra el enemigo de las almas. Él los estimulaba a perseverar, porque los ángeles de Dios estaban de su parte y les darían la victoria. Las personas a quienes él ayudaba se convencían de que era alguien en quien podían confiar plenamente.

Jesús daba atención a toda forma de sufrimiento, y daba alivio a todo aquel que sufría. Sus palabras bondadosas eran como un bálsamo suavizador. Nadie podía decir que había realizado un milagro; pero una virtud –la fuerza sanadora del amor– emanaba de él. Así, sin lla-

mar la atención, obró en favor de la gente desde su misma niñez.

Sin embargo, durante su niñez, su juventud y su vida adulta, Jesús caminó solo. No había otra persona con la pureza y fidelidad que él tenía (ver Isa. 63:3). Sabía que todos

se perderían, a menos que hubiese un cambio definido en los principios y los propósitos de la raza humana. Lleno de un propósito intenso, llevó a cabo el plan para su vida: ser él mismo la luz de toda la humanidad.

Capítulo 10

La voz en el desierto

*Este capítulo se basa en Lucas 1:5 al 23, 57 al 80; 3:1 al 18;
Mateo 3:1 al 12; Marcos 1:1 al 8.*

El precursor de Cristo surgió de entre los fieles de Israel. Zacarías, un anciano sacerdote, y su esposa Elisabet eran “justos a los ojos de Dios”, y en sus vidas silenciosas la luz de la fe resplandecía como una estrella en medio de las tinieblas. A esta piadosa pareja se le prometió un hijo que iría “delante del Señor para prepararle el camino” (NVI).

Zacarías había ido a Jerusalén para ministrar en el Templo durante una semana. Cuando estaba de pie delante del altar de oro en el Lugar Santo del Santuario, de repente fue consciente de que había un ángel del Señor “de pie a la derecha del altar”. Durante muchos años él había orado por la venida del Redentor. Ahora esas oraciones estaban por ser contestadas.

El ángel lo saludó con la alegre promesa: “ ¡No tengas miedo, Zacarías! Dios ha oído tu oración. Tu esposa, Elisabet, te dará un hijo, y lo llamarás Juan. [...] Él será grande a los ojos del Señor. No deberá beber vino ni ninguna bebida alcohólica y será lleno del Espíritu Santo. [...] Será un hombre con el espíritu y el poder de Elías; preparará a la gente

para la venida del Señor. Inclinará el corazón de los padres hacia los hijos y hará que los rebeldes acepten la sabiduría de los justos’. Zacarías le dijo al ángel: ‘¿Cómo puedo estar seguro de que ocurrirá esto? Ya soy muy anciano, y mi esposa también es de edad avanzada’ ”.

Por un momento, el anciano sacerdote se olvidó de que Dios puede cumplir lo que promete. ¡Qué contraste entre su incredulidad y la fe de María! Su respuesta al anuncio del ángel fue: “Soy la sierva del Señor. Que se cumpla todo lo que has dicho acerca de mí” (Luc. 1:38).

El nacimiento del hijo de Zacarías, así como el del hijo de Abraham y el de María, fue para enseñarnos una gran verdad: el poder de Dios hará lo que el poder humano no puede hacer. Fue mediante la fe como fue dado el hijo de la promesa. De forma similar, a través de la fe nace la vida espiritual y Dios nos capacita para hacer obras de justicia.

Quinientos años antes, el ángel Gabriel le había revelado a Daniel el período profético que se extendería hasta la venida de Cristo. Zacarías sabía que el fin de este período se acercaba, y esto lo había llevado a

orar por el advenimiento del Mesías. Y ahora exactamente el mismo ángel por medio de quien Dios dio la profecía había venido a anunciar su cumplimiento.

Zacarías dudó

Zacarías había expresado duda acerca de las palabras del ángel. Ahora no podría volver a hablar hasta que se cumpliesen. “Ahora, como no creíste lo que te dije, te quedarás mudo, sin poder hablar hasta que nazca el niño. Te aseguro que mis palabras se cumplirán a su debido tiempo”. En ese culto, el sacerdote debía orar por el perdón de los pecados y por la venida del Mesías. Pero cuando Zacarías intentó hacerlo, no pudo pronunciar una palabra. Cuando salió del Lugar Santo, su rostro resplandecía con la gloria de Dios, y las personas “se dieron cuenta de que seguramente había tenido una visión en el Santuario”. Zacarías estaba en silencio, pero les comunicó por señas lo que había visto y oído.

En seguida después del nacimiento del niño prometido, su padre pudo volver a hablar. “Y la noticia de lo que había sucedido corrió por todas las colinas de Judea”. Los que la oían meditaban sobre los acontecimientos y se preguntaban: ‘¿Qué llegará a ser este niño?’. Todo esto llamaba la atención a la venida del Mesías.

El Espíritu Santo descendió sobre Zacarías, y profetizó sobre la misión de su hijo:

“Tú, mi pequeño hijo, serás llamado profeta del Altísimo, porque prepara-

rás el camino para el Señor. Dirás a su pueblo cómo encontrar la salvación mediante el perdón de sus pecados”.

“Juan creció y se fortaleció en espíritu. Y vivió en el desierto hasta que comenzó su ministerio público a Israel”. Dios había llamado al hijo de Zacarías a la mayor obra que hubiera sido confiada alguna vez a los hombres. Y el Espíritu de Dios estaría con él si obedecía las instrucciones del ángel.

Juan debía comunicar a las personas la luz de Dios. Debía impresionarlos con su necesidad de la justicia de Dios. Tal mensajero debía ser santo, un templo donde habitara el Espíritu de Dios. Debía tener buena salud física, así como fuerza mental y espiritual. Por tanto, le sería necesario dominar sus apetitos y pasiones.

En tiempos de Juan el Bautista, había por todas partes personas ambiciosas por tener riquezas y amantes del lujo y la ostentación. Los placeres sensuales, las fiestas y borracheras estaban dañando la salud física, embotando las percepciones espirituales y disminuyendo la sensibilidad al pecado. Juan debía destacarse como reformador. Por medio de una vida abstemia y ropas sencillas, debía reprobar los excesos de sus días. Es por esto que un ángel del Trono celestial les dio a sus padres una lección de temperancia.

La niñez y la juventud es la edad para desarrollar la facultad del dominio propio. Los hábitos formados en los primeros años deciden si venceremos o seremos vencidos en la batalla de la vida. La juventud –el

tiempo de la siembra— determina el carácter de la cosecha para esta vida y la venidera.

Al preparar el camino para la primera venida de Cristo, Juan representaba a los que preparan un pueblo para la segunda venida de nuestro Señor. El mundo está entregado a los excesos. Abundan los errores y las fábulas. Todos los que procuren alcanzar una completa santidad porque temen a Dios, deben aprender a tener temperancia y dominio propio (ver 2 Cor. 7:1). Deben mantener los apetitos y las pasiones bajo el control de las facultades superiores de la mente. Esta disciplina propia es esencial, si queremos desarrollar la fuerza mental y la percepción espiritual que nos capacitan para comprender y practicar las verdades de la Palabra de Dios.

Una educación atípica

En el orden natural de las cosas, el hijo de Zacarías habría sido educado en las escuelas rabínicas. Pero como esto lo habría arruinado para su obra, Dios lo llamó al desierto, para que aprendiese de la naturaleza y del Dios de la naturaleza.

Juan halló su hogar en medio de colinas áridas, quebradas inhóspitas y cuevas rocosas. Allí, lo que lo rodeaba lo ayudó a formar hábitos de sencillez y abnegación. Allí podía estudiar las lecciones de la naturaleza, la revelación y la providencia de Dios. Desde la niñez, sus padres temerosos de Dios le habían recordado su misión, y él había aceptado el encargo sagrado. La soledad del desierto era un bienvenido escape de

la sociedad en la cual la incredulidad y la impureza habían llegado a ser casi universales. Él huía del constante contacto con el pecado con el fin de no dejar de percibir su excesiva pecaminosidad.

Pero Juan no pasaba la vida en una melancolía religiosa austera o en un aislamiento egoísta. De vez en cuando salía a mezclarse con la sociedad; y siempre fue un observador interesado en lo que sucedía en el mundo. Iluminado por el Espíritu divino, estudiaba la naturaleza humana para poder saber cómo alcanzar los corazones con el mensaje del cielo. Sentía el peso de su misión. Por medio de la meditación y la oración, comenzó a prepararse para la carrera que le esperaba.

Si bien vivía en el desierto, Juan no estaba libre de tentación. Satanás procuraba derrotarlo, pero sus percepciones espirituales eran claras, y gracias a la ayuda del Espíritu Santo fue capacitado para detectar y resistir los ataques del tentador.

Como Moisés entre las montañas de Madián, Juan se vio cercado por la presencia de Dios. El aspecto lóbrego y terrible de la naturaleza del desierto donde vivía representaba vívidamente la condición de Israel. La viña del Señor había llegado a ser un desierto desolado. Pero sobre las oscuras nubes estaba el arcoíris de la promesa.

A solas en la noche silenciosa, Juan leía la promesa que Dios hiciera a Abraham de una descendencia tan innumerable como las estrellas. La luz del amanecer le hablaba del que sería “como la luz de la mañana al amanecer, como una mañana sin nubes” (2 Sam. 23:4). Y en el res-

plandor del mediodía veía el esplendor de cuando “se revelará la gloria del Señor y todas las personas la verán” (Isa. 40:5).

Con espíritu alegre, aunque asombrado, buscaba en los rollos proféticos las revelaciones de la venida del Mesías. Silo, “el pacificador”, aparecería antes que dejase de reinar un rey sobre el trono de David. Ahora había llegado el tiempo. Un gobernante romano estaba sentado en el palacio del monte Sión. Según la segura Palabra del Señor, el Cristo ya había nacido.

Su estudio de las profecías de Isaías

De día y de noche, Juan estudiaba las arrobadoras descripciones que hiciera Isaías de la gloria del Mesías (ver Isa. 11:4; 32:2; 62:4). La gloriosa visión llenaba el corazón del solitario exiliado. Miraba al Rey en su hermosura, y se olvidaba de sí mismo. Contemplaba la majestad de la santidad, y se sentía deficiente e indigno. Estaba listo para salir como el mensajero del Cielo, sin temor de lo humano, porque había mirado al Divino. Podía estar de pie sin temor en presencia de los monarcas terrenales, porque se había postrado delante del Rey de reyes.

Juan no comprendía plenamente la naturaleza del reino del Mesías, pero su esperanza estaba centrada en la venida de un Rey de justicia y el establecimiento de Israel como una nación santa.

Él veía que su pueblo estaba satisfecho de sí mismo y dormido en sus pecados. El mensaje que Dios le había dado estaba destinado a sacu-

dirlos de su letargo y su indiferencia. Antes que la semilla del evangelio pudiese echar raíces, el suelo del corazón debía ser roturado. Antes de que tratasen de obtener sanidad de Jesús, debían ser despertados para ver el peligro de las heridas del pecado.

Dios no envía mensajeros para arrullar en una seguridad fatal a los que no están santificados. Impone pesadas cargas sobre la conciencia del que hace mal, y atraviesa el alma con flechas de convicción. Los ángeles ministradores le presentan los temibles juicios de Dios para ahondar el sentido de su necesidad. Entonces la mano que humilló en el polvo, levanta al pecador arrepentido.

Al borde de una revuelta

Cuando comenzó el ministerio de Juan, la nación iba avanzando hacia la revolución. El rey Arquelao había sido destituido, y Judea había quedado directamente bajo el dominio de Roma. La tiranía y la extorsión de los gobernantes romanos, y sus esfuerzos por introducir las costumbres y los símbolos paganos, encendieron la rebelión, que fue sofocada con la sangre de miles de los más valientes de Israel.

En medio de las discordias y las luchas, se oyó una voz procedente del desierto, una voz impactante y firme, aunque llena de esperanza: “¡Arrepiéntanse de sus pecados y vuelvan a Dios, porque el reino del cielo está cerca!” Con un poder nuevo y extraño, conmovió a la gente. Se estaba anunciando que la venida de Cristo se acercaba. Con el espíritu y

el poder de Elías, Juan denunciaba la corrupción nacional y reprendía los pecados que imperaban. Sus palabras eran directas y convincentes. Toda la nación se conmovió. Muchedumbres enteras se dirigían al desierto.

Juan invitaba al pueblo a arrepentirse. Como símbolo de la purificación del pecado, los bautizaba en las aguas del Jordán. Haciendo esto, declaraba que todos los que decían formar parte del pueblo elegido de Dios estaban contaminados por el pecado. Sin la purificación del corazón no podrían tener parte en el Reino del Mesías.

Príncipes y rabinos, soldados, cobradores de impuestos y campesinos acudían para oír al profeta. Muchos se arrepintieron y recibieron el bautismo con el fin de participar del Reino que anunciaba.

Muchos de los escribas y los fariseos vinieron confesando sus pecados y pidiendo el bautismo. Ellos habían hecho que la gente tuviera una alto concepto de su religiosidad, pero ahora se desenmascaraban los vergonzosos secretos de su vida. Pero Juan comprendió que muchos de esos hombres no tenían una verdadera convicción del pecado. Eran oportunistas que perseguían sus propios intereses. Como amigos del profeta, esperaban hallar favor ante el Príncipe venidero. Y pensaban fortalecer su influencia sobre el pueblo al recibir el bautismo.

Las cortantes palabras de amonestación a los hipócritas

Juan les hizo frente con la dura pregunta: “¡Camada de víboras! [...] ¿Quién les advirtió que huyeran de la

ira divina que se acerca? Demuestren con su forma de vivir que se han arrepentido de sus pecados y han vuelto a Dios”. El pueblo de Israel se había separado de Dios, y por esto estaban sufriendo bajo sus juicios. Esta era la razón por la cual estaban conquistados por una nación pagana. Excusaban sus pecados porque en tiempos pasados el Señor les había mostrado gran favor. Se autoengañaban pensando que eran mejores que los demás, con derecho a las bendiciones de Dios.

Juan declaró a los maestros de Israel que su orgullo, egoísmo y crueldad mostraban que eran una maldición mortal para el pueblo. En vista de la luz que habían recibido de Dios, eran aun peores que los paganos. Dios no dependía de ellos para cumplir sus planes; él podía llamar a otros a su servicio.

Decía el profeta: “Ahora mismo el hacha del juicio de Dios está lista para cortar las raíces de los árboles. Así es, todo árbol que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego”. Si el fruto no tiene valor, el nombre no puede salvar al árbol de la destrucción. Juan declaró claramente que si su vida y su carácter no estaban en armonía con la Ley de Dios, no eran su pueblo.

Todos los que se hacían súbditos del Reino de Cristo, decía él, debían dar evidencia de fe y arrepentimiento. En su vida debía verse bondad y devoción. Debían atender al necesitado, proteger a los indefensos, y dar un ejemplo de virtud y compasión.

“Yo bautizo con agua a los que se arrepienten de sus pecados y vuelven a Dios, pero pronto viene alguien que es superior a mí, tan su-

perior que ni siquiera soy digno de ser su esclavo y llevarle las sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego”. Isaías había declarado que el Señor limpiaría a su pueblo “con espíritu de juicio y espíritu abrasador” (Isa. 4:4, NVI).

El Espíritu de Dios consumirá el pecado en todos los que se sometan a su poder (ver Heb. 12:29). Pero si alguno se aferra al pecado, entonces la gloria de Dios, que destruye el pecado, debe destruirlos. En la segunda venida de Cristo, los impíos serán muertos “con el sople de su boca” y destruidos “con el esplendor de su venida” (2 Tes. 2:8). La gloria de Dios, que da vida a los justos, destruirá a los impíos.

En el tiempo de Juan el Bautista, Cristo estaba por presentarse como revelador del carácter de Dios. Su misma presencia haría que las personas vieran sus pecados. Únicamente en la medida en que estuviesen dispuestos a ser purificados de sus pecados llegarían a tener comunión con él.

Así declaraba Juan el Bautista el mensaje de Dios a Israel. Muchos lo aceptaban y sacrificaban todo con el fin de obedecer. Varios abrigaban la esperanza de que fuera el Mesías. Pero al ver Juan que el pueblo se volvía hacia él, buscaba toda oportunidad de dirigir su fe hacia el que había de venir.

Capítulo 11

El bautismo de Jesús

*Este capítulo se basa en Mateo 3:13 al 17;
Marcos 1:9 al 11; Lucas 3:21 y 22.*

Las noticias sobre Juan el Bautista llegaron a los campesinos de las aldeas montañosas más remotas y a los pescadores que vivían a orillas del mar; y en estos corazones sencillos y fervientes halló la más sincera respuesta. En Nazaret, se contó en la carpintería que había sido de José, y Uno reconoció el llamado. Había llegado su tiempo. Se despidió de su madre y siguió a las multitudes que acudían al Jordán.

Jesús y Juan el Bautista eran primos; y sin embargo no habían tenido relación directa. Esto era parte del plan de Dios. Nadie podría decir que habían conspirado juntos para sostener mutuamente sus pretensiones.

Juan conocía los eventos que habían señalado el nacimiento de Jesús y también sobre la visita a Jerusalén en su infancia, y su vida sin pecado. Creía que era el Mesías, pero el hecho de que Jesús había estado por tantos años en las sombras, sin dar ninguna prueba especial de su misión, le daba a Juan oportunidad para dudar. Sin embargo, el Bautista esperaba con fe. Se le había revelado que el Mesías vendría a pedirle el bautismo y que recibiría una señal de su carácter divino.

Cuando Jesús vino para ser bautizado, Juan reconoció en él una pureza de carácter que jamás persona alguna hubiera visto. Su misma presencia inspiraba reverencia. Eso estaba en armonía con lo que le había sido revelado acerca del Mesías. Pero ¿cómo podía él, pecador, bautizar al que no tenía pecado? ¿Por qué debía someterse el que no necesitaba arrepentimiento a un rito que era una confesión de culpabilidad que debía ser lavada?

Cuando Jesús pidió el bautismo, Juan vacilaba, y exclamó: “Yo soy el que necesita que tú me bautices [...] entonces, ¿por qué vienes tú a mí?” Pero Jesús le dijo: ‘Así debe hacerse, porque tenemos que cumplir con todo lo que Dios exige’. Entonces Juan aceptó bautizarlo. [...] Después del bautismo, mientras Jesús salía del agua, los cielos se abrieron y vio al Espíritu de Dios que descendía sobre él como una paloma”.

Fue bautizado sin haber pecado

Jesús no recibió el bautismo como una confesión de culpabilidad propia. Se identificó con los pecadores,

dando los pasos que debemos dar y haciendo la obra que debemos hacer. Su vida de sufrimiento y paciente tolerancia después de su bautismo fue también un ejemplo para nosotros.

Después de salir del agua, Jesús se arrodilló en oración a orillas del río. Estaba entrando ahora en el conflicto de su vida. Aunque era el Príncipe de Paz, su venida iba a ser como el acto de desenvainar una espada. El Reino que había venido a establecer era lo opuesto de lo que los judíos deseaban. Ellos lo considerarían como el enemigo y el destructor del sistema ritual de Israel, lo condenarían como transgresor y lo denunciarían como el diablo. Nadie en la tierra lo había comprendido, y debía continuar andando solo. Su madre y sus hermanos no comprendieron su misión. Ni aun sus discípulos lo comprendieron.

Habiéndose unido a nosotros, debía llevar nuestra culpabilidad y desgracia. El Ser sin pecado debía sentir la vergüenza del pecado. El amante de la paz debía habitar con la disensión, la verdad debía morar con la mentira, la pureza con la depravación. Todo pecado, todo conflicto y toda lujuria contaminante era una tortura para su espíritu.

Debía caminar la senda solo. La redención del mundo dependería del que había aceptado la debilidad de la humanidad. Él lo veía y sentía todo, pero su determinación permanecía firme.

El Salvador volcó los anhelos de su alma en oración. Bien sabía cómo el pecado había endurecido el corazón de hombres y mujeres, y cuán difícil les sería entender su misión y

aceptar la salvación. Intercedió ante el Padre con el fin de obtener poder para vencer su incredulidad, para romper las cadenas con que Satanás los había cautivado, y para vencer al destructor.

Nunca antes habían escuchado los ángeles semejante oración. El Padre mismo contestaría la petición de su Hijo. Los cielos se abrieron, y una forma de paloma de la luz más pura descendió sobre la cabeza del Salvador.

Pocos, además de Juan, percibieron la visión celestial. Sin embargo, una solemne conciencia de la presencia de Dios embargó la asamblea. El rostro de Cristo, dirigido hacia arriba, estaba glorificado como nunca antes habían visto ningún rostro humano. De los cielos abiertos, oyeron una voz que decía: "Este es mi Hijo muy amado, quien me da gran gozo".

Confirmado por el Cielo

Dios habló estas palabras para inspirar fe en quienes presenciaban la escena y fortalecer al Salvador para su misión. A pesar de que los pecados de un mundo culpable serían colocados sobre Cristo, y a pesar de la humillación que aceptó al tomar sobre sí nuestra naturaleza caída, la voz del Cielo lo declaró Hijo del Eterno.

Juan había quedado profundamente conmovido. Cuando la gloria de Dios rodeó a Jesús y se oyó la voz del Cielo, Juan supo que había bautizado al Redentor del mundo. Extendiendo la mano, señaló a Jesús y exclamó: "¡Miren! ¡El Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Juan 1:29).

Nadie de entre los oyentes, ni aun Juan mismo, entendió el significado de esas palabras: “el Cordero de Dios”. Muchos del pueblo de Israel consideraban los sacrificios de una manera muy semejante a la forma en que miraban sus sacrificios los paganos: como dones por cuyo medio podían apaciguar la ira de la Deidad. Dios deseaba enseñarles que el don que los reconcilia con él proviene de su amor.

El mensaje dado a Jesús a orillas del Jordán –“Este es mi Hijo muy amado, quien me da gran gozo”– abarca a toda la humanidad. No obstante todos nuestros pecados y debilidades, Dios no nos desecha como inútiles. Él “nos hizo aceptos en el Amado” (Efe. 1:6, RVR). La gloria que se posó sobre Jesús es una garantía del amor de Dios para con

nosotros. Nos habla del poder de la oración; de cómo la voz humana puede llegar al oído de Dios, y ser aceptadas nuestras peticiones en los atrios celestiales. Por causa del pecado, la tierra fue separada del cielo, pero Jesús la ha conectado otra vez con la esfera de gloria. La luz que descendió sobre la cabeza de nuestro Salvador, descenderá sobre nosotros cuando oramos pidiendo ayuda para resistir la tentación. La voz que habló a Jesús dice a toda alma creyente: “Este es mi Hijo muy amado, quien me da gran gozo”.

Nuestro Redentor ha abierto el camino, de manera que el más pecaminoso, el más oprimido y despreciado, pueda tener acceso al Padre. Todos pueden tener un hogar en las mansiones que Jesús ha ido a preparar.

Capítulo 12

La tentación en el desierto

*Este capítulo se basa en Mateo 4:1 al 11;
Marcos 1:12, 13; Lucas 4:1 al 13.*

“**L**uego el Espíritu llevó a Jesús al desierto para que allí lo tentara el diablo. Durante cuarenta días y cuarenta noches ayunó y después tuvo mucha hambre”.

Jesús no invitó a la tentación. Fue al desierto para estar solo, para pensar en su misión. Por medio del ayuno y la oración debía fortalecerse para andar en la senda ensangrentada que iba a recorrer. Pero Satanás pensó que esa era la mejor ocasión para atacarlo.

Grandes eran los asuntos que estaban en juego. Satanás reclamaba la tierra como suya y se presentaba a sí mismo como “el príncipe de este mundo” (NVI). Declaró que los hombres lo habían elegido como soberano suyo, y que por medio de los seres humanos él dominaba el mundo. Cristo había venido para refutar la pretensión de Satanás. Como el Hijo del hombre, Cristo permanecería leal a Dios. Esto mostraría que Satanás no había obtenido completo dominio de la raza humana, y que su pretensión al reino del mundo era falsa. Todos los que desearan

liberación de su poder podrían ser librados.

Satanás sabía que no ejercía dominio absoluto sobre el mundo. Había en la humanidad un poder que resistía a su autoridad (ver Gén. 3:15). En los sacrificios ofrecidos por Adán y sus hijos, vio un símbolo de la comunión entre la tierra y el Cielo, y se dedicó a cortar esa comunión. Representó falsamente a Dios, y malinterpretó los ritos que señalaban al Salvador. Indujo a las personas a temer a Dios como a un ser que se deleitaba en destruirlos. Los sacrificios que debían haber revelado su amor eran ofrecidos únicamente para apaciguar su ira.

Cuando Dios dio su Palabra escrita, Satanás estudió las profecías. De generación en generación trabajó para cegar a la gente, con el propósito de que rechazase a Cristo en ocasión de su venida.

Cuando Jesús nació, Satanás supo que había venido un Ser para disputarle su dominio. El Hijo de Dios que había venido a esta tierra como hombre lo alarmó grandemente. Su

corazón egoísta no podía comprender tal amor. Puesto que había perdido el cielo, estaba resuelto a hacer que otros también cayeran. Los induciría a menospreciar las cosas celestiales y a poner sus afectos en las terrenales.

Satanás estaba decidido a vencer

Desde su infancia en Belén, el Comandante del cielo fue continuamente asaltado por el maligno. En los concilios de Satanás con sus ángeles se tomó la determinación de que debían vencerlo.

Las fuerzas del mal lo seguían de cerca para entablar guerra contra él y, si era posible, vencerlo.

En ocasión del bautismo del Salvador, Satanás oyó la voz de Jehová atestiguar la divinidad de Jesús. Ahora que Jesús había venido “en semejanza de carne de pecado” (Rom. 8:3, RVR), el Padre mismo habló. Antes se había comunicado con la humanidad *a través* de Cristo; ahora se comunicaba con la humanidad *en* Cristo. Ahora era evidente que la conexión entre Dios y la humanidad había sido restaurada.

Satanás vio que debía vencer o ser vencido. Unió a todas las energías de la apostasía en contra del Hijo de Dios.

Muchos consideran este conflicto entre Cristo y Satanás como si no tuviese una importancia especial para su propia vida. Este conflicto se repite dentro de todo corazón humano. Las seducciones que Cristo resistió son las mismas que nosotros encontramos tan difíciles de resistir. Llevando sobre sí el terrible peso de

los pecados del mundo, Cristo resistió la prueba del apetito, del amor al mundo y del amor a la ostentación que conduce a la presunción. Estas fueron las tentaciones que vencieron a Adán y a Eva, y que tan fácilmente nos vencen a nosotros.

Satanás había señalado el pecado de Adán como prueba de que nadie puede obedecer la Ley de Dios. En nuestra humanidad, Cristo triunfaría donde Adán fracasó. Pero cuando Adán fue atacado por el tentador, no pesaba sobre él ninguno de los efectos del pecado. Gozaba de una fuerte y perfecta virilidad, y poseía pleno vigor de mente y cuerpo. Estaba rodeado por las glorias del Edén, y se hallaba en comunión diaria con los seres celestiales.

No sucedió lo mismo con Jesús, cuando entró en el desierto para luchar contra Satanás. Durante cuatro mil años la familia humana había estado perdiendo fuerza física, poder mental y valor moral; y Cristo tomó sobre sí las debilidades de la humanidad degenerada. Únicamente así podía rescatarnos de las profundidades más hondas de nuestra degradación.

Se sujetó a todas las desventajas de la humanidad

Muchos sostienen que era imposible que Cristo fuese vencido por la tentación. En tal caso, no podría haberse hallado en la posición de Adán ni haber obtenido la victoria que Adán no ganó. Si en algún sentido nosotrosuviésemos que enfrentar un conflicto más difícil que el que Cristo tuvo que enfrentar, entonces él no estaría capacitado para soco-

rrernos. Pero nuestro Salvador tomó la humanidad con todas sus desventajas. Tomó la naturaleza humana con la posibilidad de ceder a la tentación. No tenemos que sobrellevar nada que él no haya soportado.

Para Cristo, como para Adán y Eva en el Edén, la primera gran tentación se trató del apetito. “Durante cuarenta días y cuarenta noches ayunó y después tuvo mucha hambre. En ese tiempo, el diablo se le acercó y le dijo: ‘Si eres el Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en pan’”.

Estas primeras palabras delataron el carácter del tentador: “Si eres el Hijo de Dios”. En esto Satanás insinuaba la desconfianza. Si Jesús hubiese hecho lo que Satanás sugería, habría aceptado la duda. Satanás había tratado de introducir en la mente de Eva el pensamiento de que ser privados de una fruta tan hermosa contradecía el amor de Dios por ellos. De modo similar, el tentador trató de inspirar en Cristo sus propios sentimientos. “Si eres el Hijo de Dios”. En su voz había una expresión de completa incredulidad. ¿Habría de tratar Dios así a su propio Hijo? ¿Lo dejaría en el desierto con animales salvajes, sin alimento, sin compañías, sin consuelo? Le insinuó la idea de que Dios nunca quiso que su Hijo estuviese en tal condición. “Si eres el Hijo de Dios, muestra tu poder. Dile a esta piedra que se transforme en pan”.

La tentación de dudar

Las palabras del Cielo: “Este es mi Hijo muy amado”, resonaban todavía en los oídos de Satanás. Pero él esta-

ba resuelto a hacer dudar a Cristo de ese testimonio. La Palabra de Dios era para Cristo la garantía de su misión divina; esa Palabra declaraba su conexión con el Cielo. Satanás se proponía hacerle dudar de esa palabra. Si podía quebrantar la confianza de Cristo en Dios, Satanás sabía que vencería a Jesús. Esperaba que bajo la fuerza de la desesperación y el hambre extrema, Cristo perdiera la fe en su Padre y obrase un milagro en su propio favor. Si lo hubiera hecho, habría malogrado el plan de salvación.

Satanás se aprovechó de su supuesta ventaja. Uno de los ángeles más poderosos, decía, había sido desterrado del cielo. El aspecto de Jesús indica que él es ese ángel caído, abandonado por Dios y los hombres. Un ser divino podría sostener su pretensión realizando un milagro: “Si eres el Hijo de Dios, dile a esta piedra que se transforme en pan”. Un acto tal de poder creador, insistía el tentador, sería una evidencia concluyente de su divinidad. Pondría término a la controversia.

Pero el Hijo de Dios no habría de probar su divinidad a Satanás. Si Cristo obraba de acuerdo con la sugerencia del enemigo, Satanás habría dicho aún: “Muéstrame una señal, para que crea que eres el Hijo de Dios”. Y Cristo no debía ejercer el poder divino para su propio beneficio. Había venido para soportar la prueba como debemos soportarla nosotros, dejándonos un ejemplo. Todas sus obras admirables fueron hechas para el bien de otros. Fortalecido por el recuerdo de la voz del cielo, Jesús se apoyó en el amor de su Padre.

Jesús hizo frente a Satanás con la Biblia. “Las Escrituras dicen”, respondió. El arma en su lucha era la Palabra de Dios. Satanás exigía de Cristo un milagro. Pero una firme confianza en un “Esto es lo que dice el señor” es mayor que todos los milagros. Era una señal que no podía ser cuestionada. Mientras Cristo se mantuviera en esa posición, el tentador no podría obtener ventaja alguna.

En el momento de mayor debilidad, Cristo fue asaltado por las tentaciones más intensas. Así es como se ha aprovechado Satanás de la debilidad de la humanidad (ver Núm. 20:1-13; 1 Rey. 19:1-14). Cuando estamos perplejos o afligidos por la pobreza o la angustia, Satanás está allí para tentarnos, para atacar los puntos débiles de nuestro carácter, para destruir nuestra confianza en Dios. Muchas veces el tentador viene a nosotros como fue a Cristo, señalando nuestras debilidades. Espera desalentarnos y quebrantar nuestra confianza en Dios. Pero si nosotros le hiciéramos frente como lo hizo Jesús, evitaríamos muchas derrotas.

Cristo dijo al tentador: “La gente no vive solo de pan, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios”. En el desierto, más de catorce siglos antes, Dios envió a su pueblo una provisión constante de maná del cielo. Esto debía enseñarles que mientras confiaran en Dios y anduviesen en sus caminos, él no los abandonaría. La palabra de Dios había dado socorro a los hebreos, y la misma palabra se lo daría también a Jesús. Esperó el tiempo en que Dios habría de traerle alivio. No iba a obtener alimentos siguiendo las sugerencias

de Satanás. Es mejor soportar lo que acontezca que apartarse en forma alguna de la voluntad de Dios.

Muchas veces el que sigue a Cristo se ve colocado en donde pareciera que la obediencia a algún claro requerimiento de Dios lo privará de sus medios de subsistencia. Satanás quisiera hacerle creer que debe sacrificar las convicciones de su conciencia. Pero en lo único que podemos confiar es en la Palabra de Dios (ver Mat. 6:33). Cuando aprendamos a conocer el poder de su palabra, no seguiremos las sugerencias de Satanás para obtener alimento o salvar nuestra vida. Obedeceremos el mandamiento de Dios y confiaremos en su promesa.

En el último gran conflicto con Satanás, los que sean leales a Dios se verán privados de todo apoyo terreno. Porque se niegan a violar su Ley, se les prohibirá comprar o vender (ver Apoc. 13:11-17). Pero Dios ha prometido a quien obedece: “Ese tal morará en las alturas [...] se le proveerá de pan, y no le faltará el agua” (Isa. 33:16, NVI). Será alimentado cuando la tierra esté asolada por el hambre (ver Sal. 37:19).

La intemperancia corrompe la moral

En todas las edades, las tentaciones que excitan la naturaleza física han sido las más eficaces para corromper a la humanidad. Mediante la intemperancia, Satanás obra para destruir las facultades mentales y morales. Así viene a ser imposible para los seres humanos apreciar las cosas de valor eterno. Mediante la indulgencia carnal, Satanás trata de borrar del alma todo vestigio de semejanza divina.

Cristo declara que antes de su segunda venida la condición del mundo será como en los días anteriores al diluvio, y como en tiempos de Sodoma y Gomorra. Debíamos entender claramente la lección del ayuno del Salvador. Solo podemos evaluar el mal de la gratificación sin freno por medio de la indecible angustia que soportó Cristo. Nuestra única esperanza de vida eterna consiste en sujetar los apetitos y las pasiones a la voluntad de Dios.

En nuestra propia fortaleza nos es imposible negarnos a los impulsos de nuestra naturaleza caída. Pero al recorrer el terreno que nosotros debemos recorrer, nuestro Señor ha preparado el camino para que venzámos. No quiere que seamos intimidados ni que estemos desalentados. Dice: "Anímense, porque yo he vencido al mundo" (Juan 16:33).

Todo aquel que lucha contra el poder del apetito debe ver al Salvador en el desierto de la tentación. Véanlo en su agonía sobre la cruz cuando exclamó: "Tengo sed". Su victoria es nuestra.

Jesús dijo: "Se acerca el que gobierna este mundo. Él no tiene ningún poder sobre mí" (Juan 14:30). No había en él nada que respondiera a los razonamientos engañosos de Satanás. Él no consintió en pecar. Ni siquiera por medio de un pensamiento cedió a la tentación. Así también podemos hacer nosotros. La humanidad de Cristo estaba unida con la divinidad; fue capacitado para el conflicto mediante la permanencia del Espíritu Santo en él. Y él vino para hacernos participar de la naturaleza divina. Dios extiende su mano para alcanzar la mano de nuestra fe y dirigirla a aferrarse a la divinidad de Cristo, con el fin de que nuestro carácter pueda alcanzar la perfección.

Cristo nos mostró cómo puede lograrse esto. ¿Por medio de qué venció Cristo a Satanás? Por medio de la Palabra de Dios. "Las Escrituras dicen", afirmó. Y toda promesa de la Palabra de Dios nos pertenece (ver 2 Pedro 1:4). Cuando la tentación ataca, miremos al poder de la Palabra. Toda su fuerza es nuestra (ver Sal. 119:11; 17:4).

Capítulo 13

La victoria

*Este capítulo se basa en Mateo 4:5 al 11;
Marcos 1:12 y 13; Lucas 4:5 al 13.*

“Después el diablo lo llevó a la santa ciudad, Jerusalén, al punto más alto del templo, y dijo: ‘Si eres el Hijo de Dios, ¡tírate! Pues las Escrituras dicen: ‘Él ordenará a sus ángeles que te protejan. Y te sostendrán con sus manos para que ni siquiera te lastimes el pie con una piedra’”.

Satanás todavía se mostraba como un ángel de luz, y dejó ver que estaba familiarizado con las Escrituras. Jesús había empleado la Palabra de Dios para sostener su fe, y ahora el tentador la usó para hacer que su engaño pareciera aceptable. Satanás lo instó a dar otra evidencia más de su fe.

Pero otra vez precedió la tentación con la insinuación de desconfianza: “Si eres el Hijo de Dios”. Cristo se sintió tentado a responder al “sí”, pero se abstuvo de hacer algo que significase la más mínima aceptación de la duda.

El tentador pensaba aprovecharse de la humanidad de Cristo e incitarlo a ir más allá de lo que Dios había permitido. Pero aunque Satanás puede instar, no puede obligar a pecar. Le dijo a Jesús: “¡Tírate!”, sabiendo que él no podía arrojarlo.

Ni podía Satanás obligar a Jesús a tirarse. A menos que Cristo cediese a la tentación, no podía ser vencido.

El tentador no puede nunca obligarnos a hacer lo malo. La voluntad debe consentir, y la fe abandonar su confianza en Cristo, antes que Satanás pueda ejercer su poder sobre nosotros. Pero todo deseo pecaminoso que acariciamos es una puerta abierta por la cual él puede entrar para tentarnos y destruirnos. Y todo fracaso de nuestra parte le da ocasión para desacreditar a Cristo.

Cuando Satanás citó la promesa: “Él ordenará a sus ángeles que te protejan”, omitió las palabras: “en todos tus caminos” (NVI); es decir, en todos los caminos que Dios haya elegido. Jesús se negó a salir de la senda de la obediencia. No quería obligar a Dios a acudir en su auxilio, y dejar de dar al hombre un ejemplo de confianza y sumisión.

Jesús declaró a Satanás: “Las Escrituras también dicen: ‘No pondrás a prueba al Señor tu Dios’”. Dios ya había testificado que Jesús era su Hijo. Pedir pruebas ahora sería dudar de la Palabra de Dios, tentarlo. No debemos presentar nuestras peticiones a Dios para *probar* si cum-

plirá su palabra, sino *porque* él la cumplirá; no para probar que nos ama, sino porque nos ama (ver Heb. 11:6). La presunción es la falsificación satánica de la fe. La fe se aferra a las promesas de Dios y produce fruto de obediencia. La presunción también reclama las promesas, pero las usa para justificar la transgresión. La fe habría llevado a nuestros primeros padres a confiar en el amor de Dios y a obedecer sus mandamientos. La presunción los indujo a desobedecer su ley, en la creencia de que su gran amor los salvaría de las consecuencias de su pecado. No es fe lo que reclama el favor del Cielo sin cumplir las condiciones bajo las cuales se concede un favor.

Aventurarse dentro del territorio de Satanás

Si Satanás puede hacernos entrar innecesariamente en el camino de la tentación, sabe que la victoria es suya. Dios protegerá a todos los que anden en la senda de la obediencia. Pero apartarse de esa senda es aventurarse en territorio de Satanás. El Salvador nos ha instruido: “Velad y orad, para que no entréis en tentación” (Marcos 14:38, RVR).

Muchas veces, al encontrarnos en situaciones difíciles, dudamos de que el Espíritu de Dios nos haya estado guiando. Pero fue la conducción del Espíritu la que llevó a Jesús al desierto. Cuando Dios nos pone en medio de pruebas, tiene un propósito que lograr para nuestro bien. Jesús no confió con presunción en las promesas de Dios escogiendo deliberadamente entrar en tentación,

ni se entregó a la desesperación cuando le sobrevino la tentación. Tampoco debemos hacerlo nosotros (ver 1 Cor. 10:13; Sal. 50:14, 15).

Jesús salió victorioso de la segunda tentación, y luego Satanás se mostró en su verdadero carácter: un ángel poderoso, aunque caído. Se declaró jefe de la rebelión y dios de este mundo. Colocando a Jesús sobre un alto monte, hizo desfilar delante de él, en visión panorámica, todos los reinos del mundo. La luz del sol bañaba ciudades con templos, palacios de mármol, campos fértiles y viñedos cargados de frutos. Los rastros del mal estaban ocultos. Los ojos de Jesús contemplaban una escena de insuperable belleza y prosperidad. Entonces oyó la voz del tentador: “Todo esto te daré”. “Si me adoras, todo será tuyo” (NVI).

Jesús tenía por delante una vida de tristeza, dificultades y conflicto, y una muerte infame. Cristo podía librarse del espantoso porvenir reconociendo la supremacía de Satanás. Pero hacer eso significaría renunciar a la victoria en el Gran Conflicto. Si Satanás vencía ahora, sería el triunfo de la rebelión.

No se podía comprar a Cristo.

Cuando el tentador ofreció a Cristo el reino y la gloria del mundo, estaba proponiendo que Cristo gobernase sujeto a Satanás. Tal era la clase de dominio en el que el pueblo de Israel había puesto sus esperanzas. Deseaban el reino de este mundo. Pero Cristo declaró al tentador: “Vete de mí, Satanás, porque escrito está: ‘Al Señor tu Dios adorarás y

solo a él servirás' ” (RVR). Cristo no quiso venderse. Había venido para establecer un reino de justicia, y no abandonaría su plan.

Satanás se acerca a los personas con la misma tentación, y con ellas tiene el éxito que no tuvo con Cristo. Les ofrece el reino de este mundo, con la condición de que sacrifiquen su integridad, no hagan caso a la conciencia, satisfagan su egoísmo y reconozcan su supremacía. Satanás dice: “Cualquiera sea la verdad acerca de la vida eterna, para tener éxito en este mundo debes servirme. Puedo darte riquezas, placeres, honores y felicidad. No te dejes llevar por nociones de honradez o abnegación”.

Y así multitudes consienten en vivir para servirse a sí mismas, y Satanás queda satisfecho. Pero él ofrece lo que no puede otorgar, lo que pronto se le quitará. A cambio, las engaña y logra que pierdan su derecho a la herencia de los hijos de Dios.

Satanás sigue siendo un enemigo vencido

Cuando Jesús lo echó con tal autoridad, Satanás tuvo una prueba de que Jesús era el Hijo de Dios. La divinidad fulguró a través de la humanidad sufriente. Retorciéndose de humillación e ira, Satanás se vio obligado a retirarse de la presencia del Redentor del mundo. La victoria de Cristo fue tan completa como lo había sido el fracaso de Adán.

Y así podemos nosotros resistir la tentación y obligar a Satanás a alejarse. Jesús obtuvo la victoria a través de la sumisión a Dios y la fe en él, y mediante el apóstol nos dice:

“Así que sométanse a Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes. Acérquense a Dios, y él se acercará a ustedes” (Sant. 4:7, 8, NVI). “El nombre del Señor es una fortaleza firme; los justos corren a él y quedan a salvo” (Prov. 18:10). Satanás tiembla delante de la persona más débil que busca refugio en ese nombre poderoso.

Después que el enemigo hubo huido, Jesús cayó exhausto, con la palidez de la muerte en el rostro. Los ángeles habían observado a su amado Comandante mientras soportaba la prueba, una prueba mayor que cualquiera que podamos ser llamados a soportar. Entonces, mientras estaba postrado como moribundo, sirvieron al Hijo de Dios. Lo fortalecieron con alimentos y lo consolaron con la seguridad de que todo el cielo triunfó en su victoria. Reanimándose, su gran corazón se llenó de compasión por la humanidad y procedió a continuar su camino y completar la obra que había empezado. No descansaría hasta que estuviese vencido el enemigo y redimida nuestra raza caída.

Nunca podremos comprender el costo de nuestra redención hasta que los redimidos estén con el Redentor delante del Trono de Dios. Entonces, al percibir de repente nuestros sentidos arrobados, recordaremos que Jesús dejó todo eso por nosotros; que por nosotros corrió el riesgo de fracasar y perderse eternamente.

“Digno es el Cordero que fue sacrificado, de recibir el poder y las riquezas y la sabiduría y la fuerza y el honor y la gloria y la bendición”

Apocalipsis 5:12.

Capítulo 14

“Hemos encontrado al Mesías”

Este capítulo se basa en Juan 1:19 al 51.

Juan el Bautista estaba predicando y bautizando en Betábara, al otro lado del Jordán, donde la gente diariamente se agolpaba a orillas del río. La predicación de Juan se había posesionado profundamente de la nación. Él no había reconocido la autoridad del Sanedrín, pidiendo su aprobación; sin embargo, parecía haber cada vez mayor interés en su obra.

El Sanedrín estaba compuesto por sacerdotes, príncipes y maestros. En tiempos de la independencia de los judíos, el Sanedrín era la corte suprema de la nación. Aunque ahora se hallaba subordinado a los gobernantes romanos, todavía ejercía una influencia poderosa en los asuntos civiles y religiosos. El Sanedrín no podía postergar por más tiempo una investigación de la obra de Juan. Algunos recordaban la revelación del ángel dada a Zacarías en el Templo, y su profecía de que su hijo sería el heraldo del Mesías. La conmoción ocasionada por el ministerio de Juan trajo estas cosas a la memoria de los líderes.

Hacía mucho que Israel no tenía un profeta. El llamamiento de Juan

para que confiesen sus pecados parecía nuevo y sorprendente. Muchos líderes no querían ir para oír a Juan, por temor de ser llevados a revelar los secretos de sus vidas. Sin embargo, su predicación era un anuncio directo del Mesías.

Era bien sabido que las “setenta semanas” de la profecía de Daniel, que incluía la venida del Mesías, estaban por terminar; y todos anhelaban participar en la gloria nacional que esperaban que vendría. El entusiasmo popular era tan grande, que el Sanedrín pronto se vería obligado a aprobar o a rechazar la obra de Juan. Ya se estaba volviendo una cuestión seria cómo mantener su poder sobre el pueblo. Esperando llegar a alguna conclusión, enviaron al Jordán a una delegación de sacerdotes y levitas para entrevistarse con el nuevo maestro.

Cuando los delegados llegaron, había una multitud que estaba escuchando las palabras de Juan. Los altivos rabinos llegaron con un aire de autoridad destinado a impresionar a la gente y lograr el acatamiento del profeta. La muchedumbre les dio

paso con respeto, casi con temor. Estos notables hombres, con lujosa vestimenta y con el orgullo de su posición y poder, se pararon ante el profeta del desierto.

—¿Quién eres? —preguntaron.

—Yo no soy el Mesías —contestó Juan, sabiendo lo que ellos pensaban.

—Bien. Entonces, ¿quién eres? —le preguntaron—. ¿Eres Elías?

—No.

—¿Eres el Profeta que estamos esperando?

—No.

—Entonces, ¿quién eres? Necesitamos alguna respuesta para los que nos enviaron. ¿Qué puedes decirnos de ti mismo?

Juan contestó con las palabras del profeta Isaías: “Soy una voz que clama en el desierto: ¡Abran camino para la llegada del Señor!”

Antiguamente, cuando un rey viajaba por sus dominios, se enviaba delante del carro real a un grupo de hombres para que aplanase los lugares escabrosos y llenase los baches, con el fin de que el rey pudiese viajar con seguridad. Isaías menciona esa costumbre para ilustrar la obra del evangelio. “Rellenen los valles y allanen los montes y las colinas” (Isa. 40:4). Cuando el Espíritu de Dios conmueve el corazón, humilla el orgullo humano. La persona llega a ver que el placer mundanal, la jerarquía y el poder son inútiles. Entonces la humildad y el amor abnegado son exaltados como las únicas cosas de valor. Tal es la obra del evangelio, y el mensaje de Juan era una parte de esta obra.

Los rabinos continuaron preguntando: “Si no eres el Mesías, ni Elías

ni el Profeta, ¿con qué derecho bautizas?” Las palabras “el Profeta” hacían referencia a Moisés. Cuando el Bautista inició su ministerio, muchos pensaron que tal vez fuese el profeta Moisés resucitado.

Mucha gente también creía que antes de que viniera el Mesías, Elías aparecería personalmente. Juan rechazó esta expectativa. Pero Jesús dijo después, refiriéndose a Juan: “Si ustedes están dispuestos a aceptar lo que les digo, él es Elías, aquel que los profetas dijeron que vendría” (Mat. 11:14). Juan vino con el espíritu y el poder de Elías, para hacer una obra como la de Elías. Pero el pueblo judío no aceptó su mensaje. Para ellos, no era Elías.

Muchos hoy no logran “ver” a Cristo

Muchos de los que estaban reunidos al lado del Jordán habían estado presentes en ocasión del bautismo de Jesús; pero solo unos pocos de entre ellos percibieron la señal dada entonces. Durante los meses precedentes del ministerio de Juan, muchos se habían negado a hacer caso al llamado al arrepentimiento. Así que, cuando el Cielo dio testimonio de Jesús en su bautismo, no lo percibieron. Los ojos que nunca se volvieron con fe hacia él, no vieron la revelación de la gloria de Dios. Los oídos que nunca escucharon su voz, no oyeron las palabras del testimonio. Así sucede ahora. Con frecuencia, Cristo y los ángeles ministradores manifiestan su presencia en las reuniones del pueblo; sin embargo, muchos no lo saben. No detectan nada inusual. Pero la presencia del

Salvador se revela a algunos. Son consolados, animados y bendecidos.

Los delegados de Jerusalén habían preguntado a Juan: “¿Con qué derecho bautizas?”, y estaban aguardando su respuesta. Repentinamente, al recorrer con la mirada la muchedumbre, el rostro de Juan se iluminó, todo su ser quedó conmovido por una profunda emoción. Con la mano extendida, exclamó: “Yo bautizo con agua, pero aquí mismo, en medio de la multitud, hay alguien a quien ustedes no reconocen. Aunque su servicio viene después del mío, yo ni siquiera soy digno de ser su esclavo, ni de desatar las correas de sus sandalias”.

El mensaje que debía ser llevado al Sanedrín era claro e inequívoco. ¡El Mesías se hallaba entre ellos! Con asombro, los sacerdotes y los príncipes miraban en derredor de sí, pero no pudieron distinguir entre la multitud a aquel de quien había hablado Juan.

En ocasión del bautismo de Jesús, la mente de Juan fue dirigida a las palabras de Isaías: “Como cordero fue llevado al matadero” (Isa. 53:7). Durante las semanas que siguieron, Juan estudió las profecías y las ceremonias de los sacrificios con nuevo interés. Vio que la venida de Cristo tenía un significado más profundo que el que habían reconocido los sacerdotes y el pueblo. Cuando vio a Jesús entre la muchedumbre, al volver él del desierto, esperó casi impacientemente oír al Salvador declarar su misión; pero él no pronunció una palabra ni dio señal alguna. Jesús no respondió al anuncio que hiciera el Bautista acerca de él. Se mezcló con los discípulos de Juan sin tomar medidas que llamasen la atención hacia sí mismo.

Al día siguiente, Juan vio a Jesús viniendo hacia él. Con la luz de la gloria de Dios reposando sobre él, el profeta extendió sus manos diciendo: “¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! De este hablaba yo cuando dije: ‘Después de mí viene un hombre que es superior a mí’. [...] Vi al Espíritu descender del cielo como una paloma y permanecer sobre él. [...] El que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Aquel [...] es el que bautiza con el Espíritu Santo’. Yo lo he visto y por eso testifico que este es el Hijo de Dios” (NVI).

El aspecto de Cristo era común y corriente

¿Era este el Cristo? Con reverencia y asombro, el pueblo miró al que Juan acababa de declarar Hijo de Dios. Las palabras de Juan los habían conmovido profundamente. Había hablado en el nombre de Dios. Lo habían escuchado día tras día reprendiendo sus pecados, y se había fortalecido en ellos la convicción de que era un enviado de Dios. Pero ¿quién era este mayor que Juan el Bautista? En sus ropas y comportamiento, nada indicaba que fuese de alta jerarquía. Aparentemente era una persona sencilla, vestido con la humilde vestimenta de los pobres.

Había entre la multitud algunos que habían estado en ocasión del bautismo de Cristo y habían oído la voz de Dios. Pero el aspecto del Salvador había cambiado muchísimo. En ocasión de su bautismo, habían visto su rostro transformado por la luz del Cielo. Ahora se veía cansado y demacrado. Solo Juan lo había reconocido.

Pero la gente vio un rostro donde la compasión divina se mezclaba con un poder consciente. Toda mirada, todo rasgo de su semblante, estaba señalado por la humildad y expresaba un amor indecible. Impresionaba a los que lo miraban con una sensación de poder escondido que no podía ocultarse totalmente. ¿Era este a quien Israel había esperado tanto tiempo?

Jesús vino con pobreza y humillación, con el fin de ser tanto nuestro ejemplo como nuestro Redentor. Si hubiese aparecido con pompa real, ¿cómo podría habernos enseñado humildad? Si Jesús hubiese venido a vivir como rey entre nosotros, ¿dónde habría quedado la esperanza de los humildes en esta vida?

Pero para la multitud parecía imposible encontrar una conexión entre el Ser designado por Juan y sus altas expectativas. Muchos quedaron chasqueados y perplejos.

Las palabras que tanto deseaban oír –que ahora Jesús restauraría el reino de Israel– no fueron pronunciadas. Los sacerdotes y los rabinos estaban dispuestos a recibir a un rey así. Pero no querían aceptar a uno que procuraba establecer un reino de justicia en su corazón.

Juan dirige a sus seguidores hacia Jesús

Al día siguiente, mientras dos discípulos estaban cerca, Juan volvió a ver a Jesús. Otra vez se iluminó el rostro del profeta, al tiempo que exclamaba: “¡Ahí está el Cordero de Dios!” Los discípulos no comprendían plenamente. ¿Qué significaba

el nombre que Juan le había dado: “Cordero de Dios”?

Dejando a Juan, fueron a buscar a Jesús. Uno de ellos era Andrés, hermano de Simón; el otro era Juan, [el que sería] el evangelista. Estos fueron los primeros discípulos de Cristo. Ellos siguieron a Jesús; ansiosos por hablar con él, aunque asombrados y en silencio, estaban abrumados en sus pensamientos: “¿Es este el Mesías?”

Jesús sabía que ellos dos lo seguían. Eran las primicias de su ministerio, y había gozo en el corazón del Maestro divino al ver a esas almas responder a su gracia. Sin embargo, volviéndose, les preguntó: “¿Qué quieren?”

Exclamaron: “Rabí (que significa “Maestro”), ¿dónde te hospedas?” En una breve entrevista, a orillas del camino, no podían recibir lo que anhelaban. Deseaban estar a solas con Jesús y oír sus palabras.

“Vengan y vean –les dijo–. Eran como las cuatro de la tarde cuando lo acompañaron al lugar donde se hospedaba, y se quedaron el resto del día con él”.

Si Juan y Andrés hubiesen estado dominados por el espíritu de incredulidad de los sacerdotes y los príncipes, no habrían sido aprendices sino críticos, para juzgar sus palabras. Pero habían respondido al llamamiento del Espíritu Santo en la predicación de Juan el Bautista, y ahora reconocían la voz del Maestro celestial. Las palabras de Jesús estaban llenas de frescura y belleza. Una iluminación divina brillaba sobre las Escrituras del Antiguo Testamento. La verdad se destacaba con una nueva luz.

El discípulo Juan era de afectos intensos y profundos, ardiente pero contemplativo. Había empezado a discernir “la gloria que corresponde al Hijo unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14, NVI).

Andrés comenzó a compartir el gozo que llenaba su corazón. Yendo en busca de su hermano Simón, le anunció: “Hemos encontrado al Mesías”. Simón también había oído la predicación de Juan el Bautista, y se apresuró a ir al Salvador. Los ojos de Jesús leían su carácter y su historia de vida. Su naturaleza impulsiva, su corazón amante y compasivo, su ambición y confianza en sí mismo, la historia de su caída, su arrepentimiento, sus labores y su martirio; el Salvador lo leyó todo. Le dijo: “Tu nombre es Simón hijo de Juan, pero te llamarás Cefas (que significa ‘Pedro’). Al día siguiente, Jesús [...] encontró a Felipe y le dijo: ‘Ven, sígueme’”. Felipe obedeció al mandato, y también se puso a trabajar para Cristo.

Felipe llamó a Natanael, quien había estado entre la muchedumbre cuando el Bautista señaló a Jesús como el Cordero de Dios. Al mirar a Jesús, Natanael quedó desilusionado. ¿Podía ser el Mesías este hombre que llevaba señales de pobreza y de trabajo pesado? Sin embargo, el mensaje de Juan había producido convicción en el corazón de Natanael.

La oración secreta de Natanael es contestada

Cuando Felipe lo llamó, Natanael se había retirado a un huerto tranquilo para meditar sobre las profecías concernientes al Mesías. Oraba

a Dios que si el anunciado por Juan era el Libertador, se lo diese a conocer. El Espíritu Santo le impartió la seguridad de que Dios había visitado a su pueblo. Felipe sabía que su amigo Natanael estaba estudiando las profecías, y lo descubrió en su lugar de retiro mientras oraba debajo de una higuera. Muchas veces habían orado juntos en este lugar retirado, ocultos por el follaje.

El mensaje de Felipe: “¡Hemos encontrado a aquel de quien Moisés y los profetas escribieron!”, pareció a Natanael una respuesta directa a su oración. Pero Felipe añadió: “Se llama Jesús, el hijo de José, de Nazaret”. Los prejuicios volvieron a levantarse en el corazón de Natanael, y exclamó: “¡Nazaret! [...] ¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?”

Felipe le respondió: “Ven y compruébalo tú mismo”. Cuando Jesús vio a Natanael que se le acercaba, dijo de él: “Aquí viene un verdadero hijo de Israel, un hombre totalmente íntegro”. Sorprendido, Natanael exclamó: “¿Cómo es que me conoces?” Jesús le respondió: “Pude verte debajo de la higuera antes de que Felipe te encontrara”.

Eso fue suficiente. El Espíritu divino, que le había dado seguridad a Natanael en su oración solitaria debajo de la higuera, le habló ahora en las palabras de Jesús. Natanael había ido a Cristo con un sincero deseo de oír la verdad, y ahora su deseo estaba satisfecho. Exclamó: “Rabí, ¡tú eres el Hijo de Dios, el Rey de Israel!”

Si Natanael hubiese confiado en los rabinos para ser dirigido, nunca habría hallado a Jesús. Viendo y juzgando por sí mismo fue como llegó

a ser un discípulo. Así sucede hoy, muchos confían en las autoridades humanas. Como Natanael, necesitamos estudiar la Palabra de Dios por nosotros mismos y orar por la iluminación del Espíritu Santo. Aquel que vio a Natanael debajo de la higuera, nos verá en el lugar secreto de oración. Los ángeles están cerca de quienes con humildad buscan ser guiados por Dios.

La fundación de la iglesia cristiana empezó con el llamamiento de Juan, Andrés, Simón, Felipe y Natanael. Juan dirigió a dos de sus discípulos a Cristo. Entonces uno de estos, Andrés, halló a su hermano. Luego fue llamado Felipe, y él buscó a Natanael. Estos ejemplos nos enseñan la importancia de hacer invitaciones directas a nuestros parientes, amigos y vecinos. Hay quienes no han hecho nunca un esfuerzo personal para traer siquiera un alma al Salvador.

Muchos han caído en la ruina, cuando podrían haber sido salvados si sus vecinos, hombres y mujeres comunes, hubiesen hecho algún esfuerzo personal en su favor. En la familia, en el vecindario, en el pueblo en que vivimos, hay para nosotros trabajo que debemos hacer. Tan pronto alguien se convierte, nace en él el deseo de dar a conocer a otros cuán valioso amigo ha hallado en Jesús.

El argumento más fuerte

Felipe no le pidió a Natanael que aceptase el testimonio de otro, sino que viese a Cristo por sí mismo. Una de las maneras más eficaces de ganar almas para Jesús consiste en

ejemplificar su carácter en nuestra vida diaria. Las personas pueden rechazar nuestra lógica o resistir nuestras invitaciones; pero una vida de amor completamente desinteresado es un argumento que no pueden contradecir.

La palabra de Dios, pronunciada por el que ha sido santificado por ella, tiene un poder vivificador que la hace atrayente para quienes la oyen. Cuando recibimos la verdad con amor, daremos a conocer lo que nosotros mismos hemos oído, visto y vivido de la Palabra de vida. Un testimonio como este es verdadero para el corazón receptivo y produce una santificación del carácter.

Y los que procuran dar la luz a otros, serán ellos mismos bendecidos. “El que reanima a otros será reanimado” (Prov. 11:25). Con el fin de compartir la felicidad de Cristo – la felicidad de ver a personas redimidas por su sacrificio– debemos tener parte en su obra de redimirlos.

La primera expresión de la fe de Natanael fue como música en los oídos de Jesús. “¿Crees eso solo porque te dije que te había visto debajo de la higuera? Verás cosas más grandes que esta”. El Salvador miró hacia adelante con gozo, considerando su obra de llevar buenas noticias a los pobres, de consolar a los de corazón quebrantado y de proclamar que los cautivos de Satanás serán liberados. “Les digo la verdad, todos ustedes verán el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre, quien es la escalera entre el cielo y la tierra”.

Con esto, Cristo dice implícitamente: “En la orilla del Jordán los

cielos fueron abiertos y el Espíritu descendió sobre mí. Pero si creen en mí, su fe crecerá y será más fuerte; verán que los cielos están abiertos y que nunca se cerrarán. Yo se los he abierto”. Los ángeles de Dios están ascendiendo y llevando las oraciones de los necesitados y los angustiados al Padre celestial, y al descender traen esperanza, valor y vida a los hijos de los hombres.

Los ángeles de Dios constantemente pasan de la tierra al cielo y del cielo a la tierra. A través de Cristo, por medio del ministerio de sus mensajeros celestiales, nos llega toda bendición de Dios. Al tomar sobre sí mismo la humanidad, nuestro Salvador une sus intereses con los de los caídos hijos e hijas de Adán, mientras que a través de su divinidad se aferra al trono de Dios.

Capítulo 15

Jesús asiste a una fiesta de bodas

Este capítulo se basa en Juan 2:1 al 11.

En una reunión familiar, celebrada en una pequeña aldea de Galilea, Jesús usó su poder para aumentar el gozo de una fiesta de bodas. Así demostró que nos comprende y que desea contribuir a nuestra felicidad. En el desierto, él mismo bebió la copa de la desgracia; pero salió de allí para darnos la copa de la bendición.

Se iba a celebrar un casamiento en Caná. El novio y la novia eran parientes de José y María, y Jesús fue invitado a la fiesta junto con sus discípulos.

Su madre, María, había oído hablar de la señal que Dios había dado a orillas del Jordán en ocasión de su bautismo. Las noticias le habían hecho recordar las escenas que durante tantos años había guardado en su corazón. María estaba profundamente conmovida por la misión de Juan el Bautista. Ahora, este contacto que tuvo con Jesús volvió a encender sus esperanzas. Había atesorado toda prueba de que Jesús era el Mesías; sin embargo, a ella también la asaltaban dudas y desilusiones. Anhelaba el momento en que se revelase la gloria de Jesús.

La muerte la había separado de José, quien había compartido con ella el conocimiento del misterio del nacimiento de Jesús. Ahora no había nadie a quien poder confiar sus esperanzas y temores. Reflexionaba en las palabras de Simeón: “Una espada atravesará tu propia alma” (Luc. 2:35). Con un corazón ansioso, anhelaba que Jesús regresase.

En la fiesta de bodas lo encontró; el mismo hijo tierno y servicial. Sin embargo, no era el mismo. Su rostro daba indicios de su conflicto en el desierto, y una nueva expresión de dignidad y poder evidenciaba su misión celestial. Lo acompañaba un grupo de jóvenes que lo llamaban Maestro. Esos compañeros relataron a María lo que habían visto y oído en ocasión del bautismo y en otras partes.

A medida que llegaban los invitados, había en el aire un entusiasmo reprimido. Cuando María vio cómo muchas miradas se dirigían a Jesús, ella anheló verlo probar que era el Honrado de Dios.

En aquellos tiempos, era costumbre que las fiestas de bodas durasen varios días. En esta ocasión, antes

que terminara la fiesta, se acabó el vino. Siendo una de los parientes, María había ayudado en la preparación de la fiesta, y ahora le dijo a Jesús: "Se quedaron sin vino". Estas palabras eran una sugerencia para que él supliera la necesidad. Pero Jesús contestó: "Apreciada mujer, ese no es nuestro problema. [...] Todavía no ha llegado mi momento".

Esta respuesta no expresaba frialdad ni falta de cortesía. En la costumbre oriental, se la empleaba con las personas a quienes se deseaba demostrar respeto. Cristo mismo había dado el mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre". (Éxo. 20:12). Tanto en la fiesta de bodas como sobre la cruz, en su último acto de ternura hacia su madre, el amor expresado en su tono, mirada y modales interpretaba sus palabras.

En ocasión de su visita al Templo en su niñez, Cristo había dicho a María: "¿No saben que debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?" (Luc. 2:49, LPH). Ahora repitió la lección. Existía el peligro de que María considerase que su relación con Jesús le daba el derecho, hasta cierto punto, para dirigirlo en su misión. Durante treinta años había sido un hijo amante y obediente, pero ahora debía atender la obra de su Padre. Como Salvador del mundo, ningún vínculo terrenal debía impedirle cumplir su misión. Esta lección es también para nosotros. Ninguna atracción terrenal, ningún parentesco humano, debe apartar nuestros pies de la senda en la que Dios nos invita a andar.

María podía hallar salvación únicamente a través del Cordero de

Dios. Su conexión con Jesús no la colocaba en una relación espiritual con él diferente de la de cualquier otro ser humano. Las palabras del Salvador dejan en claro la diferencia que hay entre su relación con ella como Hijo del hombre y como Hijo de Dios. El vínculo de parentesco que había entre ellos no la ponía de ninguna manera en un plano de igualdad con él.

"Todavía no ha llegado mi momento". Cuando Cristo anduvo entre nosotros, fue guiado, paso a paso, por la voluntad del Padre. Al decir a María que su hora no había llegado todavía, estaba contestando al pensamiento que ella no había expresado: la expectativa que acariciaba de que se revelase como Mesías y ocupase el trono de Israel. Pero el tiempo no había llegado. Jesús había aceptado la suerte de la humanidad no como rey, sino como "hombre de dolores, conocedor del dolor más profundo" (Isa. 53:3).

María ve su fe recompensada

Aunque María no tenía una concepción correcta de la misión de Cristo, confiaba en él plenamente. Y Jesús respondió a esa fe. Jesús realizó su primer milagro para honrar su confianza y fortalecer la fe de los discípulos. Por las profecías, los discípulos entendieron que Jesús era el Mesías, pero se quedaron amargamente chasqueados por la incredulidad, los arraigados prejuicios y el odio que manifestaron hacia Jesús los sacerdotes y los rabinos. Los primeros milagros del Salvador fortalecieron a los discípulos para man-

tenerse firmes frente a la oposición.

María dijo a los que servían a la mesa: “Hagan lo que él les diga”.

Al lado de la puerta había seis grandes tinajas de piedra para agua. Jesús ordenó a los siervos que las llenasen con agua. Entonces dijo: “Ahora saquen un poco y llévenselo al maestro de ceremonias”. En vez de agua, de las tinajas salió vino.

Al probar el vino que le llevaron los criados, el maestro de ceremonias lo encontró mejor que cualquier vino que hubiese bebido antes. Volviéndose al novio, le dijo: “Un anfitrión siempre sirve el mejor vino primero [...] y una vez que todos han bebido bastante, comienza a ofrecer el vino más barato. ¡Pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora!”

Los dones que el mundo ofrece pueden agradar a los ojos y fascinar los sentidos, pero no resultan satisfactorios. El “vino” se convierte en amargura, la alegría en melancolía. Lo que empezó con música y risas, termina en hastío y repugnancia. Pero los dones de Jesús son siempre frescos y nuevos. La fiesta que él brinda nunca deja de dar satisfacción y gozo. Las provisiones no se pueden acabar. Si permaneces en él, un don abundante hoy asegura que recibirás un don más abundante mañana.

El don de Cristo en la fiesta de bodas fue un símbolo. Manos humanas trajeron el agua con que llenaron las tinajas, pero solo la palabra de Cristo podía darle el poder que da vida. La palabra de Cristo proporcionó una vasta provisión para la fiesta. Su gracia es así de abundante para borrar nuestras iniquidades y

para sostener la vida espiritual. El vino que Jesús proveyó para la fiesta, y que dio a los discípulos como símbolo de su propia sangre, era el jugo puro de uva. A esto se refiere el profeta Isaías cuando habla del jugo de uvas “en un racimo”, y dice “No lo destruyas, porque en él hay bendición” (Isa. 65:8, RVA).

En el Antiguo Testamento, Cristo había dado la advertencia: “El vino produce burlones; la bebida alcohólica lleva a la pelea. Los que se dejan llevar por la bebida no pueden ser sabios” (Prov. 20:1). Él mismo no proveyó bebida tal. Satanás tienta a hombres y mujeres a ser intemperantes para que se enturbie su razón y se emboten sus percepciones espirituales, pero Cristo nos enseña a mantener sujeta la naturaleza inferior. Cristo fue quien indicó que Juan el Bautista no debía beber vino ni ninguna bebida alcohólica. Él ordenó a la madre de Sansón que tuviera una abstinencia similar. Y él pronunció una maldición sobre cualquiera que ofreciese una copa a su prójimo (ver Hab. 2:15). Cristo no contradijo su propia enseñanza. El vino sin fermentar que proveyó a los invitados de la boda era una bebida sana y refrescante.

Cuando los invitados comenzaron a hablar sobre el vino, algunas preguntas hicieron que los criados contaran del milagro. Cuando al fin los invitados buscaron a Jesús, descubrieron que se había retirado silenciosamente.

La atención de la gente quedó entonces concentrada en los discípulos, lo que les dio la oportunidad de confesar su fe en Jesús. Contaron lo

que habían visto y oído al lado del Jordán. Las noticias del milagro se difundieron y llegaron hasta Jerusalén. Con nuevo interés, los sacerdotes y los ancianos estudiaron las profecías que señalaban la venida de Cristo.

Cristo derribó las diferencias de clase social

Jesús empezó su obra poniéndose en una relación de estrecha simpatía con la humanidad. Aunque manifestaba la mayor reverencia por la Ley de Dios, reprendía la religiosidad fingida de los fariseos y trataba de liberar a la gente de las reglas sin sentido que las ataban. Procuraba romper las barreras que separaban a las diferentes clases sociales, con el fin de unirlos a todos como hijos de una sola familia.

Jesús condenaba la complacencia de los apetitos; sin embargo, era de naturaleza sociable. Aceptaba la hospitalidad de todas las clases sociales, visitaba los hogares de los ricos y los pobres, los educados y los ignorantes, y trataba de elevar sus pensamientos de la vida cotidiana a las cosas eternas. Ni una sombra de imprudente algarabía manchó su conducta; sin embargo, disfrutaba los momentos de alegría inocente. Al Hijo del hombre no le desagradaba la alegría de una boda judía. Al asistir, Jesús honró el casamiento como institución divina.

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, el matrimonio representa la unión tierna y sagrada que existe entre Cristo y su pueblo. Para Jesús, la ale-

gría de una boda simbolizaba el regocijo de aquel día en que él llevará a su Esposa –los redimidos– a la casa del Padre. “Dios se regocijará por ti como el esposo se regocija por su esposa”. “Se deleitará en ti con alegría. [...] Se gozará por ti con cantos de alegría” (Isa. 62:5; Sof. 3:17). Juan el apóstol escribió: “Volví a oír algo que parecía el grito de una inmensa multitud [...] que decían: [...] ‘Alegrémonos y llenémonos de gozo y démosle honor a él, porque el tiempo ha llegado para la boda del Cordero, y su novia se ha preparado’” (Apoc. 19:6, 7).

Jesús alcanzaba el corazón de la gente andando entre ella como quien deseaba su bien. Se encontraba con ellos en las calles, en las casas, en los botes, en sinagogas, a orillas del lago y en la fiesta de bodas. Manifestaba interés en sus asuntos de la vida cotidiana. Su gran empatía lo ayudaba a ganar los corazones. Se preparaba para su trabajo entre la vida diaria de las personas orando en soledad en los montes. De esos momentos salía para aliviar a los enfermos y romper las cadenas de los cautivos de Satanás.

Jesús preparó a sus discípulos por medio de un contacto y una relación personales. A veces les enseñaba sentado entre ellos en la ladera de la montaña; otras veces, a orillas del mar, o andando con ellos en el camino, les revelaba los misterios del Reino de Dios. Jesús no sermonizaba. No ordenaba a sus discípulos que hiciesen esto o aquello, sino que decía: “Síguenme”. En sus viajes los llevaba consigo, para que pudiesen ver cómo le enseñaba a la gente.

Todos los que predicán la Palabra de Cristo debieran seguir su ejemplo. No debemos aislarnos de los demás, sino que debemos encontrar a todas las clases sociales donde estén. No solo las predicaciones desde el púlpito conmueven los corazones de la gente con la verdad divina. Hay otro campo de trabajo, igual de prometedor, en el hogar de los humildes y en la mansión de los encumbrados, y en reuniones de esparcimiento inocente.

No nos mezclaremos con el mundo para unirnos a sus locuras. Nunca debemos dar nuestra aprobación al pecado por medio de nuestras palabras o nuestros hechos, nuestro silencio o nuestra presencia. A dondequiera que vayamos, debemos llevar a Jesús con nosotros. Todos debemos llegar a dar testimonio acerca

de Jesús. Deberíamos aprovechar nuestra influencia social, santificada por la gracia de Cristo, para ganar almas para el Salvador. Que el mundo vea que deseamos que otros participen de nuestras bendiciones y privilegios, que nuestra religión no nos hace antipáticos o exigentes. Todos los que se encontraron con Cristo deben servir como Cristo sirvió, para beneficio de los demás.

Nunca debemos dar al mundo la impresión falsa de que los cristianos son un pueblo triste e infeliz. Los que siguen a Cristo no son estatuas, sino hombres y mujeres vivientes que participan de la naturaleza divina. La luz que resplandece sobre ellos mismos se refleja sobre otros en obras que brillan por el amor de Cristo.

Capítulo 16

Cristo confronta en el Templo a la corrupción

Este capítulo se basa en Juan 2:12 al 22.

“Se acercaba la fecha de la celebración de la Pascua judía, así que Jesús fue a Jerusalén”. Jesús todavía no había anunciado públicamente su misión, e iba inadvertido entre la muchedumbre. En tales ocasiones, el advenimiento del Mesías era a menudo el tema de conversación. Jesús sabía que la esperanza de grandeza nacional iba a quedar frustrada, porque se fundaba en una interpretación equivocada de las Escrituras. Con profundo fervor explicaba las profecías, y trataba de incentivar al pueblo a estudiar más profundamente la Palabra de Dios.

En Jerusalén, durante la semana de Pascua, se congregaban grandes muchedumbres que venían de todas partes de Palestina, y aun de países lejanos. Los atrios del Templo se llenaban de una gran variedad de personas. Muchos no podían traer consigo los sacrificios que debían ofrecer en representación del gran Sacrificio. Para comodidad de los tales, se compraban y vendían animales en el atrio exterior del Templo.

Se requería que cada judío pagase anualmente “un rescate por sí mismo”, y el dinero así recolectado

se usaba para el sostén del Templo (ver Éxo. 30:12-16). Además de eso, la gente traía grandes sumas como ofrendas voluntarias, que eran depositadas en el tesoro del Templo. Y era necesario que toda moneda extranjera fuese cambiada por otra que se llamaba el ciclo del Templo, que era aceptado para el servicio del Santuario. El cambio de dinero daba oportunidad para el fraude y la extorsión. Se había transformado en un negocio vergonzoso, que era una fuente de ingresos para los sacerdotes.

Se había enseñado a los adoradores a creer que si no ofrecían sacrificios, la bendición de Dios no descansaría sobre sus hijos o sus tierras. Los negociantes pedían precios exorbitantes por los animales que vendían, y compartían sus ganancias con los sacerdotes y los príncipes, quienes así se enriquecían a costa del pueblo.

Corrupción financiera en el corazón de la obra de Dios

Podía oírse regateos agitados, mugidos de ganado vacuno, balidos de ovejas y arrullos de palomas mez-

clados con el repiqueteo de las monedas y las disputas acaloradas. La confusión era tanta que el bullicio ahogaba las oraciones dirigidas al Altísimo. Los israelitas se enorgullecían de su Templo, y consideraban como blasfemia cualquier palabra pronunciada contra él; pero el amor al dinero había sido más fuerte que la preocupación por honrar el Templo. Se habían alejado demasiado del propósito del servicio que Dios mismo había instituido. En dondequiera que Dios manifiesta su presencia, ese lugar es santo (ver Éxo. 19:12, 13). Los recintos del Templo de Dios debieran haberse considerado sagrados. Pero en su premura por obtener ganancias, se olvidaron de todo eso.

Los sacerdotes y los príncipes debieran haber corregido los abusos que se cometían en el atrio del Templo y debieran haber dado a la gente un ejemplo de integridad. En vez de buscar sus propias ganancias, debieran haber estado dispuestos a ayudar a quienes no podían comprar los sacrificios requeridos. Pero la codicia había endurecido sus corazones.

A esta fiesta venían quienes se hallaban en necesidad y angustia: ciegos, lisiados, sordos. Algunos eran traídos sobre camillas. Muchos eran demasiado pobres para comprarse la más humilde ofrenda para el Señor, o incluso para comprarse alimentos con que satisfacer el hambre. Las declaraciones de los sacerdotes les causaban gran angustia. Estos se jactaban de su santidad, pero carecían en absoluto de simpatía y compasión. Los pobres, los enfermos y los moribundos no despertaban piedad en su corazón.

Cuando Jesús entró en el Templo, vio las transacciones injustas. Vio la angustia de los pobres, que pensaban que sin derramamiento de sangre no podían ser perdonados sus pecados. Vio el sagrado atrio exterior de su Templo convertido en un lugar de negocios profanos.

Había que hacer algo al respecto. Los adoradores ofrecían sacrificios sin comprender que representaban al único Sacrificio perfecto. Y entre ellos, sin ser reconocido ni honrado, estaba quien era simbolizado por todo el ceremonial. Él veía que las ofrendas habían sido tergiversadas y mal interpretadas. No existía vínculo alguno entre los sacerdotes y los príncipes y Dios. La obra de Cristo debía establecer una adoración completamente diferente.

Con mirada penetrante, Cristo abarcó la escena que se extendía delante de él. Con mirada profética vio el futuro, abarcando no solo años, sino siglos y edades. Vio cómo los sacerdotes y los príncipes prohibirían que el evangelio se predicase a los pobres, vio cómo el amor de Dios sería ocultado de los pecadores y los hombres comerciarían con su gracia. Su rostro mostró indignación, autoridad y poder. La atención de la gente fue atraída hacia él. Los ojos de los que estaban haciendo negocios profanos se clavaron en su rostro, y no podían apartar la mirada. Sentían que este hombre leía sus pensamientos más íntimos y descubría sus motivos ocultos. Algunos intentaron esconder el rostro.

Cesó el ruido de los vendedores y los regateos. El silencio se hizo penoso. Fue como si todos estuviesen

compareciendo ante el tribunal de Dios. Mirando a Cristo, vieron la divinidad que fulguraba a través de la humanidad. La Majestad del cielo estaba allí como el Juez que se presentará en el día final; y aunque no lo rodeaba la gloria que tendrá entonces, tenía el mismo poder de leer el alma. Sus ojos observaban a cada persona. Su figura parecía elevarse sobre todos con imponente dignidad, y una luz divina iluminaba su rostro. Habló, y su voz clara y penetrante –la misma que sobre el monte Sinaí había proclamado la Ley– se oyó repercutir por el Templo: “Saquen todas esas cosas de aquí. ¡Dejen de convertir la casa de mi Padre en un mercado!”

Alzando el látigo de cuerdas que había recogido al entrar en los recintos del Templo, ordenó a los negociantes que se alejasen de las dependencias del Templo. Con un celo y una severidad que nunca antes manifestara, derribó las mesas de los cambistas. Las monedas cayeron, y dejaron oír su sonido metálico sobre el pavimento de mármol. Nadie cuestionó su autoridad. Nadie se atrevió a detenerse para recoger las ganancias ilícitas. Jesús no los azotó con el látigo de cuerdas, pero en su mano, el sencillo látigo parecía ser una espada de fuego. Los oficiales del Templo, los sacerdotes y los negociantes huyeron del lugar con sus ovejas y bueyes, dominados por un solo pensamiento: escapar de la condena que sentían ante su presencia.

El templo es purificado con la presencia del Señor

El pánico se apoderó de la multitud, que sintió la imponente pre-

sencia de su divinidad. Aun los discípulos temblaron, atónitos por las palabras y las actitudes de Jesús, tan diferentes de su conducta habitual. Recordaron que se había escrito acerca de él: “El celo por tu casa me ha consumido” (Sal. 69:9). Pronto los atrios quedaron libres de todo comercio profano. Sobre la escena de confusión descendió un profundo y solemne silencio. La presencia del Señor había hecho sagrado el Templo edificado en su honor.

Al purificar el Templo, Jesús anunció su misión como Mesías y comenzó su obra. El Templo tenía la misión de ser una lección práctica para Israel y para el mundo. Dios tenía el plan de que todo ser creado fuese un templo, para que en él habitase el Creador. Oscurecido y contaminado por el pecado, el corazón del hombre ya no revelaba la gloria del Ser divino. Pero por medio de la encarnación del Hijo de Dios, Dios mora en la humanidad y, mediante la gracia salvadora, el corazón vuelve a ser su templo.

Dios quería que el Templo de Jerusalén fuese un testimonio continuo del alto destino ofrecido a toda persona. Pero los israelitas no se entregaban a sí mismos como templos santos para el Espíritu divino. Los atrios del templo, llenos de un negociado profano, representaban con demasiada exactitud el templo del corazón, contaminado por pasiones sensuales y pensamientos impuros. Al purificar el Templo, Jesús anunció su misión de purificar el corazón del pecado: de los deseos terrenales, de las codicias egoístas y de los malos hábitos que corrompen el alma.

“El Señor al que ustedes buscan vendrá de repente a su templo. El mensajero del pacto a quien buscan con tanto entusiasmo. [...] Pero ¿quién será capaz de soportar su venida? ¿Quién podrá mantenerse de pie y estar cara a cara con él cuando aparezca? Pues él será como un fuego abrasador que refina el metal. [...] Se sentará como un refinador de plata y quemará la escoria. Purificará a los levitas, refinándolos como el oro y la plata”.

Malaquías 3:1-3.

“¿No saben que ustedes son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Si alguno destruye el templo de Dios, él mismo será destruido por Dios; porque el templo de Dios es sagrado, y ustedes son ese templo” (1 Cor. 3:16, 17, NVI).

Nadie puede de por sí echar a las huestes malignas que han tomado posesión del corazón. Solo Cristo puede purificar el templo del alma. Pero no forzará la entrada. Dice: “¡Mira! Yo estoy a la puerta y llamo. Si oyes mi voz y abres la puerta, yo entraré” (Apoc. 3:20). Su presencia limpiará y santificará el alma, de manera que pueda ser un templo santo para el Señor, una “morada donde Dios vive mediante su Espíritu” (Efe. 2:22).

Un anticipo del juicio final

Dominados por el terror, los sacerdotes y los príncipes habían huido del atrio del Templo y de la mirada escrutadora que leía sus corazones. En esa escena, Cristo vio simbolizada la dispersión de toda la nación judía por causa de su maldad y rebelión impenitente.

¿Por qué huyeron los sacerdotes? ¿Por qué no le hicieron frente? El que les ordenó irse era hijo de un carpintero, un pobre galileo. ¿Por qué no lo resistieron? ¿Por qué abandonaron la ganancia adquirida injustamente y huyeron a la orden de una persona de tan humilde apariencia externa?

Cristo habló con la autoridad de un rey, y en su aspecto y en el tono de su voz hubo algo ante lo cual no tuvieron poder para resistir. Al oír la orden, se dieron cuenta de su verdadera condición de hipócritas y ladrones. Cuando la divinidad fulguró a través de la humanidad, se sintieron como delante del Trono del Juez eterno, que acabara de dictar su sentencia para ese tiempo y la eternidad. Por un momento creyeron que era el Mesías. El Espíritu Santo les recordó vívidamente las declaraciones de los profetas acerca del Cristo. ¿Cederían a esa convicción?

No quisieron arrepentirse. Sabían que habían sido culpables de extorsión. Odiaban a Cristo porque podía discernir sus pensamientos. Que los reprendiera en público humillaba su orgullo, y sentían celos de su creciente influencia sobre la gente. Resolvieron desafiarlo acerca de la autoridad por la cual los había echado.

Pensativos, pero con odio en el corazón, volvieron lentamente al Templo. ¡Qué cambio había sucedido! Cuando ellos huyeron, los pobres se quedaron atrás; y estos estaban ahora mirando a Jesús, cuyo rostro expresaba su amor y compasión.

La gente se agolpaba en la presencia de Cristo con súplicas urgentes. “¡Maestro, bendíceme!” Su oído oía

todo clamor. Todos recibían atención. Todos quedaron sanos de cualquier enfermedad que tuvieran.

Mientras los sacerdotes y los oficiales del Templo presenciaban esa obra, los sonidos que llegaban a sus oídos fueron una revelación para ellos. Las personas relataban el dolor que habían sufrido, sus esperanzas frustradas, los días penosos y las noches sin dormir. Cuando parecía haberse apagado la última chispa de esperanza, Cristo los había sanado. “La carga era muy pesada”, decía uno, “pero he hallado un Ayudador. Es el Cristo de Dios, y dedicaré mi vida a servirlo”. Había padres que decían a sus hijos: “Él te salvó la vida; jalza tu voz y aláballo!” La esperanza y la alegría llenaban los corazones de niños y jóvenes, de padres y madres, de amigos y del público. Estaban sanos de alma y cuerpo, y volvieron a sus casas proclamando el amor de Jesús.

Cuando Cristo fue crucificado, los que habían sido sanados no se unieron con la multitud para gritar: “¡Crucifícalo! ¡crucifícalo!” Sus afectos estaban con Jesús, porque habían sentido su maravilloso poder. Sabían que era su Salvador. Escucharon la predicación de los apóstoles, y llegaron a ser agentes de la misericordia de Dios e instrumentos de su salvación.

Todos los que habían huido del atrio del Templo volvieron poco a poco después de un tiempo, pero sus rostros expresaban inseguridad y timidez. Se convencieron de que en Jesús se cumplían las profecías concernientes al Mesías. El pecado de profanar el Templo era en gran

medida culpa de los sacerdotes. Por arreglos que habían pactado, terminaron transformando el atrio en un mercado. El pueblo era comparativamente inocente. Pero los sacerdotes y príncipes miraban la misión de Cristo como un atrevimiento, y cuestionaban su derecho a interferir en lo que había sido permitido por las autoridades del Templo. Se ofendieron porque había interrumpido sus negocios, y sofocaron las convicciones del Espíritu Santo.

El principio del rechazo final de Cristo

Los sacerdotes y los príncipes debieran haber visto en Jesús al Ungido del Señor, ya que ellos tenían los rollos sagrados que describían su misión. Sabían que la purificación del Templo fue una manifestación de un poder más que humano. Por mucho que odiasen a Jesús, no lograban librarse del pensamiento de que podía ser un profeta enviado por Dios para restaurar la santidad del Templo. Con un respeto nacido de este temor, le dijeron: “Si Dios te dio autoridad para hacer esto, muéstranos una señal milagrosa que lo compruebe”.

Jesús ya les había mostrado una señal. Al hacer las obras que el Mesías debía efectuar, les había dado una evidencia convincente de su carácter. Esta vez les contestó con una parábola, y demostró así que discernía sus malas intenciones y veía hasta dónde los llevarían. “Destruyan este templo y en tres días lo levantaré”.

En esas palabras, él se refirió no solo a la destrucción del Templo y del

culto judíos, sino también a su propia muerte: la destrucción del templo de su cuerpo. Los líderes judíos ya estaban tramando su muerte. Cuando los sacerdotes y los príncipes volvieron al Templo, se habían propuesto matar a Jesús y librarse así del perturbador. Sin embargo, solamente entendieron sus palabras como una referencia al Templo de Jerusalén, y con indignación exclamaron: “¡Qué dices! [...] Tardaron 46 años en construir este Templo, ¿y tú puedes reconstruirlo en tres días?” Ahora les parecía que Jesús estaba justificando su incredulidad, y se afianzaron en su decisión de rechazarlo.

Cristo sabía que sus enemigos tergiversarían sus palabras y las usarían en su contra. En ocasión de su juicio y en el Calvario, se burlarían de él con esas palabras. Pero si las explicase ahora les haría saber a sus discípulos sus sufrimientos futuros, y les habría impuesto un pesar que aún no podían soportar. Y una explicación habría revelado prematuramente a los judíos el resultado de su prejuicio e incredulidad. Ya habían entrado en una senda que iban a seguir progresivamente hasta que lo llevaran como un cordero al matadero.

Cristo sabía que esas palabras serían repetidas. Contadas en ocasión de la Pascua, llegarían a oídos de millares de personas que luego las llevarían a todas partes del mundo. Después que hubiese resucitado de los muertos, su significado quedaría aclarado. Para muchos, serían una evidencia concluyente de su divinidad.

Las palabras del Salvador: “destruyan este templo y en tres días lo levantaré”, tenían un significado más

profundo que el percibido por los oyentes. Los servicios del Templo simbolizaban el sacrificio del Hijo de Dios. Todo el plan de adoración con sacrificios prefiguraba la muerte del Salvador para redimir al mundo. Todo el sistema ritual no tenía valor sin él. Cuando los judíos sellaron su rechazo de Cristo entregándolo a la muerte, rechazaron todo lo que daba significado al Templo y sus ceremonias. Su carácter sagrado desapareció. Quedó condenado a la destrucción. Desde ese día, los sacrificios rituales dejaron de tener significado. Al dar muerte a Cristo, el pueblo judío prácticamente destruyó su Templo. Cuando Cristo fue crucificado, el velo interior del Templo se rasgó en dos de arriba abajo, significando que el gran sacrificio final había sido hecho. El sistema de los sacrificios rituales había terminado para siempre.

“En tres días lo levantaré”. Jesús salió vencedor del sepulcro abierto de José de Arimatea. En virtud de su muerte y resurrección, pasó a ser “ministro en el tabernáculo del cielo, el verdadero lugar de adoración construido por el Señor y no por manos humanas” (Heb. 8:2). Los hombres habían construido el Templo judío, pero el Santuario celestial no fue construido por arquitecto humano.

Este es el hombre llamado el Retoño. [...] Él [...] construirá el templo del Señor. Entonces recibirá el honor real y desde su trono gobernará como rey; también desde su trono servirá como sacerdote”.

Zacarías 6:12, 13.

El ceremonial de los sacrificios que había señalado a Cristo terminó; pero los ojos de hombres y mujeres fueron dirigidos al verdadero Sacrificio por los pecados del mundo. Cesó el sacerdocio terrenal; pero miramos a Jesús, ministrador del nuevo pacto. “La entrada al Lugar Santísimo no estaba abierta a todos en tanto siguiera en pie el tabernáculo y el sistema que representaba. [...] Entonces Cristo ahora ha llegado a ser el Sumo Sacerdote por sobre todas las cosas buenas que han venido. Él entró en ese tabernáculo superior y más perfecto que está en el cielo, el cual no fue hecho por manos humanas. [...] Con su propia sangre [...] entró en el Lugar Santísimo una sola vez y para siempre, y aseguró nuestra redención eterna” (Heb. 9:8-12).

“Por eso puede salvar –una vez y para siempre– a los que vienen a Dios por medio de él, quien vive para siempre, a fin de interceder con Dios a favor de ellos” (Heb. 7:25). Aunque

el Santuario y nuestro gran Sumo Sacerdote serían invisibles para los ojos humanos, los discípulos no sufrirían interrupción en su comunión ni disminución de poder por causa de la ausencia del Salvador. Mientras Jesús ministra en el Santuario celestial, continúa siendo, por medio de su Espíritu, el Ministro de la iglesia en la tierra. Se cumple la promesa que hiciera al partir: “Y tengan por seguro esto: que estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos” (Mat. 28:20). Su presencia vivificadora está todavía con su iglesia.

“Nuestro Sumo Sacerdote comprende nuestras debilidades, porque enfrentó todas y cada una de las pruebas que enfrentamos nosotros, sin embargo, él nunca pecó. Así que acerquémonos con toda confianza al trono de la gracia de nuestro Dios. Allí recibiremos su misericordia y encontraremos la gracia que nos ayudará cuando más la necesitemos” (Heb. 4:15, 16).

Capítulo 17

Nicodemo visita de noche a Jesús

Este capítulo se basa en Juan 3:1 al 17.

Nicodemo, un hombre muy educado y renombrado miembro del concilio nacional, había sido conmovido por las enseñanzas de Jesús. Aunque era rico y muy culto, se había sentido extrañamente atraído por el humilde Nazareno. Las lecciones dadas por el Salvador lo habían impresionado grandemente, y quería aprender más.

La autoridad que Cristo ejerciera al purificar el Templo había despertado el odio de los sacerdotes y los príncipes. Sentían que no debían tolerar tanto atrevimiento por parte de un desconocido galileo. Pero no todos estaban de acuerdo con poner fin a su obra. Algunos temían oponerse a quien estaba tan evidentemente movido por el Espíritu de Dios. Sabían que el pueblo judío estaba sometido a una nación pagana porque habían rechazado tericamente las reprensiones de Dios. Temían que, al maquinarse contra Jesús, los sacerdotes y los príncipes estuviesen siguiendo en los pasos de sus ancestros y trajeran nuevas calamidades sobre la nación. Nicodemo pensaba de esa manera. En el Sane-

drín, Nicodemo aconsejaba cautela y moderación. Hizo notar con insistencia que si Jesús realmente tenía autoridad por parte de Dios, sería peligroso rechazar sus amonestaciones. Los sacerdotes no se atrevieron a despreciar ese consejo.

Nicodemo había estudiado con gran interés las profecías relativas al Mesías. Cuanto más las investigaba, tanto más poderosa se volvía su convicción de que Jesús era el que debía venir. Había sentido honda angustia por cómo los sacerdotes profanaban el Templo. Había presenciado cómo Jesús echó a los compradores y los vendedores. Vio al Salvador sanar a los enfermos, vio las miradas de gozo de estos y oyó sus palabras de alabanza. ¡No podía dudar de que Jesús de Nazaret era el enviado de Dios.

Deseaba ardientemente entrevistarse con Jesús, pero tenía renuencia de buscarlo abiertamente. Si el Sanedrín se enterara de su visita, lo despreciarían y denunciarían. Resolvió, pues, intentar tener una entrevista en secreto. Haciendo una averiguación especial, supo que

el Salvador estaría esa noche en el Monte de los Olivos. Aguardó hasta que la ciudad estuviese en silencio y dormida, y entonces salió en busca de Jesús.

En presencia de Cristo, Nicodemo sintió una extraña timidez, pero trató de ocultarla. “Rabí –le dijo–, todos sabemos que Dios te ha enviado para enseñarnos. Las señales milagrosas que haces son la prueba de que Dios está contigo”. Eligió palabras que expresaran e infundieran confianza; pero en realidad expresaban incredulidad. No reconocía a Jesús como el Mesías, sino solamente como maestro enviado de Dios.

Jesús fijó los ojos en él, como si leyese en su alma. Vio a alguien que buscaba la verdad. Con el deseo de profundizar la convicción que ya había penetrado en la mente de Nicodemo, quien lo escuchaba con atención, fue directamente al punto central, diciendo bondadosamente: “Te digo la verdad, a menos que nazcas de nuevo, no puedes ver el reino de Dios” (Juan 3:3).

Nicodemo había ido para tener una discusión, pero Jesús le expuso lisa y llanamente los principios fundamentales de la verdad. Dijo a Nicodemo: “No necesitas que se satisfaga tu curiosidad, sino tener un corazón nuevo. Debes recibir una vida nueva de lo alto, antes que puedas apreciar las cosas celestiales. Hasta que no se realice este cambio, no resultará en ningún bien salvador para ti el discutir conmigo mi autoridad o mi misión”.

Nicodemo había oído la predicación de Juan el Bautista concerniente al arrepentimiento. Sin embargo,

el mensaje escrutador del Bautista no lo había llevado a tener una convicción de pecado. Era un fariseo estricto, y se enorgullecía de sus buenas obras. La gente lo tenía en alta estima por sus actos de bondad, y él se sentía seguro del favor de Dios. Le sorprendió la idea de un reino demasiado puro para que él lo viese en la condición en que estaba.

La figura del nuevo nacimiento no era algo de lo que Nicodemo nunca hubiera escuchado. A menudo se hablaba de los conversos del paganismo como de niños recién nacidos. Por tanto, debió percibir que las palabras de Cristo no habían de ser tomadas en su sentido literal. Pero por virtud de ser israelita, le parecía que no necesitaba cambio alguno. Es por eso que lo sorprendieron e irritaron las palabras del Salvador. El orgullo del fariseo estaba luchando contra el deseo sincero de este buscador de la verdad.

La sorpresa le hizo perder el dominio propio, y contestó con mucha ironía: “¿Cómo puede un hombre mayor volver al vientre de su madre y nacer de nuevo?” Como muchos otros, demostró que no hay nada en el corazón natural que responda a las cosas espirituales. Solo los que son espirituales pueden entender lo que el Espíritu quiere decir.

Levantando la mano con solemne y tranquila dignidad, el Salvador hizo penetrar la verdad con aun mayor seguridad: “Te digo la verdad, nadie puede entrar en el reino de Dios si no nace de agua y del Espíritu”. Nicodemo sabía que Cristo se refería al agua del bautismo y a la renovación del corazón por el Espíritu de

Dios. Se convenció de que se hallaba en presencia de aquel que había sido predicho por Juan el Bautista.

La explicación del misterio del nuevo nacimiento

Jesús continuó diciendo: “El ser humano solo puede reproducir la vida humana, pero la vida espiritual nace del Espíritu Santo”. Por naturaleza, el corazón es malo (ver Job 14:4). Ningún invento humano puede hallar un remedio para el alma pecadora. “La naturaleza pecaminosa es enemiga de Dios siempre”. “Del corazón salen los malos pensamientos, el asesinato, el adulterio, toda inmoralidad sexual, el robo, la mentira y la calumnia” (Rom. 8:7; Mat. 15:19). La fuente del corazón debe ser purificada antes que las aguas que manan de él puedan ser puras. Los que están tratando de alcanzar el cielo por sus propias obras observando la Ley, están intentando lo imposible. La vida del cristiano no es una modificación o mejora de la antigua, sino una transformación de la naturaleza, una muerte al yo y al pecado, y una vida totalmente nueva. Ese cambio puede ser efectuado únicamente por el Espíritu Santo.

Nicodemo todavía estaba perplejo, y Jesús empleó el viento para ilustrar lo que quería decir: “El viento sopla hacia donde quiere. De la misma manera que oyes el viento pero no sabes de dónde viene ni adónde va, tampoco puedes explicar cómo las personas nacen del Espíritu”.

Se oye el viento por el susurro que produce en las hojas y las flores; sin embargo, es invisible. Así sucede con la

obra del Espíritu Santo en el corazón. Puede ser que una persona no pueda decir con exactitud cuándo o dónde se convirtió, ni ver con claridad cómo fue todo el proceso de su conversión; pero eso no significa que no se haya convertido. Mediante un agente invisible como el viento, Cristo obra constantemente en el corazón. Poco a poco, se hacen impresiones que tienden a atraer el alma hacia Cristo. Podemos recibir esas impresiones al meditar en él, leer la Biblia u oír la Palabra predicada. Repentinamente, cuando el Espíritu hace un llamado más directo, el corazón se entrega a Jesús con alegría. Muchos llaman a eso “conversión repentina”, pero es el resultado de una larga intercesión del Espíritu de Dios; es un proceso paciente y largo.

El viento produce efectos que se ven y se sienten. Así también la obra del Espíritu en el corazón se revelará en todo acto de quien ha sentido su poder salvador. El Espíritu de Dios transforma la vida. Ponemos a un lado los pensamientos pecaminosos y abandonamos las malas acciones. El amor, la humildad y la paz reemplazan al enojo, la envidia y las peleas. El gozo reemplaza a la tristeza. Cuando nos entregamos a Dios por fe, ese poder que ningún ojo humano puede ver crea un nuevo ser a la imagen de Dios. Podemos empezar a ver en esta vida, por experiencia personal, el comienzo de la redención. Sus resultados se extenderán a través de las edades eternas.

Nicodemo comienza a ver la luz

Mientras Jesús hablaba, algunos rayos de la verdad penetraron en la

mente del príncipe. Sin embargo, no comprendía plenamente las palabras del Salvador. Dijo perplejo: “¿Cómo es posible todo esto?”

Jesús le contestó: “¿Tú eres un respetado maestro judío y aún no entiendes estas cosas?” En vez de sentirse irritado por las claras palabras de verdad, Nicodemo debiera haber tenido una muy humilde opinión de sí mismo, por causa de su ignorancia espiritual. Sin embargo, Cristo habló con tan solemne dignidad y tan ferviente amor que Nicodemo no se ofendió.

Pero mientras Jesús explicaba que su misión en la Tierra consistía en establecer un reino espiritual en vez de uno temporal, Nicodemo quedó perturbado. Jesús notó esto, y añadió: “Ahora bien, si no me creen cuando les hablo de cosas terrenales, ¿cómo creerán si les hablo de cosas celestiales?” Si Nicodemo no discernía la naturaleza de la obra de Cristo en la Tierra, no podría comprender su obra en el cielo.

Las personas a quienes Jesús había echado del Templo ponían mucho empeño en mantener una apariencia de santidad, pero descuidaban la santidad del corazón. Aunque eran muy quisquillosos en cuanto a la letra de la ley, estaban violando constantemente su espíritu. Necesitaban grandemente este mismo cambio que Cristo había estado explicándole a Nicodemo: un nuevo nacimiento moral, ser limpiados del pecado y renovar su santidad.

La ceguera de Israel en cuanto a ser regenerados no tenía excusa. David había orado: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio y renue-

va un espíritu fiel dentro de mí”. Por medio de Ezequiel, Dios había prometido: “Les daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de ustedes. Les quitaré ese terco corazón de piedra y les daré un corazón tierno y receptivo. Pondré mi Espíritu en ustedes para que sigan mis decretos” (Sal. 51:10; Eze. 36:26, 27).

Nicodemo ahora empezaba a comprender el significado de estos pasajes. Veía que la más rígida obediencia externa a la simple letra de la ley no podía dar a nadie derecho a entrar en el Reino de los cielos.

Nicodemo estaba siendo atraído a Cristo. A medida que el Salvador le explicaba el nuevo nacimiento, sintió el anhelo de que su vida también sea cambiada. ¿Cómo podía lograrse esto? Jesús contestó la pregunta que no llegó a formular: “Así como Moisés levantó la serpiente de bronce en un poste en el desierto, así deberá ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna”.

El símbolo de la serpiente alzada le aclaró a Nicodemo la misión del Salvador. Cuando el pueblo de Israel estaba muriendo por causa de las mordeduras de las serpientes venenosas, Dios indicó a Moisés que hiciese una serpiente de bronce y la colocase en alto, a la vista de todo el pueblo. Todos los que la mirasen vivirían. La serpiente era un símbolo de Cristo. Así como la imagen de la serpiente destructora fue alzada para sanar al pueblo, alguien que tendría “un cuerpo como el que nosotros los pecadores tenemos” iba a ser su Redentor (Rom. 8:3). Dios

deseaba dirigir a los israelitas al Salvador. Ya sea para la curación de sus heridas o para el perdón de sus pecados, no podían hacer nada por sí mismos, sino tan solo manifestar su fe en el don de Dios. Debían mirar y vivir.

Los que habían sido mordidos por las serpientes podrían haber demandado una explicación científica: ¿de qué forma el mirar la serpiente de bronce los sanaría? Pero no se dio explicación alguna. Negarse a mirar significaba morir. Nicodemo recibió la lección y la llevó consigo. Empezó a estudiar las Escrituras de una manera nueva: no para discutir una teoría, sino para recibir vida para el alma. Se entregó a la conducción del Espíritu Santo.

Hoy día, hay miles que necesitan aprender la misma verdad que Nicodemo aprendió de la serpiente levantada. “Dios no ha dado ningún otro nombre bajo el cielo, mediante el cual podamos ser salvos” (Mat. 4:12). Por medio de la fe recibimos la gracia de Dios; pero la fe no es nuestro Salvador. No nos gana nada. El remedio para el pecado es la mano que extendemos para aferrarnos a Cristo. Ni siquiera podemos arrepentirnos sin la ayuda del Espíritu de Dios. La Biblia dice de Cristo: “Por su poder, Dios lo exaltó como Príncipe y Salvador, para que diera a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Mat. 5:31, NVI). El arrepentimiento proviene de Cristo tan ciertamente como el perdón.

Entonces, ¿cómo seremos salvos? “¡Miren! ¡El Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). La luz que resplandece desde

la cruz revela el amor de Dios. Su amor nos atrae a él. Si no resistimos esa atracción, seremos conducidos al pie de la cruz arrepentidos por los pecados que crucificaron al Salvador. Entonces el Espíritu de Dios produce, por medio de la fe, una nueva vida en el alma. Hace que nuestros pensamientos y deseos obedezcan a Cristo. Crea de nuevo el corazón y la mente a la imagen del Jesús, quien obra en nosotros para someter todas las cosas a sí. Entonces escribe la Ley de Dios en la mente y el corazón, y podemos decir con Cristo: “Me complace hacer tu voluntad, Dios mío” (Sal. 40:8).

En la entrevista con Nicodemo, Jesús reveló el plan de salvación. En ninguna de sus enseñanzas posteriores explicó tan plenamente, paso a paso, la obra que debe hacerse en el corazón de quienes quieran heredar el Reino de los cielos. En el mismo principio de su ministerio presentó la verdad a un miembro del Sanedrín, un hombre designado para ser maestro del pueblo. Pero los líderes de Israel no estuvieron felices de recibir esta luz. Nicodemo ocultó la verdad en su corazón, y durante tres años, aparentemente, hubo muy poco fruto.

Pero las palabras que habló Jesús de noche en el solitario monte no se perdieron. En los concilios del Sanedrín, Nicodemo frustró repetidas veces los planes trazados para destruir a Jesús. Cuando finalmente Jesús fue alzado en la cruz, Nicodemo recordó: “Así como Moisés levantó la serpiente de bronce en un poste en el desierto, así deberá ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo el

que crea en él tenga vida eterna". La luz proveniente de esa entrevista secreta iluminó la cruz del Calvario, y Nicodemo vio en Jesús al Redentor del mundo.

Después de que el Señor ascendió al cielo, cuando la persecución dispersó a los discípulos, Nicodemo apareció en escena con valentía. Dedicó sus riquezas a sostener la joven iglesia que los judíos esperaban ver desaparecer tras la muerte de Cristo. En tiempos de peligro, el que había sido tan cauteloso y cuestionador se manifestó firme como una roca, estimulando la fe de los discípulos

y proporcionándoles recursos para llevar adelante la obra del evangelio. Terminó siendo pobre en los bienes de este mundo, pero no le faltó la fe que nació en esa entrevista nocturna con Jesús.

Nicodemo contó a Juan el relato de esa entrevista, y Juan la registró para instrucción de millones. Las verdades allí enseñadas son tan importantes hoy como lo fueron en esa noche solemne sobre el ensombrecido monte, cuando el dirigente judío fue para aprender del humilde Maestro de Galilea el camino de la vida.

Capítulo 18

“Él debe tener cada vez más importancia y yo, menos”

Este capítulo se basa en Juan 3:22 al 36.

Si Juan el Bautista hubiese declarado que era el Mesías y encabezado una rebelión contra Roma, los sacerdotes y el pueblo le habrían dado un apoyo multitudinario. Satanás había estado listo para asediarlo con todo atractivo para la ambición de los conquistadores del mundo. Pero él había rechazado firmemente este magnífico soborno. Había dirigido hacia Otro la atención que se fijaba en él.

Ahora veía que el flujo de la popularidad se apartaba de él, para dirigirse al Salvador. Día tras día disminuían las muchedumbres que lo rodeaban, en tanto que la gente se agolpaba para oír a Jesús. El número de los discípulos de Cristo aumentaba diariamente.

Pero los discípulos de Juan miraban con celos la creciente popularidad de Jesús. Tenían una actitud de crítica hacia su obra, y no transcurrió mucho tiempo para que tuvieran ocasión de manifestarlo. Surgió entre ellos y otros judíos la pregunta

de si el bautismo limpiaba del pecado. Ellos sostenían que el bautismo de Jesús era completamente diferente del de Juan. Pronto entraron en disputa con los discípulos de Cristo acerca de las palabras exactas que había que decir en el momento del bautismo, y terminaron cuestionando si Jesús tenía derecho alguno para bautizar. Los discípulos de Juan vinieron a él con sus motivos de queja, diciendo: “Rabí, el hombre que estaba contigo al otro lado del río Jordán, a quien identificaste como el Mesías, también está bautizando a la gente. Y todos van a él en lugar de venir a nosotros”.

Satanás usó esas palabras para presentarle a Juan una tentación. Si Juan hubiese expresado desilusión por ser superado, habría sembrado semillas de discordia, lo que habría fomentado envidia y celos, y habría frenado gravemente el progreso del evangelio.

Juan tenía por naturaleza los defectos y las debilidades que todos

tenemos, pero el toque del amor divino lo había transformado. Vivía en una atmósfera que no estaba contaminada por el egoísmo y la ambición. No manifestó simpatía alguna por el descontento de sus discípulos, sino que demostró cuán alegremente daba la bienvenida al Ser cuyo camino había venido a preparar.

Dijo: “Nadie puede recibir nada a menos que Dios se lo conceda desde el cielo”. Ustedes saben que les dije claramente: ‘Yo no soy el Mesías; estoy aquí solamente para prepararle el camino a él’. Es el novio quien se casa con la novia, y el amigo del novio simplemente se alegra de poder estar al lado del novio y oír sus votos”. Juan se presentó a sí mismo como el amigo que actuaba como mensajero entre dos personas comprometidas, preparando el camino para el matrimonio. La misión del amigo terminaba cuando el novio recibía a su esposa. El amigo se regocijaba de haber ayudado a unir a la pareja y de ver su felicidad. De modo similar, el gozo de Juan era poder ver el éxito de la obra del Salvador. Dijo: “Por lo tanto, oír que él tiene éxito me llena de alegría”. Él debe tener cada vez más importancia y yo, menos”.

Mirando con fe al Redentor, Juan se elevó a las alturas de la negación del yo. Él había sido solo una voz, un clamor en el desierto. Ahora aceptaba con gozo el silencio y el anonimato, con el fin de que los ojos de todos pudiesen dirigirse a la Luz de la vida.

El alma de este profeta, despojada del yo, se llenó con la luz de Dios. Juan dijo: “Él vino de lo alto y es superior a cualquier otro. [...] Pues él es

enviado por Dios y habla las palabras de Dios, porque Dios le da el Espíritu sin límites”. Cristo podía decir: “Llevo a cabo la voluntad del que me envió, y no la mía” (Juan 5:30).

Eso mismo sucede con los que siguen a Cristo. Podemos recibir la luz del Cielo únicamente en la medida en que estamos dispuestos a ser vaciados del yo y consintamos en llevar cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo. Dios da el Espíritu Santo sin límites a todos los que hacen eso.

El éxito de la obra de Cristo, que tanto alegró a Juan el Bautista, también fue informado a las autoridades de Jerusalén. Los sacerdotes y los rabinos habían tenido celos de la influencia de Juan al ver cómo la gente abandonaba las sinagogas y acudía al desierto. Pero ahora había aparecido uno que tenía aun más poder para atraer a las muchedumbres. Esos líderes de Israel no estaban dispuestos a decir con Juan: “Él debe tener cada vez más importancia y yo, menos”.

El ejemplo de Cristo: evitar los malentendidos

Jesús sabía que se estaba formando la tormenta que arrebataría a uno de los mayores profetas dados al mundo. Deseando evitar cualquier motivo de contienda, se retiró discretamente a Galilea. Nosotros también, sin dejar de ser leales a la verdad, debemos tratar de evitar todo lo que pueda conducir a malentendidos. Siempre que las circunstancias amenacen causar división, deberíamos seguir el ejemplo de Jesús y el de Juan el Bautista.

Dios había llamado a Juan a destacarse como reformador. Pero su obra no era suficiente para establecer los fundamentos de la iglesia cristiana. Debía hacerse otra obra, que su testimonio no podía realizar. Sus discípulos no comprendían eso. Cuando vieron a Cristo venir para seguir haciéndose cargo de la obra, sintieron celos.

Todavía existen los mismos peligros. Dios llama a alguien a hacer cierta obra; y cuando la ha llevado a cabo hasta donde le permiten sus

capacidades, el Señor suscita a otros para llevarla más lejos. Pero muchos creen que el éxito depende del primer obrero. Se infiltran los celos, y la obra de Dios queda estorbada. El que es honrado indebidamente se siente tentado a albergar confianza propia. Las personas esperan ser dirigidas por instrumentos humanos, y son inducidas a apartarse de Dios.

Felices aquellos que estén dispuestos a ver humillado el yo, diciendo con Juan el Bautista: “Él debe tener cada vez más importancia y yo, menos”.

Capítulo 19

Jesús y la mujer que tuvo cinco maridos

Este capítulo se basa en Juan 4:1 al 42.

En viaje a Galilea, Jesús pasó a través de Samaria. Ya era mediodía cuando llegó al pozo de Jacob. Cansado de viajar, se sentó para descansar mientras sus discípulos iban a comprar comida.

Los judíos y los samaritanos eran acérrimos enemigos. Los rabinos declaraban que era lícito negociar con los samaritanos en caso de necesidad; pero un judío no debía pedir prestado algo a un samaritano ni recibir un favor, ni aun un bocado de pan o un vaso de agua. Los discípulos, al ir a comprar alimentos, estaban procediendo según las costumbres de su nación. Pero pedir un favor a los samaritanos era una idea que ni aun a los discípulos de Cristo se les ocurriría.

Mientras Jesús estaba sentado junto al pozo, se sentía débil por el hambre y la sed. El viaje había sido largo, y ahora el abrasador sol de mediodía lo golpeaba con todo su calor. Su sed se intensificada al pensar en el agua fresca que estaba tan cerca, pero él no tenía cuerda ni cántaro y el pozo era hondo.

Entonces se acercó una mujer samaritana, y haciendo de cuenta que él no estaba allí, llenó su cántaro de

agua. Cuando estaba por irse, Jesús le pidió que le diese de beber. En el Medio Oriente, nadie negaría tal favor. El ofrecer de beber al viajero sediento era considerado un deber tan sagrado que los árabes del desierto se tomaban molestias especiales para cumplirlo.

El Salvador estaba tratando de hallar la llave a su corazón, y con el tacto que nace del amor divino, pidió un favor. Manifestar confianza genera confianza. El Rey del cielo se presentó a esta marginada de la sociedad pidiendo un favor de sus manos. El que había hecho el océano, el que tiene el control de las aguas del abismo, el que hizo brotar los manantiales y los arroyos de la tierra, dependió de la bondad de una extraña para una cosa tan insignificante como un vaso de agua.

La mujer se dio cuenta de que Jesús era judío. En su sorpresa, se olvidó de concederle lo pedido, tratando de indagar la razón de tal petición. "Usted es judío, y yo soy una mujer samaritana. ¿Por qué me pide agua para beber?"

Jesús contestó: "Si tan solo supieras el regalo que Dios tiene para ti y

con quién estás hablando, tú me pedirías a mí, y yo te daría agua viva”.

[Es decir:] “Si tú me hubieses pedido a mí, te hubiera dado a beber el agua de vida eterna”.

Se despierta el interés de la mujer

La actitud liviana y despreocupada de la mujer empezó a cambiar. “Pero señor, usted no tiene ni una sogá ni un balde”, le dijo ella, “y este pozo es muy profundo. ¿De dónde va a sacar esa agua viva? Además, ¿se cree usted superior a nuestro antepasado Jacob, quien nos dio este pozo? ¿Cómo puede usted ofrecer mejor agua que la que disfrutaron él, sus hijos y sus animales?” Ella no veía delante de sí más que un viajero sediento. Lo comparó mentalmente con Jacob. Miraba hacia atrás a los patriarcas, y hacia adelante a la llegada del Mesías, mientras el Mesías mismo estaba a su lado y ella no lo reconocía. ¡Cuántas almas sedientas están hoy al lado de la Fuente del agua viva y, sin embargo, buscan muy lejos el Manantial de la vida!

Con solemne seriedad, Jesús dijo: “Cualquiera que beba de esta agua pronto volverá a tener sed, pero todos los que beban del agua que yo doy no tendrán sed jamás. Esa agua se convierte en un manantial que brota con frescura dentro de ellos y les da vida eterna”.

Por todas partes hay personas que no están satisfechas. Anhelan algo que supla esa necesidad del alma. Solo un Ser puede satisfacer esa necesidad: Cristo, “el Deseado de todas las gentes”. La gracia divina que da

él es como agua viva que purifica y revitaliza el alma.

Jesús no quiso dar a entender que sería suficiente con solo tomar una vez del agua de vida. Quien prueba el amor de Cristo deseará cada vez más; pero no buscará otra cosa. Las riquezas, los honores y los placeres del mundo no lo atraen más. El constante clamor de su corazón es: “Más de ti”. Nuestro Redentor es un manantial inagotable. Podemos beber y volver a beber, y siempre hallaremos agua fresca.

Jesús había suscitado el interés de la mujer y despertado en ella un deseo del don que había mencionado. “Por favor, señor –le dijo la mujer–, ¡deme de esa agua! Así nunca más volveré a tener sed y no tendré que venir aquí a sacar agua”.

Secretos oscuros del pasado

Entonces Jesús desvió bruscamente la conversación. Antes que esta mujer pudiese recibir el don que él anhelaba concederle, debía llegar a reconocer su pecado y a su Salvador. Jesús le dijo: “Ve y trae a tu esposo”. “No tengo esposo”, respondió la mujer. Pero el Salvador continuó: “Es cierto. [...] No tienes esposo porque has tenido cinco esposos, y ni siquiera estás casada con el hombre con el que ahora vives. ¡Ciertamente dijiste la verdad!”

La mujer tembló. Una mano misteriosa estaba hojeando las páginas de la historia de su vida. ¿Quién era este que podía leer los secretos de su vida? Se puso a pensar en la eternidad, en el juicio futuro, cuando todo lo que ahora está oculto será revelado.

Trató de conversar de otra cosa y eludir toda mención de ese tema tan incómodo. “Señor –dijo la mujer–, seguro que usted es profeta”. Luego, esperando acallar la convicción, se desvió hacia puntos de controversia religiosa.

Con paciencia, Jesús aguardaba la oportunidad de volver a dejar en claro la verdad en su corazón. “Así que dígame” –dijo ella–, “¿por qué ustedes, los judíos, insisten en que Jerusalén es el único lugar donde se debe adorar?” A la vista estaba el monte Gerizim, que había sido tema de discusión entre judíos y samaritanos. Durante muchas generaciones, los samaritanos se habían mezclado con idólatras, cuya religión había contaminado gradualmente la suya.

Cuando el Templo de Jerusalén fue reconstruido en los días de Esdras, los samaritanos quisieron contribuir a su edificación juntamente con los judíos. Ese privilegio les fue negado, y esto suscitó una amarga hostilidad entre los dos pueblos. Los samaritanos edificaron un templo rival sobre el monte Gerizim. Pero su templo fue destruido por sus enemigos y parecían hallarse bajo una maldición. A pesar de todo, no querían reconocer el Templo de Jerusalén como la casa de Dios, ni admitían que la religión de los judíos fuese superior a la suya.

En respuesta a lo que mencionara la mujer, Jesús dijo: “Créeme, querida mujer, que se acerca el tiempo en que no tendrá importancia si se adora al Padre en este monte o en Jerusalén. Ustedes, los samaritanos, saben muy poco acerca de aquel a quien adoran, mientras que noso-

tros, los judíos, conocemos bien a quien adoramos, porque la salvación viene por medio de los judíos”. Jesús ahora se esforzaba por destruir el prejuicio de esa samaritana contra los judíos. Dios había confiado a los judíos grandes verdades sobre la redención, y el Mesías aparecería de entre ellos.

Jesús deseaba elevar los pensamientos de su oyente por encima de todo asunto controversial. “Se acerca el tiempo –de hecho, ya ha llegado– cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. El Padre busca personas que lo adoren de esa manera. Pues Dios es Espíritu, por eso, todos los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad”.

No entramos en comunión con el Cielo visitando una monte santo o un templo sagrado. Para poder servir a Dios correctamente, debemos nacer del Espíritu divino. Eso purificará el corazón y renovará la mente, nos hará obedecer voluntariamente a todos sus requerimientos. Eso es culto verdadero. Es el fruto de la obra del Espíritu Santo. Siempre que una persona anhela a Dios, presenciamos allí la obra del Espíritu, y Dios se revelará a esa persona.

Mientras la mujer hablaba con Jesús, quedó impresionada por sus palabras. Luego de que Jesús le revelara su vida pasada, se dio cuenta de que la sed de su alma nunca podría ser satisfecha por las aguas del pozo de Sicar. Nada de todo lo que había conocido antes le había hecho sentir así su gran necesidad. Jesús había leído los secretos de su vida; sin embargo, se daba cuenta de que era un

Amigo que la compadecía y la amaba. Aunque la pureza de su presencia condenaba el pecado de ella, no había pronunciado acusación alguna sino que le había hablado de su gracia, la cual podía renovar su vida. Se le vino a la mente la pregunta: “¿No será este el Mesías que por tanto tiempo hemos esperado?” Entonces le dijo: “Sé que el Mesías está por venir, al que llaman Cristo. Cuando él venga, nos explicará todas las cosas”. Entonces Jesús le dijo: “Ese soy yo, el que habla contigo” (NVI).

Al oír la mujer estas palabras, la fe nació en su corazón y aceptó el admirable anuncio de los labios del Maestro divino.

Esta mujer se hallaba en una actitud receptiva. Estaba interesada en las Escrituras, y el Espíritu Santo había estado preparándola para recibir más luz. Una mayor comprensión de las profecías del Antiguo Testamento ya estaba comenzando a iluminar su mente. El agua de vida que Cristo da a toda alma sedienta había empezado a brotar en su corazón.

La declaración explícita que Cristo dio a esta mujer no podría haberse dirigido a los judíos que se consideraban justos. A ella se le reveló aquello que le fue negado a estos, y que a los discípulos se ordenó más tarde guardar en secreto. Jesús vio que ella haría uso de su conocimiento para traer a otros para que también recibieran la gracia que él impartía.

Cuando los discípulos volvieron de comprar, se sorprendieron al encontrar a su Maestro hablando con la mujer. No había bebido el agua refrescante que había pedido, ni se detuvo a comer el alimento que los

discípulos habían traído. Cuando la mujer se hubo ido, los discípulos le insistieron que comiera. Lo veían callado, absorto. Su rostro resplandecía y temían interrumpirlo, pero pensaban que era deber suyo recordarle sus necesidades físicas. Jesús reconoció su cariñoso interés, y dijo: “Yo tengo un alimento que ustedes no conocen” (NVI).

Los discípulos se preguntaban quién le habría traído comida. Él explicó: “Mi alimento consiste en hacer la voluntad de Dios, quien me envió, y en terminar su obra”. Ministrarle a alguien que tenía hambre y sed de la verdad le era más grato y reconfortante que comer o beber.

Nuestro Redentor tiene hambre de la simpatía y del amor de quienes compró con su propia sangre. Así como una madre espera la sonrisa de reconocimiento de su hijito, que le indica el despertar de la inteligencia, así Cristo espera la expresión de amor agradecido que demuestra que nació vida espiritual en el corazón.

La mujer se había llenado de gozo al escuchar las palabras de Cristo. Dejando su cántaro, volvió a la ciudad para llevar el mensaje a otros. Se olvidó de lo que la había traído al pozo; se olvidó de la sed del Salvador y de que quería darle de beber. Con corazón rebosante de alegría, se apresuró a compartir con otros la luz que había recibido.

“¡Vengan a ver a un hombre que me dijo todo lo que he hecho en mi vida!”, dijo a las personas de la ciudad. ¿No será este el Mesías?” Había en su rostro una nueva expresión, un cambio en todo su aspecto. “Así que la gente salió de la aldea para verlo”.

Mientras Jesús todavía estaba sentado sobre el brocal del pozo, miró los campos de cereales que se extendían delante de él, cuyo suave verdor era matizado por la dorada luz del sol. Señaló la escena a sus discípulos y la usó como símbolo: “Ustedes conocen el dicho: ‘Hay cuatro meses entre la siembra y la cosecha’, pero yo les digo: despierten y miren a su alrededor, los campos ya están listos para la cosecha”. Mientras hablaba, miraba a los grupos que se acercaban al pozo. Allí había una cosecha lista para el Segador.

El ciclo de la cosecha del evangelio

“A los segadores se les paga un buen salario, y los frutos que cosechan son personas que pasan a tener la vida eterna. ¡Qué alegría le espera tanto al que siembra como al que cosecha! Ya saben el dicho: ‘Uno siembra y otro cosecha’, y es cierto”. Los que reciben el evangelio deben ser sus agentes vivientes. Uno esparce la semilla; otro acopia la cosecha; pero ambos se alegran juntos en los resultados de su trabajo.

Jesús dijo a los discípulos: “Yo los envié a ustedes a cosechar donde no sembraron; otros ya habían hecho el trabajo, y ahora a ustedes les toca levantar la cosecha”. Los discípulos estaban por continuar las labores de otras personas. Un agente invisible había obrado silenciosa pero eficazmente para producir la cosecha. Cristo iba a regar la semilla con su propia sangre. Sus discípulos eran colaboradores con Cristo y con los santos de la antigüedad. Gracias al derramamiento del Espíritu Santo

en Pentecostés, se iban a convertir miles en un día. Tal sería el resultado de la siembra de Cristo, la cosecha de su obra.

Los samaritanos vinieron y oyeron a Jesús, y creyeron en él. Rodeándolo al lado del pozo, lo acosaron a preguntas, y recibieron con gran interés sus explicaciones de las muchas cosas que antes les habían sido difíciles de entender. Su confusión empezó a disiparse. Ansiando oír más, lo invitaron a su ciudad, y le rogaron que se quedase con ellos. Permaneció, pues, dos días en Samaria, y muchos más creyeron en él.

Jesús no hizo milagros entre los samaritanos, fuera del que consistió en revelar los secretos de su vida a la mujer junto al pozo. Sin embargo, muchos lo recibieron. En su nuevo gozo, decían a la mujer: “Ahora creemos no solo por lo que tú nos dijiste, sino porque lo hemos oído en persona. Ahora sabemos que él es realmente el Salvador del mundo”.

Cristo derriba los muros de la discriminación

Jesús había empezado a derribar el muro de separación existente entre judíos y gentiles, y a predicar la salvación al mundo. Trataba libremente con los samaritanos y aceptaba la hospitalidad de este pueblo despreciado. Dormía bajo sus techos, comía a sus mesas, enseñaba en sus calles, y los trataba con la mayor bondad y cortesía.

En el Templo de Jerusalén, una muralla baja separaba el atrio exterior de todos los demás sectores del

edificio sagrado. Sobre esta muralla había letreros con la advertencia de que solo los judíos tenían permitido pasar ese límite. Si un gentil hubiese querido entrar en el recinto interior, habría sufrido la pena de muerte. Pero Jesús, el originador del Templo, les presentaba a los gentiles la salvación que los judíos rechazaban.

Los discípulos se admiraron de la conducta de Jesús. Durante los dos días que pasaron en Samaria, su fidelidad a él dominó sus prejuicios, pero en su corazón no habían cambiado. Tardaron mucho en aprender que debían renunciar a su desprecio y odio, y debían dar lugar a la piedad y la compasión. Pero después de la ascensión del Señor recordaron sus lecciones con un nuevo significado. Recordaron las miradas del Salvador, sus palabras, el respeto y la ternura de su conducta hacia esos extraños despreciados. Cuando Pedro fue a predicar en Samaria manifestó el mismo espíritu en su obra. Cuando Juan fue llamado a Éfeso y Esmirna, recordó el incidente de Siquem y el ejemplo del Maestro divino.

Puede pasar que los que se llaman seguidores del Salvador desprecien y eviten a los marginados; pero no hay ninguna circunstancia de nacimiento, nacionalidad o condición

de vida que puedan separarnos de su amor, sin importar cuán pecadores seamos. Debemos dar la invitación del evangelio a todos. Junto al pozo de Jacob, Jesús no desaprovechó la oportunidad de hablar a una mujer sola, una extraña que vivía abiertamente en pecado.

Él muchas veces empezaba sus lecciones con unos pocos reunidos a su alrededor. Pero uno a uno los transeúntes se detenían para escuchar, hasta que una multitud oía con asombro y reverencia las palabras de Dios presentadas por el Maestro enviado del cielo. Quizás haya uno solo para oír el mensaje del que trabaja para Cristo; pero, ¿quién puede decir hasta dónde llegará su influencia?

La mujer samaritana demostró ser una misionera más eficaz que los propios discípulos de Jesús. Por medio de ella, toda una ciudad llegó a oír del Salvador. Todo verdadero discípulo nace en el reino de Dios como un misionero. El que bebe del agua viva llega a ser una fuente de vida. El que recibe llega a ser un dador. La gracia de Cristo en el corazón es como un manantial en el desierto, que refresca a todos y crea en quienes están a punto de perecer un deseo profundo de beber el agua de vida.

Capítulo 20

“A menos que vean señales milagrosas y maravillas...”

Este capítulo se basa en Juan 4:43 al 54.

Los galileos que volvían de la Pascua trajeron noticias de las obras admirables de Jesús. Entre el pueblo, eran muchos los que lamentaban los abusos cometidos en el Templo y la codicia y arrogancia de los sacerdotes. Esperaban que ese hombre, que había expulsado a los dirigentes del Templo, fuese el Libertador que esperaban. Ahora llegaban informes de que el Profeta se había declarado el Mesías.

Las noticias del regreso de Cristo a Caná no tardaron en propagarse por toda Galilea. En Capernaum, esto captó la atención de un noble judío que era oficial del rey. Su hijo sufría de una enfermedad que parecía incurable. Cuando el padre oyó hablar de Jesús, resolvió pedirle ayuda. Tenía la esperanza de que las súplicas de un padre despertasen la compasión del gran Médico.

Al llegar a Caná, se abrió paso en medio de una multitud hasta llegar a la presencia del Salvador. Su fe vaciló cuando vio tan solo a un hom-

bre vestido sencillamente, cubierto de polvo y cansado del viaje. Sin embargo, habló con Jesús, le explicó por qué venía y rogó al Salvador que lo acompañase a su casa.

Jesús sabía que el padre tenía ciertas condiciones para creer en Jesús. A menos que se le concediese lo que iba a pedirle, no lo recibiría como el Mesías. Mientras el oficial esperaba en la agonía de la incertidumbre, Jesús dijo: “¿Acaso nunca van a creer en mí a menos que vean señales milagrosas y maravillas?”

El Salvador contrastó la incredulidad cuestionadora del padre con la sencilla fe de los samaritanos, que no habían pedido milagro ni señal. Su palabra tenía un poder convincente que alcanzó sus corazones. Cristo se apenó de que su propio pueblo no oyese la voz de Dios que les hablaba por medio de su Hijo.

Sin embargo, el noble tenía cierto grado de fe; pues había ido a pedir lo que le parecía la más preciosa de todas las bendiciones. Jesús no solo desea-

ba sanar al niño, sino también hacer que el oficial y su casa participaran de las bendiciones de la salvación, y encender una luz en Capernaum. Pero el noble debía comprender su necesidad antes de poder desear la gracia de Cristo. Muchos judíos se interesaban en Jesús por motivos egoístas. Su fe dependía de si obtenían de él algún favor temporal, pero no podían ver su necesidad de gracia divina.

Como una ráfaga de luz, las palabras del Salvador le revelaron al noble su propio corazón. Vio que tenía motivaciones egoístas. Pudo ver su fe vacilante en su verdadero carácter. Con profunda angustia, comprendió que su duda podía costar la vida de su hijo. Con verdadera agonía suplicó: “Señor, por favor [...] ven ahora mismo, antes de que mi hijito se muera”. Su fe se aferró a Cristo como lo hizo Jacob, que exclamó cuando luchaba con el Ángel: “No te dejaré ir a menos que me bendigas” (Gén. 32:26).

Y como Jacob, logró vencer. Jesús le dijo: “Vuelve a tu casa. ¡Tu hijo vivirá!” El noble salió de la presencia del Salvador con una paz y un gozo que nunca antes había sentido.

A la misma hora, los que cuidaban del niño agonizante en Capernaum notaron un cambio repentino y misterioso. El rostro afiebrado pasó a tener el suave tinte de la salud, que volvía. El cuerpo débil y enflaquecido fue recobrando fuerza. No quedaron en el niño rastros de su enfermedad. Su piel ardiente ahora estaba suave y húmeda, y quedó sumido en profundo sueño. La familia estaba asombrada, y fue grande su regocijo.

El oficial podría haber llegado a Capernaum al atardecer, después de su entrevista con Jesús; pero él no se apresuró en su viaje de regreso. No llegó a Capernaum hasta la mañana siguiente. ¡Y qué regreso a casa!

Cuando salió para buscar a Jesús, su corazón estaba apesadumbrado. ¡Cuán diferentes eran sus sentimientos ahora! Mientras viajaba en la quietud de la madrugada, toda la naturaleza parecía alabar a Dios con él. Cuando aún estaba lejos de su casa, sus siervos le salieron al encuentro, ansiosos por aliviar la angustia que seguramente debía sentir. Pero no manifestó sorpresa por la noticia que le traían, sino que les preguntó a qué hora había empezado a mejorar el niño. Ellos le contestaron: “Ayer, a la una de la tarde, ¡la fiebre de pronto se le fue!” En el instante en que la fe del padre se había aferrado a la promesa de Jesús: “¡Tu hijo vivirá!”, el amor divino había tocado al niño moribundo.

El padre corrió a saludar a su hijo. Lo abrazó contra su corazón como si lo hubiese recuperado de la muerte, y agradeció repetidas veces a Dios por su curación maravillosa.

Tiempo después, cuando el noble supo más acerca de Cristo, él y toda su familia llegaron a ser discípulos suyos. La noticia del milagro se hizo conocida; y en Capernaum quedó preparado el terreno para el ministerio personal de Cristo.

Como el padre afligido, con frecuencia buscamos a Jesús por el deseo de algún beneficio terrenal; y solo estamos dispuestos a confiar en su amor si nos otorgara lo que le pedimos. El Salvador anhela dar-

nos una bendición mayor de lo que le pedimos; y demora la respuesta para poder mostrarnos la maldad de nuestro corazón y nuestra profunda necesidad de su gracia. Él desea que renunciemos al egoísmo que nos lleva a buscarlo.

El noble quería *ver* el cumplimiento de su oración antes de creer; pero tuvo que aceptar la palabra de Jesús de que su pedido había sido oído y

la bendición otorgada. No debemos creer porque vemos y sentimos que Dios nos oye. Debemos confiar en sus promesas. Cuando le hemos pedido su bendición, debemos creer que la recibiremos y agradecerle *porque la hemos recibido*. Luego debemos atender nuestras obligaciones, seguros de que la bendición llegará cuando más la necesitemos.

Capítulo 21

Betesda y el Sanedrín

Este capítulo se basa en Juan 5.

“Dentro de la ciudad, cerca de la puerta de las Ovejas, se encontraba el estanque de Betesda, que tenía cinco pórticos cubiertos. Una multitud de enfermos –ciegos, cojos, paralíticos– estaban tendidos en los pórticos”.

En ciertas ocasiones se agitaban las aguas de ese estanque; y muchos creían que era algo sobrenatural, y que el primero que entrara al agua sanaba de cualquier enfermedad que tuviera. Centenares de enfermos visitaban el lugar; pero era tan grande la muchedumbre cuando el agua se agitaba, que pisoteaban a los hombres, las mujeres y los niños más débiles. Muchos que habían logrado alcanzar el estanque, morían en su orilla. La gente había armado toldos en derredor del lugar. Algunos de los enfermos pernoctaban en esos pórticos, arrastrándose hasta la orilla del estanque día tras día, en la esperanza de encontrar alivio.

Jesús estaba otra vez en Jerusalén. Andando solo, en meditación y oración, llegó al estanque. Viendo a los pobres enfermos que sufrían, anhelaba ejercer su poder curativo y devolver la salud a cada uno de ellos. Pero era sábado, y él sabía que tal acto de curación sus-

citaría de tal manera el prejuicio entre los judíos que su obra se vería acortada.

Pero el Salvador vio un caso de desgracia extrema: un hombre que había sido un paralítico desvalido durante 38 años. Las personas consideraban que su enfermedad era un juicio de Dios. Solo y sin amigos, sintiéndose privado de la misericordia de Dios, este hombre sufriente había pasado largos años de miseria. Cuando se esperaba que las aguas se agitasen, los que se compadecían de su incapacidad lo llevaban a los pórticos. Pero en el momento clave no tenía a nadie para ayudarlo a entrar. Había visto revolverse el agua, pero nunca había podido llegar más cerca que la orilla del estanque. Su constante esfuerzo y su continua desilusión estaban agotando rápidamente el resto de sus fuerzas.

El enfermo estaba acostado en su estera cuando un rostro compasivo se inclinó sobre él. Las palabras “¿Te gustaría recuperar la salud?” atrajeron su atención. Sintió que de algún modo iba a recibir ayuda. Pero el brillo de esas palabras de ánimo pronto se apagó. Se acordó de cuántas veces había tratado de alcanzar el estanque. “Es que no puedo, se-

ñor [...] porque no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando se agita el agua. Siempre alguien llega antes que yo”.

Jesús no le pidió a este hombre sufriente que ejerciera fe en él. Simplemente, le dijo: “¡Ponte de pie, toma tu camilla y anda!” Pero la fe del hombre se aferró a esas palabras. En cada nervio y músculo de su cuerpo atrofiado pulsó una nueva vida. Tuvo la voluntad de obedecer a la orden de Cristo, y sus músculos respondieron consecuentemente. De un salto se puso de pie, y se dio cuenta de que podía moverse con facilidad y soltura.

El secreto de la curación espiritual

El hombre podría haberse detenido a dudar, y haber perdido su única oportunidad de sanar. Pero creyó en la palabra de Cristo, y al obrar de acuerdo con ella recibió fuerza. Por medio de la misma fe podemos recibir curación espiritual. El pecado nos separó de la vida de Dios y nos atrofió. Por nosotros mismos somos tan incapaces de vivir una vida santa como aquel lisiado lo era de caminar. Muchos que comprenden su impotencia y anhelan tener vida espiritual luchan en vano para obtenerla. El Salvador se inclina sobre esas personas que luchan desanimadas, diciéndoles con ternura y compasión: “¿Te gustaría recuperar la salud?”

No esperes hasta sentir que estás sano. Cree en su palabra y pon tu voluntad de parte de Cristo. Al obrar de acuerdo con su palabra, recibirás fuerzas. Cualquiera que sea el mal hábito que haya llegado a esclavi-

zar tu alma y cuerpo, Cristo puede librarte. Él impartirá vida a quienes están “muertos a causa de su desobediencia” (Efe. 2:1).

El paralítico sanado se agachó para recoger su estera y su manta, y al enderezarse, miró alrededor de sí en busca de su Libertador. Pero Jesús se había perdido entre la muchedumbre. Mientras se iba apresuradamente con paso firme y seguro, regocijándose en la fuerza que acababa de recobrar, les contó a varios fariseos sobre su curación. Le sorprendió la frialdad con que lo escuchaban.

Lo interrumpieron, preguntándole por qué llevaba su cama en el día del Señor. En su gozo, el hombre se había olvidado de que era sábado. Con osadía, les contestó: “El hombre que me sanó me dijo: ‘Toma tu camilla y anda’ ”. Le preguntaron quién había hecho eso; pero él no lo sabía. Esos príncipes deseaban una prueba directa para poder condenar a Jesús por violar el sábado. No solo había quebrantado la Ley por sanar al enfermo en sábado, sino además había cometido un sacrilegio al ordenarle que llevase su cama.

Obligaciones sin sentido

Los judíos habían pervertido de tal manera la Ley con requerimientos sin sentido, que hacían de ella un yugo esclavizador y habían hecho de su observancia una carga intolerable. Un judío no podía encender fuego, ni siquiera una vela, en sábado. Como consecuencia, el pueblo necesitaba que los gentiles hicieran muchas cosas que sus reglas les prohibían hacer por sí mismos. Pensaban que la sal-

vación se limitaba a los judíos, y que como los demás no tenían esperanza alguna, que hicieran estas cosas prohibidas no empeoraría su condición. Pero Dios no ha dado mandamientos que no puedan ser obedecidos por todos.

En el Templo, Jesús se encontró con el hombre que había sido sanado. Había venido a traer una ofrenda por el pecado y otra de acción de gracias por la gran merced recibida. Jesús se le dio a conocer. El hombre sanado se llenó de gozo al encontrar a su Libertador. Como desconocía la enemistad que ellos sentían hacia Jesús, dijo a los fariseos que él era el que había realizado la curación. “Precisamente por esto los judíos perseguían a Jesús, pues hacía tales cosas en sábado” (NVI).

Jesús fue llevado ante el Sanedrín para responder a la acusación de haber violado el sábado. Si en ese tiempo los judíos hubiesen sido una nación independiente, esta acusación habría servido a su intención de darle muerte. Pero sus acusaciones contra Cristo no tendrían peso en un tribunal romano. Sin embargo, esperaban conseguir otros objetivos. Cristo estaba logrando una influencia mayor sobre el pueblo que la de ellos, y muchos que no se interesaban en las peroratas de los rabinos eran atraídos por su enseñanza. Hablaba de Dios no como un Juez vengador, sino como un Padre tierno. Tanto por sus palabras como por sus obras de misericordia, estaba quebrantando el poder opresivo de los mandamientos de origen humano, y presentando el amor de Dios.

La gente se congregaba alrededor de Jesús

En una de las más antiguas profecías dadas acerca de Cristo, está escrito:

“No se te quitará el cetro, Judá; Ni el símbolo de poder de entre tus pies, hasta que venga Siloh y en torno a él se congreguen los pueblos”.

Génesis 49:10, RVC.

La gente se congregaba alrededor de Cristo. Si los sacerdotes y los rabinos no se hubiesen interpuesto, su enseñanza habría producido una reforma nunca antes vista en este mundo. Pero esos líderes resolvieron neutralizar la influencia de Jesús. Serviría a su propósito si pudieran citarlo a declarar ante el Sanedrín y condenarlo abiertamente. Cualquiera que se atreviese a hablar en contra de los requerimientos rabínicos, era considerado culpable de traición. Basándose en esto, los rabinos esperaban suscitar sospechas de que Cristo estaba procurando acabar con las costumbres establecidas, causando así división entre la gente y preparando el terreno para que los romanos los aplastaran por completo.

Después de que Satanás fracasara en vencer a Cristo en el desierto, aunó sus fuerzas para oponérsele y estorbar su obra. Maduró sus planes para cegar las mentes del pueblo judío, con el fin de que no reconociesen a su Redentor. Decidió infundirles su propia enemistad contra el Paladín de la verdad. Iba a inducirlos a rechazar a Cristo y a hacerle la vida tan amarga como fuese posible, es-

perando desalentarlo en su misión.

Jesús había venido para “hacer su ley grande y gloriosa” (Isa. 42:21, NVI). Había venido para librar al sábado de esos requerimientos pesados que lo hacían una maldición en vez de una bendición. Por esta razón había escogido el sábado para realizar la curación en Betesda. Podría haber sanado al enfermo en cualquier otro día de la semana; o simplemente podría haberlo sanado sin pedirle que llevara su cama. Pero eligió el caso peor y ordenó al hombre que llevase su cama a través de la ciudad para que llamase atención por la gran obra que había sido realizada en él. Eso le abriría el camino para denunciar las restricciones de los judíos acerca del día del Señor y declarar nulas sus tradiciones.

Jesús les declaró que la obra de aliviar a los afligidos estaba en armonía con la ley del sábado. Los ángeles de Dios siempre están sirviendo a la humanidad doliente. “Mi Padre siempre trabaja, y yo también”. Todos los días son de Dios, y apropiados para realizar sus planes en favor de la raza humana. Si la interpretación que los judíos daban a la ley era correcta, entonces el que instituyó el sábado debía hacer un alto en su labor y detener los interminables procesos del universo.

¿Debería Dios prohibir al sol que realice su oficio en sábado? ¿Debería ordenar a los arroyos que dejen de regar los campos y los bosques? ¿Deberían el trigo y la cebada dejar de crecer? ¿Deberían los árboles y las flores dejar de crecer o abrirse en sábado?

Dios no puede detener su mano por un momento, o la humanidad

desmayaría y moriría. Nosotros también tenemos una obra que cumplir en este día: Cuidar a los enfermos, atender a los necesitados. El santo día de reposo de Dios fue hecho para nosotros. Dios no desea que sus criaturas sufran una hora de dolor que pueda ser aliviada en sábado.

La ley del sábado prohíbe el trabajo secular en el día de reposo del Señor. Debe cesar el trabajo con el cual nos ganamos la vida. En ese día no es lícita ninguna labor que tenga por fin el placer mundanal o el lucro. Pero así como Dios acabó su obra creadora y descansó el sábado, del mismo modo debemos dejar las ocupaciones de la vida diaria y dedicar esas horas sagradas al descanso sano, al culto y a obras santas. Cristo honraba el sábado al sanar a los enfermos.

Pero los fariseos estaban aún más disgustados. A juicio de ellos, no solo había violado la ley, sino también al llamar a Dios “mi Padre” se había declarado igual a Dios. Lo acusaron de blasfemia. Estos adversarios de Cristo solo podían referirse a sus costumbres y tradiciones, y estas se veían endeble y anticuadas cuando se las comparaba con los argumentos que Jesús había sacado de la Palabra de Dios y del incesante ciclo de la naturaleza. Pero los rabinos evadieron los puntos que él presentaba y trataron de despertar indignación contra él porque aseveraba ser igual a Dios. Si no hubiese sido por su temor al pueblo, los sacerdotes y los rabinos habrían dado muerte a Jesús allí mismo. Pero el sentimiento popular en favor de él era fuerte. Muchos justificaban la curación del paralítico de Betesda.

Jesús dependía del poder del Padre

Jesús rechazó la acusación de blasfemia. “Mi autoridad”, dijo él, “es que soy el Hijo de Dios, uno con él en naturaleza, voluntad y propósito. Yo coopero con Dios”.

“El Hijo no puede hacer nada por su propia cuenta; solo hace lo que ve que el Padre hace”. Los sacerdotes y los rabinos reprendían al Hijo de Dios por la misma obra que había sido enviado a hacer en el mundo. Se sentían autosuficientes, y no sentían necesidad de una sabiduría superior. Pero el Hijo de Dios se había sometido a la voluntad del Padre y dependía de su poder. Cristo no hacía planes por sí mismo. Día tras día el Padre le revelaba sus planes. De esa manera debemos depender de Dios, para que nuestra vida sea el simple desarrollo de su voluntad.

Las palabras de Cristo nos enseñan que debemos considerarnos inseparablemente unidos a nuestro Padre celestial. Cualquiera sea nuestra situación en la vida, dependemos de Dios. Él nos ha señalado nuestra obra, y nos ha dotado de recursos para ella. Mientras sometamos la voluntad a Dios, y confiemos en su fuerza y sabiduría, él nos guiará por sendas seguras para cumplir nuestra parte señalada en su gran plan. Pero los que dependen de su propia sabiduría y poder se separan a sí mismos de Dios, y cumplen el propósito del enemigo de Dios y de la humanidad.

Los saduceos creían que no habría resurrección del cuerpo; pero Jesús les dijo que una de las mayores obras de su Padre es la de resucitar a los muertos, y que él mismo tenía

el poder para hacerlo. “Así como el Padre da vida a los que resucita de los muertos, también el Hijo da vida a quien él quiere. Se acerca el tiempo –de hecho, ya ha llegado– cuando los muertos oirán mi voz, la voz del Hijo de Dios, y los que escuchen, vivirán”. Cristo les dijo que ya estaba entre ellos el poder que da vida a los muertos, y que verían la manifestación de ese poder. Este mismo poder de resucitar es el que da vida al alma y nos liberta “del poder del pecado, que lleva a la muerte” (Rom. 8:2). Por medio de la fe, somos protegidos del pecado. Los que abren su corazón a Cristo llegan a ser participantes de ese gran poder que sacará su cuerpo de la tumba.

El humilde Nazareno se elevó por encima de la humanidad, se quitó la apariencia de pecado y de vergüenza, y se reveló como el Hijo de Dios, Uno con el Creador del universo. Sus oyentes quedaron mudos del asombro. Nadie habló jamás palabras como las suyas, ni tuvo un porte de tan real majestad. Sus declaraciones eran claras y explícitas; presentaban su misión de forma manifiesta. “El Padre no juzga a nadie, sino que le ha dado al Hijo autoridad absoluta para juzgar”. [...] “El Padre [...] le ha dado autoridad para juzgar a todos, porque es el Hijo del Hombre”.

Los sacerdotes y los príncipes habían querido tomar el papel de jueces para condenar la obra de Cristo, pero él se declaró Juez de ellos y de toda la tierra. Toda bendición de Dios a la raza caída ha venido a través de él. Tan pronto como hubo pecado, hubo un Salvador. Y el que dio luz a todos, el que nos ha seguido con las más

tiernas súplicas, tratando de ganarnos del pecado a la santidad, es a la vez nuestro Abogado y Juez. El que ha procurado a través de todos los siglos arrebatarse cautivos del dominio del engañador, es quien pronunciará el juicio sobre cada alma.

Porque bebió hasta las últimas gotas de la aflicción y la tentación humanas, y comprende nuestras debilidades; porque resistió las tentaciones de Satanás, y tratará justa y tiernamente con aquellos por cuya salvación derramó su sangre; por todo esto, Dios designó al Hijo del hombre para realizar el juicio.

Pero "Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él" (Juan 3:17). Y delante del Sanedrín, Jesús declaró: "Todos los que escuchan mi mensaje y creen en Dios, quien me envió, tienen vida eterna. Nunca serán condenados por sus pecados, pues ya han pasado de la muerte a la vida".

Resurrección para gozar de la vida eterna

"Ya se acerca el tiempo en que todos los que están en las tumbas oirán la voz del Hijo de Dios y resucitarán. Los que hicieron el bien resucitarán para gozar de la vida eterna, y los que continuaron en su maldad resucitarán para sufrir el juicio".

Resplandecía sobre Israel la única luz que puede iluminar la oscuridad de la tumba. Pero la obstinación es ciega. Jesús había violado las tradiciones de los rabinos, y ellos se rehusaban a creer.

El tiempo, el lugar, la ocasión y la intensidad de los sentimientos que

dominaban a la asamblea se combinaron para hacer más impresionantes las palabras de Jesús ante el Sanedrín. Las más altas autoridades religiosas de la nación procuraban matar al que se declaraba el Restaurador de Israel. Habían citado ante un tribunal al Señor del sábado para responder a la acusación de violar el sábado. Sus jueces lo miraron con asombro e ira; pero sus palabras eran incontestables. Negó a los sacerdotes y los rabinos el derecho a interrumpir su obra. No aceptó declararse culpable de esas acusaciones ni ser instruido por ellos.

En vez de disculparse, Jesús reprendió a los príncipes por su ignorancia de las Escrituras. Declaró que habían rechazado la palabra de Dios, puesto que habían rechazado a quien Dios había enviado. "Ustedes estudian las Escrituras a fondo porque piensan que ellas les dan vida eterna. ¡Pero las Escrituras me señalan a mí!"

Las Escrituras del Antiguo Testamento irradian la gloria del Hijo de Dios. Todo el sistema del judaísmo, que había sido dado por Dios, era una profecía compacta del evangelio. Bajando por la línea patriarcal y el sistema legal, la gloriosa luz del Cielo delineaba claramente las pisadas del Redentor. En todo sacrificio se revelaba la muerte de Cristo. En toda nube de incienso ascendía su justicia. En el solemne misterio del Lugar Santísimo moraba su gloria.

El concilio fracasa en su intento de intimidar a Jesús

Los judíos suponían que en el mero conocimiento externo de las

Escrituras tenían vida eterna. Pero, habiendo rechazado a Cristo en su Palabra, lo rechazaron en persona. Les dijo: “Ustedes se niegan a venir a mí para recibir esa vida”.

Los dirigentes judíos habían estudiado las enseñanzas de los profetas, pero no lo habían hecho con un sincero deseo de conocer la verdad, sino con el propósito de hallar pruebas que sostuvieran sus esperanzas ambiciosas. Cuando Cristo vino de una manera diferente a sus expectativas, no quisieron aceptarlo, y trataron de probar que era un impostor. Cuanto más directamente les hablaba el Salvador en sus obras de misericordia, más resueltos estaban a resistir la luz.

Jesús dijo: “La aprobación de ustedes no significa nada para mí”. No deseaba la aprobación del Sanedrín. Estaba investido con el honor y la autoridad del Cielo. Si lo hubiese querido, los ángeles habrían venido a rendirle homenaje. Pero para beneficio de ellos mismos, y por causa de la nación de la que eran líderes, deseaba que los príncipes judíos reconociesen su carácter.

“Yo he venido en nombre de mi Padre, y ustedes me han rechazado. Sin embargo, si otros vienen en su propio nombre, ustedes los reciben con gusto”. Cuando vinieran otros fingiendo tener el carácter de Cristo, pero buscando su propia gloria, estos serían aceptados. ¿Por qué? Porque el que busca su propia gloria satisface el deseo de exaltación propia en los de-

más. Los judíos recibirían al falso maestro porque adularía su orgullo. Pero la enseñanza de Cristo era espiritual, y exigía el sacrificio del yo; por tanto, no querían recibirla. Para ellos, su voz era la voz de un extraño.

¿No hay hoy muchos líderes religiosos que están rechazando la Palabra de Dios con el fin de conservar sus tradiciones?

“Si en verdad le creyeran a Moisés, me creerían a mí, porque él escribió acerca de mí; pero como no creen en lo que él escribió, ¿cómo creerán lo que yo digo?” Si hubieran escuchado la voz divina que les hablaba por medio de su gran líder, Moisés, la habrían reconocido en las enseñanzas de Cristo.

Los sacerdotes y los rabinos vieron que la oposición que le hacían era inexcusable, pero su odio homicida no se aplacó. El temor se apoderó de ellos, al ver el poder convincente que acompañaba su ministerio; pero ellos se encerraron en las tinieblas.

Habían fracasado en socavar la autoridad de Jesús o en enemistarlo con el pueblo, de entre el cual muchos se habían convertido por sus palabras. Los príncipes habían sentido una profunda condena, pero estaban resueltos a quitarle la vida. Enviaron mensajeros por todo el país para advertir a la gente que Jesús era un impostor. Mandaron espías para que informasen de lo que decía y hacía. El precioso Salvador estaba ahora muy ciertamente bajo la sombra de la cruz.

Encarcelamiento y muerte de Juan

*Este capítulo se basa en Mateo 11:1 al 11; 14:1 al 11;
Marcos 6:17 al 28; Lucas 7:19 al 28.*

Juan el Bautista había sido el primero en proclamar el Reino de Cristo, y también fue el primero en sufrir. Del aire libre del desierto, pasó a estar encerrado entre las murallas de un calabozo, encarcelado en la fortaleza de Herodes Antipas. Herodes mismo había escuchado la predicación del Bautista y había temblado al oír el llamado al arrepentimiento. “Herodes le tenía miedo, sabiendo que era un hombre justo y santo” (DHH). Juan condenaba su pecaminosa relación con Herodías, la esposa de su hermano. Durante un tiempo, Herodes trató débilmente de romper la cadena de concupiscencia que lo ataba; pero Herodías lo sujetó más firmemente en sus redes, y se vengó del Bautista induciendo a Herodes a que lo encarcelara.

La oscuridad de la cárcel y la inactividad fueron cosas que abrumaron enormemente a Juan. Mientras pasaba semana tras semana sin traer cambio alguno, el abatimiento y la duda fueron apoderándose de él. Sus discípulos le traían noticias de

las obras de Jesús y de cómo la gente acudía a él. Pero si ese nuevo maestro era el Mesías, ¿por qué no hacía algo para conseguir la liberación de Juan? Esas preguntas embargaron a Juan de dudas, que de otra manera nunca se le habrían presentado. Satanás se regocijaba al ver cómo las palabras de esos discípulos lastimaban el alma del mensajero del Señor. ¡Con cuánta frecuencia los amigos de un hombre bueno resultan ser sus más peligrosos enemigos!

Juan el Bautista esperaba que Jesús ocupase el trono de David. Como pasaba el tiempo y el Salvador no asumía la autoridad real, Juan quedó perplejo. Había esperado que Jesús derribara los lugares altos del orgullo y el poder humano. El Mesías limpiaría la zona donde se trilla, juntaría el trigo en su granero y quemaría la paja en un fuego inextinguible (ver Isa. 40; Mat. 3). Como el profeta Elías, Juan esperaba que el Señor se revelase como el Dios que contesta por medio de fuego.

El Bautista se había destacado por condenar intrépidamente la maldad,

tanto entre los encumbrados como entre los humildes. Había osado hacer frente al rey Herodes y reprocharle claramente su pecado. Y ahora, desde su calabozo, esperaba ver al León de la tribu de Judá derribar el orgullo del opresor y librar a los pobres. Pero Jesús parecía conformarse con sanar y enseñar a la gente. Comía a la mesa de los publicanos, mientras cada día la opresión romana reposaba más pesadamente sobre Israel; el rey Herodes y su vil amante realizaban su voluntad, y los clamores de los pobres y dolientes ascendían al Cielo.

Un enorme chasco

Todo eso parecía un misterio. Los susurros de los demonios torturaban el espíritu de Juan y la sombra de un miedo terrible se apoderaba de él. ¿Podría ser que el tan esperado Libertador no hubiese aparecido todavía? Juan había quedado profundamente decepcionado por el resultado de su misión. Había esperado que el mensaje de Dios tuviese el mismo efecto que cuando se leyó la ley en los días de Josías y Esdras (2 Crón. 34; Neh. 8), que habría una profunda obra de arrepentimiento. ¿Había sacrificado toda su vida en vano? ¿Había sido estéril su obra por sus propios discípulos? ¿Había sido infiel en su misión y debía ser separado de ella? Si el Libertador prometido había aparecido y Juan había sido hallado fiel a su misión, ¿no derribaría Jesús el poder del opresor, dejando en libertad a quien había anunciado su llegada?

Pero el Bautista no renunció a su fe en Cristo. La voz del Cielo y la palo-

ma que había descendido sobre él, la inmaculada pureza de Jesús, el poder del Espíritu Santo que había descansado sobre Juan cuando estuvo en la presencia del Salvador, y el testimonio de las Escrituras; todo atestiguaba que Jesús era el Prometido.

Juan resolvió mandar un mensaje a Jesús. Lo confió a dos de sus discípulos, esperando que una entrevista con el Salvador confirmara la fe de ellos. Y él anhelaba alguna palabra de Cristo dirigida directamente a él.

Los discípulos fueron a Jesús con su mensaje: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” (NVI). La pregunta fue una intensa amargura y desilusión para la naturaleza humana de Jesús. Si Juan, el precursor fiel, no comprendía la misión de Cristo, ¿qué podía esperarse de la multitud egoísta?

El Salvador no respondió inmediatamente a la pregunta de los discípulos. Mientras ellos estaban allí de pie, extrañados por su silencio, los enfermos y los afligidos acudían a él para ser sanados. Los ciegos y toda clase de enfermos se agolpaban ansiosamente en la presencia de Jesús. La voz del poderoso Sanador penetraba en los oídos de los sordos. Una palabra, un toque de su mano, abría los ojos de los ciegos. Jesús reprendía a la enfermedad y expulsaba la fiebre. Su voz alcanzaba los oídos de los moribundos, quienes se levantaban llenos de salud y vigor. Mientras sanaba sus enfermedades, los pobres campesinos y trabajadores, a quienes los rabinos evitaban por considerarlos inmundos, se reunían cerca del él y él les hablaba palabras de vida eterna.

Jesús presenta sus pruebas

Así iba transcurriendo el día, y los discípulos de Juan viéndolo y oyéndolo todo. Por fin, Jesús los llamó a sí y les pidió que fueran y contaran a Juan lo que habían presenciado, añadiendo: “Dios bendice a los que no se apartan por causa de mí”. La evidencia de su divinidad era clara. Su gloria se había revelado al condescender a tomar nuestra humilde condición.

Los discípulos llevaron el mensaje, y eso fue suficiente. Juan recordó la profecía concerniente al Mesías:

“El Señor me ha ungido para llevar buenas noticias a los pobres. Me ha enviado para consolar a los de corazón quebrantado y a proclamar que los cautivos serán liberados”.

Isaías 61:1.

Las obras de Cristo declaraban que era el Mesías. Jesús debía hacer su obra, no con conflictos armados ni derrocando tronos y reinos, sino hablando a los corazones de hombres y mujeres por medio de una vida de misericordia y sacrificio.

El principio que rigió la vida del Bautista era también el que regía el Reino del Mesías. Pero lo que para él era una evidencia convincente de la divinidad de Cristo, no sería evidencia para los líderes de Israel. Juan vio que la misión del Salvador únicamente recibiría de ellos odio y condenación. Él, el precursor, estaba bebiendo de la copa que Cristo mismo debía beber hasta las últimas gotas.

Juan no ignoró la suave repreensión del Salvador. Comprendiendo más claramente ahora la naturaleza

de la misión de Cristo, se entregó a Dios para la vida o la muerte, lo que mejor sirviese a los intereses de la causa que amaba.

El corazón del Salvador sentía profunda simpatía por el testigo fiel que ahora estaba en el calabozo de Herodes. No quería que la gente llegase a la conclusión de que Dios había abandonado a Juan, o que su fe había faltado en el día de la prueba. Dijo: “¿A qué clase de hombre fueron a ver al desierto? ¿Acaso era una caña débil, sacudida con la más leve brisa?”

Como los altos juncos que crecían a la ribera del Jordán, los rabinos que habían sido críticos de la misión del Bautista se mecían de aquí para allá con los vientos de la opinión popular. Sin embargo, por temor a la gente, no se atrevían a oponerse abiertamente a su obra. Pero el mensajero de Dios no tenía tal espíritu cobarde. Juan había hablado con igual llaneza a fariseos, a saduceos, al rey Herodes y su corte, a príncipes y soldados, a cobradores de impuestos y a campesinos. No era para nada una caña temblorosa. En la cárcel tuvo la misma lealtad a Dios. Era tan firme como una roca en su fidelidad a los principios.

Nadie es superior a él

Jesús continuó: “¿O esperaban ver a un hombre vestido con ropa costosa? No, la gente que usa ropa costosa vive en los palacios”. Las ropas costosas y los lujos de esta vida no son la porción de los siervos de Dios. Los sacerdotes y los príncipes se engalanaban con ostentosos mantos.

Ansiaban más recibir la admiración de otros que ganarse la aprobación de Dios. Su lealtad no se la daban a Dios, sino al reino de este mundo.

Jesús preguntó: “¿Buscaban a un profeta? [...] Juan es el hombre al que se refieren las Escrituras cuando dicen: ‘Mira, envío a mi mensajero por anticipado, y él preparará el camino delante de ti’. Les digo la verdad, de todos los que han vivido, nadie es superior a Juan el Bautista. Sin embargo, hasta la persona más insignificante en el reino del cielo es superior a él”. En el anuncio hecho a Zacarías antes del nacimiento de Juan, el ángel había declarado: “Él será grande a los ojos del Señor”. (Luc. 1:15). En la estima del Cielo, ¿qué constituye la grandeza? No lo que el mundo tiene por tal. Lo que Dios valora es el valor moral. El amor y la pureza son los atributos que más estima. Juan fue grande a la vista del Señor cuando se rehusó a buscar honra para sí mismo, sino que a todos les indicó a Jesús como el Prometido. Su desinteresado gozo en el ministerio de Cristo presenta el más alto tipo de nobleza que se haya revelado entre los hombres.

Más que un profeta

Juan era “más que un profeta”. Mientras que los profetas habían visto desde lejos el advenimiento de Cristo, Juan tuvo el privilegio de contemplarlo y presentarlo a Israel como el Enviado de Dios. Juan era la luz menor, que sería seguida por otra mayor. Ninguna luz brillará jamás tan claramente sobre hombres y mujeres caídos como las enseñanzas y el ejemplo de Jesús.

Aparte del gozo que Juan hallaba en su misión, su vida había estado llena de pesar. Tuvo una misión solitaria. Y no se le permitió ver los resultados de sus propios trabajos. No tuvo el privilegio de estar con Cristo, ni de contemplar la luz que resplandecía a través de cada palabra de Cristo, derramando gloria sobre las promesas de la profecía.

Herodes creía que Juan era un profeta de Dios, y tenía la plena intención de devolverle la libertad. Pero le tenía temor a Herodías. Ella sabía que por medio de medidas directas nunca podría obtener el consentimiento de Herodes para dar muerte a Juan, así que, resolvió lograr su propósito tramando una trampa. El día del cumpleaños del rey vendrían varios invitados para la celebración. Habría festín y borrachera. En esa ocasión ella podría influir en él a voluntad.

Cuando llegó el gran día, el rey estaba comiendo y bebiendo con sus oficiales. Herodías mandó a su hija a la sala del banquete a que danzase para los invitados. Salomé estaba en pleno florecimiento y maduración como mujer, y su sensual belleza cautivó a los oficiales en medio de la jarana. A Herodes le pareció halagador que esta hija de sacerdotes y príncipes de Israel danzara para sus invitados.

El rey estaba embotado por el vino. La pasión lo dominaba y la razón había sido destronada. Sólo veía a sus invitados de juerga, el banquete, el vino, las luces deslumbrantes y la joven danzando delante de él. En la temeridad del momento, deseaba hacer ostentación para impresionar a los grandes de su reino. Con juramentos prometió a la hija de Herodías cual-

quier cosa que pidiese, incluso hasta la mitad de su reino.

Salomé se apresuró a consultar a su madre. ¿Qué debía pedir? La respuesta estaba lista: la cabeza de Juan el Bautista. Salomé primero se negó a presentar la petición; pero la resolución de Herodías fue más fuerte. La joven volvió con el horrible pedido: “Quiero ahora mismo la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja”.

Herodes quedó atónito y perplejo. Quedó horrorizado ante la idea de quitarle la vida de Juan. Sin embargo, no quería dar la impresión de que era inconstante o precipitado. Había jurado en honor a sus invitados, y si uno de ellos hubiese dicho una palabra oponiéndose a que cumpliese su promesa, con gusto le habría permitido vivir al profeta. Así que, hizo tiempo para que tuvieran la oportunidad de hablar en favor del preso. Ellos sabían que Juan era un siervo de Dios. Pero aunque estaban asombrados por la petición de la joven, estaban demasiado borrachos para intervenir en protesta de ello. Ninguna voz se alzó para salvar la vida del mensajero del Cielo. Esos hombres que ocupaban importantes cargos cargaban con grandes responsabilidades; sin embargo, se habían entregado a la borrachera. Tenían la cabeza mareada por la frívola escena de música y baile, y su conciencia estaba adormecida. Con su silencio, pronunciaron la sentencia de muerte sobre el profeta de Dios para satisfacer el deseo de venganza de una mujer inmoral.

Con pocas ganas, Herodes ordenó la ejecución del profeta. Pronto fue traída la cabeza de Juan. Nunca más

se oiría su voz llamando a los hombres al arrepentimiento. Una noche de jarana había costado la vida de uno de los mayores profetas.

¡Cuán a menudo ha sido sacrificada la vida de los inocentes por la intemperancia de los que debieran haber sido guardianes de la justicia! Todos los que llevan a sus labios bebidas alcohólicas se hacen responsables de todas las injusticias que puedan cometer bajo su poder embotador. Los que tienen jurisdicción sobre la vida de sus semejantes deberían ser tenidos por culpables de crimen cuando se entregan a la intemperancia. Necesitan tener pleno goce de sus facultades físicas, mentales y morales, con el fin de poseer vigor intelectual y un alto sentido de la justicia.

Herodías se regocijó en su venganza y estuvo segura de que la conciencia de Herodes ya no lo perturbaría. Pero esto no le dio felicidad. La gente llegó a aborrecer su nombre, y Herodes terminó más atormentado por el remordimiento. Constantemente él procuraba hallar alivio de su conciencia culpable. Cuando recordaba la vida abnegada de Juan, sus súplicas fervientes y solemnes, su atinado criterio en los consejos, y al recordar cómo había terminado su vida, Herodes no podía encontrar reposo. Mientras atendía los asuntos del Estado, recibiendo honores de los demás, mostraba un rostro sonriente, pero ocultaba un corazón angustiado, oprimido por el temor. Estaba convencido de que Dios había presenciado la escena de borrachera en la sala del banquete, que había visto la alegría de Herodías y el insulto proferido a la cabeza cor-

tada del que la había reprendido.

Cuando Herodes oyó hablar de las obras de Cristo, pensó que Dios había resucitado a Juan de los muertos. Temía constantemente que Juan vengase su muerte condenándolo a él y a su casa. Herodes estaba cosechando los resultados del pecado: “Que te tiemble el corazón, que te falle la vista y que tu alma desfallezca. [...] Por la mañana dirás: ‘¡Si tan solo fuera de noche!’; Al oscurecer dirás: ‘¡Si tan solo fuera de día!’”. Pues te aterrará al ver los horrores espantosos que habrá a tu alrededor” (Deut. 28:65-67). No puede haber tortura más intensa que una conciencia culpable que no da reposo ni de día ni de noche.

Por qué Cristo no libertó a Juan

Muchos se preguntan por qué Juan el Bautista tuvo que languidecer y morir en la cárcel. Pero este desenlace sombrío nunca puede conmover nuestra confianza en Dios, si recordamos que Juan no era más que un participante de los sufrimientos de Cristo. Todos los que sigan a Cristo llevarán la corona del sacrificio. Satanás peleará contra el principio de la abnegación cada vez que este se manifieste.

Satanás había sido incansable en sus esfuerzos para apartar al Bautista de una vida de entrega a Dios sin reserva; pero había fracasado. Al tentar a Jesús en el desierto, Satanás había sido derrotado. Ahora había resuelto causar pesar a Cristo hiriendo a Juan. Iba a hacer sufrir al que no podía inducir a pecar.

Jesús no se interpuso para librar a su siervo. Sabía que Juan soportaría

la prueba. El Salvador con gusto habría ido a Juan para alegrar con su presencia la melancolía de su encierro en el calabozo. Pero Jesús no debía hacer peligrar su propia misión. Por causa de los millares que en años posteriores debían pasar de la cárcel a la muerte, Juan debía beber la copa del martirio. Mientras los seguidores de Jesús se marchitaran en celdas solitarias o murieran por la espada, el potro o la hoguera, aparentemente abandonados de Dios y de los hombres, ¡qué apoyo iba a ser para su corazón el pensamiento de que Juan el Bautista había experimentado algo similar!

Juan no fue abandonado. Tenía la compañía de los ángeles celestiales, quienes le hacían comprender las profecías concernientes a Cristo y las preciosas promesas de la Escritura. A Juan el Bautista, como a los que vinieron después de él, se les aseguró: “Tengan por seguro esto: que estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos” (Mat. 28:20).

Dios nunca conduce a sus hijos de otra manera que la que ellos elegirían si pudiesen ver el fin desde el principio, y discernir el propósito que están cumpliendo como colaboradores suyos. Ni Enoc, que fue trasladado al cielo, ni Elías, que ascendió en un carro de fuego, fueron mayores o más honrados que Juan el Bautista, quien murió solo en el calabozo. “A ustedes se les dio no solo el privilegio de confiar en Cristo sino también el privilegio de sufrir por él” (Fil. 1:29). De todos los dones que el Cielo puede concedernos, tener comunión con Cristo en sus sufrimientos es el más importante cometido y el más alto honor.

Cómo Daniel identificó a Jesús como el Mesías

La venida del Mesías había sido anunciada primeramente en Judea. Sobre las colinas de Belén los ángeles habían proclamado el nacimiento de Jesús. Los sabios habían ido a Jerusalén a buscarlo.

Si los líderes de Israel hubiesen recibido a Cristo, los habría honrado como mensajeros suyos para llevar el evangelio al mundo. Pero Israel no conoció el tiempo cuando Dios los visitó. Los celos y la desconfianza de los líderes judíos maduraron en abierto odio, y el corazón de la gente se apartó de Jesús. El Sanedrín procuraba su muerte; por tanto, Jesús se apartó de Jerusalén y de la gente que había sido instruida en la Ley, y se dirigió a otra clase de gente para proclamar su mensaje.

La historia de cuando Cristo se retiró de Judea se ha repetido en todas las generaciones. Cuando los reformadores predicaban la Palabra de Dios, no pensaban separarse de la iglesia establecida. Pero los dirigentes religiosos no quisieron tolerar la luz, y los que la llevaban se vieron obligados a buscar otra clase de personas, quienes anhelaran conocer la verdad. En nuestros días, pocos de los que profesan seguir a los reformadores escuchan la voz de Dios y están listos para aceptar la verdad en

cualquier forma que se les presente. Los que siguen los pasos de los reformadores están obligados a apartarse de las iglesias que aman para proclamar la clara enseñanza de la Palabra de Dios. Muchos se ven obligados a abandonar la iglesia de su familia para poder obedecer a Dios.

Los habitantes de Galilea ofrecían a la obra del Salvador un campo más favorable. Ellos eran menos dominados por la intolerancia; su mente estaba mejor dispuesta para recibir la verdad. La provincia tenía más diversidad de culturas que Judea.

Mientras Jesús viajaba por Galilea, enseñando y sanando, acudían a él multitudes, muchos incluso desde Judea. El entusiasmo era tan grande que era necesario tomar precauciones, no fuese que las autoridades romanas se alarmasen por temor a una insurrección. Almas hambrientas y sedientas ahora eran saciadas con la gracia de un Salvador misericordioso.

El profeta Daniel predijo el ministerio de Cristo

El tema central en la predicación de Cristo era: “¡Por fin ha llegado el tiempo prometido por Dios! [...] ¡El reino de Dios está cerca!

¡Arrepiéntanse de sus pecados y crean la Buena Noticia!" (Mar. 1:15). El mensaje del evangelio que daba el Salvador se basaba en las profecías. El "tiempo prometido" que él declaraba cumplido era el período revelado a Daniel.

Dijo el ángel Gabriel:

"Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos".

Daniel 9:24, RVR.

En la profecía, un día representa un año (ver Eze. 4:6). Las 70 semanas, o 490 días, representaban 490 años.

La Biblia da el punto de partida para este período:

"Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas", 69 semanas, es decir, 483 años.

Daniel 9:25, RVR.

La orden para restaurar y edificar Jerusalén, completada por el decreto de Artajerjes Longímano (ver Esd. 6:14; 7:1, 9), se hizo efectiva en el otoño del año 457 a.C. Desde ese tiempo, 483 años llegan hasta el otoño del año 27 d.C. Según la profecía, ese período había de llegar hasta el Mesías, el Ungido. En el año 27 d.C., Jesús, en ocasión de su bautismo, fue ungido por el Espíritu

Santo, y poco después empezó su ministerio. Entonces fue proclamado el mensaje: "¡Por fin ha llegado el tiempo prometido por Dios!"

Luego el ángel dijo: "Y por otra semana [siete años] confirmará el pacto con muchos" (RVR). Por espacio de siete años, después que el Salvador empezara su ministerio, el evangelio debía ser predicado especialmente a los judíos; por Cristo mismo durante tres años y medio, y después por los apóstoles. "A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda" (Dan. 9:27, RVR). En la primavera del año 31 d.C., Cristo, el verdadero sacrificio, fue ofrecido en el Calvario. Entonces el velo del Templo se rasgó en dos, demostrando que el significado y el carácter sagrado del ritual de los sacrificios habían terminado. Había llegado el tiempo en que debían cesar los sacrificios y las ofrendas terrenales.

La semana -7 años- terminó en el año 34 d.C. Entonces, por medio del apedreamiento de Esteban, los judíos finalmente sellaron su rechazo del evangelio. La persecución dispersó a los discípulos, quienes "predicaban la Buena Noticia acerca de Jesús adondequiera que iban" (Mat. 8:4). Poco después, se convirtió Saulo, el perseguidor, y llegó a ser Pablo, el apóstol de los gentiles.

El ángel había señalado específicamente el tiempo de la venida de Cristo, su muerte y la proclamación del evangelio a los gentiles. Era el privilegio del pueblo judío comprender esas profecías, y reconocer que se cumplían en la misión de Jesús. Refiriéndose a la profecía que fue dada a Daniel con respecto

a su tiempo, Cristo dijo: “El que lee, que lo entienda” (Mat. 24:15, NVI). Después de su resurrección, explicó a los discípulos en “los escritos [...] de todos los profetas [...] lo que las Escrituras decían acerca de él mismo” (Luc. 24:27). El Salvador había hablado por medio de los profetas y testificado de antemano “sobre los sufrimientos de Cristo y de la inmensa gloria que después vendría” (1 Ped. 1:11).

Fue Gabriel, el ángel que sigue en jerarquía al Hijo de Dios, quien trajo el mensaje divino a Daniel. Cristo lo envió para revelar el futuro a Juan; y hay una bendición en la Biblia para quienes leen y oyen las palabras de la profecía y guardan las cosas en ella escritas (ver Apoc. 1:3). Dios bendecirá el estudio reverente de las escrituras proféticas hecho con oración.

El mensaje de la primera venida de Cristo anunciaba su reino de gracia. De modo semejante, el mensaje de su segunda venida anuncia su reino de gloria. Y el segundo mensaje, como el primero, está basado en las profecías. El Salvador mismo anunció las

señales de su venida y dijo: “¡Tengan cuidado! No dejen que su corazón se entorpezca con parrandas y borracheras, ni por las preocupaciones de esta vida. No dejen que ese día los agarre desprevenidos. Manténganse siempre alerta. Y oren para que sean suficientemente fuertes para escapar de los horrores que vendrán y para presentarse delante del Hijo del Hombre” (Luc. 21:34, 36).

Los judíos interpretaron erróneamente la Palabra de Dios, y no reconocieron el tiempo cuando Dios los visitó. Dedicaron los años del ministerio de Cristo y sus apóstoles a tramar la destrucción de los mensajeros del Señor. Las ambiciones terrenales los absorbieron. Así también hoy el reino de este mundo absorbe los pensamientos de las personas, y no se dan cuenta de las profecías que se cumplen rápidamente y de las señales de que el Reino de Dios llega pronto. Aunque no sabemos la hora cuando volverá nuestro Señor, podemos saber cuándo está cerca. “Así que manténganse en guardia, no dormidos como los demás. Estén alerta y lúcidos” (1 Tes. 5:6).

“No es más que el hijo del carpintero”

Este capítulo se basa en Lucas 4:16 al 30.

Una sombra oscureció los agradables días del ministerio de Cristo en Galilea: la gente de Nazaret lo rechazó. “No es más que el hijo del carpintero”, decían (Mat. 13:55). Durante su niñez y juventud Jesús había adorado entre sus amigos y familia en la sinagoga de Nazaret. Desde el inicio de su ministerio había estado ausente, pero cuando volvió a aparecer entre ellos, sus expectativas se avivaron en sumo grado. Habían allí caras familiares de quienes conocía desde la infancia. Allí estaban su madre, sus hermanos y sus hermanas, y todos los ojos se dirigieron hacia él cuando entró en la sinagoga el sábado y ocupó su lugar entre los adoradores.

En el culto regular del día, el anciano exhortó a la gente a esperar todavía al que había de venir, quien tendría un reino glorioso y desterraría toda la opresión. Repasando las pruebas de que la venida del Mesías estaba cerca, procuró alentar a sus oyentes. Recalcó la idea de que comandaría ejércitos para librar a Israel.

Cuando un rabino estaba presente en la sinagoga se esperaba que diese

el sermón, y cualquier israelita podía hacer la lectura de los profetas. En ese sábado, se pidió a Jesús que tomase parte en el culto. Él “se puso de pie para leer las Escrituras”, y “le dieron el rollo del profeta Isaías”. Según se lo comprendía, el pasaje por él leído se refería al Mesías:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor (RVR).

Jesús “lo enrolló de nuevo, se lo entregó al ayudante y se sentó. Todas las miradas en la sinagoga se fijaron en él. [...] Todos hablaban bien de él y estaban asombrados de la gracia con la que salían las palabras de su boca”.

Explicando las palabras que había leído, Jesús habló del Mesías como de uno que aliviaría a los oprimidos, sanaría a los afligidos, restauraría la

vista a los ciegos y revelaría la luz de la verdad al mundo. El maravilloso significado de sus palabras conmovió a los oyentes con un poder que nunca antes habían sentido. Las oleadas de la influencia divina quebrantaron toda barrera. Al ser movidos en sus corazones por el Espíritu Santo, respondieron con fervientes “¡Amén!” y con alabanzas al Señor.

Pero cuando Jesús anunció: “La Escritura que acaban de oír ¿se ha cumplido este mismo día?”, se sintieron inducidos repentinamente a pensar en las afirmaciones de quien les dirigía la palabra. Él había hablado de ellos, hijos de Abraham, como de quienes estaban en servidumbre, prisioneros que debían ser librados del poder del mal, que estaban en tinieblas y necesitaban la luz de la verdad. Esto ofendió su orgullo. La obra de Jesús en favor de ellos era completamente diferente de lo que deseaban. Tal vez iba a investigar sus acciones con demasiado detenimiento. Rehuían ser inspeccionados por esos ojos puros y penetrantes.

“¿Quién es este Jesús?”, se preguntaban. El que se había arrogado la gloria del Mesías era el hijo de un carpintero. Lo habían visto subiendo y bajando con esfuerzo por las colinas. Conocían a sus hermanos y hermanas, su vida y sus ocupaciones. Lo habían visto convertirse de niño en hombre. Aunque su vida había sido intachable, no querían creer que fuese el Prometido. Al abrir la puerta a la duda, y por haberse enternecido momentáneamente, sus corazones se fueron endureciendo tanto más. Con intensa energía, Satanás obró para afirmarlos en su incredulidad.

Habían sido conmovidos por la convicción de que era su Redentor quien les estaba hablando. Pero Jesús les dio entonces una prueba de su divinidad revelando sus pensamientos secretos. “Ningún profeta es aceptado en su propio pueblo. Sin duda había muchas viudas necesitadas en Israel en el tiempo de Elías, cuando los cielos se cerraron por tres años y medio y un hambre terrible devastó la tierra. Sin embargo, Elías no fue enviado a ninguna de ellas. En cambio, lo enviaron a una extranjera, a una viuda de Sarepta en la tierra de Sidón. También había muchos leprosos en Israel en el tiempo del profeta Eliseo, pero el único sanado fue Naamán, un sirio”.

A los profetas elegidos por Dios no se les permitió trabajar por un pueblo de corazón duro e incrédulo. En los días de Elías, Israel había rechazado a los mensajeros del Señor, así que Dios halló refugio para su siervo en una tierra pagana, en la casa de una mujer que no pertenecía al pueblo escogido. Pero el corazón de esta mujer estaba abierto para recibir la mayor luz que Dios le enviaba mediante su profeta.

En tiempos de Eliseo los leprosos de Israel fueron pasados por alto por esta misma razón. Pero Naamán, un noble pagano, estaba en condición de recibir los dones de la gracia de Dios. No solamente fue limpiado de su lepra, sino también fue bendecido con un conocimiento del verdadero Dios. Los paganos que eligen lo recto en la medida en que lo pueden distinguir están en una condición más favorable que quienes profesan servir a Dios, pero desprecian la luz

y por su vida diaria contradicen la fe que profesan creer.

Jesús les hace ver cuál es su condición

Las palabras de Jesús a sus oyentes llegaron hasta la raíz de su justicia propia. Cada una de sus palabras cortaba como un cuchillo, a medida que les iba presentando su verdadera condición. Ahora despreciaban la fe que al principio los inspirara. No querían admitir que quien había surgido de la pobreza y la humildad fuese algo más que un hombre común. Su incredulidad engendró odio. Con ira clamaron contra el Salvador. El feroz orgullo nacional de sus oyentes despertó, y un tumulto de voces ahogó sus palabras. Había ofendido sus prejuicios, y estaban listos para cometer homicidio.

La asamblea se disolvió. Empujando a Jesús, lo echaron de la sinagoga y de la ciudad. Ansiosos de matarlo, lo llevaron hasta la orilla de un precipicio, con la intención de despearlo. Gritos y maldiciones llenaban el aire. Algunos le tiraban piedras, pero repentinamente desapareció de entre ellos. Los mensajeros celestiales estaban con él en medio de la muchedumbre enfurecida, y lo condujeron a un lugar seguro.

Así, en todas las edades, las fuerzas del mal están desplegadas contra los fieles seguidores de Cristo. Pero los ejércitos del cielo rodean a los que aman a Dios, para librarlos. En la eternidad sabremos que los mensajeros de Dios acompañaban nuestros pasos día tras día.

Jesús no iba a abandonar a sus oyentes de la sinagoga sin llamarlos una vez

más al arrepentimiento. Hacia el final de su ministerio en Galilea volvió a visitar el poblado de su niñez. La fama de su predicación y sus milagros había llenado el país. Nadie de Nazaret podía negar ahora que poseía un poder más que humano. Alrededor de ellos había pueblos enteros donde había sanado a todos sus enfermos.

Otra vez, mientras escuchaban sus palabras, el Espíritu divino movió a los nazarenos. Pero tampoco entonces quisieron admitir que ese hombre, que se había criado entre ellos, fuese mayor que ellos. Todavía tenían el resentimiento de que, en tanto que había aseverado ser el Prometido, les había negado un lugar con Israel; porque les había demostrado que eran menos dignos del favor de Dios que una mujer y un hombre paganos. Aunque se preguntaban “¿De dónde saca esa sabiduría y el poder para hacer milagros?” (Mat. 13:54), no lo quisieron recibir como el Cristo de Dios. Por causa de su incredulidad, el Salvador no pudo hacer muchos milagros entre ellos, y con pesar se apartó, para nunca volver.

La incredulidad, una vez albergada, continuó dominando a la población de Nazaret, al Sanedrín y a la nación. Rechazaron al Espíritu Santo, y esto culminó en la cruz del Calvario, en la destrucción de su ciudad y en la dispersión de la nación.

¡Cristo anhelaba revelar a Israel los precisos tesoros de la verdad! Pero se aferraron a su credo y a sus ceremonias inútiles. Gastaban su dinero en la paja y la cascarilla del trigo, cuando el pan de vida estaba a su alcance. Repetidas veces, Cristo citaba de los profetas y decía: “La Escritura que

acaban de oír ¡se ha cumplido este mismo día!” Si ellos hubiesen estudiado honestamente las Escrituras, sometiendo sus teorías a la prueba de la Palabra de Dios, Jesús no habría necesitado declarar: “Pues bien, la casa de ustedes va a quedar abandonada” (Luc. 13:35, NVI). Podrían haber evitado la calamidad que dejó en ruinas a su orgullosa ciudad.

Pero las lecciones de Cristo exigían arrepentimiento. Si aceptaban estas enseñanzas, debían cambiar sus prácticas y abandonar las esperanzas que habían acariciado. Debían ir contra las opiniones de los grandes pensadores y maestros de su tiempo.

Los líderes judíos estaban llenos de orgullo espiritual. Ellos amaban los lugares destacados en la sinagoga. Los halagaba que otras personas pronunciaran sus títulos. A medida que la verdadera piedad declinaba entre ellos, se volvían más celosos de sus tradiciones y ceremonias. El prejuicio egoísta había oscurecido su entendimiento, y no podían armonizar

el poder de las convincentes palabras de Cristo con la humildad de su vida. Su pobreza parecía completamente opuesta a su declaración de que era el Mesías. ¿Por qué era tan modesto? Si lo que decía ser era cierto, por qué se contentaba con prescindir de la fuerza de las armas. Sin esa fuerza, ¿cómo se lograría que el poder y la gloria tanto tiempo esperados convirtiesen a las naciones en súbditas de la ciudad de los judíos?

Pero no fue simplemente la ausencia de gloria externa en la vida de Jesús lo que indujo a los judíos a rechazarlo. Era él la personificación de la pureza, y ellos eran impuros. Su sinceridad revelaba la falta de sinceridad de ellos, y les hacía ver la iniquidad en todo su carácter odioso. Esa luz no era bienvenida para ellos. Podrían haber soportado que se defraudaran sus ambiciosas esperanzas, pero no que Cristo reprendiese sus pecados y que sintieran condenación de solo estar en presencia de su pureza.

Capítulo 25

El llamado a orillas del mar

*Este capítulo se basa en Mateo 4:15 al 22;
Marcos 1:16 al 20; Lucas 5:1 al 11.*

Amanecía sobre el Mar de Galilea. Los discípulos, cansados por una noche infructuosa, todavía estaban en sus barcos pesqueros sobre el lago. Jesús había ido a pasar una hora tranquila a orillas del agua. Había esperado un breve alivio de la multitud que lo seguía día tras día. Pero pronto la gente empezó a reunirse y a apiñarse a su alrededor.

Con el fin de no estar tan apretado, Jesús subió a la barca de Pedro y le pidió que se apartase un poquito de la orilla. Desde allí, todos podían verlo y oírlo mejor, y desde la barca enseñó a la muchedumbre reunida en la playa. Él, el Honrado del cielo, estaba declarando al aire libre a la gente común las grandes cosas de su Reino. El lago, las montañas, los campos extensos, el sol que inundaba la tierra, todo ilustraba sus lecciones y las grababa en sus mentes. Y ninguna lección quedaba sin fruto. Todo mensaje llegaba a alguna persona como palabras de vida eterna.

Escenas como esta habían mirado de antemano los profetas, y escribieron:

“En la tierra de Zabulón y Neftalí, junto al mar, más allá del río Jordán, en Galilea, donde viven tantos gentiles, la gente que estaba en la oscuridad ha visto una gran luz. Y para aquellos que vivían en la tierra donde la muerte arroja su sombra, ha brillado una luz”.

Mirando a través de los siglos, Jesús vio a sus fieles en cárceles y tribunales, en tentación, soledad y aflicción. En las palabras que les dirigió a quienes lo rodeaban a orillas del Mar de Galilea, también decía a esas otras personas las palabras que serían un mensaje de esperanza en la prueba, de consuelo en la tristeza y de luz en las tinieblas. Esa voz que hablaba desde el barco de pesca se oiría infundiendo paz a los corazones humanos hasta el fin del tiempo.

Cuando terminó su discurso, Jesús le dijo a Pedro que se dirigiese mar adentro y echase la red. Pero Pedro estaba desmotivado. En toda la noche no había pescado nada. Durante las horas de soledad, se había acordado de la suerte de Juan el

Bautista, quien se marchitaba en el calabozo. Había pensado en el futuro de Jesús y sus seguidores, en el poco éxito de la misión en Judea y en el odio de los sacerdotes y los rabinos. Mientras observaba sus redes vacías, el futuro le parecía oscuro y desalentador. “Maestro –respondió Simón–, hemos trabajado mucho durante toda la noche y no hemos pescado nada; pero si tú lo dices, echaré las redes nuevamente”.

Después de trabajar toda la noche sin éxito, parecía algo sin sentido echar la red de día; pero el amor a su Maestro indujo a los discípulos a obedecerlo. Simón y su hermano lanzaron la red. Al intentar sacarla, había tantos peces que tuvieron que llamar a Santiago y a Juan para que los ayudaran. Cuando tuvieron la pesca sobre los botes, estos estaban tan cargados que corrían peligro de hundirse.

Se revela la falta de santidad

Para Pedro, este milagro era una manifestación mayor del poder divino que alguna vez hubiese visto. En Jesús vio a alguien que tenía toda la naturaleza bajo sus órdenes. Lo vencieron la vergüenza por su propia incredulidad, la gratitud de que Cristo les diera esa atención y, sobre todo, el sentido de su impureza frente a la pureza infinita. Pedro cayó a los pies del Salvador, exclamando: “Señor, por favor, aléjate de mí, soy demasiado pecador para estar cerca de ti”.

Era la misma presencia de la santidad divina la que había hecho caer al profeta Daniel como muerto delante del ángel de Dios (ver Dan. 10:8).

Isaías exclamó: “¡Todo se ha acabado para mí! Estoy condenado, porque soy un pecador. Tengo labios impuros [...] sin embargo, he visto al Rey, el Señor de los Ejércitos Celestiales” (Isa. 6:5). Así les ha sucedido a todos los que les fue concedida una visión de la grandeza y majestad de Dios.

El Salvador le contestó a Pedro: “¡No tengas miedo! ¡De ahora en adelante, pescarás personas!” A Isaías se le confió el mensaje divino solamente después de que hubiera contemplado la santidad de Dios y su propia indignidad. Después de que Pedro fuera llevado a negarse a sí mismo, fue llamado a trabajar para Cristo.

Los discípulos habían presenciado muchos de sus milagros, y habían escuchado sus enseñanzas; pero ninguno había abandonado totalmente su empleo anterior. El encarcelamiento de Juan el Bautista había sido para ellos una amarga desilusión. Si tal había de ser el resultado de la misión de Juan, no podían tener mucha esperanza para su Maestro, con todos los dirigentes religiosos confabulados en su contra. Para ellos había sido un alivio volver a la pesca por un corto tiempo. Pero ahora Jesús los llamaba a abandonar su vida anterior, y a unir sus intereses con los de él. Pedro había aceptado el llamado. Llegando a la orilla, Jesús invitó a los otros tres, diciéndoles: “Vengan, síganme, ¡y yo les enseñaré cómo pescar personas!” Inmediatamente lo dejaron todo, y lo siguieron.

Se recompensa el sacrificio

Antes de pedir a los discípulos que abandonasen sus redes y barcos, Je-

sús les había dado la seguridad de que Dios supliría sus necesidades. Él los recompensó abundantemente por haber usado la barca de Pedro. El que “da con generosidad a todos los que lo invocan” dijo: “Den, y recibirán. Lo que den a otros les será devuelto por completo: apretado, sacudido para que haya lugar para más, desbordante y derramado” (Rom. 10:12; Luc. 6:38). Él usó esta medida para recompensar el servicio de Pedro. Y todo sacrificio hecho para servirlo será retribuido (ver Efe. 2:7; 3:20).

Durante esa triste noche pasada en el lago, separados de Cristo, la incredulidad acosaba a los discípulos. Pero la presencia de Jesús avivó su fe y los llenó de gozo y éxito. Así también sucede con nosotros; separados de Cristo, nuestro trabajo es infructuoso, y es fácil desconfiar y murmurar. Pero cuando trabajamos bajo su dirección, nos regocijamos al tener evidencia de su poder. Él nos inspira fe y confianza. Aquel cuya palabra juntaba los peces del mar, también puede impresionar los corazones humanos y atraerlos para que sus siervos puedan llegar a “pesca personas”.

Cristo tenía abundante poder para capacitar a hombres humildes y sin letras para la posición a la cual los había llamado. El Salvador no despreciaba la educación. Cuando está regida por el amor de Dios, la cultura intelectual es una bendición. Pero los sabios de su tiempo tenían tanta confianza en sí mismos que no podían llegar a ser colaboradores con el Hombre de Nazaret. Ellos menospreciaron los esfuerzos de Cristo por instruirlos. Lo primero que deben

aprender todos los que quieran trabajar con Dios es la lección de desconfianza de sí mismos. Entonces estarán preparados para que se les imparta el carácter de Cristo. Este no se lo obtiene a través de la educación en las escuelas científicas.

La educación de un verdadero siervo

Jesús eligió a pescadores sin educación formal porque no habían sido formados en las costumbres erróneas de su tiempo. Eran hombres de habilidades innatas, humildes y susceptibles de ser enseñados. En las profesiones comunes de la vida, muchas personas cumplen pacientemente sus trabajos diarios, inconscientes de que poseen facultades que, si fuesen puestas en acción, los elevarían a la altura de los líderes más respetados del mundo. Ellos necesitan el toque de una mano hábil que despierte esas facultades dormidas. Este es el tipo de hombres que llamó Jesús para que fuesen sus colaboradores. Cuando los discípulos terminaron su período de preparación con el Salvador, habían llegado a ser como él en mente y carácter.

La obra más elevada de la educación consiste en impartir esa energía vivificadora que se recibe a través del contacto de la mente con la mente y del corazón con el corazón. Únicamente la vida puede crear vida. Entonces, ¡qué privilegio tuvieron los discípulos durante esos tres años que estuvieron en contacto diario con esa vida divina! Juan, el discípulo amado dijo: “De su abundancia, todos hemos recibido una bendición

inmerecida tras otra” (Juan 1:16). La vida de esos hombres, el carácter que desarrollaron y la poderosa obra que Dios realizó mediante ellos, atestiguan lo que Dios hará por todos los que reciban sus enseñanzas y sean obedientes. No tiene límite la utilidad de aquel que, poniendo el yo a un lado, hace lugar para la obra del Espíritu Santo en su corazón y vive una vida completamente consagrada a Dios. Si estamos dispuestos a aceptar la disciplina necesaria, Dios nos enseñará hora tras hora. Dios toma a las personas como son, y las educa para su servicio, si quieren entregarse a él. El Espíritu de Dios, recibido en el alma, vivificará todas sus facultades. Cuando consagramos a Dios sin reservas la mente,

esta se desarrolla armoniosamente, y se fortalece para comprender y cumplir los requerimientos de Dios. El carácter débil y vacilante se transforma en un carácter fuerte y firme.

La devoción constante establece una relación tan íntima entre Jesús y su seguidor, que el cristiano llega a ser semejante a Cristo en mente y carácter. Tendrá miras más claras y más amplias. Su discernimiento será más penetrante, su juicio mejor equilibrado. Llega a estar capacitado para llevar mucho fruto para gloria de Dios. Los cristianos de vida humilde obtienen su educación en la más elevada de todas las escuelas. Se han sentado a los pies de quien habló como “nunca nadie ha hablado”.

Días ocupados y felices en Capernaum

Este capítulo se basa en Marcos 1:21 al 38; Lucas 4:31 al 44.

Cuando no estaba viajando de un lugar a otro, Jesús se quedaba en Capernaum, que quedaba a orillas del Mar de Galilea, y esta localidad llegó a ser conocida como “su propia ciudad” (Mat. 9:1). Las orillas del lago y las colinas que lo rodeaban a corta distancia estaban tachonados de aldeas y pueblos. El lago estaba cubierto de barcos pesqueros. Por todas partes se notaba la agitación de una vida activa y ocupada.

Por Capernaum pasaba el camino de Damasco a Jerusalén y Egipto, y al Mar Mediterráneo, por lo que gentes de muchos países pasaban por la ciudad. Allí, Jesús podía encontrarse con todas las nacionalidades y todas las clases sociales, y sus lecciones serían llevadas a otros países. Así se fomentaría la investigación de las profecías, la atención sería atraída al Salvador y su misión sería presentada ante el mundo. Los ángeles estaban preparando el terreno para su ministerio, obrando en los corazones humanos y atrayéndolos al Salvador.

En Capernaum, el hijo del noble a quien Cristo había sanado era un tes-

tigo de su poder. El oficial de la corte y su familia testificaban gozosamente de su fe. Cuando se supo que el Maestro mismo estaba allí, toda la ciudad se conmovió. El sábado, la gente llenó la sinagoga a tal punto que muchos no pudieron entrar.

Todos los que oían al Salvador “estaban asombrados de su enseñanza, porque les hablaba con autoridad”. Él “les enseñaba como quien tenía autoridad, y no como los maestros de la ley” (Luc. 4:32; Mat. 7:29). La enseñanza de los escribas y los ancianos era fría y formalista. Decían que explicaban la Ley, pero ninguna inspiración de Dios conmovía su corazón ni el de sus oyentes.

La obra de Jesús sería presentar la verdad. Sus palabras derramaban raudales de luz sobre las enseñanzas de los profetas. Nunca antes habían percibido sus oyentes tan profundo significado en la Palabra de Dios.

Jesús hacía hermosa la verdad presentándola de la manera más directa y sencilla. Su lenguaje era puro, refinado, y claro como un arroyo cristalino. Su voz era como música para los que habían escuchado los tonos monótonos de los rabinos.

Sin dudar o vacilar

Jesús hablaba como quien tiene autoridad. Los rabinos hablaban con duda y vacilación, como si las Escrituras pudieran ser interpretadas para que signifique una cosa o exactamente lo opuesto. Pero al enseñar, Jesús presentaba que las Escrituras tienen una autoridad incuestionable. Cualquiera que fuese su tema, lo exponía con poder.

Sin embargo, era ferviente, sin ser contundente. En todo tema revelaba a Dios. Jesús procuraba romper el hechizo de la infatuación que mantiene a los hombres absortos en las cosas terrenales. Demostraba el verdadero valor de las cosas de esta vida, que están subordinadas a los intereses eternos, pero no ignoraba su importancia.

Enseñaba que conocer la verdad divina nos prepara para cumplir mejor los deberes de la vida diaria. Hablaba como quien está familiarizado con el Cielo, sin dejar de reconocer su unidad con cada miembro de la familia humana. Él sabía “cómo animar con palabras al cansado” (Isa. 50:4, RVR 1977). Tenía tacto para tratar con personas llenas de prejuicios, y las sorprendía con ilustraciones que captaban su atención. Él sacaba sus ilustraciones de las cosas de la vida diaria. Estas eran sencillas, pero tenían una admirable profundidad de significado. Las aves del aire, los lirios del campo, la semilla, el pastor y las ovejas; con estos objetos Cristo ilustraba la verdad inmortal. Y desde entonces, siempre que sus oyentes veían estas cosas, recordaban sus palabras.

Cristo nunca aduló a los hombres ni los exaltó por su ingenio, pero los

pensadores profundos y sin prejuicios recibían su enseñanza, y hallaban que ponía a prueba la sabiduría que tenían. Sus palabras encantaban a los más altamente educados, y siempre eran de provecho para los analfabetos. Incluso a los paganos hacía comprender que tenía un mensaje para ellos.

Aun cuando estaba en medio de enemigos airados, lo rodeaba una atmósfera de paz. La amabilidad de su carácter y el amor que expresaba en su mirada y tono de voz atraían a él a todos los que no estuviesen endurecidos por la incredulidad. Los afligidos sentían que él era un amigo fiel y tierno, y deseaban conocer más de las verdades que enseñaba. Anhelaban que pudiese acompañarlos de continuo el consuelo de su amor.

Jesús prestaba atención a los rostros de sus oyentes. Los rostros que expresaban interés causaban gran satisfacción al Salvador, al ver cómo las flechas de la verdad penetraban a través de las barreras del egoísmo, con lo que se producía arrepentimiento y gratitud. Cuando sus ojos reconocían un rostro que había visto antes, su semblante se iluminaba de gozo. Cuando la verdad era claramente expresada y tocaba algún ídolo acariciado, notaba el cambio de expresión que indicaba que la luz no era bienvenida. Cuando veía a hombres y mujeres rechazar el mensaje de paz, su corazón se desgarraba de profundo dolor.

En la sinagoga, Jesús fue interrumpido cuando estaba hablando de su misión de liberar a los cautivos de Satanás. Un hombre de entre la gente, se lanzó como loco hacia adelante, clamando: “¡Vete! ¿Por qué te entrometes con nosotros, Jesús de Naza-

ret? ¿Has venido a destruirnos? ¿Yo sé quién eres: el Santo de Dios!”

Ahora, toda la escena era confusión y alarma. La atención de la gente se desvió de Cristo, y ya no oyeron sus palabras. Pero Jesús reprendió al demonio diciendo: “ ‘¡Cállate! [...] ¡Sal de este hombre!’ En ese mismo momento, el demonio arrojó al hombre al suelo mientras la multitud miraba; luego salió de él sin hacerle más daño”.

Satanás había oscurecido la mente de este desdichado y sufrido, pero en presencia del Salvador el hombre comenzó a desear ser liberado del dominio de Satanás. Pero el demonio se resistía. Cuando el hombre trató de pedir auxilio a Jesús, el mal espíritu puso en su boca sus palabras, y el endemoniado clamó en la agonía del miedo.

Comprendía parcialmente que se hallaba en presencia de Uno que podía librarlo. Pero cuando trató de ponerse al alcance de esa mano poderosa, la voluntad de otro lo retuvo; las palabras de otro fueron pronunciadas a través de él. Era terrible el conflicto entre el poder de Satanás y su propio deseo de ser libre.

El demonio ejercía todo su poder para retener el control de su víctima. Parecía que este hombre torturado sin duda perdería su vida en la lucha contra el enemigo, que había arruinado sus mejores años. Pero el Salvador habló con autoridad, y libertó al cautivo. El hombre quedó en pie delante de la gente admirada, feliz en la libertad de ser dueño de sí mismo. Aun el demonio había testificado del poder divino del Salvador. Los ojos que hacía poco lanzaban miradas de locura, ahora se iluminaban de inteligencia, y de ellos fluían lágrimas de agradecimiento.

“¿Qué clase de enseñanza nueva es esta?”, se preguntaban con emoción. “¡Tiene tanta autoridad! ¡Hasta los espíritus malignos obedecen sus órdenes!”

Este hombre había estado fascinado por los placeres del pecado, y había querido hacer de su vida un gran carnaval. No había soñado con llegar a ser un terror para el mundo y una desgracia para su familia. Pensó que podía gastar su tiempo en locuras inocentes. Pero por la intemperancia y por no tomarse la vida en serio, su naturaleza se pervirtió, y Satanás llegó a tener el dominio absoluto de su vida. Cuando hubiera querido sacrificar las riquezas y los placeres para recuperar el control de su vida, ya se hallaba indefenso en las garras del maligno. Satanás se había poseionado de todas sus facultades. Una vez que el pobre hombre estuvo en su poder, el enemigo llegó a tener una crueldad implacable. Así sucede con todos los que se entregan al mal. El placer fascinante de los comienzos termina en la desesperación o la locura de una vida arruinada.

El mismo espíritu maligno dominaba a los judíos incrédulos, pero con ellos se manifestaba en aires de religiosidad. Su condición era más desesperada que la del endemoniado porque no sentían necesidad de Cristo y, por tanto, estaban sometidos al poder de Satanás.

El ministerio personal de Cristo en esta tierra fue el tiempo de mayor actividad para las fuerzas del reino de las tinieblas. Durante siglos, Satanás había estado tratando de dominar cuerpo y alma de hombres y mujeres, haciéndolos pecar y sufrir;

y luego acusaba a Dios de causar toda esa miseria. Jesús les estaba revelando el carácter de Dios, estaba quebrantando el poder de Satanás y libertando a sus cautivos. El amor y el poder del Cielo estaban obrando en el corazón de los hombres, y el príncipe del mal estaba airado. A cada paso desafió la obra de Cristo.

Satanás obra disfrazado

Así sucederá en el gran conflicto final de la controversia entre la justicia y el pecado. Mientras nueva vida, luz y poder descienden sobre los discípulos de Cristo, una nueva vida brota de abajo y da energía a los agentes de Satanás. Con una habilidad desarrollada durante siglos de conflicto, el príncipe del mal obra disfrazado, vestido de ángel de luz. Multitudes siguen “espíritus engañosos y enseñanzas que provienen de demonios” 1 Tim. 4:1).

Los dirigentes y los maestros de Israel descuidaban el único medio por el cual podrían haber resistido a los espíritus malignos. Fue por la Palabra de Dios como Cristo venció al maligno. Por medio de su interpretación, los líderes de Israel le hacían expresar a la Palabra de Dios sentidos que Dios jamás había dado. Discutían sobre tecnicismos insignificantes, y por ello negaban prácticamente las verdades más esenciales. De este modo, despojaban de su poder a la Palabra de Dios, y los malos espíritus lograban hacer su voluntad.

La historia se repite. Con la Biblia abierta delante de sí, muchos de los líderes religiosos de nuestro tiempo están destruyendo la fe en que es la

Palabra de Dios. Se ocupan de disecionarla, y dan más autoridad a sus propias opiniones que a las declaraciones más claras de las Escrituras. Esta es la razón por la cual la incredulidad crece tan rápidamente y la iniquidad abunda por doquier.

Los que se apartan de la clara enseñanza de las Escrituras y del poder convincente del Espíritu Santo de Dios, están invitando al dominio de los demonios. Las críticas y las especulaciones acerca de la Biblia han abierto la puerta al espiritismo, para que penetre aun en las iglesias que profesan pertenecer a nuestro Señor Jesucristo. Al par que se predica el evangelio, los espíritus mentirosos están obrando. Muchos tratan con estas manifestaciones por simple curiosidad, pero al ver pruebas de un poder más que humano quedan cada vez más seducidos, hasta que terminan dominados por un poder misterioso de una voluntad que es más fuerte que la suya. Las defensas de su alma quedan derribadas. Los pecados secretos o las pasiones dominantes puede mantener a sus cautivos tan impotentes como lo estaba el endemoniado de Capernaum. Sin embargo, su condición no es sin esperanza.

Podemos vencer por el poder de la Palabra. Si deseamos conocer y hacer la voluntad de Dios, sus promesas son nuestras: “Conocerán la verdad, y la verdad los hará libres”. “Todo el que quiera hacer la voluntad de Dios sabrá si lo que enseño proviene de Dios” (Juan 8:32; 7:17). A través de la fe en estas promesas, cada uno puede ser librado de las trampas del error y del dominio del pecado.

Hay esperanzas para toda persona perdida

Nadie ha caído tan bajo, nadie es tan malo que no pueda hallar liberación en Cristo. El endemoniado solo podía pronunciar las palabras de Satanás; sin embargo, Jesús oyó la muda súplica de su corazón. Ningún clamor de un alma en necesidad será ignorado, aunque no sepa expresar las palabras correctas. El Salvador invita a los que consienten en hacer pacto con el Dios del cielo: “Vuelvan a mí en busca de ayuda. Que se reconcilien conmigo; sí, que se reconcilien conmigo” (Isa. 27:5). Los ángeles de Dios lucharán por ellos con un poder que será vencedor. “¿Quién puede [...] exigirle a un tirano que deje en libertad a sus cautivos? [...] Yo pelearé contra quienes peleen contigo, y salvaré a tus hijos” (Isa. 49:24, 25).

Mientras la congregación que se hallaba en la sinagoga permanecía muda de asombro, Jesús se retiró a la casa de Pedro, para descansar un poco. Pero allí también había caído una sombra. La suegra de Pedro estaba enferma “con mucha fiebre”. Jesús reprendió a la enfermedad, y la mujer se levantó sanada y preparó algo de comer para el Maestro y sus discípulos.

Las noticias de la obra de Cristo cundieron rápidamente por todo Capernaum. Por temor a los rabinos, el pueblo no se atrevía a buscar curación durante el sábado; pero apenas hubo desaparecido el sol en el horizonte, los habitantes de la ciudad fueron de prisa hacia la humilde casa donde Jesús se estaba hospedando, llevando a los enfer-

mos a la presencia del Salvador.

Durante horas y horas llegaban y se iban; porque nadie sabía si al día siguiente encontrarían al Médico todavía entre ellos. Nunca antes había presenciado Capernaum un día como ese. En el aire resonaban voces de triunfo y gritos de alabanzas por la liberación. El Salvador se regocijaba en poder devolverles la salud y la felicidad a estas personas que sufrían.

Ya era tarde en la noche cuando la muchedumbre se fue, y el silencio descendió sobre el hogar de Simón. Había terminado un largo día lleno de emociones, y Jesús necesitaba descansar. Pero mientras la ciudad aún estaba envuelta por el sueño, “muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levantó, salió de la casa y se fue a un lugar solitario, donde se puso a orar” (NVI).

Jesús solía enviar a sus discípulos a descansar en sus casas; pero él resistía amablemente sus esfuerzos por apartarlo de sus labores. Durante todo el día trabajaba, y al anochecer, o por la mañana temprano, se dirigía a los montes para hablar con su Padre. A menudo pasaba toda la noche en oración y meditación, y al amanecer volvía a su trabajo entre la gente.

Temprano por la mañana, Pedro y sus compañeros vinieron a Jesús diciendo que ya lo estaba buscando el pueblo de Capernaum. Las autoridades de Jerusalén estaban tratando de encontrar la forma de asesinarlo; aun la gente de su pueblo había tratado de quitarle la vida. Pero Capernaum lo había recibido con entusiasmo, y esto había reanimado las esperanzas de los discípulos. Tal vez los galileos amantes de la liber-

tad serían los defensores del nuevo reino. Por lo que fue una sorpresa oír a Cristo decir estas palabras: “Debemos seguir adelante e ir a otras ciudades, y en ellas también predicaré, porque para eso he venido” (Mar. 1:38). Jesús no estaba satisfecho con atraer la atención a sí mismo meramente como hacedor de milagros o sanador de enfermedades. En tanto que la gente anhelaba creer que había venido como rey para establecer un reino terrenal, él deseaba elevar su mente de lo terrenal a lo espiritual.

Y la admiración de la muchedumbre imprudente contrariaba su espíritu. El homenaje que el mundo tributa a las posiciones importantes, a las riquezas o al talento, era algo ajeno al Hijo del hombre. Jesús no empleó ninguno de los medios que

las personas emplean para ganarse la lealtad de los demás. Las profecías decían de él: “No gritará, ni levantará su voz en público. [...] Les hará justicia a todos los agraviados” (Isa. 42:2, 3).

En la vida de Jesús no había disputas ruidosas, ni cultos ostentosos, ni acto alguno realizado para obtener aplausos. Cristo estaba oculto en Dios, y Dios se revelaba en el carácter de su Hijo.

El Sol de Justicia no resplandecía sobre el mundo en su esplendor, con calor abrasador, para deslumbrar los sentidos con su gloria. Tranquila y suavemente, la luz del día despeja las sombras de las tinieblas y despierta el mundo a la vida. Así salió el Sol de Justicia, “con sanidad en sus alas” (Mal. 4:2).

Capítulo 27

El primer leproso sanado por Cristo

Este capítulo se basa en Mateo 8:2 al 4; 9:1 al 8, 32 al 34; Marcos 1:40 al 45; 2:1 al 12; Lucas 5:12 al 28.

La lepra era la más temida de todas las enfermedades conocidas en el Oriente. Su carácter incurable y contagioso, y sus efectos horribles sobre sus víctimas, llenaban a los más valientes de temor. Entre los judíos era considerada como castigo por el pecado, y por esa razón se la llamaba “el dedo de Dios” (RVR 1960). Era considerada como un símbolo del pecado.

Como si ya estuviese muerto, el leproso debía ser excluido de cualquier residencia habitada. Cualquier cosa que tocase quedaba impura. Su aliento contaminaba el aire. El sospechoso de tener la enfermedad debía presentarse a los sacerdotes. Si lo declaraban leproso, estaba condenado a asociarse únicamente con otros leprosos. La ley era inflexible. Ni aun los reyes y los gobernantes estaban exentos.

El leproso debía cargar con la maldición lejos de sus amigos y parientes. Estaba obligado a publicar su propia calamidad y a proclamar el aviso de advertencia a todos, para que rehuyesen su presencia contaminadora. El clamor: “¡Impuro! ¡impuro!”, que en

tono lastimero profería el exiliado solitario, era una señal que la gente oía con temor y repugnancia.

A muchos de los que sufrían esta enfermedad les llegaron las novedades de la obra de Cristo, lo que encendió en ellos un rayito de esperanza. Pero desde los días del profeta Eliseo, nunca se había oído que un leproso fuese sanado. Sin embargo, hubo un hombre en cuyo corazón empezó a nacer la fe. Pero ¿cómo podía presentarse al Sanador? ¿Lo sanaría Cristo? ¿Se fijaría en alguien que estaba sufriendo el juicio de Dios? ¿Pronunciaría una maldición sobre él?

El leproso reflexionó sobre todo lo que le habían dicho de Jesús. Ninguno de los que habían pedido su ayuda había sido rechazado. El pobre hombre resolvió encontrar al Salvador. Tal vez, se cruzarían en algún lugar apartado en los caminos de los cerros, quizá lo hallara mientras enseñaba en las afueras de algún pueblo. Esta era su única esperanza.

El leproso fue guiado al Salvador cuando este enseñaba a orillas del lago. De pie, a lo lejos, el leproso al-

canzó a oír unas pocas palabras de los labios del Salvador. Lo vio poner sus manos sobre los enfermos, los cojos, los ciegos, los paralíticos, y vio a los que estaban muriendo de diversas enfermedades levantarse sanos, alabando a Dios por su liberación. La fe se fortaleció en su corazón. Se acercó más y más a la muchedumbre reunida, olvidando las restricciones que se le imponían y el temor que todos le tenían. Pensaba tan solo en la bendita esperanza de ser sanado.

Presentaba un espectáculo repugnante; era horrible mirar su cuerpo en putrefacción. Al verlo, la gente retrocedió con terror. Se atropellaban unos a otros, en su desesperación por evitar cualquier contacto con él. Algunos trataron de evitar que se acercara a Jesús, pero él ni los vio ni los oyó. Veía solo al Hijo de Dios. Apresurándose en llegar hasta Jesús, se echó a sus pies clamando: "Señor [...] si tú quieres, puedes sanarme y dejarme limpio" (énfasis agregado).

Jesús respondió: "Sí quiero. [...] ¡Queda sano!" Y puso la mano sobre él.

Inmediatamente se realizó una transformación en el leproso. Su carne quedó sana, los nervios recuperaron sensibilidad y los músculos adquirieron firmeza. La piel tosca y escamosa había desaparecido, y fue reemplazada por un suave rubor, como el que se nota en la piel de un niño sano.

Jesús dio instrucciones al hombre sobre la necesidad de callar y obrar prontamente. Le dijo: "No se lo cuentes a nadie. En cambio, preséntate ante el sacerdote y deja que te examine. Lleva contigo la ofrenda que exige la ley de Moisés a los que son sanados

de lepra. Esto será un testimonio público de que has quedado limpio". Si los sacerdotes hubiesen conocido los hechos relacionados con la curación del leproso, su odio hacia Cristo podría haberlos inducido a dar un fallo deshonesto. Jesús deseaba que el hombre se presentase en el Templo antes de que les llegasen rumores del milagro. Así, el leproso sanado podría obtener una decisión imparcial, y tendría permiso para reunirse con su familia y sus amistades.

El Salvador también sabía que si se divulgaba la noticia de la curación del leproso, otros aquejados por esa enfermedad se agolparían en derredor de él y se haría correr la voz de que la gente quedaría contaminada. Muchos de los leprosos no emplearían el don de la sanidad de forma que fuese una bendición para sí mismos y para otros. Y al atraer a los leprosos en derredor de sí, Jesús daría ocasión a que sus enemigos lo acusasen de violar las restricciones de la ley ritual. Eso estorbaría su obra de predicar el evangelio.

Una multitud había visto la curación del leproso, y tenía mucho interés de conocer cuál sería la decisión de los sacerdotes. Cuando el hombre se encontró con sus amistades, hubo un gran alboroto. El hombre no hizo ningún esfuerzo por ocultar su curación; en verdad, le habría sido imposible ocultarla. Pero el leproso publicó la noticia en todas partes, pensando que Jesús le había impuesto esa restricción solo por modestia. Él no comprendía que cada manifestación como esa hacía que los sacerdotes y los ancianos tuvieran más determinación de destruir a Jesús. El hombre sanado se regocijaba en el vigor de su virilidad, y le parecía imposi-

ble dejar de dar gloria al Médico que lo había curado. Pero al darle divulgación al asunto, hizo que la gente acudiese a Jesús en tan densas muchedumbres, que por un tiempo se vio obligado a suspender sus labores.

Cada acto del ministerio de Cristo tenía un propósito de largo alcance. Probó alcanzar por todos los medios a los sacerdotes y los maestros, quienes estaban llenos de prejuicio y apego por la tradición. Al enviar a los sacerdotes al leproso que había sanado, les estaba transmitiendo un testimonio que tenía el propósito de desarmar sus prejuicios. Los fariseos habían aseverado que la enseñanza de Cristo se oponía a la ley; pero la orden que dio al leproso limpiado, de presentar una ofrenda según la ley, probaba que esa acusación era falsa. Cristo dio una muestra de su amor por la humanidad, su respeto por la ley y su poder de librar del pecado y de la muerte.

Los mismos sacerdotes que habían condenado al leproso al destierro, certificaron su curación. Y el hombre sanado, reintegrado a la sociedad, fue un testigo vivo a favor de su Benefactor. Con alegría exaltó el nombre de Jesús. Los sacerdotes tuvieron oportunidad de conocer la verdad. Durante la vida del Salvador, su misión pareció recibir poca respuesta de amor por parte de ellos, pero después de ascender al cielo, “muchos de los sacerdotes judíos también se convirtieron” (Mat. 6:7).

Cómo Cristo purifica la vida del pecador

La obra de Cristo al purificar al leproso ilustra su obra de limpiar la

vida del pecador. El hombre que se presentó a Jesús tenía “una lepra muy avanzada”. Los discípulos trataron de impedir que su Maestro lo tocara. Pero al poner su mano sobre el leproso, Jesús no recibió ninguna contaminación. Su toque impartía un poder vivificador.

Así sucede con la lepra del pecado: es mortífera e imposible de ser eliminada por el poder humano. “Desde los pies hasta la cabeza, están llenos de golpes, cubiertos de moretones, contusiones y heridas infectadas” (Isa. 1:6). Pero Jesús tiene poder para sanar. Quienquiera que acepte caer a sus pies, diciendo con fe: “Señor, si tú quieres, puedes sanarme y dejarme limpio”, oírás la respuesta: “Sí quiero. ¡Queda sano!”

En algunas curaciones, Jesús no concedió inmediatamente la bendición pedida. Pero en el caso del leproso, le concedió ayuda ante su primera súplica. Cuando pedimos bendiciones terrenales, tal vez la respuesta tarde en llegar, o Dios nos dé algo diferente de lo que pedimos. Pero no sucede así cuando pedimos ser librados del pecado. Él quiere limpiarnos del pecado, hacernos hijos suyos y darnos el poder para vivir una vida santa. “Tal como Dios nuestro Padre lo planeó, Jesús entregó su vida por nuestros pecados para rescatarnos de este mundo de maldad en el que vivimos” (Gál. 1:4). “Él nos oye cada vez que le pedimos algo que le agrada; y como sabemos que él nos oye cuando le hacemos nuestras peticiones, también sabemos que nos dará lo que le pedimos” (1 Juan 5:14, 15).

En la curación del paralítico de Capernaum, Cristo volvió a enseñar la misma verdad. Hizo ese milagro

para mostrar su poder de perdonar los pecados. Como el leproso, ese paralítico había perdido toda esperanza. Su enfermedad era el resultado de una vida de pecado, y a sus sufrimientos se les sumaba amargo remordimiento. Él había buscado a fariseos y doctores; pero, con frialdad, ellos lo habían declarado incurable y lo abandonaron a la ira de Dios.

Al no ver perspectivas de ayuda en ninguna parte, el paralítico acabó sumido en la desesperación. Pero entonces oyó hablar de Jesús. Sus amigos lo animaron a creer que él también podría ser curado, si lo podían llevar a Jesús.

La carga del pecado

Lo que él deseaba no era tanto ser curado físicamente, sino recibir alivio de la carga del pecado. Si podía recibir la seguridad de que era perdonado y estaba en paz con el Cielo, no le preocuparía morir. Este hombre moribundo no tenía tiempo que perder. Rogó a sus amigos que lo llevaran en su camilla hasta Jesús, y con gusto ellos se dispusieron a hacerlo. Pero era tan densa la muchedumbre donde Jesús estaba, que les era imposible tan siquiera llegar al alcance de su voz.

Jesús estaba enseñando en la casa de Pedro, y los discípulos estaban a su alrededor. “Algunos fariseos y maestros de la ley religiosa estaban sentados cerca. (Al parecer, esos hombres habían llegado de todas las aldeas de Galilea y Judea, y también de Jerusalén)”. Más afuera, lo rodeaba una multitud variada: interesados, reve-

rentes, curiosos e incrédulos. “Y el poder sanador del Señor estaba presente con fuerza en Jesús”. Pero los fariseos y los doctores no discernían la presencia del Espíritu. No sentían necesidad alguna, y la curación no fue para ellos. “Al hambriento llenó de cosas buenas y a los ricos despidió con las manos vacías” (Luc. 1:53).

Los amigos que cargaban al paralítico trataron de abrirse paso a través de la muchedumbre, pero fue en vano. ¿Tendría que abandonar su esperanza al enfermo? Por sugerencia de él, sus amigos lo llevaron al techo de la casa, y abriendo un boquete en el techo, lo bajaron a los pies de Jesús.

El Salvador vio los ojos suplicantes que se clavaban en él. Comprendió el caso. Mientras el paralítico todavía estaba en su casa, el Salvador había llevado convicción a su conciencia. Cuando se arrepintió de sus pecados, la misericordia vivificadora del Salvador primero bendijo su corazón anhelante. Jesús había observado cómo el primer destello de la fe se fue fortaleciendo con cada esfuerzo hecho para llegar a su presencia.

Ahora, con palabras que sonaron como música en los oídos del enfermo, el Salvador dijo: “Hijo mío, tus pecados son perdonados”. La carga de desesperación se desvaneció del alma del enfermo; la paz del perdón resplandeció en su rostro. Su dolor desapareció, todo su ser quedó transformado. ¡El paralítico impotente estaba sanado; el culpable pecador, perdonado!

Con fe sencilla aceptó las palabras de Jesús. No presentó otro pedido, sino que permaneció en silencio

gozoso, demasiado feliz para hablar. La gente miraba la escena con asombro.

Los rabinos recordaban cómo el hombre se había dirigido a ellos en busca de ayuda, y cómo le habían negado toda esperanza o simpatía, declarando que sufría la maldición de Dios por causa de sus pecados. Notaron el interés con que todos miraban la escena, y sintieron gran temor de perder su influencia sobre el pueblo. Mirándose los rostros unos a otros, leían el mismo pensamiento: debían hacer algo para detener la ola de sentimientos que se había generado. Jesús había declarado que los pecados del paralítico eran perdonados. Los fariseos podrían presentar esas palabras como una blasfemia, un pecado que merecía la pena de muerte. “¿Qué es lo que dice? ¡Es una blasfemia! ¡Solo Dios puede perdonar pecados!”

Fijando en ellos la mirada, Jesús dijo: “¿Por qué cuestionan eso en su corazón? ¿Qué es más fácil decirle al paralítico: ‘Tus pecados son perdonados’ o ‘Ponte de pie, toma tu camilla y camina’? Así que, les demostraré que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados”. Entonces Jesús miró al paralítico y dijo: “¡Ponte de pie, toma tu camilla y vete a tu casa!”

Entonces, el que había sido traído en una camilla a Jesús se puso de pie con la elasticidad y fuerza de la juventud. Todo órgano de su cuerpo se puso en actividad. El rubor de la salud reemplazó a la palidez de una muerte cercana. “Y el hombre se levantó de un salto, tomó su camilla y salió caminando entre los espectadores, que habían quedado atónitos.

Todos estaban asombrados y alababan a Dios, exclamando: ‘¡Jamás hemos visto algo así!’”.

Era poder creador lo que restauró la salud a ese cuerpo que se corrompía. La misma voz que infundió vida a Adán, quien fue creado del polvo de la tierra, infundió vida al paralítico moribundo. Y el mismo poder que dio vida al cuerpo también renovó su corazón. Cristo ordenó al paralítico que se pusiera de pie y caminase, para demostrar “que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados”.

La sanación espiritual a menudo llega antes que la sanación física

Hoy día, miles que están sufriendo de enfermedades físicas, como el paralítico, están anhelando el mensaje: “Tus pecados te son perdonados”. El pecado es el origen de sus enfermedades. Solo el Sanador del alma puede impartir vigor a la mente y salud al cuerpo.

Jesús aún tiene el mismo poder vivificante que tenía cuando sanaba a los enfermos y perdonaba al pecador. “Él perdona todos tus pecados y sana todas tus dolencias” (Sal. 103:3, NVI; ver 1 Juan 3:8; Juan 1:4-10; 10:10; 1 Cor. 15:45).

Mientras el hombre curado pasaba por entre la multitud, llevando su carga como si hubiese sido una pluma, la gente retrocedía para darle paso. Con temerosa reverencia en su rostro, murmuraban entre sí: “¡Hoy hemos visto cosas maravillosas!”

Los fariseos estaban mudos de asombro, y abrumados por su derrota. Estaban desconcertados y aver-

gonzados; y reconocían, aunque no lo confesaban, que estaban ante la presencia de un Ser superior. De la casa de Pedro, donde habían visto al paralítico ser sanado, salieron atrincherados en la incredulidad, resueltos a tramar nuevos planes con el fin de silenciar al Hijo de Dios.

En la casa del paralítico sanado hubo gran regocijo cuando él volvió. Con lágrimas de alegría, los miembros de su familia apenas podían creer lo que veían sus ojos.

La piel que se había encogido y adquirido un color plomizo, ahora se veía fresca y rosada. Caminaba con pasos firmes y libres. En cada rasgo de su rostro se expresaban el gozo y la esperanza. Una expresión de pureza y paz había reemplazado a las marcas del pecado y el sufrimiento. Ese hombre y su familia estaban dispuestos a dar sus vidas por Jesús. Ninguna duda oscureció su fe en el que había impartido luz a su oscurecido hogar.

Capítulo 28

Mateo: De cobrador de impuestos a apóstol

*Este capítulo se basa en Mateo 9:9 al 17;
Marcos 2:14 al 22; Lucas 5:27 al 39.*

La población de Palestina detestaba a los funcionarios romanos. Que una potencia extraña exigiese impuestos era motivo de continua irritación, algo que recordaba al pueblo judío que había perdido la independencia. Y los cobradores de impuestos, los publicanos, no solo eran instrumentos de la opresión romana: ellos también cometían extorsiones por su propia cuenta y se enriquecían a expensas del pueblo. Si un judío aceptaba ese cargo, se lo despreciaba y se lo clasificaba con lo peor de la sociedad.

Leví Mateo, a quien Cristo llamaría a su servicio, era una de estas personas: un cobrador de impuestos. Mateo había escuchado la enseñanza del Salvador, y en la medida en que el Espíritu de Dios le revelaba su pecaminosidad, anhelaba pedir ayuda a Cristo; pero como estaba acostumbrado a que los rabinos no se juntaran con la mayoría de las personas, no creía que ese gran Maestro se fijaría en él.

Un día, sentado en su garita de peaje, Mateo vio a Jesús que se acercaba.

Grande fue su asombro al oírle decir: “Sígueme y sé mi discípulo”.

Entonces Mateo “se levantó, dejó todo y lo siguió”. No vaciló, no cuestionó, no se puso a pensar en el negocio lucrativo que iba a cambiar por la pobreza y las dificultades. Le era suficiente estar con Jesús, poder escuchar sus palabras y unirse a él en su obra.

Así había sido cuando Jesús invitó a Pedro y a sus compañeros a seguirlo. Ellos dejaron inmediatamente sus barcos y sus redes. Algunos de esos discípulos tenían amistades que dependían de ellos para mantenerse, pero cuando recibieron la invitación del Salvador, no se preguntaron: “¿Cómo viviré y sostendré a mi familia?” Cuando más tarde Jesús les preguntó: “Cuando los envíe a predicar la Buena Noticia y no tenían dinero ni bolso de viaje ni otro par de sandalias, ¿les faltó algo?”, pudieron responder que no les había faltado nada (Luc. 22:35).

Mateo en su riqueza, Andrés y Pedro en su pobreza, ambos enfrentaron la misma prueba. En el momento del éxito, cuando las redes estaban llenas de pescados y eran más fuertes

los impulsos de la vida antigua, Jesús pidió a los discípulos, a orillas del mar, que lo dejaran todo por el evangelio. Todos son probados de esta manera, para ver qué es más fuerte, si el deseo de prosperidad temporal o el de tener comunión con Cristo.

Nadie puede tener éxito en el servicio de Dios a menos que todo su corazón esté en la obra. Nadie que se reserve algo puede ser discípulo de Cristo, y mucho menos puede ser su colaborador. Cuando hombres y mujeres aprecien la gran salvación provista en nuestro favor, sus vidas reflejarán el sacrificio propio que se vio en la vida de Cristo. Ellos lo seguirán adondequiera que él los guíe.

El llamamiento de Mateo indignó a muchas personas. Que Cristo eligiese a un cobrador de impuestos como uno de sus acompañantes cercanos era una ofensa contra las costumbres religiosas, sociales y nacionales. Apelando a los prejuicios de la gente, los fariseos esperaban volver contra Jesús el sentimiento popular. Pero que Jesús lo haya elegido generó un extenso interés entre los publicanos. Gozoso por ser uno de los nuevos discípulos, Mateo organizó un banquete en su casa e invitó a sus parientes, amigos y exsocios. No solo fueron incluidos los cobradores de impuestos, sino también muchos otros que eran evitados por vecinos más escrupulosos.

Las distinciones externas no significaban nada

La fiesta se hizo en honor a Jesús, y él no vaciló en aceptar la cortesía. Bien sabía que esto ofendería a los fariseos y sus seguidores, y que la

gente cuestionaría lo que estaba haciendo. Pero ninguna cuestión de política podía influir en sus acciones.

Jesús se sentó como huésped de honor a la mesa de los publicanos. Por medio de su empatía y amabilidad sociable, demostró que reconocía la dignidad de la humanidad; y las personas anhelaban poder tener su confianza. Su presencia despertaba nuevos impulsos, y ante esos marginados de la sociedad se abrió la posibilidad de tener una vida nueva.

Muchos de quienes fueron impresionados no reconocieron al Salvador sino hasta después de que ascendiera al cielo. Cuando tres mil se convirtieron en un día, había entre ellos muchos que habían oído por primera vez la verdad en la mesa de los cobradores de impuestos. Para Mateo mismo, el ejemplo de Jesús en la fiesta fue una lección constante. El publicano despreciado llegó a ser uno de los evangelistas más consagrados, y siguió en las pisadas de su Maestro.

Un intento de crear discordia entre los discípulos

Los rabinos aprovecharon la oportunidad para acusar a Jesús, pero decidieron obrar a través de los discípulos. Despertando sus prejuicios, esperaban distanciarlos de su Maestro. Preguntaron: “¿Por qué su maestro come con semejante escoria?”

Jesús no esperó que sus discípulos contestasen. Él mismo replicó: “La gente sana no necesita médico, los enfermos sí. [...] No he venido a llamar a los que se creen justos, sino a los que saben que son pecadores”.

Los fariseos pretendían estar espiritualmente sanos, y por tanto no tener necesidad de médico. Y al mismo tiempo, consideraban que los cobradores de impuestos y los gentiles estaban pereciendo por enfermedades del alma. Entonces, ¿no consistía su obra como Médico en ir a las personas que necesitaban su ayuda?

Jesús dijo a los rabinos: “Ahora vayan y aprendan el significado de la siguiente Escritura: ‘Quiero que tengan compasión, no que ofrezcan sacrificios’”. Ellos aseveraban exponer la Palabra de Dios, pero ignoraban completamente su espíritu.

Los fariseos fueron silenciados por el momento, solo para tener una hostilidad más determinada. Luego buscaron poner a los discípulos de Juan el Bautista en contra del Salvador. Esos fariseos se burlaban de los hábitos simples del Bautista y de sus toscas ropas, y lo habían tildado de fanático. Habían tratado de incitar al pueblo contra él. El Espíritu de Dios había obrado en el corazón de quienes se burlaban, convenciénolos de pecado, pero ellos habían declarado que Juan estaba poseído por un demonio.

Ahora que Jesús se relacionaba con la gente, comiendo y bebiendo a sus mesas, lo acusaban de comilón y borracho. No querían considerar que Jesús comía con los pecadores para llevar la luz del Cielo a los que estaban en tinieblas. No querían considerar que cada palabra pronunciada por el divino Maestro era una semilla viviente que germinaría y llevaría fruto para gloria de Dios. Habían resuelto no aceptar la luz; y aunque se habían opuesto a la misión del

Bautista, estaban ahora listos para entablar amistad con sus discípulos, esperando lograr cooperar con ellos en contra de Jesús. Sostuvieron que Jesús estaba anulando las antiguas tradiciones; y pusieron en contraste la austera piedad del Bautista con la conducta de Jesús de participar de fiestas con publicanos y pecadores.

Los discípulos de Juan estaban por entonces en gran aflicción. Su querido maestro estaba en la cárcel, y ellos pasaban los días de duelo. Jesús no estaba haciendo ningún esfuerzo para librar a Juan. Hasta parecía desacreditar su enseñanza. Si Juan había sido enviado por Dios, ¿por qué Jesús y sus discípulos seguían una conducta tan diferente? Los discípulos de Juan pensaron que, tal vez, las acusaciones de los fariseos tenían algún fundamento. Ellos observaban muchas de las reglas prescritas por los rabinos.

Entre los judíos se practicaba el ayuno como un acto de mérito. Los más estrictos ayunaban dos días por semana. Los fariseos y los discípulos de Juan estaban ayunando cuando los últimos vinieron a Jesús con la pregunta: “¿Por qué tus discípulos no ayunan, como lo hacemos nosotros y los fariseos?”

Jesús les contestó amablemente. No trató de corregir su concepto erróneo del ayuno, sino solo con respecto a su propia misión. Juan el Bautista mismo había dicho: “Es el novio quien se casa con la novia, y el amigo del novio simplemente se alegra de poder estar al lado del novio y oír sus votos. Por lo tanto, oír que él tiene éxito me llena de alegría” (Juan 3:29). Los discípulos de Juan no podían menos que recordar estas

palabras de su maestro. Siguiendo con la ilustración, Jesús dijo: “¿Acaso los invitados de una boda ayunan mientras festejan con el novio? Por supuesto que no”.

El Príncipe del cielo estaba entre su pueblo. Dios había dado su mayor Don al mundo. Gozo para los pobres, porque había venido a hacerlos herederos de su Reino. Gozo para los ricos, porque les iba a enseñar a obtener las riquezas eternas. Gozo para los ignorantes, porque los iba a hacer sabios para la salvación. Gozo para los sabios, pues él les iba a abrir misterios más profundos que los que jamás hubieran sondeado. Este no era, para los discípulos, tiempo para llorar y ayunar. Debían abrir su corazón para recibir la luz de su gloria, con el fin de poder derramar luz sobre los que moraban en tinieblas y sombra de muerte.

Una densa sombra

Jesús había evocado un cuadro brillante, pero a este lo cruzaba una densa sombra, que solamente su ojo discernía. “Un día el novio será llevado, y entonces sí ayunarán”. Cuando vieses a su Señor traicionado y crucificado, los discípulos llorarían y ayunarían.

Cuando saliese de la tumba, su tristeza se convertiría en gozo. Después de su ascensión, estaría con ellos por medio del Consolador, y no deberían pasar su tiempo de duelo. Satanás quería que diesen la impresión de que habían sido engañados y defraudados. Pero por fe debían mirar al Santuario celestial, donde Jesús ministraría por ellos. Debían abrir

su corazón al Espíritu Santo y regocijarse en la luz de su presencia. Sin embargo, iban a venir días de prueba. Cuando Cristo no estuviera personalmente con ellos y no logran discernir al Consolador, entonces sería más apropiado que ayunasen.

La Escritura describe el ayuno que Dios ha escogido: “Pongan en libertad a los que están encarcelados injustamente; alivien la carga de los que trabajan para ustedes. Dejen en libertad a los oprimidos y suelten las cadenas que atan a la gente; alimenten a los hambrientos y ayuden a los que están en apuros” (Isa. 58:6, 10). Estas palabras describen el carácter de la obra de Cristo. Ya sea que ayunara en el desierto o comiese con los publicanos, estaba dando su vida para redimir a los perdidos. El verdadero espíritu de devoción se manifiesta cuando entregamos el yo en un servicio voluntario a Dios y la humanidad.

Continuando con su respuesta a los discípulos de Juan, Jesús dijo una parábola: “Además, ¿a quién se le ocurriría remendar una prenda vieja con tela nueva? Pues el remiendo nuevo encogería y se desprendería de la tela vieja, lo cual dejaría una rotura aún mayor que la anterior”. El intento por fusionar la tradición y la superstición de los fariseos con la devoción de Juan solo haría más evidente la diferencia que había entre ellos.

Tampoco podían unirse los principios de la enseñanza de Cristo con las formalidades de los fariseos. Cristo iba a hacer aún más marcada la separación entre lo antiguo y lo nuevo. “Y nadie pone vino nuevo en cueros viejos. Pues los cueros viejos se re-

ventarían por la presión y el vino se derramaría, y los cueros quedarían arruinados. El vino nuevo se guarda en cueros nuevos, para preservar a ambos”. Los cueros que se usaban como recipientes para el vino nuevo, después de un tiempo se secaban y se volvían quebradizos, y ya no podían servir para el mismo fin. Los líderes judíos estaban firmemente asentados en una rutina de ceremonias y tradiciones. Sus corazones habían llegado a estar como cueros resecos. Como estaban satisfechos con una religión legalista, les era imposible llegar a ser depositarios de la verdad viviente. No deseaban que entrase un nuevo elemento en su religión. La fe que obra por amor y purifica el alma no hallaba puntos en común con la religión de los fariseos, compuesta de ceremonias y reglamentos humanos. Tratar de unir las enseñanzas de Jesús con la religión establecida sería en vano. La verdad vital de Dios, como el vino en fermentación, reventaría los viejos y deteriorados cueros de la tradición farisaica.

Cueros nuevos para vino nuevo

El Salvador se apartó de los fariseos, para buscar a otros que quisieran recibir el mensaje del Cielo. En los pescadores sin instrucción, en los cobradores de impuestos de la plaza, en la mujer de Samaria, en la gente común que lo oía gustosamente, halló sus cueros nuevos para el vino nuevo. Las personas que reciben gustosamente la luz que Dios les envía son sus agentes para impartir la verdad al mundo.

La enseñanza de Cristo, representada por el vino nuevo, no era una doctrina nueva, sino que era lo que había sido enseñado desde el principio. Pero para los fariseos, su enseñanza era nueva en casi todo aspecto, y no la reconocían ni la aceptaban.

“Nadie que prueba el vino añejo parece querer el vino nuevo. Pues dicen: ‘El añejo es mejor’”. La verdad que había sido dada por medio de los patriarcas y los profetas resplandecía en las palabras de Cristo con nueva belleza. Pero los escribas y los fariseos no deseaban el precioso vino nuevo. Hasta que no se vaciasen de sus viejas tradiciones y prácticas, no habría lugar en su mente o corazón para las enseñanzas de Cristo.

El peligro de albergar puntos de vista acariciados

Esto provocó la ruina de los judíos en ese tiempo, y será la ruina de muchos en nuestros días. Antes que renunciar a alguna idea acariciada o a alguna opinión idolatrada, muchos rechazan la verdad que descende del Padre de la luz. Insisten en ser salvos de alguna manera por medio de la cual puedan realizar alguna obra importante. Cuando ven que no pueden entretejer el yo en esa obra, rechazan la salvación ofrecida.

Una religión legal es una religión sin amor y sin Cristo. El ayuno o la oración motivados por un espíritu de justificación propia es abominación a la vista de Dios. Nuestras propias obras nunca podrán comprar la salvación. A aquellos que no conocen su bancarrota espiritual, se les da el mensaje: “Tú dices: ‘Soy

rico, tengo todo lo que quiero, ¡no necesito nada!'. Y no te das cuenta de que eres un infeliz y un miserable; eres pobre, ciego y estás desnudo. Así que te aconsejo que de mí compres oro –un oro purificado por fuego– y entonces serás rico. Compra también ropas blancas de mí, así no tendrás vergüenza por tu desnudez” (Apoc. 3:17, 18). La fe y el amor son el oro. Pero en el caso de muchos, el oro se ha opacado y se ha perdido el rico tesoro. La justicia de Cristo es para ellos como un manto

sin estrenar, una manantial que no ha sido probado.

“El sacrificio que sí deseas es un espíritu quebrantado; tú no rechazarás un corazón arrepentido y quebrantado, oh Dios” (Sal. 51:17). Cuando renunciamos al yo, entonces el Señor puede hacernos criaturas nuevas. Los cueros nuevos pueden contener el vino nuevo. El amor de Cristo llenará a los creyentes con vida nueva. El carácter de Cristo se manifestará en los que miran al Autor y Perfeccionador de nuestra fe.

Jesús rescata el sábado

El sábado fue santificado en ocasión de la Creación. Como algo que Dios planeó para la humanidad, tuvo su origen cuando “las estrellas de la mañana cantaban a coro y todos los ángeles gritaban de alegría” (Job 38:7). La Tierra estaba en armonía con el Cielo. “Dios miró todo lo que había hecho, ¡y vio que era muy bueno!”, y reposó en el gozo de su obra terminada (Gén. 1:31).

Por haber reposado en sábado, “Dios bendijo el séptimo día y lo declaró santo” (Gén. 2:3); lo puso aparte para un uso santo. Era un monumento recordativo de la obra de la Creación, y así, una señal del poder y el amor de Dios.

El Hijo de Dios creó todas las cosas. “Dios creó todas las cosas por medio de él, y nada fue creado sin él” (Juan 1:3). Y puesto que el sábado es un monumento recordativo de la obra de la Creación, es una muestra del amor y el poder de Cristo.

El sábado nos pone en comunión con el Creador. En el canto de las aves, el murmullo de los árboles y la música del mar todavía podemos oír esa voz que habló con Adán en el Edén. Y mientras contemplamos su poder en la naturaleza, hallamos consuelo, porque la palabra que creó todas las cosas es la que infunde vida al alma. “Dios, quien dijo: ‘Que haya luz en la

oscuridad’, hizo que esta luz brille en nuestro corazón para que podamos conocer la gloria de Dios que se ve en el rostro de Jesucristo” (2 Cor. 4:6).

“¡Miren a mí y sean salvos, todos los confines de la tierra! Porque yo soy Dios, y no hay otro” (Isa. 45:22, RVA 2015). Tal es el mensaje que fue escrito en la naturaleza, y que el sábado está destinado a rememorar. Cuando el Señor ordenó a Israel que santificase sus sábados, dijo que son una “señal entre ustedes y yo, para que reconozcan que yo soy el Señor su Dios” (Eze. 20:20, NVI).

El pueblo de Israel conocía el sábado antes de llegar al Sinaí. En camino hacia allí, guardaron el sábado. Cuando algunos lo profanaron, el Señor los reprendió diciendo: “¿Hasta cuándo este pueblo se negará a obedecer mis mandatos y mis instrucciones?” (Éxo. 16:28).

El sábado no era solamente para Israel, sino para el mundo entero. Como los demás Mandamientos del Decálogo, es de obligación permanente. Acerca de esa Ley, Cristo declara: “Hasta que desaparezcan el cielo y la tierra, no desaparecerá ni el más mínimo detalle de la ley de Dios” (Mat. 5:18). Así que, mientras duren los cielos y la tierra, el sábado continuará siendo una señal del poder del Creador. Cuando el Edén

vuelva a florecer en la Tierra, todos honrarán el santo día de reposo de Dios. “De un sábado a otro”, los habitantes de la tierra nueva glorificada vendrán “a postrarse ante mí –dice el Señor–” (Isa. 66:23, NVI).

La señal de una conversión genuina

Pero con el fin de santificar el sábado, los hombres y las mujeres también deben ser santos. Por fe deben recibir la justicia de Cristo. Cuando Dios dio a Israel el mandato: “Acuérdete del sábado, para consagrarlo” (Éxo. 20:8, NVI), el Señor también les dijo: “Ustedes tienen que ser mi pueblo santo” (Éxo. 22:31).

A medida que el pueblo judío se apartó de Dios, y no se apropió por fe de la justicia de Cristo, el sábado perdió su significado para ellos. Satanás obró para pervertir el sábado, porque es la señal del poder de Cristo. Los dirigentes judíos rodearon de requisitos pesados el día de reposo de Dios. En los días de Cristo, la observancia del sábado reflejaba el carácter de personas egoístas y arbitrarias, más bien que el carácter del amante Padre celestial. Los rabinos prácticamente representaban a Dios como dador de leyes imposibles de obedecer. Hicieron que la gente considerara a Dios como un tirano, y que pensara que el sábado hacía a las personas duras y crueles. Cristo vino para disipar esos falsos conceptos. Él no seguía los requerimientos de los rabinos, sino que seguía adelante, guardando el sábado según la Ley de Dios.

Una lección sabática

Cierto sábado, mientras el Salvador y sus discípulos pasaban por un sembrado que estaba madurando, los discípulos comenzaron a juntar espigas y a restregar los granos en sus manos para comerlos. En cualquier otro día esto no habría provocado comentario, porque el que pasaba por un sembrado, un huerto o una viña tenía plena libertad para recoger lo que deseara comer (ver Deut. 23:24, 25). Pero pensaban que hacer eso en sábado profanaba el día santo. Juntar el grano era una forma de cosechar, y restregarlo en las manos era un modo de trillar.

Inmediatamente los espías se quejaron a Jesús, diciendo: “Mira, ¿por qué tus discípulos violan la ley al cosechar granos en el día de descanso?” (Mar. 2:24).

Cuando se lo acusó de violar el sábado en Betesda, Jesús se defendió afirmando su condición de Hijo de Dios y declarando que él obraba en armonía con el Padre. Ahora que atacaban a sus discípulos, él citó ejemplos del Antiguo Testamento de actos realizados en sábado por quienes estaban en el servicio de Dios.

La respuesta del Salvador era una reprensión implícita por su ignorancia de los Escritos Sagrados: “¿Nunca han leído lo que hizo David en aquella ocasión en que él y sus compañeros tuvieron hambre? Entró en la casa de Dios y, tomando los panes consagrados a Dios, comió lo que solo a los sacerdotes les es permitido comer. El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado. ¿O no han leído en la ley que los sacerdotes en

el templo profanan el sábado sin incurrir en culpa? Pues yo les digo que aquí está uno más grande que el templo. Sepan que el Hijo del hombre es Señor del sábado” (Luc. 6:3, 4; Mar. 2:27, NVI; Mat. 12:5, 6, 8, NVI).

Si estaba bien que David satisficiera su hambre comiendo el pan que había sido apartado para un uso santo, entonces estaba bien que los discípulos recogieran granos en sábado. Además, los sacerdotes del Templo tenían más trabajo en sábado que en otros días. La misma labor en asuntos seculares habría sido pecado; pero ellos cumplían los ritos que señalaban al poder redentor de Cristo, y su labor estaba en armonía con el sábado.

El objetivo de la obra de Dios en este mundo es redimir a la humanidad. Por tanto, lo que es necesario hacer en sábado, para cumplir esa obra, está de acuerdo con la ley del sábado. Luego, Jesús remató su argumento declarándose “Señor del sábado”; un Ser por encima de todo cuestionamiento y por encima de toda ley. Este Juez infinito absolvió a los discípulos de toda culpa, apelando a las mismas leyes que se los acusaba de violar.

Jesús declaró que, en su ceguera, sus enemigos habían entendido mal el propósito del sábado. Dijo: “Ustedes no habrían condenado a mis discípulos –quienes son inocentes– si conocieran el significado de la Escritura que dice: ‘Quiero que tengan compasión, no que ofrezcan sacrificios’ ” (Mat. 12:7). Sus muchos ritos formalistas no podían suplir la falta de esa integridad y amor tierno que caracterizan al verdadero adorador de Dios.

Jesús sana deliberadamente en sábado

En sí mismos, los sacrificios no tenían valor. Eran un medio, y no un fin. Su propósito consistía en dirigir a las personas al Salvador, ponerlos en armonía con Dios. Lo que Dios valora es un servicio que nace del amor. Cuando este falta, el mero ceremonial le es una ofensa. Así sucede con el sábado. Cuando la mente está absorbida por ritos tediosos, el propósito del sábado queda frustrado. Es una burla observarlo tan solo externamente.

Otro sábado, en una sinagoga, Jesús vio a un hombre que tenía una mano deforme. Los fariseos estaban vigilantes, deseosos de ver lo que iba a hacer. El Salvador no vaciló en derribar el muro de los preceptos tradicionales que obstruían el sábado como una barricada.

Jesús invitó a este afligido hombre a ponerse de pie, y luego preguntó: “¿Permite la ley hacer buenas acciones en el día de descanso o es un día para hacer el mal? ¿Es un día para salvar la vida o para destruirla?” (Mar. 3:4). Los judíos tenían una máxima conocida que decía que dejar de hacer el bien, cuando se tenía la oportunidad de hacerlo, era hacer el mal; descuidar de salvar una vida era matar. Así que, Jesús se enfrentó con los rabinos en su propio terreno. “Pero ellos no quisieron contestarle. Jesús miró con enojo a los que lo rodeaban, profundamente entristecido por la dureza de su corazón. Entonces le dijo al hombre: ‘Extiende la mano’. Así que el hombre la extendió, ¡y la mano quedó restaurada!” (vers. 4, 5).

Cuando le preguntaron: “¿Está permitido sanar en sábado?”, Jesús les contestó: “Si alguno de ustedes tiene una oveja y en sábado se le cae en un hoyo, ¿no la agarra y la saca? ¡Cuánto más vale un hombre que una oveja! Por lo tanto, está permitido hacer el bien en sábado” (Mat. 12:10-12, NVI).

Cuidaban más a los animales

Los espías no se atrevieron a contestarle a Jesús. Sabían que él había dicho la verdad. Antes que violar sus tradiciones, dejarían sufrir a un hombre, mientras que aliviarían a un animal de trabajo por causa de la pérdida que sufriría el dueño si lo descuidaban. Manifestaban mayor cuidado por los animales que por los seres humanos. Esto ilustra el funcionamiento de todas las religiones falsas. Tienen su origen en nuestro deseo humano de exaltarnos por encima de Dios, pero llegan a degradarnos por debajo de los animales. Toda religión falsa enseña a sus adeptos a descuidar las necesidades, los sufrimientos y los derechos de los seres humanos. El evangelio concede un alto valor a la humanidad porque fue comprada por la sangre de Cristo, y nos enseña a considerar con ternura las necesidades y las desgracias de las personas (ver Isa. 13:12).

Con odio resentido, los fariseos deseaban matar a Jesús, mientras que él salvaba vidas e impartía felicidad a muchedumbres. ¿Era mejor matar en sábado, según planeaban hacerlo, o sanar a los afligidos, como lo había hecho él?

Al sanar al hombre que tenía una mano deforme, Jesús condenó la costumbre de los judíos, y dejó al cuarto Mandamiento tal cual Dios lo había dado. “Está permitido hacer el bien en sábado”, declaró (NVI). Poniendo a un lado restricciones sin sentido, Cristo honró el sábado, mientras que los que se quejaban contra él deshonraban el día santo de Dios.

Los que sostienen que Cristo abolió la Ley enseñan que violó el sábado y justificó a sus discípulos en lo mismo. Así están asumiendo la misma actitud que los judíos, que estaban llenos de reparos. En esto contradicen a Cristo mismo, quien declaró: “Yo obedezco los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Juan 15:10). Ni el Salvador ni sus discípulos violaron el sábado. Frente a una nación de testigos que buscaban ocasión de condenarlo, pudo decir sin que lo contradijeran: “¿Quién de ustedes puede, con toda sinceridad, acusarme de pecado?” (Juan 8:46).

Jesús dijo: “El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado”. Dios dio los Diez Mandamientos —entre los cuales se encuentra el sábado— a su pueblo como una bendición (ver Deut. 6:24). De “todos los que observan el sábado sin profanarlo”, el Señor declaró: “Los llevaré a mi monte santo; ¡los llenaré de alegría en mi casa de oración!” (Isa. 56:6, 7, NVI).

“El Hijo del hombre es Señor del sábado”. Porque “Dios creó todas las cosas por medio de él, y nada fue creado sin él” (Juan 1:3). Dado que Jesús creó todas las cosas, él es

el Creador del sábado. Él lo apartó como monumento recordativo de la Creación. Nos presenta a Cristo como Creador y como Santificador. Declara que el que creó todas las cosas es cabeza de la iglesia, y que por su poder somos reconciliados con Dios. Él dijo: “Les di mis días de descanso como una señal entre ellos y yo. El propósito era recordarles que soy el Señor, quien los apartó para que fueran santos” (Eze. 20:12). El sábado es una señal del poder de Cristo para santificarnos. Y él se lo ha dado a todos los

que hace santos como señal de su poder santificador.

A todos los que reciban el sábado como señal del poder creador y redentor de Cristo, les resultará una delicia (ver Isa. 58:13, 14). Viendo a Cristo en él, se deleitan en él. Al par que nos recuerda la perdida paz del Edén, también nos habla de la paz restaurada por medio del Salvador. Y todo en la naturaleza repite su invitación: “Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso” (Mat. 11:28).

Capítulo 30

Cristo ordena a doce apóstoles

Este capítulo se basa en Marcos 3:13 al 35; Lucas 6:12 al 16.

“**T** tiempo después Jesús subió a un monte y llamó a los que quería que lo acompañaran. Todos ellos se acercaron a él. Luego nombró a doce de ellos y los llamó sus apóstoles. Ellos lo acompañarían, y él los enviaría a predicar”.

A la sombra de los árboles de la ladera de la montaña, muy cerca del Mar de Galilea, Jesús llamó a los Doce para que fueran sus apóstoles, y allí dio el Sermón del Monte. Al preparar a sus discípulos, Jesús elegía apartarse de la confusión de la ciudad a la tranquilidad de los campos y las colinas, pues estaba más en armonía con las lecciones de abnegación que deseaba enseñarles. Y durante su ministerio, le encantaba reunir a la gente a su alrededor bajo los cielos azules, en alguna ladera cubierta de hierba o en la playa a orillas del lago. Allí, podía redirigir los pensamientos de sus oyentes de lo artificial a lo natural. En el crecimiento y el desarrollo de la naturaleza, podían aprender lecciones preciosas de la verdad divina.

Jesús estaba por dar el primer paso en la organización de la iglesia, que después de la partida de Cristo

había de ser su representante en la Tierra. No tenían un santuario costoso, pero el Salvador condujo a sus discípulos a su lugar apartado favorito, y en la mente de ellos los incidentes sagrados de aquel día quedaron para siempre asociados con la belleza de la montaña, del valle y del mar.

Jesús llamó a sus discípulos para enviarlos a declarar al mundo lo que habían visto y oído de él. Su misión, la más importante a la cual hubiesen sido llamados alguna vez los seres humanos, solo era superada por la de Cristo. Debían trabajar junto con Dios para la salvación del mundo.

El Salvador conocía el carácter de los hombres a quienes había elegido. Todas sus debilidades y errores estaban expuestos delante de él. Conocía los peligros que tendrían que afrontar, y su corazón amaba tiernamente a quienes había elegido. A solas sobre un monte, pasó toda la noche en oración por ellos, mientras ellos dormían al pie del monte. Al romper el alba, los llamó a sí, porque tenía algo importante que comunicarles.

Juan y Santiago, Andrés y Pedro, con Felipe, Natanael y Mateo, ha-

bían estado más íntimamente conectados con Jesús en su labor activa que los demás. Pedro, Santiago y Juan tenían una relación más estrecha con él, presenciaban sus milagros y oían sus palabras. El Salvador los amaba a todos, pero el espíritu de Juan era el más receptivo. Era el más joven de todos, y le abría su corazón a Jesús con más confianza, una confianza que es simple como la de un niño. Así llegó a estar en armonía con Cristo, y por medio de él, el Salvador comunicó a su pueblo sus enseñanzas espirituales más profundas.

Lento para creer

Felipe fue el primero a quien Jesús dirigió la directiva definida: “Ven, sígueme”. Él había oído a Juan el Bautista anunciar a Cristo como el Cordero de Dios. Era un sincero buscador de la verdad, pero era lento para creer, como lo demuestra la manera en que anunció sobre Jesús a Natanael. Si bien la Voz del cielo había proclamado a Cristo como el Hijo de Dios, para Felipe, era “Jesús, el hijo de José, de Nazaret” (Juan 1:45). Cuando los cinco mil fueron alimentados, Felipe reveló otra vez su falta de fe. Para probarlo, Jesús preguntó: “¿Dónde vamos a comprar pan para que coma esta gente?” La respuesta de Felipe tendía a la incredulidad, y apenó a Jesús: “Ni con el salario de ocho meses podríamos comprar suficiente pan para darle un pedazo a cada uno”. (Juan 6:5, 7, NVI). Felipe había visto las obras de Jesús y sentido su poder; sin embargo, no tenía fe.

Cuando los griegos preguntaron a Felipe acerca de Jesús, no aprovechó la oportunidad para presentarlos al Salvador, sino que fue y se lo dijo a Andrés. Otra vez, en las últimas horas antes de la crucifixión, las palabras de Felipe eran palabras que desalentaban la fe. Cuando Tomás dijo: “Señor [...] ¿cómo vamos a conocer el camino?”, el Salvador respondió: “Yo soy el camino. [...] Si ustedes realmente me conocieran, también sabrían quién es mi Padre”. Felipe dio una respuesta incrédula: “Señor, muéstranos al Padre y quedaremos conformes”.

En feliz contraste con la incredulidad de Felipe, Natanael tenía la confianza de un niño, y su fe se aferraba de las realidades invisibles. Sin embargo, Felipe era un alumno en la escuela de Cristo, y el divino Maestro soportó con paciencia su incredulidad y lentitud para creer. Cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre los discípulos, Felipe llegó a ser un maestro consagrado, que enseñaba con una seguridad que infundía convicción en los oyentes.

Mientras Jesús estaba preparando a los discípulos para su ordenación, un hombre a quien no había llamado insistió en estar entre ellos. Judas Iscariote, quien profesaba ser seguidor de Cristo, se adelantó y solicitó un lugar en el círculo íntimo de los discípulos. Al unirse a los apóstoles, esperaba conseguir un cargo importante en el nuevo reino. Se veía como una persona importante, de agudo discernimiento y habilidad administrativa, y los discípulos lo recomendaron a Jesús porque, decían ellos, sería de mucha ayuda en su obra.

Si Jesús hubiese rechazado a Judas, ellos habrían cuestionado la sabiduría de su Maestro. Sin embargo, la historia ulterior de Judas les iba a enseñar el peligro que hay en decidir la idoneidad de una persona para la obra de Dios basándose en el peso de alguna consideración mundanal.

Aun así, Judas sentía la influencia del poder divino que atraía a las personas hacia el Salvador. Jesús no rechazaría a este hombre, en cuanto tuviera deseos de acercarse a la luz. El Salvador leyó el corazón de Judas. Conoció los abismos de pecado en los cuales se hundiría a menos que fuese librado por la gracia de Dios. Al relacionar a ese hombre consigo, lo puso donde podría estar día tras día en contacto con su propio amor abnegado. Si quisiera abrir su corazón a Cristo, aun Judas podría llegar a ser un ciudadano del Reino de Dios.

Dios toma a las personas tales como son, y las prepara para su servicio, si aceptan ser disciplinadas y aprender de él. Mediante el conocimiento y la práctica de la verdad, por la gracia de Cristo, pueden ser transformadas a su imagen.

Judas tuvo las mismas oportunidades que los demás discípulos. Pero él no quería ni tenía la intención de seguir la verdad, y no quería renunciar a sus ideas con el fin de recibir sabiduría del Cielo.

¡Cuánta ternura tuvo el Salvador con aquel que habría de traicionarlo! Jesús mostró a Judas cuán detestable es la codicia. Muchas veces, el discípulo se dio cuenta de que Jesús había descripto su carácter y señalado su pecado, pero no quiso confesar ni

abandonar su injusticia. Él continuó practicando su deshonestidad. Lección tras lección cayó en los oídos de Judas, sin que él le prestara atención.

Judas no tenía excusas

Con paciencia divina, Jesús soportó a este hombre que estaba en el error, en tanto que le daba evidencia de que leía en su corazón como en un libro abierto. Le presentó los más altos incentivos para hacer lo bueno. Pero Judas acarició sus malos deseos, pasiones vengativas y pensamientos oscuros y rencorosos, hasta que Satanás se posesionó plenamente de él.

Si Judas hubiese estado dispuesto a servir como Cristo, podría haber estado entre los principales apóstoles. Pero prefirió sus ambiciones egoístas, y así terminó siendo inapropiado para la obra que Dios quería darle.

Todos los discípulos tenían graves defectos cuando Jesús los llamó. Juan y su hermano eran llamados “hijos del trueno”. Cualquiera desprecio o falta de respeto hacia Jesús los enfurecía. El discípulo amado tenía un mal temperamento, deseos de venganza y un espíritu de crítica. Pero día tras día contempló la ternura y tolerancia de Jesús, y fue oyendo sus lecciones de humildad y paciencia. Abrió su corazón a la influencia divina y aprendió a llevar el yugo de Cristo.

Jesús reprendía a sus discípulos y los precavía; pero Juan y los demás no lo abandonaron. Ellos continuaron compartiendo hasta el fin sus pruebas y aprendiendo

las lecciones de su vida. Contemplando a Cristo, su carácter llegó a transformarse.

Los apóstoles eran muy diferentes en sus hábitos y carácter. Entre ellos, estaba el cobrador de impuestos, Leví Mateo y el celote fogoso Simón; el generoso e impulsivo Pedro; el ruin Judas; Tomás –sincero, aunque tímido y temeroso–; Felipe, con sus inclinaciones a la duda; los ambiciosos hijos de Zebedeo –quienes daban su opinión con demasiada franqueza–, y los demás apóstoles. Jesús unió a estos hombres, todos con tendencias al mal heredadas y cultivadas. Pero en Cristo ellos aprenderían a ser uno en fe, doctrina y espíritu. Iban a tener sus diferencias de opinión, pero mientras Cristo habitase en el corazón de ellos, no habría discordias. Las lecciones del Maestro los harían armonizar todas las diferencias, hasta que los discípulos tuvieran una sola mente y un mismo criterio. Cristo es el gran centro, y cuanto más se acercasen al centro, tanto más se acercarían el uno al otro.

Ordenados para una obra sagrada

Jesús reunió al pequeño grupo en derredor suyo. Arrodillándose en medio de ellos y poniendo sus manos sobre sus cabezas, ofreció una oración para dedicarlos a su obra sagrada.

Cristo no elige a ángeles que nunca cayeron para que lo representen entre nosotros, sino a seres humanos que tienen la misma naturaleza que aquellos a quienes tratan de salvar. Cristo mismo se revistió de humanidad. Se requería tanto lo divino como lo humano para traer la salva-

ción al mundo. Una situación similar sucede con los siervos y los mensajeros de Cristo. La humanidad hace suyo el poder divino, Cristo mora en el corazón por fe y, cooperando con lo divino, el poder humano se hace eficiente para el bien.

El que llamó a los pescadores de Galilea está llamando todavía a hombres y mujeres a servirlo. Por imperfectos y pecaminosos que seamos, el Señor nos ofrece hacernos aprendices de Cristo. Unidos con Cristo, podremos realizar las obras de Dios.

“Ahora tenemos esta luz que brilla en nuestro corazón, pero nosotros mismos somos como frágiles vasijas de barro que contienen este gran tesoro. Esto deja bien claro que nuestro gran poder proviene de Dios, no de nosotros mismos” (2 Cor. 4:7). Queda claro ante todos que el poder que obra a través de la debilidad humana es el poder de Dios. Esto nos posibilita creer que el poder que puede ayudar a otros tan débiles como nosotros, también puede ayudarnos a nosotros.

Todo aquel que está “sujeto a las debilidades humanas” será capaz de “tratar con paciencia a los ignorantes y extraviados” (Heb. 5:2, NVI). Hay personas afligidas por la duda, débiles en la fe e incapaces de comprender al Invisible. Pero un amigo a quien pueden ver, que viene a ellos en lugar de Cristo, puede ser el vínculo que fortalezca su temblorosa fe en Cristo.

Debemos ser el canal de comunicación con la humanidad. Y cuando nos entregamos a Cristo, los ángeles se regocijan de poder hablar a través de nuestras voces para revelar el amor de Dios.

Capítulo 31

El Sermón del Monte

Este capítulo se basa en Mateo 5 al 7.

Rara vez reunía Cristo a sus discípulos a solas para darles sus palabras. Era su obra alcanzar a todos con palabras de advertencia, ruego y ánimo, y trataba de ayudar a todos los que venían a él.

Jesús dio el Sermón del Monte especialmente para los discípulos, pero lo pronunció a oídos de la multitud. Después de la ordenación de los apóstoles, Jesús fue a orillas del mar. Por la mañana temprano, la gente había empezado a congregarse. Cuando la gente oyó las noticias sobre sus milagros, que “corrían por todas partes”, vinieron “para oírlo y para ser sanados de sus enfermedades; [...] de él salía poder sanador, y los sanó a todos” (Mar. 3:8; Luc. 6:18, 19).

La estrecha playa no daba cabida a todos, ni aun de pie, así que, Jesús los condujo a la ladera del monte. Al llegar a un espacio que se veía agradable como lugar de reunión, se sentó en la hierba, y los discípulos y la multitud siguieron su ejemplo.

Los discípulos se sentaron en el lugar más cercano a Jesús, ávidos de comprender las verdades que iban a tener que anunciar a todos los países en todas las edades. Ellos creían que Jesús establecería su reino dentro de poco tiempo.

Una sensación de expectativa dominaba también a la multitud. Al sentarse la gente en la verde ladera, tenía el corazón embargado por pensamientos de gloria futura. Escribas y fariseos esperaban el día en que dominarían a los odiados romanos, y poseerían las riquezas y el esplendor del gran imperio mundial. Los pobres campesinos y pescadores esperaban oír que pronto cambiarían sus pobres casuchas y el temor a la escasez por mansiones y comodidades. Esperaban que Israel pronto fuese honrado ante las naciones como el pueblo elegido del Señor, y que Jerusalén fuese exaltada como cabeza de un reino universal.

Cristo frustra las esperanzas de grandeza mundanal

En el Sermón del Monte, Cristo trató de deshacer la obra que había sido hecha por una falsa educación, y de dar a sus oyentes un concepto correcto de su Reino. Sin combatir sus ideas acerca del Reino de Dios, les habló de las condiciones para entrar en él, dejándolos sacar sus propias conclusiones en cuanto a su naturaleza. Dijo:

“Dios bendice a los que reconocen su pobreza espiritual y sienten su necesidad de redención”. El evangelio no se revelará a los que son orgullosos espiritualmente, sino a los humildes y a los que se arrepienten.

El corazón orgulloso lucha para obtener la salvación; pero tanto nuestro derecho al cielo como nuestra idoneidad para él se hallan en la justicia de Cristo. El Señor no puede hacer nada para sanarnos hasta que nos entreguemos al dominio de Dios. Solo entonces podremos recibir el don que Dios espera conceder. De nada es privada la persona que siente su necesidad (ver Isa. 57:15).

“Dios bendice a los que lloran, porque serán consolados”. El lloro del cual Cristo habla no consiste en la melancolía y el lamento. A menudo nos apenamos porque nuestras malas acciones nos producen consecuencias desagradables; pero el verdadero pesar por el pecado solo viene como resultado de la obra del Espíritu Santo. El Espíritu nos trae, arrepentidos, al pie de la cruz. Cada pecado vuelve a herir a Jesús; y al mirar a quien hemos atravesado, lloramos por los pecados que le produjeron angustia. Un llanto tal nos llevará a renunciar al pecado. Ese llanto une al pecador arrepentido con el Ser infinito. Las lágrimas del que se arrepiente son las gotas de lluvia que preceden al brillo del sol de la santidad, y anuncian un gozo que será una fuente viva en el alma (ver Jer. 3:12, 13; Isa. 61:3).

Hay consuelo para los que lloran en las pruebas y las tristezas. Por medio de la aflicción Dios nos revela los puntos infectados de nuestro

carácter, para que por su gracia podamos vencer. Nos revela episodios desconocidos con respecto a nosotros mismos, y nos llega la prueba que revelará si aceptaremos o rechazaremos la reprensión y el consejo de Dios. Cuando somos probados, no debemos rebelarnos ni soltarnos de la mano de Cristo por nuestras preocupaciones. Los caminos del Señor se ven sombríos y tristes para nuestra naturaleza humana. Pero los caminos de Dios son caminos de misericordia, y su resultado es la salvación.

Las palabras que Dios dirige a los tristes son: “Convertiré su duelo en gozo, y los consolaré” (Jer. 31:13, NVI).

Un espíritu sereno glorifica a Dios

“Dios bendice a los que son humildes”. La humildad que se oculta en Cristo reducirá grandemente las dificultades que hemos de enfrentar. Si poseemos la humildad de nuestro Maestro, nos elevaremos por encima de los desprecios, los rechazos y las irritaciones. Esas cosas ya no nos llenarán el espíritu de tristeza. Quienes no conservan un espíritu sereno cuando otros los maltratan, quitan a Dios el derecho a revelar en ellos su propia perfección de carácter. La humildad de corazón es la fuerza que da la victoria a los seguidores de Cristo.

El mundo puede mirar con desprecio a quienes revelan el espíritu apacible y humilde de Cristo, pero ellos son de gran valor a los ojos de Dios. Los pobres en espíritu, los humildes de corazón –cuya más alta ambición

es hacer la voluntad de Dios—, esos se hallarán entre los salvos, quienes habrán lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero.

“Dios bendice a los que tienen hambre y sed de justicia”. Sentirnos indignos nos llevará a tener hambre de justicia. Todos los que anhelan poseer la semejanza del carácter de Dios quedarán satisfechos. El amor nos hará crecer espiritualmente, capacitándonos para lograr cosas más elevadas y tener un conocimiento acrecentado de las cosas celestiales, de manera que no descansaremos hasta alcanzar la plenitud, “porque serán saciados”.

Los compasivos serán tratados con compasión, y los que tienen corazón puro verán a Dios. Todo pensamiento impuro debilita la percepción moral y tiende a borrar las impresiones del Espíritu Santo. El Señor puede perdonar al pecador arrepentido, y lo perdona; pero aunque esté perdonado, su carácter queda manchado. Quien quiera tener una percepción clara de la verdad espiritual, debe rehuir toda impureza de palabras o de pensamientos.

Pero las palabras de Cristo abarcan más que el evitar la impureza carnal, más que el evitar la contaminación ceremonial, que los judíos rehuían tan rigurosamente. El egoísmo nos impide contemplar a Dios. A menos que hayamos renunciado al egoísmo, no podremos comprender al Ser que es amor. Únicamente el corazón abnegado, el espíritu humilde y confiado, verá a Dios como “clemente y compasivo, lento para la ira y grande en amor y fidelidad” (Éxo. 34:6, NVI).

“Dios bendice a los que procuran la paz”. El mundo es hostil hacia la Ley

de Dios; los pecadores son hostiles hacia su Hacedor. Como resultado, son hostiles unos con otros. Los planes humanos no lograrán la paz porque no alcanzan al corazón. El único poder que puede crear la paz verdadera es la gracia de Cristo. Cuando esta gracia esté implantada en el corazón, desalojará las malas pasiones que causan conflictos y divisiones.

Las multitudes quedaron asombradas

El pueblo había llegado a pensar que la felicidad consistía en poseer las cosas de este mundo, y que la fama y los honores eran algo deseable. Era muy agradable ser llamado “Rabí” y ser alabado como sabio y religioso. Pero Jesús declaró que los honores terrenales eran toda la recompensa que tales personas recibirían. Un poder convincente acompañaba sus palabras. Muchos estaban convencidos de que el Espíritu de Dios estaba obrando por medio de este Maestro singular.

Después de explicar cómo alcanzar la verdadera felicidad, Jesús definió el deber de sus discípulos. Él sabía que a menudo ellos serían insultados y verían rechazado su testimonio. Los hombres humildes que escucharan sus palabras habrían de soportar difamación, torturas, encarcelamiento y muerte, y prosiguió:

“Dios bendice a los que son perseguidos por hacer lo correcto, porque el reino del cielo les pertenece”. “Dios los bendice a ustedes, cuando la gente les hace burla y los persigue, y miente acerca de ustedes y dice toda clase de cosas malas en su contra porque son mis seguidores”. “¡Alégrense! ¡Estén contentos, porque les espera una gran

recompensa en el cielo! Y recuerden que a los antiguos profetas los persiguieron de la misma manera”.

El mundo ama el pecado y aborrece la justicia, y esta era la causa de su hostilidad hacia Jesús. La luz de Cristo disipa las tinieblas que cubren sus pecados, y les revela su necesidad de una reforma. Los que se entregan a la influencia del Espíritu Santo comienzan una guerra contra sí mismos; los que se aferran al pecado combaten contra la verdad y sus representantes.

Así, las personas acusan a los seguidores de Cristo de perturbar a la gente. Pero es la comunión con Dios lo que les trae el odio del mundo. Están andando por la senda en que anduvieron los más nobles de la Tierra. Cada prueba de fuego es un agente de Dios para refinarlos. Cada conflicto aumentará el gozo de su triunfo final. Teniendo eso en vista, aceptarán alegremente la prueba de su fe, en vez de temerla.

“Ustedes son la sal de la tierra”. [Esto es:] “No se aparten del mundo con el fin de escapar de la persecución. Han de vivir entre las personas, para que el sabor del amor divino pueda ser como sal que preserve al mundo de la corrupción”. Si los que sirven a Dios fuesen quitados de la Tierra, este mundo quedaría abandonado a la destrucción. Los impíos deben incluso las bendiciones de esta vida a la presencia en el mundo del pueblo de Dios, al cual desprecian y oprimen. Si los cristianos lo son solo de nombre, son como la sal que ha perdido su sabor. Por su falsa representación de Dios, son peores que los incrédulos.

“Ustedes son la luz del mundo”. La salvación es como la luz del sol;

pertenece a todo el mundo. No debemos limitar la religión de la Biblia a lo contenido entre las tapas de un libro ni a lo que sucede únicamente dentro de las paredes de una iglesia. La religión debe santificar la vida diaria y manifestarse en todas nuestras relaciones con las personas. Debemos abrigar los principios de la justicia en nuestro corazón. La vida consecuente, la integridad inquebrantable, el espíritu amable, el ejemplo de consagración; es por medio de estas cosas que Dios comunica luz al mundo.

Jesús sabía que había espías listos para valerse de toda palabra que pudiesen distorsionar para servir a su propósito. No dijo nada que pudiese perturbar la fe en las instituciones que les habían sido confiadas por medio de Moisés. Cristo mismo había dado la Ley moral y la ceremonial. No había venido para destruir la confianza en sus propias instrucciones. Mientras trataba de poner a un lado falsas interpretaciones de la Ley, cuidadosamente advirtió que no renunciaran a las verdades vitales que Dios había confiado a los hebreos.

Para los fariseos, las palabras del Salvador eran como una herejía. Mientras él barría los escombros bajo los cuales la verdad había estado enterrada, ellos pensaban que barría la verdad misma. Él leyó sus pensamientos y les dijo: “No malinterpreten la razón por la cual he venido. No vine para abolir la ley de Moisés o los escritos de los profetas. Al contrario, vine para cumplir sus propósitos”. Su misión consistía en vindicar los sagrados derechos de esa Ley que ellos lo acusaban de violar. Si Dios hubiera podido abrogar o cambiar su Ley,

Cristo no habría necesitado sufrir las consecuencias de nuestra transgresión. Él vino para explicar cómo se relaciona la Ley con nosotros, e ilustrar sus principios por medio de su vida de obediencia.

La obediencia produce gozo

Dios ama a la humanidad. Para protegernos de los resultados de la transgresión, nos ha revelado los principios de la justicia. Cuando recibimos la Ley en Cristo, esta nos eleva por encima del poder de los deseos y las tendencias naturales, por encima de las tentaciones que inducen a pecar. Dios nos ha dado los Mandamientos de la Ley para que, obedeciéndolos, tengamos gozo.

En el Monte Sinaí, Dios hizo conocer a la familia humana la santidad de su carácter, para que por el contraste pudiesen ver su propia pecaminosidad. Les dio la Ley para convencerlos de pecado y revelar su necesidad de un Salvador. Esta continúa siendo su obra. Mientras el Espíritu Santo nos revela nuestra necesidad de la sangre purificadora de Cristo y de su justicia –que nos hace justos–, la Ley continúa siendo un medio para atraernos a Cristo, con el fin de que podamos ser justificados por la fe. “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma” (Sal. 19:7, RVR 1960).

“Hasta que desaparezcan el cielo y la tierra, no desaparecerá ni el más mínimo detalle de la ley de Dios hasta que su propósito se cumpla”. El sol que brilla y la sólida tierra son testigos de Dios de que su Ley es eterna. Aunque estos desaparezcan,

los principios divinos permanecerán. El sistema de símbolos que señalaba a Cristo como el Cordero de Dios terminaría cuando él muriese; pero el Decálogo es tan permanente como el Trono de Dios.

La vida de obediencia del Salvador probó que era posible para un ser humano guardar la Ley, y mostró la excelencia de carácter que la obediencia desarrollaría. Por otro lado, todos los que violan los Mandamientos de Dios sostienen la alegación de Satanás de que nadie puede obedecer la Ley. Admitirlos en el cielo sería volver a introducir discordia y rebelión, y haría peligrar el bienestar del universo. Nadie que desprecie voluntariamente un principio de la Ley entrará en el Reino de los cielos.

En el tiempo de Cristo, el mayor engaño de la mente humana consistía en creer que una persona llegaba a ser justa simplemente al estar de acuerdo con la verdad. Toda la experiencia humana ha demostrado que un conocimiento teórico de la verdad no es suficiente para salvar al alma. No produce frutos de justicia.

Una celosa estima por lo se llama verdad teológica a menudo va de la mano con un odio por la verdad genuina que se manifiesta en la vida. Los capítulos más sombríos de la historia están llenos de registros de crímenes cometidos por fanáticos religiosos. Los fariseos pensaban ser los mayores religiosos del mundo, pero su supuesta ortodoxia los condujo a crucificar al Señor de la gloria. Muchos dicen creer en la verdad; pero si eso no los hace sinceros, bondadosos, pacientes, tolerantes e inclinados ha-

cia lo celestial, es una maldición para ellos, y por la influencia de ellos es una maldición para el mundo.

La profundidad y la amplitud de la Ley de Dios

Jesús habló de los Mandamientos por separado, y demostró cuán abarcales son sus principios. Declaró que podemos quebrantar la Ley de Dios por medio del mal pensamiento o la mirada lujuriosa. La menor injusticia es una violación de la Ley. El que da al odio un lugar en su corazón, está poniendo sus pies en los caminos de un asesino.

El pueblo judío cultivaba un espíritu de venganza. En su odio hacia los romanos, les hacían duras acusaciones y así se estaban preparando para realizar terribles acciones. Existe un tipo de indignación justificable, incluso para los seguidores de Cristo. Cuando ven que Dios es deshonrado y que el inocente es oprimido, una justa indignación agita el alma. Un enojo tal no es pecado. Pero debemos desterrar del corazón la amargura y la enemistad, si queremos estar en armonía con el Cielo.

El ideal de Dios para sus hijos es más elevado de lo que puede alcanzar el más sublime pensamiento humano. "Por tanto, sean perfectos, así como su Padre celestial es perfecto" (Mat. 5:48, NVI). Esta orden es una promesa. El plan de redención tiene por objetivo rescatarnos por completo del poder de Satanás. Cristo siempre separa del pecado al de corazón compungido. Él ha hecho provisión para dar el Espíritu Santo a toda persona arrepentida, para guardarla de pecar.

Las tentaciones no son una excusa

No debemos pensar que las tentaciones de Satanás son excusa para cometer aunque sea una sola mala acción. No hay excusas por pecar. Todo hijo de Dios que se arrepiente y cree puede obtener un temperamento santo, y una vida semejante a la de Cristo.

Como el Hijo del hombre fue perfecto en su vida, quienes lo siguen han de ser perfectos en la suya. En todo sentido Jesús se hizo semejante a nosotros, sus hermanos. Se hizo carne, como nosotros somos carne. Participó de la condición del hombre, aunque era el inmaculado Hijo de Dios. Era Dios en la carne. Su carácter debe ser el nuestro.

Cristo es la escalera que vio Jacob, cuya base descansaba en la Tierra y cuya cima llegaba al cielo. Si esa escalera no hubiese llegado a la Tierra por haberle faltado un solo escalón, habríamos estado perdidos. Pero Cristo llega hasta nosotros donde sea que estemos. Tomó nuestra naturaleza y venció, para que nosotros, tomando su naturaleza, podamos vencer. Tomando "un cuerpo como el que nosotros los pecadores tenemos", vivió una vida sin pecado. Ahora nos invita a elevarnos, por la fe en él, a la gloria del carácter de Dios.

Hemos de ser perfectos "como [nuestro] Padre en el cielo es perfecto".

Jesús demostró en qué consiste la justicia, y señaló a Dios como su originador. Entonces se concentró en los deberes prácticos. "No hagan nada para llamar la atención u obtener alabanzas para sí. Den con sin-

ceridad, para beneficiar a los pobres que sufren. Al orar, hablen con Dios. Al ayunar, no llenen el corazón de pensamientos relativos al yo”.

El servicio prestado con sinceridad de corazón tiene gran recompensa. “Tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará” (NVI). Por medio de la vida que vivimos mediante la gracia de Cristo, formamos nuestro carácter. Cristo nos imparte los atributos de su carácter, y la imagen divina empieza a resplandecer en nosotros. Los hombres y las mujeres que caminan y trabajan con Dios están rodeados por la atmósfera del cielo. Para esas almas, el Reino de Dios ya empezó.

“Nadie puede servir a dos amos”. La religión de la Biblia no es una influencia entre muchas otras. Debe impregnar toda la vida.

Cuando tu ojo es bueno, todo tu cuerpo está lleno de luz; pero cuando tu ojo es malo, todo tu cuerpo está lleno de oscuridad”. El que desee conocer la verdad debe estar dispuesto a aceptar todo lo que ella revele. Si vacilamos y somos tibios en nuestra lealtad a la verdad, estamos eligiendo el error y los engaños de Satanás.

Los métodos mundanales y los principios de la justicia no se fusionan como lo hacen los colores del arco iris. Dios traza una clara línea de separación entre ellos. La semejanza de Cristo se destaca marcadamente de la de Satanás, así como el mediodía contrasta con la medianoche. Y únicamente los que vivan la vida de Cristo son sus colaboradores.

Todos los que han escogido servir a Dios han de confiar en su cuidado. Cristo señaló a los pájaros que

volaban por el cielo y a las flores del campo, y preguntó: “¿Y no son ustedes para él mucho más valiosos que ellos?” Dios vela sobre los pequeños gorrioncitos. Las flores y la hierba reciben la atención de nuestro Padre celestial. El gran Artista Maestro pensó en los lirios y los hizo superar la gloria de Salomón. ¡Cuánto mayor interés ha de tener por los seres humanos, que son la imagen y la gloria de Dios! Así como el rayo del Sol imparte a las flores sus delicados matices, así Dios imparte al alma la hermosura de su propio carácter.

En el libro de la providencia divina, el libro de esta vida, se nos da a cada uno una página. Esa página contiene todo detalle de nuestra historia. No hay momento en que Dios no piense en sus hijos. “Así que, no se preocupen por el mañana”. Dios no da a sus hijos todas las indicaciones para el viaje de su vida de una sola vez. Les explica tan solo lo que pueden recordar y cumplir. La fuerza y la sabiduría que da son para las emergencias del momento presente.

“No juzguen a los demás, y no serán juzgados”. “No se estimen mejores que los demás ni tomen el lugar de jueces de ellos. No pueden discernir sus motivaciones. Si critican a otros, están emitiendo una sentencia sobre su propio caso, porque demuestran que son partícipes con Satanás, el acusador de los hermanos” (ver 2 Cor. 13:5; 1 Cor. 11:31).

Un buen árbol producirá buenos frutos. Así también, el fruto en nuestra vida da testimonio de nuestro carácter. Las buenas obras jamás podrán comprar la salvación, pero son una evidencia de la fe que obra por el

amor y purifica el alma. La recompensa no nos es concedida por causa de nuestros méritos; sin embargo, será en proporción con la obra que hayamos hecho por medio de la gracia.

Así expuso Cristo los principios de su Reino. Para grabar la lección, añadió una ilustración. Dijo: “No es suficiente con oír mis palabras. Por medio de la obediencia, deben hacer de ellas el fundamento de su carácter. Si edifican sobre teorías humanas, su casa va a caer. Será arrasada

por los vientos de la tentación y las tempestades de la prueba. Pero estos principios que les he dado perdurarán. Recíbanme; edifiquen sobre mis palabras”.

“Todo el que escucha mi enseñanza y la sigue es sabio, como la persona que construye su casa sobre una roca sólida. Aunque llueva a cántaros y suban las aguas de la inundación y los vientos golpeen contra esa casa, no se vendrá abajo porque está construida sobre un lecho de roca”.

Capítulo 32

Un oficial del ejército pide ayuda por su siervo

Este capítulo se basa en Mateo 8:5 al 13; Lucas 7:1 al 17.

A Cristo le entristecía que su propia nación quisiese señales visibles de que él era el Mesías. Pero se asombró de que el centurión que fue a él ni siquiera le pidió que fuese en persona a realizar el milagro. “Tan solo pronuncia la palabra desde donde estás y mi siervo se sanará”.

El siervo del centurión tenía parálisis y estaba a punto de morir. Entre los romanos, los siervos eran esclavos que se compraban y vendían, y eran tratados cruelmente. Pero el centurión, que sentía cariño por su siervo, deseaba grandemente que se recuperase. Él creía que Jesús podía sanarlo. Los informes que escuchaba le habían inspirado fe.

Este romano estaba convencido de que la religión de los judíos era superior a la suya. Ya había derribado el prejuicio y el odio que separaban a los conquistadores de los conquistados, y había demostrado bondad hacia los judíos. Las enseñanzas de Cristo satisfacían las necesidades de su corazón. Todo lo que había de espiritual en él respondía a las palabras del Salvador. Pero se sentía indigno de pre-

sentarse ante Jesús, así que rogó a los ancianos judíos que le pidiesen que sanase a su siervo. Pensaba que ellos conocían al gran Maestro, y sabrían cómo acercarse a él para obtener su favor. Al entrar Jesús en Capernaum, fue recibido por una delegación de ancianos. Le insistieron diciendo: “Si alguien merece tu ayuda, es él; pues ama al pueblo judío y hasta construyó una sinagoga para nosotros”.

Jesús inmediatamente comenzó a dirigirse hacia la casa del oficial; pero las multitudes lo asediaban, y avanzaba lentamente. El centurión, en su timidez, le envió este mensaje: “Señor, no te molestes en venir a mi casa, porque no soy digno de tanto honor”. Pero el Salvador siguió en su camino. Atreviéndose por fin a acercársele, el centurión le dijo: “Ni siquiera soy digno de ir a tu encuentro. Tan solo pronuncia la palabra desde donde estás y mi siervo se sanará. Lo sé porque estoy bajo la autoridad de mis oficiales superiores, y tengo autoridad sobre mis soldados. Solo tengo que decir: ‘Vayan’, y ellos van, o ‘Vengan’, y ellos vienen. Y si les digo a mis esclavos: ‘Hagan esto’, lo hacen”.

[Es decir:] “Así como yo represento al poder de Roma y mis soldados reconocen mi autoridad, así tú representas el poder del Dios infinito y todas las cosas creadas obedecen a tu palabra. Puedes ordenar a la enfermedad que se aleje, y te obedecerá. Puedes convocar a mensajeros celestiales para que impartan poder sanador. Tan solo pronuncia la palabra, y mi siervo se sanará. Al oírlo, Jesús quedó asombrado. Se dirigió a la multitud que lo seguía y dijo: ‘Les digo, jno he visto una fe como esta en todo Israel!’ Y al centurión le dijo: ‘Debido a que creíste, ha sucedido’. Y el joven siervo quedó sano en esa misma hora”.

En su propia justicia, los ancianos del pueblo recomendaban al centurión por los favores que había manifestado “a nuestra nación” (NVI). Pero el centurión dijo de sí mismo: “No soy digno de tanto honor”. No confiaba en su propia bondad. Su fe se aferró a Cristo en su verdadero carácter: el Amigo y Salvador de la humanidad.

Cuando Satanás nos dice que somos pecadores, digámosle que Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores. La única alegación que podemos presentar ahora y siempre, es nuestra absoluta falta de fuerza, que hace de su poder redentor una necesidad.

*Nada en mis manos traigo; Simplemente a tu cruz me aferro.*¹

¹ De la 5ª estrofa del himno en inglés *Rock of Ages* [Roca de la eternidad], escrito en 1776 por Augustus M. Toplady, un ministro anglicano.

El pueblo judío no veía en Jesús nada que fuese deseable. Pero el centurión –educado en la idolatría de Roma, aparentemente separado de la vida espiritual por causa de su educación y ambiente, y excluido por la intolerancia de Israel– percibió la verdad hacia la cual los hijos de Abraham eran ciegos. “La luz verdadera, quien da luz a todos” (Juan 1:9) había estado alumbrándolo, y pudo percibir la gloria del Hijo de Dios. Para Jesús, esto era una muestra por adelantado de la reunión de personas de todas las naciones en su Reino.

Un muerto es resucitado

Jesús, luego, comenzó a dirigirse hacia Naín, una aldea a unos treinta kilómetros de Capernaum. A lo largo de todo el camino la gente se acercaba, trayéndole sus enfermos para que los sanase, y siempre con la esperanza de que se declarase Rey de Israel. Una muchedumbre alegre y llena de expectativa lo seguía por la senda pedregosa que llevaba hacia las puertas de la aldea, que se encontraba en las serranías.

Mientras se acercaban, vieron un cortejo fúnebre que salía de la ciudad en dirección al cementerio. En un féretro abierto, llevado al frente, se hallaba el cuerpo del muerto. Los lamentos y los sollozos llenaban el aire, y aparentemente todos se habían acercado para demostrar sus condolencias a la familia.

El muerto era el hijo único de su madre viuda. La solitaria y dolida mujer iba acompañando hacia la sepultura a su único apoyo y consuelo terrenal.

“Cuando el Señor la vio, su corazón rebosó de compasión”. Mientras ella caminaba llorando ennegrecida, él se acercó a ella y con delicadeza le dijo: “No llores”. Luego, se acercó al ataúd y lo tocó”. El contacto con la muerte no podía contaminar a Jesús. Los que cargaban el ataúd se detuvieron, y el cortejo fúnebre se acercó hacia él, esperando contra toda esperanza. Allí se hallaba Alguien que había vencido a demonios. ¿Estaba también la muerte sujeta a su poder?

Con voz clara y llena de autoridad, Jesús pronunció estas palabras: “Joven [...] te digo, levántate”. Esa voz penetró los oídos del muerto. El joven abrió los ojos. Jesús lo tomó de la mano y lo levantó, y madre e hijo se unieron en un abrazo largo y lleno de emoción. La multitud miraba en silencio, como si estuviera en la misma presencia de Dios. “Y alababan a Dios diciendo: ‘Un profeta poderoso se ha levantado entre nosotros’ y ‘Dios ha visitado hoy a su pueblo’”. El cortejo fúnebre volvió a Naín como una procesión triunfal.

Jesús, que estuvo al lado de la madre afligida de Naín, se conmueve con compasión por nuestro sufrimiento. Su palabra no tiene menos poder ahora que cuando le habló al joven de Naín (ver Mat. 28:18). Para

todos los que creen en él, todavía es un Salvador viviente.

Jesús despertó al hijo de la madre viuda para que volviese a esta vida terrenal, donde tendría que soportar sus tristezas y volver a caer bajo el poder de la muerte. Pero Jesús consuela nuestra tristeza por los muertos con un mensaje de esperanza infinita: “Yo soy el que vive. Estuve muerto, ¡pero mira! ¡Ahora estoy vivo por siempre y para siempre! Y tengo en mi poder las llaves de la muerte y de la tumba” (Apoc. 1:18).

Satanás no puede retener en la muerte espiritual a una sola persona que con fe reciba la poderosa palabra de Cristo. “Despiértate, tú que duermes; levántate de los muertos” (Efe. 5:14). La palabra de Dios que trajo a la vida al primer hombre sigue dando vida. La palabra de Cristo: “Joven, te digo, levántate”, le dio la vida al joven de Naín. Así también esa frase: “Levántate de los muertos”, es vida para los que la reciben.

“El Espíritu de Dios, quien levantó a Jesús de los muertos, vive en ustedes; y así como Dios levantó a Cristo Jesús de los muertos, él dará vida a sus cuerpos mortales” (Rom. 8:11; ver 1 Tes. 4:16, 17). Tales son las palabras de consuelo con que él nos invita a que nos consolemos unos a otros.

Cómo trataba Jesús los problemas familiares

Este capítulo se basa en Mateo 12:22 al 50; Marcos 3:20 al 35.

Los hijos de José distaban mucho de simpatizar con Jesús en su obra. Los informes que escuchaban acerca de su vida y sus labores los llenaban de inquietud. Oían que pasaba noches enteras en oración, que durante el día estaba rodeado de gente, y que no se tomaba siquiera tiempo para comer. Sus amigos tenían la impresión de que se estaba agotando por su trabajo. No podían explicar su actitud para con los fariseos. Algunos, incluso, temían que estuviese perdiendo el juicio.

Sus hermanos sentían agudamente la desaprobación que recibían por su parentesco con Jesús. Estaban indignados porque hubiese denunciado a los fariseos. Llegaron a la conclusión de que alguien debía persuadirlo a dejar de trabajar así, y lograron que María se uniese con ellos, ya que pensaban que, por amor a ella, él les haría caso en ser más prudente.

Los fariseos habían reiterado la acusación: “Puede expulsar demonios porque el príncipe de los demonios le da poder” (Mat. 9:34). Cristo

les dijo que los que hablaban contra él mismo, sin reconocer su carácter divino, podrían ser perdonados; por el Espíritu Santo, podrían ver su error y arrepentirse. Pero quienes rechazan la obra del Espíritu Santo se colocan donde el arrepentimiento no puede alcanzarlos. Cuando las personas rechazan voluntariamente al Espíritu y declaran que proviene de Satanás, cortan el canal por el cual Dios puede comunicarse con ellos.

Los fariseos, en realidad, no creían la acusación que presentaban contra Jesús. Estos líderes religiosos habían oído en su propio corazón la voz del Espíritu que lo declaraba el Ungido de Israel. En su presencia, habían comprendido su falta de santidad y habían anhelado llegar a ser justos. Pero después de rechazarlo, habría sido demasiado humillante recibirlo como Mesías. Para no tener que reconocer la verdad, trataban de rebatir la enseñanza del Salvador. No podían impedir que realizase milagros, pero hacían cuanto estaba a su alcance para distorsionar su imagen ante las personas. Sin embargo, el convincen-

te Espíritu de Dios los seguía, y tenían que levantar barreras para resistir el Agente más poderoso que Dios puede emplear en el corazón humano.

Dios no ciega los ojos de las personas ni endurece su corazón. Él les manda luz para corregir sus errores. Rechazar esa luz enceguece los ojos y endurece el corazón. A menudo, este proceso es casi imperceptible. Pero cuando despreciamos un rayo de luz, embotamos un poco nuestras percepciones espirituales, y no podemos reconocer tan claramente la siguiente revelación de luz. Así aumentan las tinieblas, hasta que anochece en el corazón. Así había sucedido con esos dirigentes de los judíos. Ellos atribuyeron la obra del Espíritu Santo a Satanás. Al hacer eso, prefirieron deliberadamente el engaño; y desde ese momento fueron dominados por el poder de Satanás.

Estrechamente relacionada con la amonestación de Cristo acerca del pecado contra el Espíritu Santo, se halla la amonestación contra las palabras inútiles y malignas. Las palabras son un indicio del carácter. “Lo que está en el corazón determina lo que uno dice”. Las palabras también tienen poder para afectar al carácter. Somos influenciados por nuestras propias palabras. A menudo, bajo un impulso provocado por Satanás, decimos algo que en realidad no creemos. Pero la expresión produce un efecto sobre los pensamientos, y llegamos a creer lo que dijimos por instigación de Satanás. Habiendo expresado una vez una opinión o una decisión, con frecuencia somos demasiado orgullosos para retractarnos. Tratamos de demostrar que

tenemos razón, hasta que llegamos a creer que realmente es así.

Es peligroso pronunciar una palabra de duda, es peligroso cuestionar y criticar la luz de Dios. Hacer críticas desconsideradas e irreverentes afecta al carácter y fortalece la irreverencia y la incredulidad. Muchos han persistido en ello, hasta estar dispuestos a criticar y rechazar la obra del Espíritu Santo. Jesús dijo: “El día del juicio, tendrán que dar cuenta de toda palabra inútil que hayan dicho. Las palabras que digas te absolverán o te condenarán”. Luego, Jesús añadió una advertencia a quienes habían sido impresionados por sus palabras, pero que no se habían entregado para que el Espíritu Santo viviese en ellos. “Cuando un espíritu maligno sale de una persona, va al desierto en busca de descanso, pero no lo encuentra. Entonces dice: ‘Volveré a la persona de la cual salí’. De modo que regresa y encuentra su antigua casa vacía, barrida y en orden. Entonces el espíritu busca a otros siete espíritus más malignos que él, y todos entran en la persona y viven allí”.

En los días de Cristo, como hoy, por medio de la gracia de Dios muchos habían quedado libres de los malos espíritus que dominaban su vida. Se gozaban en el amor de Dios; pero no tomaban la decisión de entregarse a Dios diariamente para que Cristo habitara en su corazón. Cuando volvía el mal espíritu, con “otros siete espíritus más malignos que él”, quedaban completamente dominados por el poder del maligno.

Posesionados por un nuevo poder

Cuando alguien se entrega a Cristo, un nuevo poder se posesiona del corazón. Se realiza un cambio que no podríamos realizar por nuestra propia cuenta. El corazón que se entrega a Cristo llega a ser una fortaleza suya, que él sostiene en un mundo en rebelión, y él no quiere que ninguna otra autoridad la domine, sino solo la suya. Una vida así guardada por los agentes celestiales es inexpugnable a los asaltos de Satanás.

Pero a menos que nos entreguemos al dominio de Cristo, seremos dominados por el maligno. No es necesario que elijamos deliberadamente servir al reino de las tinieblas, para pasar bajo su dominio; basta que descuidemos de aliarnos con el Reino de la luz. Si no cooperamos con los agentes celestiales, Satanás hará morada en nuestro corazón. La única defensa contra el maligno es Cristo viviendo en el corazón por medio de la fe en su justicia. Si no tenemos una conexión vital con Dios, jamás podremos resistir el egoísmo y la tentación a pecar. Podemos dejar malos hábitos por un tiempo, pero sin una entrega a Cristo, momento tras momento, y una relación continua con él, estamos a la merced del enemigo, y al fin haremos lo que nos ordene.

“Y entonces esa persona queda peor que antes. Eso es lo que le ocurrirá a esta generación maligna”. Nadie se endurece tanto como el que ha despreciado la invitación de la misericordia. La manifestación más común del pecado contra el Espíritu Santo consiste en ignorar persistentemente la invitación del Cielo a arrepentirse.

Al rechazar a Cristo, el pueblo judío cometió el pecado imperdonable; y si no aceptamos la invitación de la misericordia, podemos cometer el mismo error. Avergonzamos al Príncipe de la vida delante de Satanás y ante el universo celestial cuando nos negamos a escuchar a los mensajeros que él elige, y escuchamos en su lugar a personas que desean apartar nuestro corazón de Cristo. Si alguien hace eso, no puede hallar perdón, y finalmente perderá todo deseo de reconciliarse con Dios.

Los verdaderos hermanos de Cristo

Mientras Jesús seguía enseñando a la gente, sus discípulos le hicieron saber que su madre y sus hermanos estaban afuera y deseaban verlo. “Jesús preguntó: ‘¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son mis hermanos?’ Luego señaló a sus discípulos y dijo: ‘Miren, estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo es mi hermano y mi hermana y mi madre’”.

Todos los que reciben a Cristo por la fe están unidos a él por un vínculo más íntimo que el de los parentescos humanos. Al creer y poner en práctica sus palabras, su madre tenía con Jesús una relación salvífica más estrecha que en su relación natural con él. Sus hermanos no se beneficiarían de su conexión con él a menos que lo aceptasen como su Salvador personal.

Su incredulidad fue una parte de la amargura de esa copa de desgracia que él bebió por nosotros.

A Jesús le dolía mucho ver en su hogar la enemistad que se enciende en el corazón humano contra el

evangelio. Sus hermanos consideraban que él necesitaba de sus consejos. Pensaban que si dijera cosas que los escribas y los fariseos aceptaran, se evitaría desagradables controversias. Pensaban que estaba desequilibrado mentalmente, al declarar que tenía autoridad divina. Sabían que los fariseos estaban buscando oportunidades para acusarlo, y les parecía que ya les había dado bastantes.

Ellos no podían captar la misión que había venido a cumplir, y por tanto no podían compadecerse de él en sus pruebas. Sus palabras ásperas y desconsideradas demostraban que no tenían verdadera percepción de su carácter. En vez de consolarlo, su espíritu y sus palabras solo herían su corazón. Su naturaleza sensible era torturada; sus motivos, mal comprendidos; su obra, mal entendida.

A menudo sus hermanos suponían que podían enseñar al que entendía toda la verdad. Condenaban sin reservas lo que no podían entender. Creían que estaban defendiendo a Dios, cuando Dios mismo estaba con ellos hecho carne, y no lo reconocían.

Estas cosas le hacían muy espinoso el camino a Jesús. Tanto le dolía a Cristo no ser comprendido en su propio hogar, que le era un alivio ir adonde no reinaba esa incompreensión. A él le gustaba mucho visitar la casa de Lázaro, María y Marta, porque en la atmósfera de fe y amor

su espíritu hallaba descanso. Sin embargo, muchas veces únicamente podía hallar descanso estando a solas y en comunión con su Padre.

Los que son llamados a soportar incompreensión y desconfianza en su propia casa por causa de Cristo, pueden hallar consuelo al pensar que Jesús soportó lo mismo. Los invita a hallar compañerismo en él, y alivio en compartir con el Padre las cargas de su corazón.

Los que aceptan a Cristo no son dejados huérfanos, para sobrellevar solos las pruebas. Él los recibe como miembros de la familia celestial para que ellos también llamen Padre a su Padre. Él siente por ellos gran ternura, que supera la que nuestros padres o madres sintieron hacia nosotros al vernos indefensos.

Cuando por causa de la pobreza un hebreo estaba obligado a venderse como esclavo, el deber de redimirlo recaía sobre el pariente más cercano (ver Lev. 25:25, 47-49; Rut 2:20). Así también, la obra de redimirnos recayó sobre quien era “pariente cercano” nuestro. Cristo se hizo nuestro “pariente redentor”. El Señor nuestro Salvador es más cercano que un padre, una madre, un hermano o una pareja amante. No podemos comprender este amor, pero en nuestra propia experiencia podemos saber que es verdad.

Capítulo 34

Su yugo es fácil de llevar y la carga que nos da es liviana

Este capítulo se basa en Mateo 11:28 al 30.

“Vengan a mí todos los que están cansados y llevan cargas pesadas, y yo les daré descanso”. El Salvador no dejó que nadie se sintiese privado de su cuidado y amor. Vio a los angustiados y de corazón cargado, a aquellos cuyas esperanzas estaban marchitas, y a quienes trataban de aplacar el anhelo del alma con los goces terrenales, y los invitó a todos a hallar reposo en él.

Tiernamente, invitó así a la gente que trabajaba con esfuerzo: “Pónganse mi yugo. Déjenme enseñarles, porque yo soy humilde y tierno de corazón, y encontrarán descanso para el alma”.

En estas palabras, Cristo habla a todo ser humano. Sépanlo o no, todos están abrumados por cargas que únicamente Cristo puede quitar. La carga más pesada es la carga del pecado. Si tuviéramos que llevarla solos, nos aplastaría. Pero aquel que no tiene pecado tomó nuestro lugar. “El Señor puso sobre él los pecados de todos nosotros” (Isa. 53:6). Él llevó la carga de

nuestra culpa. También llevará la carga de la preocupación y el pesar.

El Hermano Mayor de la raza humana está al lado del Trono eterno. Sabe por experiencia cuáles son las debilidades de la humanidad, nuestras necesidades, y cuán fuertes son nuestras tentaciones, porque enfrentó todas y cada una de las pruebas que enfrentamos nosotros. Sin embargo, él nunca pecó. ¿Estás siendo tentado? Él te librá. ¿Eres débil? Él te fortalecerá. ¿Eres ignorante? Él te iluminará. ¿Estás herido? Él te sanará. “Él sana a los de corazón quebrantado y les venda las heridas” (Sal. 147:3).

Cualesquiera que sean tus ansiedades y pruebas, presenta tu caso ante el Señor. Tu espíritu será fortalecido para poder resistir. Él te abrirá el camino para librarte de aprietos y dificultades. Cuanto más pesadas sean tus cargas, más bienaventurado será el descanso que hallarás al echarlas sobre el Portador de las cargas.

El descanso que Cristo ofrece depende de ciertas condiciones, pero

la Biblia nos dice claramente cuáles son. Todos pueden cumplirlas.

“Pónganse mi yugo”. El yugo es un instrumento de servicio. Se enyuga a los bueyes para el trabajo, y el yugo es esencial para que puedan trabajar eficazmente. Por medio de esta ilustración, Cristo nos enseña que somos llamados a servir. Hemos de tomar su yugo sobre nosotros.

El yugo es la Ley de Dios, que en el nuevo pacto queda escrita en el corazón, y liga al obrero humano a la voluntad de Dios. Si fuésemos dejados para ir adonde nuestra voluntad quiera ir, caeríamos en las filas de Satanás. Por tanto, Dios nos encierra en su voluntad.

Cristo mismo llevó en su humanidad el yugo de este servicio. Él dijo: “He descendido del cielo para hacer la voluntad de Dios, quien me envió, no para hacer mi propia voluntad” (Juan 6:38). El amor por Dios, el celo por su gloria y el amor por la humanidad caída trajeron a Jesús a esta Tierra. Tal fue el poder dominante en su vida. Y él nos invita a adoptar este principio.

Qué nos deja tan cansados

Muchos que tienen el corazón afidido bajo una carga de preocupaciones han elegido servir al mundo, han aceptado sus perplejidades y adoptado sus costumbres. Por causa de esto, su vida se ha convertido en una carga. Con el fin de satisfacer los deseos mundanales, hieren su conciencia y terminan aún más cargados por el remordimiento. Nuestro Señor desea que pongan a un lado ese yugo de esclavitud. Dice: “Mi yugo es fácil de llevar y la carga que les doy es liviana”.

Los invita a buscar el Reino de Dios por encima de todo lo demás y llevar una vida justa. La preocupación es ciega, y no puede discernir el futuro; pero en toda dificultad Jesús tiene su camino preparado para dar alivio. Nuestro Padre celestial tiene mil maneras para proveernos de lo que necesitamos, de las cuales nada sabemos. Los que acepten tener como primer objetivo servir y honrar a Dios, verán desvanecerse las perplejidades y percibirán una senda clara delante de sus pies.

Jesús dice: “Déjenme enseñarles, porque yo soy humilde y tierno de corazón, y encontrarán descanso”. Debemos entrar en la escuela de Cristo y aprender de él. La redención es el proceso que prepara a las personas para el cielo. Esa preparación significa ser librados de ideas, hábitos y prácticas que aprendimos en la escuela del príncipe de las tinieblas.

En el corazón de Cristo había perfecta paz. Nunca lo halagaban los aplausos, ni lo deprimían las críticas o el chasco. Frente a la oposición o un trato cruel, seguía de buen ánimo. Pero muchos de sus seguidores tienen un corazón agitado y angustiado, porque temen confiar en Dios. Temen las consecuencias de entregarse completamente a él. Pero si no hacen esta entrega, no podrán hallar paz.

Cuando hayamos nacido de lo alto, tendremos la misma actitud que tuvo Jesús. Entonces no buscaremos el puesto más elevado. Desearemos sentarnos a los pies de Jesús y aprender de él. Comprenderemos que el valor de nuestra obra está en proporción a la medida en que hemos recibido el Espíritu Santo. La confianza en Dios trae otras santas cualidades mentales,

de manera que en la paciencia podemos poseer nuestras almas.

Cómo su yugo facilita el trabajo

El yugo se coloca sobre los bueyes para ayudarlos a arrastrar la carga, para aliviar esa carga. Así también sucede con el yugo de Cristo. Cuando nuestra voluntad esté absorbida en la voluntad de Dios, hallaremos liviana la carga de la vida. El que anda en el camino de los Mandamientos de Dios camina con Cristo, y en su amor el corazón halla descanso. Cuando Moisés oró: "Permíteme conocer tus caminos, para que pueda comprenderte más a fondo", el Señor le contestó: "Yo mismo iré contigo, Moisés, y te daré descanso" (Éxo. 33:13, 14).

Los que creen en las palabras de Cristo y entregan su vida a los planes que él tiene, hallarán paz. Nada que el mundo haga puede entristecerlos cuando Jesús los alegra con

su presencia. "¡Tú guardarás en perfecta paz a todos los que confían en ti; a todos los que concentran en ti sus pensamientos!" (Isa. 26:3).

Nuestra vida puede parecer enredada, pero si nos confiamos al sabio Artista Maestro, él producirá el modelo de vida y carácter que sea para su propia gloria. Y esa vida, que expresa la gloria –o carácter– de Cristo, será recibido en el Paraíso de Dios.

Al entrar en el reposo por medio de Jesús, el cielo comienza aquí. Respondemos a su invitación, que dice: "Ven, déjame enseñarte", y así comenzamos la vida eterna. El cielo consiste en acercarse constantemente a Dios por medio de Cristo. Cuanto más conozcamos a Dios, tanto más intensa será nuestra felicidad. A medida que caminemos con Jesús en esta vida, podremos ser llenados de su amor, satisfechos con su presencia. Podremos recibir aquí todo lo que puede soportar la naturaleza humana.

Capítulo 35

Jesús calma la tormenta

*Este capítulo se basa en Mateo 8:23 al 34;
Marcos 4:35 al 41; 5:1-20; Lucas 8:22 al 39.*

Había sido un día memorable. Junto al Mar de Galilea Jesús había dado sus primeras parábolas, con las que explicaba la naturaleza de su Reino y la manera en que se establecería. Había comparado su propia obra con la del sembrador; y el desarrollo de su Reino con el crecimiento de la semilla de mostaza y el efecto de la levadura sobre la harina. Había descrito la separación final de los justos y de los impíos mediante las parábolas del trigo y la mala hierba, y de la red del pescador. Había ilustrado las preciosas verdades que enseñaba mediante el tesoro escondido y la perla de gran valor.

Al llegar la noche, los muchedumbres seguían agolpándose en derredor de él. Día tras día las había atendido, casi sin detenerse para comer o descansar. Ahora, el final del día lo hallaba tan sumamente cansado que se retiró en busca de algún lugar solitario al otro lado del lago. Él invitó a sus discípulos a que lo acompañasen allí.

Después de que despidiera a la multitud, los discípulos lo llevaron al barco, y zarparon apresuradamente. Pero pronto otros barcos de pesca que estaban cerca de la orilla se llenaron de gente que se proponía seguir

a Jesús, deseosa de seguir viéndolo y oyéndolo.

El Salvador, vencido por el cansancio y el hambre, se acostó en la popa del barco y no tardó en quedarse dormido. El anochecer había sido sereno y plácido, pero de repente las tinieblas cubrieron el cielo, y se desató una violenta tempestad sobre el lago.

Las olas, agitadas furiosamente por los vientos aullantes, se arrojaban feroces contra el barco y amenazaban hundirlo. Esos valientes pescadores habían conducido su embarcación a puerto seguro en muchas tempestades; pero esta vez, su fuerza y habilidad no servían de nada. Impotentes en las garras de la tempestad, vieron que su barco comenzaba a inundarse.

A Jesús sí le importaba

Absortos en sus esfuerzos por salvarse, se habían olvidado de que Jesús estaba a bordo. Ahora, solo viendo la muerte delante de sí, se acordaron de quién les había ordenado cruzar el mar. Su única esperanza se hallaba en Jesús. “¡Maestro! ¡Maestro!”, clamaron. Pero el rugido de la tempestad ahogaba sus voces, y no

hubo respuesta. La duda y el temor los asaltaron. Jesús había vencido a la enfermedad, los demonios, y aun la muerte. ¿Sería impotente ahora para ayudar a sus discípulos? ¿No era consciente de la angustia que estaban pasando?

Volvieron a llamar, pero no recibieron otra respuesta que el aullido de la furiosa tempestad. Según parecía, serían tragados por las aguas hambrientas.

De repente, el fulgor de un rayo rasgó las tinieblas, y vieron a Jesús acostado y durmiendo sin que lo perturbase la tormenta. Con asombro, exclamaron: “¡Maestro! ¿No te importa que nos ahogemos?”

Sus clamores despertaron a Jesús. Al iluminarlo el resplandor del rayo, vieron la paz del Cielo reflejada en su rostro; percibieron en su mirada amor tierno, y exclamaron: “Señor, ¡sálvanos! ¡Nos vamos a ahogar!”

Jamás alguien profirió ese clamor sin que fuese oído. En tanto que los discípulos sujetaban sus remos para hacer un último esfuerzo, Jesús se puso de pie. Mientras la tempestad rugía y las olas airadas rompían sobre ellos, levantó su mano y les dijo: “¡Silencio! ¡Cálmense!”

Las olas se calmaron, se disiparon las nubes y volvieron a resplandecer las estrellas. El barco descansaba sobre un mar sereno. Entonces Jesús les preguntó, con tristeza: “¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”

Los discípulos quedaron en completo silencio. El terror y la desesperación se habían apoderado de los ocupantes de los barcos que habían salido para acompañar a Jesús. La tempestad había dejado a los barcos

muy cerca unos de otros, y todos los que estaban a bordo de ellos vieron el milagro. Todos murmuraban entre sí: “¿Quién es este hombre? ¡Hasta el viento y las olas lo obedecen!”

Cuando Jesús fue despertado para enfrentar la tempestad, no había en sus palabras ni en su mirada el menor vestigio de temor. Pero él no reposaba tranquilo porque poseyera poder omnipotente. No descansaba en quietud por ser “dueño de la tierra, del mar y del cielo”. Él había depuesto ese poder. “Yo no puedo hacer nada por mi propia cuenta” (Juan 5:30). Él confiaba en el poder del Padre. Descansaba en la fe —fe en el amor y el cuidado de Dios—, y el poder de la palabra que calmó la tempestad era el poder de Dios.

Así también nosotros podemos descansar confiados en el cuidado de nuestro Salvador. El temor de los discípulos en tiempo de peligro reveló su incredulidad. Se olvidaron de Jesús, quien solo pudo ayudarlos cuando se volvieron a él.

Cuando las tormentas de la tentación nos rodean, ¡cuán a menudo batallamos solos contra la tempestad! Confiamos en nuestra propia fuerza hasta que estamos a punto de perecer. Entonces nos acordamos de Jesús. Y si clamamos a él para que nos salve, no clamaremos en vano. Él nunca deja de darnos la ayuda que necesitamos. Si tenemos al Salvador en nuestro corazón, no necesitamos temer. El Redentor nos librará del peligro de la manera en que él reconoce como la mejor.

“Los malvados son como el mar agitado” (Isa. 57:20, NVI). El pecado ha destruido nuestra paz. Ningún

poder humano puede controlar las pasiones que dominan el corazón. Somos tan impotentes en esto como lo eran los discípulos para calmar la rugiente tormenta. Pero por fiera que sea la tempestad, los que claman a Jesús: “Señor, ¡sálvanos!”, hallarán liberación. Su gracia calma la lucha de las pasiones humanas, y en su amor el corazón halla descanso.

Calmó la tormenta hasta convertirla en un susurro y aquietó las olas. ¡Qué bendición fue esa quietud cuando los llevaba al puerto sanos y salvos! (Sal. 107:29, 30).

“Ya que fuimos declarados justos a los ojos de Dios por medio de la fe, tenemos paz con Dios gracias a lo que Jesucristo nuestro Señor hizo por nosotros” (Rom. 5:1).

Por la mañana temprano, el Salvador y sus compañeros llegaron a la orilla. La luz del sol naciente bañaba tierra y mar como una bendición de paz. Pero apenas tocaron la playa, sus ojos contemplaron una escena más terrible que la furia de la tempestad. Dos hombres echaron a correr como locos hacia ellos, como si quisieran despedazarlos. De sus cuerpos colgaban pedazos de cadenas, que habían roto al escapar de sus prisiones. Su piel estaba lacerada y sangraba. Sus ojos lanzaban una mirada fulminante, por detrás del largo y enmarañado cabello. Los demonios los poseían, y se asemejaban más a fieras que a hombres.

Los discípulos huyeron aterrorizados; pero pronto miraron hacia atrás, para ver dónde estaba Jesús. Allí estaba, donde lo habían dejado. El que había calmado la tempestad no huyó.

Cuando los hombres, echando espuma por la boca, se acercaron a él, Jesús levantó la mano con que había ordenado a las olas que se calmasen, y los hombres no pudieron acercarse más.

Con autoridad, ordenó a los espíritus malignos que saliesen de ellos. Sus palabras penetraron las oscurecidas mentes de estos pobres desafortunados. Percibieron vagamente que estaban cerca de Alguien que podía salvarlos de los demonios que los atormentaban. Pero cuando abrieron sus labios para implorar su misericordia, los demonios hablaron en lugar de ellos, clamando furiosos: “¿Por qué te entrometes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Por favor, te suplico que no me tortures!”

Jesús le preguntó: “¿Cómo te llamas?” Y la respuesta fue “Me llamo Legión, porque somos muchos los que estamos dentro de este hombre”. Los demonios rogaron a Jesús que no los echase fuera del país. En la ladera de un cerro no muy distante, una gran piara de cerdos estaba alimentándose. Los demonios pidieron que se les permitiese entrar en ellos. Inmediatamente, la manada echó a correr y a bajar desenfrenadamente por el barranco, y se hundió en el lago, donde todos murieron.

Mientras tanto, un cambio maravilloso había sucedido en los dos endemoniados. Había amanecido en sus mentes. Sus ojos brillaban de inteligencia, y las manos manchadas de sangre estaban relajadas. Con alegres voces los hombres alababan a Dios por su liberación.

Desde el acantilado, los cuidadores de los cerdos habían visto todo lo que había sucedido, y se apresu-

raron a ir a anunciar la noticia a sus amos. Llena de temor y asombro, la población acudió al encuentro de Jesús. Los dos endemoniados habían sido el terror de toda la región. Para nadie era seguro pasar por donde ellos se hallaban. Ahora estos hombres estaban completamente vestidos y en su sano juicio, escuchando las palabras de Jesús y glorificando a quien los había restaurado. Pero la gente no se regocijó; la pérdida de los cerdos le parecía de mayor importancia que la liberación de esos cautivos de Satanás.

Los dueños de los cerdos estaban absortos en las cosas terrenales, y no les importaban los grandes intereses de la vida espiritual. Jesús deseaba romper el hechizo de la indiferencia egoísta, para que pudiesen aceptar su gracia. Pero el resentimiento por la pérdida temporal que tuvieron les cegó los ojos para no ver la misericordia del Salvador.

La superstición suscita temores

La demostración de poder sobrenatural despertó los temores de la gente. Si este Forastero quedaba entre ellos, podían seguir mayores calamidades. Los que habían cruzado el lago con Jesús contaron del peligro que habían corrido en la tempestad, y de cómo Jesús había silenciado el viento y el mar. Pero sus palabras no sirvieron de nada. Con terror, la gente rogó a Jesús que se alejara de ellos, y él accedió, embarcándose inmediatamente hacia la orilla opuesta.

Los habitantes de Gadara temían tanto arriesgar sus intereses terrenales, que trataron como a un intruso al

Jesús, quien había vencido al príncipe de las tinieblas delante de sus ojos. Y cerraron la puerta al Don del cielo. Aún son muchos los que se niegan a obedecer la palabra de Cristo porque la obediencia implicaría sacrificar algún interés mundanal. Por temor a que su presencia les cause pérdidas monetarias, muchos rechazan su gracia y alejan de ellos a su Espíritu.

Pero los endemoniados restaurados por Jesús deseaban la compañía de su Libertador. En su presencia se sentían seguros de los demonios que los habían atormentado y echado a perder los mejores años de su vida. Cuando Jesús estaba por subir al barco, ellos seguían a su lado, y le rogaron que los mantuviese cerca de él. Pero Jesús les dijo que se fuesen a sus casas y contaran todo lo que el Señor había hecho por ellos.

Ahora tenían una obra que hacer: ir a un hogar pagano y contarles de la bendición que habían recibido de Jesús. Era duro para ellos separarse del Salvador. Seguramente les iban a asediar grandes dificultades. Su largo aislamiento de la sociedad parecía haberlos descalificado para la obra que él dado. Pero tan pronto como Jesús les señaló su deber, estuvieron listos para obedecer. Ellos fueron por toda Decápolis declarando por doquier su poder salvador y describiendo cómo los había librado de los demonios. Al hacer esa obra, pudieron recibir una bendición mayor que si hubieran permanecido en su presencia. Al trabajar difundiendo las "buenas nuevas" de la salvación, nos acercamos al Salvador.

Los dos hombres restaurados fueron los primeros misioneros que

Cristo envió a predicar el evangelio en la región de Decápolis. Esos hombres habían tenido el privilegio de oír las enseñanzas de Cristo por unos pocos momentos. Pero llevaban en su persona la evidencia de que Jesús era el Mesías. Podían contar lo que sabían; lo que ellos mismos habían visto, oído y sentido del poder de Cristo. Esto es lo que puede hacer todo aquel que fue conmovido en su corazón por la gracia de Dios (ver 1 Juan 1:1-3).

Si hemos estado siguiendo a Jesús paso a paso, tendremos algo que decir acerca de la manera en que nos ha conducido, cómo hemos probado su promesa y la hemos hallado veraz. El Señor nos llama para dar este testimonio.

Aunque los habitantes de Gadara no recibieron a Jesús, él no los dejó en las tinieblas que habían elegido. Ellos no habían oído sus palabras. No sabían lo que estaban rechazando. Por tanto, les volvió a mandar luz por medio de personas a quienes no podían negarse a escuchar.

La destrucción de los cerdos despertó a toda la región como no podría haberlo hecho cualquier otra cosa, y dirigió la atención hacia Cristo. Los hombres a quienes había sanado permanecieron como testigos de su poder, canales de luz, mensajeros del Hijo de Dios. Esta experiencia abrió una puerta de oportunidad en toda esa región. Cuando Jesús volvió a Decápolis,

miles oyeron el mensaje. Dios convierte aun las obras del maligno en algo bueno.

Los endemoniados de Gadara, que moraban en los sepulcros, esclavos de pasiones indomables y repugnantes concupiscencias, representan lo que la humanidad llegaría a ser si fuese entregada al control de Satanás. Él ejerce constantemente su influencia sobre las personas para dominar la mente e incitar a la violencia y al crimen. Oscurece el intelecto y contamina el corazón. Siempre que las personas rechacen la invitación del Salvador, se están entregando a Satanás. Muchos en los hogares, en los negocios, y aun en la iglesia, están haciendo esto hoy. Y a causa de esto la violencia y el crimen cubren totalmente la Tierra. Y las tinieblas morales envuelven las moradas de los hombres. Satanás induce a hombres y mujeres a cometer males cada vez peores, hasta provocar completa degradación y ruina. La única salvaguardia contra su poder es la presencia de Jesús. Ante los hombres y los ángeles, Satanás se ha revelado como nuestro enemigo y destructor; Cristo, como nuestro Amigo y Libertador.

Dios nos ha llamado a ser “transformados según la imagen de su Hijo” (Rom. 8:29, NVI). Y las personas que han sido degradadas en instrumentos de Satanás todavía continúan siendo transformadas mediante Cristo en mensajeras de justicia, y enviadas a contar “todo lo que el Señor ha hecho por ti”.

Capítulo 36

El toque de fe trae sanidad

*Este capítulo se basa en Mateo 9:18 al 26;
Marcos 5:21 al 43; Lucas 8:40 al 56.*

Al volver de Gadara a la costa occidental del lago de Galilea, Jesús encontró una multitud reunida para recibirlo. Él permaneció en la orilla por un tiempo, enseñando y sanando, y luego se dirigió a la casa de Leví Mateo, para encontrarse con los cobradores de impuestos en su fiesta Jairo, jefe de la sinagoga, lo encontró allí. Con gran angustia exclamó: “Mi hijita se está muriendo. [...] Por favor, ven y pon tus manos sobre ella para que se sane y viva”.

Jesús se encaminó inmediatamente con el líder hacia su casa. Los discípulos se sorprendieron al verlo acceder a la súplica del orgulloso rabino; sin embargo, acompañaron a su Maestro, y la gente los siguió. Jesús y sus compañeros avanzaban lentamente, porque la muchedumbre lo apretujaba de todos lados. El ansioso padre estaba impaciente; pero Jesús se detenía de vez en cuando para aliviar algún sufrimiento o consolar algún corazón afligido.

Mientras estaban en camino, un mensajero se abrió paso a través de

la multitud: traía la noticia de que la hija de Jairo había muerto. Esas palabras llegaron a oídos de Jesús. Dijo: “No tengas miedo. Solo ten fe, y ella será sanada”.

Juntos se apresuraron a llegar a la casa del jefe. Ya estaban allí las planificadoras y los flautistas contratados, llenando el aire con su clamor. Jesús trató de acallarlos, diciendo: “¿Por qué tanto alboroto y llanto? La niña no está muerta; solo duerme”. Ellos se indignaron al oír las palabras del Forastero. Habían visto a la niña en las garras de la muerte. Después de exigir que todos se fueran, Jesús llamó al padre y a la madre de la niña, a Pedro, Santiago y Juan, y juntos entraron en la cámara mortuoria.

Jesús se acercó a la cama y, tomando la mano de la niña en la suya, pronunció suavemente, en el idioma familiar del hogar, las palabras: “¡Niña, levántate!”

Instantáneamente, un temblor pasó por el cuerpo inconsciente. Los ojos se abrieron como si despertasen del sueño, y la niña miró

con asombro al grupo que la rodeaba. Se levantó, y sus padres la abrazaron, llorando de gozo.

Cuando iba de camino a la casa del líder, Jesús se había encontrado con una pobre mujer que durante doce años había estado sufriendo de una enfermedad que hacía de su vida una carga. Había gastado todo su dinero en médicos y remedios, solamente para que le dijeran que tenía una enfermedad incurable. Pero sus esperanzas revivieron cuando oyó de Cristo. Si podía tan solo ir a él, sería sanada. Con debilidad y sufrimiento, fue a la orilla del mar, donde él estaba enseñando, y trató de abrirse paso a través de la multitud, pero no lo logró. Lo siguió desde la casa de Leví Mateo, pero tampoco pudo acercársele. Había empezado a desesperarse, hasta que él llegó cerca de donde ella se encontraba.

¡Se hallaba en presencia del gran Médico! Pero entre la confusión no podía hablarle, ni lograr más que verlo fugazmente. Con temor de perder su única oportunidad de recibir alivio, se adelantó con esfuerzo, diciéndose: "Si tan solo tocara su túnica, quedaré sana". Mientras él pasaba, ella extendió la mano y alcanzó a tocar apenas el borde de su túnica. En ese único toque se concentró la fe de su vida, e instantáneamente su dolor y debilidad dieron lugar al vigor de una salud perfecta.

Con corazón agradecido, trató de retirarse inadvertidamente de la muchedumbre. Pero de repente Jesús se detuvo. Mirando en derredor, preguntó con una voz que todos podían oír por encima de la confusión de la multitud: "¿Quién me tocó?" Como

se lo empujaba de todos lados, parecía una pregunta extraña.

Pedro, siempre listo para hablar, dijo: "Maestro, la multitud entera se apretuja contra ti". Jesús contestó: "Alguien me tocó a propósito, porque yo sentí que salió poder sanador de mí". El Salvador podía distinguir el toque de la fe del contacto casual de la muchedumbre indiferente. Una confianza tal no debía ser pasada por alto sin comentario. Él quería dirigir a la humilde mujer palabras de consuelo, palabras que fuesen una bendición para sus seguidores hasta el fin del tiempo.

Mirando hacia la mujer, Jesús insistió en saber quién lo había tocado. Viendo que era en vano tratar de ocultarse, ella se adelantó, temblorosa. Con lágrimas de agradecimiento le relató la historia de sus sufrimientos y de cómo había hallado alivio. Jesús le dijo "Hija [...] tu fe te ha sanado. Ve en paz". Él no dio oportunidad a que la superstición afirmara que había sanación en el mero acto de tocar sus ropas. La curación se realizó por medio de la fe que se aferró de su poder divino.

La fe viva trae sanidad

Hablar de religión de una manera casual, orar sin hambre del alma ni fe viviente, no vale de nada. Una fe teórica, que acepta a Cristo meramente como Salvador del mundo, jamás puede traer sanidad a la vida espiritual. La fe no es un mero asentimiento intelectual a la verdad. No es suficiente creer *acerca* de Cristo; debemos creer *en* él. La fe salvadora es una transacción por medio de la cual quienes reciben a Cristo se

unen con Dios en una relación de pacto. La fe genuina produce un aumento del vigor, una confianza profunda y voluntaria, por medio de la cual nuestro espíritu llega a ser un poder vencedor.

Después de sanar a la mujer, Jesús deseó que ella reconociese la bendición recibida. Los dones del evangelio no se disfrutan en secreto. Nuestra confesión de su fidelidad es la forma escogida por el Cielo para revelar a Cristo al mundo. El testimonio de nuestra propia experiencia será lo más eficaz (ver Isa. 43:12). Cuando están respaldadas por una vida semejante a la de Cristo, nuestras historias personales acerca de su gracia tienen un poder irresistible que obra para la salvación de los demás.

Cuando los diez leprosos fueron a Jesús para ser sanados, quedaron

limpios; pero uno solo volvió para darle gloria. Los otros siguieron su camino, olvidándose de quién los había sanado. ¡Cuántos hay que siguen haciendo lo mismo! El Señor levanta a los enfermos, libra a las personas de peligros, envía a los ángeles para salvarlas de calamidades, para protegerlas de enfermedades y catástrofes (Sal. 91:6), pero ellas no recuerdan su gran amor. Por su ingratitud, cierran su corazón a la gracia de Dios.

Es para nuestro propio beneficio el mantener fresco en nuestra memoria todo don de Dios. Esto fortalece la fe. Recordemos, pues, el amor inagotable del Señor. Y al repasar el trato de Dios con nosotros, declaremos: “¿Qué puedo ofrecerle al Señor por todo lo que ha hecho a mi favor?” (Sal. 116:12).

Capítulo 37

Los primeros evangelistas

*Este capítulo se basa en Mateo 10;
Marcos 6:7 al 11; Lucas 9:1 al 6.*

Los apóstoles habían acompañado a Jesús viajando a pie por Galilea. Habían caminado y hablado con el Hijo de Dios, y habían aprendido cómo trabajar por la humanidad. Cuando Jesús ministraba a las muchedumbres, sus discípulos estaban deseosos de aliviar su labor. Ayudaban a traer a los que sufrían ante el Salvador, y procuraban la comodidad de todos. Estaban alerta para detectar a los oyentes interesados y les explicaban las Escrituras.

Pero ellos necesitaban aprender a trabajar solos. Todavía necesitaban de mucha instrucción y paciencia. Ahora, mientras él estaba personalmente con ellos para aconsejarlos y corregirlos, el Salvador los envió como representantes suyos.

Con frecuencia, los discípulos se habían sentido perplejos a causa de las enseñanzas de los fariseos, pero habían llevado sus preguntas a Jesús. Él había fortalecido su confianza en la Palabra de Dios, y en gran medida los había libertado de su servidumbre a la tradición. Cuando estuvieran

separados de él recordarían cada una de sus miradas y de sus palabras. Con frecuencia, mientras estuvieran en conflicto con los enemigos del evangelio repetirían sus palabras.

Llamando a los Doce en derredor de sí, Jesús les ordenó que fueran de dos en dos por los pueblos y las aldeas. Así podían aconsejarse y orar juntos, la fortaleza de uno compensaría la debilidad del otro.

La obra de evangelización tendría mucho más éxito si los cristianos siguieran este ejemplo.

Los discípulos no debían discutir con nadie sobre si Jesús era el Mesías; sino que en su nombre debían hacer estas obras: “Sanen a los enfermos, resuciten a los muertos, curen a los leprosos y expulsen a los demonios. ¡Den tan gratuitamente como han recibido!”

Jesús dedicó más tiempo a sanar a los enfermos que a predicar. Doquiera que fuera, la gente que recibía su compasión se regocijaba en la salud recobrada. Su voz era el primer sonido que muchos habían oído; su nombre, la primera palabra

que hubiesen pronunciado; su rostro, el primero que hubiesen visto. Cuando pasaba por los pueblos y las ciudades, era como una corriente vital que difundía vida y gozo.

Los seguidores de Cristo han de trabajar como él obró. Hemos de alimentar al hambriento, consolar al doliente e inspirar esperanza al descorazonado. El amor de Cristo, manifestado en un ministerio abnegado, será más eficaz para reformar a quien hace el mal que la espada o la corte de justicia. A menudo el corazón se enternecerá bajo el amor de Cristo. Por medio de sus siervos, Dios desea ser un Consolador mucho mayor de lo que el mundo conoce.

En su primera gira misionera, los discípulos debían ir solamente “al pueblo de Israel, las ovejas perdidas de Dios”. Si los judíos recibieran el evangelio, Dios se proponía hacerlos sus mensajeros a los gentiles. Por tanto, fueron los primeros en oír el mensaje.

En esta primera gira, los discípulos debían ir solo adonde Jesús había estado antes y se había hecho de amigos. Su preparación para el viaje debía ser de lo más sencilla. No debían adoptar la vestimenta de los maestros religiosos ni usar ciertas ropas que los distinguiese de los humildes campesinos. No debían convocar a las gentes a reuniones públicas; debían concentrar sus esfuerzos al trabajo de casa en casa. En todo lugar debían aceptar la hospitalidad de los que los recibiesen como a Cristo mismo, y entrar en ese hogar con el hermoso saludo: “La paz de Dios sea sobre esta casa” (Luc. 10:5). Ese hogar iba a ser bendecido por sus oraciones, sus cantos de alabanza y

la explicación de las Escrituras en el círculo familiar. El mensaje que llevaban era la palabra de vida eterna, y el destino de hombres y mujeres dependía de que lo aceptasen o rechazasen (ver Mat. 10:14, 15).

Jesús dijo: “Miren, los envío como ovejas en medio de lobos. Por lo tanto, sean astutos como serpientes e inofensivos como palomas”. Cristo mismo no suprimió una palabra de la verdad, pero siempre hablaba con amor. Nunca fue rudo, nunca causó un dolor innecesario a un alma sensible. No regañó la debilidad humana. Denunció sin temor alguno la hipocresía y la maldad, pero su voz se quebraba al pronunciar sus más severas reprensiones. Toda persona era preciosa a sus ojos.

Los siervos de Cristo necesitan tener una íntima comunión con Dios, no sea que, ante una provocación, el yo se levante y ellos dejen escapar un torrente de palabras que disten mucho de ser como el rocío y como las suaves lloviznas que refrescan las plantas a punto de marchitarse. Los siervos de Dios han de fijar sus ojos en la belleza de Cristo. Entonces podrán presentar el evangelio con un tacto dado por Dios. Y el espíritu que se mantiene amable frente a personas o circunstancias difíciles hablará más eficazmente en favor de la verdad que cualquier argumento, por poderoso que sea.

Tendremos que enfrentar oposición

Continuando con sus instrucciones a sus discípulos, Jesús dijo: “Guárdense de los hombres” (RVA 2015). No debían poner una confianza implícita en los que no conocían a

Dios, ni darles a conocer sus planes; porque esto daría una ventaja a los agentes de Satanás. Las ideas humanas muchas veces obran en contra de los planes de Dios. Los siervos de Dios deshonran a Dios y traicionan el evangelio cuando dependen del consejo de quienes no están bajo la dirección del Espíritu Santo.

“Los entregarán a los tribunales. [...] Serán sometidos a juicio delante de gobernantes y reyes por ser mis seguidores; pero esa será una oportunidad para que les hablen a los gobernantes y a otros incrédulos acerca de mí”. Los siervos de Cristo serán llevados ante los grandes de la Tierra, quienes de otra manera tal vez nunca habrían oído el evangelio. Después de haber escuchado falsas acusaciones con respecto a la fe de los discípulos de Cristo, a menudo la única forma que tienen de conocer su verdadero carácter es el testimonio de quienes son llevados a juicio por ella. Jesús dijo: “Dios les dará las palabras apropiadas en el momento preciso. Pues no serán ustedes los que hablen, sino que el Espíritu de su Padre hablará por medio de ustedes”. Los que rechazan la verdad se levantarán para acusar a los discípulos. Pero los hijos del Señor han de revelar la mansedumbre de su Ejemplo divino. Así, los gobernantes y el pueblo verán el contraste entre los agentes de Satanás y los representantes de Cristo.

Los siervos de Cristo no debían preparar discurso alguno para pronunciarlo cuando fuesen llevados a juicio. El Espíritu Santo les haría recordar las mismas verdades que necesitasen. El conocimiento que habían obtenido por medio de un es-

tudio diligente de las Escrituras iba a venirles a la memoria como un rayo. Pero si alguno hubiera descuidado el familiarizarse con las palabras de Cristo, no podría esperar que el Espíritu Santo le hiciese recordar sus palabras.

Qué hacer cuando surgen persecuciones

Los discípulos de Cristo serían traicionados incluso por los miembros de sus propias familias. “Todas las naciones los odiarán a ustedes por ser mis seguidores, pero todo el que se mantenga firme hasta el fin será salvo”. Pero les ordenó no exponerse innecesariamente a la persecución. Con frecuencia, él mismo dejaba un campo de labor por otro, con el fin de escapar de quienes buscaban quitarle la vida. Asimismo, sus siervos no debían desanimarse por la persecución, sino buscar un lugar donde pudiesen seguir trabajando por las almas.

Pero cualquiera que sea el peligro, los que siguen a Cristo no deben ocultar sus principios. No pueden permanecer sin comprometerse hasta estar seguros de que pueden confesar la verdad sin riesgo. Jesús dijo: “Lo que ahora les digo en la oscuridad, grítenlo por todas partes cuando llegue el amanecer. Lo que les susurro al oído, grítenlo desde las azoteas, para que todos lo escuchen”.

Jesús mismo nunca compró la paz haciendo concesiones. Su corazón rebosaba de amor por toda la familia humana, pero nunca consintió sus pecados. Amaba demasiado a los seres humanos para guardar silencio mientras estos seguían una conduc-

ta que sería la ruina del alma. Él trabajaba para que las personas fuesen fieles a sí mismas, fieles a su más elevado y eterno interés. Los siervos de Cristo son llamados a hacer la misma obra, y deben tener cuidado de no renunciar a la verdad al tratar de evitar los conflictos. Jamás podremos obtener la paz verdadera cediendo los principios. Y nadie puede ser fiel a los principios sin incitar la oposición. Jesús dijo a sus discípulos: “No teman a los que quieren matarles el cuerpo; no pueden tocar el alma”. Lo único que han de temer es renunciar a la verdad, y así traicionar el cometido con que Dios los honró.

Satanás obra tratando de llenar nuestros corazones de duda. Nos tienta a pecar, y luego a considerarnos demasiado malos para acercarnos a nuestro Padre celestial. El Señor comprende todo eso. Jesús aseguró a sus discípulos la compasión de Dios; que no se exhala un suspiro, no se siente un solo dolor ni ninguna angustia atormenta el alma sin que esa punzada llegue al corazón del Padre.

La Biblia nos muestra a Dios en un lugar alto y santo (Isa. 57:15), no en un estado de inactividad, ni en silencio y soledad, sino rodeado por millares de seres santos dispuestos a hacer su voluntad. A través de canales que no podemos comprender, está en activa comunicación con cada parte de su dominio, incluyendo el grano de arena que es este mundo. Dios se inclina desde su Trono para oír el clamor de los oprimidos. A toda oración sincera, él contesta: “Aquí estoy”. Levanta al angustiado y al que es pisoteado. En cada tentación y prueba, el

ángel de su presencia está cerca para librarnos.

Y Jesús continúa: “Así como me reconozcan ante los demás, los reconoceré ante Dios y los santos ángeles. Ustedes han de ser mis testigos en la tierra; así también yo seré vuestro representante en el cielo. El Padre no considera vuestro carácter deficiente, sino que los ve revestidos de mi perfección. Todo el que comparta mi sacrificio por los perdidos, participará de la gloria y el gozo de los redimidos”.

Los que quieran confesar a Cristo deben tener a Cristo morando en ellos. Los discípulos podían hablar fácilmente de las doctrinas, pero a menos que poseyeran una mansedumbre y un amor como los de Cristo, no lo estarían representando. Un espíritu contrario al espíritu de Cristo lo negaría. Podemos negar a Cristo por medio de la calumnia, por hablar neciamente y por hablar palabras falsas o hirientes. Podemos negarlo al rehuir las cargas de la vida, al conformarnos con el mundo, tener una conducta descortés, justificar al yo, albergar dudas, y al buscarnos dificultades. Y “al que me niegue aquí en la tierra también yo lo negaré delante de mi Padre en el cielo”.

El Salvador dijo: “No vine a traer paz, sino espada”. Este conflicto no es efecto del evangelio, sino resultado de la oposición a él. De todas las persecuciones, la más difícil de soportar es la que viene del hogar, el distanciamiento de nuestros amigos terrenales más queridos. Pero Jesús declara: “Si amas a tu padre o a tu madre más que a mí, no eres digno de ser mío; si amas a tu hijo o a tu

hija más que a mí, no eres digno de ser mío". El que los recibe a ustedes me recibe a mí, y el que me recibe a mí recibe al Padre, quien me envió". Cristo recompensará todo acto de bondad manifestado en su nombre. Él incluye a los más débiles y humildes miembros de la familia de Dios. "Si le dan siquiera un vaso de agua fresca a uno de mis seguidores más

insignificantes, les aseguro que recibirán una recompensa".

Y así terminó el Salvador sus instrucciones. Los Doce elegidos salieron, como él había salido, "para llevar la Buena Noticia a los pobres [...] a proclamar que los cautivos serán liberados, que los ciegos verán, que los oprimidos serán puestos en libertad" (Luc. 4:18).

Capítulo 38

Cristo y los Doce se toman un descanso

Este capítulo se basa en Mateo 14:1, 2, 12 y 13; Marcos 6:30 al 32; Lucas 9:7 al 10.

Al terminar su gira misionera, “los apóstoles regresaron de su viaje y le contaron a Jesús todo lo que habían hecho y enseñado. Entonces Jesús les dijo: ‘Vayamos solos a un lugar tranquilo para descansar un rato’”.

La relación íntima de los discípulos con Jesús los animaba a contarle sus buenas y malas experiencias como evangelistas. Cuando le relataron francamente a Cristo sus experiencias, él vio que necesitaban mucha instrucción. También notó que necesitaban reposo.

Pero no podían tener privacidad donde estaban entonces, “porque había tanta gente que iba y venía que Jesús y sus apóstoles no tenían tiempo ni para comer”. La gente se agolpaba en derredor de Cristo, ansiosa de ser sanada y ávida de escuchar sus palabras. A muchos les parecía que él era la fuente de toda bendición.

Pero ahora Cristo anhelaba alejarse de las multitudes porque tenía mucho que decirles a sus discípulos. Por momentos, en su trabajo habían estado muy preocupados deseando saber qué hacer. Ahora necesitaban

ir a un lugar de retiro, donde pudiesen hablar en privado con Jesús y recibir instrucciones para su obra futura. Ellos habían consagrado toda su alma a trabajar por la gente, y esto estaba agotando su fuerza física y mental. Era su deber descansar.

Al notar los discípulos cómo sus labores tenían éxito, corrían peligro de atribuirse el mérito a sí mismos, de albergar orgullo espiritual, y así caer bajo las tentaciones de Satanás. Ellos debían aprender que su fuerza no residía en sí mismos, sino en Dios. Necesitaban pasar tiempo con Cristo, con la naturaleza y con su propio corazón.

Fue más o menos por ese tiempo que Jesús recibió la noticia de la muerte de Juan el Bautista. Eso trajo a su mente de forma vívida el final hacia el cual se dirigían sus propios pasos. Los sacerdotes y los rabinos lo vigilaban, algunos espías lo seguían de cerca, y se multiplicaban las conspiraciones para destruirlo.

Habían llegado a Herodes noticias de Jesús y su obra. Decía: “¡Este debe ser Juan el Bautista que resucitó de los muertos!”, y expresó el deseo de

ver a Jesús. Herodes temía constantemente que se levantara una revolución para destronarlo y librar a la nación judía del yugo romano. Entre la gente cundía un espíritu de revuelta. Era evidente que las labores públicas de Cristo en Galilea no podían continuar por mucho tiempo, y él anhelaba apartarse por unos momentos de la confusión de la multitud.

Con corazones entristecidos los discípulos de Juan habían sepultado su cuerpo mutilado. “Luego fueron a contarle a Jesús lo que había sucedido”. Esos discípulos habían sentido envidia de Cristo y habían dudado de su misión divina porque no había libertado al Bautista. Pero ahora anhelaban consuelo en su gran tristeza y dirección para su obra futura. Ellos vinieron a Jesús y unieron su causa con la suya.

En el extremo norte del lago, había una región solitaria, embellecida con el fresco verdor de la primavera. Se dirigieron hacia ese lugar en su bote. Las escenas de la naturaleza eran en sí mismas un reposo, y refrescaban los sentidos. Ahí podrían escuchar las palabras de Cristo sin las airadas interrupciones, las réplicas y acusaciones de los escribas y los fariseos.

El descanso los renovó

Cristo y sus discípulos no pasaron ese tiempo de retiro buscando placeres. Ellos conversaron acerca de la obra de Dios y de cómo ser más eficientes. Cristo corrigió sus errores y les aclaró la mejor manera de acercarse a la gente. Ellos fueron vitalizados por el poder divino, e inspirados con esperanza y valor.

Cuando Jesús dijo que la cosecha era mucha y pocos los obreros, no exhortó a trabajar sin cesar, sino que dijo: “Así que oren al Señor que está a cargo de la cosecha; pídanle que envíe más obreros a sus campos” (Mat. 9:38). Dios no quiere que unos pocos trabajen atiborrados de responsabilidades mientras que otros no llevan ninguna carga ni preocupación en su corazón.

Las compasivas palabras de Cristo se aplican a sus obreros actuales: “Vayamos solos [...] para descansar un rato”. No es sabio estar siempre bajo la tensión de atender las necesidades espirituales de los demás, porque de esa manera descuidamos la devoción personal y agotamos alma y cuerpo. Dios exige abnegación, pero debemos tener cuidado, no sea que por su exceso de celo Satanás se aproveche de la debilidad humana y perjudique la obra de Dios.

Cuando se multiplican las actividades y llegamos a tener éxito en realizar algún trabajo para Dios, existe la tendencia a orar menos y a tener menos fe. Perdemos de vista nuestra dependencia de Dios y tratamos de hacer de nuestra actividad un salvador. El poder de Cristo es el que realiza la obra. Debemos dedicar tiempo a la meditación, la oración y el estudio de la Palabra de Dios. Únicamente la obra realizada con mucha oración y santificada por el mérito de Cristo es la que al fin resultará eficaz para el bien.

Nunca estaba demasiado ocupado para hablar con Dios

Ninguna vida estuvo tan llena de trabajo como la de Jesús; sin embar-

go, ¡cuán a menudo se lo encontraba en oración! Vez tras vez, encontramos registros como este: “Antes del amanecer, Jesús se levantó y fue a un lugar aislado para orar”. “Grandes multitudes llegaron para escucharlo predicar y ser sanados de sus enfermedades. Así que Jesús muchas veces se alejaba al desierto para orar”. “Cierta día, poco tiempo después, Jesús subió a un monte a orar y oró a Dios toda la noche” (Mar. 1:35; Luc. 5:15, 16; 6:12).

Al Salvador le era necesario apartarse de una vida de incesante actividad y contacto con las necesidades humanas para buscar comunión ininterrumpida con su Padre. Como uno de nosotros, dependía enteramente de Dios. En el lugar secreto de oración buscaba fuerza divina con el fin de salir fortalecido para enfrentar los deberes y las pruebas. Jesús soportó luchas y torturas del alma. En la comunión con Dios podía descargarse de los pesares que lo abrumbaban. Como hombre, suplicaba al tro-

no de Dios, hasta que su humanidad estuviera cargada de una corriente celestial que conectaría a la humanidad con la divinidad. Recibía vida de Dios para impartirla al mundo. Su carácter debe ser el nuestro.

Si hoy tomásemos tiempo para ir a Jesús y contarle nuestras necesidades, no quedaríamos defraudados. Él es el Consejero Maravilloso (Isa. 9:6). Él nos ha invitado a que le pidamos sabiduría. Él “da a todos generosamente sin menospreciar a nadie” (Luc. 1:5, NVI).

Cada uno necesita tener una experiencia personal en obtener conocimiento de la voluntad de Dios. Individualmente, debemos oírlo hablándonos al corazón. Cuando todas las demás voces quedan en silencio, y en la quietud esperamos ante él, el silencio del corazón hace más distinta la voz de Dios (ver Sal. 46:10). Solo aquí podemos encontrar verdadero reposo. Los que son así renovados revelarán un poder divino que alcanzará los corazones de las personas.

Capítulo 39

“Denles ustedes de comer”

*Este capítulo se basa en Mateo 14:13 al 21; Marcos 6:32 al 44;
Lucas 9:10 al 17; Juan 6:1 al 13.*

Aquel inusual momento de apacible quietud no duró mucho tiempo. Los discípulos pensaban que no serían molestados; pero tan pronto como la multitud echó de menos al divino Maestro, preguntó: “¿Dónde está?” Algunos habían visto la dirección en que Cristo y sus discípulos habían ido. Muchos fueron por tierra para buscarlos; otros, en sus barcos. La Pascua se acercaba, y peregrinos que se dirigían a Jerusalén fueron congregándose para ver a Jesús, hasta que llegaron a ser como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

Desde la ladera de la colina, Jesús miró a la multitud, y “tuvo compasión de ellos porque eran como ovejas sin pastor”. Abandonando su retiro, halló un lugar conveniente donde poder atenderlos.

La gente escuchaba las palabras de misericordia de los labios del Hijo de Dios. Palabras que les parecían un remedio que aliviaba su corazón. El poder sanador de su mano divina impartía vida a los moribundos, y alivio y salud a los que sufrían enfermedades. Ese día les pareció como si el cielo estaba en la tierra, y no se percataron de que había pasado mu-

cho tiempo desde la última vez que habían comido.

Finalmente, el sol comenzó a hundirse en el occidente y, sin embargo, la gente seguía allí. Jesús había trabajado todo el día sin comer ni descansar, pero no podía apartarse de la muchedumbre que se apiñaba en derredor suyo.

Los discípulos finalmente le insistieron a Jesús en que, por el bien de la gente, había que despedirla. Muchos no habían comido desde la mañana. En los pueblos de los alrededores podrían conseguir alimentos. Pero Jesús dijo: “Denles ustedes de comer”. Dirigiéndose a Felipe, le preguntó: “¿Dónde podemos comprar pan para alimentar a toda esta gente?” Esto lo dijo para probar la fe del discípulo. Felipe miró el mar de cabezas y contestó que doscientos denarios¹ de pan no alcanzarían ni para que cada uno tuviese un poco.

Jesús preguntó cuánto alimento podían encontrar entre la multitud. Andrés dijo: “Aquí hay un

¹ El denario equivalía al salario de un día de un trabajador común (ver Mat. 20:1, 2).

muchachito que tiene cinco panes de cebada y dos pescados. ¿Pero de qué sirven ante esta enorme multitud?” Jesús indicó que le trajesen esas cosas y que los discípulos hiciesen sentar a la gente sobre la hierba, en grupos de cincuenta y de cien personas, para que todos pudiesen observar lo que iba a hacer. Hecho esto, Jesús “miró hacia el cielo y los bendijo. Luego, a medida que partía los panes en trozos, se los daba a sus discípulos para que los distribuyeran entre la gente. También dividió los pescados para que cada persona tuviera su porción. Todos comieron cuanto quisieron, y después los discípulos juntaron doce canastas con lo que sobró de pan y pescado”. El que enseñaba a la gente la manera de obtener paz y felicidad se preocupaba tanto de sus necesidades físicas como de las espirituales.

Cristo nunca obró un milagro que no fuese para suplir una necesidad genuina, y cada milagro tenía el objetivo de conducir a la gente al árbol de la vida. El alimento sencillo que las manos de los discípulos hicieron circular contenía gran cantidad de lecciones preciosas. Jesús había provisto un menú humilde; pescado y pan de cebada eran el alimento diario de los pescadores. Cristo podría haber extendido delante de la gente una comida succulenta, pero un alimento preparado solo para satisfacer los apetitos no habría impartido una lección para su bien. Nunca nadie disfrutó de lujosos banquetes como esa gente disfrutó del descanso y de la comida sencilla que Jesús le proveyó en un lugar tan alejado de los poblados y de los recursos.

Si las personas hoy tuviesen hábitos sencillos y viviesen en armonía con las leyes de la naturaleza, habría provisión abundante para las necesidades de la familia humana. Habría menos deseos imaginarios y más oportunidades para trabajar según los métodos de Dios. Pero el egoísmo y la complacencia del gusto antinatural han producido pecado y miseria en el mundo.

Para esa enorme muchedumbre, cansada y hambrienta, el sencillo menú era una garantía no solo del poder de Jesús, sino también de su tierno cuidado por ellos en las necesidades comunes de la vida. El Salvador no ha prometido lujos a quienes lo sigan. Nuestro alimento puede ser sencillo y aun escaso; nuestra vida puede estar confinada a la pobreza. Pero él ha dado su palabra de que nuestra necesidad será suplida, y ha prometido lo que es mucho mejor que los bienes mundanales: la dicha que da su propia presencia.

En la producción de las cosechas terrenales, Dios obra un milagro cada día. A través de agentes naturales, realiza la misma obra que efectuó Jesús al alimentar a la multitud. Los hombres preparan el suelo y siembran la semilla, pero es la vida de Dios la que hace germinar la semilla. Es Dios quien alimenta diariamente a millones con las cosechas de esta tierra. Los hombres atribuyen la obra del poder de Dios a causas naturales o a instrumentos humanos. Glorifican al hombre en lugar de Dios, y hacen de sus bondadosos dones una maldición en vez de una bendición. Dios desea que lo reconozcamos en sus dones. Fue con este fin que Cristo realizó sus milagros.

Una lección valiosa de ecología

Después de que la multitud hubo comido, sobró abundante comida. Pero Jesús dijo: “Ahora junten lo que sobró, para que no se desperdicié nada”. La lección era doble. Nada se debe desperdiciar. Junten todo lo que alivie a quienes pasan hambre en esta tierra. Y debe manifestarse el mismo cuidado en las cosas espirituales. La gente quería que sus amigos en casa también probaran el pan que Cristo había bendecido. Así que los que estuvieron en la fiesta debían dar a otros el pan que proviene del cielo, para satisfacer el hambre del corazón. Debían repetir lo que habían aprendido acerca de las maravillosas cosas de Dios. Nada debía perderse.

El milagro de los panes nos enseña a depender de Dios. Cuando Cristo alimentó a los cinco mil, no había comida en las cercanías. Allí estaba él, en el desierto. Pero sabía que la multitud se sentiría hambrienta y débil, porque era igual a ellos en su necesidad de alimentarse. Estaban lejos de sus casas y muchos no tenían dinero para comprar alimento. La providencia de Dios había colocado a Jesús donde se hallaba; y él dependía de su Padre celestial a fin de obtener los medios para suplir esa necesidad.

Nosotros también debemos depender de Dios. No debemos meternos en dificultades y hacer mal uso de las habilidades que nos ha dado. Pero cuando, después de seguir sus directivas, somos puestos en dificultades, debemos procurar la ayuda del Ser que tiene recursos infinitos a su disposición. Él guardará a toda persona que esté en

dificultades por tratar de andar en los caminos del Señor.

Cómo solemos repetir la incredulidad de Andrés

Dios nos ha indicado: “Vayan por todo el mundo y prediquen la Buena Noticia a todos” (Mar. 16:15). Pero cuán a menudo nos falta la fe al ver cuán grande es la necesidad y cuán pocos son los recursos en nuestras manos. Como Andrés, con frecuencia vacilamos, sin tener disposición a dar todo lo que tenemos, temiendo gastar todo lo que tenemos y desgastarnos por otros. Pero Jesús ha dicho: “Denles ustedes de comer”. Su orden está respaldada por el mismo poder que alimentó a la muchedumbre a orillas del mar.

Este acto de Cristo encierra una profunda lección espiritual para todos sus obreros. Cristo recibía del Padre; él impartía a los discípulos; ellos repartían a la multitud; y las personas unas a otras. Así, todos los que están unidos a Cristo recibirán de él el pan de vida y lo impartirán a otros. Jesús tomó los pancitos, y aunque era una pequeña porción para sus propios discípulos, no los invitó a ellos a comer, sino que empezó a distribuirles el alimento, indicándoles que sirvieran a la gente. El alimento se multiplicaba en sus manos; y las de los discípulos, al extenderse hacia Cristo, nunca estaban vacías. Después de alimentar a la gente, Cristo y sus discípulos comieron juntos el alimento proporcionado por el Cielo.

Los discípulos fueron el medio de comunicación entre Cristo y la gente. Los más inteligentes, los más

espirituales, pueden otorgar a otros solamente lo que reciben. Podemos compartir únicamente lo que recibimos de Cristo; y podemos recibir únicamente a medida que compartimos con otros. Cuanto más demos, tanto más recibiremos.

Con demasiada frecuencia los obreros de Cristo no comprenden su responsabilidad personal. Corren el peligro de traspasar su carga a las organizaciones, en vez de confiar en quien es la fuente de toda fuerza. Trabajar con éxito para Cristo no depende tanto del talento como de una fe ferviente y dependiente. En vez de pasar nuestra responsabilidad a alguna otra persona que consideramos más capacitada que nosotros, obremos según nuestra habilidad. Cuando se nos presente la pregunta: “¿Dónde podemos comprar pan para alimentar a toda esta gente?”,

no demos una respuesta incrédula. Cuando la gente carece por completo del Pan de vida, ¿llamaremos a alguien de lejos para que venga y los alimente? Cristo dijo: “Díganles a todos que se sienten”, y allí los alimentó. Así, cuando estemos rodeados de personas en necesidad, sepamos que Cristo está allí. Traigamos nuestros panes de cebada a Jesús. Lo poco que empleemos sabiamente al servir al Señor se multiplicará en el mismo acto de compartir.

El Señor dice: “Den, y recibirán”. “Es Dios quien provee la semilla al agricultor y luego el pan para comer. De la misma manera, él proveerá y aumentará los recursos de ustedes y luego producirá una gran cosecha de generosidad en ustedes. Efectivamente, serán enriquecidos en todo sentido para que siempre puedan ser generosos” (Luc. 6:38; 2 Cor. 9:10, 11).

Capítulo 40

Una noche sobre el lago

Este capítulo se basa en Mateo 14:22 al 33; Marcos 6:45 al 52; Juan 6:14 al 21.

Sentada sobre la llanura cubierta de hierba, en el crepúsculo primaveral, la gente comió los alimentos que Cristo proveyera. El milagro de los panes llamó la atención de todos en esa vasta muchedumbre. Dios había alimentado a Israel con maná en el desierto; ¿y quién era este que los había alimentado ese día sino aquel que había sido anunciado por Moisés? Se decían unos a otros: “¡No hay duda de que es el Profeta que esperábamos!”

Ese acto culminante les dio la convicción de que entre ellos se encontraba el Libertador durante tanto tiempo esperado. Él era quien haría de Judea un paraíso terrenal, una tierra donde fluyese leche y miel. Él podría quebrantar el poder de los odiados romanos. Él podría curar a los soldados heridos en batalla. Él podría suministrar alimento a ejércitos enteros. ¡Él podría dar a Israel el dominio, por tanto tiempo anhelado!

La gente estaba lista para coronarlo rey inmediatamente. Vieron que él no hacía esfuerzos para procurarse honores y temieron que nunca haga valer su derecho al trono de David. Consultando entre sí, se pusieron de acuerdo en tomarlo por la fuer-

za y proclamarlo rey de Israel. Los discípulos se unieron a la multitud para declarar que el trono de David era herencia legítima de su Maestro. Esperaban que los arrogantes sacerdotes y príncipes se vieran obligados a honrar al que viene revestido con la autoridad de Dios.

Pero Jesús vio lo que se estaba tramando y cuál sería el resultado de ello. Eso terminaría en violencia e insurrección, lo que estorbaría la obra del reino espiritual. Debía detener ese movimiento inmediatamente. Llamando a sus discípulos, Jesús les ordenó que tomaran el bote y volvieran enseguida a Capernaum, dejándolo a él despedir a la gente.

Nunca antes había parecido tan imposible cumplir una orden de Cristo. Esta parecía la oportunidad de oro para establecer a su amado Maestro sobre el trono de Israel. Les era difícil irse solos y dejar a Jesús en esa orilla desolada. Protestaron contra tal disposición; pero entonces Jesús les habló con una autoridad que nunca había revelado para con ellos. En silencio, se volvieron hacia el lago.

Luego Jesús ordenó a la multitud que se dispersase; y lo hizo de forma tan determinante que nadie se

atrevió a desobedecer. En el mismo momento en que venían para tomarlo, sus pasos se detuvieron. El porte regio de Jesús y sus pocas y tranquilas palabras de orden frustraron sus planes. Reconocieron en él un poder superior a toda autoridad terrenal, y sin hacer cuestionamientos se sometieron.

Cuando fue dejado solo, Jesús “subió a las colinas para orar a solas”. Durante horas oró pidiendo el poder para revelarles el carácter divino de su misión, y que así Satanás no cegara su entendimiento y distorsionase su juicio. Sabía que sus días en la tierra estaban casi terminados y que pocos lo recibirían. Los discípulos serían intensamente probados; las esperanzas que por mucho tiempo acariciaron quedarían frustradas. En lugar de verlo exaltado sobre el trono de David, serían testigos de su crucifixión. Esta sería su verdadera coronación, pero ellos no lo comprendían; y sin el Espíritu Santo, la fe de los discípulos fallaría. Jesús derramó ante Dios sus súplicas por ellos con amarga agonía y lágrimas.

Los discípulos no habían zarpado inmediatamente, porque esperaban que Jesús viniese con ellos. Pero al ver que se hacía más y más oscuro, “subieron a la barca y comenzaron a cruzar el lago rumbo a Capernaum”. Murmuraban porque Jesús no les había permitido proclamarlo rey. Se culpaban por haber cedido con tanta facilidad; si hubiesen sido más persistentes, pensaban, podrían haber logrado su propósito.

La incredulidad estaba posesionándose de su mente y corazón. El amor por recibir honores los había

cegado. Anhelaban ver a Jesús exaltado como les parecía que debía serlo. ¿Acaso serían considerados siempre los seguidores de un falso profeta? ¿Por qué Jesús, ya que tenía el poder, no se revelaba en su verdadero carácter, y así les hacía la vida menos dolorosa? ¿Por qué no había salvado a Juan el Bautista de una muerte violenta? Así razonaban los discípulos hasta que atrajeron sobre sí grandes tinieblas espirituales. Se preguntaban: “¿Podía ser Jesús un impostor, según aseveraban los fariseos?”

Tormenta en el corazón de los discípulos

El recuerdo de ese día precioso y glorioso debiera haberlos llenado de fe y esperanza, pero ellos se olvidaron de todo. Sus pensamientos tormentosos e irrazonables, y el Señor les dio entonces otra cosa para afligir sus almas y ocupar sus mentes. Dios a menudo hace esto cuando las personas se crean cargas y dificultades. Los discípulos no necesitaban hacerse dificultades. El peligro se acercaba rápidamente.

Una violenta tempestad silenciosamente venía en dirección a ellos, y no estaban preparados para enfrentarla. Fue un contraste repentino, y cuando el vendaval los alcanzó, sintieron miedo. Olvidaron sus resentimientos, su incredulidad y su impaciencia. Cada uno se puso a trabajar para impedir que el barco se hundiese. En un clima normal, el viaje tomaba tan solo unas horas; pero ahora se alejaban cada vez más de su destino. Lucharon con los re-

mos aproximadamente hasta las tres de la mañana. Luego, agotados, estos hombres se dieron por perdidos. Impotentes, anhelaron la presencia de su Maestro.

El que velaba y observaba desde la orilla vio cómo esos hombres llenos de temor luchaban contra la tempestad. Con el más profundo interés sus ojos siguieron al barco agitado por la tormenta con su valiosa carga: esos hombres habrían de ser la luz del mundo. Cuando sus corazones estuvieron aplacados, apagada su ambición no santa y en humildad, oraron pidiendo ayuda, y les fue concedida.

En el momento en que ellos se creyeron perdidos, un rayo de luz reveló una figura misteriosa que se aproximaba sobre el agua. Pero ellos tuvieron por enemigo al que venía en su ayuda. El terror se apoderó de ellos. Los remos que habían sujetado con músculos de hierro ahora se les cayeron de las manos. El barco se sacudía al impulso de las olas; todos los ojos estaban clavados en esa visión de un hombre que caminaba sobre el espumoso oleaje de un mar agitado.

Ellos pensaron que era un fantasma que presagiaba su destrucción, y gritaban aterrorizados. Jesús siguió avanzando, como si fuera a pasarlos de largo; pero ellos lo reconocieron, y clamaron pidiéndole ayuda. Su voz aquietó su temor: "Soy yo. No tengan miedo" (NVI).

Tan pronto como pudieron creer este hecho prodigioso, Pedro exclamó: "Señor, si realmente eres tú, ordéname que vaya hacia ti caminando sobre el agua". "Sí, ven" —dijo Jesús".

La exaltación propia de Pedro y su caída

Mirando a Jesús, Pedro caminaba seguro; pero cuando miró hacia atrás a sus compañeros que estaban en el barco, sus ojos se apartaron del Salvador. Las olas se elevaban a gran altura, y sintió miedo. Por un instante, Cristo quedó oculto de su vista, y su fe lo abandonó. Empezó a hundirse. Y cuando las olas anunciaban la muerte, Pedro elevó sus ojos de las airadas aguas y exclamó: "¡Sálvame, Señor!" Jesús sujetó su mano extendida, diciéndole: "Tienes tan poca fe[...] ¿Por qué dudaste de mí?"

Caminando lado a lado, Pedro apretaba con su mano la de su Maestro, y juntos subieron al bote. Pero ahora Pedro estaba sumiso y callado. Por la incredulidad y el orgullo casi había perdido la vida.

Cuando nos sobrevienen dificultades, ¿con cuánta frecuencia miramos las olas en vez de mantener nuestros ojos fijos en el Salvador! Las soberbias aguas pasan por encima de nuestras almas. Jesús no nos invita a seguirlo para luego abandonarnos. Dice: "No tengas miedo [...]. Cuando pases por aguas profundas, yo estaré contigo. Cuando pases por ríos de dificultad, no te ahogarás [...]. Yo soy el Señor, tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador" (Isa. 43:1-3).

En ese incidente sobre el mar, Jesús deseaba revelar a Pedro que su única seguridad estaba en depender constantemente del poder divino. En medio de las tormentas de la tentación, él solo podría caminar seguro si confiaba en el Salvador. Pedro era débil en aquello en lo que se creía

fuerte. Si hubiese aprendido la lección en esa experiencia sobre el mar, no habría fracasado cuando le sobrevino la gran prueba.

Día a día, Dios instruye a sus hijos. Por las circunstancias de la vida diaria los está preparando para desempeñar su papel sobre un escenario más amplio que su providencia les ha designado. Podemos suponer ahora que nuestros pies están firmes y que nunca seremos conmovidos. Puede que digamos confiados: "Nada puede quebrantar mi fe en

Dios y en su Palabra". Pero Satanás planea aprovecharse de nuestros defectos heredados y cultivados. Solo podemos caminar seguros cuando comprendemos nuestra propia debilidad y miramos fijamente a Jesús.

Apenas hubo tomado Jesús su lugar en el barco, el viento cesó, "y en seguida la barca llegó a la orilla adonde se dirigían". Los discípulos y otros que estaban a bordo se postraron a los pies de Jesús con corazones agradecidos y exclamaron: "¡De verdad eres el Hijo de Dios!"

La crisis en Galilea

Este capítulo se basa en Juan 6:22 al 71.

Cristo sabía que había llegado a un punto decisivo en su historia. Las multitudes que hoy deseaban exaltarlo al trono, mañana se apartarían de él. El chasco que sufriera su ambición egoísta iba a transformar su amor en odio, y sus alabanzas en maldiciones.

Sin embargo, Jesús no procuró evitar la crisis. Desde el principio no presentó a sus seguidores ninguna esperanza de recompensas terrenales. De los que ahora estaban relacionados con él, muchos habían sido atraídos por la esperanza de un reino mundanal. Esos debían ser desengañados.

Muy temprano a la mañana siguiente, multitudes se dirigieron a Betsaida. Quienes habían dejado a Jesús la noche anterior volvieron esperando encontrarlo todavía allí; porque no había barco en el cual pudiese pasar al otro lado. Pero lo buscaron en vano.

Mientras tanto, él había llegado a Genesaret, después de solo un día de ausencia. Los que habían llegado de Betsaida supieron por sus discípulos cómo había cruzado el mar. Los discípulos relataron todo fielmente a la muchedumbre asombrada: la furia de la tempestad, las muchas horas con vientos contrarios, cómo Cristo

caminó sobre el agua, sus palabras tranquilizadoras, la aventura de Pedro, el repentino aplacamiento de la tempestad y cómo el bote llegó a tierra. Pero muchos no estaban conformes con eso, y esperaban recibir de labios del propio Cristo otro relato del milagro.

Jesús no satisfizo su curiosidad. Dijo tristemente: “Ustedes quieren estar conmigo porque les di de comer, no porque hayan entendido las señales milagrosas. No se preocupen tanto por las cosas que se echan a perder, tal como la comida. Pongan su energía en buscar la vida eterna”. No busquen solo el beneficio material, sino busquen el alimento espiritual.

Por el momento, esto despertó el interés de los oyentes. “Nosotros también queremos realizar las obras de Dios –contestaron ellos–. ¿Qué debemos hacer?” Su pregunta significaba: “¿Qué debemos hacer para merecer el cielo? ¿Cuál es el precio requerido a pagar para obtener la vida venidera?”

“Jesús les dijo: ‘La única obra que Dios quiere que hagan es que crean en quien él ha enviado’”. El precio del cielo es Jesús. El camino al cielo es a través de la fe en el Cordero de Dios.

Esperanzas egoístas quedan frustradas

Jesús había hecho la mismísima obra que la profecía había predicho que haría el Mesías; pero las personas no habían visto su obra como se lo imaginaban en sus esperanzas egoístas. En los días de Moisés, Israel había sido alimentado con maná durante cuarenta años, y ellos esperaban del Mesías bendiciones mucho mayores. ¿Por qué Jesús no podría dar a todo su pueblo salud, fuerza y riqueza, librarlo de sus opresores y exaltarlo al poder y la honra? Él aseveró ser el Enviado de Dios y, sin embargo, se negaba a ser el Rey de Israel. Esto era un misterio que no podían sondear. ¿Acaso no se atrevía a reivindicar sus afirmaciones porque él mismo dudaba del carácter divino de su misión?

Medio en tono de burla, un rabino preguntó: “Si quieres que creamos en ti [...], muéstranos una señal milagrosa. ¿Qué puedes hacer? Después de todo, ¡nuestros antepasados comieron maná mientras andaban por el desierto! Las Escrituras dicen: ‘Moisés les dio de comer pan del cielo’.

Jesús les respondió: ‘Les digo la verdad, no fue Moisés quien les dio el pan del cielo’. El Dador del maná estaba entre ellos. Era Cristo mismo quien había conducido a los hebreos y los había alimentado a diario con el pan del cielo”. Ese alimento era símbolo del verdadero Pan del cielo. El Espíritu que da vida es el maná verdadero. “Pues el verdadero pan de Dios es el que desciende del cielo y da vida al mundo”.

Pensando todavía que Jesús se refería a alimento físico, algunos exclamaron: “Señor [...], danos ese pan todos los días”. Jesús habló entonces claramente: “Yo soy el pan de vida”.

Moisés había dicho: “La gente no vive solo de pan, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios” (Deut. 8:3). Y Jeremías había escrito: “Cuando descubrí tus palabras las devoré; son mi gozo y la delicia de mi corazón” (Jer. 15:16). La enseñanza de los profetas hacían evidente la lección espiritual del milagro de los panes. Si quienes oían a Cristo en la sinagoga hubiesen comprendido las Escrituras, habrían entendido sus palabras: “Yo soy el pan de vida”. Así como la multitud había recibido fuerza física del pan que les había dado el día anterior, así podían recibir de Cristo fuerza espiritual para obtener la vida eterna. Dijo: “El que viene a mí nunca volverá a tener hambre; el que cree en mí no tendrá sed jamás”. Pero añadió: “Ustedes no han creído en mí, a pesar de que me han visto”.

Habían visto a Cristo por medio del testimonio del Espíritu Santo y la forma en que Dios se les reveló en su corazón. Las evidencias vivas de su poder habían estado delante de ellos día tras día; sin embargo, pedían otra señal. Si no se convencían por lo que habían visto y oído, era inútil mostrarles más obras maravillosas. La incredulidad siempre hallará excusas para dudar y relativizará las pruebas más concretas.

Cristo volvió a apelar a esos corazones obstinados: “Al que a mí viene, no lo rechazo” (NVI). Todos los que lo recibieran por la fe, dijo él, tendrían vida eterna. Ya no se nece-

sitaba llorar desesperadamente a los muertos. “La voluntad de mi Padre es que todos los que vean a su Hijo y crean en él tengan vida eterna; y yo los resucitaré en el día final”.

Pero los líderes del pueblo se ofendieron. “¿Acaso no es este Jesús, el hijo de José? Conocemos a su padre y a su madre. ¿Y ahora cómo puede decir: ‘Yo descendí del cielo?’” Refiriéndose con desprecio al origen humilde de Jesús, aludieron despectivamente a su familia pobre y humilde. Las declaraciones de este carpintero sin educación, dijeron, no merecían su atención. A causa de su nacimiento misterioso insinuaron que era de paternidad dudosa.

Jesús no intentó explicar el misterio de su nacimiento, así como no había contestado las preguntas acerca de cómo había cruzado el mar. Él se había rebajado voluntariamente y había adoptado la humilde posición de un esclavo. Pero sus palabras y obras revelaban su carácter.

El prejuicio de los fariseos tenía su raíz en la obstinación de su corazón. Cada palabra y acto de Jesús los irritaba, porque el espíritu que ellos albergaban no resonaba en absoluto con él.

“Nadie puede venir a mí a menos que me lo traiga el Padre, que me envió[...]. Como dicen las Escrituras: ‘A todos les enseñará Dios’. Todos los que escuchan al Padre y aprenden de él, vienen a mí”. Nadie irá jamás a Cristo, salvo quienes respondan a la atracción del amor del Padre. Pero Dios está atrayendo todos los corazones a él, y únicamente los que resisten a su atracción se negarán a ir a Cristo. Los que han aprendido de Dios han estado escuchando a su Hijo, y reco-

nocerán en Jesús de Nazaret a aquel que ha declarado al Padre.

Cuándo comienza el cielo

“Les digo la verdad, todo el que cree, tiene vida eterna”. Y Jesús dijo: “Yo lo resucitaré en el día final”. Cristo se hizo una carne con nosotros para que pudiésemos ser un espíritu con él. Como resultado de esta unión nos levantaremos de la tumba, porque, a través de la fe, su vida ha llegado a ser nuestra. Los que ven a Cristo y lo reciben en el corazón tienen vida eterna. Por medio del Espíritu, Cristo habita en nosotros; y el Espíritu de Dios, recibido por la fe, es el inicio de la vida eterna.

El maná que sus antepasados habían comido en el desierto no impedía la llegada de la muerte, ni aseguraba la inmortalidad; mientras que el pan del cielo alimentaría el alma para la vida eterna. El Salvador dijo: “El que coma el pan del cielo nunca morirá”. Cristo únicamente podía impartir vida a los hombres por medio de su muerte, y señala a esta como el medio de salvación: “Este pan, que ofreceré para que el mundo viva, es mi carne”.

El pueblo judío no había discernido el cuerpo del Señor en el cordero pascual. Las palabras de Cristo enseñaban la misma verdad, pero tampoco la discernieron.

Entonces los rabinos exclamaron airadamente: “¿Cómo puede este hombre darnos de comer su carne?” Hasta cierto punto comprendían lo que Jesús quería decir, pero esperaban prejudicar a la gente contra él al torcer sus palabras.

Cristo reiteró la verdad con lenguaje aun más fuerte: “Les digo la verdad, a menos que coman la carne del Hijo del Hombre y beban su sangre, no podrán tener vida eterna en ustedes; pero todo el que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final. Pues mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Todo el que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”.

Lo que el alimento es para el cuerpo, Cristo debe serlo para el alma. El alimento no puede beneficiarnos a menos que llegue a ser parte de nuestro ser. Y, espiritualmente, un conocimiento teórico no nos beneficiará. Debemos alimentarnos de Cristo. Debemos asimilar su vida, su amor y su gracia.

“Yo vivo gracias al Padre viviente que me envió; de igual manera, todo el que se alimente de mí vivirá gracias a mí”. Jesús estaba tan plenamente entregado a la voluntad de Dios que solo el Padre aparecía en su vida. Aunque fue tentado en todo de la misma manera que nosotros, se mantuvo sin mancha alguna del mal que lo rodeaba. Así también hemos de vencer nosotros como Cristo venció.

¿Eres un seguidor de Cristo? Entonces, uniéndote a Jesús puedes alcanzar todo lo que la Biblia promete acerca de la vida espiritual. ¿Se ha enfriado tu primer amor? Acepta otra vez el amor de Cristo. Come de su carne, bebe de su sangre, y llegarás a ser uno con el Padre y con el Hijo.

Por la ley ritual, se le había prohibido a los judíos probar sangre, y ahora torcieron las fuertes palabras de

Cristo para hacerlo sonar sacrílego. Aun muchos de los discípulos dijeron: “Esta enseñanza es inadmisible. ¿Quién puede aceptarla?” (BLPH).

El Salvador les respondió: “¿Acaso *esto* los ofende? ¿Qué pensarán, entonces, si ven al Hijo del Hombre ascender al cielo otra vez? Solo el Espíritu da vida eterna; los esfuerzos humanos no logran nada. Las palabras que yo les he hablado son espíritu y son vida”.

Vida en la Palabra

La vida de Cristo, que da vida al mundo, está en su palabra. Por medio de su palabra, Jesús sanó la enfermedad y echó los demonios; por su palabra calmó el mar y resucitó a los muertos. Toda la Biblia es una revelación de Cristo, y el Salvador deseaba fijar la fe de sus seguidores en la Palabra. Cuando su presencia visible se hubiese retirado, ellos deberían tener su fuente de poder en la Palabra.

Así como la comida sostiene nuestra vida física, así la Palabra de Dios sostiene nuestra vida espiritual. Así como debemos comer por nosotros mismos, así debemos recibir la Palabra por nosotros mismos. Debíamos estudiar cuidadosamente la Biblia, pidiendo a Dios la ayuda del Espíritu Santo para poder comprender su Palabra. Debíamos tomar un versículo, descubrir el pensamiento que Dios puso en ese versículo para nosotros y espaciarnos en este pensamiento hasta que llegue a ser nuestro.

En sus promesas y amonestaciones, Jesús se dirige a mí. Dios amó tanto al mundo que dio a su Hijo

para que, al creer en él, *yo no me pierda*, sino que tenga vida eterna. Las experiencias que se relatan en la Palabra de Dios deben llegar a ser *mis* experiencias. Las oraciones y las promesas son *mías*. “Mi antiguo yo ha sido crucificado con Cristo. Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Así que vivo en este cuerpo terrenal confiando en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal. 2:20). A medida que la fe absorbe así los principios de la verdad, llegan a ser parte del ser y el poder que gobierna nuestra vida. La Palabra de Dios amolda los pensamientos e influye en el desarrollo del carácter.

Dios hará revelaciones preciosas a sus hijos que tienen hambre y sed. A medida que se alimenten de su Palabra, hallarán que ella es espíritu y es vida. La Palabra destruye la naturaleza terrenal y natural, e imparte una nueva vida en Cristo. El Espíritu Santo viene al alma como Consolador. Por medio de la gracia de Dios, el discípulo llega a ser una persona nueva. El amor reemplaza al odio y el corazón recibe la semejanza divina. Esto es comer el Pan que descendió del cielo.

Cristo conocía el carácter de quienes decían ser sus discípulos, y lo que dijo probó su fe. Declaró que debían creer y actuar según su enseñanza y ser amoldados a su carácter. Esto implicaría renunciar a sus ambiciones más queridas. Requeriría entregarse completamente a Jesús. Serían llamados a convertirse en abnegados, humildes y tiernos de corazón, caminar por la senda estrecha recorrida por el Hombre del Calvario.

Las palabras de Cristo alejan a muchos

La prueba era demasiado grande. El entusiasmo de quienes habían procurado tomar a Jesús por la fuerza y hacerlo rey se enfrió. Este discurso les había abierto los ojos. No obtendrían recompensas terrenales por estar en relación con él. Habían recibido gratamente su poder de obrar milagros, pero no podían congeniar con su vida de sacrificio propio. Si no quería recobrarles la libertad de los romanos, nada querían tener que ver con él.

Jesús les dijo claramente: “Algunos de ustedes no me creen”, y añadió: “Por eso dije que nadie puede venir a mí a menos que el Padre me lo entregue”. Si no eran atraídos a él, era porque sus corazones no estaban abiertos al Espíritu Santo.

Por causa de que los reprochó en público por su incredulidad, esos discípulos se alejaron aun más de Jesús. Deseando herir al Salvador y complacer el odio de los fariseos, le dieron la espalda y lo abandonaron con desprecio. Habían hecho su elección: no anduvieron más con Jesús.

Por causa de las palabras de verdad estaba separándose la paja del trigo (ver Mat. 3:12). Muchos se apartaron de Jesús porque eran demasiado justos en su propia estima para recibir reprensión. Muchos son probados hoy como lo fueron aquellos discípulos en la sinagoga de Capernaum. Cuando la verdad convence al corazón, ven que necesitan un cambio completo, pero no están dispuestos a realizar esta obra de negarse a sí mismos. Se alejan ofen-

didos, murmurando en desacuerdo: “Esta enseñanza es inadmisible. ¿Quién puede aceptarla?”

La verdad resulta molesta

Cuando se juntan multitudes y estas son alimentadas, y se oyen gritos de triunfo, sus voces alaban a gran voz. Pero cuando el Espíritu de Dios revela el pecado y los llama a abandonarlo, le dan la espalda a la verdad.

Cuando esos discípulos se alejaron, un espíritu diferente se apoderó de ellos. No podían ver atractivo alguno en Cristo, a quien antes habían considerado tan interesante. Interpretaron mal sus palabras, falsificaron sus declaraciones y discutían sus motivos, recogiendo todo detalle que pudieran usar contra él. Esos falsos informes suscitaron tal indignación que su vida corrió peligro.

Cundió rápidamente la noticia de que Jesús de Nazaret había admitido que no era el Mesías. Esto causó que el sentimiento popular en Galilea se volviera en su contra, así como había acontecido el año anterior en Judea. Israel rechazó a su Salvador porque deseaban el alimento que se echa a perder, y no el que dura para vida eterna.

Con corazón anhelante Jesús vio cómo se iban quienes habían sido sus discípulos. Su compasión no era apreciada, su amor no era correspondido, su salvación era rechazada; estas cosas lo llenaron de una tristeza indecible. Este tipo de situaciones lo hicieron “hombre de dolores, conocedor del dolor más profundo” (Isa. 53:3).

Sin intentar detener a los que se apartaban, Jesús se volvió a los Doce

y dijo: “¿Ustedes también van a marcharse?”

Pedro respondió preguntando: “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes las palabras que dan vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”.

“¿A quién iríamos?” Los discípulos habían encontrado más paz y gozo desde que habían aceptado a Cristo que en toda su vida anterior. ¿Cómo podrían volver a los que habían despreciado y perseguido al Amigo de los pecadores?

“¿A quién iríamos?” ¿A las tinieblas de la incredulidad, la iniquidad del mundo? Pedro expresó la fe de los discípulos: “Tú eres el Cristo” (RVR 1960). Verse privados de un Salvador era quedar a la deriva en un mar sombrío y tormentoso.

Cada palabra y acción de Jesús tenía un propósito definido en la obra de nuestra redención. Aunque ahora no podemos comprender los caminos de Dios, podemos reconocer su gran amor, que motiva todo su trato con la humanidad. El que vive cerca de Jesús reconocerá la misericordia que prueba el carácter y trae a la luz los propósitos del corazón.

Amor en todo lo que hacía

Jesús sabía cuál sería el resultado de sus palabras. Previo que su agonía en el Getsemaní, su entrega y crucifixión, serían una prueba muy penosa para sus amados discípulos. Si no les hubiese venido una prueba previa, muchos que estaban impulsados solo por motivos egoístas aún estarían con Jesús y los discípulos. Cuando su Señor fuese condenado,

cuando la multitud que lo había aclamado Rey lo silbase y lo insultase, cuando la muchedumbre burlona clamase: “¡Crucifícalo!”; estos egoístas, al renunciar a su fidelidad a Jesús, habrían abrumado el corazón de los discípulos con una amarga tristeza adicional al pesar y el chasco que sentían al ver sus esperanzas más queridas hechas pedazos. El ejemplo de quienes se apartasen de él podría haber arrastrado a otros con

ellos. Pero Jesús provocó esta crisis mientras todavía podía fortalecer la fe de sus verdaderos seguidores por medio de su presencia personal.

¡Compasivo Redentor! Teniendo pleno conocimiento de la suerte que le aguardaba, con ternura suavizó el camino para los discípulos, con lo que los preparó para su mayor prueba y los fortaleció para el momento final!

Cristo predice un gran cambio de raíz

Este capítulo se basa en Mateo 15:1 al 20; Marcos 7:1 al 23.

La misión de los Doce indicaba que la obra de Cristo estaba en expansión, y por esto había reavivado los celos de los dirigentes que estaban en Jerusalén. Los espías que estos habían mandado a Capernaum durante la primera parte del ministerio no habían podido hacerle frente, pero ahora enviaron otra delegación para vigilar sus movimientos y encontrar alguna acusación contra él.

Como antes, el motivo de su queja era que despreciaba las reglas tradicionales que supuestamente estaban ideados para evitar que el pueblo quebrara la ley. Entre las reglas que imponían con más rigor estaba la purificación ceremonial. Ellos sostenían que descuidar las formas que debían observarse antes de comer era un pecado terrible.

A quienes trataban de observar los requerimientos rabínicos, la vida se les hacía una larga lucha contra la contaminación ceremonial. Mientras la gente estaba ocupada en observancias triviales, su atención era desviada de los grandes principios de la ley.

Cristo y sus discípulos no hacían los lavamientos ceremoniales. Sin embargo, los espías no hicieron un ataque directo contra Cristo, sino que vinieron a él con una crítica hacia sus discípulos: “¿Por qué tus discípulos desobedecen nuestra antigua tradición? [...] No respetan la ceremonia de lavarse las manos antes de comer”.

Jesús no intentó defenderse a sí mismo o a sus discípulos. Él procedió a desenmascarar el espíritu que impulsaba a estos hombres que se aferraban a ceremonias humanas. Les dio un ejemplo de lo que estaban haciendo constantemente: “Ustedes esquivan hábilmente la ley de Dios para aferrarse a su propia tradición. Por ejemplo, Moisés les dio la siguiente ley de Dios: ‘Honra a tu padre y a tu madre’ y ‘Cualquiera que hable irrespectuosamente de su padre o de su madre tendrá que morir’. Sin embargo, ustedes dicen que está bien que uno le diga a sus padres: ‘Lo siento, no puedo ayudarlos porque he jurado darle a Dios lo que les hubiera dado

a ustedes'. De esta manera, ustedes permiten que la gente desatienda a sus padres necesitados". Un hijo infiel no tenía más que pronunciar la palabra hebrea *corbán* ["regalo"] sobre su propiedad, y podía usufructuarla durante toda la vida, y después de su muerte era donada al servicio del templo. De esta manera quedaba libre para deshonorar y defraudar a sus padres bajo el pretexto de una presunta devoción a Dios.

Jesús elogió a la mujer pobre que dio todo lo que tenía como ofrenda al templo. Pero el aparente celo por Dios de los sacerdotes y rabinos era una farsa que tapaba su deseo de exaltarse a sí mismos. Incluso los discípulos de Cristo no estaban completamente libres del yugo de los prejuicios heredados y la autoridad rabínica. Al revelar el verdadero espíritu de los rabinos, Jesús estaba tratando de libertar a todos los que deseaban realmente servir a Dios.

"¡Hipócritas! Isaías tenía razón cuando profetizó acerca de ustedes, porque escribió: 'Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí. Su adoración es una farsa porque enseñan ideas humanas como si fueran mandatos de Dios'".

Cristo declaró que al poner sus requerimientos por encima de los principios divinos, los rabinos se ponían por encima de Dios. Jesús explicó que la contaminación no proviene de afuera, sino de adentro. La pureza y la impureza son asunto del corazón.

La ira de los espías

Los discípulos notaron la ira de los espías y oyeron las palabras de

descontento y venganza que murmuraban. Entonces se lo dijeron a Cristo, esperando que él se reconciliara con los enfurecidos magistrados: "¿Te das cuenta de que has ofendido a los fariseos con lo que acabas de decir?"

Él contestó: "Toda planta que no fue plantada por mi Padre celestial será arrancada de raíz". Las costumbres y tradiciones que los rabinos tenían en tan alta estima no podían soportar la prueba de Dios.

Cada invención humana que haya sustituido los mandamientos de Dios resultará inútil en aquel día en que "Dios nos juzgará por cada cosa que hagamos, incluso lo que hayamos hecho en secreto, sea bueno o sea malo" (Ecl. 12:14). Aun entre los cristianos se encuentran instituciones y costumbres que no tienen mejor fundamento que la tradición de los padres. Las personas se aferran a sus tradiciones y detestan a quienes tratan de mostrarles su error. En esta época, cuando el Cielo nos pide que llamemos la atención a los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, vemos el mismo odio que se demostró en los días de Cristo. La Biblia dice del pueblo remanente de Dios: "El dragón se enfureció contra la mujer y le declaró la guerra al resto de sus hijos, a todos los que obedecen los mandamientos de Dios y se mantienen firmes en su testimonio de Jesús" (Apoc. 12:17).

Pero "toda planta que no fue plantada por mi Padre celestial será arrancada de raíz". En lugar de la autoridad de los así llamados padres de la iglesia, Dios nos invita a aceptar la Palabra del Padre eterno, el Se-

ñor de los cielos y la tierra. Solo en ella podremos encontrar la verdad sin mezcla de error. “Su adoración es una farsa porque enseñan ideas humanas como si fueran mandatos de Dios”.

Cristo derriba barreras raciales

Este capítulo se basa en Mateo 15:21 al 28; Marcos 7:24 al 30.

Después de su encuentro con los fariseos, Jesús se retiró de Capernaum y cruzó Galilea en dirección a la región de colinas en la frontera con Fenicia. Mirando hacia el oeste podía ver las antiguas ciudades de Tiro y Sidón con sus templos paganos. Más allá estaba el Mediterráneo, sobre el cual los mensajeros del evangelio iban a llevar sus buenas nuevas hasta los centros del gran imperio mundial. La obra que ahora tenía por delante consistía en preparar a sus discípulos para su misión.

“Una mujer de los gentiles, que vivía allí, se le acercó y le rogó: ‘¡Ten misericordia de mí, oh Señor, Hijo de David! Pues mi hija está poseída por un demonio que la atormenta terriblemente’”. Los habitantes de esa región eran idólatras, y eran despreciados y odiados por los judíos. La mujer que ahora venía a Jesús era pagana, y por tanto estaba excluida de las ventajas que el pueblo judío disfrutaba a diario.

Las noticias de la obra de Cristo habían llegado hasta esa región. Esa mujer había oído del profeta, quien, según se decía, sanaba toda clase

de enfermedades. En su corazón había nacido una esperanza. Inspirada por su amor maternal, resolvió presentarle el caso de su hija. Él podría sanar a su hija. Por momentos se había sentido tentada a pensar: “¿Qué puede hacer por mí este maestro judío?” Pero le había llegado el rumor: “Sana toda clase de enfermedades, sean pobres o ricos los que a él acudan en busca de auxilio”.

Cristo sabía que esta mujer anhelaba verlo, y se colocó en su camino. Ayudándola en su aflicción, podría dar un ejemplo viviente de la lección que quería enseñar. Por eso había llevado a sus discípulos a esa región. Deseaba que ellos viesan la ignorancia que había en las ciudades y aldeas cercanas a Israel. El pueblo al que Dios le había dado la verdad no hacía ningún esfuerzo para ayudar a quienes estaban en tinieblas. El muro de separación que el orgullo de Israel había erigido impedía incluso a los discípulos tener compasión por el mundo pagano. Jesús derribaría esas barreras.

Cristo recibió a esta mujer, que pertenecía a una raza despreciada, en

la manera fría e insensible con que el pueblo judío trataría un caso tal. Pero la mujer no perdió su fe. Mientras él seguía su camino como si no la hubiese oído, ella lo siguió y continuó con sus súplicas. Irritados, los discípulos pidieron a Jesús que la echara. Veían que su Maestro la trataba con indiferencia, por lo que supusieron que le parecía bien el prejuicio de los judíos hacia los cananeos.

Pero su respuesta fue la de un Salvador compasivo: “No fui enviado sino a las ovejas perdidas del pueblo de Israel” (NVI). Aunque esta respuesta parecía estar de acuerdo con el prejuicio judío, era una reprensión implícita para los discípulos. Ellos entendieron más tarde que dijo esto para recordarles lo que él les había dicho con frecuencia: que había venido al mundo para salvar a todos los que quisieran aceptarlo.

La mujer presentó su caso con mayor insistencia, postrándose a los pies de Cristo y clamando: “¡Señor, ayúdame!” Jesús, que parecía seguir rechazando sus súplicas, contestó: “No está bien tomar la comida de los hijos y arrojársela a los perros”. Esto era prácticamente decir que no era justo conceder a los extranjeros y enemigos de Israel las bendiciones dadas al pueblo favorecido de Dios. Esta respuesta habría desanimado por completo a quien buscara con menos interés. Pero la mujer vio que había llegado su oportunidad.

Bajo la aparente negativa de Jesús vio una compasión que él no podía ocultar. “Es verdad, Señor –respondió la mujer–, pero hasta a los perros se les permite comer las sobras que caen bajo la mesa de sus amos”. ¡Ni

los perros quedan sin alimento! Así que, aunque Dios había dado muchas bendiciones a Israel, ¿no había también alguna para ella? Si era considerada como un perro, ¿no tenía, como tal, aunque sea derecho a una migaja de su generosidad? Si podía tener tan solo el privilegio de un perro, estaba dispuesta a ser considerada como tal, y reconoció inmediatamente a Jesús como el Redentor, alguien que era capaz de hacer todo lo que ella le pidiese.

La fe en Cristo le dio un argumento extraordinario

El Salvador quedó satisfecho. Había probado su fe. Había demostrado que aquella que otros habían considerado excluida de Israel, ya no era extranjera sino una hija en la familia de Dios. Y como hija, también tenía el privilegio de recibir los dones del Padre. Entonces Cristo le concedió su pedido, y concluyó la lección para los discípulos. Volviéndose hacia ella con una mirada de compasión y amor, dijo: “Apreciada mujer [...], tu fe es grande. Se te concede lo que pides”. Desde ese momento su hija quedó sana. La mujer se fue, reconociendo a su Salvador y feliz de que le hubiera concedido su oración.

Jesús había ido hasta la frontera de Tiro y Sidón para realizar este milagro. Deseaba socorrer a esta mujer afligida, y al mismo tiempo darles a sus discípulos un ejemplo de misericordia para cuando no estuviese más con ellos. Deseaba interesarlos en trabajar por los que no fuesen de su propio pueblo.

Jesús anhelaba revelar los profundos misterios de la verdad, de que tanto los judíos como los gentiles que creen la Buena Noticia gozan por igual de las riquezas heredadas por los hijos de Dios, “y ambos disfrutan de la promesa de las bendiciones porque pertenecen a Cristo Jesús (Efe. 3:6). Al recompensar la fe del centurión en Capernaum y al predicar el evangelio a los habitantes de Sicar ya había evidenciado que no compartía la intolerancia de Israel. Pero ahora Jesús relacionó a los discípulos con una pagana que, según pensaban ellos, no tenía motivos para esperar favores de él. Él quería mostrarles que su amor no se limitaba a raza o nación alguna.

Cuando dijo: “Fui enviado para ayudar solamente a las ovejas perdidas de Dios, el pueblo de Israel”, dijo la verdad. Esa mujer era una de las ovejas perdidas que Israel debiera haber rescatado. Cristo estaba haciendo la obra que habían descuidado.

Este acto abrió más plenamente la mente de los discípulos a la obra que les esperaba entre los gentiles. Vieron personas que sobrellevaban dolores que otros, que habían tenido más privilegios, ignoraban por completo. Estas personas anhelaban la ayuda del poderoso Sanador y tenían hambre de la verdad. Después, cuando la muerte de Cristo derribó el muro de separación entre judíos y gentiles, esta lección ejerció una influencia poderosa en los representantes de Cristo.

La visita del Salvador a Fenicia y el milagro que allí realizó tenían un propósito aun más amplio. Hoy en día, el orgullo y el prejuicio han levantado fuertes murallas de separación entre diferentes clases de personas. Muchos se sienten prácticamente apartados del evangelio. Pero no debemos dejar que se sientan separadas de Cristo.

Con fe, la mujer de Fenicia se lanzó contra las barreras que se habían ido levantando entre judíos y gentiles. Sin prestar atención a las apariencias y a pesar del desaliento que podría haberla inducido a dudar, confió en el amor del Salvador. Así es como Cristo desea que confiemos en él. Las bendiciones de la salvación son para todo ser humano. Nada, a no ser la propia elección, puede impedir a alguien que llegue a disfrutar de la promesa de las bendiciones hecha por el evangelio para quienes pertenecen a Cristo Jesús.

Dios odia las divisiones de castas. A su vista, todas las personas tienen igual valor. “De un solo hombre creó todas las naciones de toda la tierra [...]. Su propósito era que las naciones buscaran a Dios y [...] lo encontraran; aunque él no está lejos de ninguno de nosotros”. Todos están invitados a ir a él y vivir. El “mismo Señor [...] da con generosidad a todos los que lo invocan. Pues ‘todo el que invoque el nombre del Señor será salvo’ ” (Hech. 17:26, 27; Rom. 10:12, 13).

Capítulo 44

La verdadera señal

*Este capítulo se basa en Mateo 15:29 al 39; 16:1 al 12;
Marcos 7:31 al 37; 8:1 al 21; Lucas 12:54 al 56.*

En Decápolis, donde Jesús había sanado a los endemoniados de Gadara, la gente había obligado a Jesús a apartarse de entre ellos. Pero habían escuchado a los mensajeros que él dejó atrás. Cuando Jesús volvió a esa región, se reunió una muchedumbre en derredor de él y le trajeron a un hombre sordo y tartamudo. Apartándolo de la multitud, puso sus dedos en sus oídos y tocó su lengua. Suspiró al pensar en los oídos que no querían abrirse a la verdad y las lenguas que se negaban a reconocer al Redentor. A la orden: “Sé abierto”, le fue devuelta al hombre la facultad de hablar.

Jesús subió a una montaña y allí la muchedumbre acudió a él trayendo a sus enfermos y cojos. Él los sanaba a todos; y la gente, pagana como era, glorificaba al Dios de Israel. Durante tres días ese gentío continuó rodeando al Salvador, durmiendo de noche al aire libre y de día agolpándose ávidamente para oír las palabras de Cristo y ver sus obras. Al fin de los tres días se habían agotado sus provisiones. Jesús no quería despedirlos hambrientos, e invitó a sus discípulos a que les diesen alimentos. En Betsaida habían visto cómo su

pequeña provisión alcanzó para alimentar a la multitud; sin embargo, ahora no trajeron todo lo que tenían ni confiaron en su poder de multiplicarlo en favor de las muchedumbres hambrientas. Además, los que Jesús había alimentado en Betsaida eran judíos; estos eran gentiles y paganos. El prejuicio judío todavía era fuerte en el corazón de los discípulos. “¿De dónde podrá alguien saciar de pan a estos aquí en el desierto?”

Pero, obedientes a su palabra, le trajeron lo que tenían: siete panes y dos pescaditos. Jesús alimentó a la multitud y sobraron siete grandes cestos de fragmentos. Cuatro mil hombres, además de las mujeres y los niños, repusieron así sus fuerzas.

Luego, cruzó con sus discípulos el lago hasta Magdala. En la región costera de Tiro y Sidón su espíritu había quedado confortado por la implícita confianza de la mujer sirfenicia. Los paganos de Decápolis lo habían recibido con júbilo. Ahora, al desembarcar otra vez en Galilea —donde su poder se había manifestado del modo más sorprendente—, fue recibido con incredulidad despectiva.

La aristocracia de la nación desafía a Cristo

Las dos sectas [fariseos y saduceos] habían estado en acerbá enemistad, pero se unieron ahora contra Cristo. Cuando Israel salió a pelear contra los cananeos en Bet-orón, el sol se detuvo a la orden de Josué. Los líderes exigieron a Jesús alguna señal parecida. Pero ninguna mera evidencia externa podía beneficiarlos.

“¡Hipócritas!”, dijo Jesús. “Saben interpretar las señales del clima en los cielos, pero no saben interpretar las señales de los tiempos”. Las propias palabras de Cristo, pronunciadas con el poder del Espíritu Santo, eran la señal que Dios había dado para su salvación. El canto de los ángeles a los pastores, la estrella que guió a los magos, la paloma y la voz desde el cielo en ocasión de su bautismo eran testimonios en favor de Cristo.

“Cuando Jesús oyó esto, suspiró profundamente en su espíritu y dijo: ‘¿Por qué esta gente sigue exigiendo una señal milagrosa?’ ”. “La única que les daré será la señal del profeta Jonás”. Así como la predicación de Jonás fue una señal para los habitantes de Nínive, así la predicación de Cristo era una señal para su generación. Pero, ¡qué contraste en la recepción de la palabra! La gente de la gran ciudad pagana se humilló. Encumbrados y humildes juntos clamaron al Dios del cielo, y su misericordia les fue concedida. Cristo había dicho: “El día del juicio los habitantes de Nínive se levantarán contra esta generación y la condenarán, porque ellos se arrepintieron de sus pecados al escuchar la predicación de Jonás.

Ahora alguien superior a Jonás está aquí” (Mat. 12:41).

Cada milagro que Cristo realizaba era una señal de su divinidad; pero, para los fariseos, esas obras de misericordia eran una gran ofensa. Los dirigentes judíos miraban con despiadada indiferencia el sufrimiento humano. En muchos casos su egoísmo y opresión habían causado la aflicción que Cristo aliviaba. Así que sus milagros les eran un reproche.

La verdadera evidencia de que Cristo provenía de Dios

Lo que indujo a los judíos a rechazar la obra del Salvador era la más alta evidencia de su carácter divino: sus milagros eran para bendición de la humanidad. Su vida revelaba el carácter de Dios. Hacía las obras y hablaba las palabras de Dios. Una vida tal es el mayor de todos los milagros.

Son muchos los que hoy, como los judíos, dicen: “Muéstrennos una señal. Realicen un milagro”. Cristo no nos imparte poder para vindicarnos a nosotros mismos o satisfacer las demandas de la incredulidad y el orgullo. Pero ¿no es acaso un milagro que podamos liberarnos de la esclavitud de Satanás? La enemistad contra Satanás no es natural para el corazón humano; es implantada por la gracia de Dios. Cuando el que ha estado dominado por una voluntad terca y extraviada se entrega a la atracción de los agentes celestiales de Dios, se realizó un milagro. Así también ocurre cuando un hombre que ha estado bajo un engaño poderoso llega a entender la verdad moral. El cambio en el corazón humano, la transforma-

ción del carácter humano, es un milagro que revela a un Salvador que vive eternamente. En la predicación de la Palabra de Dios, la señal que debe manifestarse ahora y siempre es la presencia del Espíritu Santo, para hacer de la Palabra un poder regenerador para quienes la oyen.

Los que deseaban una señal de parte de Jesús habían endurecido su corazón. No querían ver que su misión cumpliera las Escrituras. “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se persuadirán por más que alguno se levantara de los muertos” (Luc. 16:31).

Apartándose del grupo de críticos, Jesús volvió al barco con sus discípulos. En silencio pesaroso cruzaron de nuevo el lago. Al llegar a la orilla más alejada, Jesús dijo: “Tengan cuidado con la levadura de los fariseos y con la de los saduceos”. Se les había enseñado a los judíos a considerar la levadura como símbolo del pecado. En su repentina partida de Magdala, los discípulos se habían olvidado de llevar pan. Entendieron que les recomendaba no comprar pan a un fariseo o a un saduceo. A menudo su falta de fe y percepción espiritual los había conducido a incomprensiones similares de las palabras de Cristo.

En esta ocasión él los reprendió por pensar que quien había alimentado a miles de personas, con unos pocos pescaditos y panes de cebada, pudiera referirse en esta solemne amonestación meramente al alimento temporal. Existía el peligro de que el astuto razonamiento de los fariseos y saduceos leudara a sus discípulos con incredulidad.

Los discípulos se inclinaban a pensar que su Maestro debiera ha-

ber otorgado una señal en los cielos cuando se la habían pedido. Creían que él era perfectamente capaz de realizarla, y que una señal tal habría silenciado a sus enemigos. No discernían la hipocresía de esos críticos. Meses más tarde, Jesús repitió la misma enseñanza. “Tengan cuidado con la levadura de los fariseos, es decir, su hipocresía” (Luc. 12:1).

El autoengaño de la motivación egocéntrica

La levadura puesta en la harina obra imperceptiblemente y convierte toda la masa a su propia naturaleza. Así también, si se le permite existir en el corazón, la hipocresía impregna el carácter y la vida. Un notable ejemplo era la práctica del “Corbán”, por medio de la cual se ocultaba una negligencia del deber hacia los padres bajo un fingimiento de generosidad hacia el templo. Los escribas y los fariseos ocultaban la verdadera tendencia de sus doctrinas, y aprovechaban toda ocasión para inculcarlas arteramente en el ánimo de sus oyentes. Esa enseñanza engañosa era lo que hacía tan difícil para la gente recibir las palabras de Cristo.

Las mismas influencias obran hoy por medio de los que tratan de explicar la ley de Dios de modo de hacerla conformar con sus prácticas. Presentan teorías especulativas que minan los principios de la ley. La explican en forma que destruye su fuerza.

La hipocresía de los fariseos era el resultado la glorificación propia. Esto los inducía a pervertir y aplicar mal las Escrituras. Aun los discípulos de Cristo estaban en peligro de al-

bergar este mal sutil. Los que decían seguir a Cristo estaban influenciados en gran medida por el razonamiento de los fariseos. Con frecuencia vacilaban entre la fe y la incredulidad. Aun los discípulos no habían cesado en su corazón de buscar grandes cosas para sí. Este espíritu era lo que motivaba la disputa acerca de quién sería el mayor, haciéndolos tan apáticos hacia la misión de sacrificio propio de Cristo. Así como la levadura ocasiona corrupción, el espíritu egoísta, si se lo acaricia, produce nuestra contaminación y ruina.

¡Cuán difundido está, hoy como antiguamente, este pecado sutil y engañoso! ¡Cuán a menudo nuestro servicio para Cristo queda manchado por el secreto deseo de exaltar al yo! ¡Cuán prestamente se manifiesta el pensamiento de adulación propia

y el anhelo de la aprobación humana! Es el amor al yo, el deseo de un camino más fácil que el señalado por Dios, lo que induce a sustituir los preceptos divinos por las teorías y tradiciones humanas.

La religión de Cristo es la sinceridad misma. El celo por la gloria de Dios es la motivación implantada por el Espíritu Santo; y únicamente el poder de Dios puede desterrar el egoísmo y la hipocresía. Este cambio es la señal de su obra. Cuando la fe que aceptamos destruye el egoísmo y la simulación, cuando nos induce a buscar la gloria de Dios y no la nuestra, podemos saber que es del debido carácter. “Padre, glorifica tu nombre” (Juan 12:28), fue el principio fundamental de la vida de Cristo; y si lo seguimos, será el principio fundamental de nuestra vida.

Presagios de la cruz

*Este capítulo se basa en Mateo 16:13 al 28;
Marcos 8:27 al 38; Lucas 9:18 al 27.*

A un antes de asumir la humanidad, Cristo vio toda la senda que debía recorrer con el fin de salvar lo que se había perdido. Cada angustia que iba a desgarrar su corazón, cada insulto que iba a amontonarse sobre su cabeza, cada privación que estaría llamado a soportar, fueron presentados a su vista antes de que pusiera a un lado su corona y manto reales y bajara del trono para revestir su divinidad con humanidad. Conoció la angustia que le sobrevendría, y sin embargo dijo: “Aquí estoy. Como está escrito acerca de mí en las Escrituras: me complace hacer tu voluntad, Dios mío, pues tus enseñanzas están escritas en mi corazón” (Sal. 40:7, 8).

Su vida terrenal, tan llena de trabajo y abnegación, fue alegrada por la perspectiva de que, al dar su vida por la vida de los hombres, recobraría para el mundo su lealtad a Dios. Aunque primero debía recibir el bautismo de sangre; aunque los pecados del mundo iban a abrumar su alma inocente; aunque la sombra de una desgracia indecible pesaba sobre él; a pesar de todo, por el gozo que le fue propuesto, eligió soportar la cruz.

Se acercaba el tiempo en que los elegidos compañeros de su ministe-

rio debían ver a quien amaban, y en quien confiaban, colgado de la cruz del Calvario. Pronto tendría que dejar que afrontaran el mundo sin el consuelo de su presencia visible. Él sabía cómo los perseguirían el odio acérrimo y la incredulidad, y deseaba prepararlos para sus pruebas.

Jesús y sus discípulos habían llegado a uno de los pueblos de los alrededores de Cesarea de Filipos. Estaban fuera de los límites de Galilea, en una región donde prevalecía la idolatría. En derredor, veían representadas las formas de la superstición que existían en todas partes del mundo. Jesús deseaba que la contemplación de esas cosas los indujese a sentir su responsabilidad hacia los paganos.

Iba a hablarles de los sufrimientos que le aguardaban. Pero primero oró a Dios que sus corazones fuesen preparados para recibir sus palabras. No les comunicó enseguida lo que deseaba impartirles, sino que les dio una oportunidad de confesar su fe en él. Preguntó: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?”

Con tristeza, los discípulos se vieron obligados a confesar que Israel no había sabido reconocer a su Mesías. Las multitudes que habían sido alimentadas en Betsaida habían de-

seado proclamarlo rey de Israel. Muchos estaban listos para aceptarlo como un profeta; pero no creían que fuese el Mesías.

Jesús hizo entonces una segunda pregunta, relacionada con los discípulos mismos: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy?” Pedro respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”.

Desde el principio, Pedro había creído que Jesús era el Mesías. Muchos otros que habían aceptado a Cristo, empezaron a dudar en cuanto a la misión de Juan cuando fue encarcelado y ejecutado; y ahora dudaban de que Jesús fuese el Mesías. Muchos de los que habían esperado que Jesús ocupase el trono de David, lo dejaron cuando percibieron que no tenía tal intención. Pero el curso vacilante de los que ayer lo alababan y hoy lo condenaban no destruyó la fe del verdadero seguidor del Salvador. Pedro declaró: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Él no esperó que los honores regios coronasen a su Señor, sino que lo aceptó en su humillación.

Pedro había expresado la fe de los Doce. Sin embargo, la oposición y las mentiras de los sacerdotes y los príncipes les causaban gran perplejidad. Ellos no veían claramente el camino. La influencia de su primera educación, la enseñanza de los rabinos, el poder de la tradición, seguían interfiriendo su visión de la verdad. Resplandecían sobre ellos los preciosos rayos de luz de Jesús; pero con frecuencia eran como hombres que andaban a tientas en medio de las sombras. Pero en ese día, el Espíritu Santo descansó sobre ellos con poder. Bajo el disfraz de la humanidad discernieron la gloria del Hijo de Dios.

Jesús contestó a Pedro: “Bendito eres, Simón hijo de Jonás, porque mi Padre que está en el cielo te lo ha revelado”.

La verdad que Pedro había confesado es el fundamento de la fe del creyente. No le había sido revelado a Pedro por alguna sabiduría o bondad propias. Que Pedro discerniera la gloria de Dios era evidencia de que se contaba entre los que habían sido “enseñados por Dios” (Juan 6:45; ver también Sal. 25:14).

Jesús continuó: “Ahora te digo que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y el poder de la muerte no la conquistará”. La palabra Pedro significa “una piedra”; “un canto rodado”. Pedro no era la roca sobre la cual se fundaría la iglesia. Las puertas de la muerte prevalecieron contra él cuando negó a su Señor con maldiciones y juramentos. La iglesia fue edificada sobre el Ser contra quien las puertas de la muerte no podían prevalecer.

Cristo es la Roca

Moisés había señalado a la Roca de salvación de Israel (ver Deut. 32:4). El salmista había cantado acerca de la roca fuerte (ver Sal. 62:7). Isaías había escrito: “¡Miren! Pongo una piedra de cimiento en Jerusalén, una piedra sólida y probada [...], sobre la cual se puede construir con seguridad” (Isa. 28:16). Pedro mismo, escribiendo por inspiración, aplica esta profecía a Jesús: “Ahora ustedes se acercan a Cristo, quien es la piedra viva principal del templo de Dios. La gente lo rechazó, pero Dios lo eligió para darle gran honra. Y ustedes son las piedras vivas con las cuales Dios

edifica su templo espiritual” (1 Ped. 2:3-5). “Pues nadie puede poner un fundamento distinto del que ya tenemos, que es Jesucristo” (1 Cor. 3:11). Y Jesús dijo: “Sobre esta roca edificaré mi iglesia”. Cristo fundó su iglesia sobre la Roca viva: él mismo; su propio cuerpo quebrantado y herido por nosotros. Las puertas de la muerte no prevalecerán contra la iglesia edificada sobre este fundamento.

¡Cuán débil parecía la iglesia cuando Cristo pronunció estas palabras! Se componía apenas de un puñado de creyentes, contra quienes se dirigiría todo el poder de los demonios y de los hombres malos; sin embargo, no debían temer. No podían ser derribados.

Pedro había expresado la verdad que es el fundamento de la fe de la iglesia, y Jesús lo honró como representante de todo el cuerpo de creyentes: “A ti daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos”.

“Las llaves del reino de los cielos” son las palabras de Cristo. Todas las palabras de la Santa Escritura son tuyas. Esas palabras tienen poder para abrir y cerrar el cielo. La obra de quienes predicán la Palabra de Dios tiene sabor de vida para vida o de muerte para muerte (2 Cor. 2:16).

El Salvador no confió la obra del evangelio a Pedro individualmente. Más tarde, repitiendo las palabras que había dicho a Pedro, las aplicó a la iglesia y también a los Doce como representantes del cuerpo de creyentes. Si Jesús hubiese delegado en uno de los discípulos alguna autoridad especial

sobre los demás, no los encontraríamos discutiendo con tanta frecuencia acerca de quién sería el mayor. Habrían honrado a aquel a quien Jesús hubiese elegido. En vez de nombrar a uno como su cabeza, Cristo dijo de los discípulos: “No permitan que nadie los llame ‘Rabí’, [...] y no permitan que nadie los llame ‘Maestro’, porque ustedes tienen un solo maestro, el Mesías” (Mat. 23:8, 10).

“La cabeza de todo hombre es Cristo”. Dios, quien puso todas las cosas bajo los pies del Salvador, lo “hizo cabeza de todas las cosas para beneficio de la iglesia. Y la iglesia es el cuerpo de Cristo; él la completa y la llena, y también es quien da plenitud a todas las cosas en todas partes con su presencia” (1 Cor. 11:3; Efe. 1:22, 23). La iglesia está edificada sobre Cristo como su fundamento. No debe depender del hombre ni ser controlada por el hombre. Muchos sostienen que una posición de confianza en la iglesia les da autoridad para dictar lo que otros hombres deben creer y hacer. El Salvador declara: “todos ustedes son hermanos por igual” (Mat. 23:8). No podemos depender de ningún ser finito para ser guiados. La Roca de la fe es la presencia viva de Cristo en la iglesia. Los que se creen los más fuertes resultarán ser los más débiles, a menos que hagan de Cristo su Fuente de poder (ver Jer. 17:5; Sal. 2:23).

Jesús encargó a los discípulos que a nadie dijeran que él era el Cristo. La gente y los discípulos mismos tenían un concepto tan falso del Mesías, que el anunciar públicamente su venida no les daría una verdadera idea de su carácter o de su obra.

Los discípulos no preveían una cruz

Los discípulos seguían esperando que Cristo reinase como un príncipe terrenal. Creían que no permanecería siempre en la pobreza y la oscuridad; debía estar cerca el tiempo para establecer su reino. Los discípulos nunca se detuvieron a pensar que Cristo sería rechazado por su propia nación, condenado como impostor y crucificado como criminal. Jesús debía exponer ante sus discípulos el conflicto que les esperaba. Él se entristecía al anticipar la prueba.

Hasta entonces, había evitado darles a conocer cualquier cosa que se relacionase con sus sufrimientos y su muerte. En su conversación con Nicodemo había dicho: “Y, así como Moisés levantó la serpiente de bronce en un poste en el desierto, así deberá ser levantado el Hijo del Hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna” (Juan 3:14, 15). Pero los discípulos no lo habían oído. Ahora había llegado el momento de descubrir el velo que ocultaba el futuro. “A partir de entonces, Jesús empezó a decir claramente a sus discípulos que era necesario que fuera a Jerusalén, y que sufriría muchas cosas terribles a manos de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los maestros de la ley religiosa. Lo matarían, pero al tercer día resucitaría”.

Y los discípulos escucharon mudos de tristeza y asombro. Cristo había aceptado el reconocimiento de Pedro cuando lo declaró Hijo de Dios; y ahora sus palabras, que anunciaban sus sufrimientos y su muerte, parecían incomprensibles. Pedro no pudo guardar silencio. Se asió de su Maes-

tro como para apartarlo de su suerte inminente, exclamando: “¡Dios nos libre, Señor! Eso jamás te sucederá a ti”.

Pedro amaba a su Señor; pero Jesús no lo elogió por manifestar así el deseo de escudarlo del sufrimiento. Las palabras de Pedro no eran de ayuda y solaz para Jesús en la gran prueba que le esperaba. No estaban en armonía con el misericordioso propósito de Dios hacia un mundo perdido, ni con la lección de abnegación que Jesús había venido a enseñar por medio de su propio ejemplo. La impresión que las palabras de Pedro harían se oponía directamente a la que Jesús deseaba producir en la mente de sus seguidores, y el Salvador fue movido a pronunciar una de las más severas reprensiones que jamás salieran de sus labios: “¡Aléjate de mí, Satanás! Representas una trampa peligrosa para mí. Ves las cosas solamente desde el punto de vista humano, no desde el punto de vista de Dios”.

Satanás estaba intentando desalentar a Jesús

Satanás estaba tratando de desanimar a Jesús y apartarlo de su misión; y Pedro, en su amor ciego, estaba dando voz a la tentación. El príncipe del mal, el autor del pensamiento, estaba detrás de esa súplica impulsiva. Satanás había ofrecido a Cristo el dominio del mundo a condición de que abandonase la senda de humillación y sacrificio. Ahora estaba tratando de fijar la mirada de Pedro en la gloria terrenal, con el fin de que no contemplase la cruz. A través de Pedro, Satanás volvía a apremiar a Jesús con la tentación.

Pero el Salvador no le hizo caso; pensaba en su discípulo. Satanás se había interpuesto entre Pedro y su Maestro. Las palabras de Cristo fueron pronunciadas al que estaba tratando de separar a Pedro de su Redentor. “¡Quítate de delante de mí, Satanás!” [Es decir:] “No te interpongas más entre mí y mi siervo errante. Déjame allegarme cara a cara con Pedro para que pueda revelarle el misterio de mi amor”.

Fue una amarga lección para Pedro, una lección que aprendió lentamente: que la senda de Cristo en la tierra pasaba por la agonía y la humillación. Pero en el calor del horno el discípulo reconocería su bendición. Mucho tiempo más tarde, escribió: “Al contrario, alégrense de ser partícipes de los sufrimientos de Cristo, para que también se alegren grandemente cuando la gloria de Cristo se revele” (1 Ped. 4:13).

Entonces Jesús explicó a sus discípulos que su propia vida de abnegación era un ejemplo de lo que debía ser la de ellos. “Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su manera egoísta de vivir, tomar su cruz cada día y seguirme”. La cruz, asociada con el poder de Roma, era la forma de muerte más cruel y humillante. Se obligaba a los criminales a llevar la cruz hasta el lugar de su ejecución. Con frecuencia, cuando se la estaban por poner sobre los hombros, resistían con desesperada violencia, hasta que quedaban dominados. Para los discípulos, las palabras de Jesús, aunque vagamente comprendidas, señalaban a una sumisión hasta la muerte por causa de Cristo.

El Salvador no podría haber descrito una entrega más completa. Pero todo esto él lo había aceptado por ellos. Jesús no reputó el cielo como lugar deseable mientras estábamos perdidos. Él dejó los atrios celestiales por una vida de oprobios e insultos y una muerte humillante. El que era rico en los inestimables tesoros del cielo se hizo pobre, con el fin de que por su pobreza fuésemos enriquecidos. Hemos de seguir la senda que él pisó.

El amor por los demás significa crucificar el yo. Los hijos de Dios deben considerarse como un eslabón de la cadena arrojada para salvar al mundo, como uno con Cristo, saliendo con él a buscar y salvar a los perdidos. El cristiano ha de comprender siempre que se ha consagrado a Dios, y que en su carácter ha de revelar a Cristo al mundo.

“El que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará”. El egoísmo es muerte. Si el corazón dejase de enviar su sangre vital a la mano y la cabeza, no tardaría en perder su fuerza. Así el amor de Cristo se difunde por todas las partes de su cuerpo espiritual. Somos miembros unos de otros, y el que se niega a impartir perecerá. “¿Qué aprovechará al hombre si ganar todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?”

Cristo señaló a sus discípulos su venida en gloria con las huestes celestiales. Y entonces, dijo, “pagaré a cada uno conforme a sus obras”. Luego, para alentarlos, les dio la promesa: “Les digo la verdad, algunos de

los que están aquí ahora no morirán antes de ver al Hijo del Hombre llegar en su reino”.

Pero los discípulos no comprendieron sus palabras. Sus ojos estaban fijos en la pobreza, la humillación y el sufrimiento. ¿No habían de ver a su Señor exaltado al trono de David? ¿Podría ser que Cristo fuera despreciado, rechazado y ejecutado? La tristeza oprimía su corazón, porque les parecía incomprensible que el Hijo de Dios fuese sometido a tan cruel humillación. ¿Por qué habría de ir voluntariamente a Jerusalén para recibir el trato que le esperaba allí? ¿Cómo podía resignarse a una suerte tal, y dejarlos en mayores tinieblas que aquellas en las cuales se debatían antes de que se revelase a ellos?

Los discípulos razonaban: En la región de Cesarea de Filipos, Cristo no tenía nada que temer del odio de los judíos ni del poder de los romanos. ¿Por qué no trabajar allí? ¿Por qué necesitaba entregarse a la muerte? Si había de morir, ¿cómo podría establecer su reino tan firmemente que las puertas del infierno no prevaleciesen contra él? Esto era, en verdad, un misterio.

Ahora estaban viajando hacia la ciudad donde todas sus esperanzas quedarían destrozadas. Conversaban entre sí en tono bajo y pesaroso acerca del futuro. Quizás alguna circunstancia imprevista podría impedir la suerte que parecía aguardar a su Señor. Así se entristecieron y dudaron, esperaron y temieron, durante seis largos y lóbregos días.

La transfiguración

Este capítulo se basa en Mateo 17:1 al 8; Marcos 9:2 al 8; Lucas 9:28 al 36.

La noche se estaba acercando cuando Jesús llamó a su lado a Pedro, Santiago y Juan y los condujo hasta una montaña solitaria. Habían pasado el día viajando y enseñando, y la ascensión a la montaña aumentaba su cansancio. Pronto la luz del sol desapareció y los viajeros solitarios quedaron envueltos en la oscuridad. La lóbreguez de cuanto los rodeaba parecía estar en armonía con sus vidas pesarasas, en derredor de las cuales se congregaban y espesaban las nubes.

Los discípulos no se atrevían a preguntarle a Cristo adónde iba ni con qué fin. Con frecuencia él había pasado noches enteras orando en las montañas. Se encontraba en casa con la naturaleza, y disfrutaba su quietud. Los discípulos siguieron a Cristo preguntándose por qué su Maestro los conducía a esa penosa ascensión cuando ya estaban cansados y cuando él también necesitaba reposo.

Finalmente, Cristo les dice que no han de ir más lejos. Apartándose un poco de ellos, el Varón de dolores derrama sus súplicas con fuerte clamor y lágrimas. Implora fuerzas para soportar la prueba en favor de la humanidad. Él mismo debe esta-

blecer nueva comunión con la Omnipotencia, porque únicamente así puede contemplar lo futuro. Y vuelca los anhelos de su corazón en favor de sus discípulos, para que no les falte la fe. El rocío pesa sobre su cuerpo postrado, pero él no le presta atención. Y así las horas pasan lentamente.

Al principio, los discípulos unen sus oraciones a las suyas; pero después de un tiempo se duermen. Jesús les ha hablado de sus sufrimientos y ha deseado aliviar su pesar dándoles la seguridad de que su fe no ha sido inútil. No todos, aun entre los Doce, pueden recibir la revelación que desea impartirles. Solo los tres que han de presenciar su angustia en el Getsemaní han sido elegidos para estar con él en el monte. Ahora, ruega que ellos puedan presenciar una manifestación de su divinidad que los consuele, en la hora de su agonía suprema, con el conocimiento de que él es ciertamente el Hijo de Dios y de que su muerte vil es parte del plan de la redención.

Su oración es oída. Los cielos se abren de repente, y una radiación santa desciende sobre el monte, rodeando la figura del Salvador. Su divinidad interna refulge a través de la humanidad, y va al encuentro de la

gloria que viene de lo alto. Levantándose de su posición postrada, Cristo se destaca con majestad divina. Su rostro brilla “como el sol” y sus vestiduras son blancas “como la luz”.

Los discípulos, despertándose, con temor y asombro contemplan el cuerpo radiante de su Maestro. Y al ser habilitados para soportar la luz maravillosa, ven que al lado de Jesús hay dos seres celestiales. Son Moisés, quien había hablado sobre el Sinaí con Dios, y Elías, a quien se concedió el alto privilegio de jamás estar bajo el poder de la muerte.

A causa de su pecado en Meriba no le fue dado a Moisés entrar en Canaán. No le tocó el gozo de conducir a la hueste de Israel a la herencia de sus padres. Una tumba en el desierto fue el fin de esos cuarenta años de trabajo y pesada congoja de corazón. Moisés pasó bajo el dominio de la muerte, pero no permaneció en la tumba. Cristo mismo le devolvió la vida (ver Jud. 9).

En el monte de la transfiguración, Moisés representaba a quienes saldrán del sepulcro en la resurrección de los justos. Elías, que había sido trasladado al cielo sin ver la muerte, representaba a los que estarán viviendo en la tierra cuando venga Cristo por segunda vez, quienes serán transformados, “en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, cuando se toque la trompeta final” (1 Cor. 15:51, 52). Jesús estaba vestido por la luz del cielo, como aparecerá cuando venga la segunda vez, “en la gloria de su Padre con sus santos ángeles” (Mar. 8:38). Sobre el monte, el futuro reino de gloria fue representado en miniatura: Cristo el Rey, Moisés el representante

de los santos resucitados, y Elías de los que serán trasladados.

El malentendido de Pedro

Los discípulos se regocijaron de que el manso y humilde, que había peregrinado sobre esta tierra como extranjero sin ayuda, haya sido honrado por los favores del cielo. Creían que Elías había venido para anunciar que el reino de Cristo estaba por establecerse en la tierra. Deseaban permanecer allí. Pedro exclama: “Maestro, ¡es maravilloso que estemos aquí! Hagamos tres enramadas como recordatorios: una para ti, una para Moisés y la otra para Elías”. Los discípulos confiaban en que Dios había enviado a Moisés y Elías para proteger a su Maestro y establecer su autoridad como rey.

Pero antes de la corona debe venir la cruz. Llevando la debilidad de la humanidad, y cargado con su tristeza y pecado, Cristo caminó solo en medio de los hombres. Mientras las tinieblas de la prueba venidera lo apremiaban, estuvo en soledad de espíritu en un mundo que no lo conocía. Aun sus amados discípulos no habían comprendido el misterio de su misión. En el mundo que había creado se hallaba en soledad. Ahora el cielo había enviado mensajeros; no ángeles, sino hombres que habían soportado sufrimientos y tristezas y podían simpatizar con el Salvador.

Moisés y Elías habían sido colaboradores de Cristo. Habían compartido su anhelo de salvar a los perdidos. Moisés había rogado por Israel: “Ahora, si solo perdonaras su pecado; pero si no, ¡borra mi nom-

bre del registro que has escrito!”. Elías había conocido la soledad de espíritu mientras, durante tres años y medio, había llevado el peso del odio y la desgracia de la nación. Solo, había huido al desierto con angustia y desesperación. Estos hombres habían venido para conversar con Jesús acerca de las escenas de sus sufrimientos, y para consolarlo. La salvación de todo ser humano fue el tema de su encuentro.

Vencidos por el sueño, los discípulos oyeron poco de lo que sucedió entre Cristo y los mensajeros celestiales. No recibieron lo que Dios deseaba darles: un conocimiento de los sufrimientos de Cristo y de la gloria que le seguiría. Perdieron la bendición que podrían haber obtenido. Sin embargo, se les aseguró que todo el cielo conocía el pecado de la nación judía al rechazar a Cris-

to. Se les dio una percepción más clara de la obra del Redentor. Fueron “testigos oculares de su grandeza” (2 Ped. 1:16), y comprendieron que Jesús era de veras el Mesías, y que era reconocido como tal por el universo celestial.

Mientras aún estaban mirando la escena, “una nube brillante los cubrió, y desde la nube una voz dijo: ‘Este es mi Hijo muy amado, quien me da gran gozo. Escúchenlo a él’ ”. Mientras oían la voz de Dios que hablaba con pavorosa majestad que hizo temblar la montaña, los discípulos cayeron abrumados al suelo, con los rostros ocultos, hasta que Jesús se les acercó y disipó sus temores con su voz bien conocida: “Levántense, no tengan miedo”. La gloria celestial se había desvanecido y Moisés y Elías habían desaparecido. Estaban solos con Jesús.

Una batalla contra los espíritus de Satanás

Este capítulo se basa en Mateo 17:9 al 21; Marcos 9:9 al 29.

A la salida del sol, Jesús y sus discípulos descendieron a la llanura. Absortos en sus pensamientos, los discípulos iban asombrados y callados. Gustosamente habrían permanecido en ese santo lugar, pero había que trabajar por el pueblo.

Al pie de la montaña se había reunido una gran multitud. Al acercarse el Salvador, encargó a sus tres compañeros que guardasen silencio acerca de lo que habían presenciado, diciendo: “No le cuenten a nadie lo que han visto hasta que el Hijo del Hombre se haya levantado de los muertos”. Relatar la revelación a las multitudes no habría hecho sino excitar el ridículo o la ociosa admiración. Cuán lentos de comprensión eran los mismos tres discípulos favorecidos, puede verse en el hecho de que se preguntaban entre sí lo que significaría el resucitar de entre los muertos. Sin embargo, no pidieron explicación a Jesús.

Al divisar a Jesús, la gente que estaba en la llanura corrió a su encuentro. Sin embargo, su ojo avizor discernió que acababa de ocurrir una

circunstancia que había ocasionado a los discípulos amargo chasco y humillación. Un padre les había traído a su hijo para que lo librasen de un espíritu mudo que lo atormentaba. Cuando Jesús mandó a los Doce a predicar por Galilea, les había conferido autoridad sobre los espíritus inmundos para poder echarlos. Mientras conservaron firme su fe, los malos espíritus habían obedecido sus palabras. Ahora, en el nombre de Cristo, ordenaron al espíritu torturador que dejase a su víctima, pero el demonio no había hecho sino burlarse de ellos. Los discípulos, incapaces de explicarse su derrota, sentían que estaban atrayendo deshonor sobre sí mismos y su Maestro. Y en la multitud había escribas que los acosaron con preguntas, tratando de demostrar que ellos y su Maestro eran impostores. Allí había un espíritu malo que ni los discípulos ni Cristo mismo podrían vencer. Dominaba a la muchedumbre un sentimiento de desprecio y burla.

Pero de repente se vio a Jesús y los tres discípulos que se acercaban. La noche de comunión con la gloria

celestial había dejado en su semblante una luz que infundía reverencia a quienes los observaban. El Salvador fue a la escena del conflicto y fijando su mirada en los escribas preguntó: “¿Sobre qué discuten?”

Pero las voces que antes habían sido atrevidas y desafiantes, ahora permanecieron calladas. Entonces el padre afligido se abrió paso entre la muchedumbre, y cayendo a los pies de Jesús expresó su angustia y desaliento.

Dijo: “Maestro, traje a mi hijo para que lo sanaras. Está poseído por un espíritu maligno que no le permite hablar. Y, siempre que este espíritu se apodera de él, lo tira violentamente al suelo [...]. Así que les pedí a tus discípulos que echaran fuera al espíritu maligno, pero no pudieron hacerlo”.

Jesús leía la incredulidad en todo corazón, y exclamó: “¡Gente sin fe! ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes? ¿Hasta cuándo tendré que soportarlos?” Luego ordenó al padre angustiado: “Trae acá a tu hijo”.

El muchacho fue traído y el espíritu malo lo arrojó al suelo en convulsiones de agonía. Se revolcaba y echaba espuma por la boca, llenando el aire con clamores pavorosos.

El Príncipe de la vida y el príncipe de las potestades de las tinieblas habían vuelto a encontrarse en el campo de batalla: Cristo, en cumplimiento de su misión de “proclamar que los cautivos serán liberados [...], que los oprimidos serán puestos en libertad” (Luc. 4:18); Satanás, tratando de retener a su víctima bajo su dominio. Por un momento, Jesús permitió que el espíritu maligno manifestase su poder.

Jesús preguntó: “¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?” El padre contó la historia de los largos años de sufrimiento, y luego, como si no lo pudiese soportar más, exclamó: “Ten misericordia de nosotros y ayúdanos si puedes”. “¡Si puedes!” Hasta el padre dudaba ahora del poder de Cristo.

Jesús respondió: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible”. Estallando en lágrimas, comprendiendo su propia debilidad, el padre se confió completamente a la misericordia de Cristo, exclamando: “¡Sí, creo, pero ayúdame a superar mi incredulidad!”

Jesús se volvió hacia el enfermo y dijo: “Escucha, espíritu que impides que este muchacho oiga y hable. ¡Te ordeno que salgas de este muchacho y nunca más entres en él!”. Se oyó un alarido y un forcejeo agonizante. Luego el muchacho quedó acostado sin movimiento y aparentemente sin vida. La multitud murmuró: “Está muerto”. Pero Jesús lo tomó de la mano y, alzándolo, lo presentó en perfecta sanidad mental y corporal a su padre. El padre y el hijo alabaron el nombre de su Liberador, mientras los escribas, derrotados y abatidos, se apartaron malhumorados.

La fe nos conecta con el Cielo

“Ten misericordia de nosotros y ayúdanos si puedes”. ¡Cuántas almas cargadas por el pecado han repetido esta oración! Y para todas, la respuesta del Salvador compasivo es: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible”. En Cristo, Dios ha provisto medios para subyugar todo rasgo pecaminoso y resistir toda tentación,

por más fuerte que sea. Pero muchos sienten que les falta la fe, y por tanto permanecen lejos de Cristo. No se miren a sí mismas estas personas, sino a Cristo. La fe viene por medio de la Palabra de Dios. Entonces, aférrense de la promesa: “al que a mí viene, no lo rechazo” (Juan 6:37; NVI). Arrójense a sus pies clamando: “¡Sí, creo, pero ayúdame a superar mi incredulidad!” Nunca perecerán mientras hagan eso; ¡nunca!

En un corto tiempo los discípulos favorecidos habían visto a la humanidad transfigurada a la imagen de Dios y degradada a la semejanza de Satanás. Desde la montaña, donde había sido proclamado Hijo de Dios, habían visto a Jesús hacer frente al joven endemoniado, que hacía crujir sus dientes en espasmos de agonía. Y este poderoso Redentor, que tan solo unas horas antes estuvo glorificado delante de sus discípulos asombrados, se agachó para levantar a la víctima de Satanás de la tierra y devolverla, sana de mente y cuerpo, a su padre y a su hogar.

Esta era una lección objetiva de la redención: el Ser Divino procedente de la gloria del Padre se rebajaba para salvar a los perdidos. También representaba la misión de los discípulos. Los siervos de Cristo no han de pasar sus vidas solo en la cumbre de la montaña con Jesús. En la llanura, las personas que Satanás ha esclavizado están esperando la palabra de fe y oración que las liberte.

Cuando Jesús estuvo otra vez solo con ellos, los nueve discípulos preguntaron: “¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?” Jesús les

contestó: “Ustedes no tienen la fe suficiente. Les digo la verdad, si tuvieran fe, aunque fuera tan pequeña como una semilla de mostaza, podrían decirle a esta montaña: ‘Muévete de aquí hasta allá’, y la montaña se movería. Nada sería imposible. Pero esta clase de demonio no se va sino con oración y ayuno”. Su incredulidad, que los privaba de sentir una simpatía más profunda hacia Cristo, y la negligencia con que habían considerado la obra sagrada a ellos confiada, les habían hecho fracasar. Celosos por la elección de los tres discípulos para que acompañasen a Jesús a la montaña, se habían estado espaciando en sus desalientos y agravios personales. En este estado de tinieblas habían emprendido el conflicto contra Satanás.

Con el fin de tener éxito en un conflicto tal, su fe debía ser fortalecida por medio de la oración ferviente, el ayuno y la humillación del corazón. Debían vaciarse del yo, y ser llenados del Espíritu y el poder de Dios. La fe que lleva a depender completamente de Dios y a consagrarse sin reservas a su obra es la única que puede traer a los hombres la ayuda del Espíritu Santo en la batalla contra las huestes espirituales de iniquidad.

Si nos posesionamos de la Palabra de Dios y de todos los agentes útiles que él ha provisto, nuestra fe se fortalecerá. Los obstáculos que Satanás acumula sobre nuestra senda, aunque aparentemente tan insuperables como las altísimas montañas, desaparecerán ante el mandato de la fe. “Nada les será imposible”.

Capítulo 48

¿Quién es el mayor?

*Este capítulo se basa en Mateo 17:22 al 27; 18:1 al 20;
Marcos 9:30 al 50; Lucas 9:46 al 48.*

Al volver a Capernaúm, Jesús buscó silenciosamente la casa que habría de ser su hogar provisorio. Durante el resto de su estada en Galilea se proponía instruir a los discípulos más bien que trabajar por las multitudes.

Cristo les había dicho que debía morir y resucitar. Y les había anunciado que iba a ser entregado en manos de sus enemigos. Aun así, los discípulos no comprendieron sus palabras. Aunque la sombra de un gran pesar había caído sobre ellos, disputaban entre sí acerca de quién sería el mayor en el reino. Pensaban ocultar la disensión. Jesús leía sus pensamientos, y anhelaba aconsejarlos e instruirlos, pero esperó para ello una hora de tranquilidad, cuando estuviesen con su corazón dispuesto para recibir sus palabras.

A poco de llegar a la ciudad, el cobrador del impuesto para el templo vino a Pedro con la pregunta: “¿Tu Maestro no paga las dos dracmas?” Esta era una contribución religiosa exigida anualmente a cada judío. El negarse a pagar el tributo sería considerado un pecado muy grave en la estima de los rabinos. Ahora los enemigos de Jesús vieron una oportunidad para desacreditarlo. En el

cobrador del tributo encontraron a un aliado dispuesto.

Celoso del honor de su Maestro, Pedro contestó apresuradamente que Jesús pagaría el tributo. Pero ciertas clases de personas estaban exentas de pagar el tributo. Los sacerdotes y levitas todavía eran considerados como dedicados especialmente al templo, y no se requería de ellos que diesen la contribución anual para su sostén. También los profetas estaban exentos de ese pago. Al requerir el tributo de Jesús, los rabinos negaban su derecho como profeta o maestro, y lo trataban como lo hacían con una persona común. Si se negaba a pagar el tributo, ello sería presentado como deslealtad al templo; por otro lado, el pago justificaría la actitud que asumían al no reconocerlo como profeta. Por su respuesta al cobrador, Pedro sancionó virtualmente el falso concepto que estaban tratando de difundir los sacerdotes y los príncipes.

Cuando Pedro entró en la casa, el Salvador no se refirió a lo que había sucedido, sino que preguntó: “¿Tú qué opinas, Simón? Los reyes de la tierra, ¿a quiénes cobran tributos e impuestos: a los suyos o a los demás?” ‘A los demás’, contestó Pedro. Jesús dijo: ‘Luego los hijos están

exentos' ” (NVI). Mientras que los habitantes de un país tienen que pagar impuesto para sostener a su rey, los hijos del monarca son eximidos. Así también Israel, el pueblo de Dios, debía sostener su culto; pero Jesús, el Hijo de Dios, no se hallaba bajo esa obligación.

Si Jesús hubiese pagado el tributo sin protestar, habría reconocido virtualmente la justicia del pedido y así habría negado su divinidad. Pero, negó la pretensión sobre la cual se basaba la demanda. Al proveer para el pago del tributo dio evidencia de su carácter divino, y por tanto no se hallaba bajo tributo como mero súbdito del reino.

Indicó a Pedro: “Desciende al lago y echa el anzuelo. Abre la boca del primer pez que saques y allí encontrarás una gran moneda de plata. Tómala y paga mi impuesto y el tuyo”.

Aunque Jesús demostró claramente que no se hallaba bajo la obligación de pagar tributo, no entró en controversia alguna con los judíos acerca del asunto. Antes de ofenderlos reteniendo el tributo, hizo aquello que no se le podía exigir con justicia. Esta lección iba a ser de gran valor para sus discípulos. Cristo les enseñó a no colocarse innecesariamente en antagonismo con el orden establecido. Los cristianos no han de sacrificar un solo principio de la verdad, pero deben evitar la controversia siempre que sea posible. Mientras Pedro se había ido al mar, Jesús llamó a los otros a sí y les preguntó: “¿Qué venían discutiendo por el camino?” La vergüenza y un sentimiento de condenación los indujo a guardar silencio. Jesús les había dicho que iba a morir por ellos, y la ambición egoísta

de ellos ofrecía un doloroso contraste con el amor altruista que él manifestaba. Pero, aunque había hablado muy claramente de lo que le esperaba, la mención de que pronto iba a ir a Jerusalén reanimó en ellos la esperanza de que estuviese por establecer su reino. Y eso los indujo a preguntarse quiénes desempeñarían los cargos más elevados. Al fin uno se atrevió a preguntar a Jesús: “¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?”

La lucha por el lugar más alto

El Salvador les dijo: “Quien quiera ser el primero debe tomar el último lugar y ser el sirviente de todos los demás”. No entendían la naturaleza del reino de Cristo, y esta ignorancia era la aparente causa de su disputa. Pero la causa verdadera yacía más profunda. Aun después de haber recibido el conocimiento más completo, cualquier cuestión de preferencia podría renovar la dificultad, y el desastre podría amenazar a la iglesia después de la partida de Cristo. La lucha por el puesto más elevado era la manifestación del mismo espíritu que diera origen a la gran controversia en los mundos superiores e hiciera bajar a Cristo del cielo para morir. Surgió delante de él una visión de Lucifer, que había dicho: “seré como el Altísimo” (Isa. 14:14). Su deseo de exaltación había introducido la lucha en los atrios celestiales y desterrado una multitud de las huestes de Dios. Lucifer deseaba el poder de Dios, pero no su carácter. Buscaba para sí el lugar más alto, y todo ser impulsado por su espíritu hará lo mismo. El reino de Satanás es un reino de fuerza; cada

uno mira al otro como un obstáculo para su propio progreso, o como un escalón para poder trepar a un puesto más elevado.

Mientras Lucifer deseó ser igual a Dios, Cristo, el Exaltado, “se rebajó voluntariamente, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los seres humanos. Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!” (Fil. 2:7, 8). En estos momentos le esperaba la cruz; y sus propios discípulos estaban tan llenos de egoísmo que no podían sentir simpatía por su Señor, ni siquiera entenderlo mientras les hablaba de su humillación por ellos.

Jesús trató de corregir el mal. Les mostró cuál es el principio que rige en el reino de los cielos, y en qué consiste la verdadera grandeza. Los que eran impulsados por el orgullo y el amor a la distinción, pensaban en sí mismos y en la recompensa que habrían de recibir. No tendrían cabida en el reino de los cielos, porque estaban identificados con las filas de Satanás.

Antes del honor está la humildad. Para ocupar un lugar elevado ante los hombres, el Cielo elige al obrero que asume un lugar humilde delante de Dios. El discípulo que más se asemeja a un niño es el más eficiente en la labor para Dios. El que siente más profundamente su necesidad de la ayuda divina la pedirá. Saldrá de la comunión con Cristo para trabajar, ungido para su misión; y tiene éxito donde muchos de los sabios e intelectuales preparados fracasarían.

Pero cuando los hombres se ensalzan a sí mismos, y se consideran necesarios para el éxito del gran plan

de Dios, el Señor los desecha. La obra no se detiene, sino que sigue adelante con mayor poder.

No era suficiente que los discípulos de Jesús fuesen instruidos en cuanto a la naturaleza de su reino. Lo que necesitaban era un cambio de corazón. Llamando a un niño a sí, Jesús lo puso en medio de ellos. Luego, rodeándolo tiernamente con sus brazos, dijo: “A menos que ustedes cambien y se vuelvan como niños, no entrarán en el reino de los cielos”. La sencillez, el olvido de sí mismo y el amor confiado del niño son los atributos que el Cielo aprecia. Son las características de la verdadera grandeza. A los pies de Jesús se olvidan la dignidad y la ostentación terrenales. Los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, se encuentran allí como almas compradas por la sangre de Jesús, sin pensamiento alguno de casta ni de preeminencia mundanal.

Dios pone su señal sobre nosotros, no según jerarquía ni riqueza, ni por grandeza intelectual, sino por nuestra unidad con Cristo. David dijo: “Me diste asimismo el escudo de tu salvación [...] y tu benignidad [como un elemento del carácter humano] me ha engrandecido” (Sal. 18:35).

Las palabras del Salvador despertaron en los discípulos un sentimiento de desconfianza propia. Juan se sintió inducido a preguntar si en cierto caso su acción había sido correcta. “Maestro, vimos a alguien usar tu nombre para expulsar demonios, pero le dijimos que no lo hiciera, porque no pertenece a nuestro grupo”.

Santiago y Juan habían pensado que al reprimir a ese hombre tenían en cuenta el honor de su Señor; pero

empezaban a ver que habían sido celosos por la propia. Reconociendo su error, aceptaron la reprensión de Jesús: “¡No lo detengan! –dijo Jesús–. Nadie que haga un milagro en mi nombre podrá luego hablar mal de mí”. Había muchos que estaban profundamente conmovidos por el carácter y la obra de Cristo, y cuyo corazón se estaba abriendo a él con fe. Los discípulos debían tener cuidado de no desalentar a esas personas. Debían manifestar la misma abarcante simpatía que habían visto en su Maestro.

Cristo es el gran Maestro. Hemos de sentarnos con humildad a los pies de Jesús y aprender de él. Cada persona a la cual Dios ha hecho voluntaria es un conducto por medio del cual Cristo revelará su amor perdonador. ¡Cuán cuidadosos debemos ser para no desalentar a uno de los que transmiten la luz de Dios, con el fin de no interceptar los rayos que él quiere hacer brillar sobre el mundo!

Un acto como el de Juan, al prohibir a otro que realizase milagros en nombre de Cristo, podía hacer que esa persona perdiera su salvación. Jesús dijo que antes de hacer una cosa semejante, “sería mejor que te arrojaran al mar con una gran piedra de molino atada al cuello”.

¿Por qué empleó Jesús este lenguaje vehemente? Porque “el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar a los que están perdidos” (Luc. 19:10). ¿Habrán de tener sus discípulos menos consideración por la salvación de sus semejantes que la manifestada por la Majestad del cielo? ¡Cuán terrible es el pecado de apartar a alguien de Cristo, de manera que el amor, la humillación y la agonía del

Salvador hayan sido vanos para él!

“¡Ay del mundo por las cosas que hacen pecar a la gente! Inevitable es que sucedan”. El mundo se opondrá seguramente a los que siguen a Cristo; pero ¡ay de aquel que lleve el nombre de Cristo y sin embargo sea hallado haciendo esa obra! Muchos son engañados y conducidos hacia sendas falsas por quienes aseveran servir al Señor, pero representan falsamente su carácter.

Debe desecharse todo aquello que conduce al pecado

Un pecado acariciado es suficiente para lograr la degradación del carácter y extraviar a otros. Si para salvar el cuerpo de la muerte uno se cortaría un pie o una mano, o aun se arrancaría un ojo, ¡con cuánto más fervor debiéramos desechar el pecado, que trae muerte al alma!

En el ceremonial del templo se añadía sal a todo sacrificio. Eso, como la ofrenda del incienso, significaba que únicamente la justicia de Cristo podía hacer el culto aceptable para Dios. Refiriéndose a esa práctica, Jesús dijo: “Que no falte la sal entre ustedes, para que puedan vivir en paz unos con otros” (NVI). Todos deben recibir la sal que salva, la justicia de nuestro Salvador. Entonces vienen a ser “la sal de la tierra” (Mat. 5:13), que restringe el mal entre los hombres, así como la sal preserva de la corrupción. Pero si la sal ha perdido su sabor, la vida no puede ejercer una influencia salvadora sobre el mundo. Jesús dice: “Deben participar de mi gracia para ser sabor de vida para vida”. Entonces no habrá rivalidad ni esfuerzo para complacer-

se a sí mismo, ni se deseará el puesto más alto.

Cuando vemos a Jesús, Varón de dolores y experimentado en quebrantos, trabajando para salvar a los perdidos, despreciado, escarnecido, ridiculizado, moviéndose de una ciudad a otra hasta cumplir su misión; cuando lo contemplamos en el Getsemaní, transpirando gruesas gotas de sangre, y muriendo en agonía sobre la cruz; cuando veamos eso, ya no reconoceremos el clamor del yo. Nos regocijara el llevar la cruz en pos de Jesús, el sufrir pruebas, vergüenza o persecución por su causa.

A nadie que crea en Cristo se lo debe tener en poco. Todo lo que nos da ventaja sobre otro –sea la educación o el refinamiento, la nobleza de carácter, el entrenamiento cristiano– nos impone una deuda para con los menos favorecidos. Si somos fuertes, debemos sostener las manos de los débiles. Hay siempre ángeles presentes donde más se los necesita, con quienes tienen que pelear la batalla más dura contra el yo, que tal vez tienen muchos rasgos de carácter censurables, y cuyo ambiente es más desalentador. Los verdaderos seguidores de Cristo cooperarán en ese ministerio.

“¿Qué les parece?”, dijo Jesús. “Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se extravía, ¿qué hará? ¿No dejará las otras noventa y nueve en las colinas y saldrá a buscar la perdida? Si la encuentra, les digo la verdad, se alegrará más por esa que por las noventa y nueve que no se extraviaron. De la misma manera, no es la voluntad de mi Padre celestial que ni siquiera uno de estos pequeñitos perezca”.

La necesidad del tacto delicado

Cuando alguien hace algún mal, no lo avergüences exponiendo su falta a otros, ni deshonres a Cristo haciendo público el pecado o error de quien lleva su nombre. Debe inducirse a ver su error para que se reforme, pero no hemos de juzgarlo ni condenarlo. Para tratar las heridas del alma se necesita el tacto más delicado, la más fina sensibilidad. Lo único que puede valernos en esto es el amor que fluye del que sufrió en el Calvario. El que tenga éxito, “salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados” (Sant. 5:20).

Pero aun este esfuerzo puede ser infructuoso. Entonces, dijo Jesús, “toma aún contigo a uno o dos”. Si no quiere escucharlos, entonces, pero no antes, se debe presentar el asunto a todo el cuerpo de creyentes. Únanse los miembros de iglesia, como representantes de Cristo, en oración y súplica amante para que el ofensor pueda ser restaurado. El Espíritu Santo hablará a través de sus siervos, suplicando al descarriado que vuelva a Dios. El apóstol Pablo, hablando por inspiración, dice: “Dios hace su llamado por medio de nosotros. Hablamos en nombre de Cristo cuando les rogamos: ‘¡Vuelvan a Dios!’ ” (1 Cor. 5:20). El que rechaza este esfuerzo conjunto en su favor, ha roto el vínculo que lo une a Cristo, y así se ha separado de la comunión de la iglesia. Desde entonces, dijo Jesús, ténganlo “por gentil y publicano”. Pero no lo han de despreciar ni descuidar los que antes eran sus hermanos, sino tratar con ternura y compasión.

Si uno descuida el deber que Cristo ordenó en cuanto a tratar de restaurar a quienes están en error y pecado, se hace partícipe del pecado (ver Lev. 19:17). Somos tan responsables de los males que podríamos haber detenido como si los hubiésemos cometido nosotros mismos.

No debemos hacer del error de otro un asunto de comentario y crítica entre nosotros mismos, ni repetirlo a otros. Mientras tratamos de corregir los errores de un hermano los protegeremos, tanto como sea posible, de la crítica aun de sus propios hermanos, y tanto más de la condenación del mundo incrédulo. Cristo nos invita a tratarnos mutuamente como deseamos que él nos trate.

“Todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo” (Mat. 16:19, NVI).

¡Los resultados de nuestro trabajo serán para la eternidad!

Pero no hemos de llevar esta gran responsabilidad solos. Cristo mora dondequiera que se obedezca su palabra con corazón sincero. No solo está presente en las asambleas de la iglesia, sino que estará dondequiera que sus discípulos, por poco que sean, se reúnan en su nombre. “También les digo lo siguiente: si dos de ustedes se ponen de acuerdo aquí en la tierra con respecto a cualquier cosa que pidan, mi Padre que está en el cielo la hará”. Mientras que por su humanidad Jesús está vinculado con sus discípulos, y participa de sus pruebas y simpatiza con ellos en sus sufrimientos, por su divinidad está conectado con el trono del Infinito.

¡Admirable garantía! Y todo el poder del cielo se pone en combinación con la capacidad humana para atraer a las almas a Cristo.

Capítulo 49

“¡Todo el que tenga sed puede venir!”

Este capítulo se basa en Juan 7:1 al 15, 37 al 39.

Tres veces al año los judíos debían congregarse en Jerusalén con propósitos religiosos. La Fiesta de los Tabernáculos [o de las Cabañas] era la reunión final del año. Se había recogido la cosecha de los valles y las llanuras de Palestina. Se habían juntado las olivas, y guardado el precioso aceite en vasijas. Los racimos de uva púrpura habían sido pisados en el lagar.

La fiesta duraba siete días, y para su celebración los habitantes de Palestina, con muchos de otras regiones, dejaban sus casas y acudían a Jerusalén. Ancianos y jóvenes, ricos y pobres, todos traían algún don como tributo de agradecimiento a quien había coronado el año con su bondad. El pueblo traía de los bosques todo lo que podía dar expresión al gozo universal.

Esa fiesta no era solo un agradecimiento por la cosecha, sino además un memorial del cuidado protector de Dios sobre Israel en el desierto. Con el fin de conmemorar su vida en tiendas, durante la fiesta los israelitas moraban en cabañas o tabernáculos de ramas verdes. Los erigían

en las calles, en los atrios del templo o en los techos de las casas. Las colinas y los valles que rodeaban a Jerusalén también estaban salpicados de esas moradas de hojas.

Un poco antes de la fiesta venía el Día de la Expiación, en el cual el pueblo era declarado en paz con el Cielo. Se elevaba el salmo triunfal: “¡Alabado sea el Señor! ¡Den gracias al Señor, porque él es bueno! Su fiel amor perdura para siempre” (Sal. 106:1), mientras que toda clase de música acompañaba el canto al unísono.

El templo era el centro del gozo universal. Allí, alineado a ambos lados de las gradas de mármol blanco del edificio sagrado, el coro de levitas dirigía el servicio de canto. La melodía era entonada por voces cercanas y lejanas, hasta que de las colinas circundantes parecían brotar cantos de alabanza.

Por la noche, el templo y su atrio resplandecían con luz artificial. La música, la agitación de las palmas, los gratos hosannas, la gran multitud de gente, sobre la cual la luz se derramaba desde las lámparas colgantes, y la majestad de las ceremonias impresionaban profundamente

a los espectadores. Pero la ceremonia más impresionante de la fiesta era una conmemoración de cierto evento del peregrinaje por el desierto.

Al alba del día los sacerdotes emitían una larga y aguda nota con sus trompetas de plata, y los alegres gritos del pueblo desde sus cabañas daban la bienvenida al día de fiesta. Después el sacerdote sacaba de las aguas del Cedrón un cántaro de agua y, alzándolo en alto mientras resonaban las trompetas, subía las altas gradas del templo, al compás de la música, con paso lento y mesurado.

En el atrio de los sacerdotes había dos palanganas de plata. El cántaro de agua era derramado en una, y un cántaro de vino en la otra; y el contenido de ambas, fluyendo por un caño que comunicaba con el Cedrón, era conducido al Mar Muerto. El agua consagrada representaba la fuente que a la orden de Dios había brotado de la roca para aplacar la sed de los hijos de Israel.

Mientras los hijos de José se preparaban para asistir a la Fiesta de los Tabernáculos, vieron que Cristo no hacía ningún movimiento que significase intención de asistir a ella. Desde la curación realizada en Betesda no había asistido a las fiestas nacionales. Con el fin de evitar un conflicto inútil con los dirigentes de Jerusalén, había limitado sus labores a Galilea. Su aparente indiferencia hacia las grandes asambleas religiosas, y la enemistad manifestada hacia él por los sacerdotes y rabinos, eran una causa de perplejidad aun para sus discípulos y familiares. En sus enseñanzas se había espaciado en las bendiciones de la obediencia;

sin embargo, él mismo parecía indiferente al servicio que Dios había establecido.

Su trato con los publicanos y otros de mala reputación, su desprecio por las observancias rabínicas y la libertad con que dejaba de lado las exigencias tradicionales acerca del sábado, todo parecía ponerlo en antagonismo con las autoridades religiosas. Sus hermanos pensaban que era un error de su parte alienarse de los grandes y sabios de la nación. Sentían que esos hombres debían tener razón. Pero habían presenciado la vida sin tacha de Jesús y, habían quedado profundamente impresionados por sus obras. ¡Todavía esperaban que indujera a los fariseos a ver que él era el Mesías, el Príncipe de Israel! Ellos acariciaban este pensamiento con orgullosa satisfacción.

Tanta ansiedad sentían acerca de esto que rogaron a Jesús que fuese a Jerusalén: “¡Sal de aquí y vete a Judea, donde tus seguidores puedan ver tus milagros! ¡No puedes hacerte famoso si te escondes así! Si tienes poder para hacer cosas tan maravillosas, ¡muéstrate al mundo!”. Si él sabía que era el Mesías, ¿por qué guardaba esa extraña reserva e inacción? ¿Por qué no iba audazmente a Jerusalén y hacía las obras maravillosas que de él se relataban en Galilea? Decían: “No te ocultes en provincias aisladas para realizar tus obras poderosas para beneficio de campesinos y pescadores ignorantes. Preséntate en la capital, conquista el apoyo de sacerdotes y príncipes y une a la nación para establecer el nuevo reino”.

Motivos egoístas

Estos hermanos de Jesús razonaban por influjo del mismo motivo egoísta que con tanta frecuencia se encuentra en el corazón de los que aman la ostentación. “Este no es el mejor momento para que yo vaya”, respondió Jesús, ‘pero ustedes pueden ir cuando quieran. El mundo no puede odiarlos a ustedes, pero a mí sí me odia, porque yo lo acuso de hacer lo malo. Vayan ustedes; no iré al festival, porque todavía no ha llegado mi momento’.

“Después de decir esas cosas, se quedó en Galilea”. Sus hermanos le habían hablado en tono de autoridad. Les devolvió su reprensión, clasificándolos no con sus discípulos abnegados, sino con el mundo. El mundo no odia a los que le son semejantes en espíritu; los ama como suyos.

Cristo no había de ser presuntuoso, ni precipitarse al peligro, ni tampoco apresurar una crisis. Sabía que iba a ser blanco del odio del mundo; sabía que su obra resultaría en su muerte; pero exponerse prematuramente no habría sido obrar según la voluntad de su Padre.

Muchos, de todas partes del mundo, habían ido a la Fiesta de los Tabernáculos con la esperanza de ver a Cristo. Los fariseos y los príncipes esperaban que viniese, deseosos de tener oportunidad para condenarlo. Preguntaban ansiosos: “¿Dónde está?” Pero nadie lo sabía. Nadie se atrevía a reconocerlo como el Mesías, pero por doquiera había discusiones serenas pero fervorosas acerca de él. Muchos lo defendían como enviado

de Dios, mientras que otros lo denunciaban como engañador del pueblo.

Mientras tanto Jesús había llegado silenciosamente a Jerusalén, eligiendo una ruta poco frecuentada. Si se hubiese unido a cualesquiera de las caravanas que subían a la fiesta, la atención pública hubiera sido atraída hacia él, y una demostración popular en su favor habría predispuesto a las autoridades contra él.

En medio de la fiesta, entró al atrio del templo en presencia de la multitud. Se había dicho que no se atrevía a colocarse bajo el poder de los sacerdotes y príncipes. Todos se sorprendieron al notar su presencia. Toda voz se acalló.

Así de pie, convertido en el centro de atracción de esa vasta muchedumbre, Jesús les habló como nadie lo había hecho. Sus palabras demostraron un conocimiento de las leyes e instituciones de Israel, del ritual de los sacrificios y las enseñanzas de los profetas, que superaba por mucho al de los sacerdotes y rabinos. Como quien contempla al Invisible, habló de lo terrenal y lo celestial, lo humano y lo divino, con autoridad positiva. Como en Capernaúm, la gente se asombró de su doctrina; “porque hablaba con autoridad” (Luc. 4:32). Hizo todo esfuerzo posible para inducirlos al arrepentimiento. No sería rechazado y asesinado por su propia nación si podía salvarlos de la culpabilidad de un hecho semejante.

De uno a otro pasaba la pregunta: “¿Cómo sabe este letras, sin haber estudiado?” Tanto Jesús como Juan el Bautista habían sido representados como ignorantes porque no habían recibido preparación en las escuelas

de los rabinos. Quienes los oían se asombraban de su conocimiento de las Escrituras, pero el Dios del cielo era su Maestro. Mientras Jesús hablaba en el atrio del templo, la gente permaneció hechizada. Los mismos hombres que eran los más violentos contra él se vieron imposibilitados de perjudicarlo.

La necesidad de los adoradores

La mañana del último día de la fiesta halló al pueblo cansado por el largo período de festividad. De repente Jesús alzó la voz, en tono que repercutía por los atrios del templo, y dijo: “¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba! De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, brotarán ríos de agua viva” (NVI). El pueblo había estado participando de una continua escena de pompa y festividad, sus ojos estaban deslumbrados por la luz y el color, y sus oídos halagados por la más rica música; pero no había nada en toda esa ceremonia que satisficiera las necesidades del espíritu, nada que aplacara la sed del alma.

El sacerdote había cumplido esa mañana la ceremonia que conmemoraba la acción de golpear la roca en el desierto. Esa roca era un símbolo del Ser que por su muerte haría fluir rau-

dales de salvación a todos los sedientos. Allí, en presencia de la congregada muchedumbre, Cristo se puso aparte para ser herido, con el fin de que el agua de vida pudiese fluir hacia el mundo. Mientras Jesús hablaba al pueblo, los corazones se conmovieron con una extraña reverencia y muchos estuvieron dispuestos a exclamar, como la mujer de Samaria: “Dame de esa agua para que no vuelva a tener sed” (Juan 4:15, NVI).

Muchos de los que oyeron a Jesús lloraban por esperanzas frustradas, muchos alimentaban un agravio secreto, muchos estaban tratando de satisfacer su inquieto anhelo con las cosas del mundo; pero allí estaban, en medio del resplandor de la gozosa escena, descontentos y tristes. Ese clamor repentino –“Si alguno tiene sed”– los sorprendió y, mientras escuchaban las palabras que siguieron, su mente se reanimó con una nueva esperanza. En ese símbolo vieron el inestimable don de la salvación.

El clamor que Cristo dirige al alma sedienta sigue repercutiendo, y nos apela con mayor poder que a quienes lo oyeron en el templo en ese último día de la fiesta. “Todos los que tengan sed, vengan. Todo aquel que quiera, beba gratuitamente del agua de la vida” (Apoc. 22:17).

Entre trampas

Este capítulo se basa en Juan 7:16 al 36, 40 al 53; 8:1 al 11.

Todo el tiempo que Jesús pasó en Jerusalén durante la fiesta fue seguido por espías. Día tras día se probaban nuevas estrategias para silenciarlo. Los sacerdotes y príncipes se proponían impedirle, por medio de la violencia, que obrase. En el primer día de la fiesta, le habían preguntado con qué autoridad enseñaba.

“Mi mensaje no es mío”, respondió Jesús, “sino que proviene de Dios, quien me envió. Todo el que quiera hacer la voluntad de Dios sabrá si lo que enseño proviene de Dios o solo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:16, 17). La percepción y apreciación de la verdad, dijo, dependen menos de la mente que del corazón. La verdad exige el homenaje de la voluntad. Debe de ser recibida a través de la obra de la gracia en el corazón; y su recepción depende de que se renuncie a todo pecado revelado por el Espíritu de Dios. Debe haber una renuncia concienzuda a toda costumbre y práctica opuestas a sus principios. Los que así se entregan a Dios podrán distinguir entre el que habla de parte de Dios y el que habla meramente de sí mismo. Los fariseos no estaban buscando conocer la verdad, sino hallar alguna excusa

para evadirla; esta era la razón por la que ellos no entendían la enseñanza de Cristo.

“Los que hablan por su propia cuenta buscan su propia gloria, pero el que busca honrar a quien lo envió, habla con la verdad, no con mentiras”. El espíritu de exaltación propia delata su origen. Pero Cristo estaba buscando la gloria de Dios. Tal era la evidencia de su autoridad como maestro de la verdad.

Jesús dio a los rabinos una evidencia de su divinidad demostrándoles que leía su corazón. Habían estado maquinando su muerte. Así violaban ellos mismos la ley que profesaban defender. Él dijo: “Moisés les dio la ley, ¡pero ninguno de ustedes la cumple! De hecho, tratan de matarme”.

Como raudo fulgor de luz, esas palabras revelaron a los rabinos el abismo de ruina al cual se estaban por lanzar. Por un instante quedaron llenos de terror. Vieron que estaban en conflicto con el Poder infinito. Pero no querían ser advertidos. Desearon ocultar sus designios homicidas. Eludiendo la pregunta de Jesús, exclamaron: “¿Estás endemoniado! ¿Quién trata de matarte?”

Cristo no prestó atención a la insinuación de que un espíritu maligno

no instigaba sus obras maravillosas. Continuó demostrando que su obra de curación en Betesda estaba justificada por la interpretación que los mismos judíos daban a la ley. Según la ley, cada niño debía ser circuncidado al octavo día. Si ese día caía en sábado, el rito debía realizarse ese día. ¿Cuánto más armonizaba con el espíritu de la ley el hacer sano “completamente a un hombre” en sábado? Y les aconsejó: “No juzguen por las apariencias; juzguen con justicia”. Los príncipes quedaron callados

Ideas erróneas sobre el Mesías y su venida

Muchos de los que moraban en Jerusalén se sentían atraídos hacia Cristo por un poder irresistible. Se iban convenciendo de que era el Hijo de Dios. Pero Satanás estaba listo para sugerirles dudas. Se creía generalmente que Cristo nacería en Belén, pero que después de un tiempo desaparecería y que en su segunda aparición nadie sabría de dónde venía. No eran pocos los que sostenían que el Mesías no tendría ninguna relación natural con la humanidad. Mientras así estaban vacilando entre la duda y la fe, Jesús descubrió sus pensamientos y les contestó diciendo: “Ustedes me conocen y saben de dónde provengo, pero no estoy aquí por mi propia cuenta. El que me envió es veraz, y ustedes no lo conocen”. Las palabras de Cristo eran claramente una repetición de la afirmación que había hecho en presencia del Sanedrín muchos meses antes, cuando se declaró Hijo de Dios.

Entre el pueblo muchos creían en

él. “Después de todo –decían–, ¿acaso esperan que el Mesías haga más señales milagrosas que las que hizo este hombre?” Los líderes de los fariseos, que estaban considerando ansiosamente el curso de los acontecimientos, notaron las expresiones de simpatía entre la muchedumbre. Dirigiéndose con premura a los sacerdotes principales, convinieron en apresarlos cuando estuviese solo; porque no se atrevían a prenderlo en presencia del pueblo.

Muchos que estaban convencidos de que Jesús era el Hijo de Dios fueron extraviados por el falso razonamiento de los sacerdotes y rabinos. Estos maestros habían repetido con gran efecto las profecías concernientes al Mesías, que reinaría “en el monte de Sion y en Jerusalén, y delante de sus ancianos” sería “glorioso”; que dominaría “de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra” (Isa. 24:23; Sal. 72:8, RV60). Luego habían hecho comparaciones despectivas entre la gloria allí descrita y la humilde apariencia de Jesús. Si el pueblo hubiese estudiado con sinceridad la Palabra por sí mismo, no habría sido extraviado. El capítulo 61 de Isaías testifica que Cristo habría de hacer la misma obra que hacía. El capítulo 53 presenta su rechazamiento, y el capítulo 59 describe el carácter de los sacerdotes y rabinos.

Poder para discriminar entre el bien y el mal

Dios no obliga a los hombres a renunciar a su incredulidad. Dios quiere que los hombres no decidan por impulso, sino por el peso de la eviden-

cia, comparando cuidadosamente un pasaje de la Escritura con otro. Si los judíos hubiesen comparado la profecía escrita con los hechos que caracterizaban la vida de Jesús, habrían percibido una hermosa armonía entre las profecías y su cumplimiento en la vida y el ministerio del humilde galileo.

Muchos son engañados hoy de la misma manera que los judíos. Hay maestros religiosos que leen la Biblia a la luz de su propio entendimiento y tradiciones; y la gente no escudriña las Escrituras por su cuenta. Renuncian a su propio criterio y confían su destino a sus dirigentes. Quienquiera que estudie con oración la Biblia para poder obedecerla, recibirá iluminación divina. Entenderá las Escrituras. “Todo el que quiera hacer la voluntad de Dios sabrá si lo que enseño proviene de Dios o solo hablo por mi propia cuenta”.

El último día de la fiesta, los oficiales enviados por los sacerdotes y príncipes para arrestar a Jesús volvieron sin él. Los interrogaron airadamente: “¿Por qué no lo han traído?” Con rostro solemne, contestaron: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”

Aunque tenían el corazón endurecido, fueron enternecidos por sus palabras. Mientras estaba hablando en el atrio del templo, se habían quedado cerca con el fin de oír algo que pudiese volverse contra él. Pero, mientras escuchaban, Cristo se reveló en sus almas. Vieron lo que los sacerdotes y príncipes no querían ver: la humanidad inundada por la gloria de la divinidad.

Los sacerdotes y los príncipes, al llegar por primera vez a la presencia de Cristo, habían sentido la misma

convicción. Su corazón se había conmovido profundamente, se había grabado en ellos el pensamiento: “Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre”. Pero habían ahogado la convicción del Espíritu Santo. Ahora, enfurecidos, clamaron: ¿También ustedes se han dejado engañar? ¿Habría siquiera uno de nosotros, gobernantes o fariseos, que crea en él? Esa multitud tonta que lo sigue es ignorante de la ley, ¡está bajo la maldición de Dios!”

A quienes se anuncia el mensaje de verdad rara vez preguntan: “¿Es verdad?”, sino: “¿Quién lo propaga?” Las multitudes lo estiman por el número de los que lo aceptan; y se vuelve a hacer la pregunta: “¿Ha creído en él alguno de los hombres instruidos o de los dirigentes de la religión?” No es un argumento contra la verdad el hecho de que muchos no estén dispuestos a aceptarla, o de que no es recibida por los grandes de este mundo, ni siquiera por los líderes religiosos.

De nuevo los sacerdotes y los príncipes insistían en que, si se lo dejaba en libertad, Jesús apartaría al pueblo de los líderes establecidos, y que la única conducta segura consistía en silenciarlo de inmediato. En el apogeo de su discusión fueron refrenados repentinamente. Nicodemo preguntó: “¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no lo oye, y sabe lo que ha hecho?” El silencio cayó sobre la asamblea. No podían condenar a un hombre sin haberle oído. Los altaneros príncipes quedaron asombrados y enfadados de que uno de entre ellos mismos hubiese sido tan impresionado por el carácter de Jesús como para hablar una

palabra en su defensa. “¿También tú eres de Galilea? Estudia las Escrituras y compruébalo tú mismo: jamás ha salido un profeta de Galilea”.

Sin embargo, la protesta detuvo el procedimiento del consejo y “cada uno se fue a su casa”.

Jesús lidia con un caso de adulterio

Jesús se apartó de la excitación y confusión de la ciudad, de las ávidas muchedumbres y de los traicioneros rabinos, para ir a la tranquilidad de los huertos de olivos, donde podía estar solo con Dios. Pero temprano por la mañana volvió al templo, y al ser rodeado por la gente se sentó y les enseñó.

Pronto fue interrumpido. Un grupo de fariseos y escribas se acercó a él arrastrando con ellos a una mujer aterrorizada. Con voces duras y ansiosas, la acusaron de haber violado el séptimo mandamiento. Empujándola hasta la presencia de Jesús, le dijeron: “En la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?”

Querían valerse de esa oportunidad para asegurar su condena, pensando que cualquiera que fuese la decisión hecha por él, hallarían ocasión para acusarlo. Si indultaba a la mujer, se lo acusaría de despreciar la ley de Moisés. Si la declaraba digna de muerte, se lo podía acusar ante los romanos de asumir una autoridad que solo les pertenecía a ellos.

Jesús miró por un momento la escena: la temblorosa víctima avergonzada, los dignatarios de rostro duro, sin rastros de compasión humana. Leía el corazón, y conocía el carácter

y la vida de cada uno de quienes estaban en su presencia. No dando señal de haber oído la pregunta, se agachó y comenzó a escribir en el polvo.

Impacientes por su aparente indiferencia, los acusadores se acercaron. Pero cuando sus ojos cayeron sobre el pavimento a sus pies, cambió la expresión de su rostro. Allí, trazados delante de ellos, estaban los secretos culpables de su propia vida. El pueblo, que miraba, vio el cambio repentino de expresión, y se adelantó para descubrir lo que ellos estaban mirando con tanto asombro y vergüenza.

Aunque profesaban reverencia por la ley, los rabinos estaban violando lo que establecía. Era el deber del esposo iniciar la acción contra ella. Y las partes culpables debían ser castigadas por igual. La acción de los acusadores no tenía ninguna autorización. Por tanto, Jesús les hizo frente en su propio terreno. La ley especificaba que los testigos del caso debían arrojar la primera piedra. Levantándose entonces, y fijando sus ojos en los ancianos maquinadores, Jesús dijo: “Aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra” (NVI). Y volviéndose a agachar, continuó escribiendo en el suelo.

Ahora los acusadores habían sido derrotados, habiendo sido arrancado su manto de pretendida santidad. Culpables y condenados, estaban en la presencia de la Pureza infinita. Uno tras otro, con la cabeza y los ojos bajos, se fueron furtivamente, dejando a su víctima con el compasivo Salvador.

Jesús se enderezó, y mirando a la mujer dijo: “ ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ni uno de ellos te condenó? ‘Ni uno, Señor’, dijo ella. ‘Yo

tampoco', le dijo Jesús. 'Vete y no peques más'".

La mujer había estado temblando de miedo ante Jesús. Sus palabras: "Aquel de ustedes que esté libre de pecado, que tire la primera piedra", habían sido para ella como una sentencia de muerte. Esperó silenciosamente su suerte. Con asombro vio a sus acusadores alejarse mudos y confundidos; luego cayeron en sus oídos estas palabras de esperanza: "Ni yo tampoco te condeno; vete; y en adelante no peques más" (VM). Su corazón se enterneció, y se arrojó a los pies de Jesús, expresando con sollozos su amor agradecido, confesando sus pecados con lágrimas amargas.

Esto fue para ella el principio de una vida nueva, una vida de pureza y paz, consagrada al servicio de Dios. Al levantar a esta alma caída, Jesús hizo un milagro mayor que al sanar

la más grave enfermedad física. Curó la enfermedad espiritual que es para muerte eterna. Esa mujer penitente llegó a ser una de sus seguidoras más fervientes.

Aunque Jesús no tolera el pecado ni reduce el sentido de la culpabilidad, no busca condenar sino salvar. El Ser sin pecado se compadece de las debilidades del pecador, y le tiende una mano ayudadora. No es seguidor de Cristo el que se aparta de los que yerran, dejándolos proseguir sin estorbos su camino descendente. Con frecuencia los hombres aborrecen al pecador, mientras aman el pecado. Cristo aborrece el pecado, pero ama al pecador; tal ha de ser el espíritu de todos los que le sigan. El amor cristiano es lento en censurar, presto para discernir el arrepentimiento, listo para perdonar, para animar, para afirmar al errante en la senda de la santidad.

Capítulo 51

“La luz que lleva a la vida”

Este capítulo se basa en Juan 8:12 al 59; 9.

“Yo soy la luz del mundo. Si ustedes me siguen, no tendrán que andar en la oscuridad porque tendrán la luz que lleva a la vida”.

Era de mañana; el sol acababa de levantarse sobre el Monte de los Olivos, y sus rayos caían con deslumbrante brillo sobre los palacios de mármol, e iluminaban el oro de las paredes del templo, cuando Jesús, señalándolo, dijo: “Yo soy la luz del mundo”. Mucho tiempo después, el apóstol Juan repitió estas palabras, en aquel sublime pasaje: “En él estaba la vida, y la vida era la luz de la humanidad. Esta luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no han podido extinguirla [...]. Esa luz verdadera, la que alumbra a todo ser humano, venía a este mundo” (Juan 1:4, 5, 9). Dios es luz; y en las palabras: “Yo soy la luz del mundo”, Cristo declaró su unidad con Dios y su relación con toda la familia humana. Fue él quien al principio había hecho “que la luz resplandeciera en las tinieblas” (2 Cor. 4:6, NVI). Él es la luz del sol, la luna y las estrellas. Así como los rayos del sol penetran hasta los remotos rincones de la tierra, así la luz del

Sol de Justicia brilla sobre toda alma.

“Aquel era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo” (RVA). Personas de intelecto gigantesco e investigaciones maravillosas, cuyas declaraciones han abierto vastos campos del conocimiento, han sido honrados como benefactores de la raza humana. Pero hay Uno que está por encima de ellos. “A cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios [...]. A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo unigénito, que es Dios y que vive en unión íntima con el Padre, nos lo ha dado a conocer” (Juan 1:12, 18, NVI). Podemos remontar la línea de los grandes maestros del mundo hasta donde se extienden los registros humanos; pero la Luz era anterior a ellos. Así como la luna y los planetas del sistema solar brillan por la luz reflejada del sol, así, hasta donde su enseñanza es verdadera, los grandes pensadores del mundo reflejan los rayos del Sol de Justicia. La verdadera “educación superior” es la que imparte Jesús, en quien “están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento” (Col. 2:3). “Si ustedes me siguen, no tendrán que

andar en la oscuridad porque tendrán la luz que lleva a la vida”.

Con las palabras: “Yo soy la luz del mundo”, Jesús declaró ser el Mesías. Para los fariseos y los príncipes este aserto parecía arrogante. No podían tolerar que un hombre semejante a ellos tuviera tales pretensiones. Preguntaron: “¿Tú quién eres?” Estaban empeñados en forzarlo a declararse el Cristo. Su apariencia y su obra eran tan diferentes de las expectativas del pueblo que, como sus astutos enemigos creían, una proclama directa de sí mismo como el Mesías provocaría que lo rechazaran como impostor.

Pero él replicó: “El que siempre dije que era”. Él era la personificación de las verdades que enseñaba. “Yo no hago nada por mi cuenta, sino que digo únicamente lo que el Padre me enseñó. Y el que me envió está conmigo”. No procuró probar su pretensión mesiánica, sino que mostró su unidad con Dios.

Entre sus oyentes, muchos eran atraídos a él por fe, y a estos les dijo: “Ustedes son verdaderamente mis discípulos si se mantienen fieles a mis enseñanzas; y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres”.

Estas palabras ofendieron a los fariseos. “Nosotros somos descendientes de Abraham, nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Qué quieres decir con ‘los hará libres’?” Jesús miró a esos hombres esclavos de la malicia, cuyos pensamientos se concentraban en la venganza, y contestó con tristeza: “Les digo la verdad, todo el que comete pecado es esclavo del pecado”. Ellos estaban en la peor clase de servidumbre: regidos por el espíritu del maligno.

Todo aquel que rehúsa entregarse a Dios está bajo el dominio de otro poder. Está en la más profunda esclavitud, su mente está bajo el dominio de Satanás. Cristo vino para romper las cadenas de la esclavitud del pecado. “Así que, si el Hijo los hace libres, ustedes son verdaderamente libres”.

En la obra de la redención no hay compulsión. No se emplea ninguna fuerza exterior. Bajo la influencia del Espíritu de Dios el hombre es dejado libre para elegir a quién ha de servir. Cuando nos entregamos a Cristo, obtenemos la más completa sensación de libertad. La expulsión del pecado es obra del alma misma. Cuando deseamos ser libertados del pecado, y clamamos por un poder exterior y superior a nosotros, las facultades del alma quedan dotadas de la energía divina del Espíritu Santo y ellas obedecen los dictados de la voluntad en cumplimiento de la voluntad de Dios.

La única condición bajo la cual es posible la libertad del hombre es que este llegue a ser uno con Cristo. El pecado solo puede triunfar por medio del debilitamiento de la mente y la destrucción de la libertad del alma. La sujeción a Dios es la restauración del yo de uno; de la verdadera gloria y dignidad del hombre. La ley divina, a la cual somos inducidos a sujetarnos, es “la ley de la libertad” (Sant. 2:12).

Los fariseos se habían declarado a sí mismos hijos de Abraham. Los verdaderos hijos de Abraham no procurarían matar al que hablaba la verdad que le había sido dada por Dios. La mera descendencia de Abraham no tenía valor alguno. Si no poseían el mismo espíritu y hacían las mismas obras, ellos no eran sus hijos.

La pregunta de la sucesión apostólica

Como el descender de Abraham no se prueba por medio del nombre y el linaje, sino por la semejanza de carácter, así la sucesión apostólica tampoco descansa en la transmisión de la autoridad eclesiástica, sino sobre la relación espiritual. Una vida activada por el espíritu de los apóstoles, el creer y enseñar las verdades que ellos enseñaron; esta es la verdadera evidencia de haber recibido la autoridad de los apóstoles.

Jesús dijo: "Ustedes imitan a su verdadero padre". En mofa respondieron: "¡Nosotros no somos hijos ilegítimos! Dios mismo es nuestro verdadero Padre". Estas palabras, que aludían a las circunstancias del nacimiento de Cristo, estaban destinadas a ser una estocada contra Cristo en presencia de los que estaban comenzando a creer en él. Jesús no prestó oído a esa ruin insinuación, sino que dijo: "Si Dios fuera su Padre, ustedes me amarían, porque he venido a ustedes de parte de Dios".

"Ustedes son hijos de su padre, el diablo", dijo Jesús, "y les encanta hacer las cosas malvadas que él hace. Él ha sido asesino desde el principio y siempre ha odiado la verdad, porque en él no hay verdad [...]. Y si les digo la verdad, ¿por qué, entonces, no me creen?" Jesús no fue recibido por los líderes judíos por causa de que hablaba la verdad y la decía con certeza. Era la verdad lo que ofendía a estos hombres que se creían justos. La verdad exponía la falacia del error; condenaba sus enseñanzas y

prácticas, y no era bienvenida. Ellos no amaron la verdad.

Ningún pecado en Jesús

"¿Quién de ustedes puede, con toda sinceridad, acusarme de pecado? Y si les digo la verdad, ¿por qué, entonces, no me creen?" Día tras día, durante tres años, los enemigos de Cristo lo habían seguido, procurando hallar alguna mancha en su carácter. Satanás y toda la confederación del mal habían estado tratando de vencerlo; pero nada habían hallado en él de lo cual sacar ventaja. Hasta los demonios se vieron obligados a confesar: "¡Yo sé quién eres: el Santo de Dios!" (Mar. 1:24). Jesús vivió la ley a la vista del cielo, de los mundos no caídos y de los hombres pecadores. Había pronunciado sin que nadie se las discutiera palabras que, si hubiesen procedido de cualesquiera otros labios, hubieran sido blasfemia: "Yo hago siempre lo que le agrada".

Los judíos no reconocían la voz de Dios en el mensaje de su Hijo. Pensaban que estaban condenando a Cristo; pero estaban sentenciándose a sí mismos. Jesús dijo: "Los que pertenecen a Dios escuchan con gusto las palabras de Dios, pero ustedes no las escuchan porque no pertenecen a Dios".

Muchos hombres que se deleitan en objetar, criticar y buscar algo que cuestionar en la Palabra de Dios, piensan que de esa manera están dando muestras de independencia de pensamiento y agudeza mental. Pero buscar pajas y motas revela una naturaleza estrecha y terrena, un corazón que pierde rápidamente su capacidad para

apreciar a Dios. Como una flor que se torna al sol para que sus brillantes rayos le den bellos colores, así se tornará el alma al Sol de Justicia, para que la luz del cielo embellezca el carácter con las gracias del carácter de Cristo.

Jesús continuó: “Abraham, el padre de ustedes, se alegró mientras esperaba con ansias mi venida; la vio y se llenó de alegría”. Abraham elevó la más ferviente oración para que antes de su muerte pudiera contemplar al Mesías. Y Dios le dio una iluminación sobrenatural, una visión del sacrificio divino por el pecado. Tuvo una ilustración de ese sacrificio en su propia vida. Recibió la orden: “Toma a tu hijo, tu único hijo –sí, a Isaac, a quien tanto amas– y [...] lo sacrificarás como ofrenda quemada”. Sobre el altar del sacrificio colocó al hijo de la promesa. Luego, con el cuchillo levantado para obedecer a Dios, oyó una voz del cielo que le decía: “¡No pongas tu mano sobre el muchacho! No le hagas ningún daño, porque ahora sé que de verdad temes a Dios. No me has negado ni siquiera a tu hijo, tu único hijo” (Gén. 22:12). Se le impuso esta terrible prueba a Abraham para que pudiera ver el día de Cristo y comprender el gran amor de Dios hacia el mundo, tan grande que para levantarlo de su degradación dio a su Hijo unigénito.

Mediante una entrega completa, Abraham vio que, al dar a su Hijo unigénito para salvar a los pecadores de la ruina eterna, Dios hacía un sacrificio mayor y más maravilloso que el que jamás pudiera hacer el hombre.

En la provisión de Dios de un sacrificio en lugar de Isaac, se declaró que el hombre no puede hacer expia-

ción por sí mismo. El sistema pagano de sacrificios era totalmente inaceptable para Dios. Ningún padre debe ofrecer a su hijo o a su hija como sacrificio propiciatorio. Solamente el Hijo de Dios puede cargar con la culpa del mundo.

Las palabras de Cristo concernientes a Abraham no tuvieron para sus oyentes ningún significado profundo. Los fariseos vieron en ellas solo un nuevo motivo para poner reparos. Contestaron con desprecio, como si quisieran probar que Jesús debía ser un loco: “Ni siquiera tienes cincuenta años. ¿Cómo puedes decir que has visto a Abraham?”

Con solemne dignidad Jesús respondió: “Les digo la verdad, ¡aun antes de que Abraham naciera, Yo soy!”

Cayó el silencio sobre la vasta concurrencia. El nombre de Dios, dado a Moisés para expresar la presencia eterna, había sido reclamado como suyo por este Rabino galileo. Se había proclamado el Existente por sí mismo, “cuyos orígenes vienen desde la eternidad” (Miq. 5:2).

Otra vez los sacerdotes y rabinos clamaron contra Jesús acusándolo de blasfemo. Porque era y reconocía ser el Hijo de Dios, estaban resueltos a matarlo. Ahora muchos del pueblo, poniéndose de parte de los sacerdotes y rabinos, tomaron piedras para arrojárseles. “Pero Jesús desapareció de la vista de ellos y salió del templo”.

El hombre ciego de nacimiento

“Mientras caminaba, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento. ‘Rabí, ¿por qué nació ciego este hombre?’, le preguntaron sus discípulos.

‘¿Fue por sus propios pecados o por los de sus padres?’ ‘No fue por sus pecados ni tampoco por los de sus padres’, contestó Jesús. ‘Nació ciego para que todos vieran el poder de Dios en él’ [...]. Luego escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva y lo untó en los ojos del ciego. Le dijo: ‘Ve a lavarte en el estanque de Siloé’ (Siloé significa ‘enviado’). Entonces el hombre fue, se lavó, ¡y regresó viendo!’

Era una creencia generalizada entre los judíos que el pecado es castigado en esta vida. Satanás, el autor del pecado y de todos sus resultados, había inducido a los hombres a considerar la enfermedad y la muerte como procedentes de Dios. Aquel a quien le sobreviniera una gran aflicción o calamidad debía soportar la carga adicional de ser considerado un gran pecador. Así fue preparado el camino para que los judíos rechazaran a Jesús. “Fueron nuestras debilidades las que él cargó; fueron nuestros dolores los que lo agobiaron”, pero los judíos pensaron “que sus dificultades eran un castigo de Dios; ¡un castigo por sus propios pecados!”, y de él escondieron el rostro (Isa. 53:4).

Los discípulos compartían la creencia de los judíos concerniente a la relación del pecado y el sufrimiento. Habiendo untado los ojos del ciego, Jesús lo envió a lavarse en el estanque de Siloé, y el hombre recibió la vista. Así Jesús contestó la pregunta de los discípulos de una manera práctica. Los discípulos no estaban llamados a discutir la cuestión de quién había pecado o no, sino a entender el poder y la misericordia de Dios al dar vista al ciego. Era evidente que no había virtud sanadora

en el lodo, ni en el estanque adonde el ciego fue enviado a lavarse, sino que la virtud estaba en Cristo.

Un milagro en sábado

Los fariseos no pudieron menos que quedar atónitos por esta curación, y se llenaron más que nunca de odio; porque el milagro había sido hecho en sábado.

Quienes habían conocido al ciego lo miraban con duda, pues sus ojos estaban abiertos, su semblante cambiado y alegre, y parecía ser otro hombre. Algunos decían: “Él es”; otros: “A él se parece”. Pero él decidió la cuestión diciendo: “Yo soy”. Entonces les habló de Jesús y de la manera en que lo había sanado, y ellos le preguntaron: “¿Dónde está él ahora?” “No lo sé”, contestó.

Entonces lo llevaron ante el concilio de los fariseos, y se le preguntó cómo había recibido la vista. “Les respondió: ‘Él puso el lodo sobre mis ojos y, cuando me lavé, ¡pude ver!’ Algunos de los fariseos decían: ‘Ese tal Jesús no viene de Dios porque trabaja en el día de descanso’”. Los fariseos aparentaban tener admirable celo por la observancia del sábado, y sin embargo estaban planeando un homicidio en ese mismo día. Pero al enterarse de ese milagro muchos quedaron muy impresionados y convencidos de que quien había abierto los ojos del ciego era más que un hombre común. Decían: “¿Pero cómo puede un simple pecador hacer semejantes señales milagrosas?”

Los rabinos volvieron a dirigirse al ciego: “¿Qué opinas del hombre que te sanó?” ‘Creo que debe de ser

un profeta', contestó el hombre". Los fariseos aseguraron entonces que no había nacido ciego. Llamaron a sus padres y les preguntaron, diciendo: "¿Es este su hijo? ¿Es verdad que nació ciego?"

Allí estaba el hombre mismo declarando que había sido ciego y que se le había dado la vista; pero los fariseos preferían negar la evidencia de sus propios sentidos antes que admitir que estaban en el error. Tan poderoso es el prejuicio, tan torcida es la justicia farisaica.

A los fariseos les quedaba una esperanza: la de intimidar a los padres del hombre. Preguntaron: "Si es cierto, ¿cómo es que ahora ve?" Los padres temieron comprometerse; porque se había declarado que cualquiera que reconociese a Jesús como el Cristo fuese excluido "de la sinagoga" por treinta días. La sentencia era considerada como una gran calamidad. La obra realizada en favor de su hijo había convencido a los padres; sin embargo, respondieron: "Sabemos que él es nuestro hijo y que nació ciego, pero no sabemos cómo es que ahora puede ver ni quién lo sanó. Pregúntenselo a él; ya tiene edad para hablar por sí mismo". Así transfirieron toda la responsabilidad a su hijo.

No se podía negar el milagro

Las dudas y prejuicios de los fariseos, su incredulidad en los hechos del caso, fueron revelados a la multitud. La pregunta en muchas mentes era: ¿Haría Dios esas obras poderosas mediante un impostor como insistían los fariseos que era Jesús?

Los fariseos no podían negar el milagro. El ciego, rebozando gozo y gratitud, relató libremente su experiencia. Otra vez los fariseos trataron de silenciarlo: "Es Dios quien debería recibir la gloria por lo que ha pasado, porque sabemos que ese hombre, Jesús, es un pecador". Es decir: "No repitas que este hombre te dio la vista; es Dios quien lo ha hecho".

"Yo no sé si es un pecador", respondió el hombre, 'pero lo que sé es que yo antes era ciego, ¡y ahora puedo ver!'"

Mientras esos hipócritas procuraban hacerlo descreído, Dios lo ayudó a demostrar, por el vigor y la agudeza de sus respuestas, que no habría de ser entrampado. "¡Miren!", exclamó el hombre. 'Ya les dije una vez. ¿Acaso no me escucharon? ¿Para qué quieren oírlo de nuevo? ¿Ustedes también quieren ser sus discípulos?' Entonces ellos lo insultaron y dijeron: "Tú eres su discípulo, ¡pero nosotros somos discípulos de Moisés! Sabemos que Dios le habló a Moisés, pero no sabemos ni siquiera de dónde proviene este hombre'".

El Señor le dio gracia y palabras al hombre, de modo que llegó a ser un testigo por Cristo con palabras que eran una hiriente censura a sus cuestionadores. Allí había Uno que hacía milagros, y ellos confesaban ignorar tanto la fuente de su poder. El hombre dijo: "¡Qué cosa tan extraña! A mí me sanó los ojos, ¡y ustedes ni siquiera saben de dónde proviene? Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero está dispuesto a escuchar a los que lo adoran y hacen su voluntad. Desde el principio del mundo, nadie ha podido abrir los ojos de un ciego de nacimiento. Si

este hombre no viniera de parte de Dios, no habría podido hacerlo”.

Su razonamiento era incontestable. Los fariseos quedaron atónitos y guardaron silencio un breve momento ante sus palabras penetrantes y resueltas. Luego esos ceñudos sacerdotes y rabinos recogieron sus mantos, como si hubiesen temido contaminarse por el trato con él. ¡Tú naciste pecador hasta la médula! ¿Acaso tratas de enseñarnos a nosotros?” Y lo excomulgaron.

Jesús se enteró de lo que había sido hecho; y hallándolo poco después le dijo: “¿Crees en el Hijo del Hombre?”

Por primera vez el ciego miraba el rostro de quien lo sanara. Había visto a sus padres turbados y perplejos; había mirado los ceñudos rostros de los rabinos; ahora sus ojos descansaban en el rostro amoroso y pacífico de Jesús. Antes de eso, a gran costo para él, lo había reconocido como delegado del poder divino; ahora se le concedió una revelación superior.

A la pregunta del Salvador: “¿Crees en el Hijo del Hombre?”, el ciego respondió: “¿Quién es, señor? Quiero creer en él”. Y Jesús dijo: “Ya lo has visto, ¡y está hablando contigo!” El hombre se arrojó a los pies del Salvador para adorarlo. Cristo

había sido revelado a su corazón, y lo recibió como el Enviado de Dios.

Había un grupo de fariseos reunido cerca, y verlos trajo a la mente de Jesús el contraste que siempre se manifestaba en el efecto de sus palabras y obras. Dijo: “Yo entré en este mundo para hacer juicio, para dar vista a los ciegos y para demostrarles a los que creen que ven, que, en realidad, son ciegos”. El pueblo que contempló al Salvador en su venida fue favorecido con una manifestación más plena de la presencia divina que la que el mundo jamás había gozado antes. Pero en esa misma revelación los hombres fueron juzgados. Su carácter fue probado y su destino fue determinado.

Algunos de sus oyentes, al sentir que las palabras de Cristo se aplicaban a ellos, preguntaron: “¿Estás diciendo que nosotros somos ciegos?” Jesús respondió: “Si fueran ciegos, no serían culpables”. Si Dios hubiese hecho imposible que ustedes vieran la verdad, su ignorancia no involucraría culpa. “Pero [...] afirman que pueden ver”. Se creen capaces de ver, y rechazan el único medio por el cual podrían recibir la vista. Los fariseos rehusaron venir a Cristo, y por tanto fueron dejados en ceguera. Jesús dijo: “Siguen siendo culpables”.

El divino Pastor

Este capítulo se basa en Juan 10:1 al 30.

“Yo soy el buen pastor; [...] sacrifico mi vida por las ovejas” (Juan 10:14, 15).

Jesús halló acceso a la mente de sus oyentes por medio de las cosas con las que estaban familiarizados. Mediante un hermoso cuadro pastoral, representó su relación con los que creían en él. Ningún cuadro era más familiar que este para sus oyentes. Recordando las palabras de Cristo, los discípulos verían a Cristo en cada pastor fiel y a sí mismos en cada rebaño indefenso y dependiente.

Los fariseos acababan de echar a uno del redil porque había osado testificar del poder de Cristo. Habían excomulgado a un alma a la cual el verdadero Pastor estaba atrayendo. Así habían demostrado que eran indignos del cargo de pastores del rebaño. Jesús se declaró el verdadero guardián del rebaño del Señor.

“El que trepa por la pared de un redil a escondidas en lugar de entrar por la puerta ¡con toda seguridad es un ladrón y un bandido! Pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas”. Mientras los fariseos razonaban en su corazón en cuanto al significado de sus palabras, Jesús les dijo claramente: “Yo soy la puerta; los que entren a través de mí serán salvos. Entrarán y saldrán libremente

y encontrarán buenos pastos. El propósito del ladrón es robar y matar y destruir; mi propósito es darles una vida plena y abundante”.

Cristo es la puerta del redil de Dios. Por esta puerta todos sus hijos, desde los más remotos tiempos, han hallado entrada. Ya fuera prefigurado en los símbolos, o manifestado en la revelación de los profetas, o revelado en las lecciones dadas a sus discípulos y en los milagros, ellos han contemplado al “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Se han ideado ceremonias y sistemas por medio de los cuales los hombres esperan recibir justificación y paz para con Dios. Pero todos los que han interpuesto otra cosa en lugar de Cristo, a fin de entrar en el redil de alguna otra manera, son ladrones y asaltantes.

Los sacerdotes y los príncipes, los escribas y los fariseos, destruían los pastos vivos y contaminaban los manantiales del agua de vida. Las palabras de la Inspiración describen con fidelidad a esos falsos pastores: “No han cuidado de las débiles; no se han ocupado de las enfermas ni han vendado las heridas; no salieron a buscar a las descarriadas y perdidas. En cambio, las gobernaron con mano dura y con crueldad” (Eze. 34:4).

Cada nación pagana ha tenido sus grandes maestros y sus sistemas religiosos que han ofrecido otros medios de redención aparte de Cristo, han desviado los ojos de los hombres del rostro del Padre y han llenado los corazones de miedo. Millones de seres humanos están sujetos a falsas religiones, sin esperanza o gozo o aspiración aquí, y dominados tan solo por un sombrío temor de lo futuro. Solamente el evangelio de la gracia de Dios puede elevar el alma. El amor de Dios manifestado en su Hijo conmoverá el corazón y despertará las facultades del ser como ninguna otra cosa puede hacerlo. Cualquiera que aleje a los hombres de Cristo los aleja de la fuente del desarrollo verdadero; los despoja de la esperanza y la gloria de la vida. Es ladrón y asaltante.

La responsabilidad de un pastor fiel

En Oriente, el cuidado del pastor por su rebaño es incansable e incesante. Los merodeadores o las bestias feroces acechaban para saquear los rebaños. El pastor velaba por su rebaño, con peligro de su propia vida. Jacob, que cuidaba los rebaños de Labán, dijo: “Trabajé para ti bajo el sofocante calor del día y en el frío de la noche, sin dormir” (Gén. 31:40). Y fue mientras cuidaba las ovejas de su padre que el joven David, sin ayuda, hacía frente al león y al oso, y arrebatava de entre sus colmillos el cordero robado.

Un fuerte lazo de cariño une al pastor con las ovejas que están bajo su cuidado. Cada una tiene su nombre, al cual responde cuando la llama el pastor. Así el divino Pastor conoce su rebaño esparcido por el mundo.

Jesús dice: “Te puse nombre, mío eres tú” (Isa. 43:1, RV60). Jesús nos conoce individualmente, y se conmueve con el sentimiento de nuestras flaquezas. Conoce la casa en que vivimos. A veces ha dado instrucciones a sus siervos para que fueran a cierta calle en cierta ciudad, a tal casa, para hallar a una de sus ovejas.

Cada persona es tan plenamente conocida por Jesús como si fuera la única por la cual murió el Salvador. Las penas de cada uno conmueven su corazón. Él vino para atraer a todos los hombres a sí. Sabe también quiénes oyen alegremente su llamado y están listos para colocarse bajo su cuidado pastoral. Él dice: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”.

Por qué las ovejas lo siguen

Los pastores orientales no arrean sus ovejas. No se valen de la fuerza o del miedo; van delante y las llaman. Así hace con sus ovejas el Salvador y Pastor. Jesús declara: “Yo te he amado, pueblo mío, con un amor eterno. Con amor inagotable te acerqué a mí” (Jer. 31:3).

No es el temor al castigo, o la esperanza de la recompensa eterna, lo que induce a los discípulos de Cristo a seguirlo. Contemplan el amor incomparable del Salvador, revelado en su peregrinación en la tierra, desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario, y la visión del Salvador atrae, entenece y subyuga el alma. El amor se despierta en el corazón de quienes lo contemplan. Ellos oyen su voz, y lo siguen.

El pastor va delante de sus ovejas y es el primero que hace frente a los

peligros. Así hace Jesús con su pueblo. El camino al cielo está consagrado por las huellas del Salvador. Aunque ascendió a la presencia de Dios y comparte el trono del universo, Jesús no ha perdido nada de su naturaleza compasiva. Hoy las manos que fueron horadadas se extienden para bendecir más abundantemente a su pueblo que está en el mundo. “No perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”. El alma que se ha entregado a Cristo es más preciosa a su vista que el mundo entero. Nunca abandonará a un alma por la cual murió. A menos que sus seguidores elijan abandonarlo, él los sostendrá siempre.

Jesús sigue siendo nuestro pastor personal

Nuestro Ayudador que nunca falla no nos deja solos para luchar contra la tentación y finalmente ser aplastados por las cargas y tristezas. Aunque ahora esté oculto a los ojos mortales, el oído de la fe puede oír su voz que dice: “No temas; yo estoy contigo. He soportado tus tristezas, experimentado tus luchas y hecho frente a tus tentaciones. Conozco tus lágrimas; yo también he llorado. Conozco los pesares demasiado hondos para ser susurrados a ningún oído humano. No estás solo ni desamparado. Aunque en la tierra tu dolor no toque cuerda sensible algu-

na en ningún corazón, mírame a mí, y vive” (ver Isa. 54:10).

Jesús nos ama porque somos el don de su Padre y la recompensa de su trabajo. Él te ama a ti. El Cielo mismo no puede otorgar nada mayor, nada mejor. Por tanto, confía.

Jesús pensó en todas las almas de la tierra que estaban engañadas por los falsos pastores, esparcidas entre lobos, y dijo: “Además, tengo otras ovejas que no están en este redil, también las debo traer. Ellas escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño con un solo pastor”.

“Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar [...]. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar”. Como miembro de la familia humana, Jesús era mortal; como Dios, era la fuente de vida para el mundo. Hubiera podido resistir el avance de la muerte y rehusar ponerse bajo su dominio; pero voluntariamente puso su vida para sacar a luz la vida y la inmortalidad.

“Él fue traspasado por nuestras rebeliones y aplastado por nuestros pecados. Fue golpeado para que nosotros estuviéramos en paz; fue azotado para que pudiéramos ser sanados. Todos nosotros nos hemos extraviado como ovejas; hemos dejado los caminos de Dios para seguir los nuestros. Sin embargo, el Señor puso sobre él los pecados de todos nosotros” (Isa. 53:5, 6).

El último viaje desde Galilea

Este capítulo se basa en Lucas 9:51 al 56; 10:1 al 24.

Al acercarse el fin de su ministerio, Jesús cambió su manera de trabajar. Antes había procurado evitar la excitación y la publicidad. Había rehusado el homenaje del pueblo y había ordenado que nadie declarase que él era el Cristo.

En ocasión de la Fiesta de los Tabernáculos, hizo su viaje a Jerusalén sin ser notado, y entró en la ciudad sin ser anunciado. Pero no sucedió así en ocasión de su último viaje. Regresó de la manera más pública, precedido de un anuncio de su venida como nunca antes lo había hecho. Estaba yendo hacia el escenario de su gran sacrificio, hacia el cual sería dirigida la atención de la gente.

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado” (Juan 3:14, RV60). Todos los ojos debían ser atraídos hacia Cristo, el sacrificio que traería salvación al mundo perdido.

Los discípulos quisieron impedirle hacer el viaje a Jerusalén. Conocían la hostilidad implacable de los líderes religiosos. Para Cristo era duro llevar a sus discípulos a la angustia

y desesperación que les aguardaban en Jerusalén. Y Satanás estaba listo para apremiar con sus tentaciones. ¿Por qué iría ahora a Jerusalén, a una muerte segura? Por todas partes había dolientes que aguardaban su palabra sanadora. La obra que había de realizarse mediante el evangelio de su gracia solo había comenzado. Y él estaba lleno de vigor, en la flor de su virilidad. ¿Por qué no se dirigiría hacia los vastos campos del mundo con las palabras de su gracia, el toque de su poder curativo? ¿Por qué no apropiarse del gozo de impartir luz y alegría a esos entenebrecidos y apenados millones? ¿Por qué enfrentar la muerte ahora y dejar la obra recién iniciada? El enemigo lo asaltó con fieras y sutiles tentaciones. Si Jesús hubiera cambiado su conducta en lo mínimo para salvarse, el mundo se hubiese perdido.

Pero Jesús afirmó su rostro para ir a Jerusalén. La única ley de su vida era la voluntad del Padre. En su niñez, le dijo a María: “¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Luc. 2:49). Pero en el gran plan de Dios había sido seña-

lada la hora en que debía ofrecerse por los pecados de los hombres, y esa hora estaba por sonar. Él no quería faltar ni vacilar. Sus enemigos habían tramado desde hacía mucho tiempo quitarle la vida; ahora la depondría.

“Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos”. Pero los habitantes rehusaron recibirlo, porque él estaba en camino a Jerusalén. ¡Cuán poco comprendieron que estaban cerrando sus puertas al mejor don del cielo! Los samaritanos lo perdieron todo por su prejuicio y fanatismo.

Santiago y Juan, los mensajeros de Cristo, se sintieron vejados por el insulto inferido a su Señor. Se llenaron de indignación porque él había sido tratado tan rudamente por los samaritanos. Le comunicaron que los habitantes del pueblo habían rehusado darle siquiera albergue para la noche. Al ver el Monte Carmelo en la distancia, donde Elías había matado a los falsos profetas, dijeron: “¿Quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?” Se sorprendieron cuando oyeron el reproche de Jesús: “Ustedes no saben de qué espíritu son. Porque el Hijo del Hombre no ha venido a quitarle la vida a nadie, sino a salvársela”. Y se fue a otro poblado.

No forma parte de la misión de Cristo obligar a los hombres a recibirlo. Desea solo un servicio voluntario, la entrega voluntaria del corazón bajo la compulsión del amor. No puede haber una evidencia más concluyente de que poseemos el espíritu de Satanás que la disposición a dañar y destruir a quienes no apre-

cian nuestro trabajo u obran contrariamente a nuestras ideas. Nada puede ser más ofensivo para Dios que ocasionar sufrimientos, por fanatismo religioso, a quienes son la adquisición de la sangre del Salvador.

Gran parte de los meses finales de su ministerio Cristo la pasó en Perea, la provincia del otro lado del Jordán. Allí la multitud se agolpaba a su paso, y él les repitió mucha de su enseñanza anterior.

Así como enviara a los Doce, “designó el Señor también a otros setenta, a quienes envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir”. Estos discípulos habían estado algún tiempo con él, entrenándose para su trabajo. Tuviron ocasión de asociarse íntimamente con él y de recibir instrucción personal directa.

La orden impartida a los Doce de no entrar en ninguna ciudad de gentiles o samaritanos no fue dada a los setenta. Aunque Cristo acababa de ser rechazado por los samaritanos, su amor hacia ellos era inalterable. Cuando los setenta partieron en su nombre, ellos visitaron, primero que todas, las ciudades de Samaria.

Los samaritanos respondieron al amor de Cristo

Al comisionar a sus discípulos inmediatamente antes de su ascensión, Jesús mencionó a Samaria junto con Jerusalén y Judea como los lugares donde debían predicar primeramente el evangelio. Cuando en el nombre de su Señor ellos fueron a Samaria, hallaron a la gente lista para recibirlos. Los samaritanos vie-

ron que, a pesar del trato rudo que le habían dado, él tenía solamente pensamientos de amor hacia ellos, y sus corazones fueron ganados. Después de su ascensión, los discípulos segaron una preciosa cosecha de entre quienes antes habían sido sus más acerbos enemigos. “No aplastará a la caña más débil, ni apagará una vela que titila. Les hará justicia a todos los agraviados” (Isa. 42:3).

Al enviar a los setenta Jesús les ordenó no insistir en estar donde no fueran bienvenidos. Les dijo: “Si un pueblo se niega a recibirlos bien, salgan a las calles y digan: ‘Nos limpiamos de los pies hasta el polvo de su ciudad para mostrar que los abandonamos a su suerte. Y sepan esto: ¡el reino de Dios está cerca!’ ” No debían hacer esto por resentimiento o porque se hubiese herido su dignidad, sino para mostrar cuán grave es rechazar el mensaje del Señor. Rechazar a los siervos del Señor es rechazar a Cristo mismo.

Los líderes religiosos volvieron a muchos en contra de Cristo

Jesús añadió: “Les aseguro que, el día del juicio, le irá mejor a la perversa Sodoma que a ese pueblo”. Recordó los pueblos de Galilea donde había cumplido la mayor parte de su ministerio. Día tras día, el Príncipe de la vida había entrado y salido entre ellos. La gloria de Dios había brillado sobre las multitudes que se agolpaban en los caminos del Salvador. Sin embargo, habían rechazado el Don celestial.

Los rabinos habían amonestado al pueblo contra la aceptación de las

nuevas doctrinas enseñadas por este nuevo maestro. El pueblo dio crédito a lo que enseñaban los sacerdotes y fariseos, en lugar de procurar entender por sí mismo la Palabra de Dios. Muchos habían sido casi persuadidos, pero no obraron de acuerdo con sus convicciones. Así muchos rechazaron la verdad que hubiera tenido como resultado su salvación.

El Testigo verdadero dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo” (Apoc. 3:20, RV60). Toda amonestación, reprensión y súplica de la Palabra de Dios o de sus mensajeros es un llamado a la puerta del corazón. Es la voz de Jesús que pide entrar. Con cada llamado desoído se va debilitando la disposición a abrir. Si hoy son despreciadas las impresiones del Espíritu Santo, mañana no serán tan fuertes. El corazón se vuelve menos sensible y cae en una peligrosa inconsciencia en cuanto a lo breve de la vida frente a la gran eternidad venidera. Nuestra condenación en el juicio no será el resultado del hecho de que hemos estado en el error, sino del hecho de que hemos descuidado las oportunidades enviadas por el cielo para que aprendiésemos lo que es la verdad.

Cuando los setenta terminaron su obra, volvieron con gozo diciendo: “¡Señor, hasta los demonios nos obedecen cuando usamos tu nombre!” Jesús respondió. “Vi a Satanás caer del cielo como un rayo”. Más allá de la cruz del Calvario, con su agonía y vergüenza, Jesús miró hacia el gran día final, cuando Satanás será destruido en la tierra durante tanto tiempo mancillada por su rebelión.

En lo venidero, los seguidores de Cristo habrían de mirar a Satanás como a un enemigo vencido. Sobre la cruz, Cristo iba a ganar la victoria para ellos; deseaba que aceptasen esa victoria como suya. Él dijo: “Miren, les he dado autoridad sobre todos los poderes del enemigo; pueden caminar entre serpientes y escorpiones y aplastarlos. Nada les hará daño”.

El poder omnipotente del Espíritu Santo es la defensa de toda alma contrita. Cristo no permitirá que pase al dominio del enemigo nadie que haya pedido su protección con fe y arrepentimiento. Cuando vengan las tentaciones y las pruebas, no esperen arreglar todas las dificultades, sino miren Jesús, su Ayudador. Gracias a Dios, tenemos un Salvador más poderoso que arrojó del cielo al maligno. ¿Por qué no hablamos de Jesús? Dios nunca abandonará a su pueblo en su lucha contra el mal.

El secreto del poder personal

Jesús añadió: “Pero no se alegren de que los espíritus malignos los obedezcan; alégrense porque sus nombres están escritos en el cielo”. Tengan cuidado, no sea que se crean suficientes y obren según su propia fuerza. El yo siempre está listo para atribuirse el mérito de cualquier éxito alcanzado. Cuando nos damos cuenta de nuestra debilidad, aprendemos a depender de un poder no inherente (ver 2 Cor. 12:10). Nada afecta tan plenamente a los motivos más profundos de la conducta como la sensación del amor perdonador de Cristo. Debemos ponernos en comunión con Dios; entonces seremos

impregnados con su Espíritu Santo, el cual nos capacita para relacionarnos con nuestros semejantes. Cuanto más estrechamente se relacionen con la fuente de luz y poder, mayor poder tendrán para trabajar por Dios.

Mientras los setenta escuchaban a Cristo, el Espíritu Santo escribía la verdad en sus corazones. Aunque los cercaban multitudes, estaban como a solas con Dios.

Sabiendo que ellos se habían poseionado de la inspiración de la hora, “Jesús se llenó del gozo del Espíritu Santo y dijo: ‘Oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, gracias por esconder estas cosas de los que se creen sabios e inteligentes y por revelárselas a los que son como niños. Sí, Padre, te agradó hacerlo de esa manera’”.

Los hombres honrados por el mundo, los así llamados grandes y sabios, no podían comprender el carácter de Cristo. Lo juzgaban por la apariencia exterior, por la humillación que le cupo como ser humano. Pero a los pescadores y publicanos les había sido dado ver al Invisible. A veces, cuando se sometían al poder del Espíritu Santo, Dios iluminaba las mentes de los discípulos. Comprendían que el Dios poderoso, revestido de humanidad, estaba entre ellos. A menudo, mientras él había presentado las Escrituras del Antiguo Testamento, y les había mostrado cómo se aplicaban a él, ellos habían sido elevados a una atmósfera celestial. Tenían un entendimiento más claro de las verdades espirituales que sus escritores originales. En adelante habrían de leer las Escrituras del Antiguo Testamento como

una nueva revelación de Dios. Veían al “Espíritu Santo, quien guía a toda la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo busca ni lo reconoce” (Juan 14:17).

Lo único que nos permite obtener una comprensión más perfecta de la verdad consiste en que mantengamos nuestro corazón enternecido y subyugado por el Espíritu de Cristo. La ciencia humana es demasiado limitada para comprender el plan de la redención. La filosofía no puede explicarlo. Pero puede ser conocido por experiencia. Solo el que ve su propia pecaminosidad puede discernir la preciosidad del Salvador.

Las lecciones que Jesús enseñaba, mientras se dirigía lentamente de Galilea a Jerusalén, estaban llenas de instrucción. En Perea y Galilea el pueblo no estaba tan dominado por el fanatismo de los judíos como en Judea, y las enseñanzas de Cristo hallaban cabida en los corazones.

Cristo presentó muchas de sus parábolas durante los últimos meses de su ministerio. Los sacerdotes

y rabinos no podían entender mal lo que quería decir, pero no podían hallar en sus palabras algo en qué fundar una acusación contra él. Cristo repitió la hermosa parábola de la oveja perdida. Y dio aun mayor alcance a su lección cuando habló de la dracma perdida y del hijo pródigo. Después del derramamiento del Espíritu Santo, cuando los discípulos salieron en el nombre de su Señor, enfrentando reproches, pobreza y persecución, a menudo confortaban sus corazones repitiendo su mandato expresado en este último viaje: “Así que no se preocupe, pequeño rebaño. Pues al Padre le da mucha felicidad entregarles el reino. Venden sus posesiones y den a los que pasan necesidad. ¡Eso almacenará tesoros para ustedes en el cielo! Y las bolsas celestiales nunca se ponen viejas ni se agujerean. El tesoro de ustedes estará seguro; ningún ladrón podrá robarlo y ninguna polilla, destruirlo. Donde esté su tesoro, allí estarán también los deseos de su corazón” (Luc. 12:32-34).

El buen samaritano

Este capítulo se basa en Lucas 10:25 al 37.

Mientras Cristo enseñaba a la gente, “un experto en la ley religiosa se levantó para probar a Jesús con la siguiente pregunta: ‘Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?’” Los sacerdotes y los rabinos habían pensado enredar a Cristo induciendo al doctor de la ley a dirigirle esta pregunta. Pero el Salvador no entró en controversia. Dijo: “¿Qué dice la ley de Moisés? ¿Cómo la interpretas?” Encauzó el problema de la salvación hacia la observancia de los mandamientos de Dios.

El doctor de la ley dijo: “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y con toda tu mente y ama a tu prójimo como a ti mismo”. Jesús le dijo: “¡Correcto! [...] ¡Haz eso y vivirás!”

El doctor de la ley había estado estudiando las Escrituras con el deseo de aprender su significado real. En su respuesta tocante a los requerimientos de la ley no le atribuyó ningún valor al cúmulo de preceptos ceremoniales y rituales, sino que presentó los dos grandes principios de los cuales dependen la ley y los profetas. Esta respuesta, al ser elogiada por Cristo, colocó al Salvador en un terreno ventajoso frente a los rabinos.

“Haz esto, y vivirás”, dijo Jesús. Presentó la ley como una unidad divina.

No es posible guardar un precepto y quebrantar otro, porque el mismo principio corre por todos ellos. El amor supremo a Dios y el amor imparcial al hombre son los principios que deben practicarse en la vida.

Bajo las palabras escrutadoras de Cristo, el doctor de la ley se vio culpable. No había manifestado amor hacia su prójimo. Pero en vez de arrepentirse, trató de justificarse, diciendo: “¿Y quién es mi prójimo?”

Esta cuestión provocaba entre los judíos interminables disputas. No tenían dudas en cuanto a los paganos y los samaritanos; estos eran extranjeros y enemigos. Pero ¿dónde debía hacerse la distinción entre la gente de su propia nación, y entre las diferentes clases de la sociedad? ¿Debían considerar a los “inmundos” como prójimos?

Disipar las tinieblas dando entrada a la luz

Jesús no denunció el fanatismo de quienes lo estaban vigilando para condenarlo. Pero por medio de un simple relato expuso ante sus oyentes un cuadro tal del superabundante amor celestial, que tocó todos los corazones y arrancó del doctor de la ley una confesión de la verdad.

La mejor manera de tratar con el error consiste en presentar la verdad. Jesús dijo: “Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita, y al verlo, se desvió y siguió de largo” (NVI). Esta no era una escena imaginaria, sino un suceso reciente, conocido exactamente como fue presentado. El sacerdote y el levita que habían pasado por un costado estaban entre la multitud que escuchaba las palabras de Cristo.

Al ir de Jerusalén a Jericó, el camino atravesaba una hondonada despoblada y rocosa que estaba infestada de ladrones, y que a menudo era escenario de violencias. Allí el viajero fue atacado y dejado medio muerto. El sacerdote dirigió tan solo una mirada de reojo al herido. El levita estaba convencido de lo que debía hacer, pero se persuadió de que el caso no le concernía.

Ambos hombres pertenecían a la clase especialmente elegida para representar a Dios ante el pueblo. Se debían “compadecer de los ignorantes y extraviados” (Heb. 5:2, RVA).

Los ángeles del cielo miran la angustia de la familia de Dios en la tierra, y están dispuestos a cooperar con los hombres para aliviar la opresión y el sufrimiento. Todo el cielo observó para ver si el corazón de esos hombres sería movido por la piedad hacia el infortunio humano. El Salvador era el que había instruido a los hebreos en el desierto; había

enseñado una lección muy diferente de la que el pueblo estaba recibiendo ahora de sus sacerdotes y maestros. Por medio de Moisés se les había advertido que el Señor su Dios “hace justicia al huérfano y a la viuda; que ama también al extranjero” (Deut. 10:18, 19, RV60). “Lo amarás como a ti mismo” (Lev. 19:34).

Pero, entrenados en la escuela del fanatismo nacional, el sacerdote y el levita habían llegado a ser egoístas, estrechos y exclusivistas. Cuando miraron al hombre herido, no podían afirmar si pertenecía a su nación o no. Pensaron que podía ser uno de los samaritanos, y se alejaron.

Pero luego, un samaritano, de viaje, llegó a donde estaba el doliente y se compadeció de él. Bien sabía el samaritano que, de haber sido los casos de ambos a la inversa, el hombre, un judío, le habría escupido en la cara y pasado de largo con desprecio. Él mismo se exponía a la violencia al detenerse en ese lugar. Pero le bastaba que allí, delante de él, había un ser humano necesitado y sufriente. Se quitó sus propias vestiduras para cubrirlo. La provisión de aceite y vino que llevaba para el viaje la usó para curar y refrescar al hombre herido. Lo alzó sobre su propia bestia y lo condujo a paso lento y uniforme, de modo que el extraño no fuera sacudido y así se incrementaran sus dolores. Lo llevó a un mesón y lo cuidó durante la noche, vigilándolo con ternura.

Por la mañana, antes de seguir su viaje, lo encomendó al mesonero, pagó los gastos y dejó un depósito en su favor; y no contento aún con eso, hizo provisión para cualquier necesidad adicional y dijo al mesonero:

“Cuidámelo; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese”.

Después de terminar el relato, Jesús fijó sus ojos en el doctor de la ley y dijo: “Ahora bien, ¿cuál de los tres te parece que fue el prójimo del hombre atacado por los bandidos?”

El doctor de la ley contestó: “El que mostró compasión”. Jesús dijo: “Así es, ahora ve y haz lo mismo”.

Así, la pregunta “¿Quién es mi prójimo?” está para siempre contestada. Nuestro prójimo es toda alma que está herida y magullada por el adversario, todo aquel que pertenece a Dios.

Mediante el relato del buen samaritano, Jesús pintó un cuadro de sí mismo y de su misión. El hombre había sido engañado, estropeado, robado y arruinado por Satanás, y abandonado para que perezca; pero el Salvador dejó su gloria para venir a rescatarnos. Sanó nuestras heridas. Nos cubrió con su manto de justicia. Hizo completa provisión para nosotros a sus propias expensas. Señalando su propio ejemplo, dice a sus seguidores: “Tal como yo los he amado, ustedes deben amar-se unos a otros” (Juan 13:34).

El samaritano había obedecido los dictados de un corazón bondadoso y amante, y con eso había dado pruebas de ser observador de la ley. Cristo dijo al doctor de la ley: “ahora ve y haz lo mismo”.

La lección no es menos necesaria hoy. El egoísmo y la fría formalidad

casi han extinguido el fuego del amor y disipado las gracias que podrían hacer fragante el carácter. Muchos de los que profesan su nombre han perdido de vista el hecho de que los cristianos deben representar a Cristo. A menos que haya sacrificio personal por el bien de otros en el círculo familiar, en el vecindario, en la iglesia y en dondequiera que podamos, y cualquiera sea nuestra profesión, no somos cristianos.

Cristo nos pide que nos identifiquemos con él para la salvación de la humanidad. Él dice: “¡Den tan gratuitamente como han recibido!” (Juan 13:34). Son muchos los que yerran y sienten su vergüenza y desatino. Tienen hambre de palabras de aliento. Miran sus equivocaciones y errores hasta que casi son arrojados a la desesperación. Si somos cristianos, cuando veamos a un ser humano en angustia, ya sea por la aflicción o por el pecado, nunca diremos: “Esto no me incumbe”.

El relato del buen samaritano y el carácter de Jesús revelan el verdadero significado de la ley, y qué significa amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Y cuando los hijos de Dios manifiestan amor hacia todos los hombres, también atestiguan del carácter de los estatutos del cielo. “Si nos amamos unos a otros, Dios vive en nosotros y su amor llega a la máxima expresión en nosotros” (1 Juan 4:12).

Sin manifestación exterior

Este capítulo se basa en Lucas 17:20 al 22.

Habían pasado más de tres años desde que Juan el Bautista die-
ra el mensaje: “el reino del cie-
lo está cerca” (Mat. 3:2). Muchos de
los que habían rechazado a Juan, y a
cada paso se habían opuesto a Jesús,
estaban insinuando que su misión
había fracasado.

Jesús contestó: “No pueden des-
cubrir el reino de Dios por medio de
señales visibles. Nunca podrán decir:
‘¡Aquí está!’ o ‘¡Está por allí!’, porque
el reino de Dios ya está entre uste-
des”. El reino de Dios comienza en el
corazón. No busquen aquí o allí ma-
nifestaciones de poder terrenal que
señalen su llegada.

Jesús dijo, dirigiéndose a sus dis-
cípulos: “Llegará el tiempo cuando
ustedes querrán ver siquiera uno de
los días del Hijo del Hombre, y no lo
verán” (RVC). No comprenden cuán
grande es su presente privilegio de
tener entre ustedes al que es la Vida
y la Luz de los hombres. Vendrán
días en que mirarán retrospectiva-
mente y con ansias las oportuni-
dades que ahora disfrutan, el hecho de
caminar y hablar con el Hijo de Dios.

No fue sino hasta después de la
ascensión de Cristo y del derrama-

miento del Espíritu Santo que los
discípulos apreciaron plenamente el
carácter y la misión del Salvador. Co-
menzaron a comprender que habían
estado en la misma presencia del Se-
ñor de gloria. Sus mentes se abrían
para comprender las profecías y en-
tender los milagros obrados por él.
Parecían hombres que despertaban
de un sueño. Nunca se cansaban de
referir las palabras y obras del Señor.
Sus lecciones ahora les parecía una
nueva revelación. Las Escrituras lle-
garon a ser para ellos un libro nuevo.

Mientras los discípulos escudri-
ñaban las profecías que testifica-
ban de Cristo, llegaron a estar en
comunidad con la Deidad, y apren-
dieron de quien había ascendido al
cielo a completar la obra que había
comenzado en la tierra. Con asom-
bro leían y volvían a leer las profe-
cías que delineaban su carácter y
su obra. ¡Cuán vagamente habían
comprendido las escrituras proféti-
cas! Mirándolo en su humillación,
mientras andaba como hombre en-
tre ellos, no habían comprendido el
misterio de su encarnación, no re-
conocían plenamente la divinidad
en la humanidad. Pero después de

que fueron iluminados por el Espíritu Santo, ¡cuánto anhelaban volver a verlo! ¡Cuánto deseaban acercarse a él y que les explicase las Escrituras que no podían comprender! ¿Qué había querido decir Cristo cuando dijo: “Me queda aún mucho más que quisiera decirles, pero en este momento no pueden soportarlo”? (Juan 16:12.) Les apenaba que su fe hubiese sido tan débil, que hubiesen fracasado en comprender la realidad.

El admirable Personaje a quien Juan había anunciado había estado entre ellos por más de treinta años, y en realidad no lo conocieron como el enviado de Dios. Los discípulos habían dejado que la incredulidad prevaleciente nublara su entendimiento. Con frecuencia repetían sus conversaciones y decían: “¿Por qué permitimos que la oposición de sacerdotes y rabinos confundieran nuestros sentidos, de manera que no comprendiésemos que entre nosotros estaba uno mayor que Moisés, que nos instruía uno más sabio que Salomón? ¡Cuán embotados estaban nuestros oídos!”

Cuando fueron llevados ante concilios y arrojados a la cárcel, los discípulos de Cristo se regocijaban “porque Dios los había considerado dignos de sufrir deshonra por el nombre de Jesús” (Hech. 5:41). Reconocían la gloria de Cristo y elegían seguirlo aun a costa de perder todo lo demás.

El reino de Dios no viene con manifestación exterior. El evangelio, con su espíritu de abnegación, jamás puede estar en armonía con el espíritu del mundo. Pero hoy hay

muchos que desean hacer de nuestro Señor el regidor de los reinos de este mundo, el gobernante de sus tribunales, de sus asambleas legislativas, de sus palacios y plazas. Esperan que reine por medio de promulgaciones legales, impuestas por autoridad humana. Como Cristo no está aquí en persona, ellos mismos quieren obrar en su lugar. El establecimiento de un reino tal es lo que los judíos deseaban en los días de Cristo. Pero él dijo: “Mi reino no es de este mundo” (Juan 18:36).

El gobierno bajo el cual Jesús vivía era corrompido y opresivo; por todos lados había abusos clamorosos: extorsión, intolerancia y crueldad insultante. Sin embargo, el Salvador no intentó hacer reformas civiles, no atacó los abusos nacionales ni condenó a los enemigos nacionales. No interfirió en la autoridad de los que estaban en el poder. El que era nuestro ejemplo se mantuvo alejado de los gobiernos terrenales. No porque fuese indiferente a los padecimientos de los hombres, sino porque el remedio no consistía en medidas simplemente humanas y externas. La cura debía regenerar el corazón.

No se establece el reino de Cristo por medio de tribunales, consejos o asambleas legislativas, sino por la implantación de la naturaleza de Cristo en la humanidad por medio de la obra del Espíritu Santo. He aquí el único poder que pueda obrar la elevación de la humanidad. Y el agente humano que ha de cumplir esta obra es la enseñanza y la práctica de la Palabra de Dios.

Ahora, como en los días de Cristo, la obra del reino de Dios no le corres-

ponde a los que están reclamando el reconocimiento y apoyo de los gobernantes terrenales y de las leyes humanas, sino a los que están declarando al pueblo en su nombre esas verdades espirituales que obrarán,

en quienes las reciban, la experiencia de Pablo: “Mi antiguo yo ha sido crucificado con Cristo. Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gál. 2:20).

El amor de Jesús por los niños

*Este capítulo se basa en Mateo 19:13 al 15;
Marcos 10:13 al 16; Lucas 18:15 al 17.*

Jesús siempre amó a los niños. Aceptaba su simpatía infantil, y su amor sincero y sin afectación. La agradecida alabanza de sus labios refrigeraba su espíritu cuando estaba oprimido por el trato con hombres astutos e hipócritas. Dondequiera que fuera el Salvador, sus modales amables y bondadosos ganaban la confianza de los niños.

Entre los judíos era costumbre llevar a los niños a algún rabino con el fin de que les impusiese las manos para bendecirlos. Pero cuando las madres vinieron a él con sus pequeñuelos, los discípulos las miraron con desagrado. Pensaron que esos niños eran demasiado tiernos para ser beneficiados por una visita a Jesús, y concluyeron que su presencia le desagradaría. El Salvador comprendía los cuidados y la carga de las madres que estaban tratando de educar a sus hijos. Él mismo las había atraído a su presencia.

Se reunieron varias madres con sus pequeñuelos. Jesús oyó con simpatía la petición tímida y lagrimeante. Pero esperó para ver cómo las tratarían los discípulos. Cuando los vio despedir a las madres, les mostró su

error diciendo: “Dejen que los niños vengan a mí. ¡No los detengan! Pues el reino del cielo pertenece a los que son como estos niños”. Tomó a los niños en sus brazos, puso las manos sobre ellos y les dio la bendición por la que habían venido.

Las madres quedaron consoladas. Volvieron a sus casas fortalecidas y bendecidas por las palabras de Cristo. Las madres de hoy han de recibir sus palabras con la misma fe. Cristo es un Salvador personal. Es tan ciertamente el ayudador de las madres hoy como cuando reunía a los pequeñuelos en sus brazos en Judea.

Jesús conoce la preocupación del corazón de cada madre. Hizo un largo viaje para aliviar el ansioso corazón de una mujer cananea. Devolvió a la viuda de Naín su único hijo, y en su agonía sobre la cruz se acordó de su propia madre. Se conmueve hoy por la tristeza de una madre. En todo pesar y en toda necesidad dará consuelo y ayuda.

El que dijo: “Dejen que los niños vengan a mí. ¡No los detengan!”, sigue invitando a las madres a llevarle sus pequeñuelos para que sean ben-

decidos por él. Aun el lactante en los brazos de su madre puede morar bajo la sombra del Todopoderoso por medio de la fe de la madre que ora. Juan el Bautista estuvo lleno del Espíritu Santo desde su nacimiento. Si queremos vivir en comunión con Dios, nosotros también podemos esperar que el Espíritu divino amolde a nuestros pequeñuelos, aun desde los primeros momentos.

Jesús vio que algunos de los niños que eran puestos en contacto con él llegarían a ser mártires por su causa. Estos niños lo escucharían y aceptarían como su Redentor con mayor facilidad que muchos de los adultos. Él, la Majestad del cielo, contestó sus preguntas y simplificó sus importantes lecciones para adaptarlas a su entendimiento infantil.

Un ejemplo para padres y madres

Todavía es verdad que los niños son más susceptibles a las enseñanzas del evangelio; sus corazones son fuertes para retener las lecciones recibidas. Los niños pueden ser cristianos y tener una experiencia de acuerdo con sus años.

Los padres y las madres deben considerar a sus hijos como los miembros más jóvenes de la familia del Señor, confiados a ellos para que los eduquen para el cielo. El hogar cristiano llega a ser una escuela donde los padres sirven como ayudantes de enseñanza, mientras que Cristo es el maestro principal. Debemos enseñar a nuestros hijos a traer sus pecados a Jesús, a pedirle que los perdone, y a creer que los perdona y los recibe como recibía a los niños

cuando estaba personalmente en la tierra.

Mientras la madre enseña a sus hijos a obedecerle porque la aman, les enseña las primeras lecciones de su vida cristiana. El amor de la madre representa ante el niño el amor de Cristo, y los pequeñuelos que confían y obedecen a su madre están aprendiendo a confiar y obedecer al Salvador.

Jesús también es el ejemplo de los padres. Su palabra tenía poder; sin embargo, en todo su trato con hombres rudos y violentos no empleó una sola expresión desprovista de bondad o descortés. La gracia de Cristo en el corazón impartirá una dignidad proveniente del cielo y un sentido de lo que es apropiado. Suavizará cuanto haya de duro, y subyugará todo lo tosco y poco amable. Inducirá a los padres y las madres a tratar a sus hijos como seres inteligentes, como quisieran ellos mismos ser tratados.

Padres, al educar a sus hijos, estudien las lecciones que Dios ha dado en la naturaleza. Si quisieran cultivar un una rosa o un lirio, ¿cómo lo harían? Pregunten al jardinero cómo logra que toda rama y hoja se desarrollen con simetría y hermosura. Él les dirá que no es mediante un trato rudo ni un esfuerzo violento; porque eso no haría sino romper los delicados tallos. Es por medio de pequeñas atenciones repetidas con frecuencia. Riega el suelo y protege las crecientes plantas del viento impetuoso y del sol abrasador, y Dios las hace prosperar y florecer con hermosura. Por medio de toques suaves, por medio de un ministerio amante, traten de moldear el carácter de sus hijos según el modelo del carácter de Cristo.

Estimulen la expresión del amor hacia Dios y de unos hacia otros. La razón por la cual hay tantos hombres y mujeres de corazón duro en el mundo es porque el verdadero afecto ha sido considerado como debilidad, y ha sido desalentado y reprimido. La mejor naturaleza de esas personas fue ahogada en la infancia; y a menos que la luz del amor divino derrita su frío egoísmo, su felicidad quedará arruinada para siempre. Si queremos que nuestros hijos posean el tierno espíritu de Jesús, debemos estimular los impulsos generosos y amantes de la infancia.

Enseñen a los niños a ver a Cristo en la naturaleza. Sáquenlos al aire libre, bajo los nobles árboles del huerto; y en todas las cosas maravillosas de la creación enséñenles a ver una expresión de su amor. Él hizo las leyes que gobiernan todas las cosas vivientes, él ha hecho leyes para nuestra felicidad y nuestro gozo. No los cansen con largas oraciones y tediosas exhortaciones, sino que por medio de las lecciones objetivas de la naturaleza enséñenles a obedecer la ley de Dios.

Mientras traten de hacerles claras las verdades de la salvación, señalen a Cristo como un Salvador personal. Los ángeles estarán a su lado. El Señor dará gracia a los padres y las madres para interesar a sus

pequeñuelos en la preciosa historia del Bebé de Belén.

No aparten a los pequeñuelos de Cristo por su frialdad y dureza. Jamás les hagan sentir que el cielo no sería un lugar agradable para ellos si ustedes estuvieran allí. No hablen de la religión como algo que los niños no pueden entender. No les den la falsa impresión de que la religión de Cristo es una religión lóbrega, y que al ir al Salvador deben renunciar a todo lo que llena de gozo la vida.

A medida que el Espíritu Santo mueve los corazones de los niños, cooperemos con su obra. El Salvador los llama. Nada puede darle mayor gozo que el hecho de que ellos se entreguen a él en la flor y frescura de sus años. Su corazón se siente atraído no solo hacia los niños que mejor se comportan, sino también hacia quienes han heredado rasgos de carácter criticables. Muchos padres no tienen ternura y sabiduría para tratar con los que yerran, a quienes hicieron lo que son. Pero Jesús considera a esos niños con compasión.

Sé un agente de Cristo para atraer a esos niños al Salvador. Con sabiduría y tacto puedes ligarlos a tu corazón. Por la gracia de Cristo pueden ser transformados en carácter, de manera que se pueda decir de ellos: "Porque de los tales es el reino de Dios" (RV60).

Capítulo 57

Al joven rico le faltaba una cosa

*Este capítulo se basa en Mateo 19:16 al 22;
Marcos 10:17 al 22; Lucas 18:18 al 23.*

“Cuando Jesús estaba por emprender su camino a Jerusalén, un hombre se le acercó corriendo, se arrodilló y le preguntó: ‘Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?’”

Este joven, un príncipe, tenía grandes posesiones y ocupaba un cargo de responsabilidad. Había visto el amor que Cristo manifestara hacia los niños, y su corazón ardió de amor por el Salvador. Se había conmovido tan profundamente que corrió tras él y, arrodillándose a sus pies, le hizo con sinceridad y fervor esa pregunta de suma importancia para su alma y la de todo ser humano: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”

“¿Por qué me llamas bueno? –preguntó Jesús–. Solo Dios es verdaderamente bueno”. Jesús deseaba probar la sinceridad del joven, y conseguir que expresara la manera en que lo consideraba bueno. ¿Se daba cuenta de que el Ser a quien hablaba era el Hijo de Dios? ¿Cuál era el verdadero sentimiento de su corazón?

Este príncipe tenía en alta estima su propia justicia, pero sentía la ne-

cesidad de algo que no poseía. ¿Podría Jesús bendecirlo como había bendecido a los niñitos y satisfacer la necesidad de su corazón?

En respuesta, Jesús le dijo que la obediencia a los mandamientos de Dios era necesaria si quería obtener la vida eterna. La respuesta del príncipe fue positiva: “He obedecido todos esos mandamientos desde que era joven”.

Cristo miró al rostro del joven como si leyera su vida y escudriñara su carácter. Lo amaba, y anhelaba darle la paz, la gracia y el gozo que cambiarán materialmente su carácter. Le dijo: “Una cosa te falta; anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz”.

Cristo sentía atracción por este joven. El Redentor anhelaba crear en él el poder para ver la necesidad de una devoción nacida del corazón. Anhelaba ver en él un corazón humilde y arrepentido que ocultara su falta en la perfección de Cristo.

Jesús vio en este príncipe precisamente la ayuda que necesitaba en

la obra de la salvación. Con tal que quisiera ponerse bajo la dirección de Cristo, sería un poder para el bien. Cristo, viendo su carácter, lo amó. El amor hacia Cristo estaba despertándose en el corazón del príncipe; porque el amor engendra amor. Jesús anhelaba verlo colaborar con él. Anhelaba hacerlo como él. Anhelaba desarrollar la excelencia de su carácter y santificarlo para uso del Maestro. Si el príncipe se hubiese entregado a Cristo, ¡cuán diferente habría sido su futuro!

“Hay una cosa que todavía no has hecho”, dijo Jesús. “Si deseas ser perfecto, anda, vende todas tus posesiones y entrega el dinero a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Después ven y sígueme”. Cristo leyó el corazón del príncipe. Una sola cosa le faltaba, pero esa cosa era un principio vital. Necesitaba el amor de Dios en el centro de su vida. Esa sola falta, si no era suplida, le resultaría fatal; corrompería toda su naturaleza. Con el fin de que pudiese recibir el amor de Dios, debía renunciar a su supremo amor a sí mismo.

Cristo lo invitó a elegir entre el tesoro celestial y la grandeza mundanal. Debía renunciar al yo; debía entregar su voluntad al dominio de Cristo. El joven príncipe tuvo el privilegio de llegar a ser coheredero con Cristo del tesoro celestial. Pero debía tomar la cruz y seguir al Salvador con verdadera abnegación.

Le fue dejada a él la decisión. Jesús le había mostrado el foco infeccioso en su carácter. Si decidía seguir a Cristo, debía obedecer sus palabras en todo. Debía apartarse de sus

proyectos ambiciosos. Con ansias y anhelo ferviente, miró el Salvador al joven, esperando que cediese a la invitación del Espíritu de Dios.

Las palabras de Cristo eran palabras de sabiduría, aunque parecían severas y exigentes. En aceptarlas y obedecerlas estaba la única esperanza de salvación del príncipe. Su posición y sus bienes ejercían sobre su carácter una sutil influencia para el mal. Si los prefiriese, suplantarían a Dios en sus afectos.

¿Jesús pedía demasiado?

El príncipe discernió prestamente todo lo que involucraban las palabras de Cristo, y se entristeció. Era miembro del honorable concilio de los judíos, y Satanás le estaba tentando con favorables perspectivas de lo futuro. Quería el tesoro celestial, pero también quería las ventajas que sus riquezas le proporcionarían. Deseaba la vida eterna, pero el sacrificio parecía demasiado grande, y se fue triste, “porque tenía muchas posesiones”.

Su afirmación de que había guardado la ley de Dios era falsa. Demostró que las riquezas eran su ídolo. Amaba los dones de Dios más que al Dador. Cristo había ofrecido su comunión al joven. “Sígueme”, le dijo. Pero el Salvador no significaba tanto para él como sus bienes o su propia fama entre los hombres. Renunciar al visible tesoro terrenal por el tesoro invisible y celestial era un riesgo demasiado grande. Rechazó el ofrecimiento de la vida eterna y se fue, y desde entonces el mundo habría de recibir su culto. Miles

están pasando por esta prueba, y pesan a Cristo contra el mundo; y muchos eligen el mundo.

El trato de Cristo con el joven contiene lecciones para todos nosotros. Dios nos dio la regla de conducta que debe seguir cada uno de sus siervos. Es la obediencia a su ley; no solo una obediencia legal, sino una obediencia que penetra en la vida y se ejemplifica en el carácter. Únicamente los que digan: “Señor, todo lo que tengo y soy te pertenece”, serán reconocidos como hijos e hijas de Dios. Piensa en lo que significa decir “No” a Cristo. El Salvador ofrece compartir con nosotros la obra que Dios nos ha dado para realizar. Únicamente de esa manera puede salvarnos.

Dios nos confía recursos, talentos y oportunidades con el fin de que seamos sus agentes para ayudar a los pobres y dolientes. Quienes emplean como Dios quiere los bienes

que les han confiado llegan a ser un colaborador con el Salvador.

A los que, como el joven príncipe, ocupan altos puestos de confianza y tienen grandes posesiones, puede parecer un sacrificio demasiado grande el renunciar a todo con el fin de seguir a Cristo. Pero Dios no puede aceptar algo que sea menos que la obediencia. La entrega del yo es la esencia de las enseñanzas de Cristo. No hay otra manera de salvar al hombre que separándolo de esas cosas que, si las conservase, desmoralizarían todo el ser.

Cuando los seguidores de Cristo devuelven lo suyo al Señor, acumulan tesoros que se les darán cuando oigan las palabras: “Bien, buen siervo y fiel [...] entra en el gozo de tu Señor” (Mat. 25:23, RV60). El gozo de ver personas eternamente salvadas es la recompensa de todos los que ponen sus pies en las pisadas del Ser que dijo: “Sígueme”.

La resurrección de Lázaro

Este capítulo se basa en Lucas 10:38-42; Juan 11:1-44.

Entre los más constantes discípulos de Cristo se contaba Lázaro de Betania, y el Salvador lo amaba muchísimo. Cristo realizó el mayor de sus milagros en favor de Lázaro. El Salvador ama a toda la familia humana, pero está unido a algunos de sus miembros por lazos peculiarmente tiernos.

Con frecuencia Jesús hallaba descanso en el hogar de Lázaro. El Salvador no tenía hogar propio. Cuando estaba cansado y sediento de compañía humana, le era grato refugiarse en ese hogar apacible. Allí encontraba una sincera bienvenida, y amistad pura y santa.

Mientras las multitudes seguían a Cristo por los campos abiertos, les revelaba las bellezas del mundo natural. Pero las multitudes eran lentas para entender, y en el hogar de Betania Cristo hallaba descanso del pesado conflicto de la vida pública. Allí no necesitaba hablar en parábolas.

Mientras Cristo daba sus lecciones maravillosas, María se sentaba a sus pies, escuchándolo con reverencia y devoción. En ocasión de la primera visita de Cristo a Betania, Marta preparaba la comida. Se acercó a Cristo, diciendo: “Maestro, ¿no te parece injusto que mi hermana esté

aquí sentada mientras yo hago todo el trabajo? Dile que venga a ayudarme”. Jesús le contestó con palabras llenas de mansedumbre y paciencia: “Marta, Marta, estás inquieta y preocupada por muchas cosas, pero solo una es necesaria. María ha escogido la mejor, y nadie se la quitará” (NVI). María atesoraba en su mente las preciosas palabras que caían de los labios del Salvador, palabras que eran más preciosas para ella que las joyas más costosas de esta tierra.

Marta necesitaba menos ansiedad por las cosas pasajeras y más por esas cosas que perduran para siempre. La causa de Cristo necesita Martas, con su celo por la obra religiosa activa. Pero deben sentarse primero con María a los pies de Jesús. Sean la diligencia, la presteza y la energía santificadas por la gracia de Cristo.

El pesar penetró en el apacible hogar donde Jesús había descansado. Lázaro fue herido por una enfermedad repentina, y sus hermanas mandaron llamar al Salvador diciendo: “Señor, el que amas está enfermo” (RVC). Se dieron cuenta de la violencia de la enfermedad que había abatido a su hermano, pero sabían que Cristo se había demostrado capaz de sanar toda clase de dolencias.

No exigieron urgentemente su presencia inmediata, pero pensaron que él estaría con ellas tan pronto como pudiese llegar a Betania.

Esperaron ansiosamente. Mientras había una chispa de vida en su hermano, oraron y esperaron la venida de Jesús. Pero el mensajero volvió sin él. Sin embargo, trajo el mensaje: “La enfermedad de Lázaro no acabará en muerte”, y ellas se aferraron a la esperanza de que Lázaro viviría. Cuando Lázaro murió se quedaron amargamente desilusionadas; pero sentían la gracia sostenedora de Cristo.

Cuando Cristo oyó el mensaje, no manifestó el pesar que los discípulos esperaban de él. Dijo: “La enfermedad de Lázaro no acabará en muerte. Al contrario, sucedió para la gloria de Dios, a fin de que el Hijo de Dios reciba gloria como resultado”. Permaneció dos días en el lugar donde estaba. Esta demora fue un misterio para los discípulos, pues era bien conocido su intenso afecto por esa familia de Betania.

Durante esos dos días Cristo pareció haber desechado el mensaje de su mente. Los discípulos pensaban en Juan el Bautista. Se habían preguntado por qué Jesús, que tenía el poder de realizar milagros admirables, había permitido que Juan languidciera en la cárcel y muriese en forma violenta. Esta pregunta la habían formulado a menudo los fariseos, y la presentaban como un argumento incontestable contra el aserto de Cristo de ser el Hijo de Dios. El Salvador había advertido a sus discípulos acerca de las pruebas, pérdidas y persecuciones. ¿Los abandonaría en la prueba? Todos estaban profundamente perturbados.

Después de aguardar dos días, Jesús dijo a los discípulos: “Vamos a Judea otra vez”. Los discípulos se preguntaban por qué, si Jesús iba a ir a Judea, había esperado dos días. Pero lo que más predominaba en sus mentes era una ansiedad por Cristo y por sí mismos. No podían ver sino peligro en lo que estaba por hacer. “‘Rabí, hace solo unos días, la gente de Judea trató de apedrearte. ¿Irás allí de nuevo?’ Jesús contestó: ‘Cada día tiene doce horas de luz’. ‘Estoy bajo la dirección de mi Padre; mientras haga su voluntad, mi vida está segura. Mis doce horas del día todavía no han terminado. He comenzado el último remanente de mi día; pero mientras queda algo, estoy seguro’”.

“Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero ahora iré a despertarlo”. Mientras pensaban en el peligro que su Maestro estaba por afrontar yendo a Jerusalén, los discípulos casi se habían olvidado de la familia enlutada en Betania. Pero no así Cristo. Los discípulos habían estado tentados a pensar que Jesús no tenía por Lázaro y sus hermanas el tierno amor que ellos le atribuían. Pero las palabras: “Nuestro amigo Lázaro se ha dormido” despertaron los correctos sentimientos en sus mentes. Cristo no se había olvidado de sus amigos que sufrían.

“‘Señor’, dijeron los discípulos, ‘si se ha dormido, ¡pronto se pondrá mejor!’ Ellos pensaron que Jesús había querido decir que Lázaro solo estaba dormido, pero Jesús se refería a que Lázaro había muerto”. A sus hijos creyentes Cristo les representa la muerte como un sueño. Su vida está escondida con Cristo en Dios, y hasta que suene la última trompeta

los que mueren dormirán en él (ver 1 Cor. 15:51-54).

“Por eso les dijo claramente: ‘Lázaro está muerto. Y, por el bien de ustedes, me alegro de no haber estado allí, porque ahora ustedes van a creer de verdad. Vamos a verlo’ ”.

Los discípulos se asombraron de las palabras de Cristo cuando dijo: “Lázaro está muerto. Y [...] me alegro de no haber estado allí”. ¿Había sido por propia elección que el Salvador había evitado ir al hogar de sus amigos que sufrían? Cristo contemplaba toda la escena, y después de la muerte de Lázaro las enlutadas hermanas fueron sostenidas por su gracia. Jesús presenció el pesar de sus corazones desgarrados, mientras su hermano luchaba contra la muerte. Pero Cristo no solo tenía que pensar en quienes amaba en Betania; tenía que considerar la educación de sus discípulos. Ellos habrían de ser sus representantes ante el mundo. Por su bien permitió que Lázaro muriera. Si le hubiese devuelto la salud, el milagro, que es la evidencia más positiva de su carácter divino, no se habría realizado.

Si Cristo hubiese estado en la pieza del enfermo, la muerte no podría haber lanzado su dardo contra Lázaro. Por tanto, Cristo permaneció lejos. Dejó que el enemigo ejerciese su poder, para luego hacerlo retroceder como enemigo vencido. Permitted que las hermanas apenas vieran a su hermano yacer en la tumba. Cristo sabía que mientras mirasen el rostro muerto de su hermano, su fe en el Redentor sería probada severamente. Sufrió todos los dolores y penas que soportaron. Su tardanza no indicaba que las amase menos, pero

sabía que para ellas, para Lázaro, para él mismo y para sus discípulos debía ganarse una victoria.

A todos los que tantean para sentir la mano guiadora de Dios, el momento de mayor desaliento es cuando más cerca está la ayuda divina. Mirarán atrás con agradecimiento a la parte más oscura del camino. Jesús los saca de toda tentación y prueba con una fe más firme y una experiencia más rica.

Cristo tardó con el fin de que, al resucitar a Lázaro, pudiese dar a su pueblo obstinado e incrédulo otra evidencia de que él era de veras “la resurrección y la vida”. Le costaba renunciar a toda esperanza con respecto al pueblo de Israel, y en su misericordia se propuso darles una evidencia más de que era el único que podía sacar a luz la vida y la inmortalidad. Esa fue la razón de su demora en ir a Betania.

Al llegar a Betania, Jesús mandó un mensajero a las hermanas para avisarles de su llegada, pero permaneció en un lugar tranquilo al lado del camino. La gran ostentación externa manifestada por los judíos en ocasión de la muerte de un deudo no estaba en armonía con el espíritu de Cristo. Oía los lamentos de las plañideras, y no quería encontrarse con las hermanas en medio de la confusión. Entre los que lloraban se encontraban algunos de los más acerbos enemigos de Cristo. Él conocía su propósito, y por tanto no se dio a conocer enseguida.

El mensaje fue dado a Marta con tanta reserva que las otras personas, incluso María, no lo oyeron. Marta salió al encuentro de su Señor, pero María permaneció sumida silenciosamente en su pesar.

Marta se apresuró a ir al encuentro de Jesús con el corazón agitado por emociones en conflicto. En el rostro expresivo de él, ella leyó la misma ternura y amor que siempre había estado allí, pero pensaba en su amado hermano. Con el pesar que brotaba de su corazón porque Cristo no había venido antes, dijo: “Señor, si tan solo hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Vez tras vez, las hermanas habían repetido esas palabras.

Marta no tenía deseos de volver a relatar lo sucedido, pero mirando aquel rostro lleno de amor, añadió: “Pero aun ahora, yo sé que Dios te dará todo lo que pidas”.

Jesús animó su fe diciendo: “Tu hermano resucitará”. Su respuesta dirigió los pensamientos de Marta en la resurrección de los justos, para que pudiese ver en la resurrección de Lázaro una garantía de la resurrección de todos los justos.

Marta contestó: “Es cierto [...] resucitará cuando resuciten todos, en el día final”. Tratando aún de dar una verdadera dirección a su fe, Jesús declaró: “Yo soy la resurrección y la vida”. En Cristo hay vida original, no prestada ni derivada de otra. “El que tiene al Hijo tiene la vida” (1 Juan 5:12). Jesús dijo: “El que cree en mí vivirá aun después de haber muerto. Todo el que vive en mí y cree en mí jamás morirá. ¿Lo crees, Marta?” Cristo miraba hacia adelante, a su segunda venida. Entonces los justos muertos serán resucitados incorruptibles, y los justos vivos serán trasladados al cielo sin ver la muerte. La resurrección de Lázaro representaría la resurrección de todos los justos

muertos. Por medio de sus palabras y sus obras Jesús afirmaba su derecho y poder para dar vida eterna.

A las palabras del Salvador: “¿Lo crees?”, Marta respondió: “Sí, Señor. Siempre he creído que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que ha venido de Dios al mundo”. Confesó su fe en su divinidad, y su confianza de que él podía realizar cuanto le agradase hacer.

“Luego Marta regresó adonde estaba María y los que se lamentaban. La llamó aparte y le dijo: ‘El Maestro está aquí y quiere verte’ ”. Dio su mensaje en forma tan silenciosa como le fue posible; porque los sacerdotes y príncipes estaban listos para arrestar a Jesús en cuanto se les ofreciese la oportunidad. Los clamores de las plañideras impidieron que las palabras de Marta fuesen oídas.

Al oír el mensaje, María se levantó apresuradamente y salió de la pieza. Pensando que iba al sepulcro a llorar, las plañideras la siguieron. Cuando llegó al lugar donde Jesús estaba dijo con labios temblorosos: “Señor, si tan solo hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Los clamores de las plañideras eran dolorosos; y ella anhelaba poder cambiar algunas palabras tranquilas a solas con Jesús.

“Cuando Jesús la vio llorando y vio a la gente lamentándose con ella, se enojó en su interior y se conmovió profundamente”. Leyó el corazón de todos los presentes. Veía que, en muchos, lo que pasaba como demostración de pesar era tan solo fingimiento. Sabía que algunos de los del grupo, que manifestaban ahora un pesar hipócrita, estarían antes de mucho maquinando la muerte, no solo del poderoso obrador de mila-

gros, sino del que iba a ser resucitado de los muertos. “¿Dónde lo pusieron?”, les preguntó. Ellos le dijeron: ‘Señor, ven a verlo’. Juntos se dirigieron a la tumba. Lázaro había sido muy amado, y sus hermanas lo lloraban con corazones quebrantados, mientras que los que habían sido sus amigos mezclaban sus lágrimas con las de las hermanas enlutadas. A la vista de esta angustia humana, y porque los amigos afligidos pudiesen llorar a sus muertos mientras el Salvador del mundo estaba al lado, “Jesús lloró”. Aunque era Hijo de Dios, había tomado sobre sí la naturaleza humana y lo conmovía el pesar humano. Su corazón tierno y compasivo se conmueve siempre de simpatía por los dolientes.

No era solo por causa de su simpatía humana hacia María y Marta que Jesús lloró.

Descansaba sobre él el peso de la tristeza de los siglos. Vio los terribles efectos de la transgresión de la ley de Dios. Vio que el conflicto entre lo bueno y lo malo había sido constante. Vio los sufrimientos y el pesar, las lágrimas y la muerte, que habrían de ser la suerte de la familia humana de todos los siglos y de todos los países. Los sufrimientos de la raza pecaminosa pesaban sobre su corazón, y la fuente de sus lágrimas estalló mientras anhelaba aliviar toda la angustia de ellos.

Lázaro había sido puesto en una cueva rocosa, y una piedra maciza había sido colocada frente a la entrada. “Corran la piedra a un lado”, dijo Cristo. Pensando que solo deseaba mirar al muerto, Marta objetó diciendo que el cuerpo había estado sepultado cuatro días y que la corrupción ya había

empezado su obra. Esta declaración, hecha antes de la resurrección de Lázaro, no dejó a los enemigos de Cristo lugar para decir que se había practicado un engaño. Cuando Cristo devolvió la vida a la hija de Jairo, había dicho: “La niña no está muerta; solo duerme” (Mar. 5:39). Como ella había estado enferma tan solo un corto tiempo y fue resucitada inmediatamente después de su muerte, los fariseos declararon que la niña no había muerto; que Cristo mismo había dicho que estaba tan solo dormida. Habían tratado de dar la impresión de que sus milagros no eran genuinos. Pero en este caso nadie podía negar que Lázaro había muerto.

Cuando el Señor está por hacer una obra, Satanás induce a alguien a objetar. Marta no quería que el cuerpo ya en descomposición fuera expuesto a las miradas. Su fe no había captado el verdadero significado de su promesa. Cristo reprendió a Marta con la mayor amabilidad. “¿No te dije que si crees, verás la gloria de Dios?” “Tienes mi palabra. Las imposibilidades naturales no pueden impedir la obra del Omnipotente”. La incredulidad no es humildad. La creencia implícita en la palabra de Cristo es verdadera humildad, verdadera entrega propia.

“Corran la piedra a un lado”. Cristo podría haber ordenado a los ángeles que estaban a su lado que sacasen la piedra. Pero quería mostrar que la humanidad debe cooperar con la divinidad. No se pide al poder divino que haga lo que el poder humano puede hacer.

La orden se obedeció. La piedra fue puesta a un lado. Todo se hizo

abierta y deliberadamente. Se dio a todos la oportunidad de ver que no se obraba un engaño. Vieron el cuerpo de Lázaro, frío y silencioso en la muerte. Sorprendido y expectante, el séquito rodeó el sepulcro, esperando ver lo que había de seguir.

Una solemnidad sagrada descansó sobre todos los presentes. Cristo se acercó aun más al sepulcro y, alzando los ojos al cielo, dijo: "Padre, gracias por haberme oído". Los enemigos de Cristo lo habían acusado de blasfemia porque aseveraba ser el Hijo de Dios. Pero aquí Cristo declara con perfecta confianza que es el Hijo de Dios.

Cristo siempre se esmeraba por hacer evidente que no realizaba su obra independientemente de su Padre. Era por medio de la fe y la oración que hacía sus milagros. Cristo deseaba que todos conociesen su relación con su Padre. Dijo: "Padre, gracias por haberme oído. Tú siempre me oyes, pero lo dije en voz alta por el bien de toda esta gente que está aquí, para que crean que tú me enviaste". En esta ocasión los discípulos y la gente iban a ver que el aserto de Cristo no era una mentira.

"Entonces Jesús gritó: '¡Lázaro, sal de ahí!' " La divinidad fulguró a través de la humanidad. En su rostro, iluminado por la gloria de Dios, la gente vio la prueba de su poder.

Cada ojo estaba fijo en la entrada de la cueva. Cada oído estaba atento al menor sonido. Con interés intenso y doloroso, todos aguardan la evidencia que debía probar su afirmación de que es el Hijo de Dios o extinguir esa esperanza para siempre.

Hubo agitación en la tumba silenciosa, y el que estaba muerto se puso de pie a la puerta del sepulcro. Sus movimientos son trabados por el sudario en que fue guardado, así que Cristo dijo a los espectadores asombrados: "Quítenle las vendas y déjenlo ir". Volvió a mostrarles que la humanidad debe trabajar por la humanidad. Lázaro quedó libre, de pie ante los presentes, no demacrado por la enfermedad, sino como un hombre en la flor de la vida, con sus ojos brillando de inteligencia y de amor por su Salvador. Se arrojó a los pies de Jesús para adorarlo.

Al principio los espectadores quedaron mudos de asombro. Luego siguió una indescriptible escena de regocijo y agradecimiento. Las hermanas recibieron a su hermano vuelto a la vida como el don de Dios, y con lágrimas de gozo expresaron en forma entrecortada sus agradecimientos al Salvador. Pero cuando todos se regocijaban en esa reunión, Jesús se retiró de la escena. Cuando buscaron al Dador de la vida, no lo pudieron hallar.

Sacerdotes y príncipes siguen conspirando

Este capítulo se basa en Juan 11:47 al 54.

Pronto llegaron a Jerusalén las noticias de la resurrección de Lázaro. Los espías pusieron rápidamente al tanto de los hechos a los dirigentes judíos. Convocaron inmediatamente una reunión del Sanedrín para decidir qué debía hacerse. Este gran milagro era la evidencia máxima que Dios ofrecía a los hombres de que había enviado a su Hijo al mundo para salvarlos. Era una demostración del poder divino que bastaba para convencer a toda mente dotada de razón y conciencia iluminada.

Pero el odio de los sacerdotes contra él se intensificó. El muerto había sido resucitado a plena luz del día y ante una multitud de testigos. Ningún engaño podía explicar esa evidencia. Por esta misma razón, los sacerdotes estaban más determinados que nunca a detener la obra de Cristo.

Los saduceos no habían estado tan llenos de malicia hacia él como los fariseos, pero ahora estaban completamente alarmados. Ellos no creían en la resurrección de los muertos, razonando que era imposible que un cuerpo muerto reviviera. Pero mediante unas pocas palabras de

Cristo se había puesto de manifiesto la ignorancia de ellos tocante a las Escrituras y el poder de Dios. ¿Cómo podían apartar a los hombres del que había triunfado hasta arrancarle sus muertos al sepulcro? No podían negar el milagro, y no sabían cómo contrarrestar sus efectos. Después de la resurrección de Lázaro, los saduceos decidieron que únicamente la muerte de Jesús podía detener sus intrépidas denuncias contra ellos.

Los fariseos creían en la resurrección, y no podían dejar de ver en ese milagro una evidencia de que el Mesías estaba entre ellos. Pero desde el principio lo habían aborrecido porque les había quitado el manto que ocultaba su deformidad moral. La religión pura que él enseñaba había condenado su hueca profesión de piedad. Ansiaban vengarse de él por sus agudos reproches. En varias ocasiones habían intentado apedrearlo, pero él se había apartado tranquilamente.

Para excitar a los romanos contra él se lo habían representado como alguien que trataba de subvertir su autoridad. Habían usado todos los recursos para impedir que influyera

en el pueblo. Pero sus intentos habían fracasado. Las multitudes que habían presenciado sus obras de misericordia, y oído sus enseñanzas puras y santas, sabían que los suyos no eran los hechos y las palabras de un violador del sábado o un blasfemo. En su desesperación, los judíos finalmente habían publicado un edicto decretando que cualquiera que profesase fe en Jesús fuera expulsado de la sinagoga.

De modo que los fariseos y los saduceos estaban más cerca de la unión que nunca antes. Se unificaron en oposición a Cristo. En ese entonces el Sanedrín no constituía un cuerpo legal. Existía solo por tolerancia. Algunos de sus miembros ponían en duda la sabiduría de dar muerte a Cristo. Temían que ello provocara una insurrección entre el pueblo. Los saduceos, aunque unidos en su odio contra Cristo, se inclinaban a ser cautelosos en sus movimientos, por temor a que los romanos los privaran de su alta posición.

Cómo los intentó ayudar el Espíritu Santo

En este concilio, convocado para planear la muerte de Cristo, el Testigo que oyó las palabras jactanciosas de Nabucodonosor, y presenció la fiesta idolátrica de Belsasar, estaba ahora haciendo sentir a los príncipes qué clase de obra estaban haciendo. Los sucesos de la vida de Cristo surgieron ante ellos con una claridad que los alarmó. Recordaron la escena del templo, cuando Jesús, entonces un adolescente de doce años, de pie ante los sabios doctores de la ley les hacía

preguntas que los asombraban. El milagro recién realizado daba testimonio de que Jesús no era otro que el Hijo de Dios. Perplejos y turbados, los príncipes preguntaron: “¿Qué haremos?” Había división en el concilio.

Mientras el concilio estaba en el colmo de la perplejidad, Caifás, el sumo sacerdote, se puso de pie. Orgullosa y cruel, despótico e intollerante, habló con gran autoridad y seriedad: “¡No saben de qué están hablando! No se dan cuenta de que es mejor para ustedes que muera un solo hombre por el pueblo, y no que la nación entera sea destruida”. Aunque Jesús fuera inocente, debía ser quitado del camino. Menoscababa la autoridad de los príncipes, y si el pueblo llegaba a perder la confianza en sus príncipes, el poder nacional sería destruido. Después de este milagro, los adeptos de Jesús se levantarían probablemente en revolución. “Los romanos vendrán entonces”, decía él, “y cerrarán nuestro templo, abolirán nuestras leyes y nos destruirán como nación. ¿Qué valor tiene la vida de este galileo en comparación con la vida de la nación? ¿No se presta servicio a Dios matándolo? Mejor es que un hombre perezca y no que toda la nación sea destruida.

La idea que Caifás defendía se basaba en un principio tomado del paganismo. El conocimiento confuso de que uno debía morir por la raza humana los había llevado a ofrecer sacrificios humanos. Así, por medio del sacrificio de Cristo, Caifás proponía salvar a la nación culpable no *de* la transgresión, sino *en* la transgresión, con el fin de que pudiera continuar en el pecado.

En este concilio los enemigos de Cristo habían sido profundamente convencidos. El Espíritu Santo había impresionado sus mentes. Pero Satanás insistió en recordarles los perjuicios que ellos habían sufrido por causa de Cristo. ¡Cuán poco había honrado él su justicia! Sin tomar en cuenta sus formas y ceremonias, Jesús había animado a los pecadores a ir directamente a Dios como a un Padre misericordioso y hacerle conocer sus necesidades. Había rehusado reconocer la teología de las escuelas rabínicas y había dañado irreparablemente la influencia de los sacerdotes al exponer sus prácticas malvadas.

Con excepción de algunos miembros que no osaron expresar sus convicciones, el Sanedrín recibió las palabras de Caifás como palabras de Dios. El concilio sintió alivio; cesó la discordia. Decidieron dar muerte a Cristo en la primera oportunidad favorable. Estos sacerdotes y príncipes se habían puesto enteramente bajo el dominio de Satanás. Sin embargo, era tal su engaño que estaban contentos consigo mismos. Se consideraban patriotas que procuraban la salvación de la nación.

Para evitar que el pueblo llegara a exasperarse y la violencia tramada contra él cayera sobre ellos mismos, el concilio postergó la ejecución de la sentencia que había pronunciado. El Salvador sabía que ansiaban eliminarlo y que su propósito se cumpliría pronto. Pero no le correspondía a él precipitar la crisis, y se retiró de esa región llevando consigo a los discípulos. Jesús ya había consagrado al mundo tres años de labor pública. Todos conocían su abnegación, su desinteresada benevolencia, su pureza y su devoción. Sin embargo, ese corto período fue todo lo que el mundo pudo soportar la presencia de su Redentor. El que siempre se había conmovido por el infortunio humano, que había sanado al enfermo, alimentado al hambriento y consolado al afligido, fue expulsado por el pueblo al cual se había esforzado por salvar. El que interrumpió los sueños de la muerte, el que mantuvo a miles pendientes de sus palabras de sabiduría, no pudo alcanzar el corazón de los que estaban cegados por el prejuicio y el odio, y quienes rechazaban terca-mente la luz.

Capítulo 60

¿Cuál es la posición más importante?

*Este capítulo se basa en Mateo 20:17 al 28;
Marcos 10:32 al 45; Lucas 18:31 al 34.*

La Pascua se estaba acercando, y de nuevo Jesús se dirigió hacia Jerusalén. Su corazón tenía la paz de la perfecta unidad con la voluntad del Padre, y con pasos vivos avanzaba hacia el lugar del sacrificio. Pero una sensación de misterio, duda y temor sobrecogía a los discípulos. El Salvador “iba delante, y ellos se asombraron, y le seguían con miedo” (RV60).

Otra vez Jesús les explicó su entrega y sufrimientos. Dijo: “Escuchen, subimos a Jerusalén, donde todas las predicciones de los profetas acerca del Hijo del Hombre se harán realidad. Será entregado a los romanos, y se burlarán de él, lo tratarán de manera vergonzosa y lo escupirán. Lo azotarán con un látigo y lo matarán, pero al tercer día resucitará’. Sin embargo, ellos no entendieron nada de esto. La importancia de sus palabras estaba oculta de ellos, y no captaron lo que decía”.

¿No habían proclamado poco antes por doquiera: “El reino de los cielos se ha acercado”? ¿No había dado Cristo mismo a los Doce la promesa

especial de que ocuparían puestos de alto honor en su reino? ¿Y no habían predicho los profetas la gloria del reino del Mesías? Frente a estos pensamientos, sus palabras con respecto a su entrega, persecución y muerte parecían vagas y sombrías. Ellos creían que a pesar de cualesquiera dificultades que pudieran sobrevenir, el reino se establecería pronto.

Juan y su hermano Santiago habían estado entre el primer grupo que había dejado a su familia y sus amigos para poder estar con él. Sus corazones parecían ligados al suyo, y en el ardor de su amor anhelaban estar más cerca de él que nadie en su reino. En toda oportunidad posible, Juan se situaba junto al Salvador y Santiago anhelaba ser honrado con una estrecha conexión con él.

La madre de ellos había servido a Cristo generosamente con sus recursos. Con el amor y la ambición de una madre por sus hijos, codiciaba para ellos el lugar más honrado en el nuevo reino. La madre y sus hijos vinieron a Jesús para pedirle algo.

—¿Cuál es tu petición? —preguntó él.
La madre pidió:

—Te pido, por favor, que permitas que, en tu reino, mis dos hijos se sienten en lugares de honor a tu lado, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.

Jesús leía sus corazones. Conocía la profundidad de su cariño hacia él. El amor de ellos, aunque fluía a través de la terrenidad de sus canales humanos, era una emanación de la fuente de su propio amor redentor.

“¿Acaso pueden beber de la copa amarga de sufrimiento que yo estoy a punto de beber?” Ellos recordaron sus misteriosas palabras, que señalaban la prueba y el sufrimiento, pero contestaron con confianza: “Podemos”.

“Es cierto, beberán de mi copa amarga y serán bautizados con mi bautismo de sufrimiento”, dijo él. Juan y Santiago tuvieron que participar de los sufrimientos con su Maestro; Santiago fue el primero de los discípulos que murió a espada; Juan, el que por más tiempo hubo de soportar trabajos, críticas y persecución.

“Pero no me corresponde a mí decir quién se sentará a mi derecha o a mi izquierda. Dios preparó esos lugares para quienes él ha escogido”. En el reino de los cielos no se gana la posición por medio del favoritismo, ni se la recibe por medio de un regalo arbitrario. Es el resultado del carácter. La corona y el trono son indicadores de una condición alcanzada por medio de nuestro Señor Jesucristo. El que estará más cerca de Cristo será el que en la tierra haya bebido más hondamente del espíritu de su amor desinteresado: amor que mueve al discípulo a dar todo, a vivir, trabajar y sacrificarse, aun hasta la muerte, por la salvación de la humanidad.

Los otros diez discípulos se gustaron mucho. El puesto más alto en el reino era precisamente lo que cada uno estaba buscando para sí mismo, y se enojaron porque los dos discípulos habían obtenido una aparente ventaja sobre ellos.

Jesús dijo a los indignados discípulos: “Ustedes saben que los gobernantes de este mundo tratan a su pueblo con prepotencia y los funcionarios hacen alarde de su autoridad frente a los súbditos. Pero entre ustedes será diferente”.

En los reinos del mundo la posición significaba engrandecimiento propio. Se obligaba al pueblo a existir para beneficio de las clases gobernantes. La riqueza y la educación eran medios de obtener el dominio de las masas. Las clases superiores debían pensar, decidir y gobernar; las inferiores debían obedecer y servir. La religión, como todas las demás cosas, era asunto de autoridad.

Un reino de principios diferentes

Cristo estaba estableciendo un reino sobre principios diferentes. Él no llamaba a las personas a asumir autoridad, sino a servir, a sobrellevar los fuertes y las flaquezas de los débiles. El poder, la posición, el talento y la educación colocaban a su poseedor bajo una obligación mayor de servir.

“Pues ni aun el Hijo del Hombre vino para que le sirvan, sino para servir a otros y para dar su vida en rescate por muchos”. El principio por el cual Cristo se regía debe regir a los miembros de la iglesia, la cual es su

cuerpo. En el reino de Cristo los mayores son los que siguen el ejemplo dado por él.

Las palabras de Pablo revelan la verdadera dignidad y honra de la vida cristiana: “A pesar de que soy un hombre libre y sin amo, me he hecho esclavo de todos”, “no hago solo lo que es mejor para mí; hago lo que es mejor para otros a fin de que muchos sean salvos” (1 Cor. 9:19; 10:33).

En asuntos de conciencia, nadie debe dominar la mente de otro o prescribirle su deber. Dios da a cada alma libertad para pensar y seguir sus propias convicciones. En todos los asuntos en que hay principios en juego, “cada uno debería estar plenamente convencido de que el día que elija es aceptable” (Rom. 14:5). Los ángeles del cielo no vienen a la tierra para mandar y exigir homenaje, sino para cooperar con

los hombres en la elevación de la humanidad.

Los principios y las palabras mismas de la enseñanza del Salvador permanecieron en la memoria de Juan hasta sus últimos días. El pensamiento central de su testimonio fue: “Este es el mensaje que ustedes han oído desde el principio: que nos amemos unos a otros [...]. Conocemos lo que es el amor verdadero, porque Jesús entregó su vida por nosotros. De manera que nosotros también tenemos que dar la vida por nuestros hermanos” (1 Juan 3:11, 16).

Este espíritu caracterizaba a la iglesia primitiva. Después del derramamiento del Espíritu Santo, “Todos los creyentes estaban unidos de corazón y en espíritu [...]. Los apóstoles daban testimonio con poder de la resurrección del Señor Jesús” (Hech. 4:32, 33).

Capítulo 61

El hombre pequeño que llegó a ser importante

Este capítulo se basa en Lucas 19:1 al 10.

La ciudad de Jericó estaba rodeada de una vegetación tropical exuberante. Estaba regada de manantiales y brillaba como una esmeralda en un marco de colinas de blanca piedra caliza y barrancas desiertas. Era un gran centro de comercio, y había allí oficiales y soldados romanos, y extranjeros de diferentes regiones. La recaudación de derechos aduaneros por el transporte de bienes la convertía en lugar de residencia de muchos cobradores de impuestos.

Zaqueo, el “jefe de los cobradores de impuestos de la región”, era judío, y sus compatriotas lo detestaban. Su posición y fortuna eran la recompensa por ejercer una profesión que ellos consideraban sinónimo de injusticia y extorsión. Sin embargo, este acaudalado funcionario de aduana no era del todo el endurecido hombre que parecía. Zaqueo había oído hablar de Jesús. Se habían divulgado extensamente las noticias de que él trataba con bondad y cortesía a los marginados de la sociedad. Juan el Bautista había predicado a orillas del Jordán y Zaqueo había oído el llamado al arrepentimiento. Ahora, al oír rumores

sobre las palabras del gran Maestro, sintió que era un pecador a la vista de Dios. Sin embargo, lo que había oído acerca de Jesús encendía la esperanza en su corazón. El arrepentimiento y la reforma de la vida eran posibles aun para él. Uno de los más fieles discípulos de este nuevo Maestro, ¿no era cobrador de impuestos? Zaqueo comenzó inmediatamente a seguir la convicción que se había apoderado de él y a indemnizar a quienes había perjudicado.

Cuando corrió la noticia en Jericó de que Jesús estaba entrando en la ciudad, Zaqueo resolvió verlo. Este cobrador de impuestos anhelaba mirar el rostro de aquel cuyas palabras habían hecho nacer la esperanza en su corazón.

Las calles estaban atestadas, y Zaqueo, que era muy bajo, no veía nada por sobre las cabezas de la gente. Así que, corriendo delante de la multitud hasta una frondosa higuera sicomoro, se trepó y se sentó sobre las ramas. Desde allí arriba, Zaqueo recorría con sus ojos toda la multitud que pasaba, ansioso por localizar la Persona que anhelaba ver.

Repentinamente, justo debajo de la higuera, la gente hizo un alto, y Uno cuya mirada parecía leer los corazones miró hacia arriba. Casi dudando de sus sentidos, el hombre que estaba sobre el árbol oyó a Jesús que le decía: “¡Zaqueo!... ¡Baja enseguida! Debo hospedarme hoy en tu casa”.

Caminando como en un sueño, Zaqueo indicó el camino hacia su casa. Pero los rabinos, con rostros ceñudos, murmuraban entre sí con disgusto de que Jesús fuera “a hospedarse en la casa de un pecador de mala fama”.

Zaqueo había quedado desconcertado de que Cristo se dignara a darle atención a él, que se sentía tan indigno. Pero ahora el amor hacia el nuevo Maestro que acababa de encontrar lo movió a hablar. Resolvió hacer público su arrepentimiento. En presencia de la multitud, “Zaqueo se puso de pie delante del Señor y dijo: ‘Señor, daré la mitad de mi riqueza a los pobres y, si estafé a alguien con sus impuestos, le devolveré cuatro veces más’. Jesús respondió: ‘La salvación ha venido hoy a esta casa, porque este hombre ha demostrado ser un verdadero hijo de Abraham’”.

Ahora, los discípulos tenían una demostración de la veracidad de las palabras que Cristo había dicho: “Lo que es imposible para los seres humanos es posible para Dios” (Luc. 18:27). Vieron cómo, por la gracia de Dios, un rico podía entrar en el reino.

Antes que Zaqueo viera el rostro de Cristo, ya había confesado su pecado. Ya había empezado a seguir la enseñanza escrita tanto para el antiguo Israel como para nosotros: “Si alguno de tus hermanos israelitas se empo-

brece y no puede sostenerse a sí mismo, ayúdalo como lo harías con un extranjero o un residente temporal y permítele vivir contigo. No le cobres intereses ni obtengas una ganancia a costa de él. En cambio, muestra tu temor a Dios”. “Muestra tu temor a Dios al no aprovecharse el uno del otro. Yo soy el Señor tu Dios” (Lev. 25:35, 36, 17). La primera respuesta de Zaqueo al amor de Cristo consistió en manifestar compasión hacia los pobres y los que sufrían.

Los cobradores de impuestos cooperaban entre ellos para oprimir al pueblo y ayudarse entre ellos en sus prácticas fraudulentas. Pero tan pronto como Zaqueo se rindió al Espíritu Santo, abandonó toda práctica sospechosa.

No es genuino ningún arrepentimiento que no lleve a una reforma. La justicia de Cristo no es un manto que cubra pecados no confesados ni abandonados. Es un principio de vida que transforma el carácter y rige la conducta. La santidad es integridad para con Dios; una entrega total del corazón y la vida para que vivan en nosotros los principios del cielo.

En los negocios, los cristianos han de representar delante del mundo la manera en que nuestro Señor realizaría negocios. En toda transacción hemos de demostrar que Dios es nuestro Maestro. Ha de escribirse “Santo para el Señor” en los libros de cuentas, en escrituras, recibos y en contratos de venta. Abandonando las prácticas injustas, toda persona convertida mostrará que Cristo entró en su corazón. A semejanza de Zaqueo, dará prueba de su sinceridad restituyendo lo que corresponde. Si “devuelve lo que tomó

en prenda y restituye lo que robó, y obedece los preceptos de vida, sin cometer ninguna iniquidad, ciertamente vivirá” (Eze. 33:15, NVI).

Si hemos perjudicado a otros, si hemos engañado en el comercio o defraudado a alguien, aunque fuese permitido dentro del marco de la ley, deberíamos confesar nuestro agravio e indemnizarlo tanto como nos sea posible. Lo correcto es que devolvamos no sólo lo que hemos tomado, sino toda la ganancia que hubiese generado si se lo hubiese usado sabiamente mientras estuvo en nuestra posesión.

El Salvador dijo a Zaqueo: “La salvación ha venido hoy a esta casa”. Cristo fue a su casa para darle leccio-

nes de verdad e instruir a su familia en las cosas del reino. Ellos habían sido expulsados de la sinagoga por causa del desprecio de los rabinos y los demás adoradores, pero ahora se reunieron en su propia casa en torno del divino Maestro y oyeron las palabras de vida.

Cuando recibimos a Cristo como Salvador personal, la salvación viene a nuestra vida. Zaqueo no había recibido a Jesús en su casa meramente como un invitado pasajero, sino como alguien que viviría en el templo del corazón. Los escribas y los fariseos lo acusaban de ser pecador, pero el Señor lo reconoció como hijo de Abraham (ver Gál. 3:7, 29).

Capítulo 62

María unge a Jesús

*Este capítulo se basa en Mateo 26:6 al 13; Marcos 14:3 al 11;
Lucas 7:36 al 50; Juan 11:55 al 57; 12:1 al 11.*

Simón de Betania era uno de los pocos fariseos que se habían unido abiertamente a los seguidores de Cristo. Él esperaba que fuese el Mesías, pero no lo había aceptado como Salvador. Su carácter no había sido transformado. Sus principios no habían cambiado.

Jesús había sanado a Simón de la lepra, y Simón deseaba manifestar su gratitud. En ocasión de la última visita de Cristo a Betania ofreció una fiesta al Salvador y a sus discípulos. Esa fiesta reunió a muchos de los judíos, quienes vigilaban de cerca sus movimientos, y algunos con miradas hostiles.

Según era su costumbre, el Salvador había buscado descanso en la casa de Lázaro. Muchos se dirigieron a Betania; algunos por simpatizar con Jesús, y otros por la curiosidad de ver a Lázaro, que había sido resucitado. Con certeza y poder, Lázaro declaraba que Jesús era el Hijo de Dios.

La gente estaba ansiosa por ver si Lázaro acompañaría a Jesús a Jerusalén, y si el Profeta sería coronado rey en ocasión de la Pascua. Los sacerdotes y príncipes apenas si podían esperar la oportunidad de quitarlo para siempre de su camino. Recordaban cuán a menudo había

eludido sus conspiraciones asesinas, y temían que ahora se mantuviese lejos. Casi no podían ocultar su ansiedad, y se preguntaban: “¿Qué les parece? No vendrá para la Pascua, ¿verdad?”

Entonces, convocaron un concilio. Desde la resurrección de Lázaro, el pueblo apoyaba tanto a Cristo, que sería peligroso arrestarlo abiertamente. Así, las autoridades determinaron capturarlo en secreto y llevar a cabo el juicio de modo que llamase la menor atención posible. Esperaban que, cuando se diera a conocer su condena, la inconstante marea de la opinión pública se pusiera a su favor.

Pero mientras Lázaro estuviese vivo, los sacerdotes y rabinos sabían que no estarían seguros. Que existiera un hombre que había estado cuatro días en la tumba y que había sido resucitado por una palabra de Jesús terminaría generando una reacción. El pueblo se vengaría de sus dirigentes por quitarle la vida a quien podía realizar tal milagro. Por tanto, el Sinedrín decidió que Lázaro también debía morir.

Mientras se tramaba esto en Jerusalén, Jesús y sus amigos fueron invitados a la fiesta de Simón. En la mesa,

Simón estaba sentado a un lado del Salvador, y al otro lado estaba Lázaro. Marta servía, pero María escuchaba fervientemente cada palabra que salía de los labios de Jesús. En su misericordia, Jesús le había perdonado los pecados y había llamado de la tumba a su hermano, por lo que el corazón de María estaba lleno de gratitud. Ella había oído a Jesús hablar de su muerte cercana, y había anhelado honrarlo de alguna forma.

A costa de gran sacrificio personal había comprado un frasco de alabastro con “un costoso perfume preparado con esencia de nardo” con el cual ungir el cuerpo de Jesús. Pero muchos declaraban ahora que él estaba a punto de ser coronado rey. Su pena se convirtió en gozo, y ansiaba ser la primera en honrar a su Señor. Quebrando el frasco de perfume, derramó su contenido sobre la cabeza y los pies de Jesús. Luego, de rodillas y con lágrimas, le humedecía los pies con sus lágrimas y se los secaba con su larga cabellera suelta. Sus movimientos podrían haber pasado inadvertidos, pero el perfume llenó la sala con su fragancia y delató su acto a todos los presentes.

Por qué se molestó Judas

Judas presenció este acto con gran disgusto. Comenzó a susurrar sus críticas a los que estaban cerca de él, acusando a Cristo por permitir tal derroche. Judas, el tesorero de los discípulos, había usado para sí en secreto las escasas reservas de dinero que tenían, con lo que había reducido sus recursos casi por completo. Estaba ansioso de poner en la bolsa de dinero todo lo que pudiera obte-

ner. Cuando uno del grupo compraba alguna cosa que él no consideraba esencial, solía decir: “¿Por qué no se colocó ese dinero en la bolsa que yo llevo para los pobres?”

El acto de María fue un contraste tan extraordinario con su egoísmo, que él quedó expuesto a la vergüenza. Él trató de inventar un motivo digno para criticar el regalo de ella: “Ese perfume valía el salario de un año. Hubiera sido mejor venderlo para dar el dinero a los pobres. No es que a Judas le importaran los pobres; en verdad, era un ladrón”. Si el perfume de María se hubiese vendido y el importe hubiera caído en sus manos, los pobres no habrían recibido beneficio alguno.

Judas se consideraba muy superior a sus compañeros discípulos como hombre de finanzas, y había logrado tener gran influencia sobre ellos. Su aparente interés por los pobres los engañaba. El murmullo circuló por la mesa: “¡Qué desperdicio! –dijeron–. Podría haberse vendido a un alto precio y el dinero dado a los pobres”.

María oyó las críticas. Su corazón temblaba en su interior. Temía que su hermana la reprendiera por su extravagancia. El Maestro también podía considerarla derrochadora. Ella estaba a punto de escabullirse de allí, cuando oyó la voz de su Señor: “Déjenla en paz. ¿Por qué la critican?” Él sabía que, mediante ese acto, ella había expresado su gratitud por haber sido perdonada de sus pecados. Elevando su voz por encima del murmullo y las críticas, dijo: “Ella ha hecho una obra hermosa conmigo. A los pobres siempre los tendrán con ustedes, y podrán ayudarlos cuando

quieran; pero a mí no me van a tener siempre. Ella hizo lo que pudo. Ungió mi cuerpo de antemano, preparándolo para la sepultura" (NVI).

El fragante regalo que María había pensado prodigar al cuerpo muerto del Salvador, lo derramó sobre él en vida. En el entierro, su dulzura sólo hubiera llenado la tumba; pero ahora llenaba de alegría su corazón. Ella estaba derramando su amor en cuanto el Salvador era consciente de su devoción, aunque lo estuviera ungiendo para la sepultura. Cuando él descendió a las tinieblas de su gran prueba, llevó consigo el recuerdo de ese acto, un anticipo del amor que le tributarían para siempre los que serían redimidos por él.

María obedeció las impresiones del Espíritu Santo

María no entendía por completo el significado de su acto de amor. No podía explicar por qué había escogido esa ocasión para ungir a Jesús. El Espíritu Santo había planificado por ella, y ella había obedecido las impresiones que de él había recibido. La Inspiración no tiene la obligación de dar explicaciones. Una presencia invisible mueve el corazón a la acción. Esa es su propia justificación.

Cristo le dijo a María el significado de su acción: "Ella ha derramado este perfume sobre mí a fin de preparar mi cuerpo para el entierro". Así como el frasco de alabastro fue quebrado y llenó toda la casa con su fragancia, así sería quebrantado el cuerpo de Cristo; pero él resucitaría de la tumba y la fragancia de su vida llenaría la tierra. "Cristo ... nos

amó y se ofreció a sí mismo como sacrificio por nosotros, como aroma agradable a Dios" (Efe. 5:2).

Cristo declaró: "Les digo la verdad, en cualquier lugar del mundo donde se predique la Buena Noticia, se recordará y se hablará de lo que hizo esta mujer". El Salvador habló con certeza sobre su evangelio, que iba a predicarse en todo el mundo. Y hasta donde el evangelio se extendiese, el regalo de María exhalaría su fragancia y los corazones serían bendecidos por su acto generoso y espontáneo. Se levantarían y caerían los reinos; los nombres de los conquistadores serían olvidados; pero la acción de esta mujer viviría por siempre en las páginas de la historia sagrada. Hasta que el tiempo no sea más, ese frasco de alabastro contará la historia del abundante amor de Dios por una raza caída.

¡Cuán terminante lección pudiera haberle dado Cristo a Judas! Aquel que lee los motivos de cada corazón, pudo haber revelado ante los presentes en la fiesta los capítulos oscuros en la experiencia de Judas. En vez de tener compasión por los pobres, él les robaba el dinero destinado a ayudarlos. Pero si Cristo hubiese desenmascarado a Judas, esto hubiera parecido una razón para la traición. Judas hubiera ganado simpatía hasta entre los discípulos. El Salvador evitó darle una excusa para su malicioso pacto.

Judas deja la fiesta para acordar la traición a Jesús

Pero la mirada que Jesús dirigió a Judas lo convenció de que el Salvador podía ver su hipocresía, y que leía su carácter corrupto. Y al elogiar

la acción de María, Cristo reprochó a Judas. La reprensión provocó resentimiento en su corazón, por lo que fue directamente al palacio del sumo sacerdote y ofreció entregar a Jesús en sus manos.

A los líderes de Israel se les había dado el privilegio de recibir a Cristo como su Salvador, gratuitamente. Pero rechazaron el precioso don y compraron a su Señor por treinta piezas de plata.

Judas estaba resentido por el costo perfume que María había regalado a Jesús. Su corazón estaba lleno de envidia porque el Salvador había recibido un regalo digno de los reyes de la tierra. Por una cantidad muy inferior al costo del perfume, traicionó a su Señor.

Los discípulos no eran como Judas. Ellos amaban al Salvador, pero no comprendían debidamente su carácter. Los sabios del Oriente, que sabían tan poco de Jesús, habían demostrado que entendían más plenamente el honor debido a él.

Cristo apreciaba los actos de cortesía que brotan del corazón. Él no rechazaba la flor más sencilla que un niño arrancaba para ofrecérsela con amor. Aceptaba las ofrendas de los niños, y bendecía a quienes las daban. En las Escrituras se menciona cómo María ungió a Jesús para distinguirla de las otras Marías. Los actos de amor y reverencia demostrados a Jesús son evidencia de que tenemos fe en él como el Hijo de Dios.

Cristo aceptó la abundancia del afecto puro de María que sus discípulos no entendieron ni quisieron entender. El amor a Cristo fue lo que la llevó a la acción. Ese perfume era un símbolo del corazón de quien lo

daba, la demostración exterior de un amor alimentado por las corrientes celestiales hasta que desbordaba.

Los discípulos nunca comprendieron como debieran la soledad de Cristo al vivir la vida de los seres humanos. Él se entristecía a menudo porque sabía que, si hubiesen estado bajo la influencia de los ángeles celestiales que lo acompañaban, ellos también habrían pensado que ninguna ofrenda era de suficiente valor para declarar el afecto del corazón.

Jesús nunca fue verdaderamente apreciado

Cuando Jesús ya no estuvo con ellos, y se sintieron en verdad como ovejas sin pastor, empezaron a ver cómo le podrían haber dado alegría a su corazón. Ya no cargaron de reproches a María, sino a sí mismos. ¡Oh, si hubiesen podido recoger sus críticas, que decían que los pobres eran más dignos del regalo que Cristo! Sintieron el reproche agudamente cuando bajaron de la cruz el cuerpo herido de su Señor.

Hoy en día, pocos aprecian todo lo que Cristo es para ellos. Si lo hicieran, expresarían el gran amor de María. No considerarían nada demasiado caro como para darlo por Cristo, ningún acto de abnegación o sacrificio personal sería demasiado grande como para soportarlo por amor a él.

Las palabras dichas con indignación –“¡Qué desperdicio!”– trajeron vívidamente a la mente de Cristo el mayor sacrificio jamás hecho: el don de sí mismo como sacrificio expiatorio por un mundo perdido. Desde el punto de vista humano, el plan de

salvación es un derroche insensato de bendiciones y recursos. Bien puede el universo celestial mirar con asombro a la familia humana que rehúsa las riquezas del infinito amor expresado en Cristo. Bien pueden ellos exclamar: “¡Qué desperdicio!”

Pero la expiación por un mundo perdido debía ser plena, abundante y completa. La ofrenda de Cristo no podría restringirse tan solo a quienes aceptarían el Don. El plan de la redención no es un desperdicio por no lograr todo lo que está provisto por su liberalidad. Debe haber suficiente, y más que suficiente.

Simón, el anfitrión, quedó sorprendido por la respuesta de Jesús, y dijo en su corazón: “Si este hombre fuera profeta, sabría qué tipo de mujer lo está tocando. ¡Es una pecadora!”

Porque Cristo permitió que esa mujer se acercara a él, y como no la rechazó con indignación al considerar que sus pecados eran demasiado grandes para ser perdonados, porque no demostró que se daba cuenta de que ella había caído, Simón fue tentado a pensar que Cristo no era un profeta. Pero era la ignorancia de Simón respecto a Dios y a Cristo lo que lo inducía a pensar de ese modo.

Cómo obra Dios en realidad

Simón no comprendía que el Hijo de Dios debía actuar según la manera en que Dios lo hace, con compasión, ternura y misericordia. La manera en que Simón actuó consistía en ignorar el servicio lleno de arrepentimiento que dio María. Que ella besara los pies de Cristo y los ungiera con perfume era exasperante para su duro corazón.

Pensó que Cristo debería reconocer a los pecadores y reprenderlos.

A estos pensamientos silenciosos contestó el Salvador: “Simón ..., tengo algo que decirte... Un hombre prestó dinero a dos personas, quinientas piezas de plata a una y cincuenta piezas a la otra. Sin embargo, ninguna de las dos pudo devolver el dinero, así que el hombre perdonó amablemente a ambas y les canceló la deuda. ¿Quién crees que lo amó más?” Simón contestó: ‘Supongo que la persona a quien le perdonó la deuda más grande’. ‘Correcto’, dijo Jesús”.

Como Natán con David (2 Samuel 12:1-7), Cristo cargó a su anfitrión con la responsabilidad de pronunciar sentencia contra sí mismo. Simón había arrastrado al pecado a la mujer a quien ahora despreciaba. La había agraviado profundamente. Por medio de los dos deudores de la parábola, Jesús representó a Simón y la mujer. Jesús no se propuso enseñar que ellos dos debían sentir diferentes grados de obligación, porque ambos tenían una deuda de gratitud que nunca podrían pagar. Pero Jesús deseaba mostrar a Simón que su pecado superaba al de ella tanto como la deuda de 500 piezas de plata excedía a la de 50.

Ahora Simón comenzó a verse desde un nuevo punto de vista. Vio cómo Jesús, quien era más que un profeta, consideraba a María. Sobre-cogido de vergüenza, se dio cuenta de que estaba en la presencia de uno que era superior a él.

Cristo continuó: “Cuando entré en tu casa, no me ofreciste agua para lavarme el polvo de los pies, [pero con lágrimas de arrepentimiento, María

los ha lavado y los ha secado con sus cabellos]. Tú no me saludaste con un beso, pero ella, [a quien tú desprecias,] desde el momento en que entré, no ha dejado de besarme los pies". Cristo enumeró las oportunidades que Simón había tenido para mostrar su aprecio por lo que su Señor había hecho por él.

El que examina los corazones leyó el motivo que impulsó la acción de María, y también vio el espíritu que inspiró las palabras de Simón. "Mira a esta mujer que está arrodillada aquí –le dijo–. Te digo que sus pecados –que son muchos– han sido perdonados, por eso ella me demostró tanto amor; pero una persona a quien se le perdona poco demuestra poco amor".

Simón pensaba que honraba a Jesús al invitarlo a su casa. Pero ahora se vio a sí mismo como era en realidad. Su religión había sido un manto de fariseísmo. Había despreciado la compasión de Jesús. No lo había reconocido como representante de Dios. María era una pecadora perdonada, él era un pecador no perdonado.

El orgullo de Simón queda humillado

Simón fue conmovido por la bondad de Jesús al no censurarlo abiertamente delante de sus invitados. Jesús no lo trató como deseaba que María fuese tratada. Vio que Jesús estaba tratando de conquistar su corazón con bondad compasiva. Una denuncia severa hubiera endurecido su corazón para no arrepentirse, pero una corrección paciente lo convenció de su error. Vio cuán grande

era la deuda que tenía para con su Señor. Simón se arrepintió, y el orgulloso fariseo llegó a ser un humilde y abnegado discípulo.

Cristo conocía las circunstancias que habían dado forma a la vida de María. Él hubiera podido apagar toda llamita de esperanza en su alma, pero no lo hizo. Él la había librado de la desesperación y la ruina. Siete veces ella lo había oído reprender a los demonios que controlaban su mente y su corazón. Había oído su intenso clamor al Padre en su favor. Supo cuán ofensivo es el pecado para su inmaculada pureza, y con su poder ella pudo vencer.

Cuando a la vista humana parecía un caso perdido, Cristo vio en María aptitudes para el bien. El plan de la redención ha otorgado grandes posibilidades a la humanidad, y estas se harían realidad en María. Por medio de su gracia, ella llegó a participar de la naturaleza divina. La que había caído, y cuya mente había sido habitación de demonios, llegó a estar cerca del Salvador, en compañerismo y ministerio. María se sentó a sus pies y aprendió de él. María derramó el valioso perfume sobre su cabeza, y lavó sus pies con sus lágrimas. María estuvo junto a la cruz, y lo siguió hasta el sepulcro. María fue la primera en ir a la tumba después de su resurrección. María fue la primera que proclamó al Salvador resucitado.

Jesús conoce las circunstancias de cada persona. Tú puedes decir: "Soy pecador, muy pecador". Puede que lo seas; pero cuanto peor seas, tanto más necesitas a Jesús. Él no rechaza a nadie que llora arrepentido. Perdonará libremente a todo aquel que acuda a él en busca de perdón y restauración.

A quienes se vuelven a él procurando refugio, Cristo los une a su propia naturaleza divino-humana. Ningún ser humano ni ángel malo puede acusarlos. Están de pie junto al gran Portador del pecado, en la luz que procede del trono de Dios. “¿Quién se atreve a acusarnos a nosotros, a quienes Dios ha elegido

para sí? Nadie, porque Dios mismo nos puso en la relación correcta con él. Entonces, ¿quién nos condenará? Nadie, porque Cristo Jesús murió por nosotros y resucitó por nosotros, y está sentado en el lugar de honor, a la derecha de Dios, e intercede por nosotros” (Rom. 8:33, 34).

Jesús es aclamado Rey de Israel

*Este capítulo se basa en Mateo 21:1 al 11; Marcos 11:1 al 10;
Lucas 19:29 al 44; Juan 12:12 al 19.*

Quinientos años antes del nacimiento de Cristo, el profeta Zacarías predijo la venida del Rey de Israel:

“¡Alégrate, oh pueblo de Sion!

¡Grita de triunfo, oh pueblo de Jerusalén!

Mira, tu rey viene hacia ti.

Él es justo y victorioso,

*pero es humilde, montado en un burro:
montado en la cría de una burra”.*

Zacarías 9:9.

El que siempre había rechazado los honores reales, ahora venía a Jerusalén como el prometido Heredero del trono de David.

El primer día de la semana, Cristo hizo su entrada triunfal. Lo acompañaban las multitudes que se habían congregado para verlo en Betania. Muchos que iban de camino a la ciudad para observar la Pascua se unieron al grupo. Toda la naturaleza parecía regocijarse. Los árboles estaban vestidos de verdor y sus flores exhalaban una delicada fragancia. La esperanza del nuevo reino estaba resurgiendo.

Jesús había enviado a dos de sus discípulos para que le trajesen una burra y su cría. Si bien él es “dueño del ganado de mil colinas” (Sal. 50:10), dependió de la bondad de un extraño para conseguir un animal sobre el cual entrar en Jerusalén como su Rey. Pero de nuevo su divinidad se reveló, aun en las detalladas indicaciones dadas. Según lo predijo, el pedido: “El Señor los necesita” fue atendido de buena gana. Los discípulos extendieron sus mantos sobre el burro y sentaron encima a su Maestro. Jesús siempre había viajado a pie, y los discípulos se sorprendieron de que ahora decidiese montar. Pero la esperanza brilló en sus corazones con el pensamiento de que estaba por entrar en la capital para proclamarse rey y afirmar su autoridad real. La excitación se extendió lejos y cerca, lo que despertó hasta lo sumo la expectativa del pueblo.

Cristo seguía la costumbre de los judíos para la entrada de los reyes. La profecía había predicho que el Mesías vendría a su reino de esta manera. Ni bien se sentó sobre el pollino, la mul-

titud lo aclamó como Mesías, su Rey. En su imaginación, los discípulos vieron a los ejércitos romanos expulsados de Jerusalén, y a Israel convertido una vez más en nación independiente. Todos estaban felices y excitados, y cada uno procuraba superar a los demás al rendirle homenaje. Incapaces de ofrecerle regalos costosos, extendían sus mantos como alfombra en su camino, y esparcían también en él ramas de olivo y palmas. Al no tener estandartes reales que flamearan sobre él, cortaban hojas de palmas, emblema natural de victoria, y las ondeaban por los aires.

Los espectadores que se mezclaban con la muchedumbre preguntaban: “¿Quién es este? ¿Qué significa toda esta conmoción?” Ellos sabían que Jesús había desalentado todo esfuerzo por llevarlo al trono, y se asombraron al saber que era él. ¿Que había producido este cambio en quien había declarado que su reino no era de este mundo?

De las multitudes reunidas para asistir a la Pascua, miles lo reciben agitando palmas y prorrumpiendo en cantos sagrados. Los sacerdotes hicieron sonar la trompeta para el servicio de la tarde, pero pocos respondieron, y los príncipes se dijeron el uno al otro con alarma: “¡Miren, todo el mundo se va tras él!”

Por qué Jesús permitió esta demostración

Nunca antes Jesús había permitido una demostración semejante. Él previó claramente el resultado: lo llevaría a la cruz. Pero él deseaba llamar la atención al sacrificio que ha-

bría de coronar su misión en favor de un mundo caído. Él, quien hizo realidad el símbolo del Cordero, se destinó a sí mismo voluntariamente como sacrificio. Su iglesia en todos los siglos siguientes debería hacer de su muerte un tema de profunda meditación y estudio. Cada hecho conectado con ella sería verificado más allá de toda duda. Los eventos que precedieran a su gran sacrificio debían llamar la atención al sacrificio mismo. Después de una demostración como la que acompañó su entrada en Jerusalén, todos los ojos seguirían su rápida marcha hasta la escena final. Esta entrada triunfal estaría en la conversación de todas las bocas y pondría a Jesús en toda mente. Después de su crucifixión, muchos recordarían esos eventos y serían movidos a examinar las profecías. Ellos se convencerían de que Jesús era el Mesías.

Este día, que les parecía a los discípulos el día culminante de sus propias vidas, habría sido oscurecido con nubes si hubiesen sabido que no era sino un preludio de la muerte de su Maestro. Él les había hablado repetidas veces de su sacrificio; sin embargo, en el alegre regocijo, olvidaron sus tristes palabras.

Con pocas excepciones, todos los que se unían a la procesión eran atrapados por la inspiración de ese momento. Las exclamaciones ascendían de continuo:

“¡Alaben a Dios por el Hijo de David!”

¡Bendiciones al que viene en el nombre del Señor!”

¡Alaben a Dios en el cielo más alto!”

Este triunfo no era un séquito de duelo

El mundo nunca antes había visto tal procesión triunfal. Alrededor del Salvador estaban los gloriosos trofeos de sus obras de amor por los pecadores. Estos eran los cautivos que había rescatado del poder de Satanás. Los ciegos a quienes había restaurado la vista abrían la marcha. Los mudos a quienes les había desatado la lengua exclamaban las más sonoras hosannas. Los cojos a quienes había sanado saltaban de gozo. Los leprosos a quienes había limpiado extendían a su paso sus vestidos libres de contaminación. Lázaro, que había sido despertado del sueño de la muerte, guiaba la burra sobre la cual montaba el Salvador.

Muchos fariseos, ardiendo de envidia, trataron de silenciar al pueblo; pero sus pedidos y amenazas solo incrementaron el entusiasmo. Como último recurso, confrontaron al Salvador con palabras de condenación y amenaza: “¡Maestro, reprende a tus seguidores por decir cosas como esas!” Declararon que tan ruidosa demostración era contraria a la ley. Pero la respuesta de Jesús los redujo al silencio: “Si ellos se callaran, las piedras a lo largo del camino se pondrían a aclamar”. El profeta Zacarías había predicho esa escena de triunfo. Si los seres humanos no hubiesen cumplido el plan de Dios, él habría dado voz a las piedras inanimadas y ellas habrían aclamado a su Hijo con alabanzas. Mientras los fariseos, reducidos al silencio, se apartaban, cientos de voces repitieron las palabras de Zacarías:

“¡Alégrate, oh pueblo de Sion!

*¡Grita de triunfo, oh pueblo de Jerusalén!
Mira, tu rey viene hacia ti.*

*Él es justo y victorioso,
pero es humilde, montado en un burro:
montado en la cría de una burra”.*

Cuando la procesión llegó a la cima de la colina, Jesús se detuvo, y con él toda la multitud. Delante de él yacía Jerusalén en su gloria, bañada por la luz del sol poniente. Con majestuosa grandeza, el templo se destacaba sobre todo edificio, orgullo y gloria de la nación judía por muchos siglos. Los romanos también se enorgullecían de su esplendor. Su solidez y riqueza lo habían convertido en una de las maravillas del mundo.

El sol poniente matizaba los cielos. Su gloria radiante iluminaba el mármol blanco puro de las paredes del templo y se reflejaba en los dorados capiteles de sus columnas. Desde la colina donde estaba Jesús, parecía una enorme estructura de nieve engastada con pináculos dorados, que resplandecía como si hubiese recibido gloria prestada del cielo.

Jesús prorrumpe en llanto

Jesús contempló la escena, y la muchedumbre acalló sus gritos, embelesada por el repentino panorama de belleza. Todas las miradas se dirigieron al Salvador. Se sorprendieron y chasquearon al ver sus ojos llenos de lágrimas y su cuerpo estremeciéndose de la cabeza a los pies como un árbol ante la tempestad. Un gemido de angustia irrumpe de sus temblorosos labios, como nacido de un corazón quebrantado. ¡Qué cuadro ofrecía esto a los ángeles que obser-

vaban! ¡Qué cuadro para la alegre multitud que lo escoltaba a la gloriosa ciudad, donde esperaban que reinase en breve! Esta súbita tristeza era como una nota de lamentación en un gran coro triunfal. El Rey de Israel lloraba; no lágrimas silenciosas de alegría, sino de irreprimible agonía. La multitud quedó impactada por una repentina melancolía. Muchos lloraban simpatizando con un pesar que no comprendían.

Delante de Jesús estaba el Getsemaní, donde pronto lo envolvería el horror de una gran oscuridad. También estaba a la vista la puerta de las ovejas, a través de la cual habían entrado durante siglos los animales para los sacrificios. Esa puerta pronto habría de abrirse para él, el gran Cumplimiento de los símbolos, hacia cuyo sacrificio habían señalado todas aquellas ofrendas. Cerca de allí estaba el Calvario, el lugar de su agonía inminente. Sin embargo, su tristeza no se concentraba en sí mismo. Pensar en su propia agonía no intimidaba a esa alma noble y abnegada. Era ver a Jerusalén lo que traspasaba el corazón de Jesús: la Jerusalén que había rechazado al Hijo de Dios, desdeñado su amor y que estaba por quitarle la vida. Él vio lo que podría haber sido si hubiese aceptado al único que podía curar su herida. ¿Cómo podía abandonarla?

Israel había sido un pueblo favorecido. Dios había hecho del templo su lugar de residencia; era "alto y magnífico; ¡toda la tierra se alegra al verlo!" (Sal. 48:2). Allí, Jehová había revelado su gloria, allí habían oficiado los sacerdotes, y la pompa de los símbolos y las ceremonias ha-

bía continuado durante siglos. Pero todo eso debía tener un final. Jesús extendió su mano hacia la ciudad condenada, y exclamó con aflicción: "¡Cómo quisiera que hoy tú, entre todos los pueblos, entendieras el camino de la paz!" El Salvador no dijo lo que hubiera podido ser la condición de Jerusalén si hubiese aceptado la ayuda que Dios deseaba darle: el don de su Hijo. Jerusalén podría haberse destacado en la dignidad de la prosperidad como reina de los reinos, libre en la fuerza del poder dado por su Dios, sin banderas romanas flameando en sus muros. El Hijo de Dios vio que hubiera podido ser librada de la servidumbre y establecida como la ciudad más importante de la tierra. La paloma de la paz hubiera salido de sus muros rumbo a todas las naciones. Hubiera sido la gloriosa corona del mundo.

Pero el Salvador sabía que ahora ella estaba bajo el dominio romano, condenada al juicio retributivo de Dios: "Pero ahora es demasiado tarde, y la paz está oculta a tus ojos. No pasará mucho tiempo antes de que tus enemigos construyan murallas que te rodeen y te encierren por todos lados. Te aplastarán contra el suelo, y a tus hijos contigo. Tus enemigos no dejarán una sola piedra en su lugar, porque no reconociste cuando Dios te visitó".

Jesús vio a Jerusalén cercada de ejércitos, a sus sitiados habitantes forzados a pasar hambre y morir, a las madres alimentándose con los cuerpos muertos de sus hijos, a padres e hijos arrebatándose unos a otros el último bocado, los afectos naturales destruidos por los punzantes retorcimientos del hambre. Vio que

la obstinación de los judíos los llevaría a rehusar someterse a los ejércitos invasores. Vio el monte Calvario abarrotado de cruces, como si fueran árboles en un bosque. Vio los hermosos palacios destruidos, el templo en ruinas, y de sus macizas murallas ni una piedra sobre otra, mientras la ciudad era arada como un campo.

Como un padre tierno se lamenta por un hijo rebelde, así lloró Jesús por la ciudad amada. “¿Cómo podría abandonarte? ¿Cómo puedo verte condenada a la destrucción?” Cuando el sol ya en su ocaso desapareciera de la vista, el día de gracia de Jerusalén habría terminado. Mientras la procesión estaba detenida sobre la cima del Monte de los Olivos, no era todavía demasiado tarde para que Jerusalén se arrepintiese. Mientras los últimos rayos del sol poniente se demoraban sobre templo, torre y pináculo, ¿no la guiaría algún ángel bueno al amor del Salvador? ¡Bella e impía ciudad, que había apedreado a los profetas y rechazado al Hijo de Dios: su día de misericordia casi había terminado!

Sin embargo, el Espíritu de Dios hablaría otra vez a Jerusalén. Antes que el día concluyese, se oiría otro testimonio por Cristo. Si Jerusalén deseara recibir al Salvador que entraría por sus puertas, ¡todavía podía salvarse!

Pero los príncipes de Jerusalén no dieron la bienvenida al Hijo de Dios.

Cuando la procesión estaba por descender del Monte de los Olivos, ellos la interceptan e interrogan cuál era la causa de ese alboroto. Y ante la pregunta: “¿Quién es este?”, los discípulos, llenos con el espíritu de inspiración, repitieron las profecías acerca de Cristo:

Adán les dirá: Esta es la descendencia de la mujer, que golpeará la cabeza de la serpiente (ver Gén. 3:15).

Abraham les dirá: Es Melquisedec, rey de Salem, Rey de paz (ver Gén. 14:18).

Isaías les dirá: “Emanuel”, “Consejero Maravilloso, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz” (Isa. 7:14; 9:6).

Jeremías les dirá: El Retoño de David, “El Señor es nuestra justicia” (Jer. 23:6).

Daniel les dirá: Es el Mesías, el Ungido (ver Dan. 9:24-27).

Juan el Bautista les dirá: ¡El Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! (Juan 1:29).

El gran Jehová ha proclamado: “Este es mi Hijo muy amado” (Mat. 3:17).

Nosotros, sus discípulos, declaramos: “Este es Jesús, el Mesías, el Príncipe de la vida, el Redentor del mundo”.

Y el príncipe de los poderes de las tinieblas lo reconoce, diciendo: “¡Yo sé quién eres: el Santo de Dios!” (Mar. 1:24).

Capítulo 64

Un pueblo condenado

Este capítulo se basa en Mateo 21:17 al 19; Marcos 11:11 al 14, 20 y 21.

La última súplica a Jerusalén no había dado resultados. Los sacerdotes y los príncipes habían oído la voz profética repetida por la gente en respuesta a la pregunta: “¿Quién es este?”, pero no la aceptaron como la voz de la Inspiración. En su enojo, trataron de silenciar a la gente. Los enemigos de Jesús denunciaron a funcionarios romanos que estaban entre la multitud que este era cabecilla de una rebelión. Aseveraron que estaba por tomar control del templo y reinar como rey en Jerusalén.

Pero, con voz serena, Jesús declaró de nuevo que no había venido para establecer un reino terrenal. Pronto ascendería a su Padre, y sus acusadores no lo verían más hasta que volviese nuevamente en gloria. Ellos solo lo reconocerían entonces, cuando ya sea demasiado tarde.

Jesús pronunció estas palabras con tristeza y con un poder admirable. Los oficiales romanos permanecieron en silencio, calmos. Su corazón se conmovió como nunca se había conmovido. En el rostro solemne de Jesús vieron amor y apacible dignidad. Movidos por una simpatía que no podían entender, tenían la disposición de tributarle homenaje.

Volviéndose hacia los sacerdotes y los príncipes, los acusaron de crear esos disturbios.

Mientras tanto Jesús se dirigió al templo sin que nadie lo notara. Todo estaba tranquilo allí, porque lo sucedido sobre el Monte de los Olivos hizo que la gente saliera. Durante un corto tiempo, Jesús permaneció en el templo, mirándolo con ojos tristes. Luego regresó a Betania. Cuando la gente lo buscó para ponerlo sobre el trono, no pudo hallarlo.

Toda esa noche Jesús la pasó en oración y, por la mañana, volvió al templo. Mientras iba, tenía hambre, y “vio que a cierta distancia había una higuera frondosa, así que se acercó para ver si encontraba higos; pero solo tenía hojas porque aún no había comenzado la temporada de los higos”.

Acerca de las tierras altas que rodean Jerusalén se podía decir que verdaderamente “no era tiempo de higos” (NVI). Pero en el huerto al cual Jesús se acercó había un árbol que parecía más adelantado que los demás. Ya estaba cubierto de hojas, por lo que prometía frutos bien desarrollados. Pero su apariencia era engañosa. Jesús se encontró con que “solo tenía hojas”. Era una gran cantidad de llamativo follaje, nada más.

Cristo pronunció contra ella una maldición para que se marchitase. Dijo: “¡Que nadie jamás vuelva a comer tu fruto!” A la mañana siguiente, cuando el Salvador y sus discípulos volvían otra vez a la ciudad, las ramas muertas y las hojas marchitas llamaron su atención. Pedro dijo: “¡Mira, Rabí! ¡La higuera que maldijiste se marchitó y murió!”

Para los discípulos, que Cristo maldijera la higuera parecía muy diferente de su proceder usual. Recordaban sus palabras: “El Hijo del Hombre no vino a destruir vidas, sino a salvarlas” (Luc. 9:56). Siempre había obrado para restaurar, nunca para destruir. Este acto era único. Y se preguntaban: “¿Cuál era su propósito?”

“Tan cierto como que yo vivo, dice el Señor Soberano, no me complace la muerte de los perversos” (Eze. 33:11). Para él la obra de destrucción y pronunciar una sentencia es “algo extraño” (Isa. 28:21). Pero, con misericordia y amor, alza el velo del futuro y revela los resultados de una conducta pecaminosa.

La higuera estéril, que desplegaba su follaje ostentoso a la vista de Cristo, era un símbolo de la nación judía. El Salvador deseaba presentar claramente la causa del destino de Israel y la certeza de su cumplimiento. Para esto, hizo del árbol un maestro de la verdad divina. El pueblo judío aseveraba tener más justicia que los demás pueblos. Pero el amor al mundo y la codicia de ganancias los había corrompido. Hacían alarde al extender sus ramas hacia arriba, con apariencia exuberante y hermosas a la vista, pero no producían nada: “solo tenía hojas”. La religión judía

—con su templo magnífico y sus ceremonias impactantes— era de hecho impactante en su apariencia externa, pero carecía de humildad, amor y benevolencia.

Por qué fue maldecido ese árbol

Los árboles sin hojas no desperdiciaban expectativas ni defraudaban esperanzas. Esos árboles representaban a los gentiles, quienes eran más consagrados que los judíos, pero que tampoco hacían pretenciosos alardes de que eran buenos. Para ellos “aún no había comenzado la temporada de los higos”. Todavía estaban esperando luz y esperanza. Dios consideraba al pueblo judío responsable por haber abusado de esos dones, porque le había otorgado mayores bendiciones que a los demás pueblos. Los privilegios de los que se habían jactado sólo aumentaron su culpabilidad.

Jesús había venido a Israel, anhelante de hallar en él los frutos de la justicia. Les había concedido todo privilegio, y en pago añoraba ver en ellos abnegación, compasión y un profundo anhelo por la salvación de sus semejantes. Pero el orgullo y la suficiencia propia eclipsaron el amor a Dios y a la humanidad. No dieron al mundo los tesoros de la verdad que Dios les había confiado. Podrían entender tanto su pecado como su castigo en ese árbol estéril. Marchitada, seca hasta la raíz, la higuera representaba lo que sería el pueblo judío cuando se quitase la gracia de Dios. Por cuanto se negaba a impartir bendiciones, ya no las recibiría. El Señor dijo: “Tu destrucción, oh

Israel, es obra de tu rebelión contra mí" (Ose. 13:9, RVR 1977).

Lo que Cristo hizo al maldecir el árbol que con su propio poder había creado es una advertencia a todas las iglesias y a todos los cristianos. Son muchos los que no viven la vida misericordiosa y abnegada de Cristo. Para ellos, el tiempo solo tiene valor en la medida en que les permite acumular para sí. Este es su objetivo en todos los aspectos de la vida. El plan que Dios para ellos es que ayuden a sus semejantes de toda manera posible. Pero el yo es tan enorme, que no pueden ver otra cosa. Los que así viven para el yo son como la higuera. Observan las formas del culto, pero sin arrepentimiento ni fe. Profesan honrar la ley de Dios, pero no tienen obediencia. En la sentencia pronunciada sobre la higuera, Cristo declaró que quien peca abiertamente es menos culpable que quien profesa servir a Dios pero no lleva fruto para su gloria.

La parábola de la higuera, que Cristo contó antes de visitar Jerusalén, tenía una conexión directa con la lección dada al maldecir este árbol sin frutos. En la parábola, el jardinero intercedió por el árbol estéril: "Señor, dale otra oportunidad. Déjala un año más, y le daré un cuidado especial y mucho fertilizante. Si el año próximo da higos, bien. Si no, entonces puedes cortarla" (Luc. 13:8, 9). Debía tener todas las ventajas posibles. La parábola no indicó el resultado del trabajo del jardinero. Dependía del pueblo al cual Cristo les dirigía esas palabras y que estaba representado por el árbol infructuoso. A ellos les tocaba decidir su propio destino. Dios les había concedido toda ven-

taja, pero ellos no aprovecharon sus muchas bendiciones. Al maldecir la higuera estéril, Cristo demostró cuál sería el resultado. Ellos habían determinado su propia destrucción.

Por más de mil años, la nación judía había rechazado las advertencias de Dios y había dado muerte a sus profetas. Cuando el pueblo en los días de Cristo siguió la misma conducta, se hizo responsable de esos pecados. Estaban ajustando sobre sí las cadenas que la nación había estado forjando durante siglos.

Llega un tiempo cuando la misericordia hace su último llamado. Entonces la voz dulce y cautivadora del Espíritu ya no suplica más al pecador.

Ese día había llegado para Jerusalén. Jesús lloró con angustia por la ciudad condenada, pero no la podía librar. Había agotado todo recurso. Al rechazar las amonestaciones del Espíritu de Dios, Israel había rechazado su único medio de auxilio.

La nación judía era un símbolo de las personas de todas las épocas que menosprecian las súplicas del amor infinito. Cuando Cristo lloró por Jerusalén, sus lágrimas fueron derramadas por causa de los pecados de todos los tiempos.

En esta generación muchos están siguiendo el mismo camino que los judíos que no creyeron. El Espíritu Santo ha hablado a su corazón; pero no están dispuestos a confesar sus errores. Rechazan el mensaje de Dios y a sus mensajeros.

Hoy la verdad bíblica —la religión de Cristo— lucha contra una fuerte corriente de impureza moral. El prejuicio es más fuerte ahora que en los días de Cristo. La verdad de la Palabra

de Dios no armoniza con las preferencias humanas naturales, y millares rechazan su luz, prefiriendo ejercer su juicio independiente. Pero lo hacen poniendo en peligro su vida eterna.

Los que buscaban encontrar defectos en las palabras de Cristo fueron encontrando cada vez más motivos para hacerlo, hasta que se apartaron de la Verdad y la Vida. Dios no se propone quitar toda objeción que el corazón carnal pueda presentar contra la verdad. Para los que rechazan la luz que iluminaría las tinieblas, los misterios de la Palabra de Dios jamás dejan de ser misterios. La verdad se les oculta.

Las palabras de Cristo se aplican a todo aquel que toma a la ligera las súplicas de la misericordia divina. Cristo está derramando amargas

lágrimas por ti, que no tienes lágrimas para derramarlas por ti mismo. Y toda muestra de la gracia de Dios, todo rayo de la luz divina, o entenece y conquista el alma, o la confirma en una rebelión sin esperanza.

Cristo previó que Jerusalén no se arrepentiría, pero toda la culpa era responsabilidad de ella. Así también sucederá con todo aquel que esté siguiendo la misma conducta. El Señor declara: “Tu destrucción, oh Israel, es obra de tu rebelión contra mí” (Ose. 13:9, RVR 1977).

*“¡Escucha, toda la tierra!
Traeré desastre sobre mi pueblo.
Es el fruto de sus propias intrigas,
porque se niegan a escucharme;
han rechazado mi palabra”.*

Jeremías 6:19.

Cristo purifica de nuevo el templo

*Este capítulo se basa en Mateo 21:12 al 16, 23 al 46;
Marcos 11:15 al 19, 27 al 33; 12:1 al 12; Lucas 19:45 al 48; 20:1 al 19*

Al comienzo de su ministerio, Cristo había echado del templo a quienes lo contaminaban con su comercio profano. Su porte severo y divino había infundido terror en los mercaderes astutos.

Al final de su misión vino de nuevo al templo y lo halló tan profanado como antes, con los gritos de animales y el ruido metálico de las monedas y el griterío de discusiones acaloradas. Los mismos mandatarios del templo estaban comprando y vendiendo. Estaban tan completamente dominados por su ambición de lucrar, que a la vista de Dios no eran mejores que los ladrones.

En cada Pascua y Fiesta de los Tabernáculos se mataban miles de animales, y los sacerdotes recogían la sangre y la vertían sobre el altar. Los judíos casi habían perdido de vista el hecho de que era el pecado lo que hacía necesario todo ese derramamiento de sangre. No lograban comprender que ello prefiguraba la sangre del amado Hijo de Dios, la cual sería derramada para dar vida al mundo.

Jesús vio cómo el pueblo había convertido esas grandes convocacio-

nes en escenas de derramamiento de sangre y crueldad. Habían multiplicado los sacrificios de animales, como si Dios pudiera ser honrado por un servicio que no nacía del corazón. Los sacerdotes y príncipes habían convertido los mismos símbolos que señalaban al Cordero de Dios en un medio para obtener ganancias. Esto había destruido en gran medida la santidad del ritual de los sacrificios. Jesús sabía que su sangre, que tan pronto iba a ser derramada por los pecados del mundo, no sería apreciada por sacerdotes y príncipes, ¡así como tenían en tan poca estima la sangre de los animales!

Mediante los profetas, Cristo había hablado contra estas prácticas: En visión profética, Isaías vio la apostasía del pueblo judío, y les dijo:

*“¿Qué les hace pensar que yo deseo
sus sacrificios? –dice el Señor–.
Estoy harto de sus ofrendas quemadas
de carneros
y de la grasa del ganado engordado.
No me agrada la sangre
de los toros ni de los corderos ni de las
cabras...
¡Lávense y queden limpios!*

Quiten sus pecados de mi vista. Abandonen sus caminos malvados”.

Isaías 1:11, 16.

El mismo que había dado estas profecías repetía ahora por última vez la advertencia. En cumplimiento de la profecía, el pueblo había proclamado a Jesús rey de Israel. Él había recibido su homenaje y aceptado el título de rey. Ahora, debía actuar como tal. Él sabía que sus esfuerzos por reformar un sacerdocio corrompido serían inútiles. Aun así, debía dar a un pueblo incrédulo la evidencia de su misión divina.

De nuevo la mirada penetrante de Jesús recorrió los profanados atrios del templo. Todos las miradas se volvieron hacia él. La divinidad fulguraba a través de la humanidad, invistiendo a Cristo con una dignidad y gloria que nunca antes había manifestado. Los que estaban más cerca se alejaron de él tanto como lo permitía el gentío. Excepto por unos pocos discípulos suyos, el Salvador quedó solo. El profundo silencio parecía insoportable. Cristo habló con un poder que sacudió a las personas como una tempestad poderosa: “Escrito está –les dijo–: ‘Mi casa será casa de oración’; pero ustedes la han convertido en ‘cueva de ladrones’”. Su voz repercutió por el templo como trompeta: “¡Saquen esto de aquí!” (Juan 2:16, NVI).

Tres años antes, los príncipes del templo se habían avergonzado de haber huido ante el mandato de Jesús. Habían sentido que era imposible que repitieran la humillante sumisión que mostraron. Sin embargo, ahora estaban más aterrados que entonces, y su prisa para obedecer su

mandato fue mayor. Los sacerdotes y comerciantes huyeron, arreando su ganado delante de ellos.

Al alejarse del templo se cruzaron con una multitud que venía con sus enfermos en busca del gran Médico. El informe dado por la gente que huía provocó que algunos de los que venían dieran la vuelta, pero muchos de ellos se abrieron paso entre el gentío, ansiosos por llegar hasta él. De nuevo se llenaron los atrios del templo de enfermos y moribundos, y una vez más Jesús los atendió.

Después de un rato, los sacerdotes y príncipes se atrevieron a volver al templo. Imaginaban que Jesús habría tomado el trono de David. Al entrar al templo, se detuvieron estupefactos a contemplar la maravillosa escena. Vieron sanos a los enfermos, con vista a los ciegos, con audición a los sordos y saltando de gozo a los inválidos. Los niños eran los primeros en regocijarse. Jesús había sanado sus enfermedades y los había estrechado en sus brazos. Ahora con alegres voces los niños pregonaban sus alabanzas a él. Repetían los hosannas del día anterior y agitaban triunfalmente palmas ante el Salvador.

Escuchar esas voces alegres y espontáneas era ofensivo para los dirigentes del templo. Comunicaron a la gente que la casa de Dios era profanada por los pies de los niños y los gritos de alegría. Luego recurrieron a Cristo: “¿Oyes lo que dicen esos niños?” “Sí –contestó Jesús–. ¿No han leído las Escrituras? Pues dicen: ‘A los niños y a los bebés les has enseñado a darte alabanza’”. La profecía había predicho que Cristo sería proclamado rey, y Dios impresionó a

los niños a ser sus testigos. Si las voces de los niños hubiesen callado, las mismas columnas del templo habrían aclamado las alabanzas del Salvador.

Los fariseos estaban enteramente perplejos y desconcertados. Nunca antes Jesús había asumido esa clase de autoridad real. Él había efectuado obras maravillosas, pero nunca antes de una manera tan solemne e impresionante. Aunque airados y frustrados, los sacerdotes y príncipes fueron incapaces de realizar cualquier otra cosa ese día. A la mañana siguiente el Sanedrín consideró de nuevo qué hacer con Jesús. Durante tres años, los príncipes habían tenido pruebas de que era el Mesías. Así que ahora decidieron no pedirle ninguna señal de su autoridad, sino que lo llevarían a admitir o declarar algo por lo que pudieran condenarlo.

En el templo, lo interrogaron con las preguntas: “¿Con qué autoridad haces todas estas cosas?... ¿Quién te dio el derecho?” Pero Jesús les hizo frente con una pregunta que aparentemente no tenía relación con el asunto, y dijo que solo respondería si le contestaban esa pregunta: “La autoridad de Juan para bautizar, ¿provenía del cielo o era meramente humana?”

Los sacerdotes vieron que estaban en un dilema del cual ningún argumento tramposo los podría sacar. Si decían que el bautismo de Juan era del cielo, Cristo les preguntaría por qué no le creyeron a Juan. Juan había testificado de Cristo: “¡Miren! ¡El Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Si los sacerdotes creían el testimonio de Juan, ¿cómo podían negar que Cristo fuese el Mesías?

Si declaraban su verdadera creencia –que el ministerio de Juan era simplemente humano–, iban a provocar una tormenta de indignación sobre ellos, porque el pueblo creía que Juan era un profeta. La multitud que observaba sabía que los sacerdotes habían profesado aceptar a Juan, y esperaban que reconocieran que había sido enviado por Dios. Pero después de consultarse en secreto, los sacerdotes decidieron no comprometerse. Simulando ignorancia, hipócritamente dijeron: “No sabemos”. Jesús les dijo: “Entonces yo tampoco les diré con qué autoridad hago estas cosas”.

Sacerdotes y príncipes son silenciados

Desconcertados y chasqueados, escribas, sacerdotes y príncipes quedaron de ceño fruncido, sin atreverse a dirigir más preguntas a Cristo. El pueblo observaba todo y se divertía al ver derrotados a esos hombres orgullosos y santurrones.

Todos estos dichos y hechos de Cristo eran importantes. Después de su crucifixión y ascensión, tendrían cada vez mayor influencia. Muchos de quienes finalmente llegaron a ser sus discípulos comenzaron a ser atraídos a él por sus palabras de ese día memorable. El contraste entre Jesús y el sumo sacerdote era obvio al verlos hablando entre sí. El orgulloso dignatario del templo vestía ricas y costosas ropas. Sobre la cabeza tenía una tiara reluciente; su porte era majestuoso; su cabello y barba estaban blancos por los años. Ante este personaje con apariencia de importancia estaba la Majestad del

cielo, sin adornos ni ostentación; sus vestiduras estaban manchadas por los viajes, su rostro estaba pálido y expresaba una paciente tristeza. Sin embargo, en ello se veían dignidad y benevolencia. Muchos de los que oyeron las palabras y presenciaron los hechos de Jesús en el templo, desde entonces lo tuvieron en sus corazones por profeta de Dios. Pero a medida que el sentimiento popular se inclinaba por Jesús, el odio de los sacerdotes hacia él aumentaba.

Cristo no se proponía humillar a sus oponentes. Tenía una importante lección que enseñar. Cuando sus enemigos reconocieron su ignorancia en cuanto al bautismo de Juan, le dieron a Jesús una oportunidad para hablar y presentarles su verdadera posición, y así añadir otra amonestación a las muchas que ya había dado.

Él dijo: “¿Qué piensan de lo siguiente? Un hombre con dos hijos le dijo al mayor: ‘Hijo, ve a trabajar al viñedo hoy’. El hijo le respondió: ‘No, no iré’, pero más tarde cambió de idea y fue. Entonces el padre le dijo al otro hijo: ‘Ve tú’, y él le dijo: ‘Sí, señor, iré’; pero no fue. ¿Cuál de los dos obedeció al padre?”

Esta abrupta pregunta tomó desprevénidos a sus oyentes. Estos respondieron inmediatamente: “El primero”. Mirándolos fijamente, Jesús respondió en tonos firmes y solemnes: “Les digo la verdad, los corruptos cobradores de impuestos y las prostitutas entrarán en el reino de Dios antes que ustedes. Pues Juan el Bautista vino y les mostró a ustedes la manera correcta de vivir, pero ustedes no le creyeron, mientras que los cobradores de impuestos y las prostitutas sí le

creyeron. Aun viendo lo que ocurría, ustedes se negaron a creerle y a arrepentirse de sus pecados”.

Los sacerdotes y príncipes no podían dar sino una respuesta correcta a la pregunta de Cristo, y así él recibió la respuesta en favor del primer hijo, que representaba a los cobradores de impuestos. Cuando vino Juan, predicando arrepentimiento y bautismo, los cobradores de impuestos recibieron su mensaje y fueron bautizados.

El segundo hijo representaba a los dirigentes de la nación judía, que no quisieron reconocer que Juan había venido de Dios. Ellos “no aceptaron el plan de Dios para ellos, porque rechazaron el bautismo de Juan” (Luc. 7:30). Como el segundo hijo, los sacerdotes y príncipes decían que eran obedientes, pero actuaban con desobediencia.

Ahora ellos quedaron en silencio. Y Cristo dijo: “Ahora, escuchen otra historia. Cierta propietario plantó un viñedo, lo cercó con un muro, cavó un hoyo para extraer el jugo de las uvas y construyó una torre de vigilancia. Luego les alquiló el viñedo a unos agricultores arrendatarios y se mudó a otro país. Llegado el tiempo de la cosecha de la uva, envió a sus siervos para recoger su parte de la cosecha. Pero los agricultores agarraron a los siervos, golpearon a uno, mataron a otro y apedrearon a un tercero. Entonces el dueño de la tierra envió a un grupo más numeroso de siervos para recoger lo que era suyo, pero el resultado fue el mismo. Finalmente, el dueño envió a su propio hijo porque pensó: ‘Sin duda, respetarán a mi hijo’. Sin embargo, cuando los agricultores vieron que venía el hijo, se dijeron unos a otros: ‘Aquí viene el

heredero de esta propiedad. Vamos, matémoslo y nos quedaremos con la propiedad'. Entonces lo agarraron, lo arrastraron fuera del viñedo y lo asesinaron". Jesús preguntó: "Cuando el dueño del viñedo regrese, ¿qué les parece que hará con esos agricultores?"

Los sacerdotes y príncipes respondieron: "A los hombres malvados les dará una muerte horrible y alquilará el viñedo a otros que le darán su porción después de cada cosecha". Quienes hablaron pudieron ver que habían pronunciado su propia condenación. Como los labradores debían devolver al dueño una debida proporción de los frutos del viñedo, así el pueblo de Dios debía honrarlo mediante una vida que correspondiese a sus sagrados privilegios. Pero así como los labradores habían matado a los siervos que el señor les envió en busca de fruto, así los dirigentes judíos habían dado muerte a los profetas enviados por Dios para llamarlos al arrepentimiento.

Hasta aquí nadie podía cuestionar cuál era la aplicación de la parábola, y no sería menos evidente en lo que siguiera. En el amado hijo enviado finalmente por el dueño de la viña a sus siervos desobedientes, a quien ellos habían tomado por la fuerza y matado, los sacerdotes y príncipes vieron un cuadro claro de Jesús y su destino inminente. El castigo infligido a los agricultores ingratos retrataba la sentencia de los que matarían a Cristo.

La curiosa piedra que prefiguraba a Cristo

Mirándolos con lástima, el Salvador continuó: "¿No han leído nunca en las Escrituras:

*'La piedra que desecharon los constructores
ha llegado a ser la piedra angular;
Esto es obra del Señor
y nos deja maravillados'?*

"Por eso les digo que el reino de Dios se les quitará a ustedes y se le entregará a un pueblo que produzca los frutos del reino. El que caiga sobre esta piedra quedará despedazado, y si ella cae sobre alguien, lo hará polvo" (NVI).

Los judíos habían repetido a menudo esta profecía en las sinagogas, aplicándola al Mesías venidero. Cristo era la Piedra principal del sistema judaico y de todo el plan de salvación. Los edificadores judíos ahora estaban rechazando esta Piedra de cimiento. Por todos los medios a su alcance, el Salvador procuró dejarles en claro la naturaleza de la acción que estaban por realizar. Sus advertencias sellarían su sentencia, si no lograban llevarlos al arrepentimiento. El quería mostrarles que Dios obraba con justicia al privarlos de sus privilegios nacionales, lo que terminaría no sólo con la destrucción de su templo y ciudad, sino también con la dispersión de la nación entre los gentiles.

Los oyentes reconocieron la advertencia, pero a pesar de la sentencia que habían pronunciado sobre sí mismos, los sacerdotes y los príncipes estaban dispuestos a completar el cuadro diciendo: "Aquí viene el heredero de esta propiedad. Vamos, matémoslo". "Querían arrestarlo, pero tenían miedo de las multitudes", porque el sentimiento popular estaba a favor de Cristo.

Al citar la profecía de la piedra rechazada, Cristo se refirió a un acon-

tecimiento verídico relacionado con la edificación del primer templo. Este tuvo una aplicación especial en ocasión de la primera venida de Cristo, pero también tiene una lección para nosotros. Cuando se construyó el templo de Salomón, las inmensas piedras fueron preparadas por completo en la cantera. Luego de llevarlas al lugar de la edificación, lo único que tenían que hacer los obreros era colocarlas en su lugar. Para ser usada en el fundamento, se había traído una piedra de un tamaño fuera de lo común y de una forma peculiar; pero los obreros no podían encontrar lugar para ella. Era una molestia para ellos mientras yacía abandonada en el camino. Por mucho tiempo fue rechazada.

Pero cuando los edificadores llegaron al fundamento de la esquina, buscaron por largo tiempo una piedra de suficiente tamaño y fortaleza, y de la forma apropiada, que pudiera soportar el gran peso que se apoyaría sobre ella. Si hubiesen escogido mal, hubiera estado en peligro todo el edificio. Probaron con varias piedras, pero habían quedado desmenuzadas bajo la presión de pesos inmensos.

Pero al fin, alguien llamó la atención hacia la piedra por tanto tiempo rechazada. Había quedado expuesta al sol y a la tormenta sin revelar la más leve rajadura. Había pasado por todas las pruebas, menos una: la prueba de una gran presión. Así que se hizo la prueba. La piedra la soportó, y fue aceptada. Cuando fue llevada a la posición asignada, descubrieron que entraba perfectamente en el lugar. Esa piedra era un símbolo de Cristo. Isaías dice:

*“El Señor será un santuario.
Pero será una piedra de tropiezo
para las dos casas de Israel...
Muchos de ellos tropezarán;
caerán y serán quebrantados.
Se les tenderán trampas, y en ellas
quedarán atrapados”.*

Isaías 8:14, 15, NVI.

La piedra principal del ángulo del templo de Salomón era un símbolo de las aflicciones y pruebas que Cristo habría de soportar.

*“¡Miren! Pongo una piedra de cimiento en Jerusalén,
una piedra sólida y probada.
Es una preciosa piedra principal sobre la cual se puede construir con seguridad.
El que crea jamás será sacudido”.*

Isaías 28:16.

Dios escogió la Piedra de cimiento y dijo que sobre ella “se puede construir con seguridad”. El mundo entero puede colocar sobre este cimiento sus cargas y pesares. Con perfecta seguridad, todos pueden edificar sobre él. Él nunca chasquea a los que confían en él. Él ha soportado toda prueba. Él ha soportado las cargas puestas sobre él por cada pecador arrepentido. Todos los que depositan en él su confianza, descansan perfectamente seguros.

Cristo es un “cimiento firme” (NVI), y a la vez una “piedra que hace tropezar a muchos”. “Ustedes, los que confían en él, reconocen la honra que Dios le ha dado; pero para aquellos que lo rechazan, ‘la piedra que los constructores rechazaron ahora se ha convertido en la piedra principal’. Además, ‘Él es la piedra que hace tropezar a muchos, la roca que los hace caer’. Tropezan porque no

obedecen la palabra de Dios" (1 Ped. 2:7, 8).

Cómo ser edificados al ser quebrantados

Para todos los que creen, Cristo es el cimiento firme. Caen sobre la Roca y son "quebrantados". Caer sobre la Roca y ser quebrantado es abandonar nuestra justicia propia e ir a Cristo con la humildad de un niño, arrepentidos de nuestros pecados y creyendo en su amor perdonador. Y es asimismo por medio de la fe y la obediencia que edificamos sobre Cristo como nuestro fundamento.

Judíos y gentiles por igual pueden edificar sobre esta Piedra viviente. Es suficientemente amplio y fuerte para todos, puede soportar el peso y la carga del mundo entero. Y al estar conectados con Cristo, todos los que edifican sobre ese fundamento llegan a ser piedras vivas (ver 1 Ped. 2:5).

Para quienes "tropiezan porque no obedecen la palabra de Dios", Cristo es una Piedra de tropiezo. Como la piedra rechazada, Cristo soportó la indiferencia y el maltrato.

"Fue despreciado y rechazado, hombre de dolores, conocedor del dolor más profundo... fue despreciado, y no nos importó".

Isaías 53:3.

Pero por su resurrección de la muerte, habría de ser "designado con poder Hijo de Dios" (Rom. 1:4). En su segunda venida, habrá de re-

velarse como Señor del cielo y de la tierra. Ante todo el universo, la piedra rechazada vendría a ser la piedra principal.

Y "si ella cae sobre alguien, lo hará polvo". El pueblo que rechazó a Cristo iba a ver pronto su ciudad y su nación destruidas, y su gloria disipada como el polvo delante del viento. ¿Y qué fue lo que destruyó a los judíos en ese tiempo? Fue la Roca que hubiera constituido su seguridad si hubiesen edificado sobre ella. Fue la bondad de Dios despreciada, la misericordia desdeñada. El pueblo se opuso resueltamente a Dios, y todo lo que hubiera sido su salvación se tornó en su destrucción.

La crucifixión de Cristo por parte de los judíos implicó la destrucción de Jerusalén. La sangre vertida en el Calvario fue el peso que los hundió en la ruina.

Así será en el gran día final, cuando se pronuncie sentencia sobre los que rechazan la gracia de Dios. Cristo, su Piedra de tropiezo, les parecerá entonces una montaña vengadora. La gloria de su rostro, que es vida para los justos, será fuego consumidor para los malos. Por causa del amor rechazado, la gracia menospreciada, el pecador será destruido. El templo profanado, el hijo desobediente, los falsos agricultores, los edificadores insensatos, todos tienen su contraparte en la experiencia de cada pecador. Y a menos que el pecador se arrepienta, el destino que estos prefiguraron será suyo.

Capítulo 66

Cristo confunde a sus enemigos

Este capítulo se basa en Mateo 22:15 al 46; Marcos 12:13 al 40; Lucas 20:20 al 47.

Los sacerdotes y gobernantes no podían desmentir las acusaciones de Cristo. Pero esto los llevaba a estar aún más determinados a entramparlo. Enviaron espías “que se hicieron pasar por hombres sinceros. Trataban de hacer que Jesús dijera algo que pudieran informar al gobernador de Roma para que lo arrestara”. Estos hombres jóvenes, ansiosos y desconfiados, fueron acompañados por herodianos que estaban allí para escuchar las palabras de Cristo y testificar contra él en su juicio.

Los fariseos siempre se habían sentido irritados a causa de los impuestos romanos y tenían la idea de que pagarlos era contrario a la ley divina. Ahora, los espías vinieron hacia Jesús como queriendo saber cuál era su deber y dijeron: “Maestro, sabemos lo honesto que eres. Enseñas con verdad el camino de Dios. Eres imparcial y no tienes favoritismos. Ahora bien, dinos qué piensas de lo siguiente: ¿Es correcto que paguemos impuestos al César o no?”

Quienes cuestionaban a Jesús pensaban que habían disfrazado sus

intenciones, pero Jesús leyó sus corazones como un libro abierto. “¿Por qué intentan atraparme?”, preguntó, mostrando que él sabía su propósito oculto. Quedaron aún más confundidos cuando él añadió: “Muéstrenme la moneda que se usa para pagar el impuesto”. Así lo hicieron y él les preguntó: “¿A quién pertenecen la imagen y el título grabados en la moneda?” Ellos contestaron: “Al César”. Señalando la moneda, Jesús dijo: “Entonces den al César lo que pertenece al César, y den a Dios lo que pertenece a Dios”.

Los espías se sintieron confundidos y derrotados. La manera breve y decisiva en que Jesús había resuelto su enigma los dejó sin nada más que decir. La declaración de Jesús no era una evasiva, sino una respuesta sincera a su pregunta. Mientras sostenía la moneda romana en su mano, explicó que, dado que ellos estaban viviendo bajo la protección del poder romano, debían darle a ese poder el apoyo que solicitaba; sin embargo, aunque estuviesen sujetos pacíficamente a las leyes del mundo,

debían rendir lealtad a Dios en primer lugar.

Si los judíos hubiesen cumplido sus obligaciones hacia Dios fielmente, no habrían llegado a estar subyugados al control de un poder extranjero. Ningún estandarte romano habría flameado sobre Jerusalén, ningún gobernador romano habría reinado dentro de sus muros.

Los fariseos quedaron maravillados por la respuesta de Cristo. Él no solamente había reprendido su hipocresía, sino que también había establecido un gran principio que definía, claramente, los límites del deber para con el gobierno civil y el deber para con Dios. Y aunque muchos se marcharon insatisfechos, vieron que Jesús había explicado el principio que yacía bajo la pregunta y se maravillaron por el alcance de su discernimiento.

Apenas Jesús terminó de silenciar a los fariseos, llegaron los saduceos con preguntas capciosas. Como grupo, eran intolerantes; sin embargo, aun entre ellos, había personas de piedad genuina que aceptaban las enseñanzas de Cristo. Los saduceos profesaban creer en la mayor parte de las Escrituras, pero eran escépticos y materialistas en términos prácticos.

La resurrección: un tema controversial

De forma especial, la resurrección era un tema controversial entre los fariseos y los saduceos. Los fariseos eran firmes creyentes en la resurrección, pero sus opiniones acerca del futuro se habían tornado confusas. La muerte se convirtió en un miste-

rio más allá de lo explicable. Las discusiones entre las dos partes solían resultar en amargas disputas.

Los saduceos no tenían una influencia tan grande sobre la gente común, pero muchos tenían el poder que proviene de la riqueza. El sumo sacerdote a menudo era elegido dentro de este grupo. El hecho de que fuesen aptos para tal puesto le daba crédito a sus errores.

Ellos rechazaban los preceptos de Jesús, cuyas enseñanzas acerca de la vida futura contradecían sus teorías. Creían que Dios, después de haber creado a los seres humanos, los había abandonado a su suerte y, por lo tanto, eran independientes de una influencia mayor. Los saduceos aseguraban que la gente era libre de controlar su propia vida y dar forma a los eventos del mundo; su destino estaba en sus propias manos.

Las ideas acerca de Dios moldean el carácter

Sus ideas acerca de Dios moldeaban su propio carácter. Dado que, según opinaban ellos, Dios no tenía interés en la raza humana, ellos tampoco tenían mucha consideración por su prójimo. Al rechazar la influencia del Espíritu Santo, carecían de ese poder en su vida. Hacían alarde de su derecho de nacimiento como hijos de Abraham, pero estaban destituidos de la fe y la bondad que lo habían caracterizado. Sus corazonas no eran tocadas por las necesidades y los sufrimientos de los otros. Vivían para sí mismos.

Por medio de sus palabras y acciones, Cristo fue testigo de un poder

divino que produce resultados sobrenaturales, de una vida futura, de Dios como Padre de la humanidad, siempre pendiente de sus verdaderos intereses. Él enseñó que Dios se mueve en el corazón a través del Espíritu Santo. Mostró cuán errado era confiar en el poder humano para transformar el carácter, cuando únicamente el Espíritu Santo puede hacerlo.

Al buscar discutir con Jesús, los saduceos confiaban en que, al menos, podrían dañar su reputación, si es que no llegaban a condenarlo. La resurrección fue el tema sobre el cual decidieron interrogarlo. Si estaba de acuerdo con ellos, ofendería a los fariseos. Si estaba en desacuerdo, los propios saduceos ridiculizarían sus enseñanzas. Razonaban que, si el cuerpo inmortal estuviese compuesto de las mismas partículas de materia que se encuentran en el estado mortal, debería tener carne y sangre, y la vida interrumpida aquí continuaría en el mundo eternal. Se reunirían marido y mujer, se formarían matrimonios, y todas las cosas seguirían su rumbo como antes de la muerte.

En respuesta a estas preguntas, Jesús recorrió el velo de la vida futura y contestó: "Cuando los muertos resuciten, no se casarán ni se entregarán en matrimonio. En este sentido, serán como los ángeles del cielo". Los saduceos estaban en el error. "El error de ustedes", añadió Jesús, "es que no conocen las Escrituras y no conocen el poder de Dios". No los acusó por su hipocresía, sino por el error en sus creencias.

Declaró su ignorancia de las Escrituras y del poder de Dios como la

causa de su confusión en la fe y de la oscuridad de su mente. Cristo los reprendió para que abriesen sus mentes a aquellas verdades sagradas que aumentarían su entendimiento. Miles dejan de creer porque no pueden entender los misterios de Dios. La única llave para estos misterios que nos rodean es reconocer en ellos la presencia y el poder de Dios. La gente necesita reconocer a Dios como el Creador del universo, como aquel que dirige y realiza todas las cosas.

Cristo dijo a sus oyentes que, si no hubiese resurrección de los muertos, las Escrituras en las que ellos profesaban creer no tendrían valor. Además, agregó: "Ahora bien, en cuanto a si habrá una resurrección de los muertos, ¿nunca han leído acerca de esto en las Escrituras? Mucho después de que Abraham, Isaac y Jacob murieran, Dios dijo: 'Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob'. Por lo tanto, él es Dios de los que están vivos, no de los muertos". Dios ve el resultado de su obra como si esta ya estuviese completada. Los muertos en Cristo escucharán la voz del Hijo de Dios y saldrán de la tumba a vida inmortal. Habrá una relación cercana y tierna entre Dios y los redimidos resucitados. Él ve esto como ya existente. Los muertos viven en él.

Los saduceos quedaron sin nada que decir. Él no había hablado ni una sola palabra de la que ellos pudieran tomar la más mínima ventaja para condenarlo.

Los fariseos, sin embargo, no se desanimaron. Convencieron a cierto escriba educado para que cuestionase a Jesús acerca de cuál de los

Diez Mandamientos era el más importante. Ellos habían exaltado los primeros cuatro mandamientos, que señalan nuestro deber hacia nuestro Hacedor, como si fueran de muchísima más importancia que los otros seis, que definen nuestro deber hacia los demás. Jesús había sido acusado de honrar los últimos seis mandamientos por encima de los primeros cuatro.

El experto en la ley se dirigió a Jesús con una pregunta directa: “¿Cuál es el mandamiento más importante en la ley de Moisés?” La respuesta de Jesús fue directa: “El mandamiento más importante [...] ‘Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas’”. El segundo es semejante al primero, prosiguió Cristo, porque se desprende de él: “‘Ama a tu prójimo como a ti mismo’. Ningún otro mandamiento es más importante que estos”. “Toda la ley y las exigencias de los profetas se basan en estos dos mandamientos”.

Ambos mandamientos son una expresión del principio del amor. No podemos guardar el primero y romper el segundo, ni podemos guardar el segundo mientras rompemos el primero. Únicamente cuando amamos a Dios con todo lo que somos, nos es posible amar a nuestro prójimo de forma imparcial.

Cristo les enseñó a sus oyentes que la Ley de Dios es una unidad divina, no un conjunto de muchas leyes separadas, algunas de ellas muy importantes y otras apenas significativas. Demostramos nuestro amor a Dios al obedecer sus Mandamientos.

El escriba que había cuestionado a Jesús quedó atónito. En la presencia de los sacerdotes y los príncipes reunidos allí, reconoció con toda honestidad que Cristo había dado la interpretación correcta de la Ley.

El escriba entendía en cierta medida cuán sin sentido eran muchas de las ofrendas ceremoniales y el derramamiento de sangre sin fe para la limpieza del pecado. El amor y la obediencia a Dios, y la preocupación desinteresada por otros le parecían a él más valiosos que todos estos rituales. Su respuesta rápida y firme ante la gente mostró un espíritu totalmente distinto al de los sacerdotes y príncipes. El corazón de Jesús se compadeció por este escriba honesto que se había animado a exponer sus verdaderas convicciones. “Al ver cuánto entendía el hombre, Jesús le dijo: ‘No estás lejos del reino de Dios’”.

Los fariseos se habían reunido cerca de Jesús mientras él respondía al escriba. Ahora él les preguntó a ellos: “¿Qué piensan del Mesías? ¿De quién es hijo?” Con su pregunta, quería que manifestaran si ellos lo consideraban simplemente como un hombre o como el Hijo de Dios. Un coro de voces contestó: “Es hijo de David”. Cuando Jesús reveló su divinidad por medio de sus poderosos milagros, cuando sanó a los enfermos y resucitó a los muertos, la gente se había preguntado: “¿Podría este ser el Hijo de David?” Sin embargo, muchos que llamaban a Jesús “Hijo de David” (Mat. 12:23; 15:22; 21:9) no reconocieron su divinidad. El Hijo de David era también el Hijo de Dios.

Frente a esa respuesta, Jesús dijo: “Entonces, ¿por qué David, mientras hablaba bajo la inspiración del Espíritu, llama al Mesías ‘mi Señor’, diciendo:

‘Siéntate en el lugar de honor a mi derecha, hasta que humille a tus

enemigos y los ponga por debajo de tus pies?’

“Si David llamó al Mesías ‘mi Señor’, ¿cómo es posible que el Mesías sea su hijo?” “Nadie pudo responderle, y a partir de entonces, ninguno se atrevió a hacerle más preguntas”.

Capítulo 67

La última visita de Jesús al Templo

Este capítulo se basa en Mateo 23; Marcos 12:41 al 44; Lucas 20:45 al 47; y 21:1 al 4.

Era el último día que Jesús enseñaba en el Templo. Allí, el joven galileo se mantenía en pie sin honor terrenal ni insignia real. A su alrededor, estaban los sacerdotes con vestiduras lujosas, los príncipes con mantos e insignias, y los escribas con los rollos, a los que frecuentemente se referían, en sus manos. Jesús permanecía calmo, como si tuviese la autoridad que solo el Cielo da. Sin vacilar, miraba a sus oponentes, quienes estaban sedientos por su vida. Sus maquinaciones para entramparlo habían fallado. Se había enfrentado a un desafío tras otro, y había presentado una verdad pura y brillante que contrastaba con la oscuridad de los errores de los sacerdotes y fariseos. Fielmente, había dado la advertencia. Sin embargo, a Cristo aún le quedaba una obra por realizar.

El pueblo estaba encantado con sus enseñanzas, pero terriblemente confundido. Habían respetado a los sacerdotes y los rabinos, pero ahora veían a estos hombres desacreditando a Jesús, cuya virtud y conocimien-

to resplandecían más brillantemente con cada ataque. Se maravillaban de que los gobernantes no creyeran en Jesús a pesar de que sus enseñanzas eran tan claras y sencillas. Ellos mismos no sabían qué camino tomar.

El propósito de Cristo en las parábolas era advertir a los gobernantes e instruir al pueblo; pero necesitaba hablar aún más claramente. La gente estaba esclavizada a causa de su fe ciega en un sacerdocio corrupto. Estas eran las cadenas que Cristo debía romper. “Los maestros de la ley religiosa y los fariseos son los intérpretes oficiales de la ley de Moisés. Por lo tanto, practiquen y obedezcan todo lo que les digan, pero no sigan su ejemplo. Pues ellos no hacen lo que enseñan”.

Los escribas y fariseos aspiraban a tomar el lugar de Moisés como expositores de la ley, pero ellos no practicaban su propia enseñanza. Y mucho de lo que enseñaban era contrario a las Escrituras. “Aplastan a la gente bajo el peso de exigencias religiosas insoportables y jamás mueven un dedo para aligerar la carga”. Ellos ex-

plicaban ciertas porciones de la ley de tal manera que imponían al pueblo observancias que ellos mismos pasaban por alto en secreto y de las cuales decían estar exentos.

“Todo lo que hacen es para aparentar. En los brazos se ponen anchas cajas de oración con versículos de la Escritura, y usan túnicas con borlas muy largas. Y les encanta sentarse a la mesa principal en los banquetes y ocupar los asientos de honor en las sinagogas. Les encanta recibir saludos respetuosos cuando caminan por las plazas y que los llamen ‘Rabí’. Pero ustedes, no permitan que nadie los llame ‘Rabí’, porque tienen un solo maestro y todos ustedes son hermanos por igual. Además, aquí en la tierra, no se dirijan a nadie llamándolo ‘Padre’, porque solo Dios, que está en el cielo, es su Padre espiritual. Y no permitan que nadie los llame ‘Maestro’, porque ustedes tienen un solo maestro, el Mesías”.

Con estas claras palabras, el Salvador reveló la ambición egoísta que siempre buscaba obtener cargos y poder, y que manifestaba una humildad ficticia mientras que su corazón estaba lleno de avaricia y envidia. Constantemente, los fariseos maquinaban formas de asegurarse puestos de honor y favores especiales. Jesús reprendió esta práctica.

Él también reprendió la vanidad de los líderes al codiciar el título de rabino o maestro. Los sacerdotes, escribas y príncipes eran todos hermanos, hijos de un mismo Dios. El pueblo no debía darle a ningún hombre un título de honor que significase otorgarle un dominio sobre su conciencia o sobre su fe.

Si Cristo estuviese en la tierra hoy, rodeado de aquellos que llevan el título de “Reverendo” o “Reverendísimo”, ¿no repetiría: “no permitan que nadie los llame ‘Maestro’, porque ustedes tienen un solo maestro, el Mesías”? Las Escrituras declaran de Dios: “¡Qué santo e imponente [reverendo, en inglés] es su nombre!” (Sal. 111:9). ¡Cuántos de los que adoptan este título representan erradamente el nombre y el carácter de Dios! ¡Cuán a menudo la ambición mundanal y los pecados más bajos han quedado escondidos bajo las ropas adornadas de un cargo alto y santo!

El Salvador continuó diciendo: “El más importante entre ustedes debe ser el sirviente de los demás; pero aquellos que se exaltan a sí mismos serán humillados, y los que se humillan a sí mismos serán exaltados”. Vez tras vez, Cristo había enseñado que la verdadera grandeza se mide por el valor moral. Desde la perspectiva divina, la grandeza de carácter consiste en vivir para el beneficio de los demás. Cristo, el Rey de gloria, fue un siervo de la humanidad caída.

“Pues le cierran la puerta del reino del cielo en la cara a la gente. Ustedes no entrarán ni tampoco dejan que los demás entren”. Al pervertir las Escrituras, los sacerdotes y estudiosos de la ley cegaron las mentes de aquellos que, de otra forma, habrían recibido el conocimiento del Reino de Cristo.

Ustedes “estafan descaradamente a las viudas para apoderarse de sus propiedades y luego pretenden ser piadosos haciendo largas oraciones en público. Por eso, serán castigados

con más severidad”. Los fariseos se ganaban la confianza de viudas piadosas y, luego, les indicaban que era su deber dedicar su propiedad para fines religiosos. Después de obtener el dominio de su dinero, los astutos maquinadores lo empleaban para su propio beneficio. Y a fin de cubrir su falta de honradez, ofrecían largas oraciones en público y hacían un gran espectáculo en torno a su religiosidad. La misma reprensión cae sobre muchos en nuestros días. Sus vidas están manchadas por el egoísmo y la avaricia, y aun así sobre ella arrojan un manto de aparente santidad.

El regalo invaluable de la viuda pobre

Cristo condenó severamente los abusos, pero fue muy cuidadoso de no reducir las obligaciones. El abuso que una persona hiciese de las ofrendas no desviaba la bendición que Dios concedía a la dadora.

Jesús estaba en el atrio y miraba a aquellos que iban a depositar sus ofrendas. Muchos de los ricos entregaban grandes sumas con gran ostentación. Jesús los miraba con tristeza, sin hacer comentarios acerca de sus ofrendas liberales. Pronto su rostro se iluminó al ver a una viuda pobre acercarse con vacilación, como si temiera ser observada. Miró la ofrenda que tenía en su mano. Era muy pequeña en comparación con las ofrendas de aquellos a su alrededor y, sin embargo, era todo lo que tenía. Con rapidez echó dos monedas pequeñas y giró para salir apresuradamente. Pero, al hacer esto, se

encontró con la mirada de Jesús que estaba fijamente clavada en ella.

El Salvador le dijo a sus discípulos que notaran la pobreza de la viuda. Entonces, las palabras de aprobación cayeron en los oídos de ella: “Les digo la verdad, esta viuda pobre ha dado más que todos los demás que ofrendan”. Lágrimas de gozo llenaron los ojos de la viuda mientras sentía que su acto había sido apreciado. Muchos le hubiesen aconsejado que guardase su pequeña ofrenda para su propio uso; que desaparecería entre las muchas ofrendas costosas traídas al cofre de la tesorería. Pero ella creía que el servicio del Templo había sido establecido por Dios y ella estaba ansiosa por hacer todo en su poder para apoyar la causa. Hizo lo mejor que pudo, y eso llegaría a ser un monumento en memoria de ella y su gozo, a través de todos los tiempos y en la eternidad.

Ella había “dado más que todos los demás”. Las grandes donaciones de los ricos no habían requerido sacrificio. No podían ser comparadas en valor con las monedas de la viuda.

Es el motivo lo que le da carácter a nuestros actos, el que le da la estampa de la vergüenza o de un valor moral elevado. Los pequeños actos realizados de buena gana, las pequeñas ofrendas hechas sin ostentación, a menudo se destacan más a la vista de Dios. La viuda pobre se privó de alimento para poder dar esas dos moneditas a la causa que ella amaba. Y lo hizo con fe, creyendo que su Padre celestial no pasaría por alto su necesidad. Fue este espíritu abnegado y de inocencia infantil lo que ganó la aprobación del Salvador.

Entre los pobres, hay muchos que anhelan demostrar su gratitud a Dios por su gracia y verdad. Que depositen sus monedas en los bancos del cielo. Si son entregadas con un corazón lleno del amor de Dios, estos regalos, aparentemente insignificantes, se convierten en ofrendas invaluables que Dios bendice y aprecia.

Cuando Jesús dijo de la viuda: “Ha dado más que todos los demás”, sus palabras eran verdaderas, no solamente sobre el motivo, sino también acerca de los resultados de ese regalo. Esas “dos moneditas de muy poco valor” habían llevado a la tesorería de Dios una cantidad de dinero mucho más grande que las contribuciones de aquellos judíos ricos. Ese pequeño regalo fue como un arroyo que se ha hecho más ancho y profundo al pasar los siglos. De mil maneras, ha contribuido al alivio de los pobres y a la difusión del evangelio. Su ejemplo de autosacrificio ha obrado vez tras vez en miles de corazones, en todo país y en toda época. La bendición de Dios sobre las monedas de la viuda las han convertido en una fuente de grandes resultados. Lo mismo sucede con cada regalo entregado con el deseo sincero de glorificar a Dios. Nadie puede medir sus resultados para bien.

“¡Qué aflicción les espera, maestros de la ley religiosa y fariseos! ¡Hipócritas! Pues se cuidan de dar el diezmo sobre el más mínimo ingreso de sus jardines de hierbas, pero pasan por alto los aspectos más importantes de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Es cierto que deben diezmar, pero sin descuidar las cosas más importantes”. Cristo no descar-

tó la obligación misma. El sistema de diezmo, establecido por Dios, fue observado desde los tiempos más remotos. Abraham pagó los diezmos de todo lo que poseía. De la forma en que Dios lo implementó, el sistema era justo y razonable, pero los sacerdotes y rabinos lo habían convertido en una carga pesada.

Los fariseos eran muy exactos al diezmar las hierbas de sus jardines como la menta, el anís y la ruda (Luc. 11:42, NVI). Esto costaba poco, y les daba una reputación de meticulosidad y santidad. Al mismo tiempo, descuidaban los asuntos de más peso en relación con la ley, la justicia, la misericordia y la verdad. Cristo dijo: “Es cierto que deben diezmar, pero sin descuidar las cosas más importantes”.

Los rabinos habían pervertido otras leyes de la misma forma. En las instrucciones que Dios había dado a Moisés, el uso de la carne de cerdo y de otros animales estaba prohibido, porque podían llenar la sangre de impurezas y acortar la vida. Sin embargo, los fariseos se fueron a extremos injustificables. Requerían que la gente colase toda el agua que usaba, en caso de que contuviese el insecto más pequeño, el cual podía ser clasificado entre los animales inmundos. Jesús, contrastando estos requisitos triviales con la magnitud de los pecados reales, dijo a los fariseos: “¡Guías ciegos! ¡Cuelan el agua para no tragarse por accidente un mosquito, pero se tragan un camello!”

“Son como tumbas blanqueadas: hermosas por fuera, pero llenas de huesos de muertos y de toda clase de impurezas por dentro”. Las tum-

bas blanqueadas y hermosamente decoradas ocultaban restos putrefactos en su interior. De igual forma, la piedad exterior de los sacerdotes y príncipes ocultaba iniquidad.

Jesús continuó: “Edifican tumbas a los profetas que sus antepasados mataron, y adornan los monumentos de la gente justa que sus antepasados destruyeron. Luego dicen: ‘Si hubiéramos vivido en los días de nuestros antepasados, jamás nos habríamos unido a ellos para matar a los profetas’. Así que al decir eso, dan testimonio en contra de ustedes mismos, que en verdad son descendientes de aquellos que asesinaron a los profetas”.

La gente de esa época consideraba de forma supersticiosa los lugares de descanso de los muertos y entregaba grandes sumas de dinero para adornarlos. A la vista de Dios, esto era idolatría y demostraba que no amaban a Dios sobre todas las cosas, ni a su prójimo como a sí mismos. Hoy, muchos descuidan a las viudas y a los huérfanos, al enfermo y al pobre, con el fin de construir monumentos costosos para los muertos. No cumplen sus deberes para con los vivos, deberes que Cristo ha indicado muy claramente.

Los fariseos se decían entre ellos: “Si hubiéramos vivido en los días de nuestros antepasados, jamás nos habríamos unido a ellos para matar a los profetas”. Pero, al mismo tiempo, estaban planeando quitarle la vida a al Hijo de Dios. Esto debería abrir nuestros ojos al poder de Satanás para engañar cualquier mente que se aleja de la luz de la verdad. Muchos se asombran por la ceguera de los

judíos que rechazaron a Cristo. Pero, cuando obedecer a Dios implica negar el yo y humillarse, estas mismas personas son las que se resisten a hacerlo. Manifiestan el mismo espíritu que los fariseos.

Los judíos comprendían muy poco la terrible responsabilidad involucrada en el rechazo a Cristo. En todas las épocas, los profetas habían alzado su voz contra los pecados de reyes, príncipes y pueblos. Lo habían hecho en obediencia a la voluntad de Dios, arriesgando sus vidas. Un castigo terrible se había ido preparando para los que rechazaban la luz y la verdad. Al rechazar al Salvador, los sacerdotes y príncipes se estaban haciendo responsables por la sangre de todos los justos asesinados desde Abel hasta Cristo. Estaban a punto de hacer que la copa de la maldad se llenara hasta rebosar. Y pronto sería volcada sobre sus cabezas en justo castigo. Jesús les advirtió acerca de esto:

“Como consecuencia, se les hará responsables del asesinato de toda la gente justa de todos los tiempos, desde el asesinato del justo Abel hasta el de Zacarías, hijo de Berequías, a quien mataron en el Templo, entre el santuario y el altar. Les digo la verdad, ese juicio caerá sobre esta misma generación”.

Los escribas y fariseos sabían cómo había sido asesinado el profeta Zacarías: mientras que las palabras de advertencia de Dios estaban en sus labios, una furia satánica se apoderó del rey rebelde y a su orden se dio muerte al profeta. (Ver 2 Crón. 24:18-22). Su sangre había manchado las piedras mismas del atrio

del Templo y había permanecido ahí como testigo de la rebelde Israel. Mientras el Templo estuviese en pie, la mancha de esa sangre justa estaría allí, clamando a Dios para ser vengada. Mientras Jesús hacía referencia a estos terribles pecados, una conmoción de horror sacudió a la multitud.

Con su vista al futuro, Jesús declaró que el pueblo judío sería tan insensible al llamado de arrepentimiento como lo había sido en el pasado:

“Por lo tanto, les envío profetas, hombres sabios y maestros de la ley religiosa. A algunos los matarán crucificándolos, y a otros los azotarán con látigos en las sinagogas y los perseguirán de ciudad en ciudad”. Con una mano alzada hacia el cielo y una luz divina rodeándolo, Cristo habló como juez. Utilizó su voz para reprender y condenar. Los oyentes se estremecieron. La impresión de sus palabras y su mirada no se les olvidaría nunca.

Cristo dirigió su indignación hacia los pecados principales de los líderes. A causa de estos pecados estaban destruyendo sus propias almas, engañando al pueblo y deshonrando a Dios. Pero no habló palabras de venganza. No mostró un temperamento irritado. El rostro del Hijo de Dios manifestaba piedad divina mientras daba una última mirada al Templo y luego a sus oyentes. Con voz ahogada por la angustia y lágrimas amargas, exclamó: “¡Oh Jerusalén, Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los mensajeros

de Dios! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina protege a sus pollitos debajo de sus alas, pero no me dejaste!” En el lamento de Cristo, se volcaba el corazón mismo de Dios. Esta era la misteriosa despedida del amor sufriente de la Deidad.

Tanto los fariseos como los saduceos quedaron en silencio. Jesús llamó a sus discípulos hacia él y se preparó para salir del Templo, no como alguien derrotado, sino como alguien que había terminado su obra. Se alejó de la discusión victorioso.

En ese día memorable, en muchos corazones brotaron nuevos pensamientos y comenzó una nueva historia. Después de la crucifixión y la resurrección, estas personas se acercaron con sabiduría y entusiasmo. Llevaban el mensaje que había llamado a su corazón. A la luz de su testimonio, las teorías y filosofías humanas se convirtieron en fábulas sin sentido.

Pero Israel, como nación, se había divorciado de Dios. Jesús, mirando por última vez al interior del Templo, dijo en tono lastimero: “Y ahora, mira, tu casa está abandonada y desolada. Pues te digo lo siguiente: No volverás a verme hasta que digas: ‘Bendiciones al que viene en el nombre del Señor!’” Cuando el Hijo de Dios saliera de entre esas paredes, la presencia de Dios se alejaría para siempre del Templo construido para su gloria. Sus ceremonias no tendrían sentido, sus servicios serían una burla.

Cuando los griegos quisieron ver a Jesús

Este capítulo se basa en Juan 12:20 al 43.

“Algunos griegos que habían ido a Jerusalén para celebrar la Pascua le hicieron una visita a Felipe, que era de Betsaida de Galilea. Le dijeron: ‘Señor, queremos conocer a Jesús’. Felipe se lo comentó a Andrés, y juntos fueron a preguntarle a Jesús”.

En esos momentos, la obra de Cristo parecía haber sufrido una cruel derrota. Había salido vencedor de la controversia con los sacerdotes y fariseos, pero era evidente que nunca lo aceptarían como el Mesías. Había llegado el momento de la separación final. Para sus discípulos, el caso parecía sin esperanzas. Sin embargo, estaba por acontecer un gran suceso que involucraba no solo a la nación judía, sino al mundo entero. Cuando Cristo oyó la ferviente petición: “Queremos ver a Jesús”, que era eco del clamor del mundo hambriento, su rostro se iluminó y dijo: “Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado” (NVI).

Estos hombres vinieron del Occidente para hallar al Salvador al final de su vida, así como los magos habían venido del Oriente al principio.

Estos griegos, que representaban a las naciones, las tribus y los pueblos del mundo, vinieron a ver a Jesús. De la misma forma, la gente de todas las tierras y de todas las edades sería atraída por la cruz del Salvador.

Los griegos anhelaban conocer la verdad acerca de la misión de Cristo. Cuando dijeron: “Queremos ver a Jesús”, él estaba en esa parte del Templo de la cual todos estaban excluidos menos los judíos, pero salió al atrio exterior donde estaban los griegos y tuvo una entrevista personal con ellos.

La pregunta de los griegos le mostró que el sacrificio que estaba por hacer llevaría a muchos hijos e hijas a Dios. Él sabía que los griegos pronto lo verían en una situación que ni siquiera habían soñado. Lo verían colocado al lado de Barrabás, el ladrón y homicida. Y a la pregunta de Pilato: “¿Qué hago con Jesús, llamado el Mesías?”, se daría la respuesta: “¡Crucifícalo!” (Mat. 27:22). Cristo sabía que, al hacer este sacrificio por los pecados de los hombres, su Reino sería perfeccionado y se extendería por todo el mundo. Él iba a obrar

como Restaurador y su Espíritu prevalecería. Por un momento, miró el futuro y oyó las voces que proclamaban en todas partes de la tierra: “¡Miren! ¡El Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). En esos extranjeros vio la garantía de una gran cosecha, cuando el muro de separación entre judíos y gentiles se derribaría y todas las naciones, lenguas y pueblos oírían el mensaje de salvación. Expresó la anticipación de esto y la consumación de sus esperanzas en las siguientes palabras: “Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado”; pero en su mente nunca estuvo ausente la manera en que debía realizarse esa glorificación. Únicamente por medio de su muerte podía salvarse el mundo. Como el grano de trigo, el Hijo de Dios debía ser arrojado en tierra, morir y ser sepultado hasta desaparecer; pero volvería a vivir.

“Jesús respondió: ‘Les digo la verdad, el grano de trigo, a menos que sea sembrado en la tierra y muera, queda solo. Sin embargo, su muerte producirá muchos granos nuevos’”. Cuando el grano de trigo cae en el suelo y muere, brota y lleva fruto. Así también la muerte de Cristo iba a resultar en frutos para el Reino de Dios. De acuerdo con la ley del reino vegetal, la vida sería el resultado de su muerte.

Año tras año, el hombre preservaba su provisión de grano arrojando, aparentemente, la mejor parte. Por un tiempo, la semilla debe quedar oculta en el surco, al cuidado del Señor. Luego, aparece una hoja; después, se forma la espiga; y finalmente, el grano madura.

La semilla enterrada en el suelo produce fruto que, a su vez, es plantado en tierra. De este modo, la cosecha se multiplica. Así la muerte de Cristo en la cruz del Calvario producirá fruto para vida eterna. La contemplación de este sacrificio será la gloria de quienes, como fruto de él, vivirán por la eternidad.

Si quería, Cristo podía salvarse de la muerte. Pero, si lo hubiese hecho, habría permanecido solo. Únicamente cayendo al suelo para morir, podía llegar a ser la semilla de esa enorme cosecha: la gran multitud que, de toda nación, tribu, lengua y pueblo, será redimida para Dios.

Con esta verdad, Cristo relaciona la lección de sacrificio propio que todos deben aprender: “Los que aman su vida en este mundo la perderán. Los que no le dan importancia a su vida en este mundo la conservarán por toda la eternidad”. La vida debe ser echada en el surco de la necesidad del mundo. El amor y el interés propios deben morir. La ley del sacrificio es la ley de la preservación propia. Dar es vivir. La vida que será preservada es la que se haya dado libremente en servicio a Dios y al hombre.

La vida dedicada al yo es como el grano que se come: desaparece, y no hay frutos. Un hombre puede juntar para sí todo lo posible; puede vivir, pensar y hacer planes para sí, pero su vida pasa y no le queda nada. La ley de servirse a sí mismo es la ley de la destrucción propia.

Jesús dijo: “Todo el que quiera servirme debe seguirme, porque mis siervos tienen que estar donde yo estoy. El Padre honrará a todo el

que me sirva". Todos los que han llevado con Jesús la cruz del sacrificio compartirán con él su gloria. Son colaboradores con Cristo, y el Padre los honrará como honra a su Hijo.

El pedido de los griegos trajo a la mente de Jesús la obra de la redención, desde el momento en que el plan fue trazado en el cielo hasta su muerte, que ahora estaba tan cercana. Una nube misteriosa pareció rodear al Hijo de Dios. Sentado, quedó inmerso en sus pensamientos hasta que, al fin, su voz entristecida rompió el silencio: "Ahora mi alma está muy entristecida. ¿Acaso debería orar: 'Padre, sálvame de esta hora?'" Como hombre, Cristo quería huir de la hora del abandono, cuando todos lo verían herido, golpeado por Dios y humillado. Quería escapar de la exposición pública, de ser tratado como el peor de los criminales, de la muerte vergonzosa y deshonrosa. Un presentimiento del peso de la espantosa carga de la culpabilidad humana y de la ira del Padre a causa del pecado hizo que el espíritu de Jesús desfalleciera, y la palidez de la muerte cubrió su rostro.

Se oyó la voz de Dios

Luego vino la sumisión divina a la voluntad de su Padre. Dijo: "¡Pero esa es precisamente la razón por la que vine!" "Padre, glorifica tu nombre". Solamente por medio de su muerte, Cristo podía derribar el reino de Satanás, redimir a la humanidad y glorificar a Dios. Jesús aceptó el sacrificio; accedió a sufrir como Portador del pecado. Una respuesta llegó de la nube que lo rodeaba: "Ya he glorifi-

cado mi nombre y lo haré otra vez". En la prueba que se acercaba, sus sufrimientos divino-humanos iban a glorificar en verdad el nombre de su Padre.

Al oírse la voz, una luz rodeó a Cristo, como si los brazos del Poder infinito se posasen alrededor de él como una muralla de fuego. Nadie se atrevió a hablar. Todos permanecieron con los ojos fijos en Jesús. Una vez que el Padre terminó de dar su testimonio, la nube se alzó y se dispersó en los cielos.

Los griegos indagadores vieron la nube, oyeron la voz, comprendieron su significado y reconocieron la verdad acerca de Cristo, quien les fue revelado como el Enviado de Dios. La voz de Dios había sido oída en ocasión del bautismo de Jesús y, nuevamente, en ocasión de su transfiguración. Ahora, al final de su ministerio, fue oída por tercera vez, por un número mayor de personas y en circunstancias peculiares. Jesús acababa de pronunciar la verdad más solemne en relación con la condición del pueblo judío. Dios puso de nuevo su sello sobre la misión de su Hijo. Reconoció al Ser a quien Israel había rechazado. Jesús dijo: "La voz fue para beneficio de ustedes, no mío". Era la evidencia máxima que el Padre daba de que Jesús había dicho la verdad y que era el Hijo de Dios.

"Cristo continuó: 'Ha llegado el tiempo de juzgar a este mundo, cuando Satanás, quien gobierna este mundo, será expulsado. Y, cuando yo sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo'. Con eso quería dar a entender de qué forma iba a morir". [Esto es:] "Si soy hecho sa-

crifício expiatorio por el pecado humano, el mundo será iluminado. El dominio de Satanás sobre las almas de los hombres y mujeres será quebrantado. La imagen de Dios que fue borrada en la humanidad será restaurada, y una familia de santos creyentes heredará finalmente el Hogar celestial". El Salvador ve la cruz, la cruel y humillante cruz con todos los horrores que implicaba, resplandeciente de gloria.

Pero la obra de la redención humana no es todo lo que se logra con la cruz. El amor de Dios se manifiesta al universo. Las acusaciones de Satanás contra el cielo son refutadas para siempre. Tanto los ángeles como los hombres son atraídos al Redentor, quien dijo: "Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí".

Muchas personas estaban alrededor de Cristo mientras pronunciaba estas palabras y ellos respondieron:

"Según entendimos de las Escrituras, el Mesías vivirá para siempre. ¿Cómo puedes decir, entonces, que el Hijo del Hombre va a morir? Además, ¿quién es este Hijo del Hombre?" A pesar de que había hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él. Habían cerrado los ojos y endurecido su corazón. Ahora que el Padre mismo había hablado, y ya no podían pedir otra señal, seguían negándose a creer.

"Sin embargo, hubo muchos que sí creyeron en él, entre ellos algunos líderes judíos, pero no lo admitían por temor a que los fariseos los expulsaran de la sinagoga". Con el fin de ahorrarse la condena y la vergüenza, negaron a Cristo y rechazaron el ofrecimiento de la vida eterna.

¡Qué terrible fue para aquellos que no reconocieron el momento de su oportunidad! Lentamente y con pesar, Cristo dejó el Templo para siempre.

Señales de la segunda venida de Cristo

Este capítulo se basa en Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21:5 al 38.

Cristo había dicho a los sacerdotes y príncipes: “La casa de ustedes va a quedar abandonada” (Mat. 23:38, NVI). Esas palabras habían llenado de terror su corazón. Aparentaban indiferencia, pero seguían preguntándose su significado. ¿Sería posible que el magnífico Templo, que era la gloria de la nación, se convertiría pronto en un montón de ruinas?

Los discípulos compartían ese presentimiento de un mal que se aproximaba. Mientras salían con él del Templo, le hicieron mirar la fortaleza y belleza del edificio. Las piedras eran del mármol más puro, y algunas de ellas de tamaño impresionante. Una porción de la muralla había resistido el sitio del ejército de Nabucodonosor. En su perfecta obra de albañilería, parecía una sólida piedra sacada entera de la cantera.

El espectáculo que se le ofrecía a Cristo era bello, realmente, pero contristado dijo: “¿Ven todos esos edificios? Les digo la verdad, serán demolidos por completo. ¡No quedará ni una sola piedra sobre otra!”

Cuando Jesús estuvo solo, Pedro, Juan, Santiago y Andrés fueron a él y le dijeron: “Dínos, ¿cuándo sucederá todo eso? ¿Qué señal marcará tu regreso y el fin del mundo?” Al responderles, Jesús no habló de forma separada de la destrucción de Jerusalén y del gran día de su venida. Él mezcló la descripción de esos dos eventos. Si hubiese revelado a sus discípulos los acontecimientos futuros tal como él los contemplaba, no habrían podido soportar la visión. Por misericordia hacia ellos, fusionó la descripción de las dos grandes crisis y dejó que los discípulos estudiasen por sí mismos el significado. Cuando hizo referencia a la destrucción de Jerusalén, sus palabras proféticas llegaron más allá de ese acontecimiento. Alcanzaron aquel día en que el Señor se levantará para castigar al mundo por su maldad. Jesús no dio ese discurso entero solo para los discípulos, sino también para quienes vivirían las últimas escenas de la historia de esta tierra.

Volviéndose a los discípulos, Cristo dijo: “No dejen que nadie los engañe, porque muchos vendrán en mi nombre y afirmarán: ‘Yo soy el

Mesías', y engañarán a muchos". Muchos falsos mesías iban a presentarse pretendiendo realizar milagros y declarando que el tiempo de la liberación de la nación judía había llegado. Iban a engañar a muchos. Las palabras de Cristo se cumplieron. Entre su muerte y el sitio de Jerusalén, aparecieron muchos falsos mesías. Y lo mismo sucederá otra vez.

"Oirán de guerras y de amenazas de guerras, pero no se dejen llevar por el pánico. Es verdad, esas cosas deben suceder, pero el fin [de la nación judía como nación] no vendrá inmediatamente después. Una nación entrará en guerra con otra, y un reino con otro reino. Habrá hambres y terremotos en muchas partes del mundo. Sin embargo, todo eso es solo el comienzo de los dolores del parto". Los rabinos declararán que estas señales son un anuncio de la venida del Mesías, advirtió Jesús. No se dejen engañar. Las señales que ellos dicen que son indicadores de liberación, son señales de destrucción.

"Entonces los arrestarán, los perseguirán y los matarán. En todo el mundo los odiarán por ser mis seguidores. Muchos se apartarán de mí, se traicionarán unos a otros y se odiarán". Todo esto lo sufrieron los cristianos. Hubo padres y madres que traicionaron a sus hijos, y hubo hijos que traicionaron a sus padres. Hubo quienes entregaron a sus amigos al Sanedrín. Los perseguidores mataron a Esteban, a Santiago y a otros cristianos.

Mediante sus siervos, Dios dio al pueblo judío una última oportunidad de arrepentirse. Se manifestó por medio de sus testigos cuando

fueron arrestados y juzgados. Sin embargo, los jueces pronunciaron sobre ellos la sentencia de muerte. Al matarlos, los judíos crucificaron de nuevo al Hijo de Dios. Así sucederá otra vez. Las autoridades harán leyes para restringir la libertad religiosa. Pensarán que pueden forzar la conciencia, la cual debería ser controlada solo por Dios. Continuarán esta obra hasta alcanzar el límite que no pueden traspasar. Dios se interpondrá en favor de su pueblo leal que observa sus Mandamientos.

Cuando viene la persecución, muchos tropiezan y caen, renuncian a la fe que una vez defendieron. Aquellos que abandonan su fe en tiempos difíciles darán falso testimonio y traicionarán a sus hermanos con el fin de obtener su propia seguridad. Cristo nos advirtió todo esto con el fin de que no seamos sorprendidos por la conducta antinatural y cruel de los que rechazan la luz.

Cristo dijo a sus discípulos de qué modo escapar de la ruina que vendría sobre Jerusalén: "Cuando vean a Jerusalén rodeada de ejércitos, sepan entonces que su destrucción ha llegado. Entonces los que estén en Judea huyan a las colinas; y los que en medio de ella, váyanse; y los que estén en los campos, no entren en ella". Esta advertencia fue dada para que la recordasen cuarenta años más tarde, en ocasión de la destrucción de Jerusalén. Los cristianos obedecieron la amonestación, y ni uno de ellos pereció cuando cayó la ciudad.

"Y oren para que la huida no sea en invierno o en sábado" (RVR 2015), dijo Cristo. El que hizo el sábado no lo abolió clavándolo en su cruz.

El sábado no fue anulado ni invalidado por su muerte. Cuarenta años después de su crucifixión, sus seguidores continuarían considerándolo sagrado.

Los siglos oscuros de la persecución

De la destrucción de Jerusalén, Cristo pasó rápidamente al último eslabón de la cadena de la historia de esta tierra: la venida del Hijo de Dios en gloria y majestad. Entre estos dos acontecimientos, ante la vista de Cristo se presentaban largos siglos de tinieblas, siglos marcados con sangre, lágrimas y agonía. Jesús repasó estas escenas con una breve mención. Dijo: “Pues habrá más angustia que en cualquier otro momento desde el principio del mundo. Y jamás habrá una angustia tan grande. De hecho, a menos que se acorte ese tiempo de calamidad, ni una sola persona sobrevivirá; pero se acortará por el bien de los elegidos de Dios”.

Contra los seguidores de Cristo, por más de mil años vendría una persecución que el mundo nunca había conocido. Millones de sus fieles testigos serían asesinados. Si Dios no hubiese extendido la mano para preservar a su pueblo, todos habrían muerto.

Luego, en un lenguaje inconfundible, nuestro Señor habló de su segunda venida: “Entonces, si alguien les dice: ‘Miren, aquí está el Mesías’, o ‘Allí está’, no lo crean. Pues se levantarán falsos mesías y falsos profetas y realizarán grandes señales y milagros para engañar, de ser posible, aun a los elegidos de Dios [...]”

Por lo tanto, si alguien les dice: ‘Miren, el Mesías está en el desierto’, ni se molesten en ir a buscarlo. O bien, si les dicen: ‘Miren, se esconde aquí’, ¡no lo crean! Pues, así como el relámpago destella en el oriente y brilla en el occidente, así será cuando venga el Hijo del Hombre”.

¿No oímos decir: “Miren, se esconde aquí”, en las miles de reuniones donde la gente asegura comunicarse con los espíritus? Esta es la creencia que el espiritismo hace circular. Pero ¿qué dice Cristo? “¡No lo crean!”

Las señales en los cielos

El Salvador dio señales de su venida y fijó el tiempo en que la primera señal aparecería: “Inmediatamente después de la angustia de esos días, ‘el sol se oscurecerá, la luna no dará luz, las estrellas caerán del cielo, y los poderes de los cielos serán sacudidos’. Y entonces aparecerá en los cielos la señal del Hijo del Hombre, y habrá un profundo lamento entre todos los pueblos de la tierra. Verán al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Él enviará a sus ángeles con un potente toque de trompeta y reunirán a los elegidos de todas partes del mundo, desde los extremos más lejanos de la tierra y del cielo”.

Cristo declaró que, al final de la gran persecución papal, el sol se oscurecería y la luna no daría su luz. Luego, las estrellas caerían del cielo. Y dice de quienes vean estas señales: “Cuando vean todas estas cosas, sepan que el tiempo está cerca, a las puertas” (Mat. 24:33, NVI). Cristo dice acerca de quienes vean esas se-

ñales: “No pasará esta generación hasta que todas estas cosas sucedan”. Esas señales han aparecido. Podemos saber con seguridad que la venida del Señor está cercana.

Cristo va a venir con gran gloria. Lo acompañará una multitud de ángeles resplandecientes. Vendrá para resucitar a los muertos y transformar a los santos vivos. Vendrá para honrar a los que lo amaron y guardaron sus Mandamientos, y para llevarlos consigo. Cuando miremos a nuestros muertos, podremos pensar en la mañana en que la trompeta de Dios resonará, cuando “los que hayan muerto resucitarán para vivir por siempre. Y nosotros, los que estemos vivos, también seremos transformados” (1 Cor. 15:52). El Rey enjugará toda lágrima de nuestros ojos y nos “llevará sin mancha y con gran alegría a su gloriosa presencia” (Jud. 1:24). “Cuando todas estas cosas comiencen a suceder, pónganse de pie y levanten la mirada, ¡porque la salvación está cerca!”

Sin embargo, Cristo explicó claramente a sus discípulos que él mismo no podía dar a conocer ni el día ni la hora de su segunda venida. El tiempo exacto de la segunda venida del Hijo del Hombre es un misterio de Dios.

La tremenda maldad de los últimos días

Luego, continuó diciendo: “Cuando el Hijo del Hombre regrese, será como en los días de Noé. En esos días, antes del diluvio, la gente disfrutaba de banquetes, fiestas y casamientos, hasta el momento en que

Noé entró en su barco. La gente no se daba cuenta de lo que iba a suceder hasta que llegó el diluvio y arrasó con todos. Así será cuando venga el Hijo del Hombre”.

¿Cómo era en los días de Noé? “El Señor vio la magnitud de la maldad humana en la tierra y que todo lo que la gente pensaba o imaginaba era siempre y totalmente malo” (Gén. 6:5). Los habitantes del mundo antediluviano siguieron sus propias imaginaciones degradadas e ideas pervertidas y, a causa de su perversidad, fueron destruidos. Hoy, el mundo está siguiendo el mismo camino. Los que quebrantan la Ley de Dios están llenando la tierra de maldad. Sus apuestas, sus juegos, su borrachera, sus prácticas lascivas y sus pasiones indomables rápidamente están llenando el mundo de violencia.

Cristo dijo: “Abundará el pecado por todas partes, y el amor de muchos se enfriará; pero el que se mantenga firme hasta el fin será salvo. Y se predicará la Buena Noticia acerca del reino por todo el mundo, de manera que todas las naciones la oirán; y entonces vendrá el fin”. Antes de la caída de Jerusalén, Pablo declaró que el evangelio había sido predicado “por todo el mundo” (Col. 1:23). Así también ahora, el evangelio eterno ha de ser predicado “a todo pueblo y toda nación, tribu y lengua” (Apoc. 14:6). Cristo no afirma que todo el mundo se convertirá, sino que “se predicará la Buena Noticia acerca del reino por todo el mundo, de manera que todas las naciones la oirán; y entonces vendrá el fin”. Por medio de la proclamación del evangelio al mundo, está en nuestro poder el

apresurar el regreso de nuestro Señor. No solamente hemos de esperar con ansias la venida del día de Dios, sino apresurarla (2 Ped. 3:12). Si la iglesia de Cristo hubiese hecho su obra como el Señor le ordenó, todo el mundo ya habría sido advertido, y el Señor Jesús habría venido.

¡Algo por lo cual vivir!

Ya que no sabemos el momento exacto de su venida, se nos ordena estar atentos. “Los siervos que están listos y a la espera de su regreso serán recompensados” (Luc. 12:37). Los que están atentos esperando la venida de su Señor no esperan en una expectativa pasiva. Los que aguardan al Señor purifican su alma por medio de la obediencia a la verdad. Combinan vigilancia alerta con trabajo ferviente. Saben que el Señor está a las puertas, y su entusiasmo se aviva para cooperar con las inteligencias divinas y trabajar para la salvación de las almas. Declaran la verdad que tiene aplicación especial para hoy. Así como Enoc, Noé, Abraham y Moisés declararon cada uno la verdad para su tiempo, los siervos de Cristo también ahora dan la reprensión especial para su generación.

A su vez, Cristo menciona a otro grupo: “Pero ¿qué tal si ese siervo malo se pone a pensar: ‘Mi señor se está demorando’, y luego comienza a golpear a sus compañeros, y a comer y beber con los borrachos? El día en que el siervo menos lo espere y a la hora menos pensada el señor volverá” (NVI).

El siervo malo no dice que Cristo no vendrá. Pero, por sus acciones

y palabras, declara que la venida de su Señor *se demora*. Excluye de las mentes ajenas la convicción de que el Señor va a venir pronto. Su influencia lleva a los hombres a la mundanalidad y al adormecimiento. Las pasiones terrenales y los pensamientos corruptos toman posesión de su mente. El siervo malo golpea a sus compañeros; acusa y condena a quienes son fieles a su Maestro. Se asocia con el mundo y queda atrapado por él. “A la hora menos pensada el señor volverá. Lo castigará severamente y le impondrá la condena que reciben los hipócritas” (NVI).

La venida de Cristo sorprenderá a los falsos maestros. El día de Dios será como una trampa, como un ladrón que merodea, para todos los que hacen de este mundo su hogar. El mundo, lleno de excesos y de placeres paganos, está dormido en la seguridad pecaminosa. La gente se burla de las advertencias. “¡Mañana lo haremos de nuevo, y tendremos una fiesta aún más grande!” (Isa. 56:12). [Es decir:] “Nos hundiremos más en el placer”. Pero, Cristo dice: “Miren, ¡yo vendré como un ladrón!” (Apoc. 16:15). Cuando el burlador se haya vuelto desvergonzado, cuando la gente esté en una rutina de trabajo desesperada por ganar dinero sin que importen los principios, cuando los estudiantes estén buscando con ansias conocimiento de todo, menos de su Biblia, Cristo volverá como un ladrón.

Las señales de los tiempos anuncian tiempos amenazadores. Los eventos venideros ya proyectan sus sombras delante de sí. El Espíritu de

Dios se está retirando de la tierra, y una desgracia sigue a otra desgracia. ¿Dónde hay seguridad? No hay seguridad en nada que sea humano o terrenal.

Hay quienes están esperando y trabajando, atentos a la aparición de nuestro Señor. Otra clase se está colocando bajo la dirección del primer gran desertor. La crisis se está acercando a nosotros progresiva y disimuladamente. El sol brilla en los cielos y recorre su órbita acostumbrada. Los hombres siguen comiendo y bebiendo, plantando y edificando. Los comerciantes siguen comprando y vendiendo. Los hombres siguen compitiendo por el puesto más alto. Los que aman los placeres siguen

yendo en masa a espectáculos, estadios y casinos. Predomina la más intensa excitación; sin embargo, el tiempo de gracia está llegando rápidamente a su fin y cada caso está por ser decidido para la eternidad. Satanás ha puesto a todos sus agentes a trabajar con el fin de que los hombres sean engañados, seducidos, ocupados y hechizados hasta que haya terminado el tiempo de gracia y se haya cerrado para siempre la puerta de la misericordia.

“Manténganse siempre alerta. Y oren para que sean suficientemente fuertes para escapar de los horrores que vendrán y para presentarse delante del Hijo del Hombre”.

Cristo se identifica con los pobres y los que sufren

Este capítulo se basa en Mateo 25:31 al 46.

“Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado por todos los ángeles, entonces se sentará sobre su trono glorioso. Todas las naciones se reunirán en su presencia, y él separará a la gente como un pastor separa a las ovejas de las cabras”. Así pintó Cristo a sus discípulos la escena del gran día del juicio. Cuando las naciones estén reunidas delante de él, habrá solamente dos clases, y su destino eterno dependerá de lo que hayan hecho o dejado de hacer por él en la persona de los pobres y sufrientes.

En ese día, Cristo no presenta a los hombres la gran obra que él hizo por ellos al dar su vida por su redención. Presenta la obra fiel que hayan hecho ellos por él. “Entonces el Rey dirá a los que estén a su derecha: ‘Vengan, ustedes, que son benditos de mi Padre, hereden el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Pues tuve hambre, y me alimentaron. Tuve sed, y me dieron de beber. Fui extranjero, y me invitaron a su hogar. Estuve desnudo, y me dieron ropa. Estuve enfermo, y me cuidaron. Estuve en prisión, y me

visitaron’”. Pero, aquellos a quienes Cristo se dirige no se dan cuenta de que estuvieron sirviéndole a él. Ante sus preguntas perplejas, él contesta: “Les digo la verdad, cuando hicieron alguna de estas cosas al más insignificante de estos, mis hermanos, ¡me lo hicieron a mí!”

Jesús dijo: “En todos los que sufren por mi nombre me reconocerán a mí. Como me servirían a mí, deben servirlos a ellos”. Todos los que han nacido en la familia celestial son, en un sentido especial, los hermanos y hermanas de nuestro Señor. “Todo el que ama es un hijo de Dios y conoce a Dios” (1 Juan 4:7).

Aquellos a quienes Cristo felicitó en el juicio pueden haber sabido poco de teología, pero recibieron sus principios. Aun entre los paganos, hay quienes han guardado el espíritu de bondad. Antes de que las palabras de vida cayeran en sus oídos, manifestaron amistad para con los misioneros, inclusive con peligro de sus propias vidas. Entre los paganos, hay quienes adoran a Dios sin saberlo, quienes no han recibido jamás la luz de parte de un instrumento huma-

no y, sin embargo, no se perderán. Aunque ignoran la Ley escrita de Dios, han hecho las cosas que la Ley requería. Sus obras son evidencia de que el Espíritu Santo ha tocado su corazón, y Dios los reconoce como hijos suyos.

¡Cuánto se sorprenderán y alegrarán los humildes entre las naciones, al oír de los labios del Salvador: “Cuando hicieron alguna de estas cosas al más insignificante de estos, mis hermanos, ¡me lo hicieron a mí!”

Pero el amor de Cristo no está limitado a una clase. Es el Hijo del Hombre y, por eso, es un hermano de cada hijo e hija de Adán. Sus seguidores no deben sentirse separados del mundo que muere alrededor de ellos. Son parte de la gran red de la humanidad, una familia tanto de pecadores como de justos. El amor de Cristo abraza a los caídos y a los pecadores. Cada buena acción hecha para elevar a un alma caída es aceptada como hecha a él.

Los ángeles del cielo son enviados para servir a los herederos de la salvación. Todavía no es evidente quiénes compartirán la herencia de los santos en luz, pero los ángeles se mueven alrededor de la tierra buscando consolar a los afligidos, proteger a quienes están en peligro, y ganar hombres y mujeres para Cristo. No se pasa a nadie por alto. Dios no hace distinción de personas.

Al abrir la puerta a los hijos de Cristo que están necesitados y sufrientes, están dando la bienvenida a ángeles invisibles que traen una atmósfera sagrada de gozo y paz. Cada acto de misericordia produce

música en el cielo. En su trono, el Padre cuenta entre sus tesoros más preciados a los que trabajan desinteresadamente.

Los que están a la izquierda de Cristo, quienes lo descuidaron en la persona de los pobres y sufrientes, no son conscientes de su culpa. Estuvieron preocupados consigo mismos y fueron indiferentes a las necesidades de los demás.

Dios dio riquezas a los ricos para que alivien y ayuden a sus hijos sufrientes; pero, demasiado a menudo, son indiferentes a las necesidades ajenas. No entienden las tentaciones y luchas del pobre, y la misericordia muere en su corazón. Los recursos que Dios les ha dado para bendecir a los necesitados son malgastados en satisfacer su orgullo y egoísmo. Privan a los pobres de la educación que deberían recibir acerca del tierno cuidado de Dios, ya que él ha hecho amplia provisión para suplir sus necesidades diarias; estos se sienten estrechados por la pobreza y, muchas veces, tienen la tentación de envidiar y de llenarse de malas sospechas.

Cómo ignorar a Cristo

Sin embargo, Cristo ve todo y dice: “Yo fui quien tuvo hambre y sed. Yo fui quien anduvo como extranjero. Mientras que ustedes estaban en fiestas y rodeados de mesas abundantes, yo sufría hambre en un rincón. Mientras ustedes estaban cómodos en sus lujosas casas, yo no tenía dónde apoyar mi cabeza. Mientras ustedes disfrutaban de los placeres, yo enflaquecía en la cárcel. Cuando le daban las últimas migas

de pan al pobre hambriento, cuando le daban las ropas de peor calidad para que se cubrieran del frío gélido, ¿se acordaban de que se las estaban dando al Señor de gloria? Todos los días de su vida estuve cerca de ustedes en la persona de los necesitados, pero ustedes no me buscaron. No se hicieron mis amigos. No los conozco”.

Muchos visitan los escenarios de la vida de Cristo aquí en la tierra para observar el lago al lado del cual Cristo amaba enseñar, y las colinas y valles sobre los que sus ojos se posaron. Pero no necesitamos ir a Nazaret o Betania para andar en las pisadas de Jesús. Encontraremos sus huellas al lado de la cama del enfermo, en los barrios de los pobres y en cada lugar donde los corazones humanos necesitan consuelo.

Todos pueden encontrar algo para hacer. Millones de personas rodeadas de ignorancia y pecado nunca han oído hablar del amor de Cristo por ellas. La regla de vida de Cristo, por la cual cada uno de nosotros permanecerá o se perderá en el juicio, es: “Haz a los demás todo lo que quieras que te hagan a ti” (Mat. 7:12).

El Salvador dio su vida para establecer una iglesia capaz de cuidar a hombres y a mujeres tentados. Un grupo de creyentes puede ser pobre, sin educación y desconocido; sin embargo, estando en Cristo, puede hacer en su vecindario y aun en re-

giones lejanas una obra con resultados eternos. Debido a que descuidan esta obra, muchos jóvenes discípulos no pasan nunca más allá de los rudimentos de la experiencia cristiana. La inquieta energía que, tan frecuentemente, es una fuente de peligro para los jóvenes podría ser dirigida a canales por los que fluyan bendiciones de forma abundante. Al realizar un trabajo lleno de entusiasmo destinado a hacer el bien a otros, se olvidarían de ellos mismos. Los que sirvan a otros no desearán diversiones excitantes o algún cambio en su vida. Su mayor interés será salvar a las personas que están a punto de perderse.

El Rey de gloria vino para hacernos hijos de una familia, para hacerse uno con nosotros. “Ámense unos a otros de la misma manera en que yo los he amado” (Juan 15:12). Cuando amemos al mundo como él lo amó, entonces se habrá cumplido su misión en nosotros. Estaremos listos para el cielo porque tendremos el cielo en nuestros corazones. En el gran día del juicio, el Juez de toda la tierra incluirá, en el grupo de los que hicieron lo malo, a los que no hayan trabajado para Cristo y hayan ido a la deriva pensando en sí mismos.

A cada persona, Dios le ha dado una misión. El gran Pastor preguntará a cada uno: “¿Dónde está tu rebaño, tu hermoso rebaño, que él te encargó cuidar?” (Jer. 13:20, 21).

Capítulo 71

Un Siervo de siervos

Este capítulo se basa en Lucas 22:7 al 18 y 24; Juan 13:1 al 17.

Cristo y sus discípulos se habían reunido para celebrar la Pascua. El Salvador sabía que había llegado su hora; él mismo era el verdadero Cordero pascual y el día en el que se comiera la pascua, él sería sacrificado. Solo le quedaban unas pocas horas de tranquilidad y quería usarlas en beneficio de sus discípulos.

Toda la vida de Cristo había sido una vida de servicio generoso. La lección de cada uno de sus actos había sido: “No [...] para ser servido, sino para servir” (Mat. 20:28, RVR 2015). Pero los discípulos todavía no habían aprendido la lección. En esta última cena de la Pascua, Jesús estaba afligido. Su corazón estaba apenado y su rostro, ensombrecido, y los discípulos se dieron cuenta de que algo le pesaba mucho.

Mientras estaban reunidos alrededor de la mesa, él dijo: “He tenido muchos deseos de comer esta Pascua con ustedes antes de que comiencen mis sufrimientos. Pues ahora les digo que no volveré a comerla hasta que su significado se cumpla en el reino de Dios’. Luego tomó en sus manos una copa de vino y le dio gracias a Dios por ella. Entonces dijo: ‘Tomen esto y repártanlo entre us-

tedes. Pues no volveré a beber vino hasta que venga el reino de Dios’ ”.

Cristo ahora estaba en la sombra de la cruz, y el dolor torturaba su corazón. Sabía que sus discípulos lo abandonarían. Sabía que los judíos lo matarían por la forma de ejecución más humillante que se daba a los criminales. Sabía cuán ingrato y cruel sería el pueblo que había venido a salvar. Sabía que, para muchos, ese sacrificio sería en vano. Consciente de todo lo que le esperaba, habría sido natural que estuviera abrumado por el pensamiento de su propia humillación y sufrimiento. Pero él no pensó en sí mismo. El cuidado por sus discípulos ocupaba el lugar más importante en su mente.

En esta última noche, Jesús tenía mucho que decirles, pero vio que no podrían soportar su mensaje. Al mirar sus rostros, sus palabras se detuvieron en sus labios. Pasaron algunos momentos en silencio. Los discípulos se sentían incómodos. La forma en que se miraban delataba celos y peleas.

“Después comenzaron a discutir quién sería el más importante entre ellos”. Esta pelea apenas y hería a Jesús. Cada uno de ellos aún anhelaba el lugar más importante en el Rei-

no. Santiago y Juan se habían atrevido a pedir la posición más elevada, y esto enfureció tanto a los otros diez discípulos que el grupo se vio bajo la amenaza de separarse. Judas era el más severo con Santiago y con Juan.

Cuando los discípulos entraron en el aposento alto, Judas empujó a los demás para asegurarse de estar a la izquierda de Jesús; Juan estaba a la derecha. Si había un puesto más elevado que los otros, Judas estaba decidido a obtenerlo.

Había surgido otro motivo de discusión. Era costumbre que un criado lavase los pies de las visitas. En esta ocasión, la jarra, el recipiente y la toalla estaban allí, listos para el lavamiento de los pies, pero no había ningún siervo y les tocaba a los discípulos cumplir esa tarea. Sin embargo, cada uno de los discípulos decidió no cumplir el papel de siervo. Todos aparentaron despreocupación. Por medio de su silencio, se negaban a humillarse.

¿Cómo iba a hacer Cristo para llevar a estas pobres almas adonde Satanás no ganase la batalla sobre ellas? ¿De qué modo podría mostrarles que no alcanzaba con declararse discípulos suyos para serlo verdaderamente? ¿De qué forma podría encender el amor en su corazón y habilitarlos para comprender lo que anhelaba decirles?

Jesús esperó un momento para ver lo que harían. Luego él, el divino Maestro, se levantó de la mesa. Poniendo a un lado el manto que lo cubría, el cual habría impedido sus movimientos, tomó una toalla. Los discípulos esperaban en silencio para ver qué sucedería. Jesús “echó agua

en un recipiente. Luego, comenzó a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con la toalla que tenía en la cintura”. Esta acción abrió los ojos de los discípulos. Una vergüenza amarga llenó su corazón, y se vieron a sí mismos desde un punto de vista completamente nuevo.

Cristo les dio un ejemplo que nunca olvidarían. Su amor por ellos no se apagaba fácilmente. Era totalmente consciente de su divinidad, pero había dejado a un lado la corona real y había adoptado la humilde posición de un esclavo. Uno de los últimos actos de su vida en la tierra consistió en vestirse como siervo y realizar una tarea correspondiente a los siervos.

Antes de la Pascua, Judas había hecho los arreglos para entregar a Jesús en manos de los sacerdotes y escribas. Los discípulos no sabían nada acerca de las intenciones de Judas. Solamente Jesús podía leer su secreto y, aun así, no lo desenmascaró. Sentía por él una carga tan grande como la que había sentido por Jerusalén cuando lloró sobre la ciudad condenada.

Judas sentía el poder atrapante de ese amor. Cuando las manos del Salvador lavaban los pies llenos de polvo, el corazón de Judas latía fuertemente con el impulso de confesar su pecado. Pero no quiso humillarse. Endureció su corazón contra el arrepentimiento y los antiguos impulsos ganaron nuevamente el dominio sobre él. Entonces, Judas se ofendió porque Cristo estaba lavando los pies de sus discípulos. Pensó que, si Jesús podía humillarse de tal manera, no podía ser el rey de Israel. Des-

pués de verlo degradarse a sí mismo, confirmó su elección de negar a Jesús y admitir que había sido engañado. Poseído por un demonio, decidió completar la obra que había acordado realizar: traicionar a su Señor.

El gran milagro de los corazones transformados

Judas, al elegir su puesto en la mesa, había tratado de colocarse en primer lugar, y Cristo, como siervo, lo sirvió a él primero. Juan fue dejado para lo último, pero no lo consideró como una reprensión o como una causa por la cual ofenderse. Cuando llegó el turno de Pedro, este exclamó con asombro: “Señor, ¿tú me vas a lavar los pies a mí?” La actitud de Cristo quebrantó su corazón. Se llenó de vergüenza al pensar que ninguno de los discípulos estaba dando ese servicio. Cristo dijo: “Ahora no entiendes lo que hago, pero algún día lo entenderás”. Pedro no podía soportar ver a su Señor, al Hijo de Dios, realizando la tarea de un siervo. Toda su alma se rebelaba contra esta humillación. Con gran énfasis exclamó: “¡No! ¡Jamás me lavarás los pies!” A lo que Cristo respondió: “Si no te lavo, no vas a pertenecerme”. Cristo había venido para lavar el corazón de la mancha del pecado. Al no permitir que Cristo le lavara los pies, Pedro rechazaba la limpieza superior que estaba incluida en la inferior. En realidad estaba rechazando a su Señor. Para el Maestro, no es humillante que le permitamos purificarnos.

Pedro renunció a su orgullo. Estar separado de Cristo hubiese sido como morir. Dijo: “¡Entonces, láva-

me también las manos y la cabeza, Señor, no solo los pies!” Jesús le contestó: “Una persona que se ha bañado bien no necesita lavarse más que los pies para estar completamente limpia”.

Estas palabras hacen referencia a algo más que la limpieza corporal. Cristo está hablando de la limpieza superior ilustrada por la inferior. El que sale del baño está limpio, pero los pies con sandalias se cubren pronto de polvo y necesitan ser lavados de nuevo. Así, Pedro y sus compañeros fueron lavados en la gran fuente que fue abierta para lavar del pecado y la impureza. Pero la tentación los había inducido al mal, y aún necesitaban la gracia limpiadora de Cristo.

Jesús quería lavar la división, los celos y el orgullo de sus corazones. Esto era mucho más importante que lavar sus polvorientos pies. Con el espíritu que mostraban en ese momento, ni uno de ellos estaba listo para estar en comunión con Cristo. Hasta que llegasen a un estado de humildad y amor, no estarían preparados para compartir el servicio recordativo que Cristo estaba por establecer. El orgullo y el egoísmo crean peleas, pero Jesús limpió todo esto al lavar sus pies. Hubo un cambio en sus sentimientos. Ahora Jesús podía decir: “Ustedes están limpios”. Ahora había unión de corazón y amor los unos por los otros. Con excepción de Judas, cada uno estaba dispuesto a ceder a los otros la posición más elevada. Ahora podían recibir las palabras de Cristo.

Nosotros también hemos sido lavados en la sangre de Cristo y, aun así, el corazón puro muchas veces

se ensucia. Debemos ir a Cristo en búsqueda de la gracia purificadora. ¡Cuán a menudo ponemos nuestros corazones pecaminosos y contaminados en contacto con el corazón de Cristo! ¡Cuán dolorosos son para él nuestro temperamento malo, nuestra vanidad y nuestro orgullo! Sin embargo, debemos traerle toda nuestra enfermedad y nuestras debilidades. Solamente él nos puede limpiar.

Por qué Cristo instituyó este servicio religioso

Cuando terminó de lavar los pies de los discípulos, Cristo preguntó: “¿Entienden lo que acabo de hacer? Ustedes me llaman ‘Maestro’ y ‘Señor’ y tienen razón, porque es lo que soy. Y, dado que yo, su Señor y Maestro, les he lavado los pies, ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les di mi ejemplo para que lo sigan. Hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes. Les digo la verdad, los esclavos no son superiores a su amo ni el mensajero es más importante que quien envía el mensaje”.

Con el fin de que su pueblo no fuese engañado por el egoísmo que habita en el corazón natural, Cristo mismo les dio el ejemplo de la humildad. Él mismo, Uno igual con Dios, actuó como siervo de sus discípulos. Aquel ante quien toda rodilla se doblará, se arrodilló para lavar los pies de aquellos que lo llamaban Señor. Lavó los pies de su traidor.

Dios no vive para sí mismo. Constantemente, suple las necesidades de otros. Jesús fue dado al mundo para que estuviese a la cabeza de la huma-

nidad, para que por su ejemplo pudiese enseñar lo que significa servir. Sirvió a todos. De esta forma, vivió la Ley de Dios y, por su ejemplo, nos mostró cómo debemos obedecerla nosotros.

Ahora que ya había lavado los pies de los discípulos, dijo: “Les di mi ejemplo para que lo sigan”. En estas palabras, Cristo no solo estaba estableciendo un servicio religioso. El acto de nuestro Señor hizo que esta ceremonia de humildad se convirtiera en un rito sagrado. Los discípulos debían observar este rito para tener siempre en mente la lección de humildad y servicio dada por Cristo.

Este rito es la preparación indicada por Cristo para el servicio consagrado. Mientras acariciemos el orgullo, instalemos desacuerdos y luchemos por la supremacía, no estaremos listos para participar en su cuerpo y su sangre. Por eso, Jesús indicó que se observase el rito de humildad en primer lugar.

En el corazón humano, hay una tendencia a creerse superior que el prójimo, a trabajar para uno mismo, a buscar el puesto más alto. Frecuentemente, esto produce malas sospechas y mucha amargura. El rito que precede a la Cena del Señor está destinado a aclarar esos malentendidos, a sacar al hombre de su egoísmo, bajarlo de su exaltación propia y llevarlo a la humildad de corazón que le permitirá servir a su hermano o hermana. Aquel Santo Observador del cielo está presente para hacer que este momento sea para estudiar el alma, convencer de pecado y tener la seguridad del perdón. Cristo está ahí para cambiar la corriente de pen-

samientos que han estado fluyendo por un curso egoísta.

Mientras se rememora de esta manera la humillación de Cristo por nosotros, se evoca una cadena de recuerdos de la gran bondad de Dios, y de las atenciones y la ternura de los amigos terrenales. Se recuerdan bendiciones olvidadas y bondades ignoradas. Se tienen en cuenta los defectos de carácter, el descuido de las responsabilidades, la ingratitud y la frialdad. La mente se llena de energía para romper toda barrera que haya causado división. Los pecados son confesados y perdonados. La atrayente gracia de Cristo une los corazones. Comenzamos a desear una vida espiritual más elevada. El

alma será elevada. Podemos participar de la comunión con el brillo de la justicia de Cristo, que llena el templo del corazón.

Los que reciben el espíritu de este servicio jamás lo verán como una simple ceremonia. En cualquier momento que los hijos de Dios celebren este rito de forma correcta, se comprometen a dar su vida en un servicio desinteresado a los demás. El mundo está lleno de personas que necesitan nuestro ministerio. Los que hayan tenido comunión con Cristo en el aposento alto saldrán a servir como él sirvió.

“Ahora que saben estas cosas, Dios los bendecirá por hacerlas”.

La institución de la Santa Cena

Este capítulo se basa en Mateo 26:20 al 29; Marcos 14:17 al 25; Lucas 22:14 al 23; Juan 13:18 al 30.

“El Señor Jesús, la noche en que fue traicionado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: ‘Este pan es mi cuerpo, que por ustedes entrego; hagan esto en memoria de mí’. De la misma manera, después de cenar, tomó la copa y dijo: ‘Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; hagan esto, cada vez que beban de ella, en memoria de mí’. Porque cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que él venga” (1 Cor. 11:23-26).

Cristo, el Cordero de Dios, estaba a punto de terminar con el sistema de modelos y ceremonias que, por cuatrocientos años, había señalado hacia su muerte. La Pascua, la fiesta nacional de los judíos, expiraría para siempre. El servicio que Cristo estableció en lugar de ella sería observado por sus discípulos en todos los países y a través de todos los siglos.

Dios dio la Pascua para conmemorar la liberación de Israel de la esclavitud egipcia. La Cena del Señor fue dada para conmemorar la gran liberación que la muerte de Cristo

traería. Este rito es la forma que Dios tiene de mantener fresca en nuestras mentes su maravillosa obra por nosotros.

En la época de Cristo, el pueblo comía la Pascua recostado. Las visitas se recostaban en divanes colocados alrededor de la mesa. Descansaban sobre su brazo izquierdo y dejaban la mano derecha libre para agarrar la comida. En esta posición, la visita podía descansar su cabeza en el pecho del que estaba a su lado. Y los pies, en el borde exterior del diván, podían ser lavados por alguien que fuera rodeando el círculo desde afuera.

Cristo todavía estaba a la mesa en la cual se había servido la cena de la Pascua. Los panes sin levadura estaban delante de él. El vino pascual, sin fermentar, estaba sobre la mesa. Cristo usó estos emblemas para representar su propio sacrificio sin mancha (1 Ped. 1:19).

“Mientras comían, Jesús tomó un poco de pan y lo bendijo. Luego lo partió en trozos, lo dio a sus discípulos y dijo: ‘Tómenlo y cómanlo,

porque esto es mi cuerpo'. Y tomó en sus manos una copa de vino y dio gracias a Dios por ella. Se la dio a ellos y dijo: 'Cada uno de ustedes beba de la copa, porque esto es mi sangre, la cual confirma el pacto entre Dios y su pueblo. Es derramada como sacrificio para perdonar los pecados de muchos. Acuérdense de lo que les digo: no volveré a beber vino hasta el día en que lo beba de nuevo con ustedes en el reino de mi Padre'".

Judas, el traidor, recibió los símbolos del cuerpo quebrantado y la sangre derramada de Cristo. Sentado en la misma presencia del Cordero de Dios, reflexionó sobre sus planes oscuros y se aferró a sus pensamientos vengativos.

En el momento del lavamiento de pies, Cristo le había dado prueba convincente de que entendía su carácter. "Jesús sabía quién lo iba a traicionar, y por eso dijo que no todos estaban limpios" (Juan 13:11). Ahora, Cristo habló de forma más clara: "No les digo estas cosas a todos ustedes; yo conozco a los que he elegido. Pero es para que se cumpla la Escritura que dice: 'El que come de mi comida se ha puesto en mi contra'".

Ni siquiera ahí los discípulos sospecharon de Judas. Una nube se posó sobre ellos; un presentimiento de alguna terrible desgracia. Mientras comían en silencio, Jesús exclamó: "Les digo la verdad, ¡uno de ustedes va a traicionarme!" Esto alarmó y confundió a los discípulos. ¿Cómo podía alguno de ellos tratar traicioneramente a su divino Maestro? ¿Traicionarlo? ¿Ante quién? ¿Seguramente, no podía ser ninguno de los doce favorecidos!

Mientras recordaban cuán ciertas eran siempre sus palabras, el miedo y la desconfianza llenaron su corazón. Con profunda aflicción, uno tras otro preguntó: "¿Seré yo, Señor?" Pero Judas permaneció en silencio. Finalmente, Juan preguntó: "Señor, ¿quién es?" Y Jesús contestó: "Es aquel a quien le doy el pan que mojo en el plato". El silencio de Judas atrajo todas las miradas hacia él. En medio de la confusión de preguntas y las expresiones de asombro, Judas no había oído las palabras que Jesús dijo a Juan en respuesta a su pregunta. Pero ahora, para distraer a los demás discípulos de la atención que le prestaban en ese momento, preguntó como los otros: "¿Seré yo, Rabí?" Jesús respondió solemnemente: "Tú lo has dicho".

Sorprendido y confundido al ver expuesto su plan, Judas se levantó apresuradamente para salir del aposento. "Entonces Jesús le dijo: 'Apresúrate a hacer lo que vas a hacer' [...]. Así que Judas se fue enseguida". Era de noche cuando el traidor se alejó de Cristo y se adentró en la oscuridad de afuera.

Hasta ese momento, Judas no había estado fuera de la posibilidad de arrepentirse. Pero, cuando dejó a su Señor y a sus compañeros, pasó el límite. Ya no había nada más que Jesús pudiese hacer que no hubiese sido hecho para salvar a Judas. Aunque ya había acordado dos veces traicionar a su Señor, Jesús igual le dio la oportunidad de arrepentirse. Al leer el plan secreto de su corazón, Cristo le dio a Judas la evidencia final y convincente de su divinidad. Este fue el último llamado al arre-

pentimiento. Desde la sagrada cena, Judas salió para completar su obra de traición.

Al pronunciar el lamento sobre Judas, Cristo también tenía un propósito de misericordia hacia sus discípulos. Dijo: "Les aviso de antemano, a fin de que, cuando suceda, crean que YO SOY el Mesías". Si Jesús hubiese guardado silencio, en aparente ignorancia de lo que iba a sucederle luego, los discípulos podrían haber pensado que su Maestro no tenía previsión divina, y que había sido sorprendido. Un año antes, Jesús les había dicho a los discípulos que había escogido a doce, y que uno de ellos era un diablo. Ahora las palabras que dirigió a Judas fortalecerían la fe de los verdaderos discípulos durante su humillación. Cuando Judas llegase a su fin, recordarían el lamento que Jesús había pronunciado sobre el traidor. Y el Salvador tenía otro propósito: les dio a los discípulos algo para considerar respecto de la paciencia y la misericordia de Dios hacia aquellos que cometen los peores pecados. El traidor tuvo el privilegio de unirse a Cristo en la participación de la Cena del Señor. Este ejemplo es para nosotros. Cuando sospechamos que alguien está en error y en pecado, no deberíamos separarnos de él y dejar que sufra la tentación solo o llevarlo hacia el terreno de batalla de Satanás. La razón por la que Cristo lavó los pies de los discípulos fue que ellos habían cometido errores y estaban descarriados; y de esta manera trajo a todos, menos a uno, al arrepentimiento.

El ejemplo de Cristo prohíbe la exclusividad

Es verdad que el pecado abierto excluye a los culpables de participar en la Cena del Señor (ver 1 Cor. 5:11). Pero, más allá de esto, nadie puede juzgar. ¿Quién puede leer el corazón o distinguir el trigo de la maleza? "Así que cada uno debe examinarse a sí mismo antes de comer el pan y beber de la copa. Por lo tanto, cualquiera que coma el pan o beba de la copa del Señor de manera indigna, será culpable de pecar contra el cuerpo y la sangre del Señor [...] Porque el que come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condena" (1 Cor. 11:28, 27, 29).

Cuando los creyentes se reúnen para celebrar los ritos, es posible que haya un Judas en el grupo. Si es así, los mensajeros del príncipe de las tinieblas están ahí, porque ellos acompañan a todos los que rechazan ser controlados por el Espíritu Santo. Los ángeles celestiales también están presentes. Es posible que a la reunión asistan personas que no sirven a la verdad y la santidad, pero que quieren participar del servicio. No deberíamos rechazarlos. Hay testigos presentes hoy que estuvieron cuando Jesús lavó los pies de los discípulos.

Por medio del Espíritu Santo, Cristo está ahí para convencerlos y ablandar sus corazones. No hay un pensamiento de dolor que escape de su atención. Él está esperando al arrepentido y al de corazón quebrantado. El que lavó los pies de Judas anhela lavar cada corazón de las manchas del pecado.

Nadie debe ser excluido de la Comunión solo porque pueda haber personas indignas presentes. Cristo mismo ha llamado a estas personas y se encuentra con su pueblo en ese momento para fortalecerlos con su presencia. Puede haber corazones y manos indignas que administren el rito, pero todos los que vengan con fe firme en Cristo serán grandemente bendecidos. Todos los que descuidan esos momentos de privilegio sufrirán una pérdida. La Santa Cena les recordaría a menudo a los discípulos el infinito sacrificio que Jesús hizo por cada uno de ellos de forma individual, que eran parte del gran todo de la humanidad caída.

Las razones para celebrar la Cena del Señor

Pero el servicio de la Comunión no debe ser una ocasión de tristeza. Mientras los discípulos del Señor se reúnen alrededor de su mesa, no deben lamentar sus equivocaciones. No deben recordar las diferencias entre ellos y sus hermanos. Todo eso está incluido en el servicio del lavamiento de pies. Ahora vienen a encontrarse con Cristo. No van a pararse a la sombra de la cruz, sino en su luz salvadora. Van a abrir su corazón a los brillantes rayos del Sol de Justicia. Con corazones purificados por la preciosísima sangre de Cristo y completamente conscientes de su presencia, oirán sus palabras: “La paz les dejo; mi paz les doy. Yo no se la doy a ustedes como la da el mundo. No se angustien ni se acobarden” (Juan 14:27).

Nuestro Señor dice: “Cuando estén oprimidos y afligidos por mi causa y

la del evangelio, recuerden mi amor, ese amor tan grande que hizo que diera la vida por ustedes. Cuando sus deberes parezcan difíciles y sus cargas muy pesadas, recuerden que, por causa de ustedes, soporté la cruz sin importar la vergüenza. Su Redentor vive para interceder por ustedes”.

El rito de la Comunión señala hacia la Segunda Venida de Cristo. Estaba destinado a mantener esa esperanza viva en la mente de los discípulos. “Porque cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que él venga” (1 Cor. 11:26).

Cristo instituyó ese rito para que hablase a nuestros sentidos acerca del amor de Dios. Solamente puede haber unión entre nosotros y Dios por medio de Cristo. Solamente la muerte de Cristo podía hacer que ese amor fuese eficaz para nosotros. Es únicamente por causa de su muerte que podemos tener gozo al pensar en su segunda venida. Nuestros sentidos necesitan despertar para entender totalmente el misterio de la santidad y para comprender, más de lo que comprendemos ahora, los sufrimientos expiatorios de Cristo.

Nuestro Señor ha dicho: “Ciertamente les aseguro que si no comen la carne del hijo del hombre ni beben su sangre, no tienen realmente vida... Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida” (Juan 6:53-55). Aun esta vida terrenal la debemos a la muerte de Cristo. El pan que comemos lo tenemos gracias a su cuerpo quebrantado; el agua que bebemos, gracias a su sangre derramada. Nunca alguien, santo o pecador, come su alimento

diario sin ser nutrido por el cuerpo y la sangre de Cristo. La cruz del Calvario está estampada en cada rodaja de pan y está reflejada en cada manantial. La luz que resplandece de ese rito de la Comunión hace que las provisiones para nuestra vida diaria sean sagradas. La despensa de una familia viene a ser como la mesa del Señor, y cada comida, un servicio.

Jesús declara, respecto a nuestra naturaleza espiritual: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final”. Al recibir su palabra, al hacer las cosas que él nos ha mandado hacer, llegamos a ser uno con él. “El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Así como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, también el que come de mí, vivirá por mí” (Juan 6:54, 56, 57). Mientras la fe contempla el gran sacrificio de nuestro Se-

ñor, recibimos la vida espiritual de Cristo. Cada servicio de Comunión forma una conexión viva que une al creyente a Cristo y, por medio de él, al Padre.

Al recibir el pan y el jugo de uva, que simbolizan el cuerpo quebrantado y la sangre derramada de Cristo, nos unimos imaginariamente a la escena de la lucha que nos permitió ser reconciliados con Dios. Cristo se nos presenta crucificado. El pensamiento del Calvario despierta emociones vivas y sagradas en nuestros corazones. El orgullo y la adoración al yo no pueden fluir en un corazón que mantiene las escenas del Calvario frescas en la memoria. Todo el que contempla detenidamente el amor incomparable del Salvador irá transformando su carácter. Saldrá a ser luz del mundo; a reflejar, aunque sea en cierta medida, ese amor misterioso.

Capítulo 73

“No se angustien”

Este capítulo se basa en Juan 13:31 al 38, y 14 al 17.

Judas había abandonado el aposento alto y Cristo estaba solo con los once. Estaba a punto de hablar sobre su pronta separación de ellos pero, antes de hacerlo, señaló al gran objetivo de su misión. Siempre mantenía fresco en su mente el gozo que toda su humillación y sufrimiento traerían a la gloria de su Padre. Hacia eso dirigió los pensamientos de sus discípulos en primer lugar.

Su Maestro y Señor, su amado Instructor y Amigo, era más querido para ellos que la vida. Ahora él los iba a dejar y sus corazones se llenaron de presentimientos oscuros.

Pero las palabras del Salvador estaban llenas de esperanza. Él sabía que la astucia de Satanás tiene más éxito en aquellos que están deprimidos por las dificultades. Así que dirigió sus pensamientos al Hogar celestial. Dijo: “No dejen que el corazón se les llene de angustia [...] En el hogar de mi Padre, hay lugar más que suficiente. Si no fuera así, ¿acaso les habría dicho que voy a prepararles un lugar? Cuando todo esté listo, volveré para llevarlos, para que siempre estén conmigo donde yo estoy”. [Es decir:] “Cuando yo me vaya, seguiré trabajando intensamente por ustedes. Voy al Padre para cooperar con él en favor de ustedes”.

La partida de Cristo era lo opuesto de lo que los discípulos temían. No significaba una separación final. Estaba yendo a prepararles un lugar para recibirlos después. Mientras él estaba preparándoles mansiones, ellos tenían que preparar su carácter a la semejanza divina.

Tomás, lleno de dudas, dijo: “Señor, no sabemos a donde vas, así que ¿cómo podemos conocer el camino?” Jesús le contestó: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre si no es por medio de mí. Si ustedes realmente me conocieran, también sabrían quién es mi Padre. De ahora en adelante, ya lo conocen y lo han visto”.

No hay muchos caminos al cielo. Nadie puede elegir su propio camino. Cristo fue el camino por el cual los patriarcas y profetas fueron salvos. Él es el único camino por el cual nosotros podemos tener acceso a Dios.

Pero ni aun así entendieron los discípulos. Felipe exclamó: “Señor, muéstranos al Padre y quedaremos conformes”. Con dolorosa sorpresa, Cristo le preguntó: “Felipe, ¿he estado con ustedes todo este tiempo, y todavía no sabes quién soy?” ¿Es posible que no veas al Padre en las obras que él hace a través de mí? “¿Cómo

me pides que les muestre al Padre?” Cristo no había dejado de ser Dios cuando se hizo hombre; aún formaba parte de la Deidad. La obra de Cristo testificaba de su divinidad. El Padre había sido revelado a través de él.

Si los discípulos creían en esta conexión vital entre el Padre y el Hijo, su fe no los abandonaría cuando vieran el sufrimiento y la muerte de Cristo. ¡Con cuánto fervor y perseverancia nuestro Salvador trabajó a fin de preparar a sus discípulos para la tormenta de tentación que los azotaría! Todos los presentes sintieron una admiración sagrada mientras escuchaban sus palabras con total atención. Y mientras sus corazones eran atraídos a Cristo con mayor amor, también se unieron los unos a los otros. Sintieron que el cielo estaba muy cerca.

El Salvador anhelaba profundamente que sus discípulos entendiesen por qué su divinidad se había unido a la humanidad. Vino al mundo a mostrar la gloria de Dios para que el hombre pudiese ser elevado por medio de su poder restaurador. Jesús no reveló cualidades ni ejerció poderes que los hombres no pudiesen tener por medio de la fe en él. Todos sus seguidores pueden tener su humanidad perfecta si se someten a Dios como él lo hizo.

“Y aun mayores obras hará, porque yo voy al Padre” (RVC). Con esto Cristo quiso decir que, bajo la influencia del Espíritu Santo, el trabajo de los discípulos tendría un alcance mayor. Después de que el Señor ascendió al cielo, los discípulos experimentaron el cumplimiento de su promesa. Sabían que el divino Maestro era todo lo que aseguraba ser. Al exaltar el amor

de Dios, los corazones eran tocados y multitudes enteras creían en Jesús.

El maravilloso privilegio de la oración

El Salvador explicó que el secreto de su éxito estaría en pedir fuerza y gracia en su nombre. Él presenta la oración del humilde al Padre, como si fuese suya, en favor de esa persona. Puede ser que la oración sincera no sea expresada con fluidez, pero ascenderá al Santuario donde Jesús ministra y él la presentará al Padre sin una palabra inapropiada o tartamuda, con el incienso fragante de su propia perfección.

El camino de la sinceridad y de la integridad no está libre de obstáculos pero, en cada dificultad, veremos una invitación a orar. “Pueden pedir cualquier cosa en mi nombre, y yo la haré, para que el Hijo le dé gloria al Padre. Es cierto, pídanme cualquier cosa en mi nombre, ¡y yo la haré!”

En el nombre de Cristo, sus seguidores deben presentarse ante la presencia de Dios. Por causa de la justicia de Cristo que los autoriza, son considerados preciosos. El Señor no ve la vileza del pecador en ellos. Los reconoce como semejantes a su Hijo, en quien ellos creen.

El Señor se decepciona cuando su pueblo se tiene en baja estima. Desea que su heredad escogida se estime según el valor que él le ha atribuido. Dios los quería; de otro modo, no hubiese enviado a su Hijo en una misión tan costosa para rescatarlos. Le agrada cuando le hacen las más grandes peticiones con el propósito de glorificar su nombre. Pueden esperar grandes cosas si tienen fe en sus promesas.

Pero orar en nombre de Cristo significa que aceptaremos su carácter, revelaremos su espíritu y realizaremos sus obras. Él nos salva, no en el pecado, sino del pecado. Aquellos que lo aman mostrarán su amor por medio de la obediencia.

Toda verdadera obediencia viene del corazón. La de Cristo venía del corazón. Si nosotros le damos permiso, él amoldará nuestros corazones y mentes conforme a su voluntad de forma tan completa que, cuando lo obedezcamos, estaremos simplemente siguiendo nuestros propios impulsos. La voluntad encontrará su más alto placer en servirlo. La nuestra será una vida de obediencia continua y el pecado llegará a parecernos odioso.

Así como Cristo vivió la Ley en la humanidad, podemos vivirla nosotros si tan solo nos tomamos del Fuerte para obtener fortaleza. Pero no podemos depender del hombre para recibir consejos. El Señor nos enseñará nuestro deber con tanta disposición como enseñaría a cualquier otra persona. Si lo buscamos con fe, nos dirá sus misterios personalmente. A menudo, nuestro corazón arderá dentro de nosotros cuando él se acerque a hablarnos como lo hizo con Enoc. Aquellos que decidan no hacer nada que desagrade a Dios, en ningún área de su vida, sabrán, después de presentar su caso ante él, qué decisión tomar. Y Dios les dará poder para obedecer y servir, tal como Cristo lo prometió.

Cómo hace el Espíritu Santo que la obra de Cristo por nosotros sea eficaz

Antes de ofrecerse como víctima para el sacrificio, Cristo pensó en cuál

sería el don más esencial y completo que pudiese dar a sus seguidores. Dijo: "Yo le pediré al Padre, y él les dará otro Abogado Defensor, quien estará con ustedes para siempre. Me refiero al Espíritu Santo, quien guía a toda la verdad. El mundo no puede recibirlo porque no lo busca ni lo reconoce; pero ustedes sí lo conocen, porque ahora él vive con ustedes y después estará en ustedes. No los abandonaré como huérfanos; vendré a ustedes". Mientras Cristo estaba en la tierra, los discípulos no habían deseado otro ayudador. Sería recién cuando quedaran privados de su presencia que sentirían la necesidad del Espíritu y, entonces, él vendría.

El Espíritu Santo es el representante de Cristo, pero sin la personalidad humana e independiente de ella. Limitado por su humanidad, Cristo no podía estar en todos los lugares personalmente. Le convenía a sus discípulos que el Espíritu fuera el sucesor de Cristo en la tierra. Nadie tendría ventajas a causa de su ubicación geográfica. Por medio del Espíritu, el Salvador estaría al alcance de todos.

Jesús leyó el futuro de sus discípulos. Vio a uno llevado a la horca; otro, a la cruz; otro, al exilio entre las solitarias rocas del mar; y otros, a la persecución y la muerte. Pero, en cada dificultad, estaría con ellos. Cuando, por causa de la verdad, el creyente se encuentra frente a tribunales injustos, Cristo está a su lado. Todos los reproches que puedan recibir caen sobre Cristo. Cuando uno está encerrado entre las paredes de la cárcel, Cristo llena el corazón con su amor.

En toda ocasión y lugar, en todas las tristezas y aflicciones, cuando nos

sentimos indefensos y solos, Jesús envía el Consolador en respuesta a la oración de fe. Las circunstancias pueden separarnos de todo amigo terrenal, pero ninguna circunstancia ni distancia puede separarnos del Consolador celestial. Él siempre está a nuestro lado para sostenernos y animarnos.

Los discípulos todavía no comprendían las palabras de Cristo, así que él volvió a explicarles que se revelaría a sí mismo por medio del Espíritu. “Cuando el Padre envíe al Abogado Defensor como mi representante, es decir, al Espíritu Santo, él les enseñará todo”. Ya no dirán: “No puedo comprender”.

Cristo le hablaría a todos los pueblos sobre la faz de la tierra por medio de los discípulos. Pero los discípulos sufrirían un gran chasco con la muerte de Jesús. Entonces, para que; después de esta experiencia sus palabras fueran exactas, Jesús prometió: “el Consolador [...] les recordará cada cosa que les he dicho” (NVI). “Cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad. Él no hablará por su propia cuenta, sino que les dirá lo que ha oído y les contará lo que sucederá en el futuro. Me glorificaré porque les contará todo lo que reciba de mí”.

Los discípulos habían sido educados para aceptar las enseñanzas de los rabinos como si fuesen la voz de Dios, y eso aún dominaba sus mentes. Las ideas terrenales todavía ocupaban mucho lugar en sus pensamientos. No entendían la naturaleza espiritual del Reino de Cristo. Muchas de sus lecciones parecían no entrar en sus mentes. Jesús prometió

que su Espíritu Santo les recordaría lo que él les había dicho.

El Abogado Defensor es llamado el “Espíritu de verdad”. Su trabajo consiste en definir y defender la verdad. Primero vive en el corazón como el Espíritu de verdad, y así llega a ser el Consolador. Hay consuelo y paz en la verdad, pero no puede encontrarse verdadero consuelo y paz en la mentira. Satanás gana poder sobre la mente por medio de tradiciones falsas. Las normas falsas deforman el carácter. El Espíritu Santo expone ese error y lo expulsa del corazón. Por medio del Espíritu de verdad, que trabaja a través de la Palabra de Dios, Cristo somete a sí mismo a su pueblo elegido.

El propósito principal del Espíritu Santo

Jesús obró para inspirar a sus discípulos con el gozo y la esperanza que inspiraban su propio corazón. Se llenó de gozo porque el Espíritu Santo era el don más grande que le podía pedir al Padre para su pueblo. Dios nos daría el Espíritu para regenerarnos. Sin esto, el sacrificio de Cristo no habría cumplido su propósito. El poder del mal se había estado fortaleciendo durante siglos, y la sumisión de los hombres y las mujeres a ese cautiverio satánico era asombrosa. El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por medio de la poderosa intervención de la Tercera Persona de la Deidad, quien vendría con todo el poder divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo. Por medio del Espíritu se purifica el corazón. Cristo ha dado su Espíritu para vencer todas

las tendencias hacia el mal, heredadas y cultivadas, y para grabar su propio carácter en su iglesia. La imagen misma de Dios debe ser reproducida en la humanidad. En la perfección del carácter de su pueblo, el honor de Dios y de Cristo están en juego.

“Cuando él [el Espíritu de verdad] venga, convencerá al mundo de pecado y de la justicia de Dios y del juicio que viene”. La predicación de la Palabra será inútil sin la presencia del Espíritu Santo. La verdad despertará la conciencia o transformará la vida solo cuando esté acompañada del Espíritu. A menos que el Espíritu Santo grabe la verdad en los corazones, ningún pecador caerá en la Roca y será quebrantado. No hay ventajas, por más grandes que sean, que puedan hacer a alguien un canal de luz.

Cristo prometió el don del Espíritu Santo a su iglesia, y la promesa nos pertenece a nosotros tanto como a los primeros discípulos. Pero, como toda otra promesa, tiene condiciones. Hay muchos que creen y se aferran a la promesa del Señor; hablan acerca de Cristo y del Espíritu Santo, y sin embargo, no reciben beneficios. No entregan su vida para que sea guiada por los agentes divinos. No podemos usar al Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos usará a nosotros. Pero muchos quieren manejarse a sí mismos. Dios da el Espíritu solo a aquellos que esperan humildemente en él. Esta bendita promesa, reclamada por la fe, trae todas las otras bendiciones consigo. Cristo está dispuesto a suplir a cada persona de acuerdo con su capacidad para recibir.

Antes de salir del aposento alto, el Salvador entonó con sus discí-

pulos un canto de alabanza. Su voz fue oída, no en los acordes de algún lamento triste, sino en las gozosas notas del cántico pascual:

“Alaben al Señor, todas ustedes, las naciones. Todos los pueblos de la tierra, alábenlo. Pues su amor inagotable por nosotros es poderoso; la fidelidad del Señor permanece para siempre. ¡Alabado sea el Señor!”

Salmo 117.

Después del himno salieron por la puerta de la ciudad hacia el Monte de los Olivos. Avanzaban lentamente, cada uno concentrado en sus propios pensamientos. Cuando empezaban a descender hacia el monte, Jesús dijo: “Esta misma noche, todos ustedes me abandonarán, porque está escrito: ‘Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño’” (Mat. 26:31). En el aposento alto, Jesús había dicho que uno de los doce lo traicionaría y que Pedro lo negaría. Sin embargo, ahora sus palabras los incluían a todos.

El pecado oculto de Pedro

Luego, se oyó la voz de Pedro que protestaba: “Aunque todos te abandonen, yo jamás te abandonaré”. Jesús le había advertido que, esa misma noche, negaría a su Salvador. Ahora, Cristo le repitió la advertencia: “Te digo la verdad, Pedro: esta misma noche, antes de que cante el gallo, negarás tres veces que me conoces”. Sin embargo, Pedro solo insistió: “‘Aunque tenga que morir contigo, ¡jamás te negaré!’ Y los demás dijeron lo mismo” (Mar. 14:29-31).

Cuando Pedro dijo que seguiría a su Señor hasta la cárcel y hasta la muerte, lo dijo con sinceridad, pero no se conocía a sí mismo. En su corazón estaban ocultos elementos del mal que las circunstancias avivarían en su vida. A menos que fuese consciente de su peligro, esos elementos provocarían su ruina eterna. El Salvador veía en él un orgullo que sería mayor que su amor por Cristo. Pedro necesitaba desconfiar de sí mismo y tener una fe más profunda en Cristo. Cuando estaba por hundirse en el Mar de Galilea, clamó: “¡Señor, sálvame!” (Mat. 14:30), y Cristo lo hizo. Por lo tanto, si en este momento, Pedro hubiese clamado: “Señor, sálvame de mí mismo”, Jesús lo habría hecho. Pero Pedro pensó que era cruel que Jesús desconfiara de él, y se volvió más insistente en su confianza propia.

Jesús y los discípulos iban hacia Getsemaní, al pie del Monte de los Olivos. La luna brillaba y dejaba ver una vid que florecía. Dirigiendo la atención de sus discípulos hacia ella, Jesús dijo: “Yo soy la vid verdadera”. La vid con sus ramas lo representaba a él. La palmera, el cedro y el roble se sostienen solos; no necesitan un apoyo. Pero la vid trepa por el enrejado y, de esa manera, se eleva hacia el cielo. De la misma forma Cristo, en su humanidad, tenía que depender del poder divino. “Yo no puedo hacer nada por mi propia cuenta” (Juan 5:30).

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador”. En las colinas de Palestina, nuestro Padre había plantado su buena vid. Muchos habían sido atraídos por la belleza de esta viña y declaraban su origen celestial. Pero los líderes de Israel pisotearon la

planta bajo sus pies impuros. Pensaron que la habían matado. Después, el Labrador celestial la tomó y la replantó al otro lado de la muralla. Ya no se veía el tronco. Estaba oculto de los violentos ataques de los hombres.

Dijo: “La conexión de las ramas con la vid representa la relación que sus seguidores deben mantener con él”. La rama se injerta en la vid viviente y, fibra por fibra, nervadura por nervadura, crece en el tronco. De esta forma, el cristiano recibe vida por medio de su conexión con Jesús. El pecador une su debilidad a la fuerza de Cristo; su vacío, a la plenitud de Cristo. Entonces, tiene la mente de Jesús. La humanidad de Cristo ha tocado nuestra humanidad, y nuestra humanidad ha tocado la divinidad.

Debemos mantener esta unión sin romperla. Cristo dice: “Permanezcan en mí, y yo permaneceré en ustedes. Pues una rama no puede producir fruto si la cortan de la vid, y ustedes tampoco pueden ser fructíferos a menos que permanezcan en mí”. Este no es un contacto casual, ni una conexión que se realiza y se corta luego. La rama llega a ser parte de la vid viviente. Jesús dijo: “La vida que ustedes recibieron de mí puede ser preservada solo por una comunión continua. Sin mí, no pueden vencer el pecado ni resistir la tentación”. Debemos aferrarnos a Jesús y, por fe, recibir de él la perfección de su propio carácter.

La raíz envía los nutrientes a través de las ramas hasta la ramita más lejana. “Los que permanecen en mí y yo en ellos producirán mucho fruto porque, separados de mí, no pueden hacer nada”. Cuando vivimos por fe

en el Hijo de Dios, los frutos del Espíritu se manifestarán en nuestra vida; no faltará uno solo.

“Mi Padre es el labrador. Él corta de mí toda rama que no produce fruto”. Puede haber una conexión aparente con Cristo sin una unión real con él por medio de la fe. Profesar una religión nos lleva a asistir a una iglesia, pero el carácter muestra si estamos conectados con Cristo o no. Si no llevamos fruto, somos ramas falsas. Jesús dijo: “El que no permanece en mí es desechado como rama inútil y se seca. Todas esas ramas se juntan en un montón para quemarlas en el fuego”.

“El poda las ramas que sí dan fruto, para que den aún más”. De los doce que habían seguido a Jesús, uno, como una rama seca, estaba por ser sacado. El resto pasaría bajo el cuchillo de poda de la amarga prueba. La poda causa dolor, pero es el Padre quien hace la poda. Él no trabaja con mano despiadada. El follaje excesivo debe ser podado para evitar que se desvíe de la fruta la corriente vital. El exceso de crecimiento debe ser cortado para dar lugar a los rayos sanadores del Sol de Justicia. El labrador poda lo que perjudica el crecimiento, para que el fruto pueda ser más abundante.

Jesús dijo: “Cuando producen mucho fruto, demuestran que son mis verdaderos discípulos. Eso le da mucha gloria a mi Padre”. Por medio de ti, Dios desea revelar la santidad, la bondad y la compasión de su carácter. Sin embargo, el Salvador no invita a los discípulos a esforzarse para llevar fruto. Les dice que permanezcan en él. A través de la Palabra, Cristo vive

en sus seguidores. En ti, la vida de Cristo produce los mismos frutos que en él. Al vivir en él, aferrarte a él, apoyarte en él y recibir nutrientes de él, darás fruto a semejanza de Cristo.

La primera instrucción de Jesús, cuando estuvo solo con sus discípulos en el aposento alto, fue: “Este es mi mandamiento: ámense unos a otros de la misma manera en que yo los he amado”. Este mandamiento era nuevo para los discípulos, porque no se habían amado los unos a los otros como Cristo los había amado. Pero, por medio de la vida y la muerte de Jesús, ellos recibirían una nueva comprensión del amor. El mandamiento de amarse los unos a los otros tendría un nuevo significado a la luz del sacrificio de Cristo.

Cuando las personas no están vinculadas por la fuerza o los intereses propios, sino por el amor, manifiestan la obra de una influencia que está por encima de toda influencia humana. Evidencian que Dios está restaurando su imagen en la humanidad. Este amor, visible en la iglesia, ciertamente provocará el enojo de Satanás. Jesús dijo: “Si el mundo los odia, recuerden que a mí me odió primero. Si pertenecieran al mundo, el mundo los amaría como a uno de los suyos, pero ustedes ya no forman parte del mundo. Yo los elegí para que salieran del mundo, por eso el mundo los odia. ¿Recuerdan lo que les dije? ‘El esclavo no es superior a su amo’. Ya que me persiguieron a mí, también a ustedes los perseguirán. Y, si me hubieran escuchado a mí, también los escucharían a ustedes. Les harán todo eso a causa de mí, porque han rechazado a aquel que me envió”.

Debemos llevar el evangelio aun en medio de oposición, peligro, pérdidas y sufrimiento.

Como Redentor del mundo, Cristo era confrontado constantemente con un aparente fracaso. Él parecía realizar solo una pequeña parte de la obra que anhelaba hacer. Las influencias satánicas estaban obrando constantemente para oponerse a su avance. Pero él no se dejó desanimar. A través de la profecía de Isaías, declara:

"En vano he trabajado; he gastado mis fuerzas sin provecho alguno. Pero mi justicia está en manos del Señor; mi recompensa está con mi Dios".

Isaías 49:4.

Jesús confió en esta palabra, y no le dio ventaja a Satanás. Cuando el dolor más profundo rodeaba su corazón, dijo a sus discípulos: "El juicio de este mundo ha llegado ya, y el príncipe de este mundo va a ser expulsado" (Juan 12:31).

Cristo sabía que, cuando exclamase "¡Todo ha terminado!", todo el cielo triunfaría. Su oído percibía la música lejana y los gritos de victoria en los atrios celestiales. Sabía que su nombre sería alabado de un mundo a otro por todo el universo. Sabía que la verdad, armada con el Espíritu Santo, vencería en la batalla contra el mal. Sabía que la vida de los discípulos que confiaran en él sería como la suya: una serie de victorias ininterrumpidas, que al principio no parecería ser victoria a los ojos humanos, pero que luego sería reconocida como tal en el gran más allá.

Cristo no desmayó ni se desanimó, y sus seguidores deben manifestar una fe que tenga la misma resistencia. Deben vivir como él vivió y trabajar como él trabajó. En vez de quejarse por las dificultades, deben vencerlas, sin desesperar por nada.

Cristo quiere que el orden celestial y la armonía divina estén representadas en su iglesia y sobre la tierra. De esta forma, por medio de su pueblo, su nombre será glorificado. Cristo deposita su justicia en su iglesia, y en ella se manifestarán las riquezas de su gracia y amor en toda plenitud. Cristo mira a su pueblo en su pureza y perfección como recompensa de su humillación y complemento de su gloria.

El Salvador terminó sus instrucciones con palabras enérgicas y llenas de esperanza. Había concluido la obra que se le había confiado. Había glorificado a Dios en la tierra. Había revelado el carácter del Padre y reunido a quienes continuarían su obra en la tierra.

Como consagrado Sumo Sacerdote, Cristo intercedió por su pueblo: "Padre santo, tú me has dado tu nombre; ahora protégelos con el poder de tu nombre para que estén unidos como lo estamos nosotros [...] No te pido solo por estos discípulos, sino también por todos los que creerán en mí por el mensaje de ellos. Te pido que todos sean uno [...] Que el mundo sepa que tú me enviaste y que los amas tanto como me amas a mí".

Cristo entregó su iglesia escogida en los brazos de su Padre. La última batalla con Satanás lo aguardaba, y fue para hacerle frente.

Capítulo 74

La tremenda lucha en Getsemaní

Este capítulo se basa en Mateo 26:36 al 56; Marcos 14:32 al 50; Lucas 22:39 al 53; Juan 18:1 al 12.

El Salvador se abrió paso en el jardín de Getsemaní junto a sus discípulos. La luna de Pascua resplandecía desde un cielo sin nubes. Al acercarse a Getsemaní, quedó muy silencioso. A lo largo de su vida en la tierra, había caminado en la presencia de la luz de Dios. Pero ahora estaba entre los pecadores. Debía cargar la culpa de la humanidad caída. Su peso era tan grande que estaba tentado a temer que esto lo separaría para siempre del amor de su Padre. Exclamó: “Mi alma está destrozada de tanta tristeza, hasta el punto de la muerte”.

Los discípulos nunca antes habían visto a su Maestro tan triste. Su cuerpo se tambaleaba como si estuviese por caer. Al llegar al jardín, sus discípulos buscaron ansiosamente el lugar al cual él acostumbraba ir para que su Maestro pudiera descansar. Dos veces sus amigos lo sostuvieron, o hubiera caído.

Cerca de la entrada del jardín, Jesús dejó a todos sus discípulos, menos a tres, rogándoles que orasen por sí mismos y por él. Acompañado

de Pedro, de Santiago y de Juan, entró en los lugares más apartados del jardín. En su gran lucha, Cristo quería sentir la presencia de ellos cerca de él. Varias veces habían pasado la noche con él en retiro. Luego de unos momentos de oración, se dormían tranquilos hasta que él los despertaba en la mañana para salir a trabajar nuevamente. Ahora quería que pasasen la noche con él en oración, pero aun así no podía soportar que ellos presenciaran la agonía que estaba por atravesar. Les dijo: “Quédense aquí y velen conmigo”. Se apartó a una corta distancia de ellos, no tan lejos que no lo pudiesen ver u oír, y cayó postrado en el suelo. Sentía que estaba siendo separado del Padre por el pecado. El abismo era tan ancho, tan oscuro, tan profundo que su espíritu temblaba al acercarse a él. No debía ejercer su poder divino para escapar de esta agonía. Como hombre, debía sufrir las consecuencias del pecado humano. Como hombre, debía soportar la ira de Dios contra la transgresión.

La terrible tentación

Cristo ahora tenía una actitud diferente de la que había tenido antes. Como nuestro sustituto, estaba sufriendo bajo la justicia divina. Hasta ese momento había actuado como intercesor por otros; ahora él anhelaba tener un intercesor para sí mismo.

Sintiendo que su unidad con el Padre estaba quebrantada, temía que su naturaleza humana no soportase el conflicto. El tentador había venido para la última y temible batalla. Si fallaba ahí, el reino del mundo sería finalmente de Cristo y él sería destronado. Pero si podía vencer a Cristo, la tierra sería el reino de Satanás y la raza humana estaría para siempre en su poder.

Satanás le decía a Jesús que, si se hacía Garante de un mundo pecaminoso, quedaría identificado con el reino de Satanás y nunca más sería uno con Dios. ¿Y qué ganaría él con este sacrificio? Satanás presentaba la situación al Redentor: “El pueblo que pretende estar por encima de todos los otros en ventajas espirituales busca tu destrucción. Uno de tus propios discípulos te traicionará. Uno de tus más fieles seguidores te negará. Todos te abandonarán”. Pensar que aquellos a quienes él amaba tanto se unirían al plan de Satanás atravesaba su corazón. El conflicto era terrible. Los pecados de la humanidad pesaban tremendamente sobre Cristo y la sensación de la ira de Dios contra el pecado estaba aplastando su vida.

En su agonía, se aferró al suelo frío, como si quisiera evitar ser alejado mucho más de Dios. De sus pá-

lidos labios salió el amargo clamor: “Abba, Padre, todo es posible para ti. Te pido que quites esta copa de sufrimiento de mí”. Pero, aún en ese momento, añadió: “Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía”.

Jesús anheló simpatía humana

El corazón humano anhela simpatía en el sufrimiento. Cristo sintió esta necesidad en lo más profundo de su ser. Vino a sus discípulos deseando fuertemente escuchar alguna palabra de consuelo. Anhelaba saber que ellos estaban orando por él y por ellos mismos. ¡Cuán oscura parecía la maldad del pecado! La tentación de dejar que la raza humana soportara su propia culpa mientras él se presentaba inocente ante Dios era terrible. Se sentiría fortalecido si tan solo pudiera saber que sus discípulos apreciaban esto.

Pero “encontró a los discípulos dormidos”. Si los hubiese encontrado buscando refugio en Dios para que los agentes satánicos no obtuviesen la victoria sobre ellos, él habría recibido consuelo. Pero ellos no habían hecho caso a su advertencia: “Velen y oren”. Ellos no tenían la intención de abandonar a su Señor, pero parecían paralizados por un adormecimiento del que podrían haberse librado si hubiesen seguido clamando a Dios. Cuando el Salvador más necesitó sus oraciones, ellos estaban dormidos.

Los discípulos se despertaron al oír la voz de Jesús, pero casi no lo reconocieron porque su rostro había cambiado mucho por la angustia. Dirigiéndose a Pedro, Jesús dijo: “¿No pudieron velar conmigo ni siquiera

una hora? Velen y oren para que no cedan ante la tentación, porque el espíritu está dispuesto, pero el cuerpo es débil". Jesús temía que no fuesen capaces de soportar la prueba de su traición y muerte.

Nuevamente el Hijo de Dios entró en agonía sobrehumana y, a punto de desmayar agotado, volvió tambaleándose al lugar de su lucha anterior. Su sufrimiento era aun mayor que antes. "Su sudor caía a tierra como grandes gotas de sangre". Los cipreses y las palmeras eran los testigos silenciosos de su angustia. De sus mullidas ramas caía un pesado rocío sobre su cuerpo postrado, como si la naturaleza llorase sobre su Autor, que luchaba solo contra los poderes de las tinieblas.

Poco tiempo antes, Jesús había estado de pie como un cedro poderoso, resistiendo la tormenta de oposición que luchaba contra él. Ahora, estaba como una caña golpeada y doblada por una tormenta furiosa. Como alguien ya glorificado, había proclamado ser uno con Dios. Ahora, su voz se oía en el aire quieto de esa noche, y estaba llena de angustia: "¡Padre mío! Si es posible, que pase de mí esta copa de sufrimiento. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía".

Nuevamente, Jesús sintió la necesidad de escuchar de sus discípulos palabras que rompiesen el hechizo de las tinieblas que casi lo dominaban. Pero sus ojos estaban cargados de sueño "y no sabían qué decir". Vieron su rostro marcado con el sudor sangriento de la agonía, pero no podían comprender su angustia mental. "Tenía el rostro tan desfi-

gurado, que apenas parecía un ser humano, y por su aspecto, no se veía como un hombre" (Isa. 52:14).

El destino del mundo en la balanza

Alejándose, Jesús buscó nuevamente su lugar de retiro y cayó postrado. La humanidad del Hijo de Dios temblaba en esa hora de prueba. El momento terrible en que se decidiría el destino del mundo había llegado. Cristo aún podía negarse a tomar la copa destinada al hombre culpable. Podía limpiar el sudor sangriento de su frente y dejarnos perecer en nuestra maldad. Podía decir: "Que el pecador reciba el castigo de su pecado; yo volveré a mi Padre. ¿Acaso el inocente sufrirá las consecuencias de la maldición del pecado por salvar al culpable?" "¡Padre mío! Si es posible, que pase de mí esta copa de sufrimiento. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía".

Tres veces rehuyó el sacrificio último y supremo. Pero ahora ve que la raza humana está desamparada. Ve el poder del pecado. Los lamentos de un mundo condenado se elevan ante él. Ve el destino que les aguarda y toma su decisión. Salvará a la humanidad, sin importar cuánto le cueste. Ha dejado los atrios del cielo para salvar un mundo que ha caído por el pecado. Y no abandonará su misión.

Después de tomar la decisión, cayó moribundo al suelo. ¿Dónde estaban sus discípulos ahora, para colocar sus manos debajo de la cabeza de su Maestro desmayado? El Salvador pisó el lagar él solo, y no había nadie

allí para ayudarlo (ver Isa. 63:3).

Pero Dios sufrió con su Hijo. Los ángeles contemplaron la agonía del Salvador. Hubo silencio en el cielo. No hubo sonido de arpas. En dolor silencioso, la hueste de ángeles veía al Padre apartar de su amado Hijo sus rayos de luz, de amor y de gloria.

Satanás y sus aliados del mal contemplaban con atención. ¿Qué respuesta se le daría a la oración que Cristo repitió tres veces? En esta terrible crisis, cuando la copa misteriosa temblaba en la mano del sufriente, el ángel poderoso que está en la presencia de Dios vino al lado de Cristo. No vino a quitar la copa de la mano de Cristo, sino que le dio fuerzas transmitiéndole la seguridad de que su Padre lo amaba. Le aseguró que su muerte resultaría en una derrota completa de Satanás y que el reino de este mundo sería dado a los santos del Altísimo. Le dijo que vería una multitud de seres humanos salvados para siempre.

Cómo fue respondida la oración de Cristo

La agonía de Cristo no terminó, pero su depresión y desaliento sí. La tormenta no se calmó, pero él había recibido la fuerza para soportar su furia. Una paz celestial se posó en su rostro manchado de sangre. Había soportado lo que ningún ser humano habría podido soportar, porque había probado los sufrimientos de la muerte por todos los hombres.

Los discípulos dormidos fueron despertados repentinamente. Vieron al ángel y oyeron su voz que pronunciaba palabras de consuelo

y esperanza a su Salvador. Ahora ya no sentían temor por su Maestro: estaba bajo el cuidado de Dios. Una vez más, los discípulos cedieron al extraño adormecimiento que los dominaba y, nuevamente, Jesús los encontró dormidos.

Mirándolos con tristeza, Jesús dijo: “¡Adelante, duerman y descansen! Pero miren, ha llegado la hora y el Hijo del Hombre es traicionado y entregado en manos de pecadores”. Mientras decía estas palabras, oyó los pasos de la turba que lo buscaba y añadió: “Levántense, vamos. ¡Miren, el que me traiciona ya está aquí!”

En Jesús no se veían huellas de su reciente agonía cuando se adelantó para encontrarse con su traidor. Preguntó: “¿A quién buscan?” Ellos contestaron: “A Jesús de Nazaret”. Jesús respondió: “Yo soy”. Mientras pronunciaba esas palabras, el ángel que había atendido a Jesús se puso entre él y la turba. Una luz divina iluminó el rostro del Salvador. En la presencia de esta gloria divina, la turba homicida retrocedió. Incluso Judas cayó al suelo.

El ángel se retiró, y la luz se desvaneció. Jesús tuvo oportunidad de escapar, pero permaneció sereno en medio de esa turba endurecida que había caído al suelo y estaba indefensa a sus pies.

Entonces, la escena cambió rápidamente. Los soldados romanos, los sacerdotes y Judas rodearon a Cristo, con miedo de que escapase. Habían tenido evidencias de que el que estaba delante de ellos era el Hijo de Dios, pero no deseaban convencerse. A la pregunta: “¿A quién buscan?”,

volvieron a contestar: “A Jesús de Nazaret”. El Salvador entonces les dijo: “Ya les dije que yo soy [...], ya que soy la persona a quien buscan, dejen que los demás se vayan”, y señaló a sus discípulos. Estaba listo para sacrificarse por ellos.

Judas, el traidor, no olvidó la parte que debía desempeñar. Él había dado una señal a los perseguidores de Jesús, diciendo: “Sabrán a cuál arrestar cuando lo salude con un beso”. Ahora, acercándose a Jesús, tomó su mano como a un amigo familiar con las siguientes palabras: “¡Saludos, Rabí!” Lo besó varias veces y simuló llorar como si sintiera simpatía por Jesús al verlo en peligro.

Jesús le dijo: “Amigo mío, ¿por qué has venido?” Su voz temblaba de dolor al añadir: “Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del Hombre?” Esta súplica debería haber despertado la conciencia del traidor, pero el honor y la ternura humana se habían apartado de él. Se había entregado a Satanás, y no tenía poder para resistirlo. Jesús no rechazó el beso del traidor.

La turba agarró a Jesús y ató esas manos que siempre habían estado dedicadas a hacer el bien.

Los discípulos estaban decepcionados e indignados al ver que traían las cuerdas que atarían las manos de quien amaban. En su ira, Pedro sacó su espada y le cortó una oreja al siervo del sumo sacerdote. Cuando Jesús vio lo que había sucedido, liberó sus manos, aunque estaban sujetadas firmemente por los soldados romanos, diciendo: “Basta” y tocó la oreja herida, y esta quedó inmediatamente sana.

Luego, dijo a Pedro: “Guarda tu espada. Los que usan la espada morirán a espada. ¿No te das cuenta de que yo podría pedirle a mi Padre que enviara miles de ángeles para que nos protejan, y él los enviaría de inmediato?” Los discípulos pensaron: “Oh, ¿por qué no se salva a sí mismo y a nosotros?” Respondiendo a esos pensamientos mudos, añadió: “Si lo hiciera, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que describen lo que tiene que suceder ahora?” “¿Acaso no voy a beber de la copa de sufrimiento que me ha dado el Padre?”

Los astutos sacerdotes y ancianos se habían unido a los guardias del Templo y a la turba para seguir a Judas hasta Getsemaní. ¡A qué compañía se habían unido esos funcionarios: una turba armada con todo tipo de herramientas, como si estuviesen persiguiendo a una bestia salvaje!

Volviéndose a los sacerdotes y ancianos, Cristo habló palabras que jamás olvidarían: “¿Acaso soy un peligroso revolucionario, para que vengan con espadas y palos para arrestarme? ¿Por qué no me arrestaron en el templo? Estuve allí todos los días, pero este es el momento de ustedes, el tiempo en que reina el poder de la oscuridad”.

Los discípulos quedaron aterrORIZADOS al ver que Jesús permitía que lo atasen y se lo llevaran. Se ofendieron porque vieron que Jesús permitía esta humillación para sí y para ellos. No podían entender su conducta y lo culpaban por dejarse arrestar. En su indignación y temor, Pedro propuso que se salvaran a sí mismos. Siguiendo esta sugerencia, “todos los discípulos lo abandonaron y huyeron”.

El juicio ilegal de Jesús

Este capítulo se basa en Mateo 26:57 al 75; y 27:1; Marcos 14:53 al 72; 15:1; Lucas 22:54 al 71; Juan 18:13 al 27.

A través de las silenciosas calles de la ciudad dormida, llevaron apresuradamente a Jesús. Era pasada la medianoche. El Salvador iba atado y cuidadosamente custodiado, y se movía con dolor hacia el palacio de Anás, el ex sumo sacerdote. Anás era cabeza de la familia sacerdotal de ese tiempo y, demostrando consideración por su edad, el pueblo lo reconocía como sumo sacerdote. Los líderes consideraban su consejo como si fuese la voz de Dios. Él debía estar presente cuando se examinase al preso porque, pues temían que Caifás, que tenía menos experiencia, no lograra el objetivo que buscaban. Debían usar la astucia y sutileza de Anás porque tenían que lograr condenar a Jesús.

Cristo iba a ser juzgado formalmente ante el Sanedrín, pero se lo sometió a un juicio preliminar delante de Anás. Bajo el gobierno romano, el Sanedrín solo podía examinar al prisionero y juzgarlo para que su fallo fuese luego autorizado por las autoridades romanas. Por lo tanto, era necesario presentar contra Cristo acusaciones que fuesen consideradas criminales tanto por los judíos como

también por los romanos. Las enseñanzas de Cristo habían convencido a más de un sacerdote y a más de un príncipe. José de Arimatea y Nicodemo no habían sido llamados a este juicio, pero otros podrían atreverse a hablar en favor de la justicia. El juicio debía unir al Sanedrín contra Cristo. Había dos acusaciones que los sacerdotes deseaban presentar. Si podían probar que Jesús era un blasfemo, los judíos lo condenarían. Si era culpable de menospreciar el gobierno romano, se asegurarían de su condenación por parte de los romanos.

Anás trató primero de establecer la segunda acusación. Interrogó a Jesús con la esperanza de que el prisionero dijera algo para probar que estaba buscando establecer una sociedad secreta con el propósito de fundar un nuevo reino. Entonces, los sacerdotes podrían enviarlo a los romanos como un perturbador de la paz.

Como si estuviese leyendo en lo más íntimo de su interrogador, Cristo negó haber reunido a sus seguidores en secreto y en la oscuridad para ocultar sus planes. Contestó: “He predicado con frecuencia en las sina-

gogas y en el Templo, donde se reúne el pueblo. No he hablado en secreto”.

El Salvador contrastó su manera de obrar con los métodos de sus acusadores. Lo habían perseguido para traerlo frente a un tribunal secreto, donde usarían la falsedad para obtener lo que era imposible lograr por medios justos. El arresto a medianoche, la burla y el abuso antes de siquiera ser acusado, todo esto era la forma de obrar de ellos, no la de Jesús. Sus acciones violaban la ley. Sus propias reglas declaraban que todos debían ser tratados como inocentes hasta que se probase lo contrario.

Volviéndose hacia su examinador, Jesús dijo: “¿Por qué me haces a mí esa pregunta?” ¿Acaso los sacerdotes y príncipes no habían enviado espías para vigilar sus movimientos e informarles de todas sus palabras? ¿No habían estado presentes en toda concentración de personas y llevado información a los sacerdotes acerca de todos sus dichos y hechos? Jesús dijo: “Pregúntales a los que me oyeron, ellos saben lo que dije”.

Anás quedó en silencio. Uno de sus oficiales, lleno de ira, golpeó a Jesús en la cara, diciendo: “¿Esa es la forma de responder al sumo sacerdote?” Cristo, con serenidad, contestó: “Si dije algo indebido, debes demostrarlo; pero si digo la verdad, ¿por qué me pegas?” Su respuesta calma provenía de un corazón sin pecado, paciente y bondadoso, que no se dejaba provocar.

Cristo recibió todo tipo de humillación de manos de aquellos por quienes estaba haciendo un sacrificio infinito. Y sufrió en proporción a su santidad y a su odio por el pe-

cado. El juicio por parte de hombres que actuaban como demonios fue un sacrificio perpetuo para él. Estar rodeado de seres humanos bajo el control de Satanás era algo que lo repugnaba. Y sabía que, si mostraba su poder divino, podía dejar a sus atormentadores en el polvo. Esto hacía que su prueba fuese aún más difícil de soportar.

Los judíos esperaban a un Mesías que cambiase la corriente de los pensamientos de los hombres por medio de un chispazo de voluntad dominante y que los obligase a reconocer su supremacía. Así que, cuando Cristo fue tratado con desprecio, sintió una fuerte tentación a manifestar su carácter divino y a hacer que sus perseguidores confesaran que él era Señor de reyes y gobernantes, de sacerdotes y Templo. Era difícil mantener la posición que había elegido como uno con la humanidad.

Los ángeles con alegría hubiesen librado a Cristo

Los ángeles del cielo anhelaban librar a Cristo. ¡Con cuánta facilidad los ángeles que contemplaban la vergonzosa escena podrían haber consumido a los adversarios de Dios! Sin embargo, Dios les ordenó que no lo hicieran. Era parte de la misión de Jesús llevar en su humanidad todo el abuso que los seres humanos acumularan sobre él.

Cristo no había dicho nada que pudiera darle ventaja a sus acusadores. No obstante, estaba atado, lo cual significaba que estaba condenado. Pero debía haber un juicio legal. Las autoridades estaban determinadas a

hacer esto de forma rápida. Sabían que la gente tenía un gran aprecio por Jesús y temían que intentasen rescatarlo. Además, si la ejecución no ocurría inmediatamente, tendría que atrasarse toda una semana por causa de la Pascua. Esto podría acabar con sus planes. Una semana de demora podía dar lugar a que hubiese una reacción. La mejor parte de la gente vendría con testimonios para justificar a Jesús, y traerían a la luz todas las obras maravillosas que había realizado. Los procedimientos del Sanedrín serían condenados y Jesús sería puesto en libertad. Así que los sacerdotes y príncipes decidieron que, antes de que sus intenciones fueran conocidas, Jesús debía ser entregado en manos de los romanos.

Sin embargo, en primer lugar, debían encontrar una acusación. Hasta ese momento no habían obtenido nada. Anás ordenó que Jesús fuese llevado a Caifás. Aunque carecía de fuerza de carácter, era completamente desalmado y estaba tan dispuesto como Anás a usar cualquier medio necesario. Ahora era de madrugada y todo estaba oscuro. Con antorchas y linternas, la turba armada se dirigió, junto a su prisionero, hacia el palacio del sumo sacerdote. Mientras que el Sanedrín se reunía, Anás y Caifás interrogaron a Jesús sin éxito.

En la sala del tribunal, Caifás tomó su lugar como presidente. En ambos lados, había jueces que tenían un interés especial en el juicio. Los soldados romanos estaban en la plataforma bajo el trono. Al pie del trono estaba Jesús. La exaltación era intensa. De toda la multitud, él era el único calmo y sereno.

Caifás había considerado a Jesús como su rival. El pueblo estaba deseoso de escuchar al Salvador, y esto había despertado el celo amargo del sumo sacerdote. Pero ahora, mientras Caifás miraba al prisionero, quedó asombrado por su presencia noble y digna. Una convicción de que este era el Hijo de Dios se apoderó de él. En el mismo instante eliminó ese pensamiento y, en tonos burlones, demandó que Jesús realizara alguno de sus poderosos milagros. Pero el Salvador actuó como si ni siquiera hubiese oído sus palabras. La pregunta surgió en las mentes de esa turba endurecida: “¿Podrían condenar como criminal a este hombre de presencia divina?”

Los enemigos de Jesús estaban perplejos. No sabían cómo llevar a cabo su condenación. Caifás quería evitar que se generase un conflicto. Había muchísimos testigos para probar que Cristo había llamado hipócritas y asesinos a los sacerdotes y escribas, pero no les convenía sacar esto a la luz. Tal testimonio no habría tenido peso para los romanos. Había mucha evidencia de que Jesús había hablado irreverentemente de muchas de las tradiciones judías. Esta evidencia tampoco habría tenido peso para los romanos. Los enemigos de Cristo no se atrevían a acusarlo de violar el sábado, ya que una examinación traería a la luz sus milagros de curación.

Los líderes habían sobornado a testigos falsos para acusar a Jesús de estar intentando establecer un gobierno independiente. Sin embargo, su testimonio resultaba impreciso y contradictorio. Al ser interroga-

dos, desmentían sus propias declaraciones.

En los comienzos de su ministerio, Cristo había dicho: “Destruyan este templo y en tres días lo levantaré”. De esa forma, él había anunciado su propia muerte y resurrección. “Pero cuando Jesús dijo ‘este templo’, se refería a su propio cuerpo” (Juan 2:19, 21). De todo lo que Cristo había dicho, los sacerdotes no podían encontrar nada para usar en su contra, excepto esto. Los romanos se habían involucrado en la reconstrucción y el embellecimiento del Templo y se enorgullecían mucho de eso. Se ofenderían si alguien mostraba desprecio hacia ese edificio. En este punto, los romanos y judíos estaban de acuerdo, ya que todos respetaban mucho el Templo.

Un testigo que había sido sobornado para acusar a Jesús dijo: “Este hombre dijo: ‘Puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días’”. Si el testigo hubiese repetido las palabras exactas de Cristo hacia ellos, ni siquiera habría logrado que el Sanedrín lo condenara. Su declaración habría indicado un espíritu irracional y jactancioso, pero no podía considerarse una blasfemia. Y aun cuando el falso testigo representó de forma incorrecta sus palabras, estas no contenían nada que los romanos pudiesen considerar como un crimen que mereciese la muerte.

Finalmente, los acusadores de Jesús quedaron enredados, confundidos y enojados. Parecía que su complot iba a fracasar. Caifás estaba desesperado. Solo le quedaba un último recurso: forzar a Cristo a condenarse a sí mismo. El sumo sa-

cerdote se levantó repentinamente de su asiento de juez, con un rostro desenchajado por la pasión y exclamó: “Bien, ¿no vas a responder a estos cargos? ¿Qué tienes que decir a tu favor?” Jesús se mantuvo en silencio.

“Fue oprimido y tratado con crueldad, sin embargo, no dijo ni una sola palabra. Como cordero fue llevado al matadero. Y como oveja en silencio ante sus trasquiladores, no abrió su boca”.

Isaías 53:7.

Finalmente, Caifás se dirigió a Jesús con un juramento solemne: “Te exijo, en el nombre del Dios viviente, que nos digas si eres el Mesías, el Hijo de Dios”.

Ante esta orden, Cristo no pudo quedarse callado. Sabía que al contestar aseguraría su muerte. Pero la orden venía de la más alta autoridad reconocida en la nación y en el nombre del Altísimo. Debía presentar claramente su carácter y misión. Jesús había dicho a sus discípulos: “Todo aquel que me reconozca en público aquí en la tierra también lo reconoceré delante de mi Padre en el cielo” (Mat. 10:32). Ahora, por su propio ejemplo, repitió la lección.

Todos los ojos estaban fijados en el rostro de Jesús mientras contestaba: “Tú lo has dicho”. Una luz celestial parecía iluminar su rostro mientras añadía: “Y en el futuro verán al Hijo del Hombre sentado en el lugar del poder, a la derecha de Dios, y viniendo en las nubes del cielo”. Por un momento, el sumo sacerdote tembló ante los ojos penetrantes del Salvador. Nunca más se olvidó

de esa mirada escrutadora del perseguido Hijo de Dios.

Caifás casi se convence

El pensamiento de que habría un tribunal divino donde todos serían recompensados según sus obras aterraba a Caifás. Las escenas del juicio final pasaron rápidamente por su mente. Por un momento, vio las tumbas devolviendo a sus muertos, con los secretos que él esperaba que quedaran escondidos para siempre. Sintió que el Juez eterno estaba leyendo su corazón, sacando a la luz misterios que él suponía que iban a quedar ocultos con los muertos.

Caifás había negado la resurrección, el juicio y la vida futura. Ahora, una furia satánica lo enloquecía. Rasgando su manto, demandó que se condenara al prisionero por blasfemia. “¿Para qué necesitamos más testigos? Todos han oído la blasfemia que dijo. ¿Cuál es el veredicto?” Y todos lo condenaron.

Caifás estaba furioso consigo mismo por haber creído las palabras de Cristo y, en vez de rasgar su corazón y confesar que Jesús era el Mesías, rasgó sus ropas sacerdotales en señal de decidida resistencia. Este acto fue profundamente significativo. Lo hizo para asegurarse de que Jesús fuese condenado pero, al realizarlo, el sumo sacerdote se había condenado a sí mismo. Por la ley de Dios, estaba descalificado para el sacerdocio. Había pronunciado sobre sí mismo la sentencia de muerte.

El sumo sacerdote no debía rasgar sus vestiduras. La ley levítica lo prohibía bajo sentencia de muerte.

En ninguna circunstancia, en ninguna ocasión, el sacerdote debía desgarrar sus ropas. Cristo había dado órdenes expresas a Moisés respecto de esto (ver Lev. 10:6). El hombre finito puede rasgar su propio corazón al exhibir un espíritu arrepentido y humilde. Pero nadie debía rasgar las vestiduras sacerdotales, porque eso deshonoraría la representación de las cosas celestiales. Cuando un sumo sacerdote osaba ministrar en el servicio del Santuario con un manto desgarrado, se consideraba que había roto con Dios. La conducta de Caifás mostraba las pasiones y las imperfecciones humanas.

Al rasgar sus vestiduras, Caifás anuló la ley de Dios y siguió las tradiciones humanas. Una ley dada por hombres establecía que, en caso de blasfemia, un sacerdote podía rasgar sin culpa sus vestiduras en horror por el pecado. De esta forma, la ley de Dios era anulada por las leyes humanas. Pero en este acto, Caifás mismo estaba cometiendo blasfemia.

Cuando Caifás rasgó sus vestiduras, mostró el lugar que la nación judía ocuparía en relación con Dios a partir de ese momento. El pueblo judío había rechazado a quien era el cumplimiento de todos los símbolos, la realidad de todo lo que había sido representado con sombras. Israel se había divorciado de Dios. Entonces, Caifás bien podía rasgar sus vestiduras en horror por sí mismo y por la nación.

La injusticia del juicio de Cristo

El Sanedrín había declarado a Jesús digno de muerte, pero era con-

trario a la ley judía juzgar a un preso de noche. En términos de condenas legales, no podía hacerse nada que no fuera a la luz del día y ante una sesión plenaria del concilio. A pesar de eso, el Salvador ahora era tratado como un criminal condenado para ser maltratado por los seres humanos más despreciables. Pasando por el patio abierto, Jesús fue llevado a la sala de la guardia, rodeado de gente que se burlaba de que se llamara a sí mismo Hijo de Dios. Repetían con sarcasmo sus palabras: “Viniendo en las nubes del cielo”. Mientras esperaba su juicio legal en la guardia, Jesús estaba desprotegido y la turba ignorante aprovechó la oportunidad para demostrar todos los elementos satánicos de su naturaleza. La presencia divina de Cristo los llenó de furia. La misericordia y la justicia fueron pisoteadas. Nunca un criminal fue tratado de forma tan inhumana como lo fue el Hijo de Dios.

Pero ninguna mano enemiga podría haberle dado a Jesús el golpe que más dolor le causó. Mientras estaba siendo examinado ante Caifás, uno de los propios discípulos de Cristo lo había negado.

Pedro y Juan se habían atrevido a seguir –desde lejos– la turba que custodiaba a Jesús. Los sacerdotes reconocieron a Juan y lo dejaron entrar en la sala, esperando que, al ser testigo de la humillación de su líder, despreciase la idea de que un ser así fuese el Hijo de Dios. Juan habló en favor de Pedro y también le permitieron entrar.

En el patio habían encendido un fuego a causa del frío, ya que era la hora justo antes del amanecer. La

gente se había reunido alrededor del fuego y, atrevidamente, Pedro se unió a ellos. Al mezclarse con la multitud, esperaba que lo confundiesen con alguno de los que habían traído a Jesús a la sala de juicio.

Pedro falló

Pero la portera lo observó cuidadosamente. Se dio cuenta de la expresión de preocupación en su rostro y pensó que podía ser un discípulo de Jesús. Con curiosidad por saber si este era el caso, le dijo: “Tú eras uno de los que estaban con Jesús, el galileo”. Pedro se sorprendió y confundió; hizo como que no entendía. Pero ella insistió. Pedro sintió que tenía que contestar, y dijo enojado: “No sé de qué hablas”. Esta fue la primera negación e inmediatamente el gallo cantó. Al pretender no estar involucrado con Jesús, Pedro se había vuelto una presa fácil de la tentación.

Alguien más llamó la atención hacia él, diciendo que era un seguidor de Jesús. Pedro ahora declaró con juramento: “Ni siquiera conozco al hombre”. Pasó una hora más y un familiar cercano del hombre cuya oreja Pedro había cortado le preguntó: “¿No te vi en el huerto de olivos con Jesús?” “Seguro que tú eres uno de ellos; nos damos cuenta por el acento galileo que tienes”. Al escuchar esto, Pedro se llenó de ira. Para poder engañar completamente a quienes lo cuestionaban y justificar la identidad que había asumido, Pedro ahora negó a su Maestro con insultos y malas palabras. Nuevamente, el gallo cantó. Pedro lo oyó y recordó las palabras de Jesús: “Antes de que

cante el gallo, negarás tres veces que me conoces” (Mar. 14:30).

Mientras las depravadas groserías todavía estaban frescas en los labios de Pedro y el agudo canto del gallo resonaba en sus oídos, el Salvador se dio vuelta y miró directamente a su pobre discípulo. Al mismo tiempo, los ojos de Pedro fueron atraídos hacia su Maestro. En aquel amable semblante, percibió profunda compasión y dolor, pero nada de enojo.

Ver ese rostro doliente y esos labios temblorosos atravesó su corazón como una flecha. Pedro recordó su promesa de unas pocas horas antes, cuando el Señor le dijo que lo negaría tres veces esa misma noche. Pedro ahora se dio cuenta de cuán bien lo conocía su Señor por cómo había leído su corazón, cuya falsedad él mismo desconocía.

Una marea de recuerdos se apoderó de él. El largo sufrimiento del Salvador, su paciencia... lo recordó todo. Reflexionó con horror en su propia ingratitud y su traición. Una vez más, vio una mano irreverente darle una bofetada a su Maestro. Incapaz de soportar la escena un segundo más, salió corriendo de la sala con el corazón quebrantado.

Se adentró rápidamente en la soledad y la oscuridad, sin saber adónde iba y sin que le importara. Finalmente, se encontró en Getsemaní. Recordó con amargo remordimiento que Jesús había agonizado en oración solo. Recordó su solemne encargo: “Velen y oren para que no cedan ante la tentación” (Mat. 26:41). Era una tortura para su sangrante corazón saber que él había añadido la carga más pesada a la humillación y

pena del Salvador. Pedro cayó sobre su rostro y deseó morir.

Si hubiese pasado esas horas en el jardín velando y orando, Pedro no habría tenido que depender de su débil fuerza. No habría negado a su Señor. Si los discípulos hubiesen velado con Cristo en su agonía, habrían estado preparados para ser testigos de su sufrimiento en la cruz. En medio de las tinieblas de la hora más difícil, la esperanza habría iluminado la oscuridad y sostenido su fe.

Esfuerzos decisivos por condenar a Jesús

Apenas se hizo de día, el Sanedrín se reunió nuevamente y una vez más Jesús fue traído a la sala del concilio. Se había declarado a sí mismo Hijo de Dios, pero no lo podían condenar por esto, porque muchos no habían estado allí en la sesión nocturna y no habían oído sus palabras. Sabían que el oficial romano no encontraría nada digno de muerte en aquellas palabras. Pero si todos pudiesen oír de sus propios labios que él decía ser el Mesías, podrían torcer este mensaje hasta hacerlo parecer un intento de conspiración política.

Dijeron: “Dinos, ¿eres tú el Mesías?” Pero Cristo permaneció callado. Continuaron acosándolo con preguntas. Al fin respondió: “Si lo dijera, no me creerían; y si yo les hiciera una pregunta, ustedes no me la contestarían”. Pero, agregó la solemne advertencia: “Ustedes verán al Hijo del Hombre sentado en el lugar de poder, a la derecha de Dios, y viniendo en las nubes del cielo”.

Preguntaron: “¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios”. Les dijo: “Tú lo has dicho”. Entonces clamaron: “¡Blasfemia! ¿Para qué necesitamos más testigos? Todos han oído la blasfemia que dijo”.

Y Jesús debía morir. Todo lo que faltaba era que los romanos aprobaran esa condena.

Entonces, se produjo la tercera escena de violencia, mucho peor que la que ya había sido llevada a cabo por la turba ignorante. Ocurrió en la presencia misma de los sacerdotes y príncipes, con su aprobación. Cuando los jueces pronunciaron la condena de Jesús, una furia satánica se apoderó de la gente. La multitud comenzó a correr hacia Jesús. Si no hubiese sido por los soldados romanos, él no habría vivido para ser colgado en la cruz. Hubiese sido despedazado. La autoridad romana intervino e impidió la violencia de la turba por fuerza de las armas.

Los paganos se enojaron por el brutal trato que recibía aquel contra quien nada se había probado. Los oficiales romanos declararon que era

contra la ley judía condenar a muerte a un hombre sobre la base de su propio testimonio. Esto trajo momentánea calma en los procedimientos, pero los líderes judíos estaban totalmente insensibles a la compasión y a la vergüenza.

Los sacerdotes y príncipes se olvidaron de la dignidad de su oficio y deshonraron al Hijo de Dios con obscenidades. Se burlaron de su nacimiento. Declararon que, al proclamarse a sí mismo Mesías, se hacía merecedor de la muerte más vergonzosa. Alguien le lanzó un manto viejo sobre la cabeza y sus perseguidores lo golpeaban en la cara, diciendo: “¡Profetízanos, Mesías! ¿Quién te golpeó esta vez?” Un pobre miserable lo escupió en el rostro.

Los ángeles registraron fielmente toda mirada, palabra y acto de insulto contra su amado Comandante. Un día, los hombres viles que se burlaron del rostro sereno y pálido de Cristo verán ese rostro en su gloria, con un brillo más resplandeciente que el sol.

Cómo Judas perdió su vida

La historia de Judas presenta el triste fin de una vida que podría haber sido honrada por Dios. Si Judas hubiese muerto antes de su último viaje a Jerusalén, habría sido considerado como un hombre digno de un lugar entre los doce, y su ausencia hubiese sido grandemente notada. A no ser por los atributos revelados al final de su historia, el rencor que le ha seguido a través de los siglos no habría existido. Pero su carácter fue desenmascarado ante el mundo como una advertencia para todos aquellos que traicionan las responsabilidades sagradas.

Desde la fiesta en la casa de Simón, Judas había tenido la oportunidad de reflexionar en el acto que había decidido realizar, pero su decisión no cambió. Vendió al Señor de gloria por el precio de un esclavo.

Por su naturaleza, Judas tenía un fuerte amor al dinero, pero no siempre había sido lo suficientemente corrupto como para hacer algo así. Había alimentado el espíritu de la avaricia hasta que este se volvió más fuerte que su amor por Cristo. Por un vicio se había entregado a Satanás, quien lo arrastraría hasta lo más bajo del pecado.

Judas se había unido a los discípulos cuando las multitudes seguían a Cristo. Había presenciado las mara-

villosas obras del Salvador al sanar a los enfermos, echar a los demonios y resucitar a los muertos. Reconocía que las enseñanzas de Jesús eran superiores a todo lo que había escuchado alguna vez. Sintió un deseo de ser transformado en su carácter y esperaba experimentar esto por medio de una relación con Jesús.

El Salvador no rechazó a Judas. Le dio un lugar entre los doce y le concedió poder para sanar a los enfermos y echar a los demonios. Pero Judas no se entregó por completo a Cristo. No rindió su ambición mundanal o su amor al dinero. No le permitió a Dios moldear su vida, sino que cultivó una visión de crítica y de acusación.

Judas tenía gran influencia sobre los discípulos. Tenía una alta opinión de sus propias cualidades y consideraba al resto de los discípulos muy inferiores a él. Judas pensaba, con gran satisfacción, que la iglesia muchas veces se vería en aprietos si no fuese por su habilidad para manejar las cosas. En su propia estima, él era un honor para la causa, y así se presentaba siempre.

Cristo lo ubicó donde él tendría la oportunidad de ver y corregir sus debilidades de carácter, pero Judas consintió su deseo por el dinero. Las pequeñas sumas que llegaban a sus

manos eran una continua tentación. Cuando realizaba algún pequeño servicio para Cristo, se cobraba de ese escaso fondo. A sus propios ojos, esas razones falsas servían de excusa para su proceder pero, a la vista de Dios, era un ladrón.

Judas había trazado un plan de acción y esperaba que Cristo lo siguiera. Había pensado que Jesús libraría a Juan el Bautista de la cárcel. Pero Juan permaneció ahí y fue decapitado. Y Jesús, en vez de vengar la muerte de Juan, se retiró a un lugar del campo. Judas quería una guerra más agresiva. Pensaba que, si Jesús no impedía a los discípulos ejecutar sus planes, la obra tendría más éxito. Vio a Jesús permanecer callado ante los desafíos de los líderes, cuando le demandaban que hiciese una señal del cielo. Su corazón estaba abierto a la incredulidad, y el enemigo le proporcionaba motivos de rebelión. ¿Por qué Jesús predecía pruebas y persecuciones para él y sus discípulos? ¿Quedarían truncadas las expectativas de Judas de ocupar un alto cargo en el reino?

En contra de Cristo

Judas siempre creyó en la idea de que Cristo reinaría como rey en Jerusalén. Cuando ocurrió el milagro de la alimentación, fue Judas quien comenzó el proyecto de tomar a Cristo por la fuerza y hacerlo rey. Sus esperanzas fueron grandes; su decepción, amarga.

El discurso de Cristo referente al Pan de Vida fue el punto decisivo. Judas vio que Cristo ofrecía bienes espirituales y no materiales. Pensó

que Jesús no tendría honor y no podría dar ningún puesto elevado a sus seguidores. Decidió que no se uniría a él tan íntimamente que después no pudiese apartarse. Estaría a la expectativa. Y así lo hizo.

A partir de ese momento, expresó dudas que confundían a los discípulos. Introdujo controversias y textos de las Escrituras que no tenían conexión con las verdades que Cristo presentaba. Estos textos, separados de su contexto, dejaban perplejos a los discípulos y aumentaban el desaliento que ya sentían. Sin embargo, Judas aparentaba ser honorable y correcto. Y de una manera muy religiosa y supuestamente sabia, estaba dándole a las palabras de Jesús un significado que este no les había dado. Las sugerencias de Judas constantemente generaban deseos ambiciosos de posiciones y honores más elevados. La discusión sobre quién debía ser el más grande generalmente comenzaba con Judas.

Cuando Jesús presentó al joven rico la condición para ser su discípulo, Judas se disgustó. Hombres como este príncipe ayudarían a financiar la causa de Cristo. Judas pensó que él podía sugerir planes para beneficiar a la pequeña iglesia. En estas cosas, él se creía más sabio que Cristo.

La última oportunidad de Judas para arrepentirse

En todo lo que Cristo decía a sus discípulos, había algo con lo cual Judas no estaba de acuerdo en su corazón. Bajo su influencia, la levadura de la discordia estaba haciendo su obra. Jesús veía que Satanás estaba

abriendo un conducto por el cual podría influir en los otros discípulos. Sin embargo, Judas no se quejó abiertamente hasta la fiesta en la casa de Simón. Cuando María ungió los pies del Salvador, Judas mostró su actitud codiciosa. Cuando Jesús lo reprochó, el orgullo herido y el deseo de venganza rompieron todas las barreras. Esta será la experiencia de todo el que persista en jugar con el pecado.

Pero Judas no estaba completamente endurecido. Aun después de haberse comprometido dos veces a traicionar al Salvador, tuvo oportunidad de arrepentirse. En la cena de Pascua, Jesús incluyó tiernamente a Judas cuando sirvió a los discípulos. Sin embargo, Judas no respondió al último llamado de amor. Los pies que Jesús había lavado salieron a realizar la obra de traición.

Judas razonó que si Jesús iba a ser crucificado, el evento sucedería de todas formas. Lo que hiciera no cambiaría el resultado. Si Jesús no debía morir, la traición de Judas solamente lo forzaría a librarse a sí mismo. Pensó que había hecho un buen negocio al traicionar a su Señor. Pero, Judas no creía que Cristo se dejaría arrestar. Al entregarlo, Judas quería enseñarle una lección. Quería que el Salvador tuviera más cuidado y lo tratase con el debido respeto a partir de ese momento. A menudo, cuando los escribas y fariseos habían levantado piedras para lanzárselas, él había escapado. Ya que había escapado de tantas trampas, ciertamente no se permitiría ser arrestado esta vez.

Judas decidió poner a prueba el asunto. Si Jesús era realmente el

Mesías, el pueblo lo proclamaría rey. Judas recibiría el mérito de haber puesto al rey en el trono de David y esto le aseguraría el primer lugar, junto a Cristo, en el nuevo reino.

En el jardín, Judas dijo a los líderes de la turba: “Al que le dé un beso, ese es; arréstelo” (Mat. 26:48, NVI). Creía con total seguridad que Cristo escaparía. Entonces, si lo culpaban a él, diría: “¿No les dije que lo arresten?”

Con asombro, Judas vio que el Salvador permitía que se lo llevaran. A cada movimiento, esperaba que Jesús sorprendiera a sus enemigos, mostrándose ante ellos como el Hijo de Dios. Sin embargo, al pasar las horas, un miedo terrible se apoderó del traidor por haber vendido a la muerte a su Maestro.

Cuando el juicio se acercaba a su final, Judas no pudo soportar más la tortura de su conciencia culpable. De repente, una voz ronca cruzó la sala: “¡Es inocente; perdónalo, oh, Caifás!” Se vio entonces a Judas abrirse paso a través de la muchedumbre asombrada. Su rostro estaba pálido y en su frente había gruesas gotas de sudor. Corriendo hacia el asiento del juez, arrojó delante del sumo sacerdote las piezas de plata que habían sido el precio de la traición de su Señor. Agarrando el manto de Caifás, le rogó que liberara a Jesús. Airado, Caifás se soltó de él, pero no sabía qué decir. El engaño de los sacerdotes quedó al descubierto. Habían sobornado al discípulo para traicionar a su Maestro.

“He pecado porque traicioné a un hombre inocente”. Pero el sumo sacerdote, recobrando su compostura, contestó: “¿Qué nos importa? Ese

es tu problema” (Mat. 27:4). Los sacerdotes habían estado dispuestos a usar a Judas como su instrumento, pero despreciaban su bajeza.

La agonía del remordimiento de Judas

Judas se echó entonces a los pies de Jesús, reconociéndolo como Hijo de Dios y suplicándole que se librase. El Salvador sabía que Judas no sentía un dolor profundo que quebrantaba el corazón por haber traicionado al inmaculado Hijo de Dios. Sin embargo, no pronunció ni una palabra de condenación. Miró a Judas con compasión y dijo: “Esta es precisamente la razón por la que vine” (Juan 12:27).

Con asombro, todos vieron la paciencia de Cristo hacia su traidor. Este Hombre era más que mortal. Pero ¿por qué no se libraba a sí mismo y vencía a sus acusadores?

Las súplicas fueron en vano. Judas salió corriendo de la sala, exclamando: “¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!” Sintió que no podía vivir para ver a Cristo crucificado y, desesperado, salió y se ahorcó.

Más tarde, ese mismo día, la multitud que conducía a Jesús al lugar de la crucifixión vio el cuerpo de Judas al pie de un árbol seco. Su peso había roto la cuerda con la que se había colgado. Los perros lo estaban devorando. Al parecer, el castigo divino ya estaba recayendo sobre los culpables por la sangre de Jesús.

Capítulo 77

El juicio de Cristo ante el gobernador romano

Este capítulo se basa en Mateo 27:2, y 11 al 31; Marcos 15:1 al 20; Lucas 23:1 al 25; Juan 18:28 al 40; y 19:1 al 16.

En el tribunal de Pilato, el gobernador romano, Cristo estaba atado como un preso. En derredor de él estaba la guardia de soldados, y el tribunal se estaba llenando rápidamente de espectadores. Afuera, cerca de la entrada, estaban los jueces del Sanedrín, los sacerdotes, los príncipes y la turba.

Después de condenar a Jesús, el concilio del Sanedrín se había dirigido a Pilato para que confirmase y ejecutase la sentencia. Pero los funcionarios judíos no querían entrar en el tribunal romano. Según su ley ceremonial, eso los habría contaminado y les habría impedido participar de la fiesta de Pascua. No veían que el odio homicida había contaminado su corazón. No veían que al rechazar a Cristo, el verdadero Cordero pascual, la gran celebración había perdido su significado.

Pilato miró al Salvador con cara de pocos amigos. Había sido llamado con prisa de su dormitorio, y estaba determinado a cumplir su parte lo más rápidamente posible. Mostrando su expresión más severa, se acer-

có para ver qué tipo de hombre tenía que examinar.

Observó atentamente a Jesús. Había tenido que lidiar con todo tipo de criminales, pero nunca un hombre de tanta bondad y nobleza había comparecido ante él. En su rostro, no veía señales de culpa, miedo, audacia o rebeldía. Vio a un hombre cuya presencia llevaba la firma del Cielo.

Esto motivó actitudes mejores en Pilato. Su esposa le había contado acerca de las grandes obras que el profeta galileo había realizado; que curaba a los enfermos y resucitaba a los muertos. Recordó los rumores que había oído de varias personas. Entonces, demandó que los judíos presentaran sus acusaciones contra el prisionero. “¿Qué cargos tienen contra este hombre?” Contestaron que era un engañador llamado Jesús de Nazaret.

Nuevamente, Pilato preguntó: “¿Qué cargos tienen contra este hombre?” Los sacerdotes no respondieron a esta pregunta. Irritados, dijeron: “¡No te lo habríamos entregado si no fuera un criminal!” [Es

decir:] “Cuando el Sanedrín te trae un hombre que consideran digno de muerte, ¿hay necesidad de preguntar cuál es la acusación en contra de él?” Esperaban hacer que Pilato se rindiera ante su petición sin pasar por muchos preliminares.

En otras ocasiones, Pilato había condenado rápidamente a muerte a otros hombres que no merecían morir. En su opinión, que un preso fuera inocente o culpable no tenía mucha importancia para él; y los sacerdotes esperaban que Pilato esta vez impusiera la pena de muerte a Jesús sin darle audiencia.

Pero había algo en este preso que impidió que Pilato hiciera eso. Recordó cómo Jesús había resucitado a Lázaro, un hombre que había estado muerto cuatro días, y decidió conocer las acusaciones contra él y verificar si podían ser probadas.

“Si el juicio de ustedes es suficiente”, dijo, “¿para qué traerme el preso?” “Llévenselo y júzguenlo de acuerdo con la ley de ustedes”. Los sacerdotes dijeron que ya tenían una sentencia para él según su ley, pero que necesitaban tener la sentencia de Pilato para que su condena fuese válida. Pilato les preguntó: “¿Cuál es la sentencia de ustedes?” Y ellos contestaron: “La muerte”. Le pidieron a Pilato que hiciese cumplir su sentencia; ellos se harían responsables de los resultados. Aunque era un hombre débil en poder moral, Pilato se negó a condenar a Jesús hasta saber cuál era la acusación contra él.

Los sacerdotes estaban en un dilema. No debían permitir que pareciera que habían arrestado a Cristo basados en asuntos religiosos, porque

esto no tendría ningún peso para Pilato. Tenían que hacer aparecer a Jesús como un delincuente político. Los romanos siempre estaban atentos para reprimir todo lo que pudiera llevar a un levantamiento.

En su desesperación, los sacerdotes llamaron a testigos falsos, que comenzaron a acusarlo diciendo: “Con sus enseñanzas causa disturbios por donde va, en toda Judea, desde Galilea hasta Jerusalén. Prohíbe pagar los impuestos a César y dice que él mismo es Cristo, el Rey”. Tres acusaciones, cada una sin fundamento. Los sacerdotes sabían esto, pero estaban dispuestos a cometer engaño.

Pilato se convence de que es un complot

Pilato no creía que un preso hubiese conspirado contra el gobierno. Estaba convencido de que se habían complotado para destruir a un hombre inocente. Volviéndose a Jesús, le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” Y el Salvador contestó: “Tú lo has dicho”. Y mientras hablaba, su rostro se iluminó como si un rayo de sol estuviese brillando sobre él.

Cuando oyeron su respuesta, Caifás llamó a Pilato para que diera testimonio de que Jesús había admitido el crimen del que lo acusaban. Pilato dijo: “¿No vas a responderles? ¿Qué me dices de las acusaciones que presentan en tu contra?” Pero Jesús permaneció en silencio.

De pie, detrás de Pilato, a la vista de todos los que estaban en el tribunal, Cristo oyó los insultos, pero no contestó una palabra a todas las falsas acusaciones presentadas contra

él. Permanecía inmovible ante la furia de las olas que rompían contra él. Era como si una enorme agitación de ira, que se elevaba como las olas del océano, se volcase a su alrededor, pero sin tocarlo. Su silencio era como una luz que brillaba desde el interior hacia el exterior.

Pilato estaba asombrado. ¿A este hombre no le importaba salvar su vida? Al mirar a Jesús, sintió que podía ser que este hombre no fuese tan injusto como los sacerdotes, que gritaban furiosamente. Para escapar de la agitación de la multitud, Pilato llamó a Jesús aparte y le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los Judíos?”

Jesús no respondió directamente esa pregunta. Sabía que el Espíritu Santo estaba trabajando en el corazón de Pilato, y le dio la oportunidad de reconocer su convicción. Preguntó: “¿Lo preguntas por tu propia cuenta o porque otros te hablaron de mí?” Pilato entendió lo que Jesús le quería decir, pero no reconocería la convicción que se apoderaba de él. “¿Acaso yo soy judío? Tu propio pueblo y sus principales sacerdotes te trajeron a mí para que yo te juzgue. ¿Por qué? ¿Qué has hecho?”

Jesús intenta salvar a Pilato

Jesús no abandonó a Pilato sin darle más luz. Le dejó en claro que él no estaba buscando un trono terrenal.

“Mi reino no es un reino terrenal. Si lo fuera, mis seguidores lucharían para impedir que yo sea entregado a los líderes judíos; pero mi reino no es de este mundo”. Pilato, entonces, le preguntó: “¿Entonces eres un rey?” Jesús contestó: “Tú dices que soy

un rey. En realidad, yo nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad. Todos los que aman la verdad reconocen que lo que digo es cierto”. Cristo quería que Pilato entendiese que solo el recibir y asimilar la verdad podría reconstruir su naturaleza arruinada.

La mente de Pilato estaba confundida. Su corazón quedó movilizado con un anhelo inmenso de conocer qué era la verdad realmente y cómo podía obtenerla. Le preguntó: “¿Qué es la verdad?” Pero no esperó una respuesta. Los sacerdotes estaban gritando para que se realizara una acción inmediata. Saliendo al encuentro de los judíos, declaró enfáticamente: “Este hombre no es culpable de ningún delito”.

Al oír a Pilato decir esto, los sacerdotes y ancianos se sintieron chasqueados y se enojaron sin límites. Al ver que Pilato podría liberar a Jesús, parecían estar a punto de despedazarlo. Denunciaron en alta voz a Pilato y lo amenazaron con la desaprobación del gobierno romano. Lo acusaron de negarse a condenar a Jesús quien, según ellos decían, se había puesto en contra de César. Las voces airadas declararon que era bien conocida en todo el país la influencia de Jesús al armar una revuelta. “Con sus enseñanzas causa disturbios por donde va, en toda Judea, desde Galilea hasta Jerusalén”.

Para este entonces, Pilato no tenía ninguna intención de condenar a Jesús. Sabía que los judíos lo habían acusado a causa del odio y el prejuicio. La justicia demandaba que liberase a Cristo. Pero, si se negaba a entregar a Jesús en manos del pue-

blo, se armaría un motín, y a esto él le temía. Cuando oyó que Cristo era de Galilea, decidió enviarlo con Herodes, el gobernador de esa provincia, quien estaba en Jerusalén en ese momento. De esta forma, Pilato pensó traspasar la responsabilidad a Herodes. Y así lo hizo. Los dos magistrados se hicieron amigos a causa del juicio del Salvador.

En medio de los insultos de la turba, Jesús fue llevado apresuradamente a Herodes. “Herodes se alegró mucho por la oportunidad de ver a Jesús, porque había oído hablar de él y hacía tiempo que quería verlo realizar un milagro”. Este Herodes era aquel cuyas manos se habían manchado con la sangre de Juan el Bautista. Cuando Herodes escuchó acerca de Jesús por primera vez, se llenó de terror y decía: “Juan, el hombre que yo decapité, ha regresado de los muertos” (Mar. 6:16). Pero, aun así, quería ver a Jesús. Ahora tenía una oportunidad de salvar la vida de este profeta y el rey esperaba desterrar de su mente para siempre la memoria de la cabeza ensangrentada traída en una bandeja. También quería satisfacer su curiosidad y pensó que, si le ofrecía a Cristo una posibilidad de escape, haría cualquier cosa que él le pidiera.

Cuando el Salvador fue llevado ante él, los sacerdotes y los ancianos mencionaron agitadamente sus acusaciones contra él. Pero Herodes les ordenó que se callaran. Ordenó que le sacasen las cadenas y reprendió a sus enemigos por tratarlo con tanta dureza. Así como Pilato, él estaba convencido de que Cristo había sido acusado por odio y envidia.

Herodes interrogó a Jesús con muchas palabras, pero el Salvador se mantuvo en profundo silencio. A la orden del rey, se trajeron cojos y mancos, y Herodes le ordenó a Cristo que probara sus declaraciones realizando un milagro. Jesús no respondió, y Herodes le insistió: “Muéstranos una señal de que tienes el poder que se rumorea”. Pero el Hijo de Dios se había vestido de naturaleza humana y debía hacer como tendríamos que hacer nosotros en circunstancias similares.

Herodes prometió que, si Cristo realizaba algún milagro, lo liberaría. El miedo se apoderó de los acusadores de Cristo al pensar que realizaría un milagro. Una manifestación como esa sería un golpe mortal a sus planes e inclusive podía llegar a costarles la vida. Levantando su voz, los sacerdotes y príncipes declararon: “¡Es traidor y blasfemo! Hace sus milagros por el poder del príncipe de las tinieblas!”

La conciencia de Herodes ahora era mucho menos sensible que cuando había temblado con horror ante el pedido de Herodías, de que le trajesen la cabeza de Juan el Bautista. Sus percepciones morales habían llegado a ser cada vez más degradadas a causa de su vida indulgente e inhumana. Incluso podía jactarse del castigo que había dado a Juan por atreverse a reprocharlo. Y ahora, declarando que tenía el poder para condenarlo, amenazó a Jesús. Pero Jesús no daba señal de que hubiese oído una palabra.

Herodes estaba irritado por su silencio. Jesús parecía mostrar total indiferencia a su autoridad. Nueva-

mente lo amenazó de manera airada, pero él se mantuvo inmóvil y en silencio.

La misión de Cristo no era satisfacer la curiosidad. Si pudiese haber dicho cualquier palabra para sanar a las almas enfermas de pecado, no se habría quedado en silencio. Pero no tenía palabras para aquellos que pisoteaban la verdad con pies inmundos. Herodes había rechazado la verdad que le había hablado el más grande de los profetas, y no recibiría más mensajes. La Majestad del cielo no tenía palabras para él. Los labios de Cristo estaban cerrados para el orgulloso rey que no sentía necesidad de un Salvador.

El rostro de Herodes se oscureció de ira. Furioso, denunció que Jesús era un mentiroso. Luego, le dijo a Cristo: "Si no quieres dar prueba de lo que dices ser, te entregaré a los soldados y al pueblo. Si eres un impostor, mereces la muerte. Si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo haciendo un milagro".

Apenas terminó de hablar estas palabras, la multitud se lanzó sobre su presa como bestias salvajes. Arrastraron a Jesús de un lado a otro y Herodes se unió a la turba en sus esfuerzos por humillar al Hijo de Dios. Si los soldados romanos no hubiesen intervenido, el Salvador habría sido despedazado.

"Entonces Herodes y sus soldados comenzaron a burlarse de Jesús y a ridiculizarlo. Finalmente le pusieron un manto real". Los soldados romanos se unieron en este accionar y participaron de esta violencia. Todo lo que esos soldados corruptos y los dignatarios judíos eran capaces de

hacer recayó sobre el Salvador. Sin embargo, su paciencia no falló.

Algunos temblaron ante Jesús

Pero hubo algunos que temblaron en la presencia de Cristo. Algunos que se habían adelantado para burlarse de él, retrocedieron atemorizados y en silencio. Una convicción se apoderó de Herodes. Ya estaban brillando los últimos rayos de la luz misericordiosa sobre su corazón endurecido por el pecado. La divinidad había resplandecido a través de la humanidad. Herodes sintió que estaba mirando a un Dios sobre su trono. Endurecido como estaba, no se atrevió a confirmar la condena de Cristo. Envío a Jesús nuevamente al tribunal romano.

Pilato estaba decepcionado cuando los judíos volvieron con el prisionero. Les recordó que ya había examinado a Jesús y no había encontrado falta en él. No habían sido capaces de presentar ninguna acusación. Y Herodes, uno de su propia nación, tampoco había encontrado en él nada digno de muerte. "Lo haré azotar y luego lo pondré en libertad".

Aquí Pilato mostró su debilidad. Jesús era inocente y aun así estaba dispuesto a sacrificar la justicia con el fin de calmar a sus acusadores. Esto lo ubicó en una situación de desventaja. La multitud aprovechó esta indecisión. Si Pilato se hubiese mantenido firme desde el principio y hubiese rechazado condenar al hombre a quien encontraba sin culpa, habría roto la cadena fatal que ahora lo iba a atar en remordimiento por toda su vida. Cristo habría sido condena-

do a muerte, mas la culpa no habría reposado sobre él. Pero, paso a paso, Pilato había ido violando su conciencia, y ahora se encontraba casi indefenso en manos de sacerdotes y príncipes.

La última oportunidad de Pilato

Aun entonces Pilato no fue abandonado para actuar ciegamente. Un ángel había visitado a su esposa en un sueño y ella había hablado con el Salvador. La esposa de Pilato no era judía pero, al ver a Jesús en su sueño, supo que era el Príncipe de Dios. Vio a Pilato entregar a Jesús para que fuese azotado después de haber declarado: "Este hombre no es culpable de ningún delito". Ella lo vio entregar a Cristo a sus asesinos. Vio la cruz levantada, la tierra envuelta en oscuridad y oyó el misterioso clamor: "¡Todo ha terminado!"

Y una escena más se presentó ante su vista. Vio a Cristo sentado en una gran nube blanca y a sus asesinos huyendo de su gloriosa presencia. Despertó con un grito de horror e inmediatamente escribió palabras de advertencia a Pilato.

Un mensajero se abrió paso a través de la multitud y le entregó la carta de su esposa, que decía: "Deja en paz a ese hombre inocente. Anoche sufrí una pesadilla terrible con respecto a él".

El rostro de Pilato palideció. Estaba confundido por sus propias emociones conflictivas. Como se demoraba en actuar, los sacerdotes y príncipes estaban inflamando las mentes de la gente. Entonces, él pensó en una costumbre que podría servir para

obtener la liberación de Cristo. En esta fiesta era costumbre liberar a un prisionero que el pueblo eligiera. No había ni una pizca de justicia en esta costumbre, pero los judíos la apreciaban mucho. La autoridad romana en ese momento tenía prisionero a un hombre llamado Barrabás, que estaba bajo sentencia de muerte. Este hombre pretendía tener autoridad para establecer un orden de cosas diferente. Todo lo que podía obtener por medio del robo, él decía que le pertenecía. Había acumulado un grupo de seguidores de entre el pueblo y había armado una revuelta contra el gobierno romano. Aparentaba tener entusiasmo religioso, pero era un criminal desalmado, inclinado a la rebelión y la crueldad.

Al dar a la gente la opción de elegir entre este hombre y el Salvador inocente, Pilato pensó que podría despertar en ellos un sentido de justicia.

"¿A cuál de estos dos quieren que les deje en libertad? A Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?" Como rugido de fieras, vino la respuesta: "¡Queremos a Barrabás!" Pensando que la gente no había entendido la pregunta, dijo nuevamente: "¿Quieren que les deje en libertad a este 'rey de los judíos'?" Pero nuevamente gritaron: "¡Mátalo y suéltanos a Barrabás!" "Entonces, ¿qué hago con este hombre al que ustedes llaman rey de los judíos?" Demonios en forma humana estaban entre la multitud, por lo que la única respuesta que podría esperarse fue: "¡Crucifícalo!"

Pilato no previó las consecuencias

Pilato no había pensado que lle-

garía a eso. Le repugnaba entregar a un hombre inocente a la muerte más cruel que existía. “¿Por qué? ¿Qué crimen ha cometido?” Pero el caso ya había avanzado demasiado como para discutir.

Igualmente, Pilato trató de salvar a Cristo. Insistió con la misma pregunta por tercera vez. Pero la sola mención de su liberación llevó a la gente al frenesí. Cada vez más fuerte gritaban: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”

Desvanecido y cubierto de heridas, Jesús fue azotado. “Los soldados llevaron a Jesús al patio del cuartel general del gobernador (llamado el pretorio) y llamaron a todo el regimiento. Lo vistieron con un manto púrpura y armaron una corona con ramas de espinos y se la pusieron en la cabeza. Entonces lo saludaban y se mofaban: ‘Viva el rey de los judíos!’ Y [...] le escupían y se ponían de rodillas para adorarlo burlonamente”. De a momentos, algunas manos malvadas golpeaban la corona, haciendo que las espinas se clavaran en su frente y la sangre cayera por su rostro.

Una multitud enfurecida rodeó al Salvador del mundo. Las burlas y los insultos se mezclaron con juramentos de blasfemia. Satanás era quien dirigía la turba. Si era posible, planeaba provocar al Salvador a vengarse o a realizar un milagro para salvarse a sí mismo. Una mancha sobre su vida humana, y el Cordero de Dios hubiese sido una ofrenda imperfecta, la redención de la humanidad hubiese sido un fracaso. Pero, con perfecta calma, Jesús se sometió a los más duros insultos y ofensas.

Los enemigos de Cristo habían de-

mandado un milagro como evidencia de su divinidad. Tenían más evidencia de la que habían pedido. Su humildad y su paciencia probaban su relación con Dios. Las gotas de sangre que fluían de su frente herida eran la declaración de su ungimiento con “el aceite de alegría” como nuestro gran Sumo Sacerdote (Heb. 1:9). Grande fue la ira de Satanás al ver que el Salvador no se había apartado en el más mínimo detalle, de la voluntad de su Padre.

La transigencia lleva a la ruina

Cuando Pilato entregó a Jesús para que fuese azotado, esperaba que la multitud decidiera que este castigo era suficiente. Pero con aguda percepción, los judíos vieron su debilidad al ordenar castigar al hombre que había sido declarado inocente. No estaban dispuestos a dejar libre a Jesús.

Pilato envió a buscar a Barrabás para que fuera traído a la corte y presentó a los dos prisioneros lado a lado. Señalando al Salvador dijo: “¡He aquí el hombre!” Ahí estaba parado el Hijo de Dios, desnudo hasta la cintura, con su espalda llena de grandes heridas de las que brotaba sangre abundantemente. Su rostro estaba manchado con sangre y llevaba las marcas del dolor, pero nunca había parecido más hermoso que en ese momento. Cada rasgo expresaba la piedad más tierna hacia sus crueles verdugos. De esta manera, mostraba la fuerza y la dignidad del sufrimiento resignado.

El prisionero a su lado presentaba un contraste sorprendente. Cada lí-

nea del rostro de Barrabás lo anunciaba como un criminal despiadado. El contraste hablaba a todos los espectadores. Algunos que miraban a Jesús lloraban con corazones llenos de compasión. Los sacerdotes y príncipes estaban convencidos de que él era quien decía ser.

Los soldados romanos que rodeaban a Cristo no estaban todos endurecidos. Ellos miraban al divino sufriente con sentimientos de compasión y en sus mentes quedó grabada su callada sumisión. Nunca olvidarían esa escena hasta que lo reconocieran como Cristo o eligieran su propio destino al rechazarlo.

Pilato no tenía dudas de que ver a este hombre en contraste con Barrabás movería a los judíos a compadecerse. Pero no entendía el odio fanático de los sacerdotes. De nuevo, los sacerdotes, los príncipes y el pueblo elevaron el terrible clamor: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” Finalmente, perdiendo toda paciencia por su crueldad irrazonable, Pilato exclamó desesperado: “Llévenselo ustedes y crucifiquenlo. Yo no lo encuentro culpable”.

El gobernador romano, aunque estaba familiarizado con escenas crueles, se sentía movido a compasión por el sufrimiento del prisionero. Pero los sacerdotes declararon: “Según nuestra ley, debe morir porque afirmó que era el Hijo de Dios”.

La bondad de Jesús hacia Pilato

Pilato estaba asombradísimo. Era posible que el Ser que tenía frente a él fuese un ser divino. Nuevamente, le dijo a Jesús: “¿De dónde eres?”

Pero Jesús no respondió. El Salvador había hablado libremente a Pilato explicando su misión. Pilato había despreciado esa luz. Había abusado de su alto puesto como juez al ceder a las demandas de la turba. Jesús no tenía más luz para él. Irritado por su silencio, Pilato dijo orgullosamente: “¿Por qué no me hablas? ¿No te das cuenta de que tengo poder para ponerte en libertad o para crucificarte?”

Jesús respondió: “No tendrías ningún poder sobre mí si no te lo hubieran dado desde lo alto. Así que el que me entregó en tus manos es el que tiene el mayor pecado”. Cristo se refería a Caifás, quien representaba a la nación judía. Tenían luz en las profecías que testificaban de Cristo y que eran una evidencia incuestionable de la divinidad del que condenaban a muerte. La responsabilidad más grande pertenecía a aquellos que ocupaban los puestos más elevados en la nación. Pilato, Herodes y los soldados romanos eran ignorantes acerca de Jesús en comparación con ellos. No tenían la luz que la nación judía había recibido en abundancia. Si la luz hubiese sido dada a los soldados, no habrían tratado a Cristo como lo hicieron.

Otra vez, Pilato se propuso liberar al Salvador, pero los líderes judíos gritaron: “Si pones en libertad a ese hombre, no eres ‘amigo del César’”. La nación judía era la que se oponía más acérrimamente al dominio de los romanos. Sin embargo, para lograr destruir a Cristo, tenían que profesar lealtad al gobierno extranjero que odiaban.

Continuaron diciendo: “Todo el que se proclama a sí mismo rey está

en rebeldía contra el César". Pilato estaba bajo la sospecha del gobierno romano y sabía que un informe como este lo arruinaría. Sabía que los judíos no dejarían nada sin hacer para vengarse.

Pilato volvió a presentar a Jesús al pueblo, diciendo: "¡He aquí vuestro Rey!" Volvió a oírse el furioso clamor: "¡Fuera, fuera, crucifícale!" Con voz que fue oída lejos y cerca, Pilato preguntó: "¿Cómo dicen? ¿Que yo crucifique a su rey?" Pero de labios profanos y blasfemos brotaron las palabras: "No tenemos otro rey más que el César".

Al elegir a un gobernante pagano, la nación judía rechazaba a Dios como su rey. A partir de ahí, no tenían más rey que el César. Los sacerdotes y maestros habían llevado al pueblo a esto. Eran responsables de esto y de todos los resultados terribles que siguieron. El pecado y la ruina de una nación se debió a sus líderes religiosos.

"Pilato vio que no lograba nada y que se armaba un disturbio. Así que mandó a buscar un recipiente con agua y se lavó las manos delante de la multitud a la vez que decía: 'Soy inocente de la sangre de este hombre. La responsabilidad es de ustedes'". Pilato miró al Salvador y, en su corazón, dijo: "Él es un Dios". Girando en dirección a la multitud, declaró: "Estoy limpio de su sangre. Crucifíqueno, pero lo declaro un hombre justo. Que aquel a quien él llama su Padre los juzgue y no yo por la obra de este día". Luego, se dirigió a Jesús, y dijo: "Perdóname por este acto; no puedo salvarte". Lo hizo azotar otra vez y lo entregó para que

fuese crucificado.

Pilato anhelaba liberar a Jesús, pero vio que no podía hacerlo y mantener su puesto. Antes que perder su poder mundanal, prefirió sacrificar una vida inocente. ¡Cuántos sacrifican los principios de forma similar! La conciencia y el deber señalan hacia un camino, y el interés personal, hacia otro. La corriente va en la dirección contraria y cualquiera que sea transigente con el mal es llevado hacia la densa oscuridad de la culpa.

Pero a pesar de sus precauciones, lo que Pilato más temía sucedió. Fue depuesto de su elevado puesto y, atormentado por el remordimiento y el orgullo herido, poco después de la crucifixión se quitó la vida.

Cuando Pilato se declaró inocente de la sangre de Cristo, Caifás contestó en tono desafiante: "¡Nos haremos responsables de su muerte, nosotros y nuestros hijos!" La turba hizo eco de estas terribles palabras en gritos inhumanos. La multitud entera clamó: "¡Nos haremos responsables de su muerte, nosotros y nuestros hijos!"

El pueblo de Israel había hecho su elección: Barrabás, el ladrón, asesino y representante de Satanás. Cristo, el representante de Dios, fue rechazado. Al hacer esta elección, aceptaron a aquel que desde el principio era un mentiroso y un asesino. Satanás era su líder. Deberían soportar su gobierno.

Estos judíos habían gritado: "¡Nos haremos responsables de su muerte, nosotros y nuestros hijos!" Esa oración fue oída. La sangre del Hijo de Dios fue como una maldición sobre sus hijos y sobre los hijos de sus hijos.

La petición se cumplió terriblemente en la destrucción de Jerusalén y en la condición de la nación judía por casi dos milenios: una rama cortada de la vid, muerta. De país en país, a lo largo de todo el mundo, de siglo en siglo, ¡muertos a causa de su desobediencia y sus muchos pecados!

Esa oración se cumplirá de manera terrible en el gran día del juicio. Cristo vendrá en gloria. Miles y miles de ángeles, los hermosos y triunfantes hijos de Dios, lo escoltarán en su paso. Todas las naciones estarán reunidas ante él. En lugar de espinas, usará una corona de gloria. En su

manto y en sus muslos estará escrito: "REY DE TODOS LOS REYES Y SEÑOR DE TODOS LOS SEÑORES" (Apoc. 19:16).

Los sacerdotes y príncipes verán nuevamente la escena en el tribunal. Cada hecho aparecerá como si estuviera escrito con letras de fuego. Entonces, aquellos que dijeron: "¡Nos haremos responsables de su muerte, nosotros y nuestros hijos!" recibirán la respuesta a su oración. En terrible agonía y horror, gritarán a las rocas y a las montañas: "Caigan sobre nosotros" (Apoc. 6:16, 17).

Capítulo 78

Jesús muere en el Calvario

*Este capítulo se basa en Mateo 27:31 al 53; Marcos 15:20 al 38;
Lucas 23:26 al 46; Juan 19:16 al 30.*

“Cuando llegaron a un lugar llamado ‘La Calavera’ lo clavarón en la cruz”.

Las noticias de la condena de Cristo se habían desparrado. Fue gente de todas las clases y jerarquías al lugar de la crucifixión. Los sacerdotes y príncipes se habían comprometido a no molestar a los seguidores de Cristo si él era entregado a ellos, así que los discípulos y creyentes se unieron a la multitud.

La cruz que había sido preparada para Barrabás fue puesta sobre los sangrientos hombros de Jesús. En ese tiempo, dos compañeros de Barrabás iban a morir, por lo que también pusieron cruces sobre ellos. Desde la cena de Pascua con sus discípulos, Jesús no había comido ni bebido. Había soportado la angustia de la traición y había visto a sus discípulos abandonarlo. Había sido llevado ante Anás, Caifás, Pilato, Herodes y, nuevamente, ante Pilato. Toda esa noche se había producido una secuencia de escenas que probaban a una persona hasta lo máximo. Cristo no había fallado. Se había comportado con dignidad. Pero, después del segundo azotamiento, cuando la cruz fue puesta sobre él, la natu-

raleza humana ya no podía soportar más. Cayó desmayado bajo el peso de esa carga.

La multitud no mostró compasión. Se burló de él porque no podía cargar la pesada cruz. Nuevamente los soldados pusieron la carga sobre él y, otra vez, cayó. Sus perseguidores vieron que le era imposible llevarla más lejos. ¿Quién podría llevar esa humillante carga? No podía ser alguien judío, porque la contaminación le impediría observar la Pascua.

En ese momento, un extranjero – Simón de Cirene – venía del campo y se encontró con la multitud. Se detuvo asombrado ante la escena y, como mostró compasión, lo obligaron a llevar la cruz sobre sus hombros.

Los hijos de Simón creían en el Salvador, pero él no. Llevar la cruz al Calvario fue una bendición para él. Más tarde, los recuerdos de ese evento lo llevaron a tomar la cruz de Cristo por decisión propia; de allí en adelante, permaneció alegremente bajo su carga.

Había entre la multitud muchas mujeres que seguían al Inocente que era llevado a una muerte cruel. Algunas le habían llevado a sus enfermos y a quienes sufrían. Otras

habían sido sanadas por él. Estaban maravilladas por el odio de la multitud hacia él. Y, a pesar de las palabras de ira de los sacerdotes y príncipes, cuando Jesús cayó bajo el peso de la cruz, ellas rompieron en llanto. Esto atrajo la atención de Cristo. Sabía que no se compadecían de él por ser el enviado de Dios, pero no despreció su compasión, sino que esta despertó en su corazón una compasión más profunda por ellas. “Entonces Jesús se dio la vuelta y les dijo: ‘Hijas de Jerusalén, no lloren por mí; lloren más bien por ustedes y por sus hijos’”. Cristo miró hacia delante, al tiempo de la destrucción de Jerusalén, cuando todas las que ahora lloraban por él morirían con sus hijos.

Un juicio mayor

Los pensamientos de Jesús pasaron de la caída de Jerusalén a un juicio aun mayor. En la destrucción de la ciudad obstinada, vio el símbolo de la destrucción final que vendría al mundo. “La gente suplicará a los montes: ‘¡Caigan sobre nosotros!’ y rogará a las colinas: ‘¡Entiérrennos!’ Pues, si estas cosas suceden cuando el árbol está verde, ¿qué pasará cuando esté seco?” El árbol o la madera verde lo representaban a él, el inocente Redentor. La ira de Dios contra el pecado cayó sobre su Hijo amado. ¿Qué sufrimiento iba a soportar entonces el pecador que continuara en pecado? El que no se arrepintiera conocería un dolor que las palabras no podrían expresar.

Muchos en la multitud que seguía al Salvador hacia el Calvario lo habían acompañado con hosan-

nas y hojas de palma cuando entró triunfante a Jerusalén, montado en un asno. Mucha gente que había aclamado alabanzas a él porque era popular hacerlo ahora se sumaba al clamor: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” Cuando Cristo entró en Jerusalén, los discípulos lo habían rodeado de cerca porque sentían que era un gran honor estar relacionados con él. Ahora, en su humillación, lo seguían a la distancia.

La agonía de la madre de Cristo

En el lugar de la ejecución, los dos ladrones forcejearon en manos de aquellos que los colocaban en la cruz, pero Jesús no ofreció resistencia. La madre de Jesús, sostenida por Juan, había seguido los pasos de su Hijo hasta el Calvario. Había anhelado sostener con su mano la cabeza herida, pero no se le permitió ese triste privilegio. Todavía acariciaba la esperanza de que Jesús se libraría de sus enemigos. Pero su corazón volvió a debilitarse al recordar que él había predicho las mismas escenas que ahora estaban ocurriendo.

Mientras ataban a los ladrones a la cruz, miró con ansiedad agonizante. ¿Dejaría él, quien había dado vida a los muertos, que lo crucificaran? ¿Debía renunciar a su fe de que Jesús era el Mesías? Vio sus manos extendidas sobre la cruz. Los soldados trajeron el martillo y los clavos y, cuando traspasaron la tierna carne de Jesús, los discípulos apartaron a su desfalleciente madre de esa cruel escena.

El Salvador no se quejó, pero había grandes gotas de sudor en su fren-

te. No había una mano compasiva que secase de su rostro el rocío de la muerte, ni palabras de simpatía y lealtad para animar su corazón humano. Mientras los soldados realizaban su terrible obra, Jesús oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Su mente pasó de su sufrimiento a la terrible retribución que le tocaría a sus perseguidores. No maldijo a los soldados que lo trataban con tanta aspereza. No pidió venganza sobre los sacerdotes y los príncipes. Únicamente exhaló una súplica pidiendo su perdón, diciendo: “No saben lo que hacen”.

Pero la ignorancia de ellos no removió su culpa, porque llegaron a tener el privilegio de conocer y aceptar a Jesús como su Salvador. Algunos verían sus pecados, se arrepentirían y se convertirían. Otros, al rechazar el arrepentimiento, harían imposible que la oración que Jesús elevó por ellos fuese respondida. Y aun así, el propósito divino estaba alcanzando su cumplimiento. Jesús estaba ganándose el derecho a ser abogado nuestro en la presencia del Padre.

Esa oración de Cristo por sus enemigos incluyó a cada pecador, desde el principio del mundo hasta el final de los tiempos. La culpa por crucificar al Hijo de Dios recae sobre todos nosotros. Y para todos, Jesús ofrece perdón libremente.

Tan pronto como Jesús fue clavado en la cruz, hombres fuertes la levantaron y la dejaron caer violentamente en el hoyo preparado para ella. Esto le causó intensa agonía. Pilato entonces preparó una inscripción en hebreo, en griego y en latín, y la hizo colocar sobre la cruz, encima de la

cabeza de Jesús. Decía: “ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS”. Esto irritó a los judíos. Habían gritado: “No tenemos otro rey más que el César” (Juan 19:15). Habían declarado que quien reconociera a otro rey era un traidor. Pilato escribió lo que ellos habían expresado. No se mencionaba ninguna ofensa, solo que Jesús era el rey de los judíos, un reconocimiento implícito de la lealtad de los judíos hacia Roma. Declaraba que cualquiera que dijera ser el rey de Israel sería juzgado como merecedor de la muerte. Con tal de destruir a Cristo, los sacerdotes estuvieron dispuestos a sacrificar incluso su existencia nacional.

Los sacerdotes pidieron a Pilato que cambiase la inscripción. Le dijeron que, en lugar de “El Rey de los judíos”, dijera “Él dijo: ‘Yo soy el Rey de los judíos’”. Pero Pilato, enojado consigo mismo, respondió fríamente: “No. Lo que he escrito, escrito está y así quedará”.

En la providencia de Dios, esa inscripción despertaría la investigación de las Escrituras. Había gente de todos los pueblos en Jerusalén en ese momento, y la inscripción que declaraba que Jesús era el Mesías llamaría su atención. Dios había dirigido esta inscripción.

Los sufrimientos de Cristo en la cruz cumplían la profecía:

“Me ha cercado una banda de malvados; me han traspasado las manos y los pies [...] Se reparten entre ellos mis vestidos y sobre mi ropa echan suertes”.

Salmo 22:16-18 (NVI).

Su ropa fue dada a los soldados. Su túnica era tejida sin costura y

ellos dijeron: "En lugar de rasgarla, tiremos los dados para ver quién se la queda". En otra profecía, el Salvador declaró:

"Busqué compasión, y no la hubo; busqué consuelo, y no lo hallé. En mi comida pusieron hiel; para calmar mi sed me dieron vinagre".

Salmo 69:20, 21 (NVI).

Era permitido dar a los que eran crucificados una droga anestésica para amortiguar la sensación del dolor. Pero, cuando Jesús la probó, se negó a tomarla. Su fe debía mantenerse fija en Dios, su única fortaleza. Nublar sus sentidos le daría ventaja a Satanás.

Los sacerdotes, príncipes y escribas se unieron a las burlas de la turba hacia el moribundo Salvador. La voz del Padre desde el cielo había testificado anteriormente la divinidad de Cristo. Ahora estaba en silencio. No se escuchó ningún testimonio en su favor. Sufrió solo.

Decían: "Si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz". Satanás y sus ángeles en forma humana estaban presentes en el lugar de la crucifixión y cooperaban con los sacerdotes y los príncipes que se habían unido en satánico frenesí.

Jesús escuchó a los sacerdotes declarar: "Salvó a otros ¡pero no puede salvarse a sí mismo! ¡Que este Mesías, este Rey de Israel, baje de la cruz para que podamos verlo y creerle!" Cristo podría haber bajado de la cruz; pero, como negó salvarse a sí mismo, hoy el pecador tiene la esperanza de recibir el perdón y el favor de Dios.

Uno de los ladrones crucificados creyó

Durante su agonía sobre la cruz, llegó a Jesús un rayo de consuelo: la petición del ladrón arrepentido. Los dos hombres que estaban crucificados con Jesús se burlaban de él al principio y uno de ellos, en su sufrimiento, se volvió más desesperado y desafiante. Pero su compañero no era un criminal despiadado; era menos culpable que muchos de los que estaban parados al lado de la cruz insultando al Salvador. Había visto y oído a Jesús, pero había sido apartado de él por los sacerdotes y los príncipes. En su intento de ahogar su convicción, se había hundido en el pecado hasta que fue arrestado y condenado.

En la cruz vio a los grandes líderes religiosos ridiculizar a Jesús. Había escuchado a su compañero de culpa adoptar un lenguaje insultante: "¿Así que eres el Mesías? Demuéstralo salvándote a ti mismo, ¡y a nosotros también!" Pero entre los que pasaban oyó a muchos repetir las palabras de Jesús y contar acerca de sus obras. La convicción de que este era el Cristo regresó a él. Volviéndose hacia su compañero, le dijo: "¿Ni siquiera temes a Dios ahora que estás condenado a muerte?" Los ladrones moribundos ya no tenían nada más que temer de los hombres. Pero uno de ellos sentía la convicción de que hay un Dios a quien temer, un futuro ante el cual temblar. Y ahora, su historia de vida estaba llegando a su punto final. "Nosotros merecemos morir por nuestros crímenes, pero este hombre no ha hecho nada malo".

Cuando fue condenado por su crimen, el ladrón había quedado sumido en la desesperación, pero ahora nacían dentro de él pensamientos extraños, tiernos. El Espíritu Santo iluminó su mente y, poco a poco, la cadena de evidencias se fue uniendo. En Jesús, burlado y colgado de una cruz, vio al Cordero de Dios. La esperanza se mezcló con la angustia en su voz cuando este hombre moribundo se lanzó sobre el Salvador moribundo: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (Luc. 23:42).

Rápidamente llegó la respuesta, en tono suave y melodioso, con palabras llenas de amor y poder: “En verdad te digo hoy: estarás conmigo en el paraíso” (LBLA).¹ Con corazón anhelante, Jesús había estado esperando y anhelando alguna expresión de fe de sus discípulos. Solo había oído palabras de lamento: “Nosotros teníamos la esperanza de que fuera el Mesías que había venido para rescatar a Israel” (Luc. 24:21). ¡Cuánto agradecimiento sintió el Salvador al escuchar esta expresión de fe y amor del ladrón moribundo! Cuando aun sus discípulos dudaban, el pobre ladrón llamó a Jesús “Señor”. Nadie se había dirigido a él en la cruz excepto el ladrón arrepentido, quien fue salvado en el último instante.

El tono de lo que este hombre arrepentido dijo llamó la atención de los que estaban al pie de la cruz. Aquellos que habían estado peleán-

dose por las vestiduras de Cristo se detuvieron para escuchar, esperando la respuesta que saldría de sus labios moribundos.

Al decir las palabras de promesa, una luz viviente atravesó la nube oscura que parecía envolver la cruz. Cristo fue glorificado en su humillación. Aquel que, ante los ojos de muchos otros, parecía vencido era el Vencedor.

Había sido reconocido como el que carga el pecado. Podían quitarle sus ropas, pero no podían robarle su poder para perdonar pecados. ¡Es su derecho real salvar a todos los que vengan a Dios por medio de él!

“En verdad te digo hoy: estarás conmigo en el paraíso”. Cristo no prometió que el ladrón estaría con él en el Paraíso ese día. Él mismo no fue ese día al Paraíso. Durmió en la tumba y, en la mañana de la resurrección, dijo: “Todavía no he subido al Padre” (Juan 20:17). Pero Jesús dio la promesa ese día de aparente derrota. “Hoy”, mientras moría en la cruz como criminal, Cristo le aseguró al pecador: “Estarás conmigo en el Paraíso”.

La ubicación de Cristo, “en medio” de los ladrones fue dispuesta por los sacerdotes y príncipes para indicar que él era el mayor criminal de los tres. Pero así como Jesús fue ubicado “en medio” de los ladrones, su cruz fue ubicada en el centro de un mundo moribundo por el pecado. Y las palabras de perdón que habló al ladrón arrepentido encendieron una luz que brillará hasta los confines más lejanos de la tierra. En su humillación, Jesús se había dirigido como profeta a las hijas de Jerusalén;

¹ Muchas traducciones de Lucas 23:43 colocan en un lugar inadecuado los signos de puntuación o agregan la conjunción “que”. En el texto griego antiguo no se separaban las palabras ni existían signos de puntuación.

como sacerdote y abogado, había suplicado al Padre para que perdonase a sus asesinos; como Salvador, había perdonado los pecados del ladrón arrepentido.

Al pie de la cruz estaba su madre, sostenida por Juan. Ella no podía permanecer lejos de su Hijo; y Juan, sabiendo que el fin se acercaba, la había traído de nuevo al lado de la cruz. Mirando su rostro desconsolado, le dijo: “Apreciada mujer, ahí tienes a tu hijo”, y luego dijo a Juan: “Ahí tienes a tu madre”. Juan entendió las palabras de Cristo y aceptó la tarea. Desde esa hora la cuidó tiernamente. El Salvador no tenía dinero con qué proveer para su comodidad, pero le proveyó lo que ella más necesitaba: la tierna simpatía de quien la amaba porque ella amaba a Jesús. Y Juan recibió una gran bendición: ella fue un recordatorio constante de su amado Maestro.

Por casi treinta años, Jesús había ayudado con su trabajo diario a llevar las cargas del hogar. Y ahora, aun en su última agonía, se acordó de proveer para su madre viuda y afligida. Quienes sigan a Cristo respetarán sus padres y proveerán para ellos. Los que aprecian el amor de Cristo nunca dejarán de dar cuidado atento y simpatía tierna a su padre y a su madre.

El Señor de gloria estaba muriendo en rescate por la familia humana. Todo lo que podía ver era oscuridad. No era el miedo a la muerte, ni el dolor de la cruz, lo que causó la agonía de Cristo. Su sufrimiento venía de ser consciente de cuán terrible es la maldad del pecado. Cristo vio cuán pocos estarían dispuestos a librarse de su poder. Sin la ayuda de Dios, la

humanidad debía morir, y él vio a muchísimos morir cuando habrían podido ser alcanzados por su ayuda.

El terrible peso que Cristo cargó

La maldad de todos nosotros fue puesta sobre Cristo, nuestro Sustituto y Garante. La culpa de cada descendiente de Adán oprimía su corazón. Durante toda su vida, Cristo proclamó a un mundo caído las buenas nuevas del amor perdonador del Padre; pero en ese momento, con el terrible peso de la culpa sobre él, no podía ver el rostro compasivo del Padre. Esto atravesó su corazón con un dolor que ningún humano podrá llegar a entender. Esta agonía era tan grande que apenas sentía su dolor físico.

Satanás torturaba el corazón de Jesús con intensas tentaciones. La esperanza no le aseguraba que saldría vencedor de la tumba, ni le decía que su Padre había aceptado su sacrificio. Cristo sintió la angustia que el pecador sentirá cuando la misericordia ya no interceda por la raza culpable. El sentido del pecado, que había traído la ira del Padre sobre él, nuestro Sustituto, quebrantó el corazón del Hijo de Dios.

Los ángeles escondieron su rostro de la terrible escena. El sol se negaba a contemplar ese horror. Sus rayos brillantes iluminaban la tierra al mediodía, pero parecieron apagarse de repente. Una oscuridad completa rodeó la cruz. “La tierra se llenó de oscuridad hasta las tres de la tarde”. No había una causa natural para esta oscuridad, que era tan profunda como una medianoche sin luna ni estrellas.

Era un testimonio milagroso dado por Dios que confirmaría la fe de las generaciones que vendrían después.

En esa densa oscuridad Dios escondió su presencia. Dios y los santos ángeles estaban al lado de la cruz. El Padre estaba con su Hijo. Sin embargo, no reveló su presencia. En esa temible hora, Cristo no sería consolado con la presencia de su Padre.

Con esa densa oscuridad, Dios veló la última agonía humana de su Hijo. Todos los que habían visto sufrir a Cristo estaban convencidos de su divinidad. Durante largas horas de agonía, Cristo había estado expuesto a la mirada de la multitud burlona. Ahora el manto de Dios lo ocultó misericordiosamente.

Un terror sin nombre dominó a la muchedumbre que rodeaba la cruz. Las maldiciones y los insultos se detuvieron. Impresionantes relámpagos destellaban ocasionalmente de la nube y dejaban ver al Redentor crucificado. Sacerdotes, príncipes, verdugos y la turba, todos pensaron que había llegado el tiempo de recibir su retribución. Algunos susurraban que Jesús bajaría ahora de la cruz.

A las tres de la tarde, la oscuridad se disipó por encima de la gente, pero continuó envolviendo al Salvador. Ningún ojo podía penetrar la densa oscuridad que rodeaba el sufrimiento de Cristo. Entonces, "Jesús clamó en voz fuerte: 'Elí, Elí, ¿lema sabactani?', que significa 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?' " Muchas voces exclamaron: "¡La venganza del cielo está sobre él porque dijo ser el Hijo de Dios!" Muchos que creyeron en él oyeron su clamor desesperado, y perdieron

toda esperanza. Si Dios había abandonado a Jesús, ¿en quién podían confiar sus seguidores?

La última oportunidad de mostrar misericordia humana

Cuando las tinieblas se alzaron, Cristo volvió a sentir su sufrimiento físico y dijo: "Tengo sed". Uno de los soldados romanos, movido por la compasión, tomó una esponja, la sumergió en vinagre y se la ofreció. Pero los sacerdotes se burlaban de su agonía. Sus palabras "Elí, Elí, ¿lema sabactani?" fueron malinterpretadas. Ellos dijeron: "¡Este hombre está llamando a Elías!" Rechazaron la última oportunidad de aliviar sus sufrimientos. Decían: "¡Espera! A ver si Elías viene a salvarlo".

El inmaculado Hijo de Dios colgaba de la cruz con su espalda herida por los latigazos, con las manos clavadas al travesaño de la cruz, con los pies clavados en el madero, con espinos clavados en su cabeza real. Y todo lo que soportó, la agonía que torturó su cuerpo y la angustia indescriptible que llenó su alma al sentir cómo su Padre ocultaba su rostro", habla a cada hijo de la raza humana y declara: "Por ti el Hijo de Dios acepta llevar esta carga de culpabilidad, por ti captura el dominio de la muerte, por ti abre las puertas del Paraíso, por ti se ofrece a sí mismo como sacrificio, todo por amor a ti".

Cristo muere como un Triunfador

Repentinamente la oscuridad se apartó de la cruz. En tonos de trom-

peta que parecían resonar por toda la creación, Jesús exclamó: “¡Todo ha terminado!” “Padre, ¡encomiendo mi espíritu en tus manos!” Una luz rodeó la cruz y el rostro del Salvador resplandeció con una gloria como la del sol. Luego, inclinó su cabeza y murió.

En medio de las terribles tinieblas, Cristo había bebido hasta las últimas gotas de la copa de la desgracia humana. En esas terribles horas, se había apoyado en la evidencia, que antes había recibido, de que era aceptado por su Padre. Y mientras se encomendaba a Dios, la sensación de haber perdido el favor de su Padre desapareció. Por fe, Cristo fue vencedor.

Otra vez aparecieron las tinieblas sobre la tierra y hubo un violento terremoto. A esto, le siguió una confusión salvaje. En los cerros cercanos, las rocas se partieron y cayeron sobre las planicies. Los sacerdotes, los soldados, los verdugos y el pueblo quedaron postrados en el suelo.

Cuando el fuerte grito: “¡Todo ha terminado!” salió de los labios de Cristo, era la hora del sacrificio de

la tarde. El cordero que representaba a Cristo había sido traído para ser degollado. El sacerdote había levantado su mano con el cuchillo y la gente observaba con interés. Pero la tierra tembló porque el Señor mismo se acercó. Con el ruido de tela que es desgarrada, el velo interior del Templo se rasgó de arriba abajo por una mano invisible, y dejó expuesto a la mirada de la multitud un lugar que antes había sido llenado de la presencia de Dios. El Lugar Santísimo del Santuario terrenal ya no era sagrado.

Por todos lados, había terror y confusión. El sacerdote estaba a punto de sacrificar a la víctima, pero el cuchillo se cayó de su debilitada mano y el cordero escapó. El símbolo se había hecho realidad. El gran sacrificio había sido hecho. Un camino nuevo y vivo estaba preparado para todos. Desde ese momento, el Salvador oficiaría como Sacerdote y Abogado en el cielo de los cielos. “Con su propia sangre [...] entró en el Lugar Santísimo una sola vez y para siempre, y aseguró nuestra redención eterna” (Heb. 9:12).

Cómo la muerte de Cristo derrotó a Satanás

Cristo había cumplido la obra que vino a realizar y, con su último aliento, exclamó: “¡Todo ha terminado!” (Juan 19:30). Había ganado la batalla. Todo el cielo triunfó con la victoria del Salvador. Satanás supo que había perdido su reino. Jesús había realizado la gran obra de redención por los ángeles y los mundos caídos. Hasta el momento de la muerte de Cristo, Satanás se había cubierto tan bien de engaño que aun los seres santos no habían entendido sus principios ni veían claramente la naturaleza de su rebelión.

Lucifer había sido el querubín encubridor, la mayor de todas las criaturas. Había sido el primero en revelar los planes de Dios al universo. Después de que pecó, su poder para engañar fue aún mayor. Desenmascarar su carácter fue más difícil debido a la posición exaltada que tenía con el Padre.

Dios podría haber destruido a Satanás y a sus simpatizantes, pero no lo hizo. Solamente el gobierno de Satanás usa la fuerza y el poder para imponer las cosas. La autoridad del Señor descansa en su bondad, misericordia y amor. Él obra presentando estos principios. Su gobierno es mo-

ral, los poderes que se usan en él son la verdad y el amor.

En los concilios del cielo, Dios decidió que debían concederle tiempo a Satanás para demostrar los principios de su gobierno. Satanás había dicho que sus principios eran superiores a los de Dios. Así que Dios le dio tiempo para que se pudieran manifestar sus efectos y que el universo celestial lo viera. Por cuatro mil años, Cristo obró para elevar a la raza humana; Satanás, para arruinarla. Y el universo celestial lo vio todo.

Desde el momento en que Jesús apareció como un bebé en Belén, Satanás obró para destruirlo. Intentó prevenir que tuviese una niñez perfecta, una vida adulta sin errores, un ministerio santo y un sacrificio sin mancha, pero fue derrotado. No pudo hacer que Jesús pecase. Todos los esfuerzos de Satanás por vencerlo solo lograban resaltar su carácter puro.

Con interés intenso, el cielo y los mundos no caídos siguieron las escenas finales del conflicto. Escucharon su amargo grito: “¡Padre mío! Si es posible, que pase de mí esta copa de sufrimiento” (Mat. 26:39). Lo vieron sufriendo con una amargura que su-

peró lo que la gente experimenta en su última gran lucha con la muerte. El sudor sangriento brotó de sus poros y tres veces pidió en oración ser librado. El cielo no podía soportar más ver esto, por lo que se envió al Hijo de Dios un mensajero de consuelo.

La tierra es el escenario, el cielo es la audiencia

El cielo contempló a la Víctima traicionada y empujada con violencia de un tribunal a otro. Oyó las burlas de sus perseguidores y cómo uno de sus discípulos lo negó diciendo malas palabras. Vio al Salvador arrastrado de aquí para allá, del palacio al tribunal, llevado dos veces ante los sacerdotes, dos veces ante el Sanedrín, dos veces ante Pilato y una vez ante Herodes, insultado, azotado, condenado y llevado para ser crucificado.

El Cielo contempló con asombro a Cristo colgando de la cruz, mientras la sangre corría por su frente herida, sus manos y sus pies. Las heridas hechas por los clavos se desgarraban con el peso de su cuerpo, que colgaba de sus manos. Respiraba con dificultad bajo el peso de los pecados del mundo. Todo el cielo se llenó de asombro cuando Cristo oró en medio de su terrible sufrimiento: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. 23:34).

Los poderes de las tinieblas que rodeaban la cruz arrojaron una sombra infernal de incredulidad en los corazones de la gente que estaba allí reunida. Agentes satánicos indujeron al pueblo a creer que Cristo era el

peor de los pecadores y a detestarlo. Aquellos que se burlaron de Cristo estaban llenos del espíritu del primer gran rebelde. Él fue quien inspiró sus burlas. Pero Satanás no obtuvo nada de todo esto.

Si Cristo hubiese cedido ante Satanás en algún detalle con el fin de escapar de su terrible tortura, el enemigo habría triunfado. Cristo inclinó su cabeza y murió, pero se aferró firmemente a su fe. "Luego oí una fuerte voz que resonaba por todo el cielo: 'Por fin han llegado la salvación y el poder, el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo. Pues el acusador de nuestros hermanos, el que los acusa delante de nuestro Dios día y noche, ha sido lanzado a la tierra'" (Apoc. 12:10).

Satanás vio que su disfraz le había sido arrancado. Había demostrado que era un homicida. Al derramar la sangre del Hijo de Dios, él mismo destruyó cualquier simpatía que los seres celestiales hubieran tenido por él. Desde ese momento, ya no podría esperar a los ángeles del cielo que salían de las cortes celestiales ni acusar ante ellos a los seguidores de Cristo por estar vestidos de pecado. El último vínculo de simpatía entre Satanás y el mundo celestial se cortó para siempre.

Sin embargo, los ángeles ni siquiera entonces entendieron todo lo que estaba involucrado en la gran controversia. Los principios que estaban en juego tenían que ser revelados de forma más completa. Tanto los seres humanos como los ángeles debían ver el contraste entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas. Cada uno debía elegir a quién servir.

Al principio de la gran controversia, Satanás había declarado que la Ley de Dios no podía ser obedecida, que la justicia era incompatible con la misericordia y que, si la Ley había sido violada, era imposible que el pecador fuese perdonado. Si Dios anulaba el castigo por el pecado, Satanás diría que Dios no era un Dios de justicia. Cuando nuestros primeros padres violaron la Ley de Dios, Satanás declaró que esto probaba que la Ley no podía ser obedecida, y que la humanidad no podía ser perdonada. Como había sido desterrado del cielo después de su rebelión, Satanás decía que la raza humana también debía estar apartada para siempre del favor de Dios. En su opinión, Dios no podía ser justo y, al mismo tiempo, mostrar misericordia hacia el pecador.

Pero el hombre estaba en una situación diferente que la de Satanás. Lucifer había pecado en la luz de la gloria de Dios. Comprendiendo el carácter de Dios, Satanás igual eligió seguir su propia voluntad egoísta. No había nada más que Dios pudiese hacer para salvarlo. Sin embargo, los seres humanos habían sido engañados y sus mentes oscurecidas por el razonamiento sutil de Satanás. No conocían la altura y la profundidad del amor de Dios. Al observar su carácter, podrían ser atraídos nuevamente a Dios.

Cómo la justicia se mezcla con la misericordia

Mediante Jesús, la misericordia de Dios fue manifestada a la humanidad, pero la misericordia no deja

de lado la justicia. La Ley no podía ser cambiada, pero Dios se sacrificó a sí mismo en Cristo por nuestra redención. “Pues Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo” (2 Cor. 5:19).

La Ley requiere una vida justa, un carácter perfecto que no tenemos. Pero Cristo, como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Él ofrece estas cosas como dones gratuitos para todos los que quieran recibirlos. Su vida toma el lugar de la vida de ellos. Así tienen perdón por los pecados pasados. Además, Cristo llena su vida con las características de Dios. Edifica el carácter humano en semejanza al carácter divino. Así “lo hizo para que se cumpliera totalmente la exigencia justa de la ley a favor de nosotros” (Rom. 8:4). “[Dios] mismo es justo e imparcial, y declara a los pecadores justos a sus ojos cuando ellos creen en Jesús” (Rom. 3:26).

Había sido el propósito de Satanás divorciar la misericordia de la verdad y la justicia. Pero Cristo mostró que estas, en el plan de Dios, están unidas. La una no puede existir sin la otra. “La justicia y la paz se besaron” (Sal. 85:10).

Por medio de su vida y su muerte, Cristo demostró que la justicia de Dios no destruyó su misericordia, sino que el pecado podía ser perdonado, y que la Ley es justa y puede ser obedecida perfectamente. Las acusaciones de Satanás fueron refutadas.

Ahora Satanás presentaría otro engaño. Declaró que la muerte de Cristo abolía la Ley del Padre. Pero, si hubiese sido posible que la Ley cambiase o fuese abolida, entonces Cris-

to no habría necesitado morir. Invalidar la Ley significaría inmortalizar el pecado y colocar al mundo bajo el control de Satanás. Debido a que la Ley era inalterable, Jesús murió en la cruz. Sin embargo, los mismos medios por los cuales Cristo confirmó la Ley fueron usados por Satanás para destruirla. Este será el foco del último conflicto en la gran controversia.

El “nuevo modelo” de mentira de Satanás

Hoy Satanás asevera que una porción de la Ley que fue pronunciada por la propia voz de Dios ha sido puesta a un lado. Él no necesita atacar toda la Ley. Si puede llevar a la gente a descuidar uno de los Mandamientos, ya logró su objetivo. “Pues el que obedece todas las leyes de Dios menos una es tan culpable como el que las desobedece todas” (Sant. 2:10). Al aceptar romper un Mandamiento, la gente se pone bajo el poder de Satanás. En relación al gran poder apóstata, el representante de Satanás, la profecía declara:

“Hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano”.

Daniel 7:25 (RVR).

Los seres humanos crearán leyes que irán en contra de las leyes de Dios. En su celo por hacer cumplir estas leyes, oprimirán a sus semejantes.

La guerra contra la Ley de Dios continuará hasta el fin del tiempo.

Cada uno tendrá que elegir entre la Ley de Dios y las leyes humanas. Habrá solamente dos clases de personas. Cada carácter se desarrollará por completo. Todos demostrarán si han elegido el lado de la lealtad o de la rebelión.

Y entonces vendrá el fin. Dios probará que su Ley es justa y librára a su pueblo. Cortará a Satanás y a todos los que se hayan unido a él en rebelión. El pecado y los pecadores morirán, desde las raíces hasta las ramas. (Mal. 4:1).

Este no es un acto de poder arbitrario de parte de Dios. Los que rechazan su misericordia cosechan lo que plantaron. Dios es la Fuente de vida y, cuando las personas eligen el pecado, se alejan de la vida. Cristo dice: “Todos los que me odian aman la muerte” (Prov. 8:36). Dios les da la existencia por un tiempo para que puedan desarrollar sus caracteres y manifestar sus principios. Cuando esto sucede, reciben los resultados de sus propias decisiones. Satanás y todos los que se unen a él quedan tan fuera de armonía con Dios que la sola presencia de su amor los destruirá.

Al principio del gran conflicto, los ángeles no entendían esto. Si Satanás y sus seguidores hubiesen muerto en ese entonces, en las mentes de los ángeles habrían quedado dudas acerca de la bondad de Dios, como una mala semilla, lista para producir su fruto de pecado mortal.

Pero no sucederá así cuando el gran conflicto termine. En ese entonces, cuando el plan de redención haya sido completado, el carácter de Dios quedará revelado claramente

a todas las inteligencias creadas. Se verá que los principios de su Ley son perfectos e inamovibles. El pecado revelará su naturaleza; y Satanás, su carácter. El exterminio del pecado probará el amor de Dios y establecerá su honor ante el universo.

Teniendo en cuenta todo esto, los ángeles podían regocijarse al mirar la cruz del Salvador. Aunque no enten-

dían todo en ese momento, sabían que la destrucción de Satanás y la redención humana estaban garantizadas, y que el universo quedaba seguro eternamente.

Cristo mismo esperaba con ansias todos estos resultados de su sacrificio cuando en la cruz gritó: "¡Todo ha terminado!"

Jesús descansa en la tumba de José

Por fin había terminado el largo día de vergüenza y tortura. Mientras el sol se ponía y daba comienzo al sábado, el Hijo de Dios descansaba en la tumba de José con su obra terminada.

Al principio, el Padre y el Hijo habían descansado el sábado después de su obra creadora (Gén. 2:1). Todos los seres celestiales se regocijaron al ver la gloriosa escena. Ahora, Jesús descansaba de la obra de la redención y, aunque había pena entre aquellos que lo amaban en la tierra, había gozo en el cielo. Dios y los ángeles vieron a la raza redimida que, luego de vencer el pecado, no podría caer nunca más. Este fue el resultado de la obra completa de Cristo.

Cuando sea “el tiempo de restauración final de todas las cosas” (Hech. 3:21), el sábado de la creación, el día en el cual Jesús reposó en la tumba de José, aún será un día de reposo y regocijo. “De un sábado a otro” (Isa. 66:23, NVI), las naciones de los salvos se postrarán en gozosa adoración a Dios y al Cordero.

Los eventos finales del día de la crucifixión mostraron nuevas evidencias de la divinidad de Cristo. Cuando el Salvador exhaló su últi-

mo grito de agonía, otra voz habló, que decía: “¡Este hombre era verdaderamente el Hijo de Dios!” (Mat. 27:54).

Estas palabras no fueron dichas en susurro. ¿Quién había hablado? Era el centurión, el soldado romano. La paciencia divina del Salvador, su muerte repentina y el grito de victoria en sus labios habían impactado a este pagano. En el cuerpo quebrantado que colgaba de la cruz, el centurión reconoció al Hijo de Dios. En el mismo día de la muerte del Redentor, tres hombres habían declarado su fe: el que comandaba la guardia romana, el que llevó la cruz de Jesús y el ladrón crucificado a su lado.

Al acercarse la noche, una quietud sorprendente se posó sobre el Calvario. Muchos habían ido a la crucifixión por curiosidad, no por odio hacia Cristo. Sin embargo, veían a Cristo como un criminal. Bajo la excitación sobrenatural, se habían unido en los gritos contra él. Pero cuando la tierra quedó envuelta en oscuridad, se sintieron culpables de un gran mal. Cuando la oscuridad se levantó, volvieron a sus casas en silencio solemne, convencidos de que las acusaciones de los sacerdotes

eran falsas y de que Jesús no era un mentiroso. Unas semanas más tarde, cuando Pedro predicó en el Día de Pentecostés, fueron parte de los miles que se convirtieron a Cristo.

Pero los líderes judíos no cambiaron; su odio no había disminuido. La oscuridad que había en el momento de la crucifixión no era más densa que la que seguía ensombreciendo sus mentes. La naturaleza inanimada había conocido a Cristo y era testigo de su divinidad. Pero los sacerdotes y príncipes de Israel no reconocieron al Hijo de Dios. Habían matado a Jesús y, aun en la hora de su aparente triunfo, las dudas los molestaban. ¿Qué sucedería a continuación? Habían oído el grito: “¡Todo ha terminado!” (Juan 19:30). Habían sentido el tremendo terremoto y ahora no estaban en paz. Temían al Cristo muerto mucho más de lo que habían temido al Cristo vivo. Tenían miedo de cualquier mención de los eventos que habían sucedido durante su crucifixión. Por ninguna razón, permitirían que su cuerpo permaneciera en la cruz durante el sábado. Que los cuerpos colgasen de la cruz violaría la santidad del sábado. Así que, usando esto como una excusa, los líderes judíos solicitaron a Pilato que apurase la muerte de las víctimas y quitara los cuerpos antes de la puesta del sol.

Pilato estuvo de acuerdo, y los soldados quebraron las piernas de los dos ladrones para apresurar su muerte. Los rudos soldados, enternecidos por lo que habían oído y visto de Cristo, no quebraron sus piernas. Esto cumplió la ley de la Pascua: “No dejará nada del cordero para el

día siguiente, ni quebrará ninguno de sus huesos” (Núm. 9:12).

Los sacerdotes y príncipes estaban asombrados al descubrir que Cristo estaba muerto. Nunca habían oído que una persona crucificada muriera en las primeras seis horas después de su crucifixión. Los sacerdotes querían asegurarse de la muerte de Jesús y, por sugerencia de ellos, un soldado clavó la lanza en el costado del Salvador. De la herida salieron dos líquidos diferentes: sangre y agua.

Juan dice: “Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante le brotó sangre y agua. El que lo vio ha dado testimonio de ello, y su testimonio es verídico [...] Estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: ‘No le quebrarán ningún hueso’ y, como dice otra Escritura: ‘Mirarán al que han traspasado’” (Juan 19:34-37, NVI).

Después de la resurrección, los sacerdotes hicieron circular el rumor de que Cristo no había muerto en la cruz, que solamente se había desmayado y, más tarde, había revivido. La acción de los soldados romanos prueba que él ya estaba muerto. Si su vida no hubiese estado ya extinta, esta herida le habría causado una muerte instantánea.

Pero no fue la lanza clavada ni el dolor de la cruz lo que causó la muerte de Jesús. Ese “fuerte grito” (Mar. 15:37) al momento de su muerte, junto con la sangre y el agua, declaran que murió de un corazón quebrantado; quebrantado por la angustia mental, asesinado por el pecado del mundo.

El desánimo de los discípulos

Con la muerte de Cristo, las esperanzas de sus discípulos también murieron. Hasta el último instante, no habían creído que moriría; apenas si podían creer que estaba realmente muerto. Estaban llenos de dolor y no había nada de lo que él hubiese dicho que les diera consuelo ahora. Su fe en Jesús había muerto, pero nunca habían amado a su Señor como ahora, nunca habían sentido tanto la necesidad de su presencia.

Los discípulos de Cristo anhelaban darle una sepultura digna, pero no sabían cómo lograr esto. A la gente condenada a muerte por traición contra el imperio romano se le asignaba un lugar de entierro para criminales. Juan y las mujeres de Galilea no podían dejar que el cuerpo de su Maestro fuese manoseado por soldados insensibles y enterrado en una tumba deshonrosa. Sin embargo, no podían esperar favores de las autoridades judías, y tampoco tenían influencia con Pilato.

En esta emergencia, José de Arimatea y Nicodemo vinieron a ayudar a los discípulos. Ambos eran miembros del Sanedrín, estaban muy bien económicamente, eran influyentes y conocían a Pilato. Tenían la determinación de que Jesús recibiese una sepultura digna.

Una ayuda inesperada

José fue valientemente a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se enteró en ese momento que Jesús estaba muerto. Se le había estado ocultando a propósito que había

muerto. Cuando oyó el pedido de José, envió a llamar al centurión que había estado encargado de la crucifixión y este le informó de los eventos del Calvario, confirmando el testimonio de José.

José volvió con la autorización de Pilato para retirar el cuerpo de Cristo, y Nicodemo trajo una mezcla cara de mirra y áloe para embalsamarlo, que pesaba unos 33 kilos. El hombre más honrado en todo Jerusalén no hubiese recibido más honra en su muerte. Los discípulos estaban asombradísimos.

Ni José ni Nicodemo habían aceptado al Salvador abiertamente mientras vivía. Un paso como ese los habría excluido del Sanedrín, y ellos habían esperado protegerlo por su influencia en los concilios. Pero los astutos sacerdotes habían hecho que sus planes fuesen inútiles. Jesús había sido condenado cuando José y Nicodemo estuvieron ausentes. Ahora, estos dos hombres ya no ocultaron su relación con él. Vinieron valientemente en ayuda de los pobres discípulos.

Con bondad y reverencia, quitaron el cuerpo de Jesús de la cruz con sus propias manos. Lágrimas de simpatía caían al mirar su figura golpeada y herida. José tenía una tumba nueva, labrada en una roca, reservada para sí mismo. Pero estaba cerca del Calvario, y él decidió prepararla para Jesús. Allí, con ayuda de Juan, enderezaron los brazos y piernas heridos, y cruzaron sus brazos lastimados sobre su pecho sin vida. Hicieron rodar la pesada piedra sobre la entrada de la tumba y el Salvador fue dejado en reposo.

Mientras las sombras nocturnas comenzaban a aparecer, María Magdalena y las otras Marías permanecieron alrededor del lugar de reposo de su Señor. Derramaban lágrimas de dolor. “Luego volvieron a casa y [...] descansaron el sábado, conforme al mandamiento” (Luc. 23:56, NVI).

Los discípulos, los sacerdotes, los príncipes, los escribas y el pueblo nunca olvidarían ese sábado. Los judíos observaron la Pascua como lo habían hecho por siglos, mientras aquel a quien esa fiesta señalaba reposaba en la tumba de José. Los adoradores llenaron los atrios del Templo. El sumo sacerdote estaba ahí, vestido espléndidamente. Los sacerdotes, llenos de actividad, realizaban sus tareas.

Pero algunos de los que asistieron no estaban tranquilos mientras la sangre de becerros y machos cabríos era ofrecida por el pecado. No eran conscientes de que el símbolo había llegado a su cumplimiento, de que un sacrificio infinito había sido ofrecido por los pecados del mundo. Nunca antes habían asistido a esta fiesta y sus servicios con tantos sentimientos encontrados. Una sensación de extrañeza reposaba sobre todo. El Lugar Santísimo había estado siempre guardado de intrusos, pero ahora, con el pesado velo rasgado de arriba abajo, estaba abierto ante todo ojo. Ya no era un lugar reconocido por el Señor. La exposición del Lugar Santísimo llenaba a los sacerdotes con el miedo de una desgracia próxima.

Muchos deciden estudiar la Biblia

En el tiempo que pasó entre la crucifixión y la resurrección, muchos ojos insomnes estudiaron las profecías, algunos para encontrar evidencia de que Jesús no era quien decía ser, y otros buscando pruebas de que él era el verdadero Mesías. Aunque buscaban con objetivos diferentes en mente, todos estaban convencidos de la misma verdad: la profecía se había cumplido; el Crucificado era el Redentor del mundo. Muchos nunca volvieron a participar de los ritos de la Pascua. Incluso entre los sacerdotes, muchos buscaron las profecías y, luego de su resurrección, reconocieron a Jesús como el Hijo de Dios.

Nicodemo recordaba las palabras dichas aquella noche en el Monte de los Olivos: “Como levantó Moisés la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna” (Juan 3:14, 15). Las palabras que Jesús le había dicho ya no eran misteriosas. Sintió que había perdido mucho al no relacionarse con el Salvador durante su vida. La oración de Cristo por sus asesinos y su respuesta al ladrón moribundo hablaron al corazón de este educado consejero. Nuevamente, escuchó ese último grito: “¡Todo ha terminado!”, dado como las palabras de un Vencedor. Su fe estaba afirmada para siempre. El evento que había destruido las esperanzas de los discípulos convenció a José y a Nicodemo de la divinidad de Jesús.

Cristo nunca había atraído tanta atención de las multitudes como ahora que descansaba en la tumba.

La gente traía a sus enfermos a los atrios del Templo. Por todos lados, decían: “¡Queremos a Cristo, el sanador!” Las amigables manos de Jesús, que nunca se habían negado a tocar al repugnante leproso, estaban cruzadas sobre su pecho. Los labios que habían contestado sus peticiones con las consoladoras palabras: “Sí, quiero. ¡Queda sano!” (Mat. 8:3) estaban callados. Muchos estaban decididos a recuperar al Cristo vivo y tenerlo entre ellos nuevamente. Con perseverante fervor, preguntaban por él. Pero los dirigentes fueron apartándolos de los atrios del Templo, y se asignaron soldados para impedir que las multitudes entraran con sus enfermos y moribundos.

Los que sufrían quedaron golpeados por la decepción y la tristeza. Los enfermos morían por falta del toque sanador de Jesús. Ningún médico podía ayudar. Nadie tenía la habilidad que tenía el que dormía en la tumba de José.

A miles de mentes llegó la convicción de que la gran Luz se había ido de este mundo. Sin Cristo, la tierra era oscuridad. Muchas de las voces que se habían unido al grito: “¡Crucifícalo, crucifícalo!” ahora se daban cuenta de la desgracia que había caído sobre ellos. Cuando la gente se enteró de que los sacerdotes habían dado muerte a Jesús, comenzaron a investigar. Los detalles de su juicio fueron reservados en secreto tanto como fue posible, pero los informes acerca de la inhumanidad de los sacerdotes y príncipes circulaban por todos lados. La gente de intelecto pidió a estos sacerdotes y príncipes que explicaran las profecías relacio-

nadas con el Mesías. Mientras trataban de crear alguna mentira como respuesta, parecía que habían perdido la cordura. No podían explicar las profecías que señalaban los sufrimientos y la muerte de Cristo.

Los sacerdotes sabían que se enfrentaban a una fuerte crítica del pueblo. Los que habían sido influenciados en contra de Jesús ahora estaban horrorizados por su propia obra vergonzosa. Estos sacerdotes temblaban de miedo de que Cristo mismo resucitase de los muertos y apareciese ante ellos nuevamente. Recordaban que había dicho: “Destruyan este templo y en tres días lo levantaré” (Juan 2:19). Judas les había repetido las palabras dichas por Jesús a los discípulos durante el último viaje a Jerusalén: “Subimos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre será traicionado y entregado a los principales sacerdotes y a los maestros de la ley religiosa. Lo condenarán a muerte. Luego lo entregarán a los romanos para que [...] lo crucifiquen; pero al tercer día, se levantará de los muertos” (Mat. 20:18, 19). Recordaban que, hasta ahora, las predicciones de Cristo se habían cumplido. ¿Quién podía decir que esto no sucedería como había sido predicho?

Anhelaban apartar estos pensamientos, pero no podían. La imagen de Cristo importunaba sus pensamientos: calmo y sin quejas ante sus enemigos, soportando las burlas y el maltrato sin decir una palabra. Sentían una convicción poderosa de que era el Hijo de Dios. En cualquier momento, él podía aparecer frente a ellos, el acusado convertido en acu-

sador, el muerto demandando justicia con la muerte de sus asesinos.

Aunque no querían entrar por las puertas de un edificio de gentiles por temor a la contaminación, celebraron un concilio ese sábado para decidir qué hacer con el cuerpo de Cristo. “Los jefes de los sacerdotes y los fariseos se presentaron ante Pilato y dijeron: ‘Señor, nosotros recordamos que mientras ese engañador aún vivía, dijo: ‘A los tres días resucitaré’. Por eso, ordene usted que se selle el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, se roben el cuerpo y le digan al pueblo que ha resucitado. Ese último engaño sería peor que el primero’. Pilato les dijo: ‘Llévense una guardia de soldados y vayan a asegurar el sepulcro lo mejor que puedan’ ” (Mat. 27:62-65).

Los sacerdotes dieron instrucciones para asegurar el sepulcro. Una

gran piedra había sido colocada delante de la abertura. Por sobre esta piedra, cruzaron unas sogas que fueron amarradas a la roca sólida y estaban selladas con el sello romano. Entonces, se colocó una guardia de cien soldados alrededor del sepulcro para prevenir que alguien la tocara. Jesús estaba precintado tan seguramente en su tumba como si hubiese de permanecer allí para siempre.

Pero los mismos esfuerzos hechos para impedir la resurrección de Cristo son los argumentos más convincentes para probarla. Cuanto mayor fuese el número de soldados colocados en derredor de la tumba, tanto más manifiesto sería el testimonio de que había resucitado. El poder romano no tenía verdadero poder para retener al Señor de la vida dentro de la tumba. La hora de su liberación estaba cerca.

Capítulo 81

“El Señor ha resucitado”

Este capítulo se basa en Mateo 28:2 al 4, y 11 al 15.

La noche del primer día de la semana había pasado lentamente. Cristo aún estaba prisionero en su tumba. El precinto romano estaba intacto; los guardias romanos estaban atentos en su puesto. Si hubiese sido posible, el príncipe de las tinieblas hubiese mantenido cerrada para siempre la tumba que contenía al Hijo de Dios. Pero los ángeles celestiales, poderosos en fortaleza, estaban esperando para darle la bienvenida al Príncipe de la vida.

“¡De repente, se produjo un gran terremoto! Pues un ángel del Señor descendió del cielo” (Mat. 28:2, NVI). Los brillantes rayos de la gloria de Dios iluminaron su camino. “Su rostro brillaba como un relámpago, y su ropa era blanca como la nieve. Los guardias temblaron de miedo cuando lo vieron y cayeron desmayados por completo”.

Este mensajero era el ángel que ocupa la posición que Satanás perdió. Cuando corrió la piedra, parecía que el cielo estaba descendiendo a la tierra. Los soldados lo vieron remover la roca como si fuera una piedrita, y lo oyeron exclamar: “Hijo de Dios, sal fuera; tu Padre te está llamando”. Vieron a Jesús salir de la tumba y lo escucharon proclamar sobre la tum-

ba abierta: “Yo soy la resurrección y la vida”. Mientras salía en gloria y majestad, la multitud de ángeles lo recibió con cantos de alabanza.

Al ver a los ángeles y al Salvador glorificado, la guardia romana había desmayado y quedado como muerta. Cuando dejaron de ver la procesión celestial, se levantaron y, tambaleando como borrachos, corrieron hacia la ciudad y contaron las maravillosas noticias a aquellos que veían. Cuando estaban yendo hacia donde se encontraba Pilato, los sacerdotes y príncipes mandaron que los buscasen y se reunieran primero con ellos. Temblando de miedo, con rostros pálidos, los soldados contaron todo, tal como había sucedido. Dijeron: “¡Era el Hijo de Dios que fue crucificado; hemos oído un ángel proclamarlo como la Majestad del cielo, el Rey de gloria!”

Caifás insta a dar un engaño

Caifás intentó hablar. Sus labios se movían, pero no salía sonido de su boca. Los soldados estaban a punto de partir cuando Caifás, finalmente, pudo hablar. Dijo: “Esperen, esperen. No le digan a nadie lo que vieron”.

Los sacerdotes les dijeron: “Díganles que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos”. Aquí los sacerdotes se pisaron solos. Si los soldados estaban dormidos, ¿cómo podrían saber lo que había sucedido? Y si se comprobaba que los discípulos eran culpables de robar el cuerpo de Cristo, ¿no serían los sacerdotes los primeros en condenarlos? O si lo centinelas se hubiesen dormido, ¿no habrían sido los sacerdotes los primeros en acusarlos ante Pilato?

Los soldados estaban horrorizados por la idea. Dormirse en su función era un delito que se castigaba con la muerte. ¿Debían mentir y poner sus propias vidas en peligro?

Los sacerdotes prometieron proteger la seguridad de la escolta diciendo que Pilato tampoco quería que un informe así estuviese circulando. Los soldados romanos vendieron su integridad por dinero. Fueron a los sacerdotes con un sorprendente mensaje de verdad. Salieron con dinero y un informe mentiroso en sus lenguas.

Mientras tanto, el informe de que Cristo había resucitado llegó a Pilato. Aunque había condenado al Salvador involuntariamente, no había sentido verdadero arrepentimiento hasta ahora. Lleno de terror, se encerró en su casa, decidido a no ver a nadie. Pero los sacerdotes lograron presentarse ante él e insistieron en que pasara por alto el descuido al deber de los centinelas. Luego, él mismo cuestionó a la escolta de forma privada. Ellos no se atrevieron a ocultarle nada, y Pilato logró que le dieran un informe de todo lo que ha-

bía sucedido. No tomó medidas legales pero, desde ese momento, nunca más tuvo paz.

Al condenar a muerte a Cristo, los sacerdotes se habían convertido en herramientas de Satanás. Ahora, estaban completamente en su poder, enredados en una trampa de la cual no veían otro escape que no fuese continuar su guerra contra Cristo. La única esperanza para ellos era probar que Cristo era un engañador, negando que había resucitado. Sobornaron a los soldados y obtuvieron el silencio de Pilato.

Pero había testigos que no podían ser silenciados. Muchos habían oído el testimonio de los soldados acerca de la resurrección de Cristo. Y algunos de los muertos que habían salido de las tumbas con Cristo aparecieron a muchos y declararon que él había resucitado. Los sacerdotes y príncipes continuamente tenían miedo de que, al caminar por las calles o dentro de la privacidad de sus casas, se enfrentaran cara a cara con Cristo. Los cerrojos y pestillos no eran protección suficiente contra el Hijo de Dios. De día y de noche veían ante ellos la terrible escena del momento cuando gritaron: “¡Nos haremos responsables de su muerte, nosotros y nuestros hijos!” (Mat. 27:25).

La garantía de nuestra resurrección

Cuando la voz del poderoso ángel se oyó junto a la tumba de Cristo, diciendo: “Tu Padre te llama”, el Salvador salió de la tumba gracias a la vida que había en él. Cristo había proclamado triunfalmente: “Yo soy la resurrección y la vida”.

Únicamente la Deidad podía pronunciar esas palabras. Todos los seres creados dependen de Dios. Solo quien es uno con Dios puede decir: "Puedo entregar mi vida para volver a tomarla" (Juan 10:18).

Cristo resucitó de los muertos como primicias de los que durmieron, y su resurrección sucedió el mismo día en que el manojito de grano debía ser levantado delante del Señor. Por más de mil años, cuando la gente subía a Jerusalén para la Pascua, las primeras espigas de grano se levantaban ante el Señor como una ofrenda de gratitud. La cosecha no podía continuar hasta que esto fuera presentado. Este manojito dedicado a Dios representaba la cosecha. Así que, la resurrección de Cristo es la representación y garantía de la resurrección de todos los muertos justos. "Pues, ya que creemos que Jesús murió y resucitó, también creemos que cuando Jesús vuelva, Dios traerá junto con él a los creyentes que han yanz muerto" (1 Tes. 4:14).

Muchos resucitaron con Jesús

Al resucitar, Cristo levantó de la tumba a una multitud de cautivos (ver Mat. 27:52). Hubo algunos que habían dado su testimonio en favor de la verdad a costa de su vida. Ahora eran testigos de quien los había resucitado de los muertos.

Durante su ministerio, Jesús había resucitado a algunos muertos. Pero estos no fueron vestidos de inmortalidad. Todavía estaban sujetos a la muerte. Sin embargo, aquellos

que salieron de la tumba el día de la resurrección de Cristo fueron resucitados para vida eterna. Más tarde, ascenderían al cielo como trofeos de su victoria sobre la muerte y la tumba; pero ahora fueron a la ciudad y aparecieron a muchos, declarando: "Cristo ha resucitado de los muertos y nosotros resucitamos con él". Los resucitados redimidos fueron testigos de la verdad de las palabras: "Pero los que duermen en el Señor vivirán; ¡sus cuerpos se levantarán otra vez!" (Isa. 26:19).

En nuestro Salvador se restaura la vida que se había perdido a causa del pecado. Él tiene el derecho de dar inmortalidad. Dijo: "Mi propósito es darles una vida plena y abundante" (Juan 10:10). "Todo el que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final" (Juan 6:54). Para el cristiano, la muerte es solo un sueño, un momento de silencio y oscuridad. "Cuando Cristo, quien es la vida de ustedes, sea revelado a todo el mundo, ustedes participarán de toda su gloria" (Col. 3:4).

La Voz que clamó desde la cruz: "¡Todo ha terminado!" llegará hasta los sepulcros y abrirá las tumbas, y los muertos en Cristo resucitarán. En la resurrección del Salvador, solo algunas tumbas fueron abiertas, pero en su segunda venida todos los muertos preciosos escucharán su voz y saldrán a gloriosa vida inmortal. El mismo poder que resucitó a Cristo de los muertos levantará a su iglesia por encima de todos los poderes, no solamente de este mundo, sino también del mundo venidero.

Capítulo 82

“Mujer, ¿por qué lloras?”

*Este capítulo se basa en Mateo 28:1, y 5 al 8; Marcos 16:1 al 8;
Lucas 24:1 al 12; Juan 20:1 al 18.*

El primer día de la semana, muy temprano, las mujeres que habían estado al lado de la cruz se dirigieron a la tumba para ungir el cuerpo del Salvador. No pensaron en su resurrección de los muertos. El sol de sus esperanzas se había puesto. No recordaron sus palabras: “Volveré a verlos” (Juan 16:22).

Ignorando lo que ya había sucedido, se acercaron al huerto diciendo: “¿Quién nos moverá la piedra de la entrada del sepulcro?” De repente, los cielos se iluminaron de gloria. La tierra tembló. La gran piedra había sido removida. ¡La tumba estaba vacía!

María Magdalena fue la primera en llegar al lugar. Al ver que la piedra había sido movida, se apresuró a contarles a los discípulos. Mientras tanto, las otras mujeres llegaron. Una luz estaba brillando alrededor de la tumba, pero el cuerpo de Jesús no estaba ahí.

Mientras se demoraban en el lugar, vieron de repente que no estaban solas. Un joven vestido de ropas resplandecientes estaba sentado al lado de la tumba. Era el ángel que había corrido la piedra. Había tomado forma humana para no alarmar a estas amigas de Jesús. Sin embargo,

la luz de la gloria celestial todavía brillaba a su alrededor, y las mujeres tuvieron miedo. “¡No teman! Sé que buscan a Jesús, el que fue crucificado. ¡No está aquí! Ha resucitado tal como dijo que sucedería. Vengan, vean el lugar donde estaba su cuerpo. Y ahora, vayan rápidamente y cuéntenles a sus discípulos que ha resucitado”.

Miraron dentro de la tumba, y otro ángel en forma humana dijo: “¿Por qué buscan entre los muertos a alguien que está vivo? ¡Él no está aquí! ¡Ha resucitado! Recuerden lo que les dijo en Galilea, que el Hijo del Hombre debía ser traicionado y entregado en manos de hombres pecadores, y ser crucificado, y que resucitaría al tercer día”.

Las mujeres ahora lo recordaron. ¡Él había dicho que iba a resucitar! ¡Qué día maravilloso! “Las mujeres se fueron a toda prisa. Estaban asustadas pero a la vez llenas de gran alegría, y se apresuraron para dar el mensaje del ángel a los discípulos”.

María no había oído las buenas noticias. Fue hacia donde estaban Pedro y Juan con el triste mensaje: “¡Sacaron de la tumba el cuerpo del Señor, y no sabemos dónde lo pusie-

ron!” Los discípulos se apresuraron para llegar a la tumba y vieron el sudario y las vendas, pero no encontraron a su Señor. Sin embargo, había evidencia de que había resucitado. El lienzo y las vendas no estaban tirados desprolijamente, sino que estaban cuidadosamente doblados, cada uno en su lugar. Juan “vio y creyó”. Ahora recordaba las palabras con las que el Salvador había predicho su resurrección.

Cristo mismo había colocado esas telas con tanto cuidado. Mientras el poderoso ángel del cielo corría la piedra, otro entró a la tumba y desató las envolturas del cuerpo de Jesús. Pero fue la mano del Salvador que dobló cada una y las colocó en su lugar. A la vista de aquel que guía las estrellas y los átomos, no hay nada sin importancia.

María había seguido a Juan y Pedro hasta la tumba. Cuando estos volvieron a Jerusalén, ella se quedó ahí. El dolor llenaba su corazón. Al mirar dentro de la tumba vacía, vio dos ángeles, uno a la cabeza y otro a los pies del lugar donde había estado el cuerpo de Jesús. Le preguntaron: “Apreciada mujer, ¿por qué lloras?” Ella contestó: “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto”.

Pensando que debía encontrar a alguien que le pudiera decir lo que había sucedido con el cuerpo, dio la vuelta para irse. Otra voz se dirigió a ella: “Apreciada mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” Con ojos nublados por el llanto, María vio a un hombre y, pensando que era el jardinero, le dijo: “Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo puso,

y yo iré a buscarlo”. Si la tumba de este hombre rico era considerada demasiado noble para Jesús, ella misma podía darle un lugar. Había un sepulcro que la voz misma de Cristo había dejado desocupado: el sepulcro donde habían colocado a Lázaro.

Pero ahora Jesús le dijo en tono familiar: “¡María!” Dándose vuelta, ¡vio frente a ella al Cristo vivo! Lanzándose hacia él como para abrazar sus pies, dijo: “¡Raboní! (que en hebreo significa ‘Maestro’).” Pero Cristo alzó su mano y dijo: “No te aferres a mí [...], porque todavía no he subido al Padre; pero ve a buscar a mis hermanos y diles: ‘Voy a subir a mi Padre y al Padre de ustedes, a mi Dios y al Dios de ustedes’”. María se puso en camino con el gozoso mensaje.

Jesús rechazó el homenaje de su pueblo hasta que hubiera ascendido a las cortes celestiales y oído a Dios mismo asegurarle que su expiación por nuestros pecados había sido más que suficiente, que por medio de su sangre todos podrían tener vida eterna. El Padre certificó el pacto hecho con Cristo, que recibiría a hombres y mujeres arrepentidos y obedientes, y los amaría así como ama a su Hijo. Todo poder en el cielo y la tierra fue dado al Príncipe de la vida, y este volvió a sus discípulos que estaban en un mundo de pecado, para que pudiese darles poder y gloria.

Cuando el Salvador estaba en la presencia de Dios, recibiendo dones para su iglesia, los discípulos hacían duelo y lloraban. El día de regocijo para todo el cielo fue un día de confusión y perplejidad para ellos. Su desconfianza al oír el testimonio de las mujeres muestra cuánto habían

perdido la fe. No podían creer las noticias. Pensaban que era demasiado bueno para ser verdad. Habían oído tanto acerca de las supuestas teorías científicas de los saduceos que apenas sabían podría significar la resurrección de los muertos.

Los ángeles habían dicho a las mujeres: “Vayan y cuéntenles a sus discípulos, incluido Pedro, que Jesús va delante de ustedes a Galilea. Allí lo verán, tal como les dijo antes de morir”. El mensaje de estos ángeles a los discípulos debería haberlos convencido de que era verdad. Palabras como esas podían venir solamente de los mensajeros del Señor resucitado.

Desde la muerte de Cristo, Pedro había quedado postrado por el remordimiento. La forma vergonzosa en que negó al Señor estaba siempre presente en su mente. De todos los discípulos, él fue quien había sufrido más amargamente. El mensaje de los ángeles le dio la seguridad de que su arrepentimiento había sido aceptado. Lo habían mencionado por nombre.

Cuando María Magdalena les dijo a los discípulos que había visto al Señor, repitió el llamado de ir a encontrarlo en Galilea. Y se les envió el mensaje aun una tercera vez. Después de que Jesús ascendió al Padre, apareció a las otras mujeres y les dijo: “Digan a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán”.

La primera obra de Cristo luego de su resurrección fue convencer a sus discípulos de que su amor y cuidado tierno por ellos no había disminuido. Quería acercar aún más los vínculos de amor con que los rodeaba. Dijo: “Vayan y digan a mis hermanos que vayan a Galilea, y allí me verán”.

Pero aún así los discípulos no podían deshacerse de su duda y perplejidad. Aun cuando las mujeres habían dicho que habían visto al Señor, los discípulos pensaron que era pura ilusión.

Parecía que una dificultad se sumaba a otra. Habían visto a su Maestro morir, se habían visto privados de su cuerpo, y estaban acusados de haberlo robado con el propósito de engañar a la gente. Tenían poca esperanza de corregir esos falsos rumores que cada vez se hacían más populares. Temían el odio de los sacerdotes y el enojo del pueblo. Anhelaban la presencia de Jesús.

A menudo repitieron las palabras: “Teníamos la esperanza de que fuera el Mesías que había venido para rescatar a Israel” (Luc. 24:21). Solos y con el corazón herido, se reunieron en el aposento alto. Cerraron las puertas y las atrancaron, porque sabían que en cualquier momento el destino de su amado Maestro podía llegar a ser el suyo.

Y todo este tiempo podrían haber estado regocijándose por saber que su Salvador estaba resucitado. Muchos hacen hoy lo que los discípulos hicieron. El Salvador está cerca de ellos, pero sus ojos cegados por las lágrimas no lo reconocen. Él les habla, pero no entienden.

“Y ahora, vayan rápidamente y cuéntenles a sus discípulos que ha resucitado”. No mires la tumba vacía. Que de corazones agradecidos y de labios tocados por el Espíritu Santo salga la alegre melodía: ¡Cristo ha resucitado! Él vive e intercede por nosotros.

De camino a Emaús

Este capítulo se basa en Lucas 24:13 al 33.

Al atardecer del día de la resurrección, dos de los discípulos iban camino a Emaús, una pequeño poblado situado a unos doce kilómetros de Jerusalén. Habían ido a la ciudad para observar la Pascua, y se habían quedado muy preocupados por los eventos recientes. Habían oído las noticias de que el cuerpo de Cristo había sido sacado de la tumba, y también el informe de las mujeres que habían visto a los ángeles y se habían encontrado con Jesús. Ahora, al regresar a sus casas, hablaban acerca de las escenas del juicio y la crucifixión. Nunca antes se habían sentido tan desanimados.

En su viaje se les unió un extraño, pero estaban tan absortos en su melancolía que no lo observaron con mucha atención. Continuaron expresando los pensamientos que estaban en sus corazones, comentando las lecciones dadas por Cristo que les costaba entender. Jesús anhelaba consolarlos. Entendía las ideas conflictivas y confusas que los hacían pensar “¿Puede este hombre, que permitió ser tan humillado, ser el Cristo?” Ellos lloraban; Jesús anhelaba secar sus lágrimas y llenarlos con gozo y alegría. Pero primero debía enseñarles lecciones que nunca olvidarían.

“Él les preguntó: ‘¿De qué vienen discutiendo tan profundamente por el camino?’ Se detuvieron de golpe, con sus rostros cargados de tristeza. Entonces uno de ellos, llamado Cleofas, contestó: ‘Tú debes de ser la única persona en Jerusalén que no oyó acerca de las cosas que han sucedido allí en los últimos días’”. Le contaron acerca de su decepción respecto a su Maestro, “un profeta que hizo milagros poderosos, y también era un gran maestro a los ojos de Dios y de todo el pueblo. Sin embargo, los principales sacerdotes y otros líderes religiosos lo entregaron para que fuera condenado a muerte, y lo crucificaron”. Con labios temblorosos, añadieron: “Nosotros teníamos la esperanza de que fuera el Mesías que había venido para rescatar a Israel. Todo esto sucedió hace tres días”.

Era extraño que ellos no recordaran las palabras de Cristo; que él había predicho que resucitaría al tercer día. ¡Los sacerdotes y príncipes no las olvidaban!

*Jesús, a quien no reconocieron,
explica las Escrituras*

“Entonces Jesús les dijo: ‘¡Qué necios son! Les cuesta tanto creer todo lo que los profetas escribieron en las

Escrituras. ¿Acaso no profetizaron claramente que el Mesías tendría que sufrir todas esas cosas antes de entrar en su gloria?” ¿Quién podía ser este, que hablaba con tanto fervor y simpatía? Por primera vez, comenzaron a sentirse esperanzados. A menudo lo miraban y pensaban que sus palabras eran exactamente las mismas palabras que Cristo hubiese hablado.

Comenzando con Moisés, al principio de la Biblia, Cristo explicó las cosas relacionadas a sí mismo en las Escrituras. Si se hubiese revelado a ellos primero, no hubiesen tenido ansias de escuchar más. Pero era necesario que ellos entendieran los símbolos y las profecías del Antiguo Testamento; debían establecer su fe en estos. Cristo no realizó ningún milagro para convencerlos. Su primer trabajo fue explicar las Escrituras. Por medio de los profetas demostró que esa era la evidencia más marcada de la fe que tenían.

Jesús mostró la importancia del Antiguo Testamento como testigo de su misión. El Antiguo Testamento revela al Salvador tan claramente como el Nuevo. La luz del pasado profético resalta la vida de Cristo y las enseñanzas del Nuevo Testamento con claridad y belleza. Al comparar las profecías del Antiguo Testamento con la historia del Nuevo vemos una prueba mayor que los milagros de Cristo.

Los discípulos habían esperado un Mesías que tomara su trono y poder real de la forma que el pueblo lo deseaba, pero esto había sido engañoso. Ellos debían entender la copa de sufrimiento que le había sido entre-

gada. Él les demostró que el terrible conflicto era el cumplimiento del pacto hecho antes de la fundación del mundo. Cristo debía morir, así como cada persona que quebranta la Ley de Dios debe hacerlo si continúa en pecado. Todo esto debía suceder, pero no terminaría en derrota, sino en una gloriosa victoria. Jesús les dijo que debían esforzarse todo lo que pudieran para salvar al mundo del pecado. Sus seguidores debían vivir como él había vivido y trabajar como él había trabajado, con un esfuerzo constante.

Cristo habló de esta manera a sus discípulos para ayudarles a entender las Escrituras. Al contarles acerca de la caída de Jerusalén, lloraron al ver la ciudad condenada. Pero poco sospechaban todavía de quién era su compañero de viaje, porque Cristo se refería a sí mismo como si fuese otra persona. Él caminaba con tanto cuidado como ellos sobre las accidentadas rocas, y se detenía con ellos de vez en cuando para descansar.

Sus corazones fueron atraídos hacia el extraño

Cuando aún viajaban, el sol se había puesto y los labradores en los campos habían dejado su trabajo. Cuando los discípulos estaban por entrar a su casa, el extraño hizo como que iba a seguir con su viaje. Pero los discípulos tenían hambre de oír más de él. Le suplicaron: “Quédate con nosotros esta noche”. Él no aceptó la invitación inmediatamente, pero ellos insistieron: “Se está haciendo tarde”. Cristo cedió a este pedido y “los acompañó a la casa”.

Si los discípulos no hubiesen insistido, no habrían sabido que su compañero de viaje era el Señor resucitado. Cristo nunca impone su compañía a nadie. Entrará alegremente en el hogar más humilde, pero si sus dueños son indiferentes y no le piden que se quede con ellos, él seguirá de largo.

Los discípulos prepararon una cena sencilla y la pusieron ante su invitado, quien se había sentado a la cabecera de la mesa. Entonces, él alzó sus manos para bendecir los alimentos de la misma forma en que solía hacerlo su Maestro. Los discípulos retrocedieron asombrados. Miraron nuevamente y vieron las marcas de los clavos en sus manos. Ambos exclamaron: “¡Es el Señor Jesús!”

Se levantaron para echarse sobre sus pies, pero él había desaparecido. Miraron el lugar que había ocupado aquel cuyo cuerpo había estado recostado en una tumba, y luego se dijeron el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”

Con estas maravillosas noticias, su cansancio y hambre desaparecieron. Dejaron su comida sin terminar y se apresuraron a recorrer el mismo camino por el cual habían venido para contarles a los discípulos que estaban en la ciudad. Treparon por lugares empinados, resbalaron con algunas piedras lisas, deseando ir más rápido de lo que se animaban. Perdieron el rumbo y volvieron a encontrarlo. De a ratos corriendo, de a ratos tropezando, avanzaban a toda prisa, con su Compañero invisible acompañándolos durante todo el camino.

La noche era oscura, pero el Sol de justicia brillaba sobre ellos. Parecía como si estuviesen en un mundo nuevo. “Cristo ha resucitado”, repetían una y otra vez. Debían contarle a los que lamentaban la maravillosa historia de esa caminata a Emaús. Debían contarles quién se había unido a ellos en el trayecto. Llevaban el mensaje más grande que se haya dado alguna vez, noticias de felicidad que son la base de las esperanzas de la familia humana para este tiempo y para la eternidad.

Aparece Cristo resucitado

Este capítulo se basa en Lucas 24:33 al 48; Juan 20:19 al 29.

Al llegar a Jerusalén, los dos discípulos entraron por la puerta oriental. Iluminados por la luna que nacía, avanzaron por las angostas calles y se dirigieron al aposento alto donde Jesús había pasado la última noche antes de su muerte. Sabían que encontrarían a los otros discípulos allí. La puerta estaba trabada seguramente. Golpearon pidiendo que les abran, pero nadie respondió. Todo estaba en silencio. Luego dijeron sus nombres. La puerta se abrió cuidadosamente. Ellos entraron y Otro, sin ser visto, entró con ellos. Luego trabaron nuevamente la puerta por temor de que hubiera espías.

Los viajeros encontraron a todos sorprendidos y alborotados. Varias voces estaban diciendo: “¡El Señor ha resucitado de verdad! Se le apareció a Pedro”. Luego los dos, agitados de su viaje apresurado, les dijeron cómo Jesús se les había aparecido. Algunos estaban diciendo que no lo podían creer, porque era demasiado bueno para ser verdad, cuando de repente otra Persona se paró delante de ellos. Ningún extraño había golpeado la puerta para entrar y no habían oído pisadas. Los discípulos estaban sorprendidos. Luego escucharon la voz

de su Maestro, clara y distintiva: “La paz sea con ustedes”.

“Pero todos quedaron asustados y temerosos; ¡pensaban que veían un fantasma! ‘¿Por qué están asustados? –les preguntó–. ¿Por qué tienen el corazón lleno de dudas? Miren mis manos. Miren mis pies. Pueden ver que de veras soy yo. Tóquenme y asegúrense de que no soy un fantasma, pues los fantasmas no tienen cuerpo, como ven que yo tengo’. Mientras hablaba, él les mostró sus manos y sus pies”.

“Aun así, ellos seguían sin creer, llenos de alegría y asombro. Entonces les preguntó: ‘¿Tienen aquí algo para comer?’ Le dieron un pedazo de pescado asado, y él lo comió mientras ellos miraban”. “Ellos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor”. La fe tomó el lugar de la incredulidad y reconocieron a su Salvador resucitado.

Reconoceremos a nuestros seres amados

El rostro del Salvador resucitado, sus ademanes, su forma de hablar, les resultaron familiares a los discípulos. Así como Jesús se levantó de

entre los muertos, los que duermen en él se levantarán nuevamente. Reconoceremos a nuestros amigos y a quienes amamos, como los discípulos reconocieron a Jesús. En el cuerpo glorificado, su identidad será preservada perfectamente.

Jesús les recordó a sus discípulos las palabras que había hablado antes de su muerte. “Entonces les abrió la mente para que entendieran las Escrituras, y dijo: ‘Efectivamente, se escribió hace mucho tiempo que el Mesías debería sufrir, morir y resucitar al tercer día. También se escribió que este mensaje se proclamaría con la autoridad de su nombre a todas las naciones, comenzando con Jerusalén: ‘Hay perdón de pecados para todos los que se arrepientan’. Ustedes son testigos de todas estas cosas’”. La vida de Cristo, su muerte y resurrección, las profecías que señalaban estos eventos, la sagrada Ley de Dios, los misterios del plan de salvación, el poder de Jesús para perdonar pecados, todo esto ellos debían anunciar al mundo.

“Entonces sopló sobre ellos y les dijo: ‘Reciban al Espíritu Santo. Si ustedes perdonan los pecados de alguien, esos pecados son perdonados; si ustedes no los perdonan, esos pecados no son perdonados’”. Cristo daría su Espíritu Santo más abundantemente luego de su ascensión. Pero sopló su espíritu sobre ellos para grabar en ellos el hecho de que sin el Espíritu Santo ellos no podrían cumplir sus deberes oficiales en conexión con la iglesia.

El Espíritu Santo es el don de la vida de Cristo. Otorga a quien lo recibe las características de Cristo.

Solo aquellos que experimentan la obra interna del Espíritu y en cuyas vidas se revela la vida de Cristo van a ministrar en favor de la iglesia.

Cristo dijo: “Si ustedes perdonan los pecados de alguien, esos pecados son perdonados; si ustedes no los perdonan, esos pecados no son perdonados”. Aquí Cristo no da libertad para que juzguemos a otros. Ese derecho le pertenece a Dios. Pero él coloca sobre la iglesia una responsabilidad para cada uno de sus miembros. La iglesia tiene el deber de advertir a quienes caen en pecado, de instruirlos y, si es posible, de lograr su restauración. Obren fielmente con los que hacen el mal. Llamen al pecado por su nombre. Declaren lo que Dios ha dicho acerca de la mentira, de no guardar el sábado, de robar y de todo otro mal. Si ellos continúan en pecado, el juicio que ustedes hayan declarado por la Palabra de Dios es pronunciado sobre ellos en el cielo. La iglesia debe mostrar que no aprueba sus acciones; de lo contrario, deshonor a Dios. Debe lidiar con el pecado como Dios indica, y el cielo confirmará su acción.

Pero hay un aspecto más positivo en esto. “Si ustedes perdonan los pecados de alguien, esos pecados son perdonados”. Que este sea el pensamiento más importante. Los pastores debieran hablar a los que yerran acerca de la misericordia perdonadora del Salvador. Que animen al pecador a arrepentirse y creer en aquel que puede perdonar. “Pero si confesamos nuestros pecados a Dios, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Tomen

la temblorosa mano del arrepentido y colóquela en la mano amorosa de Jesús. Un perdón como ese será confirmado en el cielo.

Solo Dios puede perdonar

Únicamente en este sentido la iglesia tiene poder para librar al pecador del pecado. Podemos obtener perdón de los pecados solo por los méritos de Cristo. Dios no le da a ninguna persona u organización humana el poder para librar de la culpa. El nombre de Jesús es el único “nombre dado a los hombres mediante el cual podamos ser salvos” (Hech. 4:12).

Cuando Cristo se encontró por primera vez con los discípulos en el aposento alto, Tomás no estaba con ellos. Había oído de los demás el informe de que Jesús había resucitado, pero el pesimismo y la incredulidad llenaron su corazón. Si Jesús realmente hubiese resucitado, no podía haber esperanza de un reino terrenal literal. Y hería su orgullo pensar que su Maestro se revelara a todos, excepto a él. Estaba decidido a no creer, y por una semana entera se amargó pensando en su desdicha.

En varias ocasiones declaró, al es cuchar que había resucitado: “No lo creeré a menos que vea las heridas de los clavos en sus manos, meta mis dedos en ellas y ponga mi mano dentro de la herida de su costado”. No tendría una fe que dependiera del testimonio de sus compañeros. Amaba a su Señor, pero había permitido que los celos y la incredulidad tomaran posesión de su corazón.

Una noche, Tomás decidió encontrarse con los otros en el aposento alto donde solían encontrarse. Tenía una leve esperanza de que las noticias fuesen ciertas. Mientras cenaban, los discípulos conversaban sobre de las pruebas que Cristo les había dado en las profecías. “Jesús vino, con las puertas cerradas y entró al medio de la sala y dijo: ‘¡La paz sea con ustedes!’” Dirigiéndose a Tomás, dijo: “Pon tu dedo aquí y mira mis manos; mete tu mano en la herida de mi costado. Ya no seas incrédulo. ¡Cree!” El desconfiado discípulo sabía que ninguno de sus compañeros podría haberle contado al Maestro acerca de su incredulidad. Ya no deseaba más pruebas. Su corazón saltó de gozo, y se echó a los pies de Jesús, exclamando: “¡Mi Señor y mi Dios!”

Jesús aceptó su reconocimiento, pero amablemente reprochó su incredulidad: “Tú crees porque me has visto, benditos los que creen sin verme”. Si el mundo ahora siguiera el ejemplo de Tomás, nadie creería, porque todos los que reciben a Cristo deben hacerlo por medio del testimonio a otros. Hay muchos que, como Tomás, esperan que cualquier causante de duda sea clarificado, pero nunca alcanzarán eso que desean. Con el tiempo confirmarán su falta de creencias. Están sembrando semillas de sospecha y segarán una cosecha de dudas. Entonces, cuando más necesiten la fe y la confianza, muchos se encontrarán impotentes para esperar y creer.

La forma en que Jesús trató a Tomás muestra cómo deberíamos tratar a aquellos que expresan sus

dudas. Tomás había sido muy irrazonable al dictar las condiciones para tener fe, pero el trato amable de Jesús con él derribó todas las barreras. Muy pocas veces vencemos la incredulidad por medio de la controversia. Pero si revelamos a Jesús

como el Salvador crucificado, en su amor y misericordia, muchos labios que antes demostraban renuencia llegarán a declarar el mismo reconocimiento de Tomás: “¡Señor mío, y Dios mío!”

De nuevo a orillas del mar

Este capítulo se basa en Juan 21:1 al 22.

Jesús había citado a sus discípulos a una reunión con él en Galilea. Si se hubieran ausentado de Jerusalén durante la fiesta los hubieran considerado disidentes y herejes. Pero cuando terminó la fiesta, se dirigieron a casa para encontrarse con el Salvador, tal como él lo había indicado.

Siete de los discípulos estaban juntos. Eran pobres en bienes de este mundo, pero ricos en el conocimiento de la verdad. Por tres años el mayor Educador que el mundo ha conocido había sido su Maestro. Habían llegado a ser inteligentes y refinados, agentes que podían guiar a otros al conocimiento de la verdad.

Los discípulos se reunieron en un lugar donde seguramente no los molestarían. A su vista estaba la playa donde más de diez mil personas habían sido alimentadas con unos pocos pancitos y unos pescaditos. No muy lejos de allí estaba Capernaum, escenario de tantos milagros.

Pedro, quien aún tenía mucho de su antiguo amor por los botes y la pesca, propuso que fueran al lago y lanzaran sus redes. Necesitaban comida y ropas, y las ganancias de una noche de pesca exitosa podrían suplir estas necesidades. Así que fue-

ron, pero trabajaron toda la noche sin éxito. Durante esas largas horas hablaron acerca de su Señor ausente. No entendían su propio futuro y se entristecían ante las perspectivas que se les presentaban.

Finalmente, salió el sol. El bote estaba a tan solo una corta distancia de la orilla, y los discípulos vieron a un extraño parado en la playa que los saludó con la pregunta: "Amigos, ¿pescaron algo?" Cuando contestaron que no, "él les dijo: '¡Echen la red a la derecha de la barca y tendrán pesca!' Ellos lo hicieron y no podían sacar la red por la gran cantidad de peces que contenía".

Juan reconoció al Extraño y le dijo a Pedro: "¡Es el Señor!" Pedro estaba tan feliz que se lanzó al agua y pronto llegó hasta donde estaba su Maestro. Los otros discípulos vinieron en su barca y arrastraron las redes con los peces. "Cuando llegaron, encontraron el desayuno preparado para ellos: pescado a la brasa y pan". "Jesús dijo: 'Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar'". Pedro se apresuró a buscar la red que él había echado y ayudó a arrastrarla hasta la orilla. Después de que terminaron con esto, Jesús repartió la comida entre ellos. Los siete lo co-

nocieron y reconocieron quién era. Pero un asombro misterioso reinaba en aquel lugar, y en silencio contemplaron a su Salvador resucitado.

Recordaron vívidamente la escena al lado del mar cuando Jesús los había invitado a seguirlo. Los había llamado a dejar sus barcos pesqueros y les había prometido hacerlos pescadores de hombres. Para traer esta escena a sus mentes y para profundizar esa impresión, había hecho un milagro una vez más como una renovación de la comisión dada a los discípulos. La muerte de su Maestro no había reducido su obligación de hacer la obra que les había asignado. Aunque no tendrían el sustento de su empleo anterior, el Salvador resucitado supliría sus necesidades. Si trabajaban en conexión con él, obtendrían el éxito con toda seguridad.

Se restaura la confianza en Pedro

Cristo tenía otra lección para dar. Pedro había negado a su Señor en contraste vergonzoso con las promesas de lealtad que había dado. Había deshonrado a Cristo, y los otros discípulos creían que no se le permitiría tomar su posición anterior entre ellos. Él mismo sentía que había renunciado a su llamado a ser un discípulo. Debía dar evidencia de su arrepentimiento frente a todos ellos. Sin esto, su pecado destruiría su influencia como ministro de Cristo. El Salvador le dio una oportunidad de recuperar la confianza del resto y, dentro de lo que fuese posible, eliminar la deshonra que había traído al evangelio.

Aquí hay una lección para todos los seguidores de Cristo. Deberíamos confesar los pecados secretos a Dios en secreto, pero el pecado público requiere una confesión pública. El pecado de un discípulo hace que Satanás triunfe y los seguidores indecisos tropiecen. Al dar pruebas de su arrepentimiento, los discípulos deben eliminar esta vergüenza.

Mientras Cristo y sus discípulos comían juntos, el Salvador, refiriéndose a los demás discípulos, dijo a Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?" Él contestó: "Sí, Señor, tú sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Entonces, alimenta a mis corderos". Pedro no hizo una declaración vehemente de que su amor era mayor que el del resto.

Nuevamente, Jesús probó a Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" La segunda respuesta fue como la primera, sin ninguna seguridad extravagante: "Sí, Señor; tú sabes que te quiero". Jesús le dijo: "Entonces, cuida de mis ovejas".

Una vez más, el Salvador hizo la pregunta: "Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?" Pedro estaba apenado. Sabía que su Señor tenía razones para dudar de él, y con un corazón adolorido respondió: "Señor, tú sabes todo. Tú sabes que yo te quiero". Jesús dijo: "Entonces, alimenta a mis ovejas".

Tres veces Pedro había negado abiertamente a su Señor y tres veces Jesús había hecho penetrar en su herido corazón esa pregunta como una flecha aguda. Ante estos discípulos allí reunidos, Jesús hizo ver la profundidad del arrepentimiento de Pedro y mostró cuán humillado esta-

ba aquel discípulo que había sido tan presumido.

Justo antes de la caída de Pedro, Jesús le había dicho: “He rogado en oración por ti, Simón, para que tu fe no falle, de modo que cuando te arrepientas y vuelvas a mí fortalezcas a tus hermanos” (Luc. 22:32). La transformación de Pedro era claramente visible. Gracias a su humillación y arrepentimiento, Pedro estuvo mejor preparado que antes para actuar como pastor del rebaño.

La primera obra que Cristo le confió a Pedro fue alimentar los “corderos”: ministrar a aquellos que eran jóvenes en la fe, enseñar a los ignorantes, abrir las Escrituras ante ellos y educarlos para ser útiles al servir a Cristo. Su propio sufrimiento y arrepentimiento lo habían preparado para esta obra.

Antes de su caída, Pedro estaba siempre listo para corregir a otros y expresar lo que se le cruzaba por la mente. Pero el Pedro convertido era muy diferente. Aún tenía la energía de siempre, pero la gracia de Cristo controló su fogosidad. Ahora podría alimentar los corderos del rebaño de Cristo y también las ovejas.

La forma en que el Salvador trató a Pedro enseñó a los discípulos que debían enfrentar el pecado con paciencia, simpatía y amor perdonador. Al recordar sus propias debilidades, Pedro habría de tratar a su rebaño tan tiernamente como Cristo trató con él.

Cristo cuenta cómo morirá Pedro

Antes de su muerte, Jesús le había dicho a Pedro: “Ahora no puedes

venir conmigo, pero me seguirás después”. Al escuchar esto, Pedro preguntó: “¿Pero por qué no puedo ir ahora, Señor? Estoy dispuesto a morir por ti” (Juan 13:36, 37). Cuando la prueba vino, él falló, pero nuevamente tendría la oportunidad de demostrar su amor por Cristo. Con el fin de que pudiera fortalecerse para la prueba final de su fe, el Salvador le presentó su futuro. Después de una vida fructífera, cuando la edad agotase sus fuerzas, él ciertamente seguiría a Cristo. Jesús dijo: “Cuando eras joven, podías hacer lo que querías; te vestías tú mismo e ibas adonde querías ir. Sin embargo, cuando seas viejo, extenderás los brazos, y otros te vestirán y te llevarán adonde no quieras ir”. Jesús dijo eso para darle a conocer el tipo de muerte con la que Pedro glorificaría a Dios”.

De esta forma Jesús le anunció que extenderían sus manos sobre una cruz. Nuevamente invitó a su discípulo: “Sígueme”. Pedro no quedó desanimado por esta revelación. Estaba dispuesto a aceptar cualquier muerte por su Señor.

Hasta ese momento, Pedro había amado a Cristo como a un hombre; ahora, lo amaba como a Dios. Ahora estaba preparado para participar en la misión de sacrificio de su Señor. Cuando finalmente Pedro fue llevado a la cruz, pidió ser crucificado cabeza abajo. Pensó que era un honor demasiado grande sufrir de la misma manera que había sufrido su Maestro.

Antes de aquella mañana junto al lago, Pedro había intentado planear para la obra de Dios en vez de esperar a descubrir y seguir el plan de

Dios. Pero Jesús le dijo: “¡Sígueme!” No corras delante de mí. Déjame ir antes, y así el enemigo no te vencerá.

Mientras Pedro caminaba junto a Jesús, vio que Juan los seguía. Tuvo deseos de saber cuál sería su futuro y le preguntó: “Señor, ¿qué va a pasar con él?” Jesús contestó: ‘Si quiero que él siga vivo hasta que yo regrese, ¿qué tiene que ver contigo? En cuanto a ti, sígueme’”. Pedro debiera haber considerado que su Señor le revelaría todo lo que le convenía saber. Al decir acerca de Juan: “Si quiero que él siga vivo hasta que yo regrese”, Jesús no estaba asegurando que su discípulo viviría hasta la segunda venida de su Señor. Pero aun si él hubiese decidido que así fuera, esto no afectaría en forma alguna el trabajo de Pedro. Lo que Jesús requería de ambos era que lo obedecieran.

¡Cuántos hoy están interesados en los asuntos de los otros, ansiosos por conocer el deber de estos, mientras que corren peligro de descuidar su propio trabajo! Es hora de mirar a Cristo y seguirlo. Al contemplarlo, seremos transformados.

Juan vivió para ver la destrucción de Jerusalén y la ruina del Templo, símbolos de la ruina final del mundo. Hasta sus últimos días siguió de cerca a su Señor. Jesús había restaurado a Pedro al apostolado, pero el honor que Pedro recibió de Cristo no le había dado supremacía sobre los otros. Cristo dejó esto en claro al contestar la pregunta de Pedro: “¿Qué va a pasar con él?”, diciendo: “¿Qué tiene que ver contigo? En cuanto a ti, sígueme”. Pedro no fue honrado como cabeza de la iglesia. Él tuvo mucha influencia sobre ella, pero durante toda su vida llevó consigo la lección que Cristo le enseñó junto al Mar de Galilea.

Al escribir a las iglesias, Pedro dijo: “Y ahora, una palabra para ustedes los ancianos en las iglesias. También soy un anciano y testigo de los sufrimientos de Cristo [...] Cuiden del rebaño que Dios les ha encomendado [...] No abusen de la autoridad que tienen sobre los que están a su cargo, sino guíenlos con su buen ejemplo. Así, cuando venga el Gran Pastor, recibirán una corona de gloria y honor eternos (1 Ped. 5:1-4).

“Vayan y hagan discípulos de todas las naciones”

Este capítulo se basa en Mateo 28:16 al 20.

A solo un paso de su trono celestial, Cristo dio la comisión: “Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por lo tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones”. “Vayan por todo el mundo y prediquen la Buena Noticia a todos” (Mar. 16:15). Jesús repitió las palabras vez tras vez para que los discípulos captaran su significado. La luz del cielo brillaría con rayos claros y fuertes sobre todos los habitantes de la tierra.

Jesús había dado la comisión a los doce en el aposento alto, pero ahora debía ser comunicada a un número mayor. Se convocó a todos los creyentes que pudieron ser llamados para una reunión en un monte de Galilea. El ángel de la tumba les recordó a los discípulos que Jesús les había prometido encontrarse con ellos en Galilea. Repitieron la promesa a los creyentes en Jerusalén durante la semana de la Pascua y, por medio de ellos, esta llegó a oídos de muchos que lamentaban la muerte de su Señor. Todos esperaban ese encuentro con un interés intenso. Llegaron de todas direcciones con corazones anhelantes.

En el momento indicado, cerca de quinientos creyentes se reunieron en grupitos en la ladera del monte, ansiosos de oír todo lo que pudieran de quienes habían visto a Cristo después de su resurrección. Los discípulos fueron de un grupo a otro, contándoles todo lo que habían visto y oído de Jesús y razonando a partir de las Escrituras, como él había hecho con ellos.

De repente, Jesús se presentó en medio de ellos. Nadie podía decir de dónde ni cómo había aparecido. Muchos nunca lo habían visto antes, pero en sus manos y pies vieron las marcas de la crucifixión. Cuando lo vieron, lo alabaron.

Pero algunos dudaban. Siempre será de esta manera. Están aquellos a quienes les cuesta ejercer la fe y se colocan del lado de la duda. Pierden mucho a causa de su incredulidad.

Esta fue la única entrevista que Jesús tuvo con muchos de los creyentes después de su resurrección. Sus palabras, que salían de labios que habían estado cerrados por la muerte, los dejaron maravillados. Ahora declaró que le había sido dado “todo el

poder" (TLA). Esto elevó las mentes de sus oyentes al más alto significado de su dignidad y gloria.

Las palabras de Cristo fueron el anuncio de que su sacrificio en favor del hombre era pleno y completo. Había completado la obra para la cual había venido al mundo. Se dirigía al trono de Dios. Había comenzado su obra como Mediador. Con autoridad ilimitada, dio su comisión: "Por lo tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñen a los nuevos discípulos a obedecer todos los mandatos que les he dado. Y tengan por seguro esto: que estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos". Encargó a sus discípulos que proclamaran una fe que no tendría castas ni divisiones geográficas, una fe adaptada a todos los pueblos, naciones y clases sociales.

Cristo planteó claramente la naturaleza de su reino. Su propósito era establecer un reino espiritual, no iba a reinar como rey terrenal sobre el trono de David. Él dijo: "Vieron cómo todo lo que revelé acerca de mi rechazo como Mesías sucedió. Todo lo que dije acerca de la humillación por la que pasaría y la muerte que moriría se ha corroborado. Al tercer día, resucité. Todas estas cosas han cumplido las especificaciones de la profecía".

Cristo les encomendó a sus discípulos que hicieran la tarea que él había dejado en sus manos, comenzando por Jerusalén. Jerusalén había sido el escenario de su maravillosa condescendencia hacia la familia humana. Pocos habían reconocido cuán

cerca había estado el cielo de la tierra cuando Jesús estuvo entre ellos. El trabajo de los discípulos debía comenzar en Jerusalén.

Los discípulos podrían haber pedido un campo más prometedor, pero no hicieron ese pedido. Cristo había esparcido la semilla de la verdad, y la semilla rendiría una cosecha abundante. Los primeros ofrecimientos de misericordia debían darse a los asesinos del Salvador.

Muchos en Jerusalén habían creído secretamente en Jesús y muchos habían sido engañados por los sacerdotes y príncipes. Los discípulos debían llamarlos al arrepentimiento. Mientras que toda Jerusalén estaba conmocionada por los fascinantes eventos de las últimas semanas, la predicación del evangelio produciría una impresión muy profunda.

Pero la obra no debía terminar ahí. Debía extenderse a los límites más lejanos de la tierra. Cristo dijo a sus discípulos: "Aunque Israel me ha rechazado como las Escrituras lo predijeron, tendrán otra oportunidad de aceptar al Hijo de Dios. A ustedes, mis discípulos, les encomiendo este mensaje de misericordia. Primero deben ir a Israel, luego a todas las naciones, lenguas y pueblos. Deben reunir a todos los que creen en mí en una iglesia".

El Espíritu Santo hace que el trabajo sea eficiente

Por medio del Espíritu Santo, las señales y milagros confirmarían el testimonio de los discípulos. No solamente los apóstoles harían milagros, sino también aquellos que

recibieran su mensaje. “Estas señales milagrosas acompañarán a los que creen: expulsarán demonios en mi nombre y hablarán nuevos idiomas. Podrán tomar serpientes en las manos sin que nada les pase y, si beben algo venenoso, no les hará daño. Pondrán sus manos sobre los enfermos, y ellos sanarán” (Mar. 16:17, 18).

En ese tiempo, personas sin principios no dudaban en envenenar a aquellos que se ponían en el camino de su ambición. Jesús sabía que muchos pensarían que estarían ayudando a Dios al matar a sus testigos. Por esta razón, les prometió protección de este peligro.

Y prometió un nuevo don: los discípulos predicarían a otras naciones y recibirían poder para hablar otras lenguas. Los apóstoles y quienes los acompañaban eran hombres sin educación. Sin embargo, por medio del derramamiento del Espíritu Santo en el Día de Pentecostés, sus palabras, ya fuese en su idioma o en una lengua extranjera, llegaron a ser puras y exactas, tanto en la gramática como en el acento.

De esta manera, Cristo dio a sus discípulos provisión completa para llevar a cabo esta obra, y él mismo se hizo responsable de su éxito. Los instruyó, diciendo: “Vayan por todo el mundo, vayan a las partes más lejanas habitables del mundo, y sepan que mi presencia estará allí. Trabajen con fe y confianza”.

La comisión del Salvador incluía a todos los creyentes hasta el fin de los tiempos. Es un grave error suponer que el trabajo de salvar a otros depende solamente de los pastores

ordenados. La iglesia fue establecida para cumplir esta tarea, y todos los que toman sus votos sagrados de unirse a ella se comprometen a ser colaboradores con Cristo. Cualquiera sea nuestro llamado en vida, nuestro mayor interés debiera ser ganar a otros para Cristo. Puede que no seamos capaces de hablar frente a congregaciones, pero podemos trabajar por personas individuales. Cerca y lejos hay gente aplastada por el peso de la culpa. No son las dificultades ni la pobreza las que degradan a la humanidad. Es la culpa, el hacer lo malo. Cristo quiere que sus siervos ministren a los corazones enfermos por el pecado.

Dónde podemos comenzar

Todos deben comenzar en el lugar donde están. En nuestras propias familias puede haber personas hambrientas por el pan de vida. Hay paganos frente a nuestras propias puertas. Si realizamos el trabajo con fe, alcanzaremos los lugares más lejanos de la tierra. El trabajador más humilde, movido por el Espíritu Santo, tocará cuerdas invisibles y sus vibraciones repercutirán hasta los fines de la tierra y harán una melodía que resonará por todas las edades.

Dios promete los dones del Espíritu para suplir la necesidad de cada creyente al trabajar por el Señor. La promesa es tan digna de confianza ahora como lo fue en los días de los apóstoles.

Cristo vino a sanar al enfermo, a proclamar liberación a los cautivos de Satanás. Llenó de su vida al enfermo y al que estaba poseído por

demonios. Sabía que aquellos que le pedían ayuda habían traído la enfermedad sobre sí mismos, pero aun así no se negó a sanarlos. Y muchos fueron curados de su enfermedad espiritual así como de su enfermedad física. El evangelio aún tiene el mismo poder. Cristo siente los problemas de todo aquel que sufre. Cuando la fiebre agota las fuerzas vitales, él siente la agonía. Está tan dispuesto a sanarnos hoy como cuando estaba personalmente en la tierra. Quiere ejercer su poder por medio de sus siervos.

Una vida saludable es parte del evangelio

En el método de sanar del Salvador había lecciones para sus discípulos. Solo el poder del Gran Sanador podía realizar la curación, pero Cristo usaba remedios naturales y simples. Enseñó que la enfermedad es el resultado de violar las leyes de Dios, tanto las naturales como las espirituales. En este mundo no existiría tan grande miseria si las personas viviesen en armonía con el plan del Creador. El Gran Médico había hablado a su pueblo desde la nube, diciendo: “Si ustedes escuchan atentamente la voz del Señor su Dios y hacen lo que es correcto ante sus ojos, [...] no les enviaré ninguna de las enfermedades [...] que envié a los egipcios; porque yo soy el Señor quien los sana” (Éxo. 15:26).

A los enfermos deberíamos usar los remedios que Dios ha provisto en la naturaleza y señalarles a Jesús, el único que los puede restaurar. Deberíamos enseñarles a creer en el Gran Sanador, a aferrarse a su fuerza.

Solo al recibir el amor de Cristo por medio de la fe es que su energía vivificadora puede fluir de nosotros hacia la gente. Hubo lugares donde el Salvador mismo no pudo realizar muchos milagros a causa de la incredulidad de la gente. Hoy, de la misma manera, la incredulidad separa a la iglesia de su Ayudador divino; su falta de fe decepciona a Dios y le quita su gloria. Donde no hay trabajo activo por otros, el amor muere y la fe se apaga.

Los ángeles se maravillan por cuán superficialmente apreciamos el amor de Dios. ¿Cómo se sentirían una madre y un padre si supieran que su hijo, perdido en el frío y en la nieve, murió mientras que aquellos que podrían salvarlo no hicieron nada? Los sufrimientos de cada persona son los sufrimientos del Hijo de Dios, y aquellos que no extienden una mano ayudadora a su prójimo moribundo despiertan su justa ira.

El poder del evangelio

Cristo dio a sus discípulos su mensaje. “Enseñen a la gente”, les dijo, “a obedecer todos los mandatos que les he dado”. En esto se incluyen todas las cosas que había hablado, no solo en persona sino en todo el Antiguo Testamento. No hay lugar para la tradición, las teorías humanas, o las leyes establecidas por la autoridad de la iglesia. “La ley y los profetas”, con el relato de las propias palabras y acciones de Jesús, son el tesoro que debemos dar al mundo.

Debemos presentar el evangelio no como una teoría muerta, sino como una fuerza viviente que cambia la

vida. Él acepta a quienes han actuado de la forma más ofensiva hacia él. Cuando se arrepienten, él les da su divino Espíritu y los envía al campamento de los desleales para proclamar su infinita misericordia. Por medio de su gracia, los seres humanos pueden tener un carácter como el de Cristo y regocijarse en su inmenso amor.

Él no se contenta simplemente con anunciar estas bendiciones, sino que las presenta en su forma más atractiva, para despertar en nosotros el deseo de poseerlas. Así también sus siervos deben presentar las riquezas del Don incomparable. El maravilloso amor de Cristo derretirá y conquistará corazones donde una mera repetición de doctrinas no hubiesen logrado nada. Las palabras solas no alcanzan. Dejen ver ese amor en sus vidas. Cristo está retratándose en cada discípulo. Cada uno de ellos debe manifestar al mundo su amor paciente y perseverante, su misericordia y su verdad.

Los primeros discípulos se prepararon para su tarea. Antes del Pentecostés, se reunieron y dejaron de lado todas las diferencias. Oraron unidos con fe, sintiendo profunda-

mente la responsabilidad de salvar a otros. Solo entonces el Espíritu Santo se derramó y miles se convirtieron en un día.

Lo mismo puede suceder hoy. Prediquen la Palabra de Dios. Que los cristianos dejen de lado sus diferencias y se entreguen a Dios para salvar a los perdidos. Si piden con fe por las bendiciones, estas vendrán. El derramamiento del Espíritu en los días de los apóstoles fue la “lluvia temprana” y los resultados fueron gloriosos, pero la “lluvia tardía” será más abundante (ver Joel 2:23).

Todos los que consagren espíritu, alma y cuerpo a Dios recibirán constantemente nuevas reservas de poder físico y mental. Cuando cooperan con Cristo, él los capacita en su debilidad humana para realizar las obras del Todopoderoso.

El Salvador anhela revelar su gracia e imprimir su carácter en todo el mundo. Quiere liberar a la gente y hacerla pura y santa. Por medio de la sangre que derramó por el mundo, puede lograr triunfos que le darán gloria a Dios y al Cordero. “Cuando [Cristo] vea todo lo que se logró mediante su angustia, quedará satisfecho” (Isa. 53:11).

La entrada triunfal de Cristo al cielo

Este capítulo se basa en Lucas 24:50 al 53; Hechos 1:9 al 12.

Había llegado la hora de que Cristo ascendiera al trono de su Padre como Conquistador divino. Después de su resurrección, permaneció en la tierra por un tiempo, para que sus discípulos pudiesen familiarizarse con verlo en su cuerpo glorificado. Ahora estaba listo para dejarlos. Sus discípulos ya no tenían que asociarlo con la tumba. Podrían pensar en cómo fue glorificado a la vista del universo celestial.

Jesús eligió el Monte de los Olivos como el lugar para su ascensión, el lugar que tantas veces había sido santificado por su presencia mientras vivía en la tierra. Sus oraciones y lágrimas habían consagrado las arboledas y los valles solitarios de este monte. En la base del monte estaba el huerto de Getsemaní, donde había orado y agonizado solo. En su cima, se posarán sus pies cuando vuelva como glorioso rey, recibiendo los aleluyas hebreos mezclados con los hosannas de los gentiles, y las voces de este enorme grupo hagan resonar la aclamación: "¡Corónenlo rey de todo!"

Ahora, con los once discípulos, Jesús se dirigió al monte. Al verlos

pasar por las puertas de Jerusalén, mucha gente quedó maravillada al ver este pequeño grupo, guiado por Uno a quien los príncipes habían crucificado unas semanas antes. Los discípulos no sabían que esta sería su última conversación con el Maestro. Jesús pasó un tiempo hablando con ellos, repitiendo las mismas instrucciones que había dado antes. Al acercarse a Getsemaní, se detuvo. Miró a la vid con la cual había ilustrado la unión de su iglesia consigo mismo y con su Padre. Repitió una vez más las verdades que había revelado en ese entonces.

Cristo había estado en el mundo por 33 años; había soportado la burla y los insultos, había sido rechazado y crucificado. Ahora, al repasar la ingratitud del pueblo que había venido a salvar, ¿dejaría de tener simpatía y amor por ellos? No, su promesa es: "Estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos" (Mat. 28:20).

Cuando llegaron al Monte de los Olivos, yendo más allá de la cima, Jesús los guió hasta cerca de Betania. Allí se detuvo y los discípulos se reunieron alrededor de él. Los miró

con amor. No los criticó por sus errores y fracasos. Las últimas palabras que oyeron de su Señor fueron palabras de profunda ternura. Con sus manos extendidas para bendecirlos, como si deseara asegurarles su cuidado protector, ascendió lentamente de entre ellos, atraído hacia el cielo con un poder más fuerte que la fuerza de la gravedad. Al ascender, los discípulos se esforzaron por captar una última vislumbre de su Señor. Una nube de gloria lo escondió y a ellos les llegaron las palabras: “Estoy con ustedes siempre”, mientras una nube formada por un carro de ángeles lo recibía.

Recibido por carrozas de ángeles

Mientras los discípulos todavía estaban mirando hacia arriba, dos ángeles en forma humana les hablaron, diciendo: “Hombres de Galilea, ¿por qué están aquí parados, mirando al cielo? Jesús fue tomado de entre ustedes y llevado al cielo, ¡pero un día volverá del cielo de la misma manera en que lo vieron irse!”

Estos dos ángeles, los de rango más exaltado, eran quienes habían ido a la tumba el día de la resurrección de Cristo. Ellos anhelaban unirse a la asamblea celestial que daba la bienvenida a Jesús pero, en simpatía por aquellos a quienes él había dejado, se demoraron para darles consuelo.

Cristo había ascendido en forma humana; el mismo Jesús que había partido el pan con ellos y que, ese mismo día, había subido con ellos la ladera del Monte de los Olivos. Los ángeles les aseguraron que el mismo

que habían visto ir al cielo vendría nuevamente, de la misma forma en que había ascendido. Vendrá “en las nubes del cielo. Y todos lo verán”. “El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero”. “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria acompañado por todos los ángeles, entonces se sentará sobre su trono glorioso” (Apoc. 7:1; 1 Tes. 4:16, NVI; Mat. 25:31).

Esto cumplirá la promesa misma del Señor a sus discípulos: “Cuando todo esté listo, volveré para llevarlos, para que siempre estén conmigo donde yo estoy” (Juan 14:3).

Después del juicio y la crucifixión de Jesús, los enemigos de los discípulos esperaban ver una expresión de dolor y derrota en sus rostros. Pero, en vez de ello, encontraron alegría y triunfo. Sus rostros brillaban con una felicidad que no provenía de esta tierra. Con regocijo contaron la maravillosa historia de la resurrección y la ascensión de Cristo, y muchos les creyeron.

¡El miedo de los discípulos había desaparecido!

Los discípulos ya no desconfiaban del futuro. Sabían que Jesús estaba en el cielo y que seguía teniendo compasión por ellos. Sabían que tenían un amigo en el trono de Dios, y anhelaban presentar sus peticiones al Padre en el nombre de Jesús. Con reverencia se postraban en oración repitiendo lo que Jesús les había asegurado: “Le pedirán directamente al Padre, y él les concederá la petición,

porque piden en mi nombre [...] Pidan en mi nombre y recibirán y tendrán alegría en abundancia” (Juan 16:23, 24). El Pentecostés les trajo la plenitud del gozo cuando el Consolador vino a estar con ellos, como Cristo había prometido.

Todo el cielo estaba esperando para dar la bienvenida al Salvador. Mientras ascendía, él iba al frente, y luego lo seguía la multitud de cautivos liberados el día de su resurrección. Al acercarse a la ciudad de Dios, la escolta de ángeles demandó:

*“¡Ábranse, portones antiguos!
Ábranse, puertas antiguas, y dejen que
entre el Rey de gloria”.*

Con gran gozo, los ángeles que esperaban a las puertas respondieron:

“¿Quién es el Rey de gloria?”

Decían esto, no porque ellos no supieran quién era, sino porque querían escuchar la respuesta de exaltada alabanza:

*“El Señor, fuerte y poderoso; el
Señor, invencible en batalla. ¡Ábranse,
portones antiguos! ¡Ábranse, puertas
antiguas, y dejen que entre el Rey de
gloria”.*

Salmo 24:7-9.

Entonces, se abrieron de par en par las puertas de la ciudad de Dios, y la multitud de ángeles pasó a través de ellas en medio de una explosión de música arrobadora. Los comandantes de los ejércitos angelicales y los hijos de Dios que representaban a los mundos no caídos se reunieron

para dar la bienvenida al Redentor y celebrar su triunfo.

Pero, con un ademán, él los detuvo: todavía no. Entró en la presencia de su Padre. Señaló su cabeza herida, su costado atravesado, sus pies lastimados; levantó sus manos, que llevan las marcas de los clavos. Presentó a los que resucitaron con él como representación del gran número que saldrá de la tumba en su segunda venida. Antes de que la tierra fuese creada, el Padre y el Hijo habían unido sus manos en un pacto solemne de que Cristo se convertiría en el Redentor de la raza humana. En la cruz, cuando Cristo gritó: “¡Todo ha terminado!”, le estaba hablando a su Padre. El acuerdo había sido llevado a cabo por completo. Ahora declaró: “Padre, he completado la obra de redención”. “Quiero que los que me diste estén conmigo donde yo estoy” (Juan 17:24).

La voz de Dios proclamó que la justicia quedaba satisfecha, que Satanás estaba derrotado. El pueblo de Cristo, que lucha y se esfuerza en esta tierra es “[acepto] en el Amado” (Efe. 1:6, RVR). Los brazos del Padre rodearon a su Hijo, y dijo: “Que lo adoren todos los ángeles de Dios” (Heb. 1:6).

El cielo parecía rebosar de gozo y alabanza. ¡El amor había vencido! ¡Lo perdido había sido encontrado! El cielo resonó con voces que, en tonos sublimes, proclamaban:

*“Bendición y honor y gloria y poder
le pertenecen a aquel que está sentado
en el trono y al Cordero por siempre y
para siempre”.*

Apocalipsis 5:13.

Desde esa escena de gozo celestial, nos llega a nosotros que estamos en la tierra el eco de las palabras de Cristo: “Voy a subir a mi Padre y al Padre de ustedes, a mi Dios y al Dios de ustedes” (Juan 20:17). La familia del cielo y la familia de la tierra

son una. Nuestro Señor ascendió por nosotros y vive para nosotros. “Por eso puede salvar, una vez y para siempre, a los que vienen a Dios por medio de él, quien vive para siempre, a fin de interceder con Dios a favor de ellos” (Heb. 7:25).